

# GALERIA REGIA

Ó BIOGRAFÍAS DE LOS REYES DE ESPAÑA

DÉSDÉ EL PRIMERO DE LOS GODOS HASTA ISABEL II.

*Recopiladas, aumentadas y corregidas*

POR LA SOCIEDAD LITERARIA DE MADRID BAJO LA DIRECCION DE

**D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO.**

*Tercera Edicion.*

---

---

**TOMO II.**

---

---

MADRID—SOCIEDAD LITERARIA—1848.

IMPRENTA DE D. WENCESLAO AYUALS DE IZCO, CALLE DE LEGANITOS NÚM. 47.

LIBRO DE CUENTA

DE LOS GASTOS DE LOS CUOS DE LOS CUOS

D. WENGESLAO AYUALS DE IZCO

Es propiedad de D. W. Ayuals de Izco.

Impreso en México

1880

México—Sociedad Anónima—1880



## DON ALFONSO XI

*quinto rey de Castilla y Leon;*

*empezó á reinar en el año de Cristo de 1312: murió en el de 1350.*

uego que murió el rey don Fernando el IV, tomó el infante don Pedro, su hermano, la tutoría y el cargo de la aclamación del rey don Alfonso XI, niño de un año y veinte y seis dias, celebrada en 7 de setiembre de 1312. Inmediatamente le disputó la tutoría el infante don Juan, auxiliado de don Juan Nuñez de Lara. Duraron estas contiendas hasta el año siguiente, á las cuales puso alguna tregua la temprana muerte



de la madre del rey niño, la reina viuda doña Constanza, á 18 del

mes de noviembre del año 1313, en Sahagun. Los pueblos clamaban contra las estorsiones de los pretendientes tutores. La reina doña María, abuela del rey niño, pudo contentar á todos; quedaron nombrados por tutores la reina abuela, el infante don Juan, el infante don Pedro y don Juan Nuñez de Lara; hicieron sus ordenanzas de resguardo los pueblos, y todo se aprobó en córtes, celebradas en Burgos en el año de 1314. Entre otras cosas, se estableció en ellas que la crianza del rey estuviese á cargo de la abuela; que al paso que se fuesen muriendo los tutores, se reuniese la tutela en los que quedasen; que durante esta anduviesen siempre con las personas reales seis fijosdalgo y caballeros, de doce que se nombrasen para alternar en el año; que las villas hiciesen ciertos ayuntamientos cada año para observancia de aquellas ordenanzas, y que cada dos años hiciesen córtes los tutores con el mismo fin (1).

Parecia haberse atajado todas las discordias con estas precauciones. Murieron sucesivamente en 1315 don Juan Nuñez de Lara, y en el siguiente los dos infantes, de vuelta de una expedicion contra los moros en la Vega de Granada; quedaba sola la reina abuela; pero siempre salian pretendientes á la tutoría. Don Juan, hijo del infante don Manuel, y don Juan, hijo del infante don Juan difunto, y el infante don Felipe hallaban partidarios aun entre los mismos concejos que antes en las córtes de Burgos habian firmado lo contrario. Robos, muertes y falta de justicia eran los frutos de estos empeños por espacio de mas de cuatro años; ni se descuidaban los pretendidos tutores en pedir servicios y sacar dinero á los pueblos sin motivo público, pero sí con intencion de aprovecharlos en la consecucion de sus fines, á costa de sobornos, armas y sangre.

Murió la reina abuela doña María, en Valladolid á primero de julio de 1321 (2), cansada de pelear con disturbios y disensiones civiles, ya en la minoridad de su hijo don Fernando IV, ya en la de su nieto don Alfonso XI, á quien dejaba todavía en la edad de 9 años; y si bien fueron menester muchos esfuerzos y fatigas para combatir tantos y tan duros lances, su consecucion no pudo menos de ser efecto de gran constancia, acendrada prudencia y sólida cristian-

(1) Véase la obra titulada *Privilegios de Cáceres*.

(2) Fué sepultada en santa María la Real, monasterio de monjas del Cister, llamado de las Huelgas, en la misma ciudad.

dad, caractéres que distinguieron á esta gran reina durante su vida. Con su muerte crecieron las discordias, aumentándose las pretensiones de los tutores, y multiplicándose los daños. Ninguna seguridad habia en los vasallos; nadie hacia viaje sino armado; casi ninguno vivia en lugar que no estuviese fortalecido; si no, abandonaba sus patrios hogares y pasaba á guarecerse á Aragon ó á Portugal.

Entre tantos males llegó el año de 1325, en cuyo mes de agosto cumplió ya el rey don Alfonso XI su minoridad á los 14 años. Habíase educado entre buenos (como dice su crónica) y habia sacado buena índole: era inclinado á montar á caballo y á manejar las armas; en su misma adolescencia mostraba ya gran cordura y hacia mucho aprecio de los hombres fuertes y entendidos. Juntó córtés en Valladolid, se manifestó rey; cesaron las tutorías, reformó su cámara y comitiva, y nombró para ella y su consejo á Garcilaso de la Vega por parte de Castilla, á Alvar Nuñez de Osorio por la de Leon, hombres prudentes y entendidos, aunque algo inculcados en las ocurrencias pasadas. Juntó á estos á don Nuño Perez, abad de Santander, á Martin Fernandez de Toledo (amo del rey) y á maestre Pero, que fué despues cardenal; tambien dejó cerca de su persona á su tio el infante don Felipe. Confirmó los fueros y privilegios que tenian las ciudades, villas y pueblos; y deseoso de hacer justicia y remediar los daños causados por los tutores y sus parciales, salió á recorrer el reino para examinar las cosas por sus propios ojos.

Era consiguiente el enojo de los otros tutores don Juan y don Juan Manuel, y vengativos hicieron alianza contra el rey. Conoció este sus intentos, y quiso estorbarlos, apartándolos de su union con sagacidad. Llama á don Juan Manuel, pídele á su hija doña Constanza por esposa, otórgasela gustoso, celébranse las bodas con seguridad y fianzas de parte á parte, porque no podian juntarse aun los reyes, á causa de la tierna edad de la nueva reina. Estaba esta prometida de antemano á don Juan; sábelo este cuando ya no tenia remedio, y viéndose burlado, intenta vengarse de los dos, solicitando á los reyes de Aragón y Portugal. Era don Juan señor de Vizcaya y muy poderoso en gente y estados, y antes de esponerse el rey don Alfonso á los funestos efectos de sus revoluciones, quiso detener sus ímpetus con otra industria. Ofrécele por esposa una infanta, á su hermana doña Leonor. No se sabe si con su llegada á Toro, donde le esperaba el rey, dió á este mayor motivo don Juan con su pre-

sencia; lo cierto es que le mandó quitar la vida, y acaso mas por consejo que por voluntad.

Ocupóle sus estados, y de ellos hizo alguna donacion á su privado don Alvaro. Con tan tremendo golpe tembló don Juan Manuel, y dejando la frontera, de la que era adelantado mayor, se retiró á Chinchilla, lugar suyo en Murcia; y aunque el rey le llamó y dió muestras de agrado, no solo no se fió de él, sino que se previno con la amistad de Ismael, rey moro de Granada.

Proseguia el rey don Alfonso haciendo severos castigos con los que habian sido amotinadores en el tiempo de las tutorías, y poniendo á buen recaudo todas las cosas: por esto, y por proporcionar las penas á los delitos, mereció el nombre de *Justiciero*; para adquirirse el de victorioso, empezó á tomar en Sevilla, en el año de 1327, las disposiciones de adelantar las conquistas de la frontera contra los moros. Preparada una armada compuesta de un suficiente número de naves para impedir por mar el socorro de los mahometanos de Africa, al cargo de su almirante Alfonso Jufre Tenorio, puso sitio á la villa de Olvera; la cual despues de mucha resistencia, se vió precisada á pedir capitulaciones: concedió el rey á sus habitantes que libertasen sus vidas y haciendas, y así entregaron la villa. De allí á poco pasó el rey adelante, y sin mucha resistencia se le entregaron Pruna, Ayamonte y la torre de Alfaquin. Al mismo tiempo el almirante Tenorio tuvo una fuerte batalla naval con los moros, que venian con veinte galeras al socorro del de Granada: echóles á pique el almirante cuatro, tomóles siete y huyeron las restantes; mató mas de novecientos moros, y presentó al rey trescientos prisioneros. Contento el rey con tan buenos progresos de sus armas, se retiró triunfante á descansar á Sevilla.

Cuéntase que desde antes de haber salido el rey don Alfonso de la tutela se habia tratado de casarle á su tiempo con la infanta doña María, hija del rey de Portugal don Alfonso IV, y que el peligro de las funestas consecuencias de los enojos de don Juan Manuel, habia hecho posponer este partido y preferir el de doña Constanza. Lo cierto es, que en el año de 1327 el rey de Portugal don Alfonso, sucesor de don Dionis, trató con el rey don Alfonso de Castilla este matrimonio de su hija, haciéndole tan buenos partidos, que desde luego admitió, y para precaver los resentimientos que habia de mostrar don Juan Manuel por ver despreciada á su hija (que aun no

se habian juntado), tomó la providencia de asegurarla en Toro, y enviar por la infanta doña María. Don Juan Manuel, irritado, buscó auxilio en el rey de Aragon y en el moro de Granada; y armado con sus gentes, empezó á hacer daños en las tierras del rey. Tomó tambien las armas el rey don Alfonso XI para oponerse á los estragos, y hacer otro tanto en los estados de don Juan Manuel: este sublevó varios pueblos, y ganó el partido de una dueña que guardaba á la infanta doña Leonor, hermaua del rey, la cual habia de ir á la raya de Portugal á traer la novia; no quiso entregarla y alborotó la villa; don Alfonso vino á asegurar á Valladolid, cuyas puertas halló cerradas. Los partidarios de esta faccion no quisieron abrirlas hasta que el rey apartó de su lado al conde don Alvar Nuñez Osorio, cuya privanza les sirvió de pretesto para su disculpa. Este, resentido, empezó á maquinár contra el rey, quien en su vista le mandó entregar las plazas que tenia; resistióse: iba el rey á tomar las armas para obligarle, pero un falso amigo de aquel le ofreció libertarle de esta molestia con haberlo muerto en su casa á traicion.

Entretanto que esto pasaba, celebró el rey don Alfonso las bodas con doña María de Portugal en Alfayate, y las de don Pedro, infante de Portugal, con doña Blanca, hija del infante don Pedro de Castilla en Fuente Aguilaldos, año de 1328. En el año siguiente casó á su hermana doña Leonor con el rey don Alfonso IV de Aragon, y con este y el de Portugal hizo pactos de que concurriesen todos ó con dinero ó armas á las espediciones contra los moros que intentaba hacer. A este mismo fin juntó córtes en Madrid, en las cuales se estableció el tributo que se llama alcabala.

Hechas las prevenciones para la guerra, y junta toda la gente en Córdoba, se dirigió el rey don Alfonso á Teba y la puso sitio. Hubo varias escaramuzas y correrías, ardidés y estragos de una y otra parte; pero apretando el cerco el rey, obligó á aquella plaza á que se entregase, á cuyo ejemplo se rindieron los castillos de Cañete y de Pliego. Despues de esto se siguieron felices sucesos. El rey de Granada le pidió paces, ofreció parias y vasallage, con cuyo motivo desamparó el moro la proteccion de don Juan, hijo del infante don Juan Manuel, que aun no habia cesado de hacer daños, unido con don Juan Nuñez de Lara, hijo del que fué muerto poco antes, que pretendia el señorío de Vizcaya. Don Alfonso de la Cerda, hijo del infante don Fernando, dejó enteramente la pretension del reino de

Castilla y vino á su obediencia. Los navarros, que estaban sin rey, por muerte de Felipe, llamado el *Largo*, habian pedido su protección, y los nuevos reyes que entraron á reinar don Felipe de Eux y doña Juana asentaron con él despues una verdadera amistad año de 1331.

Alternaban con estas felicidades algunos contratiempos: se vió precisado á castigar varios malhechores que habia en santa Olalla, y algunos alborotadores en Toledo; habiase escaseado la moneda de Castilla, y no se impedia el pase de las de Aragon, Navarra y Portugal en las fronteras, con bastante detrimento del comercio. Mandó labrar nóvenos y cornados de la ley y talla del tiempo de su padre el rey don Fernando IV, debiendo dar los que la labrasen por el marco de plata cien maravedís, y por la dobla veinte y cinco, pero consiguiendo del rey la codicia del judío Abenxuar que se subiese el precio de la plata, siendo él solo el asentista y el que pudiese hacer la estraccion de los géneros fuera del reino, se encarecieron las mercaderías; pretendiendo remediar esto el rey, prohibió la estraccion, y quejándose el moro de Granada de haberle faltado á sus pactos, prevenia sus huestes para hacerle guerra. Con esta inconstancia de la moneda y de las estracciones, flaqueaban la agricultura y el comercio, á que contribuyó no poco el haber prohibido que nadie cabalgase sino en caballo, pues faltaron dentro de dos años las bestias de labor, instrumentos necesarios al campo, lo cual obligó al rey á proveer el correspondiente remedio.

Por este tiempo celebró el rey su coronacion en la iglesia de santa María de Burgos con magnífica pompa y aparato de fiestas: admitió bajo de su mando la provincia de Alava, que gobernándose antes por señores electivos, y por albedríos y costumbres, quiso entregarse al rey, pidiéndole fueros, jueces y oficiales de justicia: dióla el *Fuero de las leyes*. Pasando por Vitoria á hacerse entrega de la provincia, instituyó la orden de caballería de la *Banda*, á fin de que los leoneses y castellanos, que habian dejado el uso de los caballos, lo restableciesen é hiciesen cosas de caballerías contra los enemigos.

Pasáronse cerca de dos años, en cuyo tiempo el rey moro de Granada habia pedido socorro á Albohacen de Marruecos, quien le envió siete mil caballos, mandados por su hijo Abomelic, los cuales pusieron inmediatamente sitio á Gibraltar, defendido, aunque con poca gente y escasos víveres, por Vasco Perez de Meyra, valeroso

castellano. Con este resguardo, empezó el de Granada á hacer estragos por las comarcas, cercando castillos y plazas. El rey don Alfonso sin embargo de estar entretenido en Castilla en pacificar á los descontentos don Juan Manuel, y don Juan Nuñez, no perdía ocasion de enviar socorros á Gibraltar, y alentar la defensa; mandando al almirante Jufre Tenorio hiciese su deber con su armada en el Estrecho, ínterin el rey iba en persona con las huestes de Castilla y auxilios de Aragon y Portugal á reforzar el cerco. Quando ya llegaba el rey á Jerez de la Frontera, Vasco Perez de Meyra habia entregado la plaza al moro marroquí; sintiolo el rey, aceleró la marcha, y en breve se puso delante de Algecira. Hubo varias escaramuzas y combates por mar y tierra con vario suceso, con que pudo llegar á poner cerco á Gibraltar. Fué muy porfiado el sitio; aumentóse el peligro con haber venido Ismael, rey de Granada, á juntarse con Abomelic que estaba en Algecira; faltaban víveres en el campo; Castilla padecía estorsiones de don Juan Manuel y don Juan Nuñez, coligados con don Alfonso de Haro. El rey don Alfonso resolvía ya levantar el sitio, y el rey moro de Granada deseaba cortar los progresos de la guerra; pidió este treguas, y no podia llegar á mejor ocasion su demanda; logrólas al punto, aunque la accion costó al moro bien cara, pues de vuelta á sus reales le asesinaron los suyos, ó porque no se habia empeñado en la defensa, ó por colocar ellos en el mando á un hijo menor suyo, llamado Juceph. El rey don Alfonso con servicios que pidió á varias ciudades de Andalucía, dejó guarnecida la frontera con tres mil caballos, y se retiró á descansar á Sevilla á fines del año de 1333.

Los cinco años siguientes se pasaron en apaciguar las contiendas y daños que hacian don Juan Manuel y don Juan Nuñez de Lara, en hacer varios castigos en los coligados á estos, en detener los estragos que hacian los navarros y aragoneses en las fronteras de Castilla por pequeñas causas, y los que hacian los portugueses en Estremadura por patrocinar á don Juan Nuñez y don Juan Manuel, hasta que avenidos estos con el rey por medio de personas intercesoras, y contribuyendo al mismo tiempo el papa Benedicto XII en la pacificacion de los tres reyes, pensaron en volver las armas contra los moros, que, fenecida la tregua de cuatro años, empezaban á inquietar la frontera, confiados en el auxilio que cada dia enviaba á Algecira Albhacen de Marruecos, ya mas poderoso con la conquista que ha-

bia hecho en Africa del reino de Tremecén. Juntó el rey sus huestes, dispuso una buena armada para guardar el paso del Estrecho de Gibraltar, compuesta de algunas naves al cargo del almirante Tenorio, y de otras que le envió rey de Aragón don Pedro IV, dirigidas por don Jofre Gilibert Cruillas. Habiendo llegado el rey á la frontera con su gente, taló los campos de Antequera, Archidona y Ronda; con estos estragos levantó el campo para retirarse; pero los mahometanos de Ronda, creyendo que huian empezaron á perseguirlos por la retaguardia; rechazáronlos los nuestros, mataron á muchos y ahuyentaron á los demas. Considerando el rey don Alfonso, que de este hecho habia de encenderse mas la guerra, dejó su ejército guarneciendo la frontera, y se vino á Madrid á disponer lo necesario para continuarla. Entretanto prosiguieron los reencuentros entre moros y cristianos, y en uno de ellos pereció Abomelic, hijo de Alboacen y general de sus tropas, año de 1339.

Irritado Albohacen con esta desgracia, intentó vengarse de los cristianos, juntando un poderoso ejército de mar y tierra, que desembarcó en Algecira, sin que pudiese el almirante Tenorio estorbarlo; quien temerariamente quiso, despues de arribadas las naves moras, provocarlas á batalla, en la cual perdió la vida. Tanto aparato de guerra puso en el mayor cuidado al rey don Alfonso; fuéle preciso recurrir á las gracias de las tercias y cruzada, y pedir socorro al rey de Portugal, con quien aun no estaba amigo. Hicieron los dos paces, enviando el de Portugal á su hija doña Blanca, y el de Castilla á doña Constanza, hija de don Juan Manuel, á quien habia tenido hasta entonces asegurada, y por cuyo motivo se habian estorbado los tratados matrimónicos; pero aunque doña Constanza casó con el infante de Portugal, doña Blanca, en vez de casarse con el infante don Pedro, se entró en el monasterio de las Huelgas de Burgos. Envió el de Portugal gente para unirse á las huestes de Castilla, y naves para juntarse con las que habian enviado los genoveses y el rey de Aragón, y que formasen un cuerpo con la armada española. El rey de Marruecos tenia sitiada á Tarifa; resistiase bien, auxiliada de las tropas de tierra; pero una borrasca esparció las naves, y los mahometanos cogieron las pocas que quedaron. Fué menester nuevo apellido de gente armada, nuevo refuerzo de Portugal; y reunido todo el ejército, repartidos los puestos, el de Portugal con su gente

y alguna agregada de Castilla, iba contra el rey de Granada; don Alfonso, con la suya, se dirigió contra Albohacén á estorbar el cerco y socorrer á Tarifa. Hubo encuentros fuertes, mucha sangre derramada, aunque mas de la parte de los sarracenos, no desistiendo los cristianos hasta que lograron ahuyentar á los enemigos.

Dióse esta batalla, llamada del *Salado*, por el rio de este nombre, que está en las cercanías, en 30 de octubre del año de 1340. Cuéntase que el ejército musulman constaba de cuatrocientos mil peones y sesenta mil caballos, y el de los cristianos de cuarenta mil de aquellos y diez y ocho mil de estos; y que la pérdida nuestra sólo fué de veinte hombres, siendo la de los enemigos de doscientos mil, número á la verdad increíble si no anduviera el brazo de Dios en medio. Fueron muchos y muy ricos los despojos que quedaron en los reales de los moros, no siendo menos apreciables algunos prisioneros hijos y sobrinos de Albohacén, que no tuvo lugar de llevarselos consigo á Ceuta, á donde huyó precipitadamente. Retiráronse triunfantes los reyes; el de Portugal á su reino, y el de Castilla á Sevilla, donde dió gracias á Dios por tan feliz victoria, á que se agregaron plausibles fiestas.

Apenas hubo descansado, en el año siguiente, volvió el rey don Alfonso á la frontera; esperaba aun el socorro de las naves de Génova, y le estimulaba mas la ocasion de estar quebrantadas las fuerzas de los moros por la espedicion pasada. Salióle bien la idea, pues en aquella jornada recobró con ventajas á Alcalá de Benzayde, Pliengo, Moclin y otros castillos. Con estos avances no dudó la oportunidad de recobrar á Algecira, si con los servicios que le hicieran sus vasallos, no dejaba la empresa de la mano, antes que Albohacén llegase con poderoso ejército de mar y tierra, que estaba previniendo para la venganza. Hizo don Alfonso presentes sus intentos en córtés, y condescendiendo los pueblos con dinero, armas y gente, volvió á la frontera para sitiar á Algecira. Estaba bien prevenido el Estrecho con la armada combinada de Génova, Aragon, Portugal y Castilla. Vino la espedicion de Albohacén, y al primer choque fué derrotada por los nuestros. Con esta seguridad, y con mucha prevencion de víveres, puso sitio á Algecira con gran resolucion en el mes de agosto de 1342.

Asentó el rey su campo junto á la torre, que llamaron despues de los *Adalides*, entre el rio Palmones y la ciudad. Dispuso embos-

casas para coger prisioneros é informarse de ellos del estado de la ciudad, que supo estar bien proveida de víveres y gente, contando hasta ocho mil caballos, doce mil peones de ballesta y saeta, y otros muchos de armas, formando en todos hasta treinta mil. Mandó hacer fosos y estacadas para la defensa, y de día en día crecían las escaramuzas con daño de una y otra parte, aunque eran pocos los nuestros en número. «Pero lo mas particular es que los moros lanzaban muchos truenos contra la hueste, en que lanzaban pellas de fierro muy grandes tan lejos de la ciudad, que algunas de ellas pasaban mas allá del real, y algunas herian en la hueste: lanzaban asimismo con los truenos saetas tan grandes y gruesas, que alguna hubo que con trabajo la pudo un hombre alzar del suelo (1)».

No por eso se arredró el rey don Alfonso, antes bien acercó su campo mas á la ciudad, previniendo víveres para mas largo tiempo con ánimo de no retirarse hasta que tomase á Algecira, para cuyo fin empeñó varias villas y lugares con el rey de Portugal, sus coronas de oro y otras alhajas con el de Francia, y pidió al papa nuevas gracias. Entretanto el rey don Alfonso peleaba contra un número mayor de enemigos; pero con prudencia y paciencia, con lo cual hubiera sin duda adelantado mucho, si las continuas y abundantes lluvias no hubieran impedido sus maniobras por espacio del otoño é invierno siguiente, en que padeció mucho menoscabo. Agregábase á esto, que además de las contiendas de á pié y á caballo con iguales armas, esto es, con saetas, ballestas, lanzas y espada, siempre los moros sacaban mas ventaja con las armas de fuego, cuyos estragos llegaron ya á hacer temblar á los cristianos, porque en cualquiera parte del cuerpo que diesen «llevábanla á cercen, como si la cortasen con cuchillo, y con poco que uno fuese herido luego era muerto, sin que hubiese cerugía que bastase, lo uno porque venia ardiendo como fuego, y lo otro porque los polvos con que lo lanzaban eran de tal calidad, que

(1) Hemos referido este suceso casi con las mismas palabras de la crónica de este rey (cap. 273.), para que se vea que este ardor de guerra, ó nuevo género de armas, era desconocido entre los españoles hasta aquel tiempo, y por consiguiente que el primer uso de la pólvora, cañon y bala lo trageron los sarracenos á España, de donde empezó á estenderse luego por la Europa: que estos cañones eran de bastante calibre, pues las pellas ó globos de fierro y las saetas eran grandes, y que ignorando los españoles el instrumento y modo de hacerse estos tiros, les dieron el nombre mas natural que era el de truenos, al modo que no mucho despues los llamaron así los indios americanos al oír la primera descarga de mosquetería de los españoles.

la herida que hacian era luego mortal, y venia tan recia que pasaba un hombre con todas sus armas (1).

Nada acobardaba al rey don Alfonso, siempre vigilante en la distribucion de sus gentes, en hacer avanzadas, ya con fosos ya con empalizadas y otras máquinas é ingénios, manteniéndose constante en no levantar el cerco. La fama de sus maniobras militares y de los continuos reencuentros de moros y cristianos se estendia por la Europa, y muchos príncipes y señores de esta parte, movidos del valor de este gran rey, y con ánimo de egercitar el suyo en tan difícil empresa, iban llegando al campo de día en día. Estrañábase que el rey de Portugal no viniese en persona, ó no enviase socorro por tierra; pero en cambio se tuvo por un rasgo heróico haber venido voluntariamente el rey don Felipe de Navarra con alguna gente suya, y prevencion para su gasto.

Ya se iban á cumplir dos años de cerco, sostenido con tan buena industria del rey don Alfonso á pesar de muchas hambres y porfiadas peleas de mar y tierra, que llegó á impedir el socorro de Algecira por la parte del mar, y viéndose así estrechados el rey de Granada y el de Marruecos pidieron ajuste. Este fué, entregar la ciudad de Algecira, guardar treguas por diez años, y hacerse el rey de Granada vasallo del rey de Castilla, pagando 12 mil doblas de oro cada año por parias. De este modo desocuparon los moros la ciudad, libres las personas y caudales, y entró triunfante el rey don Alfonso el domingo de Ramos en procesion con palmas, y se celebraron los oficios divinos de aquel día en la mezquita, que purificada se intituló Santa María de la Palma, en 28 de marzo del año de Cristo de 1344, y dejando arregladas varias cosas se retiró á Sevilla á descansar, y dar varias disposiciones para el arreglo de la nueva poblacion y gobierno de su imperio.

En este tiempo tenia ya el rey muchos hijos. De su legítima esposa la reina doña María de Portugal no tuvo mas que dos, á don Fernando, que nació en el año de 1332, y murió en el siguiente; y á don Pedro, que nació en Burgos á 30 de agosto de 1334, y fue jurado heredero y sucesor del reino.

De doña Leonor de Guzman, amiga del rey, tuvo doce, á don Pedro, nacido antes que ninguno de los legítimos en 1329, y murió

(1) Crónica, cap. 292.

el año de 1338; á don Sancho; que salió fátuo; á don Enrique y don Fadrique, gemelos; el primero se llamó conde de Trastámara, y destronó despues al legítimo don Pedro: nacieron aquellos dos en Sevilla, año de 1333; á don Fernando, que nació en 1336; á don Tello y don Juan, nacidos antes del año de 1341; á don Sancho y don Pedro, nacidos antes del año de 1345; y á doña Juana, cuyo tiempo natalicio se ignora.

Durante la tregua que el rey don Alfonso firmó en Algecira con el moro, cuidaba en sus dominios los negocios de la paz y gobierno. Visitaba los pueblos, daba nuevos ordenamientos ó arreglaba otros. El más plausible fué el ordenamiento de Alcalá de Henares, uno de los principales códigos de la legislación de Castilla, publicado en córtes de aquella villa en el año de 1348, desde cuyo tiempo empezó tambien á tener uso y autoridad el de las leyes *de las Siete Partidas*; que habia dejado concluido su bisabuelo el rey don Alfonso X el Sábio.

El año de 1349 era el quinto de la tregua. El rey de Granada con los pueblos sugetos en España á Albohacen, rey de Marruecos, la quebrantó, y hacia mucho daño á los cristianos (1). El rey don Alfonso se valió de esta ocasion para recobrar á Gibraltar, que con mucho sentimiento suyo habia perdido antes su castellano Vasco Perez de Meira. Pidió naves á Génova y Aragon para cerrar con las suyas el paso al socorro de Albohacen por el estrecho. Los vasallos le sirvieron con varios donativos; y compuesta una poderosa hueste, puso sitio á Gibraltar por mar y tierra. Resistióse este fuerte castillo hasta principios del año siguiente, en que teniéndolo bien apretado el rey don Alfonso, ya sentian el hambre los defensores. El ejército español padecia la peste, resto de la general epidemia que dos años antes habia hecho muchos estragos en toda la Europa. Alcanzó su rigor al rey don Alfonso, y sin embargo de estar enfermo, proseguia con teson el sitio: aconsejábanle los principales que se retirase; pero él tenia en mengua el hacerlo por temor de la muerte, en un punto en que ya estaba para rendirse tan importante plaza. Quiso más perder la vida, que omitir diligencia alguna para restituir al estado

(1) Así la crónica de don Alfonso XI, cap. 341. Pero muchos de nuestros historiadores (no sabemos sobre qué fundamentos) dicen que el rey don Alfonso XI quebrantó primero la tregua con motivo de la oportunidad de estar el rey de Marruecos entretenido en hacer guerra á su hijo, que le habia usurpado el reino de Fez.

y á la religion un lugar que antes habia sido tan gloriosamente conquistado, y en que ya se habia profesado la fé cristiana. Con esta murió el rey don Alfonso en el cerco en 27 de marzo de aquel año, era 1388, y año de Cristo de 1350.

Algunos de los principales, dejando en pié el sitio, trageron el real cadáver á Sevilla para depositarle en su iglesia mayor, ínterin se trasladase á Córdoba, donde debia sepultarse, segun su disposicion testamentaria.

Era el rey don Alfonso XI (segun dice la Crónica, cap. 341) no muy grande de cuerpo, mas de buen talante y buena fuerza, rubio y blanco, y venturoso en guerras.

Debió sin duda esta felicidad en lo humano á su gran valor y constancia, á su perspicacia, actividad é industria en las cosas de la guerra. Descubrió su talento observativo desde niño, manifestando luego que salió de la tutela en los castigos que dió á los malvados, con cuánta reflexion habia sido espectador de los daños que los ambiciosos hacian en su reino, por tener como en presa el mando de su persona. Fué justiciero y vengador de la maldad, pero no fué menos benéfico con sus vasallos, y cuidadoso de su bien. Habia legislacion, pero poco observada ó arreglada. Las costumbres todavía eran fieras, y los ricos-hombres todavía muy menesterosos; solo el rigor ó la severidad podia á veces contenerlos, cuando no mediaban sus intereses. Con la publicacion del código de las *Siete partidas*, y el arreglo del *Ordenamiento de las leyes*, tomaron nuevo aspecto la judicatura, mas vigor los magistrados, mas actividad las leyes, mas suavidad las costumbres, y desde entonces mas respeto los soberanos; y si el rey don Alfonso XI no cogió del todo el fruto por su temprana muerte, llegó á merecer en tan corta vida el nombre de diestro observador político, juez íntegro, legislador prudente, valiente soldado y feliz guerrero.

Merece atencion el singular descubrimiento del uso de la pólvora, cañon y bala, puesto por los moros en práctica por la primera vez en España en el sitio de Algecira. Hasta entonces se conocian varias máquinas, que llamaban ingenios, ya para batir los muros con arietes ó maderos gruesos, ya para ofender con saetas ó venablos despedidas de ballestas, ya con piedras despedidas de máquinas á este fin, entre las cuales sobresalieron en este sitio los trabucos que trageron los genoveses, y los que se hicieron de órden del rey don

Alfonso XI para arrojarlas á torno y resorte; ya con fuegos tirados á brazo, y otros muchos ardidés; pero globos y balas, despedidos de cañon, no se vieron hasta que, conocida la fuerza elastica de la pólvora y alquitran, probada en cañon de hierro, se puso en práctica esta arma ofensiva. Si tuvieron los sarracenos guardado este ardid entre ellos hasta este tiempo, no lo contemplarian de mucho uso; pero desde aquella época se fabricaron en España muchos, cuya hechura aun se ve en Baza, Tudela, Soria y en el mismo Algecira.





*Platavet*

**DON PEDRO DE CASTILLA**

*sexto rey de Castilla y Leon;*

*dió principio á su reinado en el año de Cristo 1350;*

*murió en el de 1369.*



un no tenia el rey don Pedro 16 años de edad cuando fué aclamado en Sevilla, donde se hallaba en compañía de su madre, luego que supo la muerte del rey don Alfonso XI. Habia habido en la córte de don Alfonso dos clases de privados entre los ricos-hombres. La reina doña María habia sido la menos atendida, llevándose las atenciones y el obsequio doña Leonor de Guzman y sus hijos. A uno de estos, llamado don Enrique, por merecer mas el agrado del rey don Alfonso, habia prohibado don Rodrigo Alvarez de Asturias, señor de Noreña, conde de Gijon y de Trastamara; y los mas ricos-hombres, aspirando al

favor, conquistaban el corazón de este ó de sus amigos. La muerte del rey don Alfonso rompió esta liga, y sueltos, empezaron todos á temblar su suerte. Dieron principio á sus temores, por una parte doña Leonor de Guzman, al ver que don Alfonso Fernandez Coronel ponía en sus manos á Medina Sidonia, cuyo cargo tenía por ella, como que era propietaria por donación del difunto rey, en premio de sus amantes servicios; y por otra don Juan Alfonso de Alburquerque, que ya estaba de acuerdo con don Alfonso Fernandez, viendo que esta señora entraba en aquella ciudad y pareciéndole que sería para hacerse fuerte en ella con sus hijos y parientes, que los tenía poderosos; de cuyos recelos resultó tratar aquel con algunos de detener allí como presos á hijos y madre. Llegó el consejo y trató á noticia de estos y sus parientes, y ellos tomaron el suyo, unos de apartarse del rey, y otros de precaverse. Doña Leonor de Guzman, confiada en las seguridades y promesas que le hizo don Juan Nuñez de Lara, con quien tenía particulares intereses, salió de Medina Sidonia; pero llegando á Sevilla, se halló presa en el palacio del rey.

Estas novedades aumentaron los recelos y el temor en los hijos de doña Leonor, y la ira en sus parientes, algunos de estos se habían acogido á Algecira con el conde don Enrique; don Fernan Perez Ponce, hermano de doña Leonor, se aseguró en Moron; y don Fadrique, hermano de don Enrique, se había retirado á su Maestrazgo. Envió el rey don Pedro tropa por mar y tierra para desalojar de allí á don Enrique, ó asegurar la ciudad en su obediencia; y aclamando desde fuera las huestes *Castilla, Castilla* por el rey don Pedro, desampararon la ciudad el conde don Enrique y don Pero Ponce, dirigiéndose á Moron, y luego á Marchena, desde donde admitidos á la gracia del rey, pasaron á Sevilla y celebraron oculta-mente las bodas del conde don Enrique con doña Juana Manuel, hija de don Juan Manuel; cuya acción desagradando al rey, á la reina madre, y á don Juan Alfonso de Alburquerque y otros privados, hizo doblar la prisión de doña Leonor, separándola de su hijo don Enrique, y llevándola de Sevilla á Carmona. El resto del año se pasó en hacer treguas con los moros, repartir los puestos militares en las fronteras, y convalecer el rey de una enfermedad peligrosa, que después de poner en cuidado á todos, alentaba á muchos á la esperanza de reinar, especialmente al infante don Fernando, hijo del rey

de Aragon y primo del rey don Pedro, y á don Juan Nuñez de Lara, que era de la casa real por descendencia de don Fernando de la Cerda; pensando unos y otros partidarios casar á sus elegidos con la reina madre viuda, para tener en auxilio al rey de Portugal, su padre.

Al año siguiente de 1351, determinó el rey don Pedro tener córtes en Valladolid; y moviendo de Sevilla, citó en Llerena á los freires de la órden de Santiago, que tenian castillos en gobierno, para intimarles que no estuviesen á las órdenes de su maestre don Fadrique, hijo de doña Leonor, sino en las cosas que no fuesen servicio del rey. Desde allí la reina madre viuda, que traía consigo presa y bien guardada á doña Leonor, la envió á Talavera con igual recaudo, adonde poco despues la misma reina mandó quitarla la vida.

Antes de ir á Valladolid quiso el rey pasar á Burgos á sosegar algunos disturbios, que fomentaba Garcilaso con otros ricos-hombres de su partido, descontentos del despotismo con que manejaba á la reina y al rey don Juan Alfonso de Alburquerque, quien abultándole siempre los recelos y peligros, no hallaba otro medio de vencerlos, sino con la muerte de sus enemigos; y así consiguió que allí mandase el rey matar á Garcilaso y otros, con lo cual entraron muchos en temor, y empezaron á desconfiarse del rey, que seguía los ejemplos y consejos de severidad de su privado. Los vizcainos tomaron á su señor don Nuño de Lara, niño aun de tres años, y huyeron tierra adentro. El rey fué en su seguimiento, y no pudiendo haberle por sí, ni por otros enviados, tomó las Encartaciones; y muerto poco despues el niño de muerte natural, hizo traer á su palacio á sus hermanas, con lo cual quedó toda Vizcaya por el rey. El conde don Enrique, mal seguro á su parecer en Asturias, pasóse á Portugal bajo la proteccion del rey don Alfonso.

Pasadas estas cosas, fué el rey á Valladolid á celebrar las córtes que habia convocado. Se trató en ellas de que se partiesen las behetrías, contribuyendo á esto la ambicion de don Juan Alfonso de Alburquerque, que esperaba le tocasen muchas; pero los caballeros de Castilla se resistieron á este pensamiento, de que resultó que el rey don Pedro ordenó despues el libro Becerro para mayor distincion de los lugares que eran de behetría, y de quiénes. Se arregló un ordenamiento para labradores y menestrales: se reconoció de nuevo y publicó el ordenamiento de Alcalá, hecho por don Alfonso XI; y

repetida la contienda de las córtes de Alcalá de aquel rey, sobre cuáles procuradores habian de hablar primero en córtes, si los de Burgos ó Toledo, resolvió el rey don Pedro que estos últimos tuviesen este privilegio, hablando el mismo rey por Toledo.

Por este tiempo la reina madre doña María, con consejo de don Juan Alfonso de Alburquerque y don Vasco, obispo de Palencia, enviaron embajadores á Francia á tratar casamiento para el rey con poder para casarse en su nombre con doña Blanca de Borbon, hija del duque de Borbon, primo del rey de Francia don Juan II.

Finalizadas las córtes, y dadas varias disposiciones de gobierno, partió el rey don Pedro desde Valladolid á Ciudad-Rodrigo á donde habian concertado avistarse él y el rey de Portugal don Alfonso su abuelo, de cuyas vistas resultó que don Pedro perdonó al conde don Enrique, admitiéndole en su gracia y en su reino, año de 1352.

Uno de los descontentos del rey, y temeroso de don Juan Alfonso de Alburquerque, era don Alfonso Fernandez Coronel, el cual no asistió á las córtes de Valladolid; y con esta ocasion fortificaba sus castillos, y principalmente su villa de Aguilar en Andalucia; y junto con su yerno don Juan de la Cerda, hacia tratos con varios personajes para unirse contra el rey. Este juntó algunas gentes de armas, y se puso delante de Aguilar, requiriendo á don Alfonso Fernandez desistiese de sus alborotos y le obedeciese; resistióse con sus armas y gente, dando por escusa el temor que tenia á Alburquerque, y el rey dió sentencia de perdimiento de sus tierras.

Al tiempo que esto pasaba en Aguilar, hacia otro tanto en Asturias el conde don Enrique, á quien poco antes habia perdonado el rey: el cual, dejando alguna guarnicion en la frontera de Aguilar, tomó las armas y fué á subyugar á Gijon. Huyó don Enrique á una montaña, y desde allí hizo varias demandas al rey, las cuales le fueron concedidas; y volviéndole á perdonar, y tomando obediencia de los defensores de Gijon, volvió las armas para castigar á don Tello, hijo tambien de doña Leonor de Guzman, que hacia daños en las tierras del rey desde Monteagudo, raya de Aragon, donde se hacia fuerte, medió el rey de Aragon don Pedro, perdonó el de Castilla á don Tello, y condescendió á sus peticiones. Don Alfonso Fernandez Coronel hacia mayores asonadas en Aguilar, la tropa de guarnicion del rey padecia, fué con socorro, avivó el cerco, tomó la villa y

mandó dar la muerte á Coronel y otros rebeldes á principios del año de 1353.

Repartió el rey todas las tierras de Coronel á varios, y no tocó pequeña parte de ellas á doña Beatriz, niña recién nacida en Córdoba, hija suya y de doña María Padilla, que el año antecedente había tomado por amiga en la villa de Sahagun yendo al cerco de Gijon. Era esta doña María muy hermosa y entendida, aunque pequeña de cuerpo, doncella que andaba en casa de doña Isabel de Meneses; muger de don Juan Alfonso de Alburquerque, el cual por dominar mas en el corazon del rey, le habia inducido á entretenerse con ella en sus amores. Llevábala consigo, y habiendo ido desde Córdoba á Torrijos, donde esperaba á don Juan Alfonso de Alburquerque, á quien habia enviado con mensaje al rey de Portugal, supo que ya habia llegado á Valladolid su esposa doña Blanca de Borbon.

No quisiera el rey dejar sus primeros amores, y ya antes de ver á la hermosa doña Blanca sentia en su corazon su despego, y retardaba cuanto podia su viaje. Ni le podian convencer las justas razones y vivas instancias que le hacia don Juan Alfonso de Alburquerque, ya menos firme en la privanza del rey, porque doña María Padilla estaba mas apoderada de su corazon. Arrancóle al fin de Torrijos, dejando el rey á su amiga en el castillo de Montalvan bien guardada, y llegaron á Valladolid.

No se celebraron tan presto las bodas, porque todavía el conde don Enrique y su hermano don Tello, desconfiados de Alburquerque, andaban armados y habian hecho asiento en Cigales con su gente; adonde tambien armado tuvo que ir á buscarlos el rey don Pedro, á perdonarlos, hacer paces con ellos, y traerlos á su córte. Compuestas así las cosas, celebró el rey don Pedro sus bodas y se veló en la iglesia de santa Maria la Nueva de Valladolid, en lunes 3 de junio del año de Cristo 1353, á que siguieron muchas fiestas y regocijos. Mas no bien se habian cumplido dos dias de los desposorios, cuando el rey don Pedro, arrastrado de la pasion, dispuso con el mayor sigilo que pudo, partirse á la Puebla de Montalvan, donde habia hecho que pasase doña Maria Padilla. No dejó de traslucirse su empeño, y cuanto mas le rogaron la reina doña Maria su madre y la reina de Aragon doña Leonor su tia, que desistiese de tan temerario arrojó, tanto mas aceleró su marcha.

Escandalizóse el reino y dividióse en bandos; unos siguieron al

rey, y fueron los mas de los hijos de doña Leonor de Guzman y sus amigos y parientes; otros huyeron; otros se hacian fuertes ó buscaban aliados para defenderse del rey, segun se contemplaban mas próximos á su enojo. Entre estos fué don Juan Alfonso de Alburquerque, que se retiró á una de sus plazas á esperar su suerte; pero viéndola poco favorable, se pasó á Portugal. Algunos amigos del rey pudieron conseguir que volviese á Valladolid á que se juntase con doña Blanca su esposa; pero no pudo sufrir dos días esta union, trocándola por la de doña María Padilla, de que resultaron mayores inquietudes. El rey mandaba prender al que huia, y hasta la misma reina doña Blanca, siendo la huida por él, fué comprendida en esta sentencia, mandándola separar de la reina doña María su madre, y asegurándola con guardias de vista en Arévalo. Ya miraba el rey como á enemigo á don Juan Alfonso de Alburquerque; tomóle algunos lugares, proveyó sus empleos y los de sus amigos en los Padillas y en los amigos de estos; pidiósele al rey de Portugal que le acogia, con pretesto de que viniese á Castilla á dar sus cuentas; escusóse Alburquerque y escusóse el rey de Portugal, pero se aliaron secretamente con el conde don Enrique y su hermano don Fadrique contra don Pedro de Castilla, don Alvar Perez de Castro, que habia huido tambien á Portugal y habia sido acogido por el infante don Pedro, hijo de don Alfonso IV, á causa de tener este consigo á su hermana doña Ines de Castro, atizó el fuego de la discordia, proponiéndoles que se aviniesen tambien con el infante don Pedro para hacerle rey de Castilla; però la prudencia de don Alfonso su padre lo estorbó.

El rey don Pedro de Castilla, de un error se precipitaba en otro; y tropezando de pasión en pasión, enamórase de doña Juana de Castro, viuda de don Diego de Haro, que habia muerto en Algecira; pídelo por esposa á su padre don Pedro de Castro, alegando que no estaba casado con la reina doña Blanca. Halla dos obispos que, de miedo, le dieron por libre del matrimonio con doña Blanca, y le celebra solemnemente en Cúellar con doña Juana año de 1354; pero presto la dejó tambien y no la vió mas; de lo cual resultó otro enemigo del rey, que fué don Fernando de Castro, hermano de doña Juana; el cual se unió con don Juan Alfonso de Alburquerque y el conde don Enrique, que iban juntando descontentos para hacer armas. Estos iban creciendo, agregándose á esta alianza los infantes de

Aragon, y la mayor parte de los ciudadanos de Toledo que por temer que el rey don Pedro habia mandado llevar allí á la reina doña Blanca para darla muerte, se declararon por ella, y la obedecian y defendian como á su señora, llamando en su socorro á don Fadrique hijo de doña Leonor de Guzman; cuya accion, si bien fué aplaudida de algunas otras ciudades, desagradó mucho al rey don Pedro; porque aunque todos los que se agregaban á este último partido tenian el fin de que el rey se juntase con la reina doña Blanca y separase de sí á doña Maria Padilla y sus parientes, no podia escuchar sin irritarse semejantes ruegos y demandas.

Sin embargo de esto, llegó á prestarse fácil para unas vistas de una y otra parte en Tejadillo, lugar entre Toro y Morales; en ellas el rey á los caballeros, ricos hombres é infantes que habian formado la liga, estrañó su faccion, y ellos le respondieron con humildad, haciéndole presente lo justo de sus demandas de que se juntase con doña Blanca. Acordó el rey que se nombrasen cuatro caballeros de una parte y otra para arreglar este y otros puntos; pero mas cuidado de ir á ver á doña Maria Padilla, que estaba en el castillo de Ureña, adonde la habia dejado.

Pesóles esta determinacion del rey; unióse la reina madre doña Maria al partido, atrajo á sí á la reina doña Leonor, y á la condesa doña Juana, muger del conde don Enrique, y á doña Isabel de Meneses, viuda ya de don Juan Alfonso de Albuquerque, que habia muerto poco antes en Medina del Campo: llamó á los coligados, que ya se partian á Zamora, y se declaró abiertamente por su causa y la de la reina doña Blanca. Envió mensageros y cartas al rey, diciendo que se viniese á Toro para que de una vez se acabasen estas cosas. Obedeció á su madre, vino al palacio de Toro, y entre las enhorabuenas de su llegada hállase sorprendido; aprisionan á sus privados, múdanle los oficios, y no le dejan tratar con los que habia traído. Contemplábase preso y oprimido; solo hallaba alguna soltura permitiéndole ir á caza, á que era muy aficionado. El rey por su parte contentaba á muchos, repartiéndoles haciendas; con cuyo motivo se iba deshaciendo la liga, y se le arrimaban los mas, escepto sus hermanos don Enrique, don Fadrique y don Tello, con don Fernando de Castro, que no hacian diligencia de unirse con él. Viéndose el rey tan engañado, oprimido y desconfiado de todos, un dia de espesa niebla que salia á caza, se adelantó con algunos confidentes

hasta perder de vista la demas comitiva, y huyó á Segovia; desde donde envió á pedir su chancillería y sellos, á fines del año de 1354.

A vista de esto, unos siguieron al rey, otros se retiraron; pero sus hermanos don Enrique, don Fadrique y don Tello maquinaban guerra contra él. Para defenderse el rey, ó para reducirlos á su obediencia fué á Burgos á principios del año de 1355, juntó algunos hidalgos de algunas ciudades, espusóles su necesidad, pidióles dinero y auxilio, y así pudo recoger algunas gentes de armas. Partió con su hueste á cercar á Toro, donde se hallaban sus enemigos; peleóse de una y otra parte, no sin sangre derramada, pero sin fruto. Así empezó á encenderse la guerra; fué á sosegar á los de Toledo, que se habian alzado por la reina doña Blanca. El conde don Enrique con su gente llegó antes; renovóse la batalla y hubo muchas muertes; huyó don Enrique y triunfó el rey don Pedro.

Ya tenia 21 años el rey, y al paso que crecía el vigor de su edad, se aumentaba el rigor de su justicia, á vista de tantas rebeliones, mandó quitar la vida á muchos de los partidarios en aquellas ciudades que habian tomado la voz contra él; y porque nunca le parecia que estaba bien presa la reina doña Blanca, de Toledo la envió á Sigüenza; la reina doña María, su madre, asustada del terror de tantas desgracias, se fué á Portugal con su padre, donde murió á principios del año de 1357.

El conde don Enrique se habia pasado huyendo á Francia, á donde fué llamado por el rey de Aragón para que le ayudase á rechazar las hostilidades que le hacia el rey don Pedro de Castilla, que le habia declarado la guerra, porque un Almirante de Aragón habia apresado unas naves en un puerto del rey don Pedro. Un internuncio del papa, llamado don Guillen, apenas podia conseguir algunas treguas para placar la ira de don Pedro; apenas bastaba su autoridad para que perdonase algunos castigos, y nunca pudo conseguir que se juntase con la reina doña Blanca. Siempre precipitado don Pedro, ya dejaba á doña María Padilla, ya enamoraba á otras, fuesen casadas ó solteras, ya queria acabar con todos sus enemigos, anhelando siempre dar muerte á los que los sostenian, que eran sus hermanos y primos, de los cuales dejó á vida muy pocos.

Rompieron los de Aragón las treguas, y resucitaron las hostilidades; mediaba el cardenal de Boloña don Guido, y no podia concordar á los reyes; atizábase el fuego de la guerra, y cuando el rey

de Castilla no tenia buenos sucesos, daba contra la causa de ellos, pagándolos la sangre aun de sus mas cercanos. Nunca desistia el rey don Pedro de buscar sus contrarios, á los cuales en 1360 desbarató á vista de Nágera; y de resultas, dejando fronteros contra Aragon, se retiró á hacer castigos en los partidarios, y apoderarse de las riquezas de su tesorero Simon Leví, Judío, y de sus parientes.

En el año de 1361 hizo paces con un rey moro de Granada, llamado Abusaid el Bermejo, que habia destronado á Mahomad, y se habia aliado con el rey de Aragon; y quitándole este auxilio, restauró la guerra, pero se vió obligado á hacer paces cediendo mucho contra su voluntad. La reina doña Blanca habia sido llevada de prision en prision, de Sigüenza á Jerez, y de aquí á Medina Sidonia, en donde la mandó quitar la vida á la edad de 25 años: jóven á quien, ademas de acompañarla la hermosura y gracia, la adornaban mucho juicio y gran cristiandad en el sufrimiento y constancia de las prisiones y trabajos.

Yá libre de las guerras del de Aragon, tomó las armas para vengarse del rey moro. A este fin hizo tratos con Mahomad, á quien el Bermejo habia destronado; y juntando unos y otros sus tropas, se entraron talando la vega de Granada, en cuya expedicion el rey don Pedro ganó muchos lugares para sí segun el pacto hecho. El rey Bermejo, viéndose perdido, vino á Sevilla á ponerse á discrecion del rey don Pedro. Este dió muestras de querer componerle con Mahomad; pero mandó prenderle con todos los que trajo en su comitiva; tomóles las joyas y dineros; hizóles causa á título de ser los que habian muerto á Ismael, antecesor de Mahomad; de haber destronado á este; de haberse aliado con el rey de Aragon, y de haber sido la causa de que el rey don Pedro hiciese vergonzosas paces con aquel, y envió las cabezas de los principales al rey Mahomad, que ya habia sido restituído al trono de Granada.

En este intermedio habia muerto en Sevilla de muerte natural doña Maria Padilla con gran sentimiento del rey don Pedro, la cual fué sepultada en Astudillo en un monasterio de Santa Clara, que ella habia fundado con el fin de retirarse á él. Habia dejado al rey cuatro hijos, don Alfonso, doña Beatriz, doña Constanza y doña Isabel. Hallándose, pues, el rey don Pedro en Sevilla descansando de la guerra que acababa de hacer, y de la muerte del rey Bermejo, juntó á los principales del reino que allí se hallaban, y les declaró

con formalidad y testigos de buena nota, que él se había casado por palabras de presente con doña María Padilla, antes que viniese la reina doña Blanca; que si había celebrado bodas con esta, había sido por evitar disturbios en el reino por el partido de los que aborrecían á los parientes de doña María; que no estaba legítimamente casado con aquella, y sí con esta; y por consiguiente que era verdaderamente reina y sus hijos infantes de Castilla; por lo cual debían llamarse así en adelante, y jurar por heredero de los reinos al hijo varón el infante don Alfonso; juráronlo así; y á su consecuencia mandó traer el rey don Pedro el cuerpo de doña María Padilla desde Astudillo á Sevilla, y se la hizo pomposo funeral como á reina, año de 1362.

Tenia el rey por nulas las paces que hacia con el rey de Aragon y así usaba de todos los pretestos y ardidés para hacerle guerra. Por espacio de tres años peleó contra él, no sin ventajas, hasta que por falta de víveres con que no pudo socorrer á Monviedro, que habia antes ganado, los caballeros que la defendian entregaron la plaza, y temerosos del rey don Pedro, se quedaron en el partido del conde don Enrique, que ayudaba al rey de Aragon, á fines del año de 1365.

El rey de Aragon habia ajustado ya mucha gente aventureira de Francia, que habia hecho pacto anteriormente con don Enrique de ayudarle, cuando la hubiéramenester; pero venia capitaneada de caballeros; hombres nobles y aguerridos. Entre ellos llevaba la voz Mosen Beltran de Claquin, natural de Bretaña; todos se unieron al mando del conde don Enrique; que con tan gran poder pensó ya quitar el reino al rey don Pedro. Pusóse don Enrique en Calahorra, que se le entregó sin resistencia, y al instante se hizo aclamar rey, y como tal disponer de muchas tierras que aun no habia usurpado, y hacer merced de ellas á varios caballeros, á principios del año de 1366.

El rey don Pedro de Castilla, que á la fama de esta asonada, habia ido á Burgos á disponer su defensa con el mayor ardimiento, luego que supó la aclamación de don Enrique manifestó turbarse; y en lugar de armarse y salir al opósito á don Enrique, que venia á Burgos, ó mantenerse firme en la ciudad, mas presto se percibió á partir donde tenia su corazon en Sevilla, esto es, en sus tesoros y sus hijos; de los cuales habia ya muerto el jurado heredero don Al-

fonso, y vivian las otras hijas, juradas tambien herederas y sucesoras, y otros dos habidos en una dueña.

A vista de todo esto, los de Burgos ofrecieron la ciudad á don Enrique, y él se coronó allí en la iglesia de las Huelgas con mucha pompa y festejos. Así alentado don Enrique, ya iba en seguimiento del rey don Pedro, á quien casi todos le habian dejado; por cuya razon se vió precisado á huir de España con sus hijas, dinero y alhajas á buscar auxilio en el príncipe de Gáles, que se hallaba en Guíena de Francia, dominio de Inglaterra, don Enrique, con esta ocasion, corrió por casi todas las ciudades del reino, atrayéndolas á su partido; juntó córtés en Burgos, hizo jurar por heredero á su hijo don Juan, y pidiéndoles dinero, otorgáronle el tributo de la decena.

Al año siguiente de 1367 volvió el rey don Pedro, acompañado del príncipe de Gáles con un alentado ejército; entró por Vizcaya, y yendo á buscar á don Enrique, que se hallaba acampado á la vista de Nájera, dióse en el día 3 de abril de aquel año una cruda batalla, en que fué desbaratado el ejército de don Enrique, y muertos muchos principales del reino que le asistian, y muchos prisioneros. Don Enrique, huyendo, no paró hasta Francia, donde se entretuvo algun tiempo en juntar dineros y gente para volver á la empresa, y el rey don Pedro se retiró á Burgos con el príncipe de Gáles y sus huestes. Apenas este se volvió á Guíena, no muy contento del rey don Pedro, movió de Francia don Enrique, bien prevenido de dineros y tropa francesa, y muy confiado en el afecto que le conservaban algunos ricos-hombres en Castilla, que fué creciendo con las noticias que otros tenían de su vuelta contra el rey don Pedro.

Llegó don Enrique á Calahorra, y fué al punto admitido y reconocido; pasó á Burgos, bizóle poca resistencia; corrió el reino de Leon, pocos le negaron la obediencia; diéronsele asimismo la mayor parte de asturianos y algunos gallegos. Vino á Toledo, pero se resistió con valor y esfuerzo; púsola sitio, y no podia vencerla. Entretanto el rey don Pedro, que estaba en Sevilla, no tenia ya otro recurso que afirmar las voluntades de los pocos que le eran fieles, y pasar á los infieles los moros á buscar su auxilio. Armóse el rey de Granada Mahomad en su favor (como en otro tiempo sucedió con el rey don Alfonso el Sábio) juntaron ambos sus huestes para recobrar las ciudades de la frontera que le eran traidoras; los moros trageron

buen ejército y buen ánimo; saquearon, destruyeron y aprisionaron muchos hombres y mugeres. No pudieron tomar á Córdoba, enemiga del rey don Pedro, pero sí á Jaen, Ubeda y algunos castillos.

Mudó de pensamiento el rey don Pedro, y pensó que seria mejor socorrer á Toledo, que por su fidelidad, se hallaba en el mayor apuro. Abasteció á Carmona, para tener en cualquier peligro buena retirada; trasladó allá sus hijos y sus haberes, y convocadas las gentes de su partido, parte al socorro de Toledo, don Enrique supo los intentos y marcha del rey don Pedro; mandó á los de Córdoba que le viniesen siguiendo; llegaronle caballeros de Francia con alguna gente, entre ellos don Beltran de Claquin, que en la derrota de Nágera habia quedado prisionero, y rescatado, habia pasado á Francia á juntar el dinero para pagar á los que le habian favorecido. Determinó don Enrique dejar con alguna gente cercada á Toledo, y con el resto ir al encuentro del rey don Pedro; halló á este que ya habia llegado á Montiel: presentóle batalla; el rey don Pedro no tenia allí todas sus huestes por haberse quedado en los contornos; resistió como pudo; pero tuvo que encerrarse en el castillo de aquella villa; veníale socorro de Carmona, y con las nuevas tristes de ser vencido, se volvió á la misma ciudad con su gente el caudillo que las conducia, faltándole, por miedo, en la mejor ocasion.

Don Enrique estrechaba el sitio cada dia mas; don Pedro cada dia iba á menos, huyendo muchos de los suyos, y no acercándose otros á la defensa; hubo de meditar algun partido. Por medio de un caballero que le acompañaba, llamado Men Rodriguez de Senabria, trató con Mosen Beltran de Claquin que le diese salida oculta, que él se lo premiaría dándole dinero y tierras. Mosen Beltran de Claquin, mirando mas al servicio de su señor don Enrique, que á una accion, que aunque honesta, la juzgó traidora, con pretexto de tomarse tiempo para resolver, dió cuenta de la propuesta á don Enrique: este, deseoso de acabar con el rey don Pedro, le mandó que asegurara á Men Rodriguez que daría salvoconducto á su rey; pero que luego que lo tuviese en su poder le diera pronto aviso: mediaron juramentos y palabras de honor entre Men Rodriguez y Mosen Beltran de Claquin. Avisado el rey don Pedro del trato de su libertad y de los seguros que habian pasado, confiase á la salida; apenas llega al campo de los enemigos por donde le conducia Men Rodriguez, empieza á recelar; pero solo esta vez fué menos desconfiado;

éntranle en la tienda de Claquin , viene don Enrique armado y allí le asesinan.

Esto es lo cierto; las circunstancias del suceso varían en algunos escritores. Unos dicen que Men Rodriguez sin noticia del rey don Pedro hizo falso trato con Beltran de Claquin , y que de parte de aquel estuvo la traicion , infiriendo esto de que despues fué premiado por don Enrique. Otros dicen que el mismo don Enrique , apenas vió al rey don Pedro en la tienda de Claquin se tiró á él , dándole con una daga en la cara , y que abrazándose los dos hermanos , cayó debajo don Enrique , á quien no pudo herir don Pedro porque no llevaba armas para ello , y que le mató don Enrique solo. Otros añaden , que uno de los que estaban allí , llamado el vizconde Rocuberti , los trastornó , cuando estaban luchando en tierra , y quedando encima don Enrique , le dió muchas heridas de muerte ; lo cual sucedió á 23 de Marzo del año de Cristo 1369 , era de 1407 , de edad de 35 años y 7 meses. Cortáronle la cabeza , y con el cuerpo se espuso para horrendo espectáculo en las almenas del castillo de Montiel. Aquella fué llevada despues á Sevilla , y el cuerpo sepultado primero en Montiel , y despues trasladado á la Puebla de Alcocer , de donde fué traído á Santo Domingo el Real de Madrid por direccion de doña Constanza , hija de don Juan , hijo del rey don Pedro y de doña Juana de Castro , reputada un tiempo por muger de don Pedro , y reina.



...en la tienda de Cl... don Enrique arribó y allí le  
 ...Hate es lo cierto; las  
 ...Escritores. Enos hien  
 ...Pedro lizo luto luto  
 ...qual esto lo tracion  
 ...por don Enrique. Oros  
 ...se tiró á el dándole  
 ...con una daga en la cara  
 ...dejo don Enrique  
 ...levaba armas para  
 ...don, que uno de los  
 ...en las tristes, cuando  
 ...cuencia don Enrique  
 ...cedió á 23 de Marzo del  
 ...de 35 años y 7 meses.  
 ...que para portarlo  
 ...tiel. Aquella fue llevada  
 ...primero en Montiel, y  
 ...donde fue traído á Santo  
 ...de dona Constanza  
 ...empezó á reinar en el año de Cristo de 1369: murió en el de 1379.



**DON ENRIQUE II**

*sétimo rey de Castilla y Leon:*

*empezó á reinar en el año de Cristo de 1369: murió en el de 1379.*



uerto el rey don Pedro, queda-  
 ron prisioneros los que le ha-  
 bían acompañado hasta la tienda  
 de Beltran Claquin, y el castillo  
 de Montiel se entregó al vence-  
 dor. No fué menester aclamar de nuevo al rey don  
 Enrique; pues se presumia que lo era, desde la acla-  
 macion de Calahorra y coronacion en Burgos. Sin em-  
 bargo de esto, apenas se divulgó el horroroso atentado  
 de la muerte de don Pedro, muchas ciudades de las que  
 le habian sido fieles, quisieron mas entregarse á distin-  
 tos dueños, que al rey don Enrique. Vitoria y Logroño  
 siguieron con el rey de Navarra. Molina y Requena se su-  
 jetaron al rey de Aragon don Pedro IV; mucha parte de Ga-

licia y de la frontera de Portugal al rey don Fernando, el cual juzgaban debía suceder en el reino por ser nieto de la reina doña Beatriz, hija de don Sancho IV de Castilla. Carmona se hizo fuerte, acudillada de don Martín Lopez de Córdoba, á quien habia el rey don Pedro encargado la guarda de sus hijos y sus tesoros. El rey don Enrique partió á Sevilla, que lo recibió con aclamaciones; quiso rendir á Carmona y se resistió, fué á entregarse de Toledo; que ya se habia rendido á su Arzobispo, que habia quedado por general del cerco de parte del rey don Enrique, aseguró con sus cartas y mensajeros á todas las demas ciudades y villas de su devocion.

El rey de Portugal levantaba gente de armas para hacerse dueño de Castilla, se aliaba con el rey de Aragon y el moro de Granada, y obraba ya en todo como rey en los pueblos de Castilla que se le habian rendido. El rey don Enrique juntaba sus huestes para oponérsele: se hicieron varias hostilidades en las fronteras por una y otra parte; peleóse tambien por mar. El moro tomó y demolió á Algecira; pero el rey don Enrique recuperó á Carmona, y castigó á los cabezas; llegó á mediar el papa por sus internuncios para las paces; hacíanse tratados, pero presto se rompian. Ya se habian pasado cuatro años de estas alternativas de sucesos, cuando el rey don Enrique se halló con otro enemigo. El duque de Alencastre, de la familia de los reyes de Inglaterra, habia casado con doña Beatriz, hija jurada heredera del rey don Pedro de Castilla: y como tal llevaba el nombre de reina entre los ingleses, en cuyo poder la habia dejado el rey don Pedro, su padre, cuando fue á solicitar el auxilio del príncipe de Gáles; pero no pudo por entonces poner en egecucion su intento, por hallar obstáculos en Francia, amiga del rey don Enrique. En el año de 1375 llegó á calmarse todo, concluyéndose tratados de paz, y efectuándose tres bodas de tres hijos del rey don Enrique, casándose el infante don Juan, hijo primogénito, con la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon; el infante don Alfonso de Gijon, hijo segundo, con doña Isabel de Portugal, hija del rey don Fernando; y la infanta doña Leonor de Castilla, con el infante don Cárlos de Navarra, devolviéndose recíprocamente las tierras tomadas ó rendidas voluntariamente.

Aunque poco despues se renovaron con el de Navarra algunas hostilidades, los ardides del rey don Enrique, y el valor y buena di-

ligencia del infante don Juan, que mandaba las huestes, hizo que se interrumpiese una guerra muy peligrosa. A principios del año de 1379 el rey don Enrique consultaba á sus prelados para decidir cual de dos papas, elegidos en cisma, Urbano ó Clemente, se habia de reconocer por verdadero; no llegó el caso de resolverse; pues le dió una enfermedad, de la cual murió á 29 de mayo del mismo año 1379, era de 1417.

El rey de Portugal levantaba gente de armas para hacerse dueño de Castilla, se aliaba con el rey de Aragón y el moro de Granada, y obraba ya en toda como rey en los pueblos de Castilla que se le habían rendido. El rey don Enrique juntaba sus huestes para oponersele: se hicieron varias hostilidades en las fronteras por una y otra parte; pero se tomó por mar. El moro tomó y demolió á Algeciras; pero el rey don Enrique reconquistó y castigó á los cabozas; luego se hicieron otras para las partes que se habían pasado.

El rey don Enrique se casó con doña Beatriz, hija heredera del rey don Pedro de Castilla; y como tal llevaba el nombre de reina entre los ingleses, en cuyo poder la había dejado el rey don Pedro, cuando fue á solicitar el auxilio del príncipe de Gales; pero no pudo por entonces poner en ejecución su intento. por hallar obstáculos en Francia, amiga del rey don Enrique. En el año de 1375 llegó á casarse todo, contrayéndose tratados de paz, y efectuándose tres bodas de tres hijos del rey don Enrique, casándose el infante don Juan, hijo primogénito, con la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón; el infante don Alfonso de Gijón, hijo segundo, con doña Isabel de Portugal, hija del rey don Fernando; y la infanta doña Leonor de Castilla, con el infante don Carlos de Navarra, devolviéndose reciprocamente las tierras tomadas ó recibidas voluntariamente.

Aunque poco después se renovaron con el de Navarra algunas hostilidades, los arduos del rey don Enrique, y el valor y buena disposición de sus hijos, le permitieron volver á España, y en el año de 1375 se casó con doña Leonor de Aragón, hija del rey de Aragón, y como tal llevaba el nombre de reina entre los ingleses, en cuyo poder la había dejado el rey don Pedro, cuando fue á solicitar el auxilio del príncipe de Gales; pero no pudo por entonces poner en ejecución su intento.



En el año de 1375 llegó á casarse todo, contrayéndose tratados de paz, y efectuándose tres bodas de tres hijos del rey don Enrique, casándose el infante don Juan, hijo primogénito, con la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón; el infante don Alfonso de Gijón, hijo segundo, con doña Isabel de Portugal, hija del rey don Fernando; y la infanta doña Leonor de Castilla, con el infante don Carlos de Navarra, devolviéndose reciprocamente las tierras tomadas ó recibidas voluntariamente.

Aunque poco después se renovaron con el de Navarra algunas hostilidades, los arduos del rey don Enrique, y el valor y buena disposición de sus hijos, le permitieron volver á España, y en el año de 1375 se casó con doña Leonor de Aragón, hija del rey de Aragón, y como tal llevaba el nombre de reina entre los ingleses, en cuyo poder la había dejado el rey don Pedro, cuando fue á solicitar el auxilio del príncipe de Gales; pero no pudo por entonces poner en ejecución su intento.

En el año de 1375 llegó á casarse todo, contrayéndose tratados de paz, y efectuándose tres bodas de tres hijos del rey don Enrique, casándose el infante don Juan, hijo primogénito, con la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragón; el infante don Alfonso de Gijón, hijo segundo, con doña Isabel de Portugal, hija del rey don Fernando; y la infanta doña Leonor de Castilla, con el infante don Carlos de Navarra, devolviéndose reciprocamente las tierras tomadas ó recibidas voluntariamente.



### DON JUAN I

octavo rey de Castilla y Leon:

dió principio á su reinado en el año de Cristo 1379:

murió en el de 1390.



con el mismo dia 29 de mayo, en que murió el rey don Enrique II en la ciudad de Santo Domingo de la Calzada, fué aclamado rey su hijo y sucesor don Juan I, jóven de 21 años cumplidos, de gran talento, bondad y experiencia en las armas. Inmediatamente partió á Burgos á depositar el cadáver real en el cabildo de Santa Maria, interin se dabau disposiciones de sepultarle en Toledo, según habia dispuesto su padre en su testamento. A los dos meses se coronó allí é hizo coronar tambien, según costumbre, á su esposa la reina doña Leonor, hija del rey don Pedro IV de Aragon. Celebróse esta funcion con mucho regocijo de todos, el cual se renovó poco despues en 4 de octubre con motivo de haber

nacido un sucesor del Reino, á quien pusieron el nombre de su abuelo don Enrique. El resto del año se pasó en concluir las córtés que habia convocado su padre, arreglar varias cosas en bien del público, enviar mensajeros al rey de Francia Carlos V para ratificar las alianzas hechas por el rey don Enrique II, y continuarle sus auxilios para la guerra que tenia con los ingleses.

En el año siguiente, deseoso el rey don Juan de tener paz con el rey de Portugal don Fernando, trató de casar á su hijo recién nacido don Enrique con la hija de aquel la infanta doña Beatriz; firmóse este tratado con mucha solemnidad, y entregáronse plazas por rehenes de una y otra parte; pero poco despues se olvidó de esta alianza el rey de Portugal, y solicitando ocultamente auxilio del rey de Inglaterra, ayudando á renovar las pretensiones del duque de Alencastre, declaró guerra al rey de Castilla. Provinieron ambos sus tropas de mar y tierra, pero antes que le llegase el socorro perdió el portugués en un choque diez y seis galeras, que le tomó Fernan Sanchez de Tobar, almirante de la mar; en la frontera hizo algunas entradas el rey de Castilla, y adelantó poco. Llegó el ejército inglés á Portugal, capitaneado por Aymon ó Emundo, conde de Cantabrigia (hoy Cambridge.) Lo primero que solicitó fué romper los esponsales anteriores de la infanta doña Beatriz, y celebrarlos con su hijo, á lo cual se prestó fácil el rey de Portugal. Los ingleses, usando de mayor licencia que les era permitido, hacian varias violencias y robos á los mismos á quienes venian á auxiliar, con lo cual el rey de Portugal esperaba muy poco de semejante gente. Uno y otro rey prevenian toda la tropa que podian de sus reinos; y entretanto no cesaban las escaramuzas en las fronteras con poco fruto, y no sin sangre. Era el ánimo de ambos reyes dar una batalla decisiva. Para el mejor arreglo en esta guerra creáronse nuevos oficiales militares al uso de Francia, ya introducido en Aragon; el rey de Castilla nombró para mariscales á Fernan Alvarez de Toledo y Pero Ruiz Sarmiento, y condecoró con el honor de condestable á don Alfonso, marqués de Villena y conde de Denia, hijo del infante don Pedro de Aragon, y nieto del rey don Jaime II: el de Portugal nombró por condestable á Alvar Perez de Castro, y por mariscal á Gonzalo Vazquez de Acebedo. Acercáronse ambos ejércitos á las fronteras; juntáronse en Badajoz; disponiase la batalla y el portugués fué aconsejado que propusiese la paz para librarse con ella de ingleses y cas-

tellanos. Admitió el rey don Juan la propuesta, y se pusieron estas condiciones, que las bodas tratadas con el infante don Enrique, y despues con el hijo del conde Aymon, quedasen deshechas, y celebradas de nuevo con el infante don Fernando, segundo hijo del rey de Castilla; que se restituyesen al portugués las galeras y gente apresada en el año anterior; y que el mismo rey de Castilla contribuyese con su armada para transportar al inglés á su tierra. Así se ejecutó todo, y se depusieron las armas á fines de julio de 1382.

A poco despues murió la reina de Castilla doña Leonor en Cúellar á 13 de setiembre, que fué sepultada en Toledo. El rey de Portugal que veia la tardanza del matrimonio de su hija doña Beatriz con el infante don Fernando por la corta edad de este, y mas brevedad en efectuarlo con el rey de Castilla, viudo, envió á decirle si queria casarse con ella. El rey don Juan aspiraba siempre á facilitar sus ideas para lograr el reino de Portugal, y con esta esperanza firmó el matrimonio con las siguientes condiciones: Que la infanta doña Beatriz, hija sola legitima del rey don Fernando fuese jurada heredera de Portugal, y que por consiguiente el hijo ó hija que resultase de este matrimonio sucediese igualmente en los mismos derechos, quedando el gobierno en la reina portuguesa, madre de la infanta, si muriese antes el rey de Portugal, su marido, y los hijos no tuviesen la edad suficiente de 14 años para titularse rey ó reina de Portugal. En nada se detuvo el rey don Juan, y se celebraron las bodas en la catedral de Badajoz á 17 de mayo de 1383.

En el intermedio de estos tiempos se habia andado vacilando en Castilla, y mas en Portugal sobre la declaracion del verdadero papa en el cisma entre Clemente y Urbano; pero despues de mucho examen y mediaciones del cardenal don Pedro de Luna, se declaró Castilla por Clemente VII. Murió en este intermedio á 27 de marzo de 1381 la reina doña Juana Manuel, madre del rey don Juan I, en Salamanca, y fué supultada en Toledo en el sepulcro de su marido don Enrique II.

Celebradas las bodas en Badajoz, tuvo el rey córtes en Segovia, donde se establecieron varios puntos de gobierno; y deseando conformarse con el rito de la iglesia y costumbre de otras naciones en el uso de la era cristiana, mandó que desde el año siguiente 1384 de Cristo se usase de este cómputo en todas las escrituras públicas, y no se contase mas por la era del Cesar ó de España.

Poco después de estas cortes tuvo el rey noticia de la muerte del rey don Fernando de Portugal, y envió un mensajero á la reina viuda, para que se pudiesen en egecucion las condiciones pactadas en el matrimonio con la infanta doña Beatriz; y en efecto, en virtud de ellas, fué aclamada reina de Portugal. El rey de Castilla puso preso en el castillo de Almonacid á su propio hermano don Alfonso el conde de Gijón, que habia muchas veces tenido tratos de rebelion en Portugal; y se habia mostrado descontento del rey; aseguró asimismo en Toledo al infante don Juan de Portugal, hijo bastardo del rey don Fernando. El infante don Juan, maestré de Avis, hijo bastardo del rey don Pedro I de Portugal y doña Inés de Castro, corria bien con el rey de Castilla; pero bien pronto fué elegido gobernador del reino por los portugueses, que huian del dominio castellano y del gobierno de la reina viuda, con lo que se encendieron nuevas guerras. El rey don Juan de Castilla entró armado en Portugal; halló varios partidos; la reina viuda fomentaba el suyo, por cuya causa la envió presa á Tordesillas, entró la peste y mató mas gente que la misma guerra; con qué se vió precisado el rey de Castilla á suspender las hostilidades. Aprovechábase de esta oportunidad el maestre de Avis, y adelantaba su partido; convocó cortes, y halló en ellas apoyo de abogados para hacerse rey; no hubo mucha resistencia de parte de los contrarios, y fué aclamado rey en Coimbra en 6 de abril de 1385.

En vano el rey de Castilla juntó lo mas florido del reino para volver á la empresa; pues sin embargo de ir á la cabeza de un numeroso ejército que constaba de treinta mil ballesteros, cinco mil lanzas y tres mil ginetes, y el auxilio del rey de Navarra don Carlos II, perdió el nervio de su poder en la famosa batalla de Aljubarrotá, dada en 14 agosto del mismo año contra menor número de gente, pero menos precipitada que la de los castellanos. El rey de Portugal adelantaba su firmeza dentro del reino, y en la frontera reunia las plazas que estaban por Castilla; el duque de Alencastre vino en persona con su muger doña Constanza, hija del rey don Pedro de Castilla; desembarcó en Galicia, tomó algunos lugares; se hizo aclamar rey; hizo nuevas alianzas con el rey de Portugal, tratando este su casamiento con una hija del duque de Alencastre, llamada doña Felipa; y ambos de concierto, y cada uno por su parte hacian daños con su gente en las vecinas plazas.

El rey don Juan de Castilla habia pedido socorro al francés Carlos VI, y daba nuevas disposiciones de defensa y ofensa contra estos dos aliados; hizo retirar los viveres que pudiesen servir á los portugueses; entró en el ejército de estos el hambre y la epidemia, y estas solas armas hicieron suspender los intentos de los enemigos. Negociaba el rey de Castilla en secreto con el duque de Alencastre y trataba de casar á su primogénito el infante don Enrique con doña Catalina, hija de aquel y de doña Constanza. Al tiempo de retirarse el duque de Alencastre se hicieron en Bayona los concierto de esta manera: que luego que se casasen se entregasen á doña Catalina ciertas plazas en dote; que si alguno de los consortes muriese sin sucesión, prosiguiese el reinado el infante don Fernando, hijo segundo del rey don Juan; que en cambio de la cesion que hacian el duque de Alencastre y su esposa de las pretensiones á la corona de Castilla, habian de recibir en ciertos plazos ciertas cantidades de dinero de contado; que don Enrique y los primogénitos sucesores se llamasen en adelante príncipes de Asturias, á imitacion del título de príncipe de Gales en el sucesor al trono de Inglaterra. La ceremonia de esta investidura consistia entonces en que el rey sentaba á su hijo en un trono magnífico, le vestia una púrpura ó manto real y sombrero, y colocaba en su mano una vara de oro, dándole luego ósculo de paz, y llamándole príncipe de Asturias. Don Fernán Alvarez de Oropesa por su oficio debia en la jurá tener el estoque desnudo, y para jurarle puso el estoque de órden del rey en manos de Fernán Yañez de Saavedra, camarero del príncipe.

Para poder llevar á efecto este tratado del rey de Castilla, y sacar por medio de un tributo ciertas cantidades ofrecidas, juntó cortes en Bribiesca á principios del año de 1388: en ellas se acordó hacer este servicio al rey. Hechas estas cosas, se celebraron los desposorios en la Catedral de Palencia, siendo el príncipe de Asturias don Enrique de edad de nueve años cumplidos, y la princesa doña Catalina de edad de catorce. Contenta doña Constanza de bodas tan ventajosas, regaló al rey de Castilla una rica ropa y una corona de oro, que habia prevenido para colocarla en las sienes de su marido el duque de Alencastre, y á este regaló el rey muchas mulas y caballos.

Quitado al portugués este enemigo auxiliador, ya eran menos los empeños de la guerra, la cual aunque no cesó desde luego, fué terminada con la recíproca restitucion de algunas plazas, y una tregua

por seis años, ajustada en fines de 1389. Entretanto era menester atender á los negocios interiores del reino. La disciplina eclesiástica necesitaba de alguna reforma. Juntóse un concilio en Palencia, á que concurrieron muchos obispos de Castilla, Leon, Galicia y Andalucía, presididos del legado cardenal don Pedro de Luna. El gobierno civil y administración de justicia pedia nuevo arreglo, y convocadas córtes en Segovia, resolvió el rey establecer allí una chancillería real, creando diez oidores para el mas pronto despacho de las causas, y mas oportunidad de los litigantes de las dos Castillas. Otras muchas córtes tuvo en el año siguiente para el arreglo de los gastos de las guerras pasadas y manutencion de los de la familia real con quienes tenia deudo. Fueron notables las providencias que dió para que los alcaldes de señorío juzgasen en primera instancia las causas de sus súbditos con apelacion al señor de vasallos, y de él al rey. Estableció asimismo una divisa, llamada del Espíritu Santo, que era un collar de oro con una palomita pendiente de él, de que hizo sus ordenanzas.

La muerte de este rey don Juan I de Castilla provino de un acaso. Hallábase en Alcalá adonde venian á besar su mano cincuenta caballeros, llamados los Farfanés, que eran descendientes de las familias retiradas ó desnaturalizadas de España en Marruecos, y el rey don Juan habia conseguido que viniesen á establecerse en Sevilla; quiso salirlos á ver fuera de la puerta de la villa, y corriendo en el campo el rey con su caballo por un barbecho, cayó y al golpe quedó muerto á 9 de octubre de 1390, á los treinta y dos años cumplidos de su edad, y once años y cuatro meses de reinado.

El arzobispo de Toledo don Pedro Tenorio iba con el rey, y habiendo mandado construir una tienda, hizo esparcir la voz de que aun no habia muerto, con lo que se tomó tiempo para avisar por cartas al príncipe don Enrique y á la reina doña Beatriz, que estaban en Madrid. La reina viuda se vino á Alcalá, y el arzobispo pasó á Madrid, é hizo aclamar por rey á don Enrique III, haciéndose sucesivamente exequias por el difunto y fiestas por el rey nuevo. El rey don Juan I estuvo depositado algunos dias en la capilla del palacio del arzobispo de Toledo en Alcalá, de donde fué trasladado despues á su sepulcro en Toledo.

La temprana muerte de este rey cortó la carrera á muchas acciones, que hubieran adelantado el gobierno del reino, segun eran los

grandes talentos que mostraba, y deseos de reformar la república. Si los tribunales de justicia experimentaron un nuevo arreglo para la mas fácil expedición de los negocios, no era de menor consideración el de la milicia. La disciplina militar por mar habia hecho muchos progresos desde la conquista de Sevilla por San Fernando III. Un almirante con algunos subalternos gobernaban con la mayor destreza una armada, triunfando frecuentemente de los enemigos. Un arreglo semejante faltaba á las tropas de tierra. Creó un condestable y mariscales; ordenó mejor sus batallas, aunque no tuvo mejor fortuna: la peste y el terreno desigual miró con mejor semblante á los portugueses. Una infanta de España, doña Leonor de Castilla, hermana del rey don Alfonso el Sábio, fué la primera princesa de Inglaterra; dando motivo á que el heredero de aquel reino Eduardo I con quien casó se llamase príncipe de Gáles. Este honor era de tanta estimación entre los ingleses, que para quedar bien puesta en España doña Catalina, hija del duque de Alencastre y de doña Constanza, se consideró preciso que el infante primero heredero, con quien se casaba, se llamase con el nombre de príncipe de Asturias, reino mas antiguo y preciado desde la reconquista. A la jura de sucesión, establecida en Castilla hasta entonces se agregó esta investidura de príncipe, y juntaron ambas ceremonias; cuya serie y aparato pueden verse en Salazar, en su libro intitulado *Dignidades de Castilla*.

A últimos del reinado de este rey se hallaba en el trono de Aragón don Juan, tambien I de este nombre. Su esposa la reina doña Violante era aficionada á los saraos, festines y demas diversiones que ofrecian las representaciones de lo que se llamaba *Gaya ciencia*, introducida ya en palacio, y traída de Francia. Hubo sus excesos, y fué menester reprimir la demasiada licencia á que habia abierto la puerta la afición á la poesía. No así en Castilla donde se cultivaba esta desde el tiempo de don Alfonso el Sábio en cántigas y otros géneros de composición, á que se aplicaban ilustres personajes, y celebraban á porfía los hechos de sus reyes. Alfonso Alvarez de Villasandino fué el principal panegirista de las dos reinas de Castilla doña Juana Manuel y doña Leonor. Véanse las adiciones á las notas de la crónica de don Juan I de Castilla por don Eugenio Llaguno Amírola. Edición de Madrid año de 1780.



### DON ENRIQUE III

*nono rey de Castilla y Leon;*

*entró á reinar en el año de Cristo 1390; murió en el de 1406.*



clamado el joven rey don Enrique III de este nombre, hubo disensiones entre los grandes y prelados sobre la tutoría y gobierno, por no hallarse todavía en edad de gobernar por sí, y por ignorarse el paradero del testamento del rey don Juan I su padre. Termináronse de pronto las controversias con haber convenido en formar un consejo de gobierno, compuesto del duque de Benavente don Fadrique, el conde de Trastámara don Pedro, y el marqués de Villena don Alfonso, los arzobispos de Toledo y Santiago, y los maestros de Santiago y Calatrava, con diez y seis procuradores de los reinos, de los cuales habian de alternar ocho

cada seis meses. Hiciéronse córtes para ordenar varios puntos sobre el arreglo de las cosas del reino y alianza con los confederados. El arzobispo de Toledo, que habia reservado el testamento del rey con alguna dilacion, aparentando no convenir en la forma de aquel gobierno, declaró al fin el testamento, y estrañándolo los del nuevo consejo, empezaron á dividirse y retirarse. Crecieron los deseos de mandar en aquellos que se veian escludidos ó no comprendidos en el testamento, aumentáronse las discordias y se previnieron armas. Mediaciones de los aliados reinos, recomendaciones de los parientes del rey, servian poco para avenirse y terminarse las disputas; repetidas córtes adelantaban poco, y ya en las de Búrgos, celebradas á fines del año de 1391 y principios de 1392, se concluyó que gobernasen el reino y al rey el duque de Beñavente, el arzobispo de Toledo, el maestre de Santiago y don Juan Hurtado de Mendoza los primeros seis meses del año, alternando en los otros seis el arzobispo de Santiago, el conde de Gijon, el conde de Trastamara y el maestre de Calatrava, quedando siempre para guardas del rey don Juan Hurtado de Mendoza y don Pedro Lopez de Zúñiga. Por parte de las provincias ó reinos quedaron nombrados los procuradores de Búrgos, Leon, Toledo, Sevilla, Córdoba y Murcia.

Sin embargo de estas revoluciones, que tocaban en los intereses de los aspirantes al mando, no se dejaba de hacer justicia en la necesidad. Hacia algun tiempo que en Sevilla el arcediano de Niebla don Fernando Martinez predicaba contra las usuras de los judíos, y de tal manera habia afeado su tráfico y sus costumbres, que se conmovió el pueblo contra ellos; perseguíanlos y los mataban; y apenas se libraban de su furor los que por huir de la violencia aparentaban convertirse y pedir el bautismo; pasó este esceso á otras ciudades del reino, y si los magistrados procuraban contener la persecucion con algun castigo, mas se enfurecia el pueblo. Tomó el rey la demanda; mandó que cesasen las violencias, declaró que estaban bajo su proteccion, y que tuviesen entendido que él los amparaba, con lo cual quedaron quietos. Tampoco se descuidaban el rey, y los que bien le aconsejaban, en asegurar el reino por la parte de Portugal, con cuyo soberano no se omitieron diligencias para componer la paz, y sin embargo de los obstáculos que opuso el duque de Beñavente, se consiguieron treguas por quince años.

La ambicion de mandar cada uno de por sí crecia cada vez mas

en los consejeros del rey. El duque de Benavente y el arzobispo de Toledo eran los discordes principales y de mayor riqueza y autoridad. Bastante dió que temer aquel con hacer del retirado, aparentar armas, y tratar alianza con el rey de Portugal, intentando casar con una hija suya bastarda. El arzobispo era constante en sus propósitos é intereses, y siempre insistía en sus pretensiones. Un día que se despedía del rey, llegó á dar sospechas de que iba á fortalecerse en Toledo y á levantar los reinos, por cuyo motivo el rey mandó que estuviese detenido, bien que decorosamente en palacio, y que entregase las plazas que tenia. Obedeció al rey, pero bien presto se satisfizo poniéndole entredicho é implorando el auxilio del papa. Este envió un legado para absolver al rey con una corta penitencia si deshacía lo hecho. También el rey obedeció al papa, pero quiso librarse bien presto de estos sonrojos, apartando de sí todos los consejeros, y tomando la generosa resolución de mandar él por sí su reino, sin aguardar á dos meses que le faltaban para cumplir los 14 años, término acostumbrado de la minoridad, espuesta siempre á la ambición de los tutores y consejeros, y causa de muchas disensiones y desórdenes, lo cual sucedió en la primera semana de agosto del año de 1393.

Convocó córtes, juró los fueros, confirmó los antiguos privilegios y mercedes, pero revocó las que se hicieron durante su tutoría, arregló y minoró las rentas de algunos, especialmente las de la reina de Navarra, el duque de Benavente, el conde de Gijón y el conde de Trastámara, todos parientes suyos, de cuyo hecho quedaron ellos muy descontentos, al paso de la alegría con que lo celebró el reino por haber dado un ejemplo tan heroico en la reforma de su propia casa; concluyó las córtes con la celebracion del matrimonio, segun se habia pactado por su padre con doña Catalina, hija del duque de Alencastre, y desposando á su hermano el infante don Fernando con la condesa doña Leonor de Alburquerque.

Los descontentos, aunque estuvieron algun tiempo sosegados, fuéronse uniendo poco á poco comunicándose los medios de recobrar sus antiguas rentas ú obligar al rey á alguna compostura. Juntaban gente, tomaban armas, hacian tratados entre sí, y aun el duque de Benavente obligaba á los recaudadores de las rentas reales á que le entregasen el dinero que les pedia. El rey solicitó su desunion, llamólos muchas veces, añadióles algo; fingian volver á su servicio, pe-

ro duraba poco su propósito. Tuvo el rey que echar mano de las armas y el rigor. puso preso al duque de Benavente, y á este y al conde don Alfonso ocupó sus estados, con lo cual los demas pidieron partido y perdon. Tres años duraron estas contiendas, á las cuales sucedió otra de no menor cuidado. El rey de Portugal se quejaba de no haberse firmado á tiempo las treguas, segun lo pactado; empezó á hacer hostilidades y á despertar la guerra. Armóse el rey don Enrique y mandó que su gente entrase en Portugal: se hicieron algunos estragos por mar y tierra, y sacó la ventaja de que desertasen de Portugal con su gente Martin Vazquez de Acuña y Juan Fernandez Pacheco, troncos de nobles casas de Castilla, año de 1396.

Siguió la guerra por espacio de mas de dos años con empeño, y solicitando al fin paces ó treguas, hubo varios debates. Ultimamente se concordaron con estas condiciones, que ni uno ni otro ayudasen á potencia ó partido en perjuicio de ambos; que se entregasen las plazas ocupadas, los rehenes y prisioneros, y que para la seguridad de todo esto se darian nuevos rehenes, año de 1399.

En medio de estos sucesos no estaba muy sosegado el ánimo del rey por varios acontecimientos en que debe reconocerse la mano del señor. El cisma, que hacia algunos años que tenia en discordia á la tiara, estaba entonces en competencia de Bonifacio IX, sucesor de Urbano y de Benedicto XIII, sucesor de Clemente. Francia, Aragon, Castilla y Portugal estaban divididos igualmente, unas veces se negaba la obediencia á uno y se concedia á otro, y á su consecuencia se padecian censuras, entredichos, y la indignacion de cada antipapa; otras se unian los mismos príncipes, y se proponian los medios de que cesasen las desavenencias. La cesion de uno y otro parecia lo mas conveniente: no pudo conseguirse este medio, y volvió el rey don Enrique á la obediencia de Benedicto.

Las epidemias continuadas habian disminuido la gente; y faltando brazos al campo, aumentaba la escasez. Juntó córtes, y entre otras disposiciones, se dió licencia á las viudas que no guardasen el año de luto para volverse á casar; se suprimió el tributo de la moneda, menos favorable á los pobres que á los ricos; por cuya razon se pasaban muchos á otros reinos; con lo cual volvieron los huidos, y tomó nuevo vigor la agricultura; y despues sosegó los bandos que se habian suscitado en Sevilla y Córdoba, año de 1401.

La fama de Timur ó Tamorlan, que habia llegado hasta España,

movió al rey don Enrique á enviarle una embajada, ofreciéndole su amistad; lo cual consiguió como lo esperaba, enviándole otra aquel gran general con dos preciosos presentes, despojos que habia quitado á Bayaceto su contrario. Estos fueron las dos hijas del conde don Juan de Ungria, llamadas doña María y doña Angelina, apresadas por aquel en la batalla de Nicópolis, las cuales casaron despues muy noblemente en Castilla.

Desde el año 1401 el rey disfrutaba del sosiego de la paz, al cual se siguió el placer del fruto del matrimonio, naciéndole sucesivamente dos hijos, la infanta doña María y el príncipe don Juan, que fueron jurados por su órden sucesores y herederos, aquella á principio del año de 1403, y este al de 1405. Sin embargo de que tenia el rey una salud poco firme, por cuya causa era llamado el *doliente* y el *enfermo*, nunca se desalentaba en el gobierno y administracion de justicia, no perdiendo ocasion en las frecuentes córtes que tenia, de proveer de algun remedio á las necesidades; ponía la tasa de las cosas, porque no eran las cosechas abundantes, reprimía las usuras de los judios, y los mandó distinguir con alguna señal en los vestidos; providencia que se estendió á las mancebas de los clérigos, entonces con ciertas condiciones permitidas.

En este estado, cansados los mahometanos de Granada en guardar treguas y fidelidad, empezaron á hacer hostilidades por las comarcas, en tanto extremo que obligaron al rey don Enrique á convocar su gente de armas, para ir á poner freno á este desórden. Los murcianos contenian los ímpetus del moro, ínterin el rey juntaba córtes en Toledo para hacer un buen apresto militar. Su hermano el infante don Fernando hacia las veces del rey; porque este ya no pudo asistir á ellas en persona, agravado de sus achaques, que por instantes iban quitándole la vida. En efecto, poco despues de concluidas las córtes, murió en 25 de diciembre del año de 1406. Fué sepultado en Toledo en la capilla de los reyes. Dejó tres hijos, el príncipe don Juan, que le sucedió, y las infantas doña María y doña Catalina.

Lo extraño de las dolencias del rey don Enrique III hizo creer á muchos que su muerte fue ocasionada de un veneno que le dió un médico judio; como si una enfermedad continua, contraida por cualquiera causa, no fuera suficiente para quitar la vida, desmintiendo tósigos, que son siempre activos y prontos en sus efectos.

En tiempo de este rey se hizo una espedicion á Canarias, de que apenas se da noticia en las historias. No eran estas islas desconocidas de los antiguos, que habian llegado hasta las *Fortunatas*; mas se habia perdido su comunicacion y su memoria. Hacia el año de 1300 fueron halladas por los vizcainos; y don Luis de la Cerda, hijo de don Alfonso, que perdió el trono, porque don Sancho IV le habia ocupado, en el año 1306 pidió al papa la investidura de rey de ellas; y aunque su ánimo fué el conquistarlas no llegó el caso de la ejecucion. Ahora nuevamente en tiempo de don Enrique III, año de 1393, algunas gentes de Sevilla, Vizcaya y Guipúzcoa, armaron en aquella ciudad algunos navios con prevenciones de víveres y caballos, y fueron á ver lo que podian descubrir en ellas. Llegaron á sus contornos, y navegando por ellos avistaron la de Lanzarote, la Graciosa, la Forteventura, la Canaria grande, la del Infierno (llamada así por el volcan que hay en ella) hoy Tenerife, la Gomera, la del Fierro y la de Palma. Los marineros saltaron en la de Lanzarote, y tomaron y trajeron al rey y reina con muchos moradores de la isla, y cueros y cera, que les valieron mucho. De cuya noticia y presente se alegró mucho don Enrique III, aunque entonces mozo.





viese al cuidado de Juan de Velasco, y Diego Lopez de Zúñiga. La reina madre manifestó su desconsuelo, si ella no tuviese parte en la crianza de su hijo; por lo cual el infante don Fernando su tío cumplió tambien sus deseos, que, renunciando este cargo los elegidos con cierta gratificacion, se quedaron por gobernadores del reino y del rey, madre y tío, é hicieron jurar y coronar al niño, que no llegaba á dos años, en 15 de enero del año de 1407 en la iglesia mayor de Segovia.

Compuestas así las cosas, dividieron las ciudades y territorios entre sí los dos tutores, por causa de que el infante don Fernando debia asistir en persona á la guerra de la frontera contra los moros de Granada, sostenida ya con vario suceso por los castellanos, que se ballaban allí al tiempo de la muerte del rey don Enrique III. Duraron las hostilidades hasta principios del año siguiente de 1408, en que se firmaron treguas, poco disfrutadas por el moro granadino Aben-Balba, que murió apenas las acabó de ajustar; pero las continuó su hermano mayor Juceph, que le sucedió en el trono.

Por el mes de mayo de 1410 se renovaron las guerras con mas vigor. El infante gobernador puso sitio á Antequera; peleóse en las cercanías con estrago de los moros. Los de Antequera se defendieron valerosamente, pero al fin se rindieron en el mes de setiembre y se consagró la mezquita en la iglesia mayor con el título del Salvador. Entregáronse sucesivamente varios castillos de la comarca, y el infante se retiró á Sevilla, desde donde otorgó las treguas que el moro pidió.

Habiendo tomado algún descanso, se tuvieron córtes, á fin de que se aprontase dinero para estar siempre prevenidos contra el moro sino quisiese continuar las treguas: tratáronse despues otros puntos de gobierno, y entre ellos, á instancias de Fr. Vicente Ferrer, famoso en la predicacion apóstólica, y que despues se llamó santo, que se pusiese un distintivo á los infieles; á los moros medias lunas blancas, y á los judíos un tabardo con aspas amarillas. Tambien el infante gobernador pidió al llamado papa Benedicto, que las chias que llevaban los caballeros de Calatrava se sustituyesen con una cruz verde.

Habia muerto el año anterior don Martín rey de Aragon, sin dejar sucesor, ni declarado heredero. Mostraronse cuatro pretendientes á la corona, el conde de Urgel, el duque de Calabria, el

de Gandía, y el infante don Fernando llamado ya por título infante de Antequera. Encendiéronse las discordias. Sicilia, Cerdeña, Valencia, Cataluña y Aragon se dividieron en bandos y comunidades. Hubo córtes, parlamentos, disputas; hubo muertes. La del arzobispo de Zaragoza, hecha por don Antonio de Luna, avivó las parcialidades y los enconos entre sus parientes y deudos; los que defendian al arzobispo pidieron socorro al infante de Castilla, pretendiente; y no le estaba mal el enviarlo, empezando á afianzar así su razon y su partido; que despues de dos años de altercaciones le colocó en el trono de Aragon.

Hallábase el infante en Cuenca; y allí vinieron los diputados aragoneses á rendirle el homenaje; y celebraron con fiestas y regocijos el suceso; participó á la reina doña Catalina inmediatamente su eleccion, y le comunicó el modo de dejar gobernadores para la minoridad del rey niño don Juan II de Castilla. Nombrados para él los obispos de Sigüenza y Cartagena don Juan y don Pablo, como tambien el conde de Montealegre don Enrique Manuel, y Perafan de Rivera, adelantado mayor del Andalucía; partió el nuevo rey don Fernando á Aragon con su esposa la reina doña Leonor de Alburquerque, y sus infantes don Alfonso, don Juan, don Enrique, don Sancho, don Pedro, y dos infantas doña María y doña Leonor, en el mes de agosto del año de 1412.

El conde de Urgel llevó tan á mal la preferencia, que no quiso rendirle homenaje; y haciendo alianza con el duque de Clarence, príncipe inglés, moviéronse crudas guerras; el rey pidió gente á Castilla, fué á ocupar los estados del de Urgel, y aunque en el primer ímpetu fué su general rechazado por usar de armas de fuego en algunos castillos, no desmayó su valor, antes llevó á tal extremo la guerra, que al fin rindió á Balaguer, plaza fuerte donde se habia hecho seguro el conde de Urgel; este fué hecho prisionero, en tres de noviembre del año siguiente de 1413. El rey le confiscó sus estados, le condenó á perpétua prision, y le envió á Castilla al fuerte de Ureña. De allí á poco celebró el rey don Fernando su coronacion en Zaragoza, para la cual la reina madre doña Catalina le envió una corona de oro.

Entretanto las cosas de Castilla estaban como en inaccion, no pasando el rey jóven don Juan II de nueve años de edad, pero poco despues la reina madre doña Catalina envió á su hija la infanta do-

ña María á Valencia para casarla con el infante don Alfonso, primogénito del rey don Fernando de Aragon. Al mismo tiempo se celebraba el concilio de Constancia á fin de extinguir el cisma, y envió tambien la reina sus embajadores al emperador de Alemania, y procuradores al concilio, á egemplo del de Aragon, y de otros imperios católicos, en el cual desde luego renunciaron Gregorio y Juan, pero dilatándolo Benedicto, dió motivo á que los reyes de Aragon y Castilla le substrajesen la obediencia, sujetándose á la decision del concilio Constanciense, año de 1416.

A dos de abril del mismo año, murió el rey don Fernando de Aragon, y quedó sola tutora en Castilla, la reina doña Catalina; nombró para su consejo al arzobispo de Toledo, al obispo de Burgos, al almirante de Castilla don Alfonso Enriquez, al condestable don Ruy Lopez de Abalos, á Juan Velasco, y Diego de Zúñiga; mas luego hubo disensiones entre ellos, las cuales dieron fin con la muerte repentina de la reina madre, sucedida en primero de junio de 1418 en Valladolid, donde estuvo depositado su cadáver hasta el año siguiente, en que fué trasladado á la iglesia mayor de Toledo.

La noticia de la conquista de las islas Canarias habia llegado á Francia, y encendido los deseos de algunos de proseguirla, y así un año antes que muriera la reina habia alcanzado de esta Mosen Juan de Betancurt, que con título de rey de Canarias, aunque vasallo de Castilla, se aprovechase de las nuevas adquisiciones que hiciese. Llegado allá con naves, saltó en la isla del Hierro y la ocupó, ganandó sucesivamente la de Palma, y la del Infierno; pero la de la gran Canaria se le resistió con diez mil hombres armados, por lo cual no prosiguió sus esfuerzos, y solo se contentó con poner gobierno y religion en las ganadas, y aprovecharse de sus riquezas y esclavos.

Quedó el jóven rey don Juan II de edad de 13 años, y como aun le faltaba uno para gobernar solo, el arzobispo de Toledo consiguió que siguiese el consejo de Gobierno, segun lo habia dispuesto su padre el rey don Enrique III. El rey jóven salió por las calles de la ciudad en un caballo hermoso con lucida comitiva, y fué aclamado con mucho regocijo. En el año siguiente, convocó córtes en Madrid, y en 7 de marzo tomó por sí solo las riendas del gobierno y nombró para su consejo á los mismos que lo habian sido de su pa-

dre. Siguiéronse envidias por la privanza con el rey, entre ellos era el mas íntimo don Alvaro de Luna.

Andaban tambien en la córte, pero resentidos; los infantes de Aragon don Juan y don Enrique, sus primos, por no tener tanta mano como otros. El primero tuvo que hacer alguna ausencia por ir á buscar á su esposa doña Blanca, hija heredera de Carlos III, rey de Navarra, con quien antes se habia desposado por poderes. El segundo habia pretendido la gracia del rey, pidiéndole á su hermana la infanta doña Catalina, y no lo habia podido conseguir; pero con esta ocasion discurrió una astucia para lograrlo por fuerza. Emprendió solo con sus favoritos apoderarse de la persona del rey, don Juan II en Tordesillas, y una noche sorprendido el palacio, tomó la persona del rey, y se la llevó á Avila. Suscitóse un grande escándalo; tomaron parte en favor del rey la reina viuda de Aragon, sus hijos los infantes don Juan y don Pedro, y otros personajes; y en medio de estas turbulencias y opresiones, celebró matrimonio en Avila el rey don Juan II; con su prima la infanta de Aragon doña María, hermana de los infantes partidarios.

El rey meditaba medios para poder huir de la opresion, ya mudando lugares de su residencia, ya buscando pretextos de caza; este le sirvió para ausentarse con algunos de su confianza y encerrarse y asegurarse en el castillo de Montalvan, asilo que aunque fatal en otro tiempo al rey don Pedro, que igualmente esperiméntó la misma opresion, le salió mejor, pues desde allí pudo ajustar las desavenencias de los opresores; para quedar libre de su persecucion. Castigó el rey en algunos estos atentados, y al infante don Enrique principal opresor, alcanzó la pena de privarle del marquesado de Villena; lo cual encendió de nuevo los disturbios, que no se extinguieron tan pronto, aun quando de una y otra parte se tomaron las armas.

Duraron estas contiendas por espacio de tres años, y el rey pudo atraer al infante don Enrique á su córte, que á la sazón se hallaba en Madrid para que diese sus descargos. Revistióse el rey de toda su magestad, citóle ante el trono y su consejo, y no satisfaciéndole en sus reconvenciones, le aseguró en el Alcázar; poniendo tambien presos á otros principales, que ó habian seguido al infante ó habian cometido iguales excesos, y confiscándoles sus bienes, año de 1422.

A estos disgustos sucedieron los regocijos, pues la reina doña María, dió á luz en el espacio de este año y los dos siguientes sucesivamente tres hijos, que fueron doña Catalina, doña Leonor, y don Enrique, los cuales fueron tambien sucesivamente jurados herederos del reino.

Por este tiempo solicitaba el rey de Aragon, don Alfonso V la libertad de la prision del infante don Enrique, el perdon de los demas culpados, y la reintegracion en los bienes que el rey don Juan les habia ocupado, y entre algunos de su corte repartido. Hubo recados y legacias de parte á parte; hubo répulsas en la pretension y sus condiciones; moviéronse las armas; pero al fin el rey de Castilla se vino á buen convenio, y entregó al infante don Enrique, año de 1425. Este no fué tan pronto reintegrado en sus rentas; y uniéndose á él vários partidarios, descontentos de la privanza del condestable don Alvaro de Luna, á quien atribuian la culpa de todo, pidieron fuése apartado del lado del rey. El Monarca no lo hizo sin consulta y sin acuerdo, el cual fué que por algun tiempo estuviese separado; mas no lo estaba de su corazon; porque mantenian secreta correspondencia. No por eso se atajaron las discordias y desavenencias entre los descontentos, y los daños que estas causaron hicieron volver á don Alvaro de Luna, llamado de los mismos y del rey á que los remediara. No duró mucho la calma; pues volvieron á encenderse los partidos de tal suerte, que los reyes de Navarra y Aragon tomaron las armas contra Castilla, con el pretesto de favorecer los agravios hechos al infante don Enrique, y de que nunca se le satisfarian estando en la privanza del rey el condestable don Alvaro de Luna. Llegaron los aragoneses con sus tropas hasta Jadraque, acampóse el castellano, aunque con menos gente á poca distancia. Medió la reina de Aragon, y pudo suspender por entonces la batalla, y lograr que se retirasen las tropas, dejando dicho al condestable don Alvaro de Luna las condiciones que pedia para que se las hiciese presentes al rey.

El rey de Castilla habia estado entretanto juntando mas gente para ir á la pelea, y cuando llegó, halló que se habian retirado los aragoneses; fué siguiéndolos hasta la frontera; entró en Aragon; ocupó varias plazas, y no encontrando resistencia, dejando bien guarnecida la frontera, volvió á Castilla á hacer nueva provision de víveres y municiones año de 1429.

Convocó consejo y despues córtes, había falta de moneda y escasez de plata para labrarla; mandó tomar prestada la de las iglesias y monasterios, y de los caballeros mas ricos: el reino le sirvió con dinero suficiente. Los infantes don Enrique y don Pedro hacian partidos y estragos en Estremadura. El rey confiscó sus bienes, declarándolos traidores, prosiguió en su guerra contra Aragon y Navarra en las fronteras hasta obligarlos á pedir treguas por cinco años, que empezaron en 25 de julio de 1430.

Estas guerras intestinas habían embarazado al rey don Juan II el que pudiese vengar las injurias que le había hecho el rey moro de Granada, llamado Mahomad el *Izquierdo*, restituido antes por su favor al trono que le había quitado Mahomad el *Pequeño*. Mas hallándose ahora con treguas con Aragon y Navarra, determinó hacer guerra al moro para el año siguiente; desde luego hizo avanzar algunas gentes á la frontera, fortaleció sus plazas, abasteciolas de víveres. Entretanto que el rey disponia su ejército para ir á Granada, los fronteros hicieron bastantes entradas en tierra de moros, y no pocos estragos. Llegado el rey con su gente al campo de Granada, despues de algunas escaramuzas, dió una gran batalla á los moros que salieron de la ciudad al opósito, y aunque pelearon con bastante esfuerzo de una y otra parte, el rey don Juan consiguió la victoria el dia primero de julio de 1431. De aquí resultó que el infante Yuzaf Abenalmao con la buena diligencia de don Luis de Guzman, maestre de Calatrava, y don Diego de Rivera, adelantado mayor, ofreciendo ser vasallo del rey de Castilla, fué puesto en el trono de Granada, y logró ahuyentar al *Izquierdo* á Málaga donde solo le reconocieron.

Los seis años siguientes se pasaron en hacer varios castigos en los culpados en partidos y bandos, en escaramuzar los fronteros con los moros de Granada, sobre los cuales ya mandaba otra vez Mahomad el *Izquierdo*, por muerte de Abenalmao, en prorogar las treguas con los reyes de Aragon y Navarra, en hacer paces con Portugal, y varios convenios con Francia ó Inglaterra, y en arreglar varios puntos de justicia, especialmente sobre el número y calidades de alcaldes de casa y córte, alguaciles, promotor de justicia, cárcel, contadores, consejo de justicia, consejo de secreto, escribanos de cámara, oidores y alcaldes, aposentadores, abogados, corregidores, regidores y juradurias y escribanías.

Siguieronse las paces con Navarra y Aragon, afianzándose con los

desposorios del príncipe don Enrique con la infanta de Navarra doña Blanca, y se celebraron en Alfaro con mucha pompa, fiestas y regocijos, siendo los dos novios de edad de doce años en el de 1437. No dejaron de resultar algunos disturbios en el reino con motivo de pedir el infante don Enrique la posesion de las rentas prometidas en la concordia; aumentáronse estos con los partidos del adelantado mayor. Pero Manrique, mandado prender por el rey, porque habia escrito á este, que era necesario apartase de su lado al condestable don Alvaro de Luna.

Hizo el rey de Navarra las mayores instancias, manifestando al de Castilla el abuso de la privanza del condestable; interesó mas al infante don Enrique, y á varias ciudades que seguian y apoyaban este intento. El rey de Castilla ya llegó á consentir en dejar al condestable á disposicion de sus contrarios; sin embargo que le procuraba la mayor seguridad.

Por el mes de setiembre de 1440 habian ya cumplido los príncipes desposados la edad de 15 años para poder juntarse en matrimonio; celebróse en Valladolid esta funcion, y desde entonces se esparció la voz de que el príncipe don Enrique no habia consumado el matrimonio, y empezó á sospechase de su debilidad.

Aunque el rey con las seguridades correspondientes habia separado de su córte al condestable D. Alvaro de Luna, no se habian apaciguado los ánimos de sus contrarios, porque aun los intereses demandados en parte, no se habian devuelto á los pretendientes, y no veian en el rey ánimo de condescender á los deseos de los que querian mal al condestable; antes bien el rey les proponia reducir esta causa á tela de justicia, ó bien oyendo el rey en persona á las partes, ó tomando conocimiento su consejo, ó personas diputadas, ó viéndose en córtes. Así resucitaron las discordias, tomaron las armas el condestable y sus enemigos, ocupábanse las plazas de unos y otros; hubo latrocinios y muertes, y el rey fluctuaba en medio de estas turbaciones; pues alguna vez redundaban en daño de sus tierras y rentas las hostilidades. Y al fin hizo el rey un compromiso, depositando su autoridad y poder en la reina su esposa doña Maria, en el príncipe su primogénito heredero, y otras personas de prudencia, desinteres y probidad, y llegó á revocar muchos de los empleos dados, y mercedes hechas desde primero de setiembre de 1438 hasta 3 de julio de 1441. A esto se siguió la sentencia dada contra el

condestable, y fué, que por espacio de seis años, no pudiese salir de sus estados, ni escribir ni enviar mensageros al rey, sin dar parte á la reina, al príncipe y las demás personas elegidas para sentenciar en esta causa, dando él en rehenes ciertas personas y plazas para afianzar su cumplimiento. Todavía no quedaron contentos el rey de Navarra, y los que fueron contrarios al condestable, pues procuraban su total esterminio. Entretanto el rey de Castilla estaba en opresión, no pudiendo ser libre de tratar con quien quisiera sin guardas de vista. El príncipe don Enrique sentia uno y otro, y procuraba con disimulo que el rey se viese libre, y no se persiguiese al condestable; vino el rey con su hijo. Los burlados tomaron las armas, pero no estaban desprevénidos el príncipe y el condestable, que ya abiertamente se habia unido con su gente para echar de Andalucía al infante don Enrique, que habia levantado varias ciudades. Huyó este á la parte de Navarra, de donde venia su hermano el rey contra el de Castilla: dióse una batalla junto á Olmedo, y quedó este vencedor, dejando señalado este suceso en el campo con la fundacion de una ermita con el título de Sancti Spiritus de la batalla. El infante don Enrique murió de estas resultas; el rey de Navarra logró reintegrarse en algunas fortalezas, y el condestable don Alvaro de Luna, aunque ya no muy acepto al rey, despues de lograr persuadirle á que se casase, por estar á la sazón viudo, (1) con la infanta de Portugal doña Isabel, hija del infante don Juan de Portugal, logró que le nombrasen maestro de Santiago.

No por esto se aquietaron las cosas, removiéronse las pretensiones, unas villas se resistian al rey, otras se entregaban, todo costaba castigos y muertes; el mismo príncipe traia pleito con su padre, y este tenia que condescender con sus peticiones: los moros hacian daño en las fronteras, y apenas podian acudir los castellanos á la defensa, mezclados en los partidos civiles; el del príncipe se aumentaba mas, y el rey iba padeciendo el desamparo y la opresión, ó los trabajos y el disgusto, pero no cesando su rigor y su justicia. Siete años eran pasados de estas inquietudes; y los grandes, abrigando en su corazon el odio contra don Alvaro de Luna, trataban secretamente como podrian apoderarse de su persona. El rey aunque no lo estorbaba mucho, y aun le habia aconsejado de veras, dejase su lado y se

(1) La reina doña María murió en Villacastin por el mes de marzo de aquel año, y fué sepultada en Santa María de Guadalupe.

retirase á sus rentas, no se habia resuelto á hacerlo ó mandarlo. La reina doña Isabel de Portugal concluyó este asunto; sacó orden del rey para que dirigiese esta accion el conde de Plasencia don Pedro Estúñiga. Este, ya anciano, no podia por sí, pero envió á su hijo don Alvaro con gente, el cual llegó en secreto á Burgos (donde estaba el rey y el condestable) y se apoderó una noche del alcázar, (sin que lo hubiese advertido don Alvaro de Luna. El rey animaba ya la empresa; en efecto á otro dia al amanecer fué cercada la casa del condestable; el rey salió á la plaza á esperar el suceso; hubo algunos heridos de la parte de Estúñiga por la resistencia que hicieron algunos de los criados del condestable. Este, viéndose indefenso, enviaba súplicas al rey pidiéndole seguro, ofreciáselo el rey, desconfiaba don Alvaro de Luna, pero al fin se dió á prision.

Dícese que en la noche antes de prenderle lo sabian muchos, y que se advirtió no haberse atrevido á decirselo ninguno de sus principales servidores, excepto un escudero, que fué á su casa por la noche, y dándole aviso, le rogaba se saliese con él de la ciudad; pero que el condestable aunque no dejó de turbarse, lo despreció, y en fin no lo creyó; tanta confianza tenia de sí mismo en el corazón del rey. Este por sí mismo registró su posada, abrió sus cofres, se apoderó de sus alhajas, joyas y dineros, y mandó recoger todos los que tenia en varios lugares, interin él iba á otras partes donde el condestable tenia sus riquezas. Mandó hacerle causa, y que la viesén doce doctores de su consejo, la cual examinada y hecha presente al rey en su consejo, declaró al condestable por usurpador de la corona real, y que habia tiranizado y robado las rentas reales; por lo cual le condenó á ser degollado, y que se le cortase la cabeza y se pusiese en alto en un cadalso por algunos dias para escarmiento; lo cual se ejecutó en Valladolid á mediados del año de 1453.

El rey, pasadas estas cosas, llamó á su lado al obispo de Cuenca don Lope Barrientos, y al prior de Guadalupe fray Gonzalo de Illescas, y con su consejo se gobernaba todo. Con este descanso empezó á proyectar varias cosas. Entre ellas arreglar un cuerpo de ejército de ocho mil hombres pagados á sueldo de contado, y que manteniéndose estas gentes en los lugares donde habitasen, estuviesen prontos para la guerra en qualquiera ocasion: quitar todos los recaudadores de rentas, y dar cargo de todas ellas á cada ciudad y villa de sus reinos para que las tuviesen prontas á disposicion del rey.

Tenia asimismo propósito de conquistar por las costas de Berbería, emulando al portugués, que se había ya hecho dueño de Ceuta, y adelantaba sus conquistas hacia Angola y Guinea, y aun pretendiendo con el portugués que aquellas empresas pertenecían al rey de Castilla, mas la muerte cortó todos estos intentos, sucedida en Valladolid en 20 de julio de 1454 á los cuarenta y nueve años de edad, y poco menos de reinado. Mandó en su testamento que se le depositase en el monasterio de San Pablo de Valladolid, y de allí fuese llevado al de Miraflores de la cartuja junto á Burgos, que había edificado su padre el rey don Enrique III.

De la reina doña María sólo quedó el príncipe don Enrique, que le sucedió. De la reina doña Isabel de Portugal dejó dos hijos, la infanta doña Isabel, nacida en Madrid á 22 de abril de 1451, y el infante don Alfonso, nacido en Tordesillas á principios del de 1453.

Un siglo llevaba ya el uso de la pólvora en el cañon, desde el cerco de Algeciras por el rey don Alfonso XI hasta este tiempo. Los genoveses, que asistieron á aquel sitio de Algeciras, parece que fueron los primeros que se aprovecharon y le estendieron particularmente en las navés, como se observa en una batalla naval entre genoveses y venecianos año de 1380. Por tierra eran lentos sus progresos, se servían en algunas partes de España en las torres y almenas para la ofensa desde lo alto; pero á fines del reinado de don Enrique III y principios de su hijo don Juan II ya vemos, además de la llamada trueno, otro género de arma de fuego, llamada lombarda, por haberla construido los lombardos ó genoveses, y hecho mas adaptable su uso con cureñas, desde la cual con pólvora se disparaban piedras, que eran las balas mas abundantes y fáciles, pues había hombres destinados para disponerlas en buena forma, á quien llamaban pedreros.

La disciplina militar iba ya mudando de aspecto. El rey don Juan II para guardar mejor su persona de las competencias de los grandes, empezó á usar de continuo su guardia real, compuesta unas veces de mil lanzas, y otras de menos. El fué el primero que meditó formar un pie de ejército mantenido diariamente. La navegacion de los españoles á Canarias, y la de los portugueses á las costas de Berbería aumentaba los progresos de la navegacion, y echaba raices á un nuevo género de comercio, que era el tráfico de los esclavos, no ya obtenidos como prisioneros de guerra, sino buscados y tomados como

las demás mercancías. El estudio del derecho civil y canónico iba haciéndose famoso con la concurrencia á las escuelas de Italia, siendo Bolonia ya casi mas frecuentada por los españoles que por otras naciones, aspirando todos á no ser monjes que los bártulos, baldos, ó que los caballeros de empresas de armas, pues á su semejanza los premios de las lides literarias eran los grados y distinciones de bachilleres y doctores, como de escuderos y caballeros. El rey don Juan el II los patrocinaba, y aumentó su consejo real con doctores célebres; y nuevos códigos y leyes iban tomando cuerpo, y se olvidaban las pruebas de la verdad por el duelo.

Al paso que se aumentaban las astucias de la guerra se perdian las fuerzas y el valor, y para conservarlas ó hacer alarde de él, se substituian las justas y los torneos. Nunca se celebraron mas fiestas de este género que en tiempo de don Juan II, á quien por agradarle se las tuvieron hasta los personajes mas insignes, ni nunca fueron mas señaladas las empresas y pasos de armas que en este tiempo. Esto era buscar aventuras (1).

Las fiestas de toros, las danzas, músicas y régios banquetes, eran tambien recreo gustoso de la córte. El mismo rey don Juan II tañia, cantaba, danzaba, trovaba, justaba, cazaba, y esto le era reputado por gracias naturales. Fué muy dado al estudio de los filósofos, historiadores y poetas, y fué grande alabanza en él, ser buen eclesiástico, ó bastante docto en lengua latina; así florecian tambien entre los grandes estas artes. Muchas de estas prendas se hallaban en el condestable don Alvaro de Luna, que sabia entretenerle su inclinacion, causa que pudo ser del excesivo amor ó condescendencia que se le notó hácia este, quien verdaderamente gobernaba el reino. Pero por mucho que se hubiese vituperado tan ciega deferencia; se observan en su reinado muchas y sabias leyes, y buenas disposiciones de gobierno, al paso de los disturbios, porfias y contiendas de los

(1) Juan de Merlo las hubo fuera del reino en Francia con Pierres de Bracamonte, señor de Charni; y en Alemania con Mosen Enrique de Remestan, de quienes quedó victorioso; Gutierre Quijada, y Mosen Diego Valera tuvieron la misma suerte en la córte del duque de Borgoña, y don Fernando de Guevara en la córte de Viena. No fueron menos célebres las justas, que por aventura vino á buscar á España un caballero alemán, llamado el señor de Balse; y todo se hacia con grande aparato, presidiendo los mismos reyes, y repartiendo premios á los vencedores.

Igualmente célebres fueron los pasos de Suero de Quiñones cerca de la puente de Orbigo; de Ruy Diaz de Mendoza en Valladolid, con motivo de las fiestas del matrimonio del príncipe don Enrique; y otros muchos dentro y fuera del reino. Hé aquí los modelos de la novela de don Quijote, y aun el nombre derivado graciosamente por Cervantes de los Quesadas á Quijadas.

grandes, que comunmente eran ó sobre sus intereses particulares, ó acaso porque no podian conseguir lo mismo que el condestable.

Estas desavenencias y odios pusieron al rey en el miserable estremo, cuando, huyendo de los grandes, se encerró en el castillo de Montalvan; allí sin cama propia en que dormir, cortado de víveres y mantenimientos, se vió precisado á mandar matar los caballos, empezando por el suyo, para comer; la compasion de algunos criados suyos que salian ó entraban disfrazados, pudo alguna vez facilitarle de fuera algun par de panes, ó algun queso, entrados ocultamente, para poderlos repartir por algunos dias en su sustento: un sencillo pastor, movido de la indignidad de los sitiadores, y noticioso de la hambre del rey, se aventuró á acercarse al muro, llamarle y decirle: *rey, toma esta perdiz*.

Este suceso, ademas de constar en la crónica, escrita por Fernan Perez de Guzman, coetáneo, es mas verosímil y natural, que el empeño del gaban, atribuido á la miseria de Enrique III el *enfermo*, que omitimos en su sumario, por no haberlo encontrado en la crónica de Pero Lopez Ayala, escritor contemporáneo, y que no escusó las mas menudas circunstancias de su historia en el tiempo á que otros escritores posteriores reducen aquel acontecimiento con mas trazas y colores de novela ó comedia que de realidad.





**DON ENRIQUE IV**

*undécimo rey de Castilla y Leon;*  
*empezó á reinar en el año de Cristo de 1454. Murió en el de 1474.*



ubió al trono don Enrique IV en el mismo mes de julio de 1454, de edad de 29 años, príncipe experimentado en los debates y discordias continuas que los grandes solian traer entre sí ó con los reyes; y así echando mano del agrado y la piedad libertó á muchos de las prisiones en que los habia puesto su padre; hizo á otros grandes mercedes, y colocó cerca de su persona á los que, siendo príncipe, habia amado. Entre ellos se cuentan don Miguel Lucas, á quien hizo su chanciller condestable. Go-

mez de Solis, á quien dió el maestrazgo de Alcántara, don Juan de Valenzuela (1), á quien hizo prior mayor de san Juan, y á Beltran de la Cueva, hijo de Diego de la Cueva, vizconde de Huelma, antiguo hidalgo de los mas generosos de Ubeda, á quien de doncel de Lanza subió á mayordomo mayor, y despues á conde de Ledesma y duque de Alburquerque.

No fué menor su empeño que el de sus gloriosos ascendientes en seguir la guerra contra los moros de Granada, á cuyo campo se acercaba todos los años con valerosas huestes, con el fin de tomar la ciudad y esterminar la morisma; pero aunque hubo muchos combates, heridos y muertos, correrías y talas de parte á parte, no se hicieron grandes progresos en mas de cuatro años sino obligar al moro á dobles párias ó algunas treguas. Mayor daño recibia el reino por la parte de Murcia por los rebeldes Fajardos, ayudados de los moros, que no sin trabajo tuvo el rey que combatir y castigar.

Entre estos tiempos hubo sucesos en la córte de no poca consideracion. En el año anterior á la muerte del rey don Juan II, y á los doce de matrimonio de su hijo don Enrique IV con doña Blanca de Navarra, se llegó á declarar impotencia respectiva de los dos consortes y nulidad de matrimonio por sentencia del obispo de Segovia don Luis de Acuña, confirmada sucesivamente por el arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo por comision del papa Nicolao V.

Quedaron con la libertad de casarse cada consorte con quien quisiera. La infanta de Navarra no tuvo la suerte de celebrar otro matrimonio, porque fué perseguida, desheredada y encerrada por su mismo padre, que ya habia hecho otras alianzas con el conde de Fox; pero el rey don Enrique IV luego que se vió en el trono quiso ser acompañado de una reina. Celebró matrimonio con la infanta doña Juana, hermana del rey don Alfonso V de Portugal.

No hubo género de fiestas y regocijos con que no se obsequiase á la reina; y el rey mostraba estar tan prendado de ella, que no perdía ocasion de honrarla y divertirla; hasta la misma guerra era entretenimiento para los reyes, pues en una ocasion la puso el rey en la mano la ballesta para que tirase algunas flechas á los mahometanos.

Presto se cambiaron los gustos de la reina en sentimientos, y sus

(1) Asi Ferreras, variando un poco la crónica manuscrita del Castillo, que dice Gomez de Cáceres, y Juan de Palenzuela.

amores en sinsabores. El rey puso los ojos en doña Guiomar de Castro, dama que habia traido la reina de Portugal, y aunque procuró alejarla de su lado, fué para ver mayores desaires, pues teniéndola el rey en una aldea cerca de Madrid, volvió hácia ella la diversion de la caza á que era muy inclinado.

No fué solo este desengaño el que vió la reina, pues tuvo que experimentar los celos que el rey la daba con los amores de doña Catalina de Sandoval, á quien por creerla infiel el rey, hizo encerrar en un monasterio, despues de haber mandado degollar al que creyó galán y traidor. ¿Qué hubiera hecho con la reina y don Beltran de la Cueva si hubiera tenido la menor sospecha?

Ni estos galanteos, ni el haber dado á luz la reina al cabo de siete años una princesa, á quien pusieron por nombre Juana, como su madre, disminuian entre los discordes vasallos la opinion de la impotencia del rey. Este al contrario, hacia todas las demostraciones posibles para desmentir semejante concepto; tales fueron haber regalado á su esposa la villa de Aranda por haberse sentido allí en cinta; traerla á parir á Madrid con el mayor cuidado en andas; salir á recibirla al camino y entrarla el rey con pompa y regocijo á las ancas de su mula, honor muy distinguido entonces para las reinas; haber celebrado el natalicio de la princesa con muchas fiestas y alegrías; y poco despues haberla hecho jurar segun costumbre heredera y sucesora de los reinos: lo cual se ejecutó con general aprobacion y contento, sin manifestar duda ni repugnancia alguna los vasallos año de 1462.

Hacia tiempo que Castilla estaba enemiga con la Navarra. El príncipe don Carlos de Viana, hijo de don Juan II rey de Navarra y de doña Blanca de Aragon su primera esposa, habia sido el centro de las discordias. Este príncipe debia heredar el reino de su padre, pero inclinado á Castilla, queria tener paces con sus reyes. El Navarro, opuesto siempre, jamás se acomodaba á sus condiciones, pues habia heredado al conde de Fox, como consorte de su hija segunda doña Leonor. Tomó la demanda el príncipe don Carlos, moviéronse partidos, tomaron las armas hijo y padre uno contra otro, fué desgraciado don Carlos; pues al primer choque quedó prisionero. Encerróle con ánimo de no soltarle jamás; empeñábanse ya por bien y ya por mal los aragoneses, catalanes y castellanos, y las discordias no dejaban caer las armas de las manos, avivándolas el conde de Fox

por la parte que esperaba de intereses. Intentábanse paces, concordias, tratados, alianzas y matrimonios, y jamás se concluían.

Los infantes de Castilla don Alfonso y doña Isabel debían casarse con los infantes de Navarra don Fernando y doña Juana para que finalizasen los disturbios; pero manteniéndose estos en pié, ya se trocaban las bodas con don Carlos de Viana, ya con doña Catalina, infanta de Portugal, ya con otros, y según se mudaba la razón de amistad ú odio entre los reyes.

En vano consiguió libertad el príncipe don Carlos de Viana, después de algunos años de prision; pues apenas la gozaba, murió en 1461, nombrando por heredera del reino que le tocaba á su hermana doña Blanca que aun vivía encerrada en prision: pero el rey don Juan de Navarra hizo jurar en Cataluña por príncipe al hijo de su segunda muger el infante don Fernando. Reconociéronle por tal los catalanes, pero no por su rey á don Juan II de Navarra, y se entregaron al rey don Enrique IV de Castilla, lo cual fué causa de una sangrienta guerra entre los catalanes y navarros, á quienes ayudaban los franceses.

El rey don Enrique IV aunque admitió el vasallage de los catalanes no pudo socorrerlos del todo, hasta que sus tropas estuviesen libres del empeño contra los moros que en las fronteras hacían muchos daños, los cuales quedaron bien escarmentados por haberles ganado los castellanos á Gibraltar y varias plazas y castillos.

Temió el rey de Navarra las fuerzas del de Castilla cuando ya socorría con todo su poder á los catalanes, y se vió precisado á negociar la paz, eligiendo ambos por árbitro al rey Luis XI de Francia. Túvose un congreso para este fin, en que asistieron los dos reyes Enrique y Luis en la raya de Francia junto á san Juan de Luz, á la otra parte del rio Vidasoa, y tratado el asunto, se concluyó que el rey de Castilla no asistiese á los catalanes ni con armas, ni con dinero; pero que se le pagasen los gastos que habia tenido en la protección que habia dispensado al príncipe de Viana, y que se restituyesen á los partidarios sus estados y honores, perdonando recíprocamente unos á otros, lo cual sucedió año de 1463.

Los catalanes no se contentaron con que el rey de Castilla los dejase, y buscaron por su protector al infante don Pedro de Portugal. Tampoco quedó contento el rey don Juan II de Navarra, y se resistía á cumplir las condiciones. El rey de Castilla conoció que el

arzobispo de Toledo don Alfonso Carrillo y el marqués de Villena habian hecho la parte de Aragon, los cuales, viéndose en desgracia del rey, y siendo émulos de la privanza de don Beltran de la Cueva, á quien ya el rey habia casado altamente con una hija menor del marqués de Santillana, y le habia condecorado con el gran maestrazgo de Santiago, dignidad siempre codiciada por los grandes, maquinaron su venganza.

Hicieron una confederacion con otros grandes. Pidieron osadamente al rey, que respecto de ser notado de inepto para el matrimonio, y no poder ser hija suya la princesa doña Juana, que les entregase al infante don Alfonso para jurarle heredero y sucesor del reino: para mas obligarle añadieron el cebo del interés y del honor, prometiendo que la creida hija del rey casaria con el infante don Alfonso á su tiempo, y para que este estuviese mas condecorado, le diese el rey el gran maestrazgo de Santiago que tenia don Beltran de la Cueva. El rey don Enrique habia prometido su hija doña Juana al príncipe don Juan de Portugal, y al rey don Alfonso la infanta doña Isabel. Esta estaba adherida á lo que dispusiesen los grandes, que preferian el casamiento con el príncipe don Fernando de Navarra y Aragon; por otra parte, el rey no veia razon de que se le tuviese en tan mal concepto, habiendo justificado ser solo su impotencia respectiva en su primer matrimonio, y habiéndose declarado la aptitud para el segundo; para cuya mayor prueba hizo de nuevo suficiente informacion, por la cual afirmaron personas autorizadas, que erraban los que creian lo contrario. Fluctuaba el rey entre la injuria y el temor: solicitó varias veces el sosiego de los coligados; aconsejóse de sus fieles servidores, mas obró contra su consejo; se hizo cargo de que casando su hija con el infante don Alfonso, no se perdía nada é iba á asegurar la quietud: convino en lo que le pedian.

Entregó al infante don Alfonso en manos de sus vasallos rebeldes y enemigos de su corona, con la condicion de que casase con su hija y quedase quieto el reino. El conde de Ledesma don Beltran de la Cueva renunció el gran maestrazgo de Santiago, protestando lo hacia solo por servir al rey; y este en recompensa y reconocimiento, le hizo duque de Alburquerque, dándole su villa y otras, como Cúellar, Roa, Molina, Atienza y Peña de Acoitar, con tres millones y medio de maravedises de renta cada año.

Luego que los confederados lograron su intento y juraron al in-

fante don Alfonso por sucesor á la corona, ya no pensaban en otra cosa que en quitarsela al rey, y ponerla sobre las sienes del nuevo príncipe. Deslumbraban al rey con apariencias de fidelidad, y no veía este los engaños aun con rebelársele muchas ciudades y agregarse á los partidarios. Estos llevaron adelante su intento, y de propia autoridad, llenos de un loco entusiasmo y con la mas ridícula ignominia, levantaron un tablado en el campo de Avila, hicieron la horrible ceremonia de destronar al rey en estatua, concurriendo á tan execrable farsa personajes del mas alto carácter y dignidad, y arrojandolo todo del tablado, subieron al príncipe don Alfonso y le aclamaron rey en 5 de junio de 1465.

Cogió esta infausta noticia al rey en Salamanca, mas no descaeció de ánimo, apellidó á sus fieles vasallos y encontró mas de los que pensaba; vinieron muchos grandes y principales con numerosas huestes á defender dignamente la causa del rey contra los malvados. Juntó su ejército; marchó á buscar á los rebeldes, que por esta vez temblaron al rey y huyeron de su presencia; pidiéronle treguas y que se dejasen las armas por una y otra parte, ofreciendo que no darian título de rey al príncipe don Alfonso. Otorgólo todo con demasiada piedad, y premió dignamente á los que le habian sido fieles.

El desórden de la conjuracion habia sido causa de la libertad de los malhechores, y estaba el reino inundado de cuadrillas de ladrones: para perseguirlos se formaron hermandades, y luego estas pasaron á hacer tantos daños, que fué preciso armarse contra algunas de ellas.

Los grandes de las parcialidades volvian las armas unos contra otros, y todo era latrocinios, muertes, confusion y desórden; el rey de cuando en cuando buscaba á sus contrarios, mas con ánimo de concordarlos que de combatirlos; fué sangrienta una batalla que se dió junto á Olmedo en el mes de agosto de 1467, hubo igual pérdida de una y otra parte, y ambas cantaron victoria.

Proseguíase en alistar gente por uno y otro partido. El papa envió un legado para que obedeciendo al rey se desvaneciese todo; mas estaban tan encarnizados los contrarios que le despreciaron; vino no obstante á congreso, nada se consiguió; el legado del papa usó de sus censuras, y los rebeldes apelaron á un futuro concilio. A tantas calamidades sucedió la peste, y fué preciso huir de Segovia,

ya perdida por el rey y ganada por el príncipe don Alfonso. El rey recobró á Toledo que estaba por aquel: preparóse el príncipe don Alfonso para volversela á quitar, y saliendo de Arévalo al llegar á Cardeñosa cerca de Avila, un insulto de apoplejía le cortó la vida en el mes de julio de 1468.

Quedaron sin cabeza los partidarios, y muchos de ellos ya juraban la obediencia al rey, pero otros prosiguieron el intento contrario, queriendo que fuese heredera y sucesora del reino la infanta doña Isabel, que habia quedado en su poder. Con esta prenda estrecharon al rey, y se atrevieron á pedirle, que apartase de sí á su esposa la reina doña Juana y á su hija, y para evitar disturbios las enviase á Portugal. El rey en tanta turbacion ya no sabia que hacerse. El legado del papa lo facilitaba, interponiendo su autoridad, y absolviendo del juramento de la sucesion en su hija doña Juana. El rey consintió al fin, abandonando el teson que tan generosamente habia sostenido en honor de la reina y su hija. La reina volvió por sí á la sombra del marqués de Santillana, en cuyo poder estaba su hija. Envióla á buscar el marqués á Alaejos con un confidente, quien la facilitó por la noche que se descolgase por una ventana del castillo y se la llevase á su poder.

Por el interés que tomó el marqués de Santillana, se mudó el intento de las alianzas. Este pretendia juntar á Portugal por medio de la princesa doña Isabel con don Alfonso, ya viudo, y el de la hija de la reina de Castilla con el príncipe don Juan de Portugal; todo lo cual patrocinaba el marqués de Villena, vuelto á la gracia del rey don Enrique de Castilla, y condecorado por este con el gran maestrazgo de Santiago. don Juan el II de Aragon pretendia con vivas ansias el matrimonio de su hijo el príncipe don Fernando, condecorado ya con el título de rey de Sicilia (por su padre), con la princesa doña Isabel, cuya empresa dirigia el arzobispo de Toledo con la mayor parte del reino, y no la dificultaba la inclinacion de la princesa demandada. Al mismo tiempo el marqués de Villena, que ya habia mudado de parecer, pretendia juntar á doña Juana con el duque de Berri, hermano del rey de Francia.

Todo se hacia con secreto, pero anduvieron mas diligentes los del partido de Aragon. Interin el rey hizo una ausencia á Andalucía para asegurar varias ciudades á su devocion, el arzobispo de Toledo negoció los esponsales y gente de guerra, y con las armas en la mano

entró en Castilla el rey de Sicilia don Fernando; llegó á Valladolid, y se celebró el matrimonio de la princesa doña Isabel en 18 de octubre de 1469.

Luego que el rey don Enrique tuvo noticia de esto, indignóse sobre manera. Para templarle, ya le habian enviado un mensajero llevando las disculpas, y la nueva reina doña Isabel escribió á su hermano el rey, manifestándole los motivos que habia tenido para consentir en este matrimonio sin su voluntad, haciéndole presente las ventajas que se seguirian para la quietud del reino por esta union, y por las buenas condiciones de los capítulos matrimoniales.

Las principales capitulaciones fueron; obediencia al papa y al rey mientras viviera; observancia de los fueros y privilegios á sus vasallos cuando reinase: que no enagenaria tierra alguna sin consentimiento de su esposa: que las provisiones reales se firmarian por los dos consortes reyes; y que todos los empleos de Castilla, así eclesiásticos como seculares, se habian de dar á los naturales de Castilla, y á la voluntad de doña Isabel: que no revocaria las mercedes actuales hechas por los reyes, y favoreceria á los prelados y grandes que habian protegido á doña Isabel para ser jurada princesa: que debía don Fernando residir en Castilla y hacer guerra á los moros cuando fuese menester, pero con consentimiento de su esposa: que si en Castilla hubiese algunas revoluciones, habia de traer mil lanzas de Aragon á su costa; y que habia de entregar á doña Isabel ciertas plazas y fortalezas con todas sus rentas en Aragon, y mas cien florines de oro anuales.

El rey don Enrique IV veia las cosas en tal estado que su corona no estaba segura con el empeño de tantos reyes que le ponian sus vasallos al frente. Considerábase al mismo tiempo sonrojado al ver que no habia podido sostener á su hija, ni como legítima, ni como heredera, ni como casada á su gusto. Resucitó la idea del marqués de Villena de casarla con el duque de Berri y Guiena. Vinieron embajadores de Francia de parte del duque y del rey su hermano á celebrar por poderes la boda tratada. Concurrieron al valle de Lozoya el cardenal de Albi, y el conde de Boloña por parte del novio, y por la de la novia, ella, el rey y la reina con varios prelados y grandes. El rey y la reina hicieron declaraciones juradas de que siempre habian tenido y reconocido á su hija doña Juana por legítima de ambos. Declaróse asimismo por nulo el juramento de sucesion en la infanta doña Isabel

desheredándola por justas causas, y renovándose la jura en la princesa doña Juana, y se celebraron las bodas con mucha solemnidad en 20 de octubre de 1470.

Despachó el rey cartas y reales órdenes á todas las ciudades, avisándolas de lo actuado y del nuevo reconocimiento y jura de sucesión. Las ciudades se inclinaron ú opusieron segun sus afectos: proseguia el reino en sus bandos y desórdenes, quitándose los grandes unos á otros las ciudades: ya no se obedecian las órdenes del rey; ni el arzobispo de Toledo obedecia al mismo papa, que se habia interesado en que estuviese á la obediencia del rey, y dejase de sostener á doña Isabel y don Fernando. El pretesto de religion despertó bandos y escándalos entre la plebe de Andalucía; cristianos viejos y nuevos se robaban y asesinaban, tomando parte en unos y otros sus protectores. Todo era calamidad; aumentábase esta por los estragos que hacian varias veces los moros, validos de la ocasion de los disturbios civiles, parece iba ya el reino á espirar; mas el rey aun procuraba sostenerle, habiendo intentado remediar algunos daños en las córtes de Nieva del año de 1473, anulando todas las gracias que habia concedido desde diez años antes, y otras cosas á que habia condescendido, ó no habia podido remediar constreñido por pura necesidad.

El duque de Guiena murió poco despues: rogó de nuevo el rey al de Portugal, y este se mantenía indeciso; por cuya causa, y de consejo del marqués de Villena se trató matrimonio con el infante don Enrique, llamado *Fortuna*, que estaba en Barcelona; tambien lo desbarató el mismo Villena.

Entre estas cosas la infanta doña Isabel no se descuidaba; buscaba la gracia del rey, y creyó hallarla en Segovia, adonde ella se habia adelantado á recibirle, abrazarle y disculparse. El rey luego que llegó la visitó y concedió su agrado, y para demostracion de él á otro dia salió la infanta á caballo por las calles de Segovia, sirviéndola de palafrenero su hermano.

Por consejo de la misma infanta vino poco despues allí su marido don Fernando, que estaba en Aragon apaciguando varios disturbios. Despues de su llegada repitieron recíprocamente señales de reconciliacion. Murió el marqués de Villena don Juan Pacheco, y quedó el rey mas irresuelto para todo. Pretendieron muchos su dignidad de maestre y el lado del rey. Este solo dió oídos al marqués de Villena

hijo, don Diego Lopez Pacheco. Enojáronse los demas pretendientes. Los caballeros de Santiago de las provincias de Castilla y Leon hicieron por su parte cada una su capítulo para elegir maestre; ya habia tres competidores, uno por Leon, otro por Castilla y otro por el rey.

La infanta doña Isabel con mas destreza buscó un medio; este fué escribir á su marido don Fernando, que habia vuelto á Aragon, pudiese al papa la administracion del maestrazgo. Un pariente de los nuevos maestros prendió al marqués de Villena, y el mismo rey, volviendo por su causa, fué á Fuentidueña á darle libertad con las armas en la mano.

Poco sobrevivió el rey don Enrique IV á su gran privado, pues de allí á poco, aumentándosele los achaques que padecia, le pusieron en los extremos de la muerte, acelerada por un agudísimo dolor de costado. Hizo las disposiciones cristianas para morir; preguntóle su confesor como dejaba dispuesta su sucesion, y le declaró que tenia hecho testamento, y que en él dejaba por heredera y sucesora á su hija doña Juana, la cual ratificaba por el paso en que se veia, y protestaba ser su hija legítima (1); con esta resolucion murió en Madrid á 12 de diciembre de 1474, á los 50 de su edad. Fué depositado su cuerpo en el monasterio del Paso de San Gerónimo, hasta que fué trasladado al de Guadalupe, donde se halla sepultado.



(1) El cronista Castillo nada especifica de la sucesion. El cronista Palencia pinta su muerte como la de una fiera ó de un hombre desesperado, callando á las reconvencciones que el confesor le hacia para que dejase declarada por sucesora á la infanta doña Isabel; pero otras memorias de aquel tiempo justificaban la relacion que hemos hecho, y acreditan la pasion ó falta de probidad en este cronista.



**DOÑA ISABEL (LA CATOLICA)**

*primera reina de Castilla, Aragon y las Indias;*

*empezó á reinar en 1474: murió en 1504.*



A jurada princesa y sucesora á la corona doña Isabel, luego que supo en Segovia la muerte de su hermano, requirió á la ciudad que la aclamase por reina. Con la mayor prontitud la ofrecieron vasallage sus habitantes, y dispusieron su proclamacion para el dia siguiente 13 de diciembre del mismo año de 1474.

Para este solemne acto se previno un tablado en la plaza Mayor, y sobre él un trono ricamente aderezado; al otro dia concurrieron los principales al palacio, de donde la reina salió

á caballo en una bien enjaezada hacanea; y recibéndola bajo de un palio de brocado los regidores, y sirviéndola de palafraneros dos de los mas nobles, formóse una lucidísima comitiva, á cuya cabeza iba á caballo Gutierre de Cárdenas con el estoque real desnudo, y con gran pompa llegaron al tablado de la plaza Mayor, donde subiendo la reina, sentándose en su trono, y colocándose á la derecha el que llevaba el estoque, un rey de armas levantó la voz de aclamacion; tremoláronse los pendones, y correspondió el pueblo con alegres vivas, aclamando por reyes de Castilla y Leon á doña Isabel y á su esposo don Fernando, que entonces estaba ausente en Aragon.

De allí pasó á la iglesia mayor á dar gracias al señor; recibíola el obispo y cabildo con mucho regocijo; cantóse el *Te-Deum*, y se restituyó al palacio con la misma pompa y comitiva, donde la entregó las llaves y tesoro del Alcázar su alcaide Andres de Cabrera, á quien regaló despues la reina la copa de oro con que bebió á la mesa, y concedió este mismo privilegio á sus descendientes en semejante dia.

Siguióse á esto mandar celebrar las exéquias de su hermano, confirmar los fueros y privilegios de la ciudad, y disponerse al mejor gobierno de sus vasallos, ínterin llegaba su esposo el rey don Fernando, á quien ya habia avisado que viniese con la mayor presteza. Sucesivamente todos los grandes que la habian sido afectos, y aun muchos de los que no lo eran, vinieron á jurar vasallage á la reina y besarla la mano. El arzobispo de Toledo que se hallaba en Alcalá, y habia esperado ganar las albricias, escribiendo al rey don Fernando la muerte de don Enrique IV y llamándole rey, tardó un poco en venir á ver á la reina, y aunque la juró y besó la mano, advirtió que ya no tenia por rivales en la privanza al cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, y algunos grandes.

El marqués de Villena, que tenia en su poder á doña Juana, hija del difunto rey don Enrique IV, y declarada últimamente por legítima y sucesora en su testamento, se mantuvo en su partido, acompañado de algunos otros grandes, y así escribió al rey don Alfonso V de Portugal, renovando la pretension del casamiento con ella, convidándole con los reinos de Castilla y Leon, ofreciéndole su auxilio, con el cual y con sus armas, y el derecho de la futura esposa, los conseguiría con la mayor facilidad. El rey de Portugal, inclinada ya su anterior irresolucion con este

cebo, y viendo el testamento real, que le habia remitido el mismo marqués, tomó parecer de sus grandes. Su hijo el príncipe don Juan, que con este motivo esperaba reinar antes que su padre muriese, aprobaba el pensamiento, y aun estimulaba á los grandes á su confirmacion y á que sin tardanza su padre hiciese su casamiento, y se armase contra el partido opuesto de Castilla.



### DON FERNANDO V (EL CATOLICO)

*rey de Aragon y las Dos Sicilias;*

*empezó á reinar en 1474 y murió en 1516.*

El arzobispo de Toledo esperaba la decision de su suerte en la venida del rey don Fernando; llegó este á Turégano el dia 30 de diciembre de aquel año, donde aguardó dos dias para hacer su entrada en Segovia con el solemne aparato y pompa que se habia prevenido. El dia 2 de enero de 1475 salieron á recibirle á la puerta de la ciudad

el cardenal de Mendoza, el arzobispo de Toledo y varios grandes con palio; juró antes de entrar las leyes, y confirmó los privilegios; acompañáronle entre aclamaciones y aplausos hasta palacio, donde le recibió la reina con sumo gozo. Confirmaron luego los principales empleos en los mismos que los tenían, escepto los del marqués de Villena y otros grandes que no vinieron. Tratóse de quien de los dos reyes habia de tener las riendas del imperio, y se resolvió que ambos juntos firmasen los despachos, precediendo el nombre del rey, pero que la reina tuviese el cargo de las tenencias de las plazas y castillos, atento á que ya tenían una hija de un año, llamada Isabel, la cual podría ser algun dia sucesora y heredera de los reinos de sus padres.

Despues de esto el arzobispo de Toledo empezó á tentar los ánimos de los nuevos reyes, pidiéndoles muchas gracias dificiles de conceder, á que se escusaron por entonces, dándolé buenas esperanzas. Halló con esto el desengaño, y haciendo de la necesidad virtud, se retiró de la corte, pretestando que ya cansado de años y negocios queria cuidar solo de su iglesia; pero fué para unirse con el marqués de Villena y otros, y levantar gente en auxilio del portugués, que ya hacia otro tanto en sus dominios para entrar poderosamente en Castilla.

Los nuevos reyes buscaron todos los medios posibles para aplacarlos y desviarlos de sus intentos, dándoles á entender que solo el interés era quien los habia animado primero para declarar por espuria, y despues por legitima á doña Juana, hija de don Enrique IV; y que pues ellos los habian colocado en el trono por aquella razon, era una contradiccion manifiesta obrar de aquel modo, ó con esto declaraban que sola la venganza y la ambicion animaban sus empresas. Ya estaban resueltos los contrarios, y así fué preciso armar los reyes su brazo contra los rebeldes.

Mandaron los reyes que todas las tropas concurriesen á Valladolid para distribuirlas desde allí por la frontera de Portugal y hacer resistencia al enemigo. Tomóse con calor de una y otra parte el empeño. El rey de Portugal, celebró esponsales en Plasencia con doña Juana, y aun no bien eran acabadas las fiestas, cuando ya se talaban los campos castellanos, saqueábanse las plazas menos fuertes, trabábase escaramuzas, habia entregas de traidores, y todo era daño y calamidad.

A los primeros esfuerzos faltó el dinero á los reyes de Castilla, y fué preciso echar mano de la plata de las iglesias hasta el valor de

treinta cuentos, con calidad de reintegro, los cuales les fueron servidos con mucho placer por las iglesias á quienes se pidieron. No llegó á tener el portugués menos necesidad, usando el príncipe don Juan del mismo recurso para socorrer en Castilla á su padre el rey don Alfonso. Burgos, Zamora, Toro y otras plazas fueron combatidas ó tomadas por el portugués, y todo el interés de la batalla se reunió en estas dos últimas ciudades. Fueron célebres las batallas de Campo Peñalayo y de Albuera; en esta quedó escarmentado el castellano, y en aquella el portugués. La arcabucería, que empezaba á estenderse, hizo mucho estrago.

El rey don Fernando, ahuyentado el portugués, recobró á Zamora, y fué tan generoso que todo cuanto encontró en ella perteneciente al rey de Portugal se lo envió sin tocar, y dió salvo-conducto y libertad á muchos portugueses para que se retirasen á sus dominios. Dividió esta guerra el francés, que acometió al castellano por Fuenterrabia. El portugués se puso de su parte, esperando que luego le ayudaría contra Castilla.

La necesidad de atender los reyes de Castilla á tantas partes, no dejaba ni antever los empeños peligrosos de las guerras, ni gobernar lo anterior de sus estados, pero la reina doña Isabel con su gran capacidad y destreza salia al encuentro á todo. Ya ponía orden en su reino, castigando los delincuentes, ya juntaba córtés para remediar daños, ya establecía leyes y vigoraba las hermandades contra los bandidos, ya contenía las civiles disensiones entre los partidarios de Portugal y Castilla, y ya reducía muchos descontentos á su obediencia, á fin de que llegasen á deponer las armas, que aun en medio de la tregua y la expedición contra franceses, no se dejaban de la mano.

Acabada la tregua y defensa contra el francés, se mantuvo la guerra contra Portugal con poco suceso, y el menos favorable fué para el portugués, que se halló sin el auxilio prometido de la Francia, la cual mas se inclinó á renovar las alianzas con el de Castilla. Contemplóse don Alfonso burlado, y resolviendo no comparecer entre gentes, escribió á su hijo el príncipe don Juan que se hiciese aclamar rey; él quiso partirse oculto á visitar los santos lugares, ó como quieren otros, entrarse en un monasterio: el rey de Francia le mandó buscar por su reino, y descubierto, le persuadió volviérase á Portugal, á donde llegó á tiempo que ya don Juan II. estaba aclama-

do, pero rindiendo este á su padre el cetro, se contentó con llamarse rey de Algarvé.

Tenian ya otro hijo los reyes que les habia nacido en Sevilla en 7 de julio de 1478, á quien pusieron por nombre Juan, cuyo nacimiento, bautismo y salida á misa de la reina se celebraron con mucha solemnidad y regocijos. Falleció el rey don Juan II de Navarra á principios del año de 1479, heredó el rey don Fernando los reinos de Aragon y Sicilia, y hechos poderosos con tantos acrecentamientos, tenian ménos que temer las pretensiones del rey de Portugal, á quien tambien habia negado el papa la dispensacion matrimonial de doña Juana, con lo cual determinaron acabar con la guerra que por esta causa aun duraba. La reina doña Isabel se encargó de esta empresa, mientras el rey don Fernando iba á tomar posesion de los reinos de su padre.

Dió sus órdenes para apretar el cerco de Mérida, Medellin y Leitosa, cuando ya el portugués á ruego de su cuñada la infanta doña Beatriz consentia en una buena composicion. La misma infanta, que fué la embajadora y habia dado aviso á la reina, vino á Alcántara donde estaba aguardándola, y allí trataron las condiciones de paz. Las principales fueron que el rey de Portugal dejase el título y blason de rey de Castilla; que no se casase con doña Juana, hija de don Enrique IV, ni la auxiliase en sus pretensiones al reino; que esta eligiese dentro de seis meses, ó casarse á su tiempo con el niño príncipe don Juan, hijo de los reyes de Castilla, ó de entrarse religiosa en un monasterio; que se ajustasen bodas del infante don Alfonso de Portugal, nieto del rey, con la infanta doña Isabel, hija de los reyes de Castilla; que á los partidarios se perdonase generalmente, y se restituyese á cada uno sus estados, se entregasen recíprocamente las plazas ganadas, y se diesen mutuamente rehenes, los cuales habian de ser los infantes de una y otra parte contratados de casar.

La desventurada doña Juana conoció en la condicion que le tocaba, cuan contraria le habia sido y seria su suerte, y así desengañada, resolvió dar gusto á los reyes y paz á los reinos, encerrándose en el monasterio de Santa Clara de Coimbra. El rey de Portugal don Alfonso V, aunque quisiera mas ventajosas condiciones, convino al fin en el ajuste de la paz en 24 de setiembre de este mismo año de 1479, con cuyo aviso vino el rey don Fernando desde Valencia á To-

ledo, donde le esperaba su esposa, que al gusto de haber negociado la paz, añadió el regocijo de dar á luz otra infanta en 6 de noviembre de aquel año, á quien pusieron por nombre doña Juana.

Asegurados ya los reyes con las paces, se dedicaron á gobernar los reinos de Castilla, y á dar disposiciones en Aragon. Celebráronse córtes en Toledo; establecióronse prudentes leyes; se arreglaron cinco consejos de córte. El primero, presidido por los reyes, para los negocios de estado, embajadas y asuntos de Roma: el segundo, compuesto de caballeros y doctores naturales de los tres reinos de la corona de Aragon y Sicilia, para los asuntos de ellos: el tercero, de prelados y oidores, para oír en justicia y despachar las peticiones: el cuarto, era de los diputados de las hermandades, para castigar los delitos comprendidos en su instituto: y el último, de los contadores y oficiales de la real Hacienda. A cuyo número se agregó poco despues el tribunal de inquisicion para inquirir y castigar segun las leyes la apostasía y heregía; no determinando otra cosa por entonces sobre los judios y moros, sino que viviesen en barrios separados pero con señales de distintivo.

Se destinaron asimismo tres alcaldes de córte para su policía y egecucion de las causas criminales; y se pusieron corregidores en las partes donde no los había y eran necesarios. Se examinaron las gracias y mercedes hechas por el rey antecesor don Enrique IV: se revocaron las que no tenían suficiente mérito, agregándose á la corona, al modo que ya se había hecho con el marqués de Villena, que con esta condicion fué admitido á la gracia de los reyes, siguiendo el ejemplo del arzobispo de Toledo que ya desde antes la disfrutaba. Se hizo la ceremonia de jurar por príncipe de Asturias á su hijo don Juan, á la que sucedió despues en otro dia la de entrega de las banderas de la órden de Santiago á don Alfonso de Cárdenas, á quien habían nombrado gran maestro de aquella órden, último poseedor de este empleo.

Acabadas los córtes empezaron los magistrados á hacer justicia y castigar delinquentes con la mayor actividad, con cuyo motivo se huyeron muchos á distintas tierras; y lo mismo sucedió despues con muchos judios, luego que la Inquisicion empezó en Sevilla á castigar apóstatas y hereges.

El rey don Fernando, compuestas así las cosas, pasó á Aragon

á celebrar cortes, y disponer la jura del príncipe en aquella corona; poco despues pasó con él la reina, habiendo dejado gobernadores en Castilla al almirante y al condestable. Fué jurado sucesivamente el príncipe en Calatayud, Zaragoza y Valencia, y al retirarse en Castilla corrieron la mayor parte de la corona, dando muchas providencias de buen gobierno.

Entretanto y á fines del año de 1481, el marqués de Cádiz, de motivo propio hizo algunas hostilidades con poca gente en la frontera de los moros, que dieron principio á una porfiada guerra. Alentado con el feliz suceso, juntó mas gente y sitió á Alhama; ganóla, no sin trabajo y daño de la arcabuceria de los moros; pero se vengó bien del desastre, peleando con el mayor ardimiento; pasando á cuchillo mas de ochocientos moros, y aprisionando mas de tres mil.

El rey de Granada Albohacen ó Abulbacen, habiendo tenido noticia del funesto suceso, armó gente para volverla á tomar, pero retiróse escarmentado. Tocó al arma por todas las fronteras y empezaron los moros á hacer daño por todas partes. Los reyes de Castilla, entre el regocijo de la conquista de Alhama, y el pesar de la invasion seguida, armando prontamente sus tropas, pudieron contener su ímpetu, acudiendo con su presencia á animar las tropas, y á dar las disposiciones convenientes; y poco despues de haber parido la reina en Córdoba á la infanta doña María, en 28 de junio de 1482 se puso cerco á Loja. Los moros resistieron ó hicieron algun daño al campo castellano, con lo cual fué preciso levantar el sitio y hacer nuevas preparaciones.

La toma de Alhama ocasionó entre los moros muchos disturbios; los abencerrages alteraron el pueblo, echaron de la ciudad á su rey Abulbacen, y pusieron en el sòlio á Aboabdeli su hijo. Este se armó contra los castellanos; hubo varios reencuentros, pero los nuestros lograron hacerle prisionero. Con tan buena presa el rey don Fernando, que á la sazón habia llegado á la frontera con numerosas tropas, empezó á talar y rendir cuanto se le oponia. Los padres de Aboabdeli hicieron tales ofertas de rescate y vasallage por su hijo, que lo entregó; suspendió las hostilidades y se retiró, dejando las convenientes órdenes y guarnicion en la frontera; pero Abulbacen despues hizo por su parte, como rey que era de Málaga y enemigo igualmente de Castilla, muchas correrías, de las cuales, aunque no salió muy bien librado, los granadinos resentidos aun del mal suce-

so de Aboabdeli volvieron á colocarle en el trono, en el año de 1483.

El año siguiente se instauró la guerra, rindiéronse Mora, Alzayna, Setenil, Coin, Cartama y Ronda, en cuyo sitio se cree que se empezaron á usar las bombas y morteros. Entregados muchos lugares y ganados otros castillos se retiró el rey don Fernando á descansar á Alcalá de Henares, donde la reina dió á luz una infanta, llamada doña Catalina, á 15 de diciembre de 1485.

Cada año adelantaban mas los reyes los medios de asegurar mejor la conquista de Granada: en el de 1486 rindieron á fuerza de armas á Loja, Illora y Moclin, y se entregaron voluntariamente otras muchas plazas y aldeas. Los reyes no perdonaban gastos ni fatiga; buscaban dinero para mantener la gente, y las concesiones de los papas sobre las décimas de los frutos eclesiásticos sufragaban mucho. En el siguiente de 1487 rindió el rey don Fernando á Velez Málaga y mas de cuarenta lugares de su territorio, á pesar de mucha resistencia y embarazos que le puso con su gente Mahomat el Zagal que vino á socorrer aquella plaza. Mas resistencia mostró el Zegrí, gobernador de Málaga, á cuya plaza puso sitio el rey por mar y tierra; la ciudad estaba muy fortalecida y provista; mas el tiempo y la constancia de los castellanos hicieron acabar los víveres; pidieron sus habitantes muchas veces condiciones ventajosas; negóselas el rey, y al fin se rindió á discrecion; fué ocupada por los castellanos en 18 de agosto de 1487, y el rey dió varias disposiciones para proveerla de habitantes cristianos y de obispo.

Interin descansaban fueron los reyes á Zaragoza á componer varias cosas en las córtes, y á la vuelta por Valencia y Murcia atacaron por aquella parte el reino de Granada; rindióronse algunos lugares, en particular Vera y otros del territorio de Almería, donde puso guarnicion el rey, año 1488. En el siguiente de 1489 tomó el rey la fortaleza del Zújar, y se rindieron otros castillos del contorno. De allí dividió el ejército, y á un mismo tiempo cercó á Baza por tres partes. Fué mucha la resistencia de la ciudad, hubo frecuentes salidas, escaramuzas, muertes de una y otra parte; la reina, que desde Jaen estaba socorriendo al ejército, de víveres y municiones, vino al campo, y dando valor á su gente, puso miedo á los mahometanos; estos pidieron inmediatamente capitulaciones, y concedidas se entregaron. El moro Cid Hiaya; gobernador de esta plaza, hecho vasallo, y con sueldo del rey, facilitó con sus persuasiones y

esperanza de beneficios, que Mahomat el Zagal entregase á Almería y Guadix, y todos los pueblos que estaban á su mando; de cuya entrega quedó el Zagal bien premiado. En esta expedición mas gente mató la intemperie que la espada, pues solamente murieron á hierro tres mil hombres, y diez y siete mil al rigor del tiempo y de las enfermedades.

Ya no restaba mas empresa que la toma de la ciudad de Granada. El rey don Fernando con ánimo de echar el resto para este fin, dió las órdenes correspondientes para su preparación, y entretanto se celebraron en Sevilla los desposorios de la infanta doña Isabel su hija con el príncipe don Alfonso, hijo de don Juan II de Portugal, con muchas fiestas y regocijos; los cuales acabados, y juntas ya las tropas, envió un mensajero al rey de Granada, intimándole que se entregase. El rey Aboabdeli envió un moro principal, llamado Aben-Comija, á tratar con el rey que le permitiese el reino con calidad de vasallo feudatario. El rey don Fernando se hallaba poderoso para rendirle con sus armas, si no queria sujetarse por voluntad, y asi despidiéndole y negándose á todo lo que no fuese dejar la ciudad, se acercó hácia ella á la frente de un valeroso ejército.

Contentóse el rey esta vez con talar cuanto pudo la vega y se retiró, de cuya ocasión valiéndose Aboabdeli juntó las huestes que pudo, sitió y tomó algunas plazas, con cuyo feliz suceso tomaron brio muchos pueblos de los que antes se habian rendido y se rebelaron; lo cual dió motivo al rey don Fernando á que fuese en persona á volverlos á su deber año de 1490.

Al siguiente año mandó el rey don Fernando disponer la gente de Andalucía y de las órdenes militares; echó un donativo á todas las sinagogas y aljamas de los judios para proseguir la conquista; por el mes de abril llegó á los Ojos de Húecar, dos leguas de la ciudad, con cincuenta mil infantes y doce mil caballos, sin los gastadores; hizo muchos destrozos en los campos, en los lugares, en las gentes de las Alpujarras y de la vega, ya por sí, ya por sus generales, ínterin se plantificaba el real; con lo que logró quitarles el medio de socorrerse de víveres, entonces mas necesarios y en mayor cantidad, por estar llena la ciudad de las gentes que se habian retirado de las plazas conquistadas en los años antecedentes, cuyo número ascendia á mas de cien mil personas.

La reina, que llegó poco después con la familia real, vino re-

suelta á no levantar el sitio hasta vencer á Granada, y así mandó hacer aquel acampamento con paredes y tejados, de manera que pudiera servir de poblacion cómoda para no retirarse de allí, ni por las lluvias, ni por el rigor del invierno, y dió á esta poblacion el nombre de Santa Fé; villa que aun hoy dura con el mismo nombre, y recuerda la memoria de la grande empresa.

Quiso la reina ver mas de cerca la ciudad, y armándose para su resguardo un buen cuerpo de tropas, llegaron á una casa de campo vecina, y desde allí la estuvo registrando; los moros que vieron se acercaba el ejército salieron á estorbar que llegase á la ciudad, con lo que se vieron en precision de hacer frente los castellanos, trabóse una batalla con el mayor denuedo de parte á parte: los castellanos, que tenian que defender á la reina, hicieron los mayores esfuerzos de valor; hicieron mucha mortandad en los enemigos, y ahuyentaron á los que quedaban. Con esta pérdida y la falta de víveres que se sentia en la ciudad, se vieron precisados á tratar de la entrega. Para las capitulaciones fueron diputados de parte de Aboabdeli, Jucef Aben-Cómija, supremo Alfaquí de Granada, con Aben-Cací, su hermano, y el Cadi ó justicia Mayor; de la parte de los reyes el capitán don Gonzalo Fernandez de Córdoba y Fernandez de Zafra, su secretario, dándose antes los seguros y rehenes correspondientes.

La suma de las capitulaciones era por lo que toca al rey Aboabdeli, que él dejaria la ciudad, dándole territorio y rentas en las Alpujarras, ó seguro para pasarse á Africa cuando quisiese; y por lo que miraba á los vecinos, que á los que quisiesen quedarse se les permitiesen sus bienes, el uso libre de su religion y de sus leyes, con sus jueces correspondientes para juzgarlos segun ellas. No fueron á gusto de todos estos conciertos; hubo alborotos en la ciudad, animados con pretesto de religion, como en Málaga, y para evitarlos Aboabdeli apresuró la entrega, la cual se hizo á dos de enero de 1492.

Habiendo logrado los reyes católicos sujetar toda la morisma, ó espeler la mayor parte de España, se empeñaron en arrojar tambien de ella á los judíos, de los cuales habiendo transmigrado con el mayor sentimiento á Francia, Portugal y Africa, mas de treinta mil familias tuvieron que volverse muchos, protestando recibir el bautismo, despues que hallaron mala acogida entre los africanos.

Quedaron muchos moros en las Alpujarras, con palabra de obe-

diencia y con esperanza de ser convertidos á la religion cristiana; pero ellos, ó por miedo de verse en esta necesidad, ó esperando sacudir el yugo, formaban alborotos y rebeliones, por cuya desobediencia les obligaron los reyes á que se pasasen á Africa los que no quisieran abrazar la fé de Cristo, y fueron mas de diez mil personas las que emigraron á Africa en esta segunda espulsion.

Si estas transmigraciones contribuyeron mucho á que se aménorase el trabajo en los campos, y la industria y comercio en los pueblos, no tuvo pequeña parte otro suceso el mas memorable y prodigioso en este reinado; este fué el descubrimiento de un nuevo mundo, hecho en el año de 1492, despues de la toma de Granada, por el ingenio mas perspicaz en la cosmografia de aquellos tiempos, Cristobal Colon, de nacion genovés, de profesion marinero, y avencindado antes en Portugal y despues en Andalucía.

Entre muchas causas de este descubrimiento fué una los progresos de los portugueses en las costas del Africa, hechos particularmente en tiempo de don Juan II de Portugal. Ya en este tiempo habian vencido el cabo de Buena Esperanza y visitado hácia el Oriente la costa de Malabar. Con estos viajes se habian corregido muchos errores en la cosmografia y náutica, y se habia despertado el estudio de esta ciencia, y el ánimo de altas empresas de navegacion. Entre todos, ninguno mas instruido y perspicaz que Cristobal Colon, que despues de haber estudiado de jóven esta parte de las matemáticas, habia aumentado sus conocimientos con una larga práctica, ya en las expediciones de genoveses y venecianos, ya en los dominios portugueses, en cuya capital se habia avencindado, ya en el tráfico con las islas Canarias y Azores. Viendo, pues, empeñado á su señor el rey de Portugal en adelantar los viajes al Oriente por el cabo de Buena Esperanza (1), pensó en persuadirle, que era mas corto y fácil el camino de llegar á Oriente navegando hácia Poniente. El rey de Portugal mandó examinar sus proposiciones, y aunque otro hiciese secretamente la prueba, el cual habiendo dado pronto la vuelta, obligado de las borrascas, sin haber descubierto nada, fué causa de que se le despreciase su propuesta en el año de 1484.

Resentido Colon de este modo de proceder se ausentó de Portugal, y avencindándose en Córdoba, hizo la misma propuesta á los

(1) Antes comunicó este proyecto á la republica de Génova, su patria, la cual lo graduó de sueño.

reyes católicos, enviando al mismo tiempo á su hermano Bartolomé á Inglaterra, por si no la admitian en España. Los reyes católicos mandaron examinar el punto; hubo varios pareceres, se pusieron muchas dificultades, é informados los reyes, viendo lo dudoso por una parte y estando ocupados por otra en la guerra de Granada, lo dejaron para otro tiempo, dándole alguna esperanza y socorro; con lo que, aunque quedó desconsolado, no obstante hizo ánimo de instar en mejor ocasion.

Entre varios valedores que tuvo, y con que hizo frente á sus contrarios, de los cuales unos lo eran porque no lo entendian, y otros, porque les parecia que pedia muchas ventajas en el proyecto, ningunos fueron mas constantes que Fr. Juan Perez de Marchena, guardian del monasterio de la Rabida, Alonso Quintanilla y Luis de Sant Angel, escribano de raciones de la corona de Aragon, los cuales de tal manera lo allanaron que ya la reina doña Isabel queria empeñar sus joyas para aprestar los tres navios que pedia Colon, ofreciéndose él adelantar la octava parte de los gastos; pero Sant Angel puso el dinero, y así se alistó Colon: el cual primeramente volvió, despues de algunos meses de navegacion y hallazgo de las islas Española y Cuba: con la cual quedaron todos asombrados, y él lleno de honra y aprecio. Mas luego, al paso que le favoreció la Providencia en otros viajes que repitió en hallar nuevas tierras, le persiguió la emulacion y la calumnia para quitarle esta gloria; lo cual dejamos de contar por no ser de nuestro principal intento.

Durante este tiempo, habiendo el rey don Fernando adquirido el condado de Rosellon, que estaba empeñado con el rey de Francia Luis XI, y cuya restitucion su sucesor Cárlos VIII habia retardado, se vió precisado á emprender una nueva guerra en Nápoles por haberla ocupado el mismo rey Cárlos de Francia y ahuyentado de aquel reino á don Fernando II su rey, hijo de don Alfonso, nieto de don Fernando I. Hizo el rey de Castilla estrecha liga con la república de Venecia, varios potentados de Italia y el mismo rey de Nápoles desposeido. Para restituir á este en su trono, envió con una buena armada al capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, cuyo valor ya era conocido desde la guerra de Granada, y cuyas proezas en Italia le adquirieron el renombre de Gran Capitan. La Italia estaba casi toda rendida al francés; pero el Gran Capitan por un lado y los castellanos por el condado de Rosellon de tal manera estrecharon á Cár-

los VIII, que tuvo que desistir de la empresa, pidiendo treguas y deseando ajustes de paz.

Ninguno era mas á propósito para procurarla que el rey de Castilla. Habia este firmado alianzas y matrimonios de sus hijos con los principales príncipes de la Europa. Todos deseaban que las paces se hiciesen á gusto; no pudieron firmarse con Carlos VIII porque murió en 1498, y mudaron de aspecto las cosas. Luis XII, sucesor de Carlos VIII, ajustó con el rey de Castilla que le ayudase á sostener en la Italia, y que partirian el reino de Nápoles, destinándole las dos Calabrias y la Pulla, año de 1501.

El rey don Fernando de Castilla envió con un poderoso ejército al Gran Capitan, nombrándole virey, para que ocupase aquellas provincias; por otra parte el general francés Nemur ocupó el resto; pero hubo grandes disensiones entre los dos generales sobre los límites ocupados; trataron de concordarse; nadie cedió, y volvieron las armas unos contra otros. Hubo repetidos reencuentros y batallas, asedios, asaltos: ayudaban á España el papa y Alemania; y al cabo de tres años de una encendida guerra, se dieron treguas por otros tres, ó para terminarlas ó volver de nuevo á ellas; pero entre tanto tuvo que huir don Fadrique, desposeido rey de Nápoles, tio de don Fernando, destronado y habiéndose de acoger á alguno de sus dos enemigos, eligió al rey de Francia, para que le dejara estar en su reino como particular y le diera alimentos, lo cual no despreció Luis XII.

Todo era feliz para España, pero al par de tanta dicha no dejaban de probar amargos sentimientos los reyes en su casa, los cuales eran tanto mas dolorosos para la reina doña Isabel, cuanto mas afanes le costaba el gobierno del reino y las alianzas con los extranjeros. Esta laboriosa reina, con los frutos de bendicion que la habia dado el cielo, unia las coronas principales de Europa con sus casamientos. La infanta doña Isabel, hija primera de los reyes católicos, habia casado con el príncipe don Alfonso de Portugal en 1490, y viuda de este, con don Manuel, primo hermano de don Juan II, ya rey en 1497. El príncipe don Juan de Castilla, hijo segundo en el orden, y primogénito varón habia casado en el mismo año de 1497 con la princesa doña Margarita, y recíprocamente doña Juana, hija tercera en el orden, con el archiduque don Felipe, hijos este y aquella de Maximiliano I, emperador de Alemania, dos hermanos con dos hermanas; murió de allí á poco el príncipe don Juan en Avila;

fué sucesivamente jurada por sucesora la reina de Portugal doña Isabel la cual murió de sobreparto en Zaragoza en el año siguiente de 1498. El hijo que causó su muerte, llamado Miguel, fué tambien jurado príncipe sucesor, pero tambien murió poco despues. Era preciso con esto llamar á la sucesion á doña Juana que estaba en Flandes con su esposo el archiduque don Felipe: tardaban en venir, pero entre tanto la reina ajustaba el casamiento de la infanta doña Catalina con Arturo, príncipe de Gales, heredero del trono de Inglaterra, y el de la infanta doña Maria con el rey viudo don Manuel de Portugal, en el año de 1500, último de este siglo.

Vinieron al fin los archiduques á principios del año de 1502, y fueron jurados por sucesores á los reinos de Castilla y Aragon en Toledo á 22 de mayo del mismo año, y poco despues en Aragon: tenían ya dos hijos, llamados doña Margarita y Cárlos, que despues fué emperador con nombre de Cárlos V, y rey de España, llamado Cárlos I; y en 10 de marzo de 1503 parió la princesa doña Juana en Alcalá de Henares un infante á quien pusieron por nombre don Fernando, que despues fué emperador y rey de Ungria.

Del sobreparto de este infante empezó á enfermar de la cabeza la princesa doña Juana, cuyos efectos se conocieron mas por la passion de ánimo que se le acrecentó en la ausencia de su marido, que había tenido precision de irse á Flandes por el peligro que amenazaba la guerra de Francia, á quien no tardó mucho en seguir, aunque sus padres procuraban detenerla en España. Por causa de este defecto de la sucesora y de las revoluciones que pudieran suceder, si llegaba la reina doña Isabel á faltar, con el mas prudente acuerdo dejó establecido, así en las córtes últimas de Alcalá como por testamento, que acababa de hacer de resultas de una enfermedad, que ínterin vienesen los sucesores á tomar posesion del reino ó durase la minoridad de Cárlos, quedase en administracion el reino en poder de don Fernando su esposo. Agoviada de tanto peso la reina y cercada de tantos afanes, volvió á enfermar por el mes de octubre de 1504, y agravándose la enfermedad, hechas las disposiciones de cristiana, dió su espíritu al Señor con la mayor devocion y tranquilidad en 26 de noviembre del mismo año, en Medina del Campo, á los cincuenta y cuatro años de edad y treinta de reinado. Fué despues llevada á sepultar á la ciudad de Granada en el convento de san Francisco de la Alhambra.

La benignidad y la justicia, la fortaleza y la religion, fueron las principales virtudes que adornaron á esta reina. Luego que tomó posesion del trono procuró todos los medios posibles de concordia con los grandes, sacrificando ruegos é intereses para evitar todo rompimiento; pero una vez desairada sostuvo su decoro con la mayor grandeza, sin abatirse á la venganza. Al mismo arzobispo de Toledo que la habia amenazado con que la haria volver á la rueca, de donde la habia ensalzado, trató con el mayor respeto, yendo ella misma en persona á su palacio á rogarle con la paz.

Estaban hechos los poderosos á mandar á los mismos reyes; en cuyo estado poco respeto podia haber á la magestad, y poca justicia para el infeliz; alborotos, bandos, latrocinios, violencias, asesinatos, eran los efectos de este orgulloso poder; fina política y entereza eran menester oponerse á tanta soberbia é impunidad. Las hermandades acabaron con los bandidos, y reforzaron el brazo de los reyes y la justicia de estos fué sostenida con entereza y actividad, é hizo temblar á los otros. Las casas fuertes y castillos, ya abandonados, ya reforzados con los que los ocupaban, eran otros tantos asilos de malvados; echarlos por tierra fué el mas acertado consejo.

Los empeños de las guerras eran grandes, y muchos los poderosos que, ademas de no tener justo título á sus riquezas, las convertian contra el mismo bien del reino; una justa averiguacion de lo usurpado, las gracias concedidas por la sede apostólica y la administracion de los maestrazgos, incorporada á la corona, fueron recursos justos para sostener tantas empresas. La reina tenia tanta fama de buena pagadora que al instante encontraba dinero, aun entre los mas avaros, sin admitir ricas preseas, que podia empeñar ó regalar.

Unidos á Castilla los reinos de Aragon, Sicilia y Nápolés, conquistados los restos de los moros, que aunque pocos, eran los mas fuertes, y añadido un nuevo mundo, creció en grandeza y gloria el imperio español; pero para que se ensalzara en lo católico, y pureza de costumbres, se mejoró el clero, se reformaron los órdenes monásticos, se espelieron los judíos y se restableció un tribunal que con el recto celo de engrandecer el nombre santo de Dios, inquiriese y castigase la mortal peste de la heregia y apostasia, que infestaba y corrompia la mas pura cristiandad; hazañas que adquirieron á los reyes el merecido renombre de católicos. Mas templaron de tal suerte la veneracion al sumo pontífice y la obediencia á la Iglesia, que su-

pieron mantener con igual entereza y magestad las regalías temporales en lo eclesiástico, y la proteccion que estaba á su cargo de la religion. Hombres doctos y de recta intencion asistian siempre á sus consejos y á su lado, y las letras eran apreciadas mas que nunca en su córte. Ya desde el principio de su reinado se habia introducido la imprenta (1) protegida sucesivamente por los arzobispos de Toledo, Mendoza, y Cisneros; y el buen gusto de las humanidades, traído por Antonio de Lebrija desde Italia, habia tomado asiento en el palacio (2) de donde se difundió á las universidades. Con estos fundamentos se edificó el templo de la fama que ocuparon los escritores españoles en el siglo XVI.



(1) No está aun bien averiguada la época de la introduccion de la imprenta en España. Si no nos engaña el testó de Nicolas Antonio, en la Biblioteca antigua, libro 10, cap. 11, hallamos citada una impresion en Palencia en 1470 de la *Historia de España*, de don Rodrigo Sanchez Arévalo; pero la mas antigua que hemos visto es una hecha en Sevilla en 1477 por los diligentes y discretos maestros Anton Martinez, Bartolomé Segura y Alfonso del Puerto.

(2) La reina doña Isabel, despues de haber dado aquella educacion casera á sus hijas, que las hacia tanto mas recomendables, cuanto eran constituidas en mayor alteza, como hilar, coser, bordar, etc., las hizo estudiar la lengua latina y la reina ya grande la aprendió tambien. A este ejemplo estudiaron latin muchas damas suyas y otras entre las nobles de la córte, como se puede ver en Lucio marineo Sculo.



DOÑA JUANA

*segunda reina de España é Indias;*  
*empezó á reinar en el año de 1504. Murió en el de 1555.*



luego inmediatamente que murió la reina doña Isabel, dejó el rey don Fernando el título de rey de Castilla, tomó el de gobernador de los reinos y mandó aclamar en el mismo mes de noviembre de 1504 por reina de Castilla á su hija doña Juana, la cual se hallaba en Flandes con su esposo el nuevo rey don Felipe, llamado el *Hermoso*.

Interin que venian los reyes tomó varias medidas don Fernando para el gobierno de los reinos de Castilla, Aragon y Sicilia, y el

modo como habia de asegurar el reino de Nápoles, muerto ya el rey don Fadrique, por quien habia peleado hasta entonces por medio del Gran Capitan. Convocó córtes en Toro para principios del año de 1505. Confirmóse en ellas el juramento de sucesion en la reina doña Juana, y el gobierno de los reinos en el mismo don Fernando hasta que el primogénito don Cárlos tuviese 20 años de edad; puesto que se consideraba poca aptitud en la reina, segun el achaque de cabeza con que se hallaba. Tambien se establecieron allí las leyes de sucesion por testamento y abintestato, llamadas de *Toro*, y se dispusieron otras cosas para la mayor administracion de la justicia.

El marqués de Villena concibió esperanzas de recobrar el valimiento con los nuevos reyes, que habia perdido con los pasados, y les escribió se viniesen cuanto antes, para que tomando por sí las riendas del gobierno, escluyesen al rey don Fernando; para lo cual el marqués ayudaria con su gente y la de otros partidarios. No era de distinto parecer don Juan Manuel, que estaba de embajador en Alemania y habia ganado la privanza del rey don Felipe; de aquí resultó enviar á decir el nuevo rey que don Fernando dejase los reinos de Castilla y se retirase á Aragon.

Vió el rey don Fernando cuán contrario era esto al testamento de la reina difunta y su confirmacion en córtes; no llevando á bien que viviendo él reinasen sus hijos; añadiéndose á esto que los grandes iban formando partido contra él. Para resistir á todo y mantener su decoro, tuvo que aligarse con quien aun no estaba en paz, que era el rey de Francia, á quien pidió le diese en matrimonio á su sobrina Germana de Fox, y le ayudase con sus armas á sostenerse en Castilla. Aprobó el pensamiento el rey Luis XII, y ofreció renunciar el reino de Nápoles en su descendencia, si la tuviese.

Entre tanto, habiendo venido de Nápoles alguna gente de armas, la destinó don Fernando á hacer una espedicion á Africa por consejo del arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, y con ella se tomó á Mazalquivir, puerto cercano á Oran.

Entró en cuidado el rey don Felipe con el nuevo casamiento de don Fernando, y las paces hechas con el de Francia, que como enemigo le molestaba con hostilidades, y así le fué preciso apresurar la partida para España; y para que don Fernando no moviese partidarios ó armas, envió á decir que se hiciese una concordia, en que

unánimemente mandasen los herederos de la corona con el padre, lo cual ajustó este en Salamanca á 6 de enero de 1506.



### DON FELIPE I DE AUSTRIA

*empezó á reinar en 1504. Murió en 1506.*

Poco despues se embarcó el rey don Felipe con su esposa y familia para venir á España, y una recia tempestad los echó á las costas de Inglaterra, de que aprovechándose el rey Enrique VII, le hizo formar á su gusto algunos tratados, y le detuvo algun tiempo, ó por interés propio, ó á instancias de don Fernando, á quien sin duda le interesaba su demora para tomar bien sus medidas. En efecto en este medio tiempo envió á Francia por su esposa doña Germana, celebró su matrimonio en Dueñas, y ratificó las paces contratadas á 22 de marzo de 1506. A poco mas de un mes llegaron á la Coruña los nuevos reyes:

Don Felipe no tenia ánimo de estar á la concordia de Salamanca, y deseaba que don Fernando se fuese á Aragon. Este que sabia la trama y los autores de ella sus validos, empleaba todo su ingenio para encontrar los medios de deshacerla, y verse juntos para concordarse; pero el rey don Felipe huia las vistas, y el rey don Fernando se prevenia por si hubiese rompimiento. Al fin se vieron entre la puebla de Sanabria y Asturianos. El rey don Felipe salió con grande comitiva, armado; el rey don Fernando con muy poca gente, y sin armas; viéronse con indiferencia, habláronse con poco ánimo de concluir nada, y el rey don Fernando se retiró, desengañado de la poca atencion que le mostraron los que antes habian sido sus vasallos. Hizose nueva concordia en Villalafila, admitiendo el rey don Fernando la que le dictaba la necesidad, que fué retirarse á su reino hereditario de Aragon, recompensando la deposicion del cetro y del gobierno con la retencion de la administracion de los maestrazgos de las órdenes militares, y los legados que le habia dejado su esposa difunta la reina doña Isabel.

Reinando ya solo don Felipe con su esposa doña Juana á quien no consiguió se declarase incapaz de reinar, juntó córtes en Valladolid, pidió algunos servicios, y condecoró á algunos con el collar de la órden del Toison, instituida por Felipe II, duque de Borgoña, en 1429, é introducida ahora por la primera vez en España.

La demasiada tristeza de la reina la tenia siempre retirada del trato de las gentes. El pueblo atribuia esta reclusion á los mandatos del rey, con lo cual estaba disgustado de no verla; por otra parte no miraba bien que á los que tenian los castillos y otros empleos se les quitasen para dárselos á los flamencos, con lo cual ya no era tan bien quisto como sus deseos se habian prometido; pero esto cesó bien pronto con la inesperada muerte del rey, sucedida en 25 de setiembre del mismo año de 1506 en Burgos, en cuyo monasterio de Miraflores fué depositado su cadáver. Dejó cinco hijos y á su esposa en cinta; estos fueron don Carlos, su sucesor, doña Leonor, don Fernando, doña Isabel, doña María y la póstuma doña Catalina.

Como el rey don Carlos I, heredero, no teniendo mas que seis años de edad era preciso quedase en tutela, y como su madre la reina doña Juana era reputada incapaz del mando, los grandes y prelados de la córtes hicieron una junta de gobierno un poco antes de morir el rey don Felipe.

Hízose saber al público la disposición de esta junta. Algunos grandes acudieron á la reina para que tomase el cetro; esta no pensaba sino en la memoria de su difunto marido, y en que viniese á gobernar su padre, que ya se habia ausentado á Nápoles. No obstante la reina revocó todas las mercedes que habia hecho su esposo don Felipe, y confiando su gobierno á los nombrados en la junta, y particularmente al arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, se iba sosteniendo el reino entre los desórdenes que suscitaron los grandes unos contra otros para quitarse sus tierras, ó para oponerse á que viniese á gobernar el rey don Fernando. Volvió este de Nápoles á mediados del año de 1507, con cuya llegada se llenó de regocijo su hija la reina, siempre sumergida en su tristeza, y tan apasionada de la memoria de su esposo, que siempre traía en su compañía su cadáver.

Tenia don Fernando á un tiempo que prevenirse contra el emperador Maximiliano en Alemania, que pretendia parte en el gobierno de Castilla, y guardaba como en prenda al príncipe don Carlos, heredero de España, y atender al sosiego de Castilla para desunir á los grandes de sus pretensiones y partidos: se necesitaba ingenio; para defenderse del alemán se aseguraba con el rey de Francia y el papa; y para desunir á los grandes, á unos hizo entregar mal de su grado las fortalezas, alejó de la corte á otros, y á los mas les mandó prevenir armas y gentes contra los moros, que en las cercanías de Oran habian hecho varios destrozos con los españoles de Mazalquivir y en las costas de España con sus piraterías. Sacó algun fruto con este modo de proceder, pero pasando al rigor se adquirió muchos quejosos.

Las pretensiones del emperador se compusieron con cierta cantidad que debía entregar don Fernando á él y su nieto el príncipe don Carlos, mientras estuviese en su poder y tutela, y con hacer una liga en Cambrai con él, con el rey de Francia y el papa, contra los venecianos, para recobrar cada uno las plazas que estos les habian ocupado en Italia: á este fin mandó hacer don Fernando una poderosa armada para Italia, pero como al mismo tiempo el arzobispo de Toledo don Fr. Francisco Gimenez de Cisneros, ya condecorado con los títulos de cardenal é inquisidor general de España, por muerte de su antecesor Fr. Fernando de Talavera, le hubiese aconsejado hacer una vigorosa espedicion contra los moros de Oran,

alistó otra poderosa armada para poner terror á unos y á otros. Felices fueron los sucesos de ambas expediciones. Cada uno de los pretendientes en Italia recobraron casi sin trabajo sus estados; y la expedición de Oran, aunque halló mucha resistencia en los moros, animando á los españoles el cardenal Cisneros, fué tan venturosa, que su conquista se tuvo por auxiliada del brazo del Omnipotente. El cardenal Cisneros y el conde don Pedro Navarro, generales de esta empresa, entraron en triunfo en Oran, y aquel consagró la mezquita en iglesia, dedicada á la santísima virgen María con el título de la Victoria, lo cual sucedió á mediados del año de 1509.

En el año siguiente fueron rápidas y felices las conquistas que hizo en las costas de Africa el conde don Pedro Navarro, tomando á Bugia y Tripoli, y recibiendo vasallage de los de Argel: mas no fué tan feliz la empresa de la isla de Gêrbes, aunque se habia unido con su armada el duque de Alba don García de Toledo, en cuya refriega perdió la vida, y el conde don Pedro Navarro tuvo que retirarse; obligado por una parte de los calores, y por otra de las tormentas del mar.

El rey don Fernando, á vista de uno y otro suceso, hacia grandes preparaciones para pasar en persona á la Africa, pero le detuvieron dos empeños, el uno fué, que pretendiendo el papa Julio II el ducado de Ferrara, y estorbándolo el rey de Francia, y emperador de Alemania, deshizo aquel la liga contra los venecianos, y poniéndose en su amistad atrajo la de don Fernando el católico, dándole la investidura del reino de Nápoles; con lo que empezaron á encenderse las pasadas discordias, que el rey don Fernando procuraba apagar; el segundo fué, que asombrados los africanos de los progresos de las armas españolas en sus costas, y temerosos de los efectos de las prevenciones del rey don Fernando, se ofrecieron anticipadamente vasallos los moros de Tremecen, Mostagan, Manzagrani y otros berberiscos, á principios del año de 1511, con esto suspendió la expedición de Africa, y la despachó para Nápoles en auxilio del papa al mando del mismo conde don Pedro Navarro, y solicitó al inglés Enrique VIII, su yerno, para que le ayudase contra el francés, prometiendo instaurarle en la Guiena, que habia sido en otro tiempo suya.

En el año siguiente de 1512 hizo el francés mucho estrago en Italia, dejando en las cercanías de Ravena derrotado el ejército de los

tres coligados, España, Venecia y el papa, quedando muerta ó prisionera mucha gente principal. Sintiólo en gran manera el rey don Fernando y resolvió enviar mas gente, ó con el Gran Capitan, ó yendo él mismo en persona á la guerra de Italia; no llegó este caso, porque queriendo antes probar de qué semblante se hallaba el rey de Navarra don Juan Labrit con el francés, pidióle paso por allí á Francia, ó que se declarase: el navarro se mostró neutral, y el francés que supo sus intenciones, le atrajo á sí.

A vista de esto, el rey don Fernando declaró la guerra al rey de Navarra, para lo cual quiso servirse de la armada inglesa, que llegó á la sazón, y desembarcó en Bermeo en 8 de junio de aquel año; pero el general inglés respondió, que él no venia á conquistar la Navarra sino la Guiena. Hizose cargo el rey don Fernando de la razon, y juntando su gente se acercó á Navarra. El rey don Juan Labrit se ausentó á buscar gente al rey de Francia, con que quedaron desalentados los navarros, que no podian contrarestar un ejército tan poderoso como el castellano; y así se entregó la Navarra, sacando el partido de que le fuesen guardados sus fueros.

Ganada la Navarra, entró el ejército español en Francia, y convidando al inglés á la conquista de Guiena, no quiso este esponer su ejército, pues venian numerosas tropas de Francia á restaurar lo perdido, y se volvió á embarcar sin pelear. El rey de Navarra entró con gente francesa en su reino, pero halló tanta resistencia en los castellanos que tuvo que retirarse á Francia.

En Italia el virey de Nápoles don Ramon Cardona, con nuevo refuerzo de gente, que le envió el rey don Fernando, reunió sus tropas, recuperó muchas plazas, y pasando mas allá de lo que se pensaba, atrayendo á sí á los florentinos, milaneses y lombardos, dió recelos al papa y á los venecianos, al paso que el francés, retirando poco á poco su ejército de Italia, y perdida Génova, se vió precisado á hacer treguas con todos por un año, aunque á disgusto del emperador Maximiliano y del rey de Inglaterra, los cuales habian hecho buenas prevenciones para atacar al francés cada uno por su lado, mientras tanto estuviese divertido por Italia.

No tardaron mucho en volver las escaramuzas, enviando el rey mas gente á Italia, y uniéndose con los venecianos, pasando unos y otros de amigos á enemigos, de lo cual no se sacó otra cosa que sangre sin fruto, sin embargo de la prorogacion de la tregua por

otro año. Mudaron algun tanto de semblante las cosas con la muerte del rey de Francia Luis XII, y la sucesion en el trono del rey Francisco I á principios del año de 1515, el qual envió mensageros al rey don Fernando, solicitando la paz, ó nueva liga, que fuese á unos y otros ventajosa. Este no se alejaba de sus intereses, y así no se declaraba tan pronto como querian, pero el rey Francisco, no perdiendo tiempo, pasó á Italia con su ejército y tomó á Milan. El príncipe don Carlos, heredero de España, habia ya cumplido su menor edad, y los flamencos, despues de haberle jurado por señor y gobernador de aquellos estados deseaban aliarse, ó tener paz con el rey Francisco I, lo que no fué difícil de conseguir; y mirando ya el príncipe don Carlos próximo á la muerte al rey don Fernando, porque hacia dos años que andaba achacoso, envió á España á su maestro Adriano de Utrecht, dean de Lovayna, con credenciales para tomar posesion en su nombre del reino, luego que falleciese; no tardó mucho, pues aumentándose su debilidad, le acarrió la muerte. Murió el rey don Fernando, hechas las disposicioes del cristiano, en Madrigalejo, aldea cercana á Trujillo, á 23 de enero de 1516; su real cadáver fué sepultado en Granada.

Entre tanto que vivió la reina doña Isabel, cuyo talento y bondad eran tan conocidos de todos, el rey don Fernando tenia la satisfaccion de no necesitar emplearse con esmero en el gobierno interior del reino, pues tenian el cetro tan buenas manos. El, solo se destinó con el mayor esfuerzò á las cosas de la guerra, y al cuidado de los reinos de Aragon y Cataluña, Sicilia y conquistas de Italia; en lo qual mostró sobre un valor igual á sus ascendientes una política superior á todos ellos, y aun á los demas príncipes de Europa; pero esto no fué tan á gusto de todos, que no lo achacasen mas á los intereses propios, que al bien de los otros, que en lo exterior se manifestaba; lo cierto es que los dos consortes tuvieron la felicidad de echar tales cimientos al gobierno del reino, cuales fueron poderosos para dar nuevo principio á las mas ilustres glorias de España.





**DON CARLOS I**

*décimo cuarto rey de Castilla y Leon,  
quinto emperador de Alemania y tercero de las Indias,  
empezó á reinar en el año de 1516: murió en el de 1558.*



on la muerte del rey don Fernando el católico creyó el dean de Lobayna, maestro de Carlos I, que tomaria solo la regencia del imperio español, segun le estaba encargado por su señor, que residia á la sazón en Bruselas; pero halló dos obstáculos muy poderosos; el uno fué haber sido nombrado por el rey católico el cardenal Cisneros, sucesor en la regencia, y el otro que el dean Adriano era extranjero, y como tal no debia gobernar la España; pero despues de varios debates entre el cardenal y el dean se convinieron en firmar juntos los pactos, y en seguida participaron la noticia de la muerte de don Fernando al rey Carlos I, y se determinó que interin viniese estuviera el consejo real en Madrid.

Hallándose el reino sin la presencia de su dueño, y á mucha distancia, estaba como en inaccion el gobierno: con cuya ocasion algunos grandes levantaron armas para apoderarse unos de las tierras de otros, segun se les figuraba que les correspondian, pero la buena diligencia del consejo real, enviando alcaldes de córte á componer las cosas, aplacó en breve estos alborotos. Movió asimismo las armas contra Navarra el desposeido rey don Juan Labrit, pero con la buena resistencia del capitan general duque de Najera fué rechazado.

Luego que el rey envió respuesta al cardenal Cisneros, y al consejo real, y en ella la aprobacion de la regencia, así en él en Castilla, como en Aragon en el arzobispo de Zaragoza, segun lo habia dispuesto el rey don Fernando, fué proclamado en Madrid en 13 de abril de aquel mismo año 1516. Empezó el cardenal Cisneros con actividad su gobierno, reformando criados y rentas en el palacio; de que resultaron muchos descontentos, que pasaron á Flandes á gran gear allí la voluntad y favor de los ministros flamencos que tenia el rey Cárlos; intentó acuñar moneda, y se lo estorbó el consejo; mandó en las provincias levantar tropa y disciplinarla, y no fué á gusto de todas las ciudades, que escribieron al rey, representándole estas nuevas cargas contra sus fueros. Casi todo era mal suceso para el cardenal Cisneros; Homich Barbaroja se apoderó de Argel; de ocho mil hombres, enviados para recuperarla, por descuido del capitan quedó la mitad en el sitio; y tuvo que retirarse descalabrado.

Los ministros flamencos del rey Cárlos atraian á su partido muchos españoles favoritos suyos por medio de empleos que alcanzaban para ellos, porque no se echase de ver los muchos que daban á sus paisanos: con lo cual al paso que medraban unos, quedaban otros descontentos. El dean de Lobayna fué hecho obispo de Tortosa, y poco despues creado cardenal por Leon X. El cardenal Jimenez no estaba bien visto de los ministros flamencos, y á vista de su entereza en la justicia no se hallaba tampoco muy firme con los suyos; solo le sostenia su constancia y su espíritu: con él hizo temblar á los grandes: dícese que estos quisieron ver los poderes que tenia para su gobierno; mostróles en efecto; hizo armar la tropa y artillería, y les dijo: estos son los poderes que tengo.

Poco tiempo gozó del absoluto mando y el rey Cárlos no llegó á

tiempo de recibir los obsequios que á su venida le tenia preparados, pues murió en Roa al tiempo de irle á recibir en el mes de setiembre de 1517.

Alaban muchos al cardenal Cisneros de gran político, y como egemplar de ministros de Estado. No hay duda que en él se hallaba aquella arte de gobierno tan necesaria al bien de una república, pero sin artificio, acompañada siempre de una sólida virtud, sagaz prudencia y valerosa constancia: nunca fué ambicioso, y siempre hizo bien: nunca se dejó llevar de las delicias que podian ofrecerle sus empleos y su privanza; y aun fuera del claustro fué religioso sin aparentarlo. Habia entrado en la religion observante, ya grande y desengañado del mundo, dejando en él bastantes intereses, pues de arcipreste de Uceda y capellan mayor de Sigüenza pasó á vestir el hábito franciscano. Su sabiduría, junta con su virtud, le subieron á los altos puestos de su orden, al arzobispado de Toledo, al cardenalato, y al gobierno de España. No fué menos hábil y activo en el gobierno eclesiástico, y en lo que hace á todo, en proteger las letras y promover las ciencias; en lo cual fué superior á su siglo. Quiso adornar á su patria Tordelaguna con una universidad de estudios y de sus obstáculos sacó mayor lucimiento fundándola en Alcalá de Henares, á donde atrajo los hombres mas sábios de España para enseñar todo género de literatura, y edificó colegios para los pobres que quisiesen instruirse con aprovechamiento y comodidad. Toda la España, y aun las naciones extranjeras, pregonan los frutos ópimos de tan fecundo plantel, y la gloria de tan sábio y generoso dueño.

El rey Carlos I habia desembarcado en Villaviciosa, puerto de Asturias, y despues de haber pasado por varias villas y ciudades, donde le recibieron con sumo agrado: llegó con igual aplauso á Valladolid, en donde despachó convocatorias para las córtes que se habian de celebrar á principios del año siguiente de 1518, y las ciudades debian jurar al rey. A 7 de febrero de este año fué jurado con mucho regocijo y fiestas. Tuviéronse torneos, y el mismo rey justó con su caballerizo mayor Mr. Croy. De allí á dos meses partió á Aragon á la misma ceremonia, y antes dejó establecido el consejo de la cámara para que proveyese los empleos en justicia, pues el reino le habia representado su deseo, de que no se diesen á los extranjeros.

Por puntos iba creciendo el rey en estados y en poder, rey de España y de las Indias, duque de Borgoña y Flandes, dueño de Nápoles y Sicilia, elegido por entonces rey de romanos, nieto de Maximiliano I, emperador y aliado con él, hechos tratados con el rey Francisco de Francia, y con el papa Leon, que unia las potencias cristianas para combatir con el turco Selin; emparentando de nuevo con el portugués, casando con él á su hermana doña Leonor, que sucedió en el trono á doña María su tia, y dueño ya sin disputa de la Navarra, por cesion de la reina viuda doña Germana, de los derechos que podia tener á él por parte de Juan Labrit, se volvia la atención de la Europa hácia su persona. Muere á la sazón Maximiliano, adquiere los votos de los electores, y es elegido emperador de Alemania en competencia del rey Francisco de Francia, quedando este, á su parecer, muy desairado (1).

Pero entre tanto las ciudades de Castilla estaban descontentas. Habian esperado del rey que no se diesen los empleos á estrangeros; y apenas partió de Castilla dió el arzobispado de Toledo á Guillermo de Croy, obispo de Cambray, sobrino del caballero mayor. Segovia fué la primera que se resintió, fuéronse uniendo á ella Avila, Toledo, Cuenca, Jaen y otras, y otorgando sus poderes, enviaron comisionados á Aragon á hacer humildes súplicas al rey sobre estos asuntos.

En Valencia se levanta un estraño alboroto con pretexto de religion; llamáronle hermandad ó germania; faccion vulgar, que empezó por querer perseguir de muerte á algunos creidos sodomitas, y degeneró en discordia entre nobles y plebeyos. Desagradaron al rey todas estas comunidades y facciones; instábase la partida á tomar posesion del imperio de Alemania; instábanle las córtes que habia convocado á Valladolid, á fin de pedir donativos para los gastos; y la importunacion de los procuradores hace que las mude, y aun que sean echados algunos de ellas. Conclúyelas en la Coruña, desde donde se embarca para Flandes en 21 de mayo de 1520, dejando por gobernador de Castilla á su maestro el cardenal Adriano; en Zaragoza al justicia mayor don Juan de Lanuza, y en Valencia al conde de Melito don Diego de Mendoza.

Despues de la partida se encendieron mas los levantamientos de

(1) Con motivo del nuevo imperio estableció que se le diese título de magestad, que hasta entonces habia sido de alteza.

las ciudades, asaltando á los mismos procuradores que habian asistido á las córtes, á unos porque fueron echados de ellas por el rey, á otros por haber condescendido á los donativos que pedia, y á otros por no haber hecho resistencia en sus pretensiones; la gentalla de las ciudades era la que se tomaba mas licencia y osadía en los alborotos; habia muertes, robos incendios, mudanza de oficios en la justicia; no hacian caso de las providencias del gobernador de Castilla; ni del consejo, ni de los alcaldes; todo era desenfreno y destruccion, sacudida la ley, el gobierno y la humanidad.

Don Juan de Padilla, alentado del espíritu de su muger doña María Pacheco, era entre los pocos nobles el principal promovedor de los alborotos desde Toledo: en la boca de estos sonaba el bien público, y en las acciones todo era trastorno; tomáronse, en fin, las armas entre los fieles al rey y los contrarios; don Juan de Padilla, y otros despues, coloraron sus desaciertos, ganando audiencia de la reina doña Juana, que se hallaba retirada en Tordesillas; la cual, como si despertára de un letargo, mostró que ni sabia si habia muerto su padre, ni si habia alborotos en el reino; y en medio de su desacuerdo, animada de un espíritu de bondad, mandó á los mismos comuneros que pusieran remedio á tantos males.

Formaron una junta, y lo primero que hicieron fué intentar prender al consejo real y su presidente, citándolos ante la reina, solo lograron llevar á algunos consejeros y alcaldes, pero sin fruto. El rey Carlos que se hallaba en Flandes, coronado ya de emperador de Alemania, sabidos los desórdenes de Castilla, procuró dar las mejores providencias para el buen gobierno. Entre otras, nombró por gobernadores del reino con el cardenal Adriano al almirante de Castilla y al condestable. Este armó gente, buscó dinero, usó de industrias, juntó un formidable ejército, ganó casi todos los grandes y algunas ciudades.

Los lugares de reunion eran la villa de Rioseco, donde estaba el cardenal gobernador; y Burgos ciudad que habia reducido el condestable; por parte de la junta de comuneros era Tordesillas, que bien presto fué ocupada por el ejército real con la reina doña Juana; y poco se tardó en vencer y prender á don Juan de Padilla y otros compañeros, que perdiendo la vida en un cadalso, fueron escarmiento á otros, y motivo de deshacerse las comunidades en el mes de abril de 1521. Sola Toledo, animada de doña María Pache-

co y los parciales de su marido, se mantuvo terca en rendirse.

Halló el rey Cárlos turbada la Alemania con la heregía de Martin Lutero, que desde el año de 1517 habia empezado á fomentarse: una pequeña causa dió motivo á esta revolucion tan grande. Habian estado en posesion los frailes agustinos de Alemania de predicar las indulgencias en los jubileos y cruzadas. Leon X, sumo pontífice, trasladó esta prerogativa á los frailes dominicos, en una que publicó para que los fieles contribuyesen contra el turco, y quedaron aquellos resentidos. Lutero, entonces agustiano, empieza á predicar y defender conclusiones contra el valor de ellas: sábelo el papa, cítało á Roma, toma parte Maximiliano emperador, cítało á una asamblea en Auspurg; aquí le condenan, apela al papa, condénale este, y Lutero apela al concilio. Defiéndele Federico, elector de Sajonia, y publicando escritos contra la iglesia romana, va estendiendo tanto sus errores, que halla sectarios, no solo en su patria Witemberga, sino á Zuinglio en la Suiza, Escúchale el emperador Cárlos en la asamblea de Wórmes, reconviénele, exhórtale á que deje de turbar la Iglesia y el Estado, encuéntrale renitente, y le condena á que si en el término señalado por el papa no se retractaba de sus errores, fuese su persona aprehendida y castigada como herege; año de 1521.

El rey de Francia Francisco I reclamaba la Navarra, segun el convenio firmado en Noyon en otro tiempo, para Eurico de Labrit, no podia conseguirlo con demandas, y se valió de las armas; entró su ejército en Navarra, se apoderó de ella hasta la Rioja. España estaba ocupada en sus discordias, pero bien pronto el conde de Haro juntó un numeroso ejército, y el duque de Najera le hizo retirar. No desmayó el rey de Francia, antes bien, auxiliando á Roberto de Marca, logra que este turbe á Flandes. Quéjense ambos reyes, y empiezan á preparar grandes ejércitos y elegir buenos y esforzados generales, y á un mismo tiempo se peleaba en Flandes, en las fronteras de Navarra y en Italia.

El marqués de Mántua era general del papa, coligado con el emperador, y el marqués de Pescara de la infantería española. Lautrec era gobernador de Milan por Francia; el cual, aunque resistió vigorosamente al ejército coligado en varios reencuentros, y en el cerco de Milan, tuvo que abandonar la plaza, á cuyo egeemplo se rindieron muchas ciudades; suspendióse un poco la faena, muriendo el papa Leon X, en cuyo lugar fué electo sucesor el cardenal obispo de

Tortosa, con el nombre de Adriano VI, á principios del año de 1522.

El emperador compuso lo mejor que pudo las cosas de Alemania, y dejando por gobernador de ella al infante don Fernando su hermano, y de Flandes á su tia doña Margarita, se vino á España, tocando primero en Inglaterra, donde avistándose con el rey Enrique VIII, se coligó de nuevo con él para proseguir la guerra contra Francisco I, rey de Francia, cuyo ejército habia sido descalabrado segunda vez en la batalla de Bicoca.

Cuando llegó á España se habian acabado las comunidades, y ya doña María Pacheco, sitiada en el alcázar de Toledo, donde se hizo fuerte, habia huido disfrazada á Portugal con un hijo que tenia: no obstante, el emperador hizo justicia de los caudillos y perdonó á los demás, mandando que se rompiesen y anulasen todos los procesos que sobre este alboroto se habian hecho, y los libertó de la nota de infamia. Mas renitentes fueron los agermanados del reino de Valencia, que aun duraban en sus alborotos, á pesar de los esfuerzos del vírey, que procuraba apaciguarlos, ya con las armas, ya con el perdón en nombre del emperador; los cuales al fin se disolvieron en el año siguiente de 1523.

Ya en este tiempo se habian hecho grandes progresos en América. Vasco Nuñez de Balboa, gobernador de la provincia del Darien, habia descubierto á la otra parte de Tierrafirme el gran mar Pacífico ó del Sur en 1512. Algunos españoles y portugueses habian hallado el Brasil por esta otra parte, y Diego de Solis, buscando algun estrecho para pasar al Pacífico é ir por allí á las islas de Oriente, habia llegado hasta el rio de la Plata en 1517. Pero esta gloria estaba reservada á Fernando de Magallanes, que despues de muchos trabajos, lo encontró en el parage á que dió su nombre en 1520: atravesóle todo, torció hácia la linea de la otra parte, y escogió un rumbo hácia las Molucas; no las vió él porque murió en una de las Filipinas. Su compañero Sebastian Cano llegó á aquellas con asombro de los portugueses y del mundo, y volviendo por el Oriente al Cabo de Buena Esperanza, fué el primero que dió vuelta al orbe terráqueo. Hernan Cortés habia conquistado gran parte de la nueva España, y Francisco Pizarro y sus compañeros emprendian la conquista del Perú por el levante de Panamá.

En medio de todas estas felicidades seguia la guerra de Francia en

la frontera de Navarra, y en Italia por el Milanes, intentando Francisco I recuperar las plazas perdidas en una y otra parte. Mas contra él se peleaba dentro de su reino por Enrique VIII, unido al ejército flamenco; en Navarra por el mismo rey Carlos, y en Milan por un ejército compuesto de alemanes, romanos, napolitanos y españoles. Y estos hicieron tales progresos, que arrojando á los franceses de Italia vinieron á combatir hasta Marsella, en cuya porfiada resistencia tuvieron que levantar el sitio.

Irritado el rey Francisco I arma de nuevo un poderoso ejército, á cuya frente viene hasta Milan, cuya plaza se le rinde, hallando poca guarnicion: de allí se dirige á Pavia, plaza mas fuerte, y pónela sitio. Esta se hallaba bastante apretada; el ejército español con poca gente y poco dinero; pero con un socorro de alemanes que le llega, anima-se el ejército imperial; presenta batalla al francés en sus mismas trincheras; peléase crudamente, y quedan muertos diez mil franceses, y prisioneros mucha gente de cuenta, entre ellos el rey. Esta batalla, llamada de Pavia, fué dada en el mes de febrero de 1525; famosa por el valor y grande resistencia que mostró el ejército francés, por los ardidés del marqués de Pescara, sin los cuales, siendo poco numeroso su ejército, no hubiera acaso vencido, y por la calidad de los gefes que quedaron muertos y prisioneros.

Hecho prisionero el rey Francisco, cuya victoria se disputaron soldados y gefes, fué traído á Madrid, y hasta principios de enero del año siguiente de 1526 estuvo preso en su alcázar, y detenido en avenirse en el precio de su rescate y las condiciones de paz. El emperador queria en cange de su persona la restitution del ducado de Borgoña, que antes era suyo: el rey Francisco resistió mucho esta petición, y solo vino en ella con la condicion de que el emperador le diese en matrimonio á su hermana doña Leonor, reina viuda de don Manuel, rey de Portugal, y por dote el ducado de Milan. Así se le dió libertad. Celebró publicamente esponsales en Illescas con la reina viuda del portugués, armó las condiciones de los tratados de paz, y vuelto á Francia no cumplió ninguno, pretestando que todo cuanto habia otorgado lo habia hecho con violencia, fatigado de la prision y deseoso de verse libre.

El emperador Carlos celebró tambien matrimonio despues con la infanta doña Isabel, hermana de don Juan II, rey de Portugal; en el mes de marzo de 1526; y en el mayo del año siguiente nació de él don

Felipe, que despues se llamó II. Entre tanto procuró sosegar los moros de la Alpujarra, y de Valencia, que levantaban varios alborotos, porque se les reconvenia con la religion cristiana que antes habian abrazado y ellos no querian observar. Sucesivamente dispuso tropa para enviar á Italia, y defender las plazas españolas, y principalmente quitar á Milan al duque Esforcia, á quien ayudaba, vuelto contrario el papa, coligado con los venecianos, florentinos y franceses para echar á los españoles de Italia, y quitar al emperador el reino de Nápoles, á cuya union llamaron liga santísima. Pero los españoles, antes que se juntaran los ejércitos, se aprovecharon con industria de la ocasion; pues aunque con pocas fuerzas, entraron en Roma al saco en el mes de junio de 1527. El papa se refugió al castillo de San Angel, y se vió precisado á entregarse con algunas condiciones de dinero, interin se ajustaban otras con el emperador; mas no tuvo tanta felicidad el ejército imperial en el resto de Italia, pues acometiendo el francés, auxiliado del inglés, á Génova, Alejandria y Pavia, se rindieron estas plazas á su mayor poder. Mas poco despues la suerte fué adversa á unos y otros en Nápoles, matando la peste tanto como la guerra, y muriendo allí los principales generales; lo cual obligó á retirarse el ejército francés, en cuya fuga, siguiendo el alcance los españoles, quedó casi todo desbaratado, y presos los principales capitanes. De aquí resultó la necesidad de la paz. El papa pidió para casar con su sobrino Alejandro de Médicis á doña Margarita, hija natural del emperador, nacida en 1522, con el estado de Florencia, y que se reintegrasen al patrimonio de Roma las ciudades y lugares tomados. El emperador pidió al papa que le confirmase el título de rey de Nápoles con un feudo al estado eclesiástico, que se llamó de la *hucanea*, y otras cosas dirigidas á la pacificacion de Italia. Por otra parte el rey de Francia Francisco I diputó á su madre madama Luisa para que en Cambray tratase con doña Margarita, gobernadora de Flandes, y tia del emperador, las paces mas ventajosas que pudiese. Todo se egecutó, y quedaron acordes, en cuyas paces se incluyeron despues todas las potencias de la Europa, escepto los venecianos y florentinos que se mantuvieron renitentes.

Una de las señales de esta paz general, y principalmente con el papa, habia de ser la coronacion del emperador. el cual pasó á Italia con grande comitiva de tropa y gente principal española, embarcándose en Barcelona, en 30 de julio de 1529.

Llegó el emperador á Génova, pasó á Plasencia, y de allí á Bolo-  
nia, donde ya se hallaba el papa: entró con mucha pompa, y fué reci-  
bido con grande aparato de toda la ciudad. Se encaminó en derechura  
al tablado suntuoso que se habia erigido en la plaza de San Petronio  
para su coronacion. Esperábale en su sitial elevado el papa, revestido  
de pontifical, rodeado de cardenales y prelados. El emperador besó el  
pié y la mano al papa. Este dió ósculo al emperador, y este fué el re-  
cibimiento, celebrado en 5 de noviembre de 1529.

En primero de enero de 1530 se publicó con ceremonia la paz  
general. En 22 de febrero se celebró la primera coronacion, le pu-  
so el papa en su capilla privada la corona de oro de cos tumbre, y el  
24 recibió en la catedral la de hierro, de mano del mismo papa, fué  
hecho canónigo de san Pedro, y de san Juan de Letran de Roma por  
los respectivos cabildos, y hubo muchas y esquisitas ceremonias, se-  
gun costumbre antigua en semejantes actos, que describen con me-  
nudencia los historiadores, y rituales de este género.

Hizo caballeros á muchas personas distinguidas; á los caballeros  
de Rodas ó del órden del hospital de san Juan, dió la Isla de Malta,  
el Gozo y Trípoli en Berbería con el feudo de un alcon, en cambio  
de la isla de Rodas que les habian quitado los moros. Partió de allí  
á Alemania, llegó á Inspruk, donde le esperaba su hermano don  
Fernando, rey de Ungría, y gobernador de Alemania.

Juntó una asamblea en Auspurg ó Augusta para ver si podia  
componer los disturbios de religion, que habian fomentado los sec-  
tarios de Lutero; presentáronle estos una suma de artículos de su  
creencia, á que llamaron confesion augustana, y de que ofrecieron  
no apartarse jamás. El emperador vió que mejor se compondrian las  
cosas en un concilio general, y escribió al papa para esto año  
de 1530.

Tambien se trató en aquella dieta de preparar las armas contra  
el turco Soliman II, que poco antes se habia apoderado de Buda en  
Ungría, y habia puesto á Viena en peligro de rendirse; el cual  
se decia que volvia contra Alemania con poderosísimas fuerzas. El  
emperador dió iguales disposiciones en España para el mismo fin,  
y escribió á los reyes de Inglaterra y Francia para que concurrie-  
sen como pudiesen por su parte. Pero estos que ya habia tiempo  
que miraban al emperador como un rival mas fuerte que ellos, se  
alegraban de que dividiese sus fuerzas, ó no le faltasen peligros,

por cuyo motivo se inclinaban á favorecer mas á los luteranos, que ya habian protestado en Espira, y hecho liga en Smalcaldia contra cualquiera que impidiese el uso de la libertad de la religion; coloreando todo esto con el disgusto ó disenso que mostraban á la novedad de que el emperador habia hecho coronar rey de romanos, sin consentimiento de ellos á su hermano don Fernando, rey de Ungría.

Viendo el emperador este modo de pensar, y que se le frustraban sus intentos contra el turco, hubo de ceder á la necesidad. Atrajo á los mismos protestantes armados para que uniesen las armas contra el enemigo comun, revocando los decretos de Wórmes y Augusta, y permitiéndoles ciertas libertades en punto á su pretensa religion, hasta que todo se decidiese en el futuro concilio, y todos estuviesen á sus santas determinaciones. Juntó el emperador hasta 90,000 soldados: acercóse el turco, segun se dice, con 300,000 hasta Viena, haciendo algunos estragos al paso, pero se retiró sin haber hecho conquista de provecho, ó aconsejado, como se dice, del rey de Francia y los venecianos, representándole el poder y felicidad del emperador, ó porque realmente lo temió; y así en el rechiazo por la parte nuestra, como en su retirada se asegura que perdió de sesenta á ochenta mil hombres, año de 1532.

Nueva guerra, y no menor gloria se previene al emperador para el año de 1535. Desde el principio del reinado andaban pirateando por las costas de España, Sicilia y Nápoles, y las plazas que tenia el emperador ocupadas en la costa de Berbería varios corsarios africanos. Los mas celebrados habian sido Homich y Queredin Barbaroja, hermanos: este último habia echado á los españoles de Argel; estos, intentando recuperarla, habian perdido casi todo el convoy á fuerza de tormentas, y solo consiguieron conservar por tributario al jeque de Gélves. Tambien habia desposeido el mismo corsario á Muley Hacén de su reino de Túnez, y este, habiendo visto el poder del emperador Cárlos, así por tierra como por mar, contra el turco en la última retirada, quiso valerse de su proteccion; para lo cual fué á esperarle á Barcelona, donde apenas desembarcó el emperador se ofreció á ser su vasallo, si con su auxilio lograba restituirse á su trono. El emperador condescendió gustoso, y hechas córtés y llegado dinero, mandó preparar una numerosa armada á este fin.

Por otra parte el turco Soliman, avergonzado de la retirada in-

fructuosa de Viena, y sentido del descalabro que habia padecido al mismo tiempo su escuadra en el Mediterráneo por la imperial, que estaba á la defensa y habia tomado á Coron, plaza marítima, llamó para vengarse al famoso Barbaroja; hizole su general de mar; dióle navíos para juntarlos con los suyos, y le mandó que combatese cuanto pudiese.

El emperador Carlos convidó á esta expedición á todos los príncipes cristianos. El infante don Luis de Portugal trajo su pequeña escuadra; Génova, el papa, y algunas ciudades de Italia enviaron las suyas; y las de Nápoles, Sicilia, Malta, y las demás sujetas al emperador, tuvieron orden de acercarse á Cerdeña para reunirse allí el emperador con la que habia juntado en España. El día 30 de marzo de 1535 se hizo el emperador á la vela desde Barcelona, y reuniendo toda la armada, que constaba de 400 velas con 15,000 infantes y 300 caballos, tuvo noticia que Barbaroja fortificaba la Goleta en la costa de Túnez; dirígese allá, hace con felicidad el desembarco, atrinchérase, y planta el cerco. Hubo salidas de la parte del castillo, emboscadas, escaramuzas, no sin daño de una y otra parte; hizose continuo y vigoroso fuego, y abierta brecha lo escalaron y se apoderaron de él con poca pérdida nuestra, y mucha de los enemigos. El rey de Túnez, que habia llegado á la sazón con poco refuerzo de caballería, tuvo la complacencia de oír de boca del emperador: «esta es la puerta por donde volveis á entrar en vuestro reino.» Siguió el ejército la marcha á la ciudad de Túnez; Barbaroja, retirándose hácia ella, habia juntado hasta 90,000 hombres de armas, con que hacia frente al ejército imperial. Este desalojándolo del puesto que habia tomado, fué persiguiéndole hasta que se entró en Túnez; pero halló, por su desgracia, casi sin gente la ciudad, por que se huía á los montes, y ocupado el castillo por los cautivos cristianos, que habian roto las prisiones. Tuvieron aviso de esto el emperador y el rey de Túnez; entraron en la ciudad, y Barbaroja huyó á Bona. Murió mucha gente ciudadana en la huida; dió posesión el emperador á Muley Hascen, reservándose la goleta, y sacando ventajosas condiciones en favor de los cautivos cristianos; de los cuales fueron rescatados 18, ó segun otros, 22 mil de todas naciones, y dejó pactado que en adelante no se cautivase á ninguno en todo el reino de Túnez. El emperador pasó á Italia; Barbaroja ocupó á Mahon, tratando á los prisioneros con mucha crueldad; lo cual

dió motivo á que el emperador meditase la nueva empresa de invadir á Argel, que no pudo ejecutar tan pronto como quisiera. Habia habido algunas revoluciones en Inglaterra y Francia. El rey Enrique VIII, prendado de Ana Bolena, habia roto el matrimonio con la reina doña Catalina, tia del emperador, y con él la religion católica. El rey de Francia Francisco I, con motivo de haber muerto el duque de Milan Esforcia, movia nueva pretension al ducado, y preparaba sus armas. Antes que el emperador previniese las suyas, entró el francés por el Piamonte, tomando muchas plazas del duque de Saboya, deudo del emperador, por estar casado con una hermana de su esposa.

Partió el emperador desde Nápoles á Saboya, tocó en Roma, y trató con el papa del concilio que se esperaba, y de las causas justas que tenia para combatir al rey de Francia, no solo en defensa del estado de Milan y de Saboya, sino aun para entrar en Francia, y quitarle el mismo reino. En efecto, despues de algunas hostilidades pasadas en Saboya con poco suceso, se acercó á Niza con numeroso ejército de mar y tierra en 25 de julio del año de 1536. Desde allí pasó á Aix, de donde fué á sitiar á Marsella: no pudo entrarla; la falta de víveres, y una epidemia hicieron menguar su ejército en mas de 20,000 hombres, y que el emperador se retirase á Niza. Aquí murió el célebre poeta Garcilaso de la Vega, de resultas de una herida de piedra que recibió en el asalto de la torre de Muley. Aunque por la parte de Flandes habian hecho algunos progresos contra el francés en la Picardja sus armas, determinó el emperador abandonar la empresa; y enviando trópa á la defensa de Lombardía, partióse á España á prevenirse contra el turco, que por otra parte le amenazaba, coligado con el rey de Francia. Este entre tanto acometió y rindió algunas plazas de Flandes con pérdida de una y otra parte, cuyos progresos atajó la reina de Ungria doña Maria, gobernadora de Flandes, mediando con doña Leonor, reina de Francia; al mismo tiempo que en Lombardía seguian las escaramuzas y asaltos de las plazas entre las tropas francesas ó imperiales, con mas ventaja de los nuestros; pero las treguas de Flandes alcanzaron á Italia, y suspendiéndose las hostilidades, se retiraron los ejércitos.

Llegó la armada del turco á las costas de Nápoles que halló fortificadas, que solo pudo ocupar á Castro, saquearlo y llevarse mucha gente prisionera; pero saliendo al encuentro Andrea Doria con su

espedicion tomó y quemó muchas naves turcas, y las quitó muchos cautivos.

En el año siguiente de 1538 volvió el turco las armas contra los venecianos, antes sus aliados: el papa quiso unir en su favor y contra el turco al rey de Francia y al emperador; pidióles un congreso en Niza, viéronse los tres, trató con cada uno, y con ambos juntos de concordarlos, y hacerlos amigos en perpétua paz, y solo se pudo conseguir una tregua de diez años, negándose á unirse contra el turco el rey de Francia.

Aprestada ya en el Mediterráneo una poderosa armada, compuesta de las naves del emperador, del papa y venecianos, fueron pocos los progresos aquella vez, contentándose unos y otros enemigos con algunos choques, y retirándose Barbaroja mas quebrantado por la furia del mar que por la de los enemigos.

En primero de mayo del año siguiente de 1539 murió la emperatriz doña Isabel de Portugal de mal parto á los 36 años de su edad en Toledo: dejó tres hijos, á don Felipe, sucesor, de edad de 12 años, á doña Maria que habia nacido en 21 de junio de 1528, y á doña Juana, nacida cuatro años antes en 24 de junio de 1535. Tuvo tambien tres varones, que habian muerto; que eran don Juan, don Fernando, y el que le causó la muerte, y no nació vivo. Fué llevada á sepultar á Granada. Entre los encargados para la entrega iba el marqués de Lombay, primogénito de los duques de Gandía don Francisco de Borja, quien, á vista de lo desfigurado del cadáver, habiendo sido antes una hermosura, resolvió dejar el mundo y sus pompas, y unirse á Ignacio de Loyola, vizcaino, soldado antes, y estudiante despues en Paris, que habia dado principio á la fundacion del órden, llamado de la Compañía de Jesus, cuatro años antes, y entonces solicitaba la confirmacion ó aprobacion del papa. Ambos fueron canonizados posteriormente y declarados santos.

Varios alborotos de la ciudad de Gante, patria del emperador en Flandes, le sacaron de España, y pasando por Francia, donde fué muy obsequiado del rey Francisco, llegó á Flandes; castigó severamente á los rebeldes, y los redujo á su obediencia año de 1540.

Despues de esto quiso poner remedio á los disturbios de religion, y espidió un edicto prohibiendo todos los libros de los pretendidos reformadores; mandó tambien comparecer á una asamblea en Ratisbona á los príncipes del imperio, y varios prelados y doctores á la cual

asistió también el cardenal Contareno, legado del papa. No pudo ajustar nada, y vió la necesidad que habia de apresurar el futuro concilio; que tiempo hacia se estaba tratando, á cuyo fin, de vuelta para Italia, se avistó con el papa Paulo III en Luca, y trataron de que le convocase cuanto antes.

Entre tanto no cesaban las piraterias de los berberiscos y turcos en las costas de España é Italia; y el emperador, habiendo mandado juntar de una y otra parte toda la armada que se pudiese para hacer la expedicion de Argel que tenia meditada. Por el mes de setiembre de 1541 se embarcó en Porto Vénere, y fué á esperar toda la escuadra á Mallorca; pero habiendo esta pasado hácia Argel, fué á juntar la suya con aquella; y llegó á su vista en 20 de octubre del mismo año. Desembarcó con felicidad; fué tomando puestos ventajosos sin pérdida de gente; pero mas grande fué la que causó una recia tormenta de la mar, la cual, impidiendo sacar los bastimentos y artillería, y enfureciéndose cada vez mas, anegó muchas naves y hombres; con lo que se vió precisado á recoger el resto, levantar el campo, y retirarse á Metafuz, desde donde despidió á sus respectivos dominios las naves y tropa, y él se vino por Mallorca á Cartagena á fines de noviembre de 1541.

Poco guardó las treguas el rey de Francia, pues en el año de 1542 renovó sus hostilidades por Flandes, por el Piamonte, y por las fronteras de España; lo cual dió motivo al emperador á pasar con mucha tropa á Flandes para su defensa en el año siguiente de 1543, haciendo su viaje por Génova, el estado de Milan y Alemania.

Habia el francés pedido auxilio al turco, y este le envió una poderosa armada al mando de Barbaroja; llegó con esta á Niza, plaza del duque de Saboya, la bloqueó, derrotó sus murallas, y la rindió, cargó con muchos despojos y cautivos, que remitió al Sultan, pero salió al encuentro la escuadra de don García de Toledo, y lo recobró todo.

El emperador Carlos entre tanto se puso sobre Dura, rindióla, y egecutó en ella todo el rigor de la guerra; á vista de esto muchas ciudades de Juliers, Guéldres, y otras se entregaron. El duque de Orleans por otra parte, general del emperador, entró en Luxemburgo, cuyas principales plazas se le sujetaron. El rey de Francia juntó á toda priesa sus tropas para impedir por aquella parte las victorias del César, envió sus tropas á socorrer á Landresi, que estaba sitiada

lo cual sirvió de que el ejército imperial no pasase adelante, y se retirase á invernar.

Mientras esto pasaba en Flandes, era en España todo alegría, en celebrad de las bodas del príncipe don Felipe con la infanta doña María, hija de don Juan III de Portugal, y su esposa doña Catalina, hermana del emperador, las cuales había dejado ya dispuestas al partirse á la guerra. Celebróse por poderes en Almerin á 12 de mayo de este año de 1543. En 12 de noviembre entró la princesa en Salamanca, donde la recibió el príncipe, y celebraron en el matrimonio con mucho regocijo y fiestas, siendo ambos de edad de 16 años.

Los estragos de la guerra por una y otra parte en Italia, Flandes, y aun en las costas de Vizcaya y Galicia en el año siguiente de 1544 hicieron apeteer la paz que se publicó en el mes de setiembre del mismo año; la cual hecha, se dirigieron los cuidados á que se celebrase el concilio general, para el cual el papa Paulo III espidió su bula convocatoria á Trento para el año siguiente de 1545.

Los protestantes rehusaban que el papa presidiese el concilio. El emperador los convocaba á juntas para que se aclarasen las cosas, de manera que todos pudiesen descansar en las determinaciones del concilio. Nada acomodaba á los protestantes: el emperador tomó las armas para sujetar á unos vasallos rebeldes con pretexto de religion; ellos tomaron las suyas, y se encendió una sangrienta guerra; duró mas de dos años; venció el emperador, y castigó severamente á los principales, si no en las vidas, en las haciendas; en lo cual condescendió mucho á la intercesion de los electores fieles. En este intermedio murió en España de sobrepardo del infante don Carlos la princesa doña María, esposa del príncipe don Felipe, en 12 de julio de 1545: en Alemania Martin Lutero en 17 de febrero de 1546: en Inglaterra el rey Enrique VIII en 27 de enero de 1547, y en Francia en 31 de marzo del mismo año el rey Francisco I.

En el año siguiente de 1548 se suspendió un poco el concilio general, pasándose desde Trentó á Bolonia los padres, de orden del pontífice, y créese que por alguna epidemia; por lo cual, viendo el emperador que se dilataban los medios para sosegar los discordes en religion en Alemania en un tiempo tan oportuno como aquel, en que los acababa de vencer con las armas, determinó que se hiciese una fórmula ó suma por cuatro teólogos, dos de los católicos y dos de los protestantes, de la cual resultase que condescendiendo en algu-

nos puntos, ínterin se decretase todo en el concilio, reinase la paz y guardasen con benevolencia sus decisiones. Esta suma, llamada *Interim*, contenia varios artículos ortodoxos, y permitia á los protestantes legos el uso del caliz, y á los eclesiásticos ó ministros el uso del matrimonio. Mandó el emperador en la dieta de Augusta que los católicos nada innovasen en punto de religion, y que los protestantes que quisiesen, guardasen aquel *Interim*: muchos consintieron en él, otros lo repugnaron, y otros se mostraron indiferentes, de donde aquellos se llamaron *interimistas*, y estos *adiáphoros* ó indiferentes.

En España celebró córtes en los reinos de Aragon el príncipe don Felipe en nombre de su padre, para recoger algunos donativos y enviarlos á Alemania. El emperador envió á casar con su hija la infanta doña María á su sobrino Maximiliano, hijo de su hermano don Fernando, rey de Ungría: celebróse el matrimonio, y quedando estos por gobernadores en Castilla, partió á Flandes el príncipe don Felipe, llamado de su padre; embarcándose desde Rosas á Génova, pasó por Milan, Trento, y varias ciudades de Alemania, haciéndole muchas fiestas y obsequios por todas partes, y llegó á Bruselas, donde fué jurado duque de Brabante, y sucesor heredero de Flandes, año de 1549.

Después de dos años volvió á España con plena facultad de su padre para el gobierno de los reinos; y el príncipe Maximiliano se volvió con su esposa á Flandes por la misma ruta. Entre tanto el turco habia hecho varios estragos en las costas de Nápoles y en los dominios de Africa, que poseian los españoles, ó los caballeros de Malta, resistiendo cuanto pudieron las escuadras y tropa de unos y otros. El rey de Francia Enrique II rompió las paces; empezó con varias hostilidades por Italia, y se ofreció proteger contra el emperador á los protestantes de Alemania; con cuyo auxilio el elector Mauricio suscitó nueva guerra, y al primer ímpetu estuvo en peligro el emperador de ser sorprendido en Inspruk á principios del año de 1552. Pero recogiendo tropas se armó contra los protestantes, é hizo resistencia á las armas francesas, que iban reforzando las fronteras de Alemania: el turco amenazaba á las costas de Nápoles; pero ni unos ni otros hicieron cosa digna de consideracion ni en esta ocasion, ni en otras tentativas que hubo en el discurso de los dos años siguientes.

Por este tiempo habia muerto el rey de Inglaterra Eduardo VI, jóven de 16 años. El duque de Northumberland sabia que Enrique VIII habia llamado á la sucesion del reino, en defecto de la de su hijo Eduardo, á doña María su hija y de la reina doña Catalina de Aragón, y despues á doña Isabel, su hija, y de Ana Bolena: pero por intereses particulares sacó violentamente del rey moribundo (si no la fingió) una declaracion de sucesion á la corona en Juana Gray, hija del duque de Suffolck, y nieta de otra doña María, hermana de Enrique VIII. El duque juntó partidarios, aclamó á Juana, contra el partido de la verdadera sucesora; huyó esta de Lóndres, la persiguió el duque; tomó parte el parlamento en su favor, y al duque desampararon los suyos; fué preso y castigado, y la reina doña María aclamada y reconocida por reina; la cual, como católica, inmediatamente mandó que se observase la verdadera religion, y soltó de las prisiones á los obispos y otros personages que por esta causa estaban oprimidos. El emperador Cárlos vió esta ocasion muy oportuna para aumentar su poder, y afianzar por aliado al reino inglés, casando con la reina doña María á su hijo el príncipe don Felipe. Tratóse la boda, y quedando en España por gobernadora la princesa doña Juana de Portugal, que poco antes habia enviudado del príncipe del mismo reino, embarcóse el príncipe don Felipe, y llegó á Hapton, puerto de Inglaterra, en 19 de julio de 1554, y en 25 del mismo mes se efectuó el matrimonio, y fué condecorado el príncipe con el título de rey de Nápoles y Sicilia por concesion del padre.

En 12 de abril del año de 1555 murió en Tordesillas la reina doña Juana, madre del emperador, de edad de 73 años, y fué depositada en el monasterio de Santa Clara de aquella villa, y el emperador, hallándose ya fatigado de tantos cuidados como le habian traído las guerras contra tantas potencias, y los disturbios con pretexto de religion, llamó á Bruselas al rey don Felipe su hijo, é hizo públicamente en él la renuncia de los estados de Flandes; poco despues á principios del año siguiente de 1556 hizo igual renuncia en él de los reinos de España, y retirándose en el de 1557 á España, dejando el imperio de Alemania en su hermano don Fernando, rey de romanos y de Ungría, á principios del año de 1558 se entró á acabar sus dias en el monasterio de Yuste de religiosos gérónimos, en la vera de Plasencia.

El rey don Felipe entre tanto quiso hacer paces con Enrique II,

rey de Francia, pero sin fruto, y solo se hicieron treguas por cinco años: duraron poco: tuvo que armarse contra el ejército del papa Paulo IV por disensiones nacidas de equivocaciones y malos cuentos de su sobrino el cardenal Carlos Carrafa, que solicitando al francés con la esperanza del reino de Nápoles, ayudaba á turbar la Italia. El rey don Felipe II pasó á Inglaterra, juntó tropas, y por Flandes se puso á vista de San Quintin en Picardía, plaza fuerte de Francia, dióse una batalla, en que perecieron muchos franceses, y avivando el cerco con su presencia el rey Felipe II fué entrada la plaza en 26 de agosto de 1557. Con lo cual derrotado el francés se vió obligado á retirar las tropas que tenia en Italia al mando del duque de Guisa, y el papa hizo paces con Felipe II.

El año siguiente de 1558 se renovaron las hostilidades en Flandes. El duque de Guisa intentaba con un poderoso ejército hacer todos los estragos que pudiese; el ejército de Felipe II, mandado por el conde de Egmont, salió al opósito, y obligándole á batalla junto á Gravelinas quedó victorioso. Reforzó su ejército el francés, aumentó el suyo el español, pero el papa procuró que se suspendiesen las armas.

El emperador Carlos duró poco tiempo en el retiro de Yuste, pues una enfermedad, sobre el achaque de la gota, mal añojo, le aceleró la muerte, á la cual se previno con la mayor devocion y egemplo de cristiandad, y encomendó su espíritu al Señor en 21 de setiembre de 1558; al cual siguiéron su hermana doña María, reina de Ungría, en Cigales á 18 de octubre, y la reina doña María, esposa del rey don Felipe II, en Lóndres á 17 de noviembre del mismo año.

Si fué muy grande la fortuna de Carlos I en ser dueño de casi la mitad de Europa, y de un nuevo orbe que cada dia se le iba acrecentando por la India occidental, tambien fueron grandes los trabajos que tuvo que sufrir, los cuidados que atropelladamente se sucedian unos á otros, y los altos peligros que tuvo que vencer. El fué superior á todo, á la fortuna, á los trabajos, y á los peligros; y solo no alcanzó á lo que la Providencia suma no permite que alcancen los mayores esfuerzos humanos. Llamábasele á un mismo tiempo por distintas partes las guerras de Italia, las de Flandes, las de lo interior de Alemania, el poder del turco, que tan presto amenazaba á Viena, como á Nápoles, á los dominios que tenia en las costas de Africa y de

España, sin el cuidado de las fronteras de Navarra y los Pirineos, abiertas siempre al francés. A todo acudia, todo lo previa su perspicaz talento.

Los gastos de la guerra le obligaban á juntar muchas veces córtes en España para pedir servicios, pero al mismo tiempo se establecian sábias leyes de justicia y gobierno para España é Indias, cuya conquista, aunque dejada á los esfuerzos de particulares, le hacia velar siempre sobre los desórdenes de los conquistadores. No logró los frutos de ella, pues sembraba para sus descendientes, que los cogieron muy ópimos. Pero en cambio disfrutó la fecundidad de ingenios y literatos, que fueron dignos padres ó teólogos del célebre concilio de Trento, que procuró siempre con vivas ansias, para que la religion pura triunfase de los infernales obstáculos de la avaricia, con pretesto de religion. Esta amó siempre, y por esta acometió los mas fuertes peligros, hasta que la gota y su cansancio le llamaron á emplear tranquilos días interin llegaba la hora de su muerte, triunfando aun hasta de sí mismo.

DON FELIPE II



España, sin el cuidado de los reyes de Navarra y los Príncipes  
 abieros siempre al francés, lo que lo privó su porq  
 cas talentos. Los gastos de la guerra para poder  
 las en España para poder establecer  
 en España á Indias, cuya  
 conquistas, aunque de particular, le hacia  
 velar siempre sobre los conquistadores. No dejó  
 los frutos de ellas, que los co-  
 gieron muy á la ligera, por la in-  
 nios y libertades del noble, para que  
 concilio de Trento, para que la religión  
 la religión, con protestos.  
 con protestos, mas fuertes por el  
 emplear, trasplando las cosas de su muerte, ten-  
 dando un basta de sí mismo, como se ve en el  
 de su vida, como se ve en el



## DON FELIPE II

*décimoquinto rey de Castilla y Leon, cuarto de las Indias;*  
 dió principio á su reinado en 1556, por renuncia de su padre *Cárlos I:*  
 murió en 1598.



**M**UERTO el rey don Cárlos I, y la reina de Inglaterra, tomaron diverso semblante las cosas de Estado, respecto á la paz, que trataba el rey don Felipe II desde Flandes con Francia é Inglaterra. El rey don Felipe, no obstante, queria mejorar los intereses con el matrimonio, que intentaba con

Isabel de Inglaterra, sucesora al trono, sin embargo de estar prometida al príncipe don Cárlos, hijo del rey don Felipe; aceleró los tratados con el rey de Francia, y ajustó la paz con las ventajas siguientes: el rey de Francia dejó la alianza con el turco y príncipes protestantes de Alemania, para unirse con los católicos y favorecer la conclusion del concilio de Trento; restituyó á los genoveses la isla de Córcega, á los toscanos sus plazas, y al duque de Saboya todo

lo que le habia ocupado en el Piamonte, y le dió en matrimonio á madama Margarita. El francés solo recobró del rey don Felipe á Metz, Toul y Verdun, con lo que los franceses, descontentos, murmuraron mucho, diciendo: que por tres plazas habia entregado noventa, que podia defender muy bien.

Durante este ajuste veia el rey don Felipe que la reina de Inglaterra Isabel no estaba muy asegurada en el trono, si no se declaraba contra los católicos, y que no podia sacar buen partido del francés, negándola este aun la restitucion de Cales, que prosiguió en tener ocupada ocho años mas; mudó, pues, de pensamiento; concertó matrimonio con doña Isabel, hija del rey de Francia; condescendió este, y por medio del duque de Alba se celebraron los desposorios en la iglesia mayor de Paris á presencia del rey Enrique, su padre, á 24 de junio de 1559. Hiciéronse muchas fiestas, que acabaron en tristeza, pues el rey Enrique quiso correr dos lanzas, de lo cual, saliendo herido, á pocos dias murió, dejando por sucesor al rey Francisco II su hijo.

Hecho esto disponia el rey don Felipe la partida para España, pero quería dejar los estados de Flandes bien asegurados, así en la religion, como en lo demás del gobierno; sacó bula del papa para repartir en ellos obispos y metropolitanos, y quedando encargada de poner en egecucion este asunto su hermana doña Margarita, duquesa de Parma, á quien dejó por gobernadora, se embarcó para España; llegó al puerto de Laredo á 29 de agosto, desde donde pasó á Valladolid, y fué recibido de todos con mucho regocijo, especialmente de su hijo el príncipe don Carlos y su hermana doña Juana, princesa viuda de Portugal. Poco despues hizo reconocer por hijo del emperador Carlos á don Juan de Austria, habido en una dama alemana, el cual se educaba en poder de Luis Quijada, señor de Villagarcía de Campos, de órden del emperador, y el rey le llevó consigo á Valladolid, y le puso casa y criados conforme á su rango ilústre.

Desde el año antecedente se habian empezado á suscitar en España varias opiniones, que pasando á heregias, se veia precisado el santo oficio á proceder contra semejantes reos. Se hicieron varios autos de fé en Valladolid, y en uno de ellos se halló el rey don Felipe, que habia significado tener voluntad de asistir á él. Los principales cabezas fueron en Castilla el doctor Agustin Cazalla, y otros; y en Sevilla, donde tambien hubo auto, los doctores Gil y Constantino.

Cayó también en sospecha Fr. Bartolomé Carranza arzobispo de Toledo, del órden de Santo Domingo y fué entregada su persona con decoro á la custodia, ínterin se justificaba. pp. el noo, nubro V y lnoT  
 200 El rey don Felipe pasó á tener córtes en Toledo, y estando en ellas tuvo la noticia que partia de Paris su nueva esposa la reina doña Isabel, y habiendo nombrado las personas principales para recibirla en la raya, él la esperó en Guadalajara, y trayéndola á Toledo se efectuó el matrimonio con regocijo y fiestas. Celebróse la jura del príncipe don Carlos, hijo del rey, y prosiguieron las córtes para el arreglo de varios puntos de gobierno. pp. el noo, nubro V y lnoT

201 El corsario turco Dragut habia hecho muchos daños desde Trípoli en las costas de Sicilia y Nápoles. El duque de Medinaceli, virey de Nápoles, con permiso del rey, habia juntado una fuerte armada, auxiliada de Andrea Doria, el maestre de Malta, y otras navés y gente de Italia para tomar á Trípoli y echar de allí á Dragut y sus corsarios; no pudo vencer los vientos y tempestades que le servian de obstáculo y arribó á la isla de Gélyes, sujeta antes á la España, y que tuvo que sujetar de nuevo por la rebeldía del su gobernador Mazahud. Dragut pidió socorro al sultan por medio de Aluchali; vino Piali con muchas galeras, y fué tanto su esfuerzo y poder, que no solamente maltrataron la armada cristiana, sino que Dragut se llevó prisioneros muchos cabos nuestros principales. pp. el noo, nubro V y lnoT

202 Al mismo tiempo los moriscos de Valencia y los de Granada tenían secretas inteligencias con Asan, rey de Argel, hijo de Barbaroja, á quien habian ofrecido facilitar aquellas costas para los daños que quisiesen hacer. Sentido el rey don Felipe del estrago de Dragut, y receloso de estas secretas comunicaciones mandó armar todas cuantas navés se pudieron juntar; y desarmar á los moriscos de Granada y Valencia, quitándoles las espadas y arcabuces. Pero el turco, insolente, con la pasada victoria, echó mas adelante sus miras y armó una poderosa escuadra para tomar á Mazarquivir y á Oran, cuya empresa fué encomendada á Asan, rey de Argel. pp. el noo, nubro V y lnoT

203 Por el mes de marzo del año de 1563 Asan fué por tierra y por mar con mucha gente y navés, y poniendo á un mismo tiempo cerco á Oran y á Mazarquivir, cargó despues la fatiga sobre está última plaza. Resistieron ambas con el mayor esfuerzo por espacio de tres meses los continuos y vivos ataques de los turcos. El conde de Alcaudete don Alfonso de Córdoba defendia á Oran; su hermano

don Martín de Córdoba á Mazarquivir; la guarnición, animada de tan buenos caudillos, sostenía con el mayor vigor el ímpetu de los mahometanos; hubo muertos y heridos de una y otra parte, pero en mucho mayor número de la de éstos. De Cartagena salió, de órden del rey don Felipe, una buena armada en socorro, y á su llegada á la costa de Oran buyó Asán, recogiendo lo que pudo de sus gentes y escuadra. Poco despues don Sancho de Leiva con pocas naves intentó tomar el Peñon de Velez de Gomera, pero se retiró con alguna pérdida de gente; lo cual obligó al año siguiente de 1564 al rey don Felipe á que juntase una poderosa escuadra al mando de don García de Toledo, y á su llegada se entregó con poca resistencia. De aquí resultó que irritado el turco con tanto infeliz suceso, al año siguiente de 1565 juntó todos sus corsarios de Berbería Asán, Dragut, Piali, Aluchali y otros, y los envió á tomar á Malta, donde hicieron muchos estragos y hubieran vencido, si no hubiera socorrido aquella isla el rey don Felipe con sus naves de España é Italia.

En este tiempo ya iban tomando cuerpo las discordias de los estados de Flandes. Habia el rey don Felipe al tiempo de su partida nombrado varios gobernadores de las provincias, no muy contentos con la reparticion de sus suertes, y sujetos á una persona principal, que era doña Margarita, duquesa de Parma, hermana del rey. Establecidos poco despues obispos y metropolitanos se habían comisionado en cada catedral tres canónigos para juzgar de los asuntos de la religion. Algunos flamencos, que estaban infestados del luteranismo, graduaban de inquisidores á aquellos tres comisionados y por consiguiente pensaban melido con otro nombre y otra figura el tribunal de inquisicion tan aborrecido en aquellos estados. Los gobernadores aborrecían al obispo de Arras, que despues se llamó el cardenal Granvela, porque era consejero íntimo de la suprema gobernadora doña Margarita. Los principales resentidos eran el príncipe de Orange, el conde de Egmont y el de Hornos. Aquel, casándose con una sobrina del duque de Sajonia, renunció bien pronto el catolicismo, y con su exemplo ya algunas ciudades se declaraban abiertamente protestantes.

Habiase concluido el concilio de Trento á fines del año de 1563; y en 21 de julio del siguiente de 1564 mandó el rey don Felipe que se observasen sus decretos en todos sus dominios, para lo cual rogó á todos los metropolitanos juntasen concilios particulares para inti-

mar su observancia. Los flamencos se descontentaron mas con el mandato de que se publicase allí el concilio de Trento, pretestando que se les queria meter allí el tribunal de inquisicion, y pidiendo libertad en la religion. Hubo varias representaciones al rey don Felipe sobre la suspension de él, pero este con ánimo constante mandó que se publicase su observancia. Exasperáronse los ánimos; buscaron la libertad: levantáronse algunas ciudades; siguieron otras su egeemplo. El rey don Felipe juzgó oportuno sujetarlas por las armas. Envió al duque de Alba; este hizo derramar mucha sangre, así á mano del verdugo, como al filo de la espada y fuego de los arcabuces. Túvose por victorioso; pero quedó en su terquedad la heregía.

La varia alternativa de tan funestos sucesos es muy largá de contar y se halla con estension en los historiadores de aquel tiempo: breve y elegantísimamente los refiere el bachiller Antonio de Fuenmayor, tambien coetáneo en la vida y hechos de san Pio V, lib. III, hácia el fin (1). El mismo autor describe en el libro IV con la misma brevedad y elegancia la guerra contra los moriscos de Granada, habiendo disfrutado la obra del célebre don Diego Hurtado de Mendoza, escrita con mas estension y mas elocuente estilo (2), que andaba aun en tiempo que escribia Fuenmayor. Nosotros apuntaremos los hechos mas principales de ella.

Estaban resentidos los moriscos de que se les hubiesen quitado las armas; aborrecian la religion cristiana, como que solo cumplian con ella en la apariencia, mas en lo interior eran mahometanos y circuncisos; proseguian en sus fiestas de costumbre en bodas, baños y juntas; pasaban muchos sus hijos á la Africa á que se educasen en sus ritos, y asegurarse en ellos una retirada; habia entre ellos quien robase niños y los vendiese á los turcos, y aun en los lugares montuosos habia cuadrillas de saltadores, que llamaban monfies. El arzobispo de Granada pedia remedio á don Felipe II para que se enmendasen tantos abusos y delitos. Mandó el rey que no tuviesen junta ninguna con pretesto de fiestas, que no usasen del hábito morisco, ni de su language, ni de baños, y que no cerrasen sus puertas y ventanas sino á horas regulares, y para que sirviese de algun freno á los malhechores la esperanza del asilo, se les negó este, así

(1) Pág. 156 de la edicion de Valencia por Benito Monfort año de 1773.

(2) El mismo impresor hizo una edicion de esta obra en 1776.

en las iglesias dentro de tres dias, como en los castillos y lugares de señores. Encargó la egecucion de lo mandado á la chancillería, y al marqués de Mondejar, que era capitan general de la costa dióle tropa para la guarda de ella, y seguridad del reino. Hubo competencias de jurisdiccion entre estos magistrados, y no habia aquella actividad uniforme que era menester. Creció el resentimiento de los moriscos, y representaron los inconvenientes; mandóse llevar todo á debido efecto, y vengativos los moriscos, resolvieron abiertamente la rebelion, confiados en su valor, en lo fragoso de la tierra, y en el auxilio de los berberiscos, año de 1567.

Casi dos años se detuvieron en trazar los medios y modos de sostener la rebelion. Don Fernando de Valor el Zaguer, morisco de calidad, les aconsejó que eligiesen un rey; fué aclamado secretamente en el Albaycin por tal su sobrino don Fernando Valor, el cual trocó este nombre en el de Muhamet Abenhumeya; para manifestar su clara descendencia de antiguos reyes de Granada y Córdoba.

Nombró este varios cabos y oficiales para su servicio, y juntar la gente de las Alpujarras contratada de tomar las armas á los avisos correspondientes: á su tio Abenxauat, que habia dejado el nombre de Fernando Valor, dió el titulo de general de las armas, y por alguacil mayor nombró á Farax Abenfarax. Este alborotó sin tiempo oportuno las gentes de algunos lugares cercanos á Granada, y aunque hizo una entrada de fiestas, como por aviso en el Albaycin, no le correspondieron los suyos. Fuese á la Alpujarra mintiendo á los suyos que ya estaba Granada por ellos, Abenhumeya pasó á Beznar á aguardar las resultas; empezaron á levantarse algunos pueblos de la Alpujarra, eran los dias de natiuidad de 1568, y el reyezuelo morisco mandó que fuesen por los contornos y robasen, matasen, y no perdonasen nada á los cristianos ó á quienes no se declarasen por la ley del Alcoran. Hubo muchos estragos de templos y altares, y crueles muertes de cristianos, que para ellos fueron martirios.

El marqués de Mondejar armó su gente, envió á pedir la que pudiesen juntar los pueblos fieles de los contornos. Llamó á sus amigos, convidó á los soldados retirados ya ú ociosos. El presidente de la chancillería hizo lo mismo con el marqués de los Velez que estaba en Murcia, desde donde movió al instante con su gente. Diéronse por unos y otros buenas disposiciones, cada uno peleaba por

sí, el de los Velez por el rio de Almería, el de Mondejar por donde se hacia fuerte Abenhumeya, que proseguia su empresa rindiendo pueblos y matando gentes. Por disposicion del marqués de Mondejar quedó en Granada por su teniente el conde de Tendilla con que proveia á la seguridad del Albaycin, y enviaba socorros y víveres á los ejércitos de los marqueses. El de Mondejar iba ganando pasos y lugares, no sin peligro y alguna pérdida de hombres; pues era grande la resistencia de algunos tercios de moriscos por esta parte del Alpujarra, pero vencidos los primeros pasos, puso terror hasta al mismo Zaguer, que viéndose sin esperanza de socorro de la parte de Africa, y el triste fin que podria tener el suceso, trató de reducir á los suyos, con tal que el marqués de Mondejar les asegurase en nombre del rey el perdon. Lo mismo quiso hacer Abenhumeya, pero ambos entraron en sospecha y se retiraron de su pretension. Entre tanto muchos se rendian y entregaban, quedando muy pocos á quien obligar con las armas. Abenhumeya y su tio el Zaguer estuvieron en peligro de ser presos varias veces por disposicion de ambos marqueses; lo cual, si se hubiera logrado, hubiera dado fin á esta guerra.

Estaba en aquella sazón el ejército de España ocupado en Flandes y en Italia; no habia quedado casi tropa, la que fué á Granada era por la mayor parte aventurera, compuesta de gentes que solo habian ido con la esperanza del saco y del despojo; por coger la presa usaban los soldados de mas hostil licencia que la humanidad permite, y con sus atrocidades aumentaban los estragos de la guerra. Esto se achacaba á los generales; habia partidos, unos por el marqués de los Velez, y de este era el presidente de la Chancillería, otros por el de Mondejar, sostenido en Granada por su hijo el conde de Tendilla.

Entre los mismos generales habia cierta emulacion, heredada en la familia desde muy antiguos tiempos; no parecian bien á uno las acciones del otro, y caminando á un mismo fin, parece que querian ençontrarse en las operaciones; se murmuraba entre los partidarios, y las cosas puestas en lenguas se abultaban y se execraban; asi llegaban á oídos del rey, y en la corte cada uno tenia su apoyo. Don Felipe II no partió de ligero, y le pareció tomar un buen acuerdo; envió á su hermano don Juan de Austria, á cuya direccion y mando acabasen la empresa, y aunque el rey don Felipe no

juzgó necesaria su presencia, pasó despues á celebrar córtes á Córdoba para dar de cerca nuevas disposiciones y socorros, y se detuvo algunos meses en varias ciudades de Andalucía, estando á la mira.

Entre tanto, socorrido Abenhumeya de la parte de Argel con turcos y berberiscos, recobró el ánimo, recogió gente, y hallándose con diez mil hombres en Uxijar, fué á combatir al marqués de los Velez, que estaba con poca tropa en Verja; mas no salió bien de la empresa, siendo ahuyentado con bastante pérdida.

El comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens habia traído refuerzos de Italia, con cuyo auxilio el corregidor de Málaga tomó el peñon de Frigiliana. Don Juan de Austria para que la ciudad de Granada estuviese mas segura sacó los moriscos del Albaycin, y los repartió en Andalucía.

Todo el anhelo de Abenhumeya era ganar algun lugar de la costa para que le sirviese de puerto, y poder atraer mas segura la gente de Berbería que solicitaba; hizo varias tentativas, pero de todas salió descalabrado. Los suyos, ya no contentos con él trazaron su muerte; y se la dieron, sorprendiéndole en Lanjaron, fué nombrado sucesor Abenaboo, con el nombre y título de Muley Abdala, rey de los andaluces, repartió los cargos en nuevos oficiales, y señaló á cada uno los sitios de su defensa y conquista. La primera que intentó hacer fué la de Orgiva, su cerco fué muy pesado; pero tuvo que abandonarlo con la noticia de que el duque de Sesa venia en su socorro, salió á encontrarle, y peleó con tanto valor que se dudó quién se retirase victorioso.

Seguian los capitanes de Muley haciendo hostilidades en algunos lugares, y los cristianos procuraban rechazarlos, pero se adelantaba poco en la reduccion de unos y otros. Don Juan de Austria, viendo esta lentitud, determinó salir en persona á campaña á fines del año de 1569, y tomando á Gúejar por medio del duque de Sesa, se abrió camino para pasar adelante sin estorbo. Poco despues, prevenido su ejército, dirigió su marcha hacia Galera, puso sitio á esta plaza; fué mucha la resistencia de los moros, y mayor el trabajo de los cristianos en ganarla, quedaron muchos muertos de una y otra parte; y á este estrago se añadió el de pasar á cuchillo en despique á sus habitantes y asolar la plaza. No esperimentó don Juan de Austria mas feliz suceso en el cerco de Soron; fué rechazado, pero volviendo con vigor se apoderó de la villa: pasó á Fijola y los mo-

riscos, amedrentados, la desampararon, con lo cual la ocupó, y halló mucho despojo.

Pocas mas hostilidades hizo por aquellos contornos, esperando la reduccion por medio de un morisco principal, llamado Abaqui, que se ofreció á ello; á cuyo fin tambien el rey publicó un edicto, llamándolos á la union, y ofreciendo perdon á los voluntarios que se redugesen ó hiciesen reducir á otros. Con el mismo lento paso caminaba en la Alpujarra contra Muley el duque de Sesa, pero no dejando de hacer daños y padecerlos aun despues que supo este que se trataba de la reduccion. Vino esta á efecto de rendir la obediencia el morisco Abaqui al rey en manos de don Juan de Austria, y en nombre de Muley ó Abenaboo y todos los moriscos. Don Juan de Austria señaló varias personas principales ante quienes debian presentarse, y de quienes deberian recibir las órdenes y salvoconducto, ó custodia para salir del reino de Granada, é ir á habitar á otros lugares. En este tiempo recibe aviso de Argel Abenaboo, de que el turco va á socorrerle poderosamente, y en esta confianza muda de dictámen, prende á el Abaqui, y dále muerte.

Este suceso removi6 otra vez los moriscos de varios lugares, que aun no se habian reducido; por lo cual, viendo el rey don Felipe que se tardaba tanto en sujetarlos, mandó que don Juan de Austria y el duque de Sesa formasen de nuevo sus ejércitos, y entrasen á sangre y fuego con los moriscos rebeldes; de aquí todo fué correrías, talas y muertes. Los moriscos se retiraban á las cuevas de las montañas; perseguíanlos hasta ellas, y dándolas fuego, ó eran sufocados del humo, ó se entregaban.

Entre tanto que esto sucedia, muchos moriscos pasaban voluntarios á entregarse á los comisionados recibidores, y estos reducian á los que podian, ya de grado, y ya aprehendiéndolos en los lugares, sierras y cuevas, donde se ocultaban. Era grande ya el número de ellos, y así envió el rey orden de que se sacasen del reino de Granada, y se distribuyesen tierra adentro en varias partes de los pueblos comarcanos; con lo cual y las continuas correrías y matanza sobre ellos, quedaron muy pocos que sujetar; don Juan de Austria, licenciada gran parte del ejército, y dejando las órdenes convenientes para acabar con ellos, se partió á Madrid por el mes de noviembre de aquel año. Solo quedaba que destruir ó vencer á Abenaboo, que como se titulaba rey, podia aun conmovier mas aquellos restos

de moriscos, que estaban escondidos en las sierras y cuevas; y como siempre al lado de los tiranos hay traidores, uno de sus principales confidentes, llamado Gonzalo el Jeniz, habiendo tratado antes la seguridad de su vida con el presidente de Granada y el duque de Arcos, se lo entregó muerto, y con este suceso quedó finalizada esta sangrienta rebelion á principios del año de 1571.

Volviendo atrás á tomar el hilo de la historia desde el año de 1567, en que empezó la rebelion de los moriscos, daremos razon de algunas cosas que pasaron entre tanto en el palacio real. El príncipe don Carlos se hallaba en edad de 23 años, y deseaba ir á Flandes con algun cargo; su padre el rey habia conocido su genio altivo, y le sujetaba bastante; pero el príncipe no pudo menos de prorumpir en ira, cuando vió destinado á la empresa de Flandes al duque de Alba, y salió tan fuera de sí, que mandando al duque de Alba, que no tomase aquel cargo y se lo dejase á él, le embistió con un puñal, porque dijo que obedecia al rey. Su padre le puso como preso en un cuarto de palacio, por cuya causa el príncipe se irritaba tanto, que padecia ardientes enfermedades, y aun algunas veces salia fuera de tino, estas le acarrearón la muerte, sucedida á 24 de julio de 1568. Fué depositado en santo Domingo el real de Madrid. Por algunas de estas circunstancias tomaron pretesto los hereges, que querian acriminar la conducta del rey, para fingir, que al ver el rey que su hijo no estaba seguro en la religion católica, que tenia tratos secretos con los protestantes, que aun recelaba por él de su esposa, y otras calumnias, le oprimió el rey, y que con un veneno apresuró su muerte. Pero estas son novelas de estrangeros, y hombres desnudos de religion, capaces de intentar hacer creer, que un padre no sea padre, y se despoje no solo de la humanidad, sino del amor mas poderoso que ella, como es el paternal. La mayor prueba de la falsedad del modo de su muerte es, que las atroces enfermedades y locuras que padecia el príncipe, eran los mayores tósigos contra su vida.

En el mes de octubre de este mismo año murió de malparto la reina doña Isabel; fué depositada en las descalzas reales de Madrid. Dejó dos infantas, una llamada doña Isabel, Clara, Eugenia nacida en 1566, y otra doña Catalina, Micaela, nacida en 1567. A los dos años de viudo casó el rey con doña Ana de Austria, hija del emperador Maximiliano II, y de doña María de Austria, hija del em-

perador Carlos V., conducida desde Alemania por Flandes, y el mar á Santander, celebróse el matrimonio en Segovia en el mes de noviembre de 1570 con mucha pompa y fiestas.

Siguiendo ahora los sucesos desde el año de 1571, lo primero que ocurre es la famosa expedición contra el turco, y la batalla feliz, dada sobre el golfo de Lepanto. El turco Selim, después de haber hecho varios estragos por las costas de los dominios que poseían los príncipes cristianos en el Mediterráneo, saltó en Chipre, y se iba apoderando de aquella isla, propia entonces de los venecianos. Estos rogaron al papa Pio V que les auxiliase con su armada ó con algunos socorros de otros príncipes católicos con quienes mediase. Pio V intercedió con el rey don Felipe, y este mandando juntar una fuerte armada en Barcelona, envió por general de ella á su hermano don Juan de Austria. Salió este de aquel puerto á 20 de julio de aquel año; después de haber tocado en Génova, llegó á Nápoles á 14 de agosto. Allí recibió el baston y estandarte benditos por el papa, que llamaron de la liga, por componerse toda la armada de galeras de venecianos, del papa y demás príncipes de Italia, y de las de España. De aquí partió á Mecina, centro de reunion de toda la escuadra, donde le estaban esperando con la suya Sebastian Venieri, general de los venecianos, y Marco Antonio Colona, general del papa.

En 15 de setiembre salió de Mecina la armada, compuesta de 208 galeras y otros vasos con ánimo de dar la batalla á la del turco, donde quiera que se la encontrase; pues él, noticioso de tanto apresto naval, se habia preparado para salir al encuentro con 285 naves bien armadas: no fué muy próspero el viento á los nuestros, y así no avistaron la armada turca hasta el 7 de octubre hácia la isla de santa Maura: previniéronse una y otra á la batalla, embistiéronse con valor, llevando el centro de nuestra parte don Juan de Austria, y de la parte turca el general Alí. Las capitanas de estos dos generales llegaron las proas; aferráronse; saltaron los unos en la de los otros: hubo mucha mortandad; los cautivos cristianos, en viendo la ocasion, se volvian contra los turcos y se pasaban á nuestra banda: al fin hubo mucho destrozo; fué preso Alí, y su cabeza cortada puesta en un palo. Los turcos muertos fueron treinta mil los presos tres mil y quinientos, con siete mil esclavos; los cristianos libertados mas de quince mil, muchas galeras tomadas ó sumergidas; de los nuestros sola hubo quince mil heridos y siete mil

muerdos. Cantóse victoria, y se retiraron los nuestros con los del papa á Mecina. Marco Antonio Colona entró triunfante en Roma, celebróse la victoria con solemnidad eclesiástica en santa Maria la Mayor, y dijo la oracion latina de gracias el elocuente Marco Antonio Mureto. La memoria de tan feliz suceso, con el nombre del triunfo ó batalla de Lepanto, quedó despues consagrada en la Iglesia en la primera dominica de octubre de todos los años.

Despues de esta victoria, avivaba Pio V otra espedicion, y aunque murió en primero de mayo de 1572 continuó en promoverla su sucesor Gregorio XIII. En efecto se unieron otra vez las escuadras veneciana y del papa primeramente, y despues la de don Juan de Austria, habiendo tardado este en hacerlo por esperar orden de su hermano el rey don Felipe, á quien daba mas cuidado entonces Flandes que los turcos, pues estos huian los encuentros, y así resultó que no pudiendo adelantar nada la armada cristiana, se retiró de la empresa; á lo cual se siguió que los venecianos hicieron paces con el turco sin dar parte á los coligados.

En el año de 1573, hallándose don Juan de Austria con la armada española bien reforzada, tuvo orden de su hermano de que fuese á restaurar á Tunez, y demoler aquella ciudad para librarse de los cuidados de su rebelion, pero don Juan luego que llegó allá y la ocupó, pensó de otra manera. Su secretario Juan de Soto, y despues Juan de Escobedo le aconsejaron se hiciese rey de Tunez, y con esta lisonjera esperanza, en lugar de destruirla, mandó fortificarla, y echó rogadores al papa y al rey don Felipe para que se le titulase rey de Tunez. Sintiólo mucho su hermano, y le envió orden que pasase á Italia.

El turco para recobrar á Tunez, y conquistar la goleta, envió en el año de 1574 á Aluchali con una poderosa armada, y con tan superiores fuerzas se apoderó de estas plazas por mas resistencia que hicieron los españoles, y sin embargo de los refuerzos que don Juan de Austria procuraba enviar desde Italia. El rey don Felipe, á vista de esto, creyendo que peligraban las demas fortalezas de Africa procuró que se reforzase Oran y Mazarquivir por medio del príncipe Vespasiano Gonzaga que llevó gente escogida, y arregló con ella sus defensas.

Don Juan de Austria se restituyó á Madrid de orden de su hermano, á quien le pidió ser general de Italia. Concedióselo y partió

á Nápoles. Murió por entonces don Luis de Requesens, gobernador de los estados de Flandes, que habia sucedido al duque de Alba; fué nombrado sucesor don Juan de Austria. Este envió á España á su secretario Juan de Escobedo para que facilitase por medio da Antonio Perez, secretario del rey, varias providencias de dinero para ir á Flandes: tardábase Escobedo, y don Juan de Austria vino á Madrid á hacer por sí las diligencias. Consiguió lo que pretendia y llevó órden de su hermano de acceder á todas las prudentes pretensiones de los flamencos, escepto la libertad de conciencia, año de 1576.

Por espacio de dos años poco menos estuvo don Juan de Austria empleado en procurar reducir á aquellos estados, y casi sin fruto le cogió la muerte en el mes de octubre de 1578. En este mismo año sucedió la memorable batalla del rey don Sebastian de Portugal junto al rio Luco, cerca de Alcazarquivir, contra el Jerife Muley, en que perdió el ejército y la vida. Por su muerte subió al trono su tio el cardenal Enrique, en competencia del rey don Felipe II, tambien tio del rey don Sebastian y la duquesa de Berganza, tambien tia.

El rey don Enrique juntó córtes, y nombró jurisconsultos para examinar el sucesor de mejor derecho á la corona de Portugal. El rey don Felipe previa que la razon andaria ofuscada entre tantos votos, y mas oponiéndose á él Inglaterra y Francia; y así se previno de un poderoso ejército de mar y tierra, esperando las resultas. Muere á esta sazón el cardenal rey Enrique en 31 de enero de 1580. Parte el rey don Felipe á la frontera de Portugal, espera en Badajoz el ejército que habia mandado al duque de Alba que condujese; y reune toda la escuadra en el puerto de santa María para que subiese las costas de Portugal. Entrégansele algunas plazas de la frontera; con cuya noticia don Antonio, prior de Ocrato, pretendiente tambien á la corona de Portugal, pero escluido por bastardo, se hace aclamar rey.

Entrase el duque de Alba en Portugal con su ejército, dirigiéndose hácia Lisboa, y casi no halla resistencia; por la mar venia costeando con la armada el marqués de Santa Cruz, y se le rendian igualmente las principales plazas; desembarca al fin su gente, y juntas todas las tropas, iban sujetando y rindiendo. El pretendido rey don Antonio quiso hacerse fuerte á la otra parte del rio Alcántara, cerca de la torre de Belen, para impedir el paso á Lisboa.

Dióse una batalla; los castellanos ganaron el puente: huyó don Antonio, entraron en Lisboa, y fué reconocido por rey don Felipe II.

Buscó asilo don Antonio en Oporto, el duque de Alba envió en su alcance á don Sancho de Avila, y de tal manera le apretaron, que desamparándole su gente, se le obligó á desaparecer. Entró en Portugal el rey don Felipe II, aclamáronle en muchas partes, juntó córtés en Tomar, juráronle por rey de Portugal, hicieronle muchas fiestas, y quedó dueño de aquel reino, á principios del año de 1581.

La reina doña Ana habia dado á luz en 1571 un príncipe, llamado Fernando, que murió en 1578: en el año de 1573 parió al infante don Carlos Lorenzo, que murió antes que el otro en 1575. En este mismo año le nació el infante don Diego, el cual, muertos los otros, fué jurado príncipe en las córtés de Tomar, pero murió en 1582; solo sobrevivió don Felipe, nacido en 1578 que muerto aquel, fué jurado príncipe en Lisboa en 1583, en Madrid en 1584, y sucesivamente en otras partes del reino. La reina madre de todos estos, murió en 1580, dejando tambien una infanta, llamada María, que habia nacido en el mismo año. Todos estos y demás de su familia, desde su abuela, fueron trasladados y sepultados en el panteon real, fundado por este rey en el Escorial con este fin.

El pretendido rey don Antonio habia ido á sostener su partido á las islas Terceras, y no habiendo librado bien en la primera empresa, pasó á Francia, y recibiendo tropa y bageles de allá, vino con nuevos ánimos á enmendar lo perdido. Resistióle el marqués de Santa Cruz con una buena escuadra, tomó este muchas plazas del partido de aquel en una isla de las Terceras, y obligó á que los franceses desamparasen á don Antonio.

El rey don Felipe II, dejando por gobernador de Portugal al archiduque Alberto, su sobrino, se restituyó á Madrid, despues de la jura del príncipe don Felipe, como ya hemos insinuado; y se celebró el matrimonio de su hija la infanta doña Catalina con el duque de Saboya en 1585.

Los estados de Flandes rebeldes, pidieron auxilio á la reina Isabel de Inglaterra, y envió en su socorro al conde de Leycestre con tropas. Al mismo tiempo mandó al general Francisco Draque, corriese el Océano, é interceptase las naves españolas que viniesen de América, ó hiciese en sus dominios los daños que pudiese; de paso

hizo algunos estragos en las costas de Galicia, en Canarias, y después en la isla de Santiago en el Cabo Verde. De allí torció hácia la América, entró y saqueó los puertos de santo Domingo, Cartagena y otros, año de 1586. En el siguiente de 1587 vino el Draque con una grande escuadra sobre Cádiz, intentó hacer un desembarco, pero la buena diligencia de su corregidor impidió que pasasen adelante sus intentos, y se vió precisado á retirarse.

Molestado el rey don Felipe de todas estas correrías, y deseando vengar los agravios que los ingleses le habían hecho, ya socorriendo á los partidarios portugueses de don Antonio, y ya á los flamencos, determinó ir con poderosa armada sobre Inglaterra. Junta esta en Lisboa salió á últimos de mayo de 1588, dirigiéndose al canal de Inglaterra. Los ingleses se habían prevenido muy bien de bageles y gente, y además tenían la ventaja de la situación. Los nuestros encontraron los vientos y mareas contrarias, y llevaban menos ligeras naves. Trabóse con valor de una y otra parte la batalla, hubo varios choques, pero rara vez salían bien de ellos los nuestros. El Draque, uno de los generales, hizo mucho daño con los *brulotes* ó navíos de fuego, que él inventó, con asombro de todos. Al fin se retiró nuestra armada muy desbaratada.

El año siguiente de 1589 el pretendido rey don Antonio pudo conseguir de la reina de Inglaterra una grande armada, con la cual se puso enfrente de Lisboa, después de haber saltado en Peniche, y héchose proclamar rey. Hizo nuevo desembarco, tomó algunos arrabales de Lisboa, hubo algunas escaramuzas, no consiguió cosa de provecho, y se retiró con la armada á Inglaterra.

Calmaron un poco estas cosas, pero el rey don Felipe se halló metido en otra empresa contra la Francia. El rey de ella don Enrique III destinaba por sucesor al reino al príncipe de Bearne, Enrique de Borbon, mezclado en el calvinismo, que mucho tiempo había dado que hacer á la Francia. El papa solicitó una liga con el rey católico, con el duque de Saboya y otros descontentos de la Francia, para oponerse á que sucediese al trono Enrique de Borbon. Poco tuvo que hacer esta union al principio, pues Enrique III fué asesinado de un traidor. Mas luego que, muerto el rey, tomó las armas Enrique de Borbon, llamado IV, para abrirse camino al trono hubo muchas crueldades y muertes; cuya descripción horrosa aquí omitimos, dejándola á los historiadores franceses, que

no dejaron de abultar los hechos contra el ejército del rey católico.

En tanto que esto pasaba sucedió un alboroto en Zaragoza por libertar á Antonio Perez, secretario que habia sido del rey, y habia huido hasta allá desde la cárcel de Madrid, donde se le habia sustanciado la causa de haber sido muerto por instigacion suya el secretario del rey Juan Escobedo. A esta conmocion se siguió el quitar en Aragon las justicias mayores, y reformar muchos de sus fueros, que favorecian la independencia.

Tambien en Madrigal se prendió á Gabriel Espinosa, pastelero, que se fingia el rey don Sebastian, habiéndose castigado algunos años antes, otros que quisieron fingirse lo mismo; lo peor es que encontraban crédulos que le reconocian por tal, sabiéndose de cierto que desde Fez se habia traído á sepultar á Lisboa el cadáver del rey don Sebastian. Mucho dió que hacer Gabriel Espinosa por la destreza en el fingir, pero pagó su falsedad en un cadalso.

La reina Isabel de Inglaterra de tiempo en tiempo armaba escuadras para robar las flotas de los españoles, y quebrantar de este modo el poder y riqueza del rey. En el año de 1596, envió otra expedicion que tentase saquear todos los puertos de las costas de España por el mar Occéano: en donde menos dificultad hallaron los enemigos fué en Cádiz; hubo varios sucesos prósperos y adversos; al fin saquearon esta ciudad, y se volvieron ricos de despojos á Inglaterra. El rey don Felipe para recompensar estos daños envió otra armada gruesa á las costas Británicas, pero contrastada de los vientos á vista de Viana del Miño se perdieron cuarenta navíos y pereció mucha gente. Casi igual suceso esperimentó otra escuadra, que con el mismo fin armó en el año siguiente de 1597.

En este mismo año, y á principios del de 1598, trató de casar al príncipe don Felipe, su hijo, con la archiduquesa doña Margarita, hija del emperador de Alemania, y á su hija la infanta doña Clara Eugenia con el archiduque Alberto; y envió á Verbin sus embajadores para tratar las paces con el rey de Francia.

En medio de estas negociaciones se agravaron al rey don Felipe II sus achaques, especialmente el de la gota, que le quitó la vida en 13 de setiembre del mismo año de 1598, á los 71 años de su edad, y 42 de reinado. Murió en el Escorial, donde está sepultado.



### DON FELIPE III

*décimosexto rey de Castilla y Leon, cuarto de las Indias;  
empezó á reinar en 1598, murió en 1621.*



**S**ubió al trono el rey don Felipe III en el mismo día 13 de setiembre de 1598, de edad de 20 años, joven, pero bien instruido de su padre, ya en los negocios del despacho, á que le habia introducido dos años antes: formando una junta de estado para esto, ya de los peculiares consejos, que en varias ocasiones le habia dado, así para el gobierno de su reino y administracion de justicia, como para tomar consejo de hombres sábios, y elegir ministros de satisfaccion. Los del voto de su padre eran don Cristobal de Moura, marqués de Castel-Rodrigo, camarero mayor del nuevo rey, y el ar-

zobispo de Toledo don García de Loaysa que habia sido su maestro; pero el nuevo monarca dió mas grato oído á don Francisco Gómez de Sandoval, su caballero mayor, marqués de Denia y duque de Lerma, á quien hizo su primer ministro y gran privado, estimado mucho de antemano y despues tratado como amigo.

Pocos dias antes se habian publicado en Madrid las paces con el rey de Francia, pero no habian cesado las hostilidades de Flandes, donde el almirante don Francisco de Mendoza sostenia la reputacion de las armas españolas, rindiendo varias plazas; y en Oran el conde de Alcaudate don Francisco de Córdoba y sus sucesores escarmentaban á los moros de las contiúas embestidas que hacian.

Las repetidas guerras que tuvieron que mantener sus dos predecesores Carlos V y Felipe II habian consumido las inmensas riquezas de España é Indias, y dejado exhausto el real erario; por lo cual se vió precisado el nuevo rey á pedir á los reinos de Castilla algunos servicios de dinero, los cuales, no bastando despues, fueron causa de sellar la moneda con mas valor del que tenia.

El comercio andaba muy débil, y los comerciantes hacian muchas quiebras. Atribuíase al lujo, á la mucha plata labrada que habia entre los grandes é iglesias; de cuyas dos manos en la una quedaba estancada y en la otra duraba poco; porque hacian mucha extraccion de ella á los reinos estrangeros. Quiso el rey evitar este mal prohibiendo fabricarla y estraerla, en adelante, para lo cual mandó antes, que todos presentasen su inventario y quedóse registrada: pero mezcladas las iglesias y monasterios en este punto se originaron escrúpulos y quedó la cosa sin acabar. Habia aumentado el rey la familia y esplendidez de su real casa, y dado muchas pensiones con que se aumentaron los gastos.

Los obsequios y fiestas que habia recibido en Ferrara la reina doña Margarita al celebrar sus desposorios en aquella ciudad, y los de su hermano el archiduque con las bendiciones del papa Clemente VIII, y por medio de sus correspondientes apoderados, habian sido magníficos, prosiguiendo en serlo por todas las ciudades de Italia y puertos de Génova y Francia por donde pasaban; era menester competirlos ó escederlos, y eran precisos nuevos empeños.

Empezaron estos con los festejos desde la llegada á los Alfaques y puertos de Vinaroz en Valencia á 21 de marzo de 1599, y en esta ciudad fueron celebrados con rica pompa y gentil aparato, así por el

rey como por los grandes y la ciudad, sobresaliendo entre estos el duque de Lerma.

Concluidas las bodas en Valencia pasaron los reyes á Barcelona á fin de que desde allí se embarcasen para el imperio los otros esposos, que eran la infanta doña Isabel y el archiduque Alberto, á quienes despidieron en 7 de junio bien regalados. Con esta ocasion tuvo el rey córtés en que pidió servicios de dinero á los catalanes, que le otorgaron gustosos. De allí partió con su esposa á Zaragoza, donde antes de entrar hizo dar sepultura á las cabezas espuestas al público sobre las puertas, por el castigo egecutado en tiempo de las revoluciones sucedidas por causa de Antonio Perez, y borrar los padrones esculpidos de sus delitos. Visitaron las iglesias y edificios principales, fueron obsequiados con el mayor afecto, y saliendo de aquella ciudad á 22 de setiembre del mismo año, se vinieron á descansar á Madrid.

A los cinco meses de estar en esta villa se mudó la córte y tribunales á Valladolid donde á 22 de setiembre de 1601 les nació la infanta doña Ana Mauricia. En el espacio de cinco años que allí estuvieron, nacieron la infanta doña María año de 1603, que murió pronto, y el príncipe don Felipe en 8 de abril de 1605, que después sucedió en el reino con nombre de IV.

Entre tanto que todas estas cosas pasaban, no se descuidaba el rey en sostener la reputacion de sus armas en todo el orbe. Los ingleses como enemigos infestaban nuestros mares con sus piraterias, y el rey don Felipe armaba de tiempo en tiempo sus escuadras para castigarlos ó amparar las flotas que tanto codiciaban. La espedicion que en el año de 1599 mandó hacer á don Martin de Padilla, adelantado mayor de Castilla, no tuvo buen efecto por los vientos contrarios. Tampoco tuvo tan buenos sucesos el almirante Mendoza en Flandes, como despues el marqués de Espinola, que ganó á Ostende, plaza importante, pero que costó á los nuestros cuarenta mil hombres y á los enemigos setenta mil (1). Los holandeses no solo ganaban amigos en la India Oriental, sino que aumentaban establecimientos, y hacian todo el daño que podian contra nosotros, sin embargo de haberles salido mal una espedicion que armaron contra las islas Canarias y otras hostilidades que hacian en el Oriente. El marqués de Santa Cruz fué mas feliz, así contra los ingleses, como contra los turcos en las costas

(1) Bernabe de Vivanco historia Ms. de Felipe III.

de Africa y mares de Turquía: hacíanse nuevos progresos en la India Oriental por los portugueses y castellanos: en la América, en las provincias de Chile hubo varios sucesos en la invasion de los rebeldes araucanos; pero al fin fueron vencidos. En esta guerra se halló doña Catalina de Arauso, natural de San Sebastian de Vizcaya, disfrazada de soldado con el nombre de Pedro de Oribe, que llegó á ser alferéz del capitán Alfonso Rodriguez. Poco despues se hizo la total conquista del nuevo Méjico, empezada en tiempo de Felipe II, y la embajada y regalos que envió el rey don Felipe III al de Persia, sirvió de que este entretuviese al turco con sus hostilidades, é impidiese que acometiera los dominios españoles con todas sus fuerzas.

Habiendo muerto la reina de Inglaterra doña Isabel en el año de 1603, subió al trono el rey de Escocia Jacobo Estuardo, como pariente mas cercano; este deseó tener paces con el rey de España, el cual condescendiendo á tan loables deseos envió para contratarlas al condestable de Castilla y Leon don Juan de Velasco, duque de Frias. Incluyéronse en ellas tambien los archiduques de Austria, y se firmaron en Londres en el año 1604, y en Valladolid en el siguiente de 1605. En estas despues de una amistad perpétua se atendió mucho á la seguridad y aumento del comercio así de España; como de Indias, de una nacion y de otra, del rey don Felipe III, y del archiduque Alberto, gobernador de Flandes ya absoluto, por haber llevado estos estados en dote la infanta doña Isabel, aunque con devolución á la corona á falta de hijos varones (1).

El arzobispo de Valencia don Juan de Ribera, habia hecho una representacion al rey don Felipe, disuadiéndole la paz, y animándole á la guerra, como contra enemigo de la fé católica; pero el rey prefirió aquella, y aun en algunos capitulos acordó que en España no se molestase á los vasallos ingleses en puntos de religion, si no daban escándalo, y que se castigasen las violencias y delitos que se cometiesen durante la paz sin perjuicio de ella.

En medio de los frutos de la paz, iba cogiendo el rey don Felipe III los de bendicion. En 18 de agosto de 1606 nació la infanta doña María en el Escorial, y en Madrid en 5 de setiembre de 1607 el infante don Carlos. A principios del año de 1608 fué jurado el príncipe don Felipe á los tres años de edad; en cuyas córtes le fué acordado un servicio de diez y siete millones y medio para las ur-

(1) Bernabe de Vivanco citado. Tratados de paz.

gencias de la corona; donativo que tuvo principio en el reinado del padre, y fué creciendo en el reinado del hijo. En 17 de mayo de 1609 dió á luz la reina al infante don Fernando, en san Lorenzo, y á 24 de mayo de 1610 en Lerma á la infanta doña Margarita á cuyas felicidades se agregó la tregua con los holandeses, asentada por espacio de 12 años, firmada por el archiduque Alberto, gobernador de Flandes en nombre del rey Felipe, con mas provecho suyo y de los garantes los reyes de Francia é Inglaterra, que nuestro, pues quedaron declaradas libres las provincias unidas (1).

En 1611 á 22 de setiembre, nació en el Escorial el infante don Alfonso, y á poco tiempo murieron hijo y madre; esta en 3 de octubre del mismo, á la edad de 26 años, y aquel en el año siguiente de 1612, ambos fueron sepultados en el real panteon. El rey sintió mucho su muerte, y desde entonces hizo ánimo de permanecer viudo toda su vida.

No fué menor el sentimiento que causó la muerte de la reina Margarita á los vasallos, principalmente á las iglesias, hospitales y conventos que socorrió con crecidas limosnas, ó que fundó con numerosas rentas. Inclinada á este género de obras pías, despues de haber edificado en Valladolid el convento de franciscas descalzas, y trasladado en Madrid las monjas agustinas que estaban en la calle del Príncipe á la de Santa Isabel, dió principio á la fundacion del real convento de esta misma órden, descalzas ó recoletas, llamado de la Encarnacion. En el mismo año de 1611, dió buenas rentas al colegio de jesuitas de Salamanca, llamado del Espíritu Santo, protegió en la misma villa de Madrid con sus limosnas las carmelitas descalzas de santa Ana, hizo varias limosnas perpétuas en san Juan de Dios, y contribuyó á la traslacion de franciscos descalzos de san Gil, que antes fué parroquial, y se agregó á la de san Juan, sin otras limosnas que no se daban al público.

Dícese que el principal motivo de la reina en la fundacion del real convento de la Encarnacion, fué voto que hizo por la felicidad de la espulsion de los moriscos de España, que habia resuelto el rey don Felipe III, por haberse averiguado que estos, abrigando siempre en su corazon la secta de sus ascendientes, y el rencor contra los españoles, solicitaban socorros del turco y de Marruecos para levantarse otra vez con las armas. Determinó el rey su espulsion á fines

(1) Tratados de paz.

del año de 1609. Dió las providencias correspondientes para que se hiciese en el siguiente de 1610, publicándose las reales órdenes de espulsion en cada provincia, y encomendando su egecucion á los primeros gobernadores de ellas. El rey les ocupó los bienes raices como á reos que eran comprendidos en delito de magestad violada; pero les dejó disponer de los muebles con esta condición; que dentro de sesenta dias debian venderlos, y con su dinero comprar géneros comerciabiles para llevarlos consigo, y que si querian sacar joyas de oro ó plata habian de entregar la mitad á los comisionados para el rey, y entonces no debian llevar las mercaderías permitidas, y que se quedasen los notoriamente buenos cristianos, ó hijos de cristianos viejos, ó las moriscas casadas con estos.

El duque de Gandía embarcó en Denia mas de 150,000 en las naves del marqués de santa Cruz, comisionado para el transporte á los puertos de Africa. Don Agustin Mejía tuvo la comision de los moriscos de Aragon, Valencia y Cataluña, que se embarcaron por los alfaques de Tortosa: hasta en número de mas de 30,000 fueron recibidos en Francia, y otros en mayor número pasaron á Africa. Al cargo de don Juan de Mendoza, marqués de san German, estuvo la espulsion de los moriscos de Andalucía, Granada y Hornachos, cuyo número pasó de 234,000; don Bernardino de Velasco y Aragon, conde de Salazar, cuidó de la salida de los moriscos de ambas Castillas, Estremadura, Murcia y Cartagena, en la cual se gastaron cuatro años de tiempo, y salieron de esta parte hasta 60,000, de los cuales muchos fueron tambien á Francia ó Italia, y los que pasaron á Africa fueron transportados en las naves del cargo de don Luis Fajardo, capitan general de armada del mar Océano. Acabóse la espulsion en el noviembre de 1614, y la suma general de los espelidos en esta última ocasion, ascendió á cerca de seiscientos mil entre hombres, niños y mugeres, que agregados á los espelidos por Felipe II y Fernando el católico, compusieron el número de tres millones de moros y moriscos, y dos millones de judíos (1).

Bien se conocia la falta que habia de hacer tanta gente al campo y al comercio; y que estos cinco millones hubieran producido en cada generacion, rebajadas pérdidas, mas de siete millones y medio de personas, pero el celo de la pureza, de la religion, el esterminio

(1) Vivanco. Gil Gonzalez de Avila.

de las maldades y el temor de unos enemigos encubiertos que jamás dejaban el ódio y la traicion de sus corazones, animó á nuestros reyes á privarse de tanta riqueza y poblacion, cuya empresa egecutada tan felizmente celebró el rey don Felipe III en Madrid, yendo en procesion desde santa María á las Descalzas Reales. Hallaron un sin número de libros del Alcoran, pero mas rica fué la presa que se tomó por entonces en la mar, de dos navíos del rey de Marruecos Cidan, en que iban mas de tres mil cuerpos de libros de varias ciencias y artes, escritos por escelentes autores árabes, de los cuales se hizo una biblioteca en el Escorial. Mucho ofreció Cidan por su rescate; pero tambien queria el rey en cange todos los cautivos cristianos de su reino, lo cual no tuvo efecto; pero á la entrega de Larache, que habia adquirido en 1609, agregó despues la toma de Mamora en el mismo Marruecos.

Desde el año de 1608 habia empezado á tratarse de las bodas de un hijo y hija de Enrique IV de Francia, con otros dos de Felipe III de España. No pasó muy adelante este tratado, hasta que por muerte de Enrique; en el año de 1610 entró á sucederle su hijo, el rey Luis XIII, que renovó la pretension. Capitularonse pues en el año de 1612 los matrimonios del rey Luis XIII, con la infanta doña Ana Mauricia de Austria, hija de Felipe III, y del príncipe don Felipe su hijo, con doña Isabel de Borbon, hermana de Luis. Entre varios capítulos llamó el cuidado el de la sucesion; firmóse que los hijos y descendientes de la infanta doña Ana, de ambos sexos, no sucedieran al trono español, de lo cual hizo formal renuncia la misma infanta al tiempo de partir á Francia, á fines del año de 1615; en cuyo tiempo se hicieron las entregas recíprocas, pasando acá la esposa del príncipe don Felipe, doña Isabel de Borbon.

Recibida esta princesa en Burgos, fué obsequiada con magnificas fiestas correspondientes á su alto carácter, y desde luego puso el rey casa y oficios á los reales esposos, que aun no se hallaban en estado de juntarse. Destinóse por ayo y mayordomo mayor del príncipe don Felipe al duque de Lerma, por confesor al maestro Fr. Antonio de Sotomayor del orden de santo Domingo, por maestro á don Garceran de Albanell, caballero catalan, persona de buenas letras y vida (como dice Gil Gonzalez de Avila) que murió arzobispo de Granada. Asimismo se repartieron otros oficios, y entre los gentiles hombres se agregó á don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, comendador de

Vívoras, que estaba en la corte pretendiendo la embajada de Roma, y que el rey cubriese su casa.

Seguian infestando los mares los enemigos mahometanos, y aumentándose los piratas ingleses y holandeses. Sin embargo de las treguas con los unos y paces con los otros, fué tambien preciso al rey ayudar al papa contra los venecianos, que habian espelido á los jesuitas y capuchinos de su reino. Hacíanse continuas levadas de gentes para Italia y los mares Mediterráneo y Océano; empeñábase continuamente la corona. El rey no dejaba por esto de fundar obras pías ó concurrir con socorros para ellas, ó acudir á gastos indispensables. Restableció el palacio del Pardo, maltratado por un incendio, en cuyas inmediaciones fundó un convento de capuchinos: en Portugal y en Méjico hizo cuantiosas limosnas para reedificar otros conventos. En Madrid contribuyó mucho á la reedificacion de su célebre plaza mayor, y trajo á su costa las aguas para palacio, á cuyo ejemplo la villa hizo otro tanto para el resto de ella. Fueron renovados los palacios de Valladolid y Toledo, los muros y varios edificios de Cádiz, fabricadas muchas torres en la costa del Mediterráneo, muy adelantado el muelle de Gibraltar, levantados castillos y fuertes en Portobelo, en Nueva España, y muy fortalecido el puerto del Callao en el Perú: espensas hechas á costa de la corona en el todo ó en parte.

Los grandes y ricos señores continuaban enagenando sus rentas con la frecuente fundacion de conventos, lo cual de una devocion discreta, como decia don Gabriel Cimbro, procurador de la ciudad de Avila, habia pasado á una especie de vana emulacion, queriendo competir unos á otros, y aun á los mismos reyes: crecia la despooblacion, menguaban los contribuyentes, se multiplicaban las exenciones, quedaban sin labradores los campos, las ciudades sin industria y comercio, y el reino en perpétua necesidad (1).

Hombres grandes y de acreditado celo y sabiduría hicieron presente al rey por escrito y por medio de la imprenta, los males y sus causas: quiso el rey poner remedio; juntó cortes en el año de 1619, á fin de que el reino hiciese un nuevo esfuerzo para sostener los gastos, y mandó al consejo real que le consultase los medios mas convenientes de aliviar sus dominios.

El consejo, despues de una madura reflexion sobre el estado de

(1) Son notables las observaciones que hace sobre este punto Gil Gonzalez de Avila, en el cap. 85.

la monarquía, y las causas de donde provenian sus empeños; propuso su dictámen con aquella verdad y respeto con que debe hablarse á la magestad, en una célebre consulta, que imprimió y comentó el licenciado Pedro Fernandez Navarrete, secretario del rey. En ella redujo el consejo el punto á siete medios que le parecieron los mas oportunos: el alivio de los impuestos; la templanza en las mercedes y gracias reales; hacer salir de la córte á sus tierras los mendigos y ociosos, juntamente con los ricos y grandes que por venir á ella desamparaban sus lugares y patrimonios, dejando de dar que trabajar á sus vasallos ó vecinos; reforma de trages y lujo, y de número excesivo de criados, debiendo empezar por la casa real, para que así tuviesen mas gente los pueblos, y se fomentase el cultivo del campo ó industria nacional, y no se necesitasen los géneros extranjeros; privilegios y premios á los labradores, como no ser presos por deudas, libre comercio de sus cosechas, reforma de privilegiados de cargas personales, como los hermanos de los frailes, y los que llamaban soldados de la milicia y otros exentos, porque de otro modo recaian todas las cargas sobre los pobres; que los egecutores de rentas no llevasen mas que ocho reales de salarios, y se amenorase el número de los cien receptores establecidos, que estaban á los miserables, y multiplicaban pleitos por sus intereses en daño de los pleiteantes, frustracion de la justicia y molestia del consejo; y en fin, que se fuese á la mano en dar licencias de fundaciones de conventos, suplicando al papa, hiciese lo mismo en las de nuevas religiones, representándole cuántos inconvenientes resultaban en menoscabo de las rentas reales, de la poblacion y abundancia de gente útil y provechosa para la corona, y aun de las costumbres, pues se observaba que los jóvenes corrian á los conventos mas bien llevados de la necesidad y ódio al trabajo, que de vocacion verdadera; para lo cual seria muy conveniente que no entrasen menores de 16 años, y no profesasen hasta los 20, etc.

Igualmente se pidió en las córtes á representacion del mismo procurador de Avila don Gabriel Cimbró, que el rey mandase no se admitiesen en los consejos, tribunales, colegios, congregaciones y demás comunidades, memoriales en razon de informaciones de limpieza que no fuesen firmados de personas conocidas. Habia mucho tiempo que personas graves y de mucha autoridad, habian hecho presente al público y al trono por medio de escritos, y manifiestos,

los perjuros, falsedades, venganzas, cohechos y ódios que pasaban en semejantes informaciones; todo lo cual pedía tambien la reforma de los estatutos de limpieza. Tal era la corrupcion de costumbres y miserias de España en este tiempo. El rey deseaba el remedio, pero parte de esta enmienda estaba reservada á sus sucesores.

El duque de Lerma que habia merecido la mayor satisfaccion del rey, se habia atraído la emulacion de los subalternos, y otros que envidiaban su privanza; todo era en estos buscar medios para que el rey le separase de sí. El duque se habia esmerado en servir al rey y al Estado cuanto se podia desear, y se habia portado con singular agrado y beneficencia con todos. El maestro Gil González de Avila afirma de instrumentos vistos por él, que en las bodas que celebró el rey en Valencia, habia gastado de suyo en aparatos, galas y dádivas, trescientos mil ducados; en las entregas de las reinas de España y Francia, cuatrocientos mil; que hizo muchos presentes al emperador, al rey Felipe y á varios príncipes de Europa, y que mereció el agrado de los pontífices romanos; que dió varios cuantiosos socorros á iglesias y monasterios; que dejó enriquecidos once conventos de religiosos y monjas, con preciosos vasos, ornamentos y rentas, dos colegiatas fundadas una en Ampudia y otra en Lerma; muchas limosnas secretas y muchas públicas; pero al mismo tiempo no se habia descuidado en prevenirse para su retiro, que pidió repetidas veces, y que al fin se lo concedió el rey con bastante repugnancia, no hallando motivo sino para su aprecio y conservacion. Un capelo que con licencia del rey habia pedido al papa Paulo V le condecoró en su soledad, que la pasó en Valladolid desde los fines del año de 1618, en que se retiró.

Don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, habia servido al duque de Lerma, desde jóven, y tanto se habia instruido en los negocios á su lado, que le hizo secretario de la cámara, en quien descansaban los cuidados del ministerio en esta parte. No se pinta á don Rodrigo tan agradable y tan espléndido como á su bienhechor, y aunque durante su servicio desempeñó á satisfaccion del rey negocios muy importantes en su oficio y viaje á Flandes, tuvo tan rigurosos émulos y le atribuyeron tales escesos, que el rey dió orden para que se le formase causa á principios de 1619. Don Bernabé de Vivanco que escribe á la larga los sucesos de este ministerio, es un perpétuo defensor del duque de Lerma y don Rodrigo Calderon; no-

sotros no hemos hecho más que apuntarlos brevemente como lo hace el maestro Gil Gonzalez de Avila.

A 26 de abril del mismo año salió el rey de la corte á Portugal, donde le deseaban con ansia, para que les hiciese mercedes y pusiese alguna enmienda en las cosas de gobierno: hicieronle los portugueses muchas fiestas, tuvo cortes en Lisboa, hizo jurar allí al príncipe don Felipe, y antes de despedirse recibió á besar la mano á los consejos de inquisicion, de estado, de la cámara, del desembargo do pazo, etc., y les encargó la vigilancia en el gobierno y justicia. Allí tuvo la gustosa noticia de un nuevo descubrimiento en provecho de la navegacion. Habiendo en 1616 Jacobo Maire y Guillermo Schotter, holandeses, advertido por el estrecho de Magallanes otro paso para el mar del Sur y las Molucas, intentaron pasarle; pero solo llegaron á los 57 grados. El rey deseó adelantar este descubrimiento, y envió á fines del año de 1618 en dos carabelas á los hermanos Nodales, portugueses; y al cosmógrafo Diego Ramirez, natural de Valencia. En 23 de enero de 1619, llegaron al estrecho que iban buscando, y le dieron el nombre de San Vicente, corrieron aquellos contornos, navegaron hasta 63 grados de altura, y observaron las mareas, corrientes, vientos y demás cosas necesarias ó útiles á la navegacion, hicieron su regreso en julio y dieron cuenta al rey en Lisboa, donde estaba. De aquí partió á Madrid el rey á 29 de setiembre, y antes de llegar á la corte enfermó en Casarrubios, de cuidado; pero restablecido entró en ella á 4 de diciembre.

Habia muerto antes el cardenal, arzobispo de Toledo, don Bernardo de Rojas y Sandoval, y pidió la sucesion al arzobispado y capelo para el infante don Fernando, de edad de 9 años, lo cual concedió gustosamente el papa Paulo V, con la correspondiente dispensacion.

Las cosas de religion en Alemania siempre daban que hacer á la España. El emperador Matias habia hecho rey de Ungría y de Bohemia al archiduque Ferdinando. Los bohemos hereges, no contentos de esta eleccion, se levantaron contra él, y buscaron nuevos aliados de su secta que les favoreciesen; entre ellos fué uno Federico, conde palatino, á quien hicieron rey: por parte de España se socorrió al rey Ferdinando con buen número de tropas, al cargo del general condé Bucóy, que los contuvo. A poco tiempo murió Matias, los electores crearon rey de romanos y emperador al rey de Ungría Ferdinando. Crecieron los enemigos, y creció el refuerzo de España con

treinta y dos mil infantes, cuatro mil caballos y dinero, yendo á su cabeza el marqués de Espinola, general de Flandes, acompañado de los subalternos don Gonzalo de Córdoba, maestre de campo, y don Luis Velasco capitán general de la caballería. Ganáronse algunas plazas, y el general obligó al enemigo á que se retirase.

Apenas descansaban las armas por aquella parte, era preciso tomarlas por la de Italia. Los grisonos hereges habia mucho tiempo que perseguian á los católicos valtelinos. El duque de Feria, gobernador de Milan, como inmediato á ellos pedia permiso y socorro al rey Felipe para defenderlos. El general de la caballería, don Gerónimo Pimentel, salió al opósito con poca gente española é italiana contra ocho mil grisonos; acometió al enemigo cerca de Tiran, desbaratóle y se retiró victorioso con rica presa, aunque con alguna pérdida de gente; lo cual sucedió en el año de 1620.

El príncipe don Felipe habia llegado ya á la edad de 15 años, y su esposa doña Isabel á la de 17, y determinó el rey se juntasen, lo cual se celebró en el Pardo en 25 de noviembre de este año, y desde entonces empezó el príncipe á asistir al despacho con su padre, para instruirse en los negocios de la monarquía. Pocos meses despues enfermó en Madrid el rey don Felipe de erisipela. No se desesperaba al principio de su salud, pues se hallaba en la edad de 43 años; pero la enfermedad se agravó: conoció el rey su próximo fin, dispúsose cristianamente con el mayor fervor, y murió en 31 de marzo de 1621 en el real palacio de Madrid. Fué llevado á sepultar á San Lorenzo el real en donde habia dispuesto su sepulcro.

De ocho hijos que habia tenido con doña Margarita de Austria, quedaron vivos cinco, el rey don Felipe IV que le sucedió, doña Ana Mauricia, reina de Francia, la infanta doña Maria, el infante don Carlos y el infante don Fernando, cardenal arzobispo de Toledo.





#### DON FELIPE IV

*décimosétimo rey de Castilla y Leon, y sexto de las Indias;*

*empezó á reinar en 1621, murió en 1665.*



El rey don Felipe IV hechas las exequias de su padre, se retiró al monasterio de San Gerónimo, esperando el día de su entrada pública y celebridad de su coronacion, que fué á 9 de mayo del mismo año de 1621 (1). Habiale dado buenos consejos su padre, antes de morir, y le habia encargado que mirase por su reino, así por lo que toca al estado eclesiástico, como al civil, y le recomendó mucho á los que habia tenido en su servi-

dumbre: mas no solamente por consejo del conde de Olivares mandó que el duque de Lerma suspendiese su llegada á la corte, á donde

(1) Baltasar de Cespedes.

venia por llamamiento de los suyos, sino que pocos dias despues se le hizo causa de su órden, sobre ciertos provechos logrados en el gobierno (1). Mudó tambien parte del ministerio, haciendo retirar á unos ministros, agregando otros al palacio y á los consejos, dejando correr los negocios por sus respectivas vias, sin quedar más privanza por entonces al conde de Olivares que la de un íntimo confidente, y á su tio don Baltasar de Zúñiga, los negocios que se mandó dejase el duque de Uceda (2). Era jóven, de 16 años, de edad poco madura para internarse por sí mucho en los negocios, pero con buenos deseos de acertar por medio de sus ministros.

Seguia el reino en sus empeños y pobreza; las costumbres estaban muy relajadas, y quiso que se atendiese á todo. Mandó formar una junta de ministros con el nombre de fiscales ó censores de la patria, compuesta del presidente de Castilla, de su confesor Fr. Antonio de Sotomayor, dominicano, varios obispos y letrados. Procuró desde luego la buena armonía y alianza con las potencias extranjeras, y particularmente reducir á concordia á los valtelinos y grisonos, y aunque no dejaba de asistir al emperador de Alemania, Ferdinando II, con dinero y gente para vencer á sus rebeldes, instó mucho para que se compusiesen las cosas de manera que se evitasen los comunes costosos gastos. Solo insistió en que se renovase la guerra á los holandeses, cuya tregua habia espirado, y se aprestasen armas y víveres para volver á reducir aquellos pueblos á la antigua católica religion y fidelidad de sus soberanos. A este fin juntó córtes en Madrid, para que el reino le asistiese con sus acostumbrados servicios. Renováronse en estas las pretensiones de las pasadas sobre el remedio de la despolacion de España, destierro de la ociosidad, estincion de estancos de varias cosas comerciabes, minoracion de jueces y escribanos, gastos de pleitos, y cobranzas de censos y tributos, inhibicion de justicias, prohibicion de la saca de plata, de la introduccion de varios géneros extranjeros y moneda falsa, que con motivo de la subida pasada contrahacian estos; que hubiese nuevo arreglo en la administracion de rentas, y paga de soldados á los guardacostas, á quienes se estaba debiendo; que se impidiese el desórden en los trages, que no fundasen muchas capellanías, ni se hiciesen dotaciones y otras obras de esta calidad con demasía, ni se comprasen haciendas por los con-

(1) Cespedes citado.

(2) Vivanco y Cespedes citado.

ventos y eclesiásticos, para que de este modo no hubiese tantas rentas exentas de alcabalas y de la real jurisdicción, aumentándose las cargas sobre los pobres ó el número de individuos de aquel estado, con menoscabo de los labradores en los campos, marineros en la mar y brazos á las artes útiles al comercio. Todas estas cosas deseaba remediar el rey, y aun otras muchas que de propia voluntad había pensado reformar en su real palacio y gobierno de los consejos. La actividad no era poca en el rey, pues espidió varias pragmáticas á este fin; pero varias circunstancias ocurridas despues, no las dejaron poner en entera egecucion.

No estaban los ánimos de los holandeses menos dispuestos á todo trance, antes que ceder á la libertad é independencía, y mas viendo que muerto en aquellos dias el archiduque Alberto, sin sucesion, volvía á la corona de España el derecho de dominio, que se habia reservado al tiempo de contratar el matrimonio de aquel con la infanta doña Isabel Clara Eugenia, de España. Habian adquirido muchas fuerzas y riquezas durante los doce años de treguas, formando compañías para comerciar en el Oriente, piratear en los mares y hacer hostilidades en los dominios españoles de las Indias; acostumbrados á no sufrir el yugo antiguo, se hallaban bien en el gobierno que habian establecido. Determinaron pues hacer resistencia en tierra y hacer espediciones por mar. Las armas españolas no podian tan presto reunirse, por estar empleadas en Italia para socorro de los valtelinos, y en Alemania para auxiliar al emperador. Las armadas que se disponian para sostener á Flandes, padecian recios temporales en el canal de Inglaterra; las flotas que venian de América cargadas de dinero se hundian, y todo era calamidad. El rey de Inglaterra deseaba componer las paces en Alemania con el Palatino y su hijo Carlos, príncipe de Gales: este vino á Madrid á tratarlas en persona, y al mismo tiempo el matrimonio con la infanta doña María. No dejó de alegrarse el rey Felipe de esta nueva alianza que se presentaba; pero la diversidad de religiones suscitó tantas dificultades, crecidas con consultas á teólogos, y con tales condiciones, á que se queria sujetar este matrimonio, que aunque fué celebrado el consentimiento á ellas públicamente en Madrid con grandes fiestas y regocijos, tuvo que partirse el príncipe de Gales, no muy gustoso sin desposarse, si bien satisfecho de los grandes obsequios y festejos que se le habian hecho.

En medio de esta negociacion tenia el rey nuevas córtes en Madrid, que habian dado principio en 8 de abril de 1623. El fin de ellas era adelantar los medios que se querian tomar para el alivio del reino, y ver los mas oportunos para la ereccion de montes píos, mantener en pié treinta y dos mil hombres de tropa arreglada y surtir de buenas armadas los mares para sujetar á los corsarios turcos y piratas de otras naciones, y amparar las flotas que viniesen de la América y del Oriente.

Deshechas las bodas del inglés y la infanta de España en 1624, muerto tambien Jacobo de Inglaterra de allí á poco, y heredando Cárlos el reino, las hizo con una hermana del rey de Francia llamada Cristina, y otra hermana del mismo rey inglés las ajustó con el conde Palatino, y estos tres hicieron una liga muy poderosa con el rey de Dinamarca, las provincias de Flandes, el duque de Saboya, la república de Venecia, y revolviéron toda la Europa contra el rey de España y el emperador de Alemania. Tomó calor la guerra en el Palatinado, y entre los grisones; armáronse escuadras holandesas é inglesas; aquellas tomaron en la costa del Brasil la ciudad de San Salvador y la bahía de Todos Santos, y estas dirigieron el primer tiro á coger la flota española en la misma bahía de Cadiz, cuando viniese: entraron en la bahía, ocuparon el Puntal con poca resistencia é hicieron algunos desembarcos, pero don Fernando Giron resistió de tal suerte interin le llegaban socorros de las ciudades circunvecinas, que con ellos obligó á los ingleses á retirarse con alguna pérdida, á cuyo descalabro les sucedió otro mayor perdiéndose casi toda la escuadra á poco trecho de su salida por una brava tormenta. Don Fadrique de Toledo recobró con su escuadra las pérdidas de la costa del Brasil: el marqués de Espínola tomó á Breda en Alemania: el duque de Feria resistió al francés y al saboyano en Italia; vino la flota segura; vino el alivio y respiró España.

Los holandeses que siendo tan débiles en gente y naves para poder sostener una guerra contra tantas fuerzas españolas y alemanas, no hubieran conseguido su fin sin sus compañías, cuyo fondo é interés resultasen del poco ó mucho comercio que pudiesen hacer entre el Oriente y Europa, y de la piratería y robos de las flotas españolas que viniesen de la América, hicieron avisada á la España para que tomase egeemplo. Así es, que el rey quiso, además de las escuadras de guerra que tenia, se formasen cuatro compañías, una

en Lisboa, otra en Sevilla para la India y América, otra en Barcelona para el Levante, aplicando desde luego la cuarta que era ya primera, llamada del Almirantazgo, para la expedición contra Flandes y defensa del comercio. Con esta mira partió el rey á la corona de Aragon para juntar allí córtes, jurar los fueros, sacar algunos servicios y dejar plantificada la compañía de Barcelona. No se retiró el rey muy contento de esta ciudad no habiéndose avenido bien los catalanes en ello, y convocadas desde allí córtes nuevas para Madrid dió la vuelta muy pronto á la córte.

En las córtes de este año de 1625 se volvieron á hacer presentes los mismos males que en las pasadas, y añadir otros, representando que estaban pobres las provincias por los repetidos servicios hechos al rey en sus necesidades; la falta de poblacion, de cultivo, de industria, de comercio; hallarse encarecidas las cosas, escasez de moneda, y esta falseada é introducida por el estrangero que en cambio se llevaba la mejor plata y el mas rico oro; ser el clero mucho, nueve mil y ochenta y ocho monasterios, sin contar los de las monjas (1), exenciones de tributos en estos multiplicadas, necesidad de plantificar erarios y montes pios, y remediar con ellos en parte la falta de comercio. El rey consultaba, los hombres mas sábios discurren y proponian medios, habia muchos arbitristas, pero siempre quedaba sin efecto el remedio de las mas principales causas, pues aunque eran ciertos los efectos y obvias ellas, no se acudia ó no podia acudirse á evitarlas por no ser posible salir de ellas, sino dejando las armas y desamparando los estados con descrédito y menoscabo de España: no hay azote mas cruel para un estado que larga y porfiada guerra; y si aun para una corta se agota un rico erario, ¡qué no consumirán tantos años! Con motivo de querer el rey, de consejo del conde Olivares, arreglar los gastos, reformar el lujo y las costumbres, restringir las mercedes sin mérito, é impedir que no tuviesen muchas, ó se enriqueciesen otros á costa del erario, lo cual no observó el mismo conde tan puntualmente que no cayese en el mismo peligro que queria evitar, se hizo acusacion al duque de Lerma por el fiscal del rey don Juan Chumacero de Sotomayor. Entre los cargos que se le pusieron fué notable la demanda que se le hizo sobre el empeño de la corona y necesidades del patrimonio real, á que respondió, que por relaciones que se presentaron al fin del reinado del rey

(1) Céspedes citado.

don Felipe II, resultó que todas las rentas ordinarias estaban vendidas, y no alcanzaban con una gruesa suma á los juros y privilegios que estaban despachados sobre ellas, que las gracias estaban libradas hasta el año de 1603, las flotas consignadas hasta el de 1601, los servicios hasta la nueva concesion, los vasallos de las islas vendidos, y las deudas á los ejércitos, fronteras, armadas, pensionarios y príncipes aliados eran de una suma increíble; lo cual dió motivo al mismo rey á que hiciese aquel pedido, que se llamó de limosna, por medio del P. Sicilia, jesuita, y pensase en la renuncia de los estados de Flandes en la infanta doña Isabel por no poder acudir bien á ellos, y que dejó empeñada el rey la corona en largos cien millones de escudos, cargada ya por Carlos V su padre en setenta millones (1)

El conde de Olivares empleaba todo su conato en el remedio. Quiso unir los intereses de las provincias y reinos para que todos concurriesen á formar un cuerpo de tropas respetable y temible á las potencias: muchas dificultades halló, y solo se pudo conseguir un arbitrio para mantener veinte mil hombres de tropa sobre las armas, cuyo servicio se invirtió en socorro del alemán que lo habia pedido para continuar contra el Palatino, lo cual no pudo por entonces hacer tanta falta á España habiendo hecho ya paces con el francés, y estando ya quieta la guerra de Italia año de 1627.

Estas paces iban guardándose tan fielmente por parte de España que habiendo el francés necesitado auxilio contra el inglés, su cuñado, con quien habia roto por faltar á las condiciones matrimoniales de su hermana Cristina, le envió España una armada al mando de don Fadrique de Toledo para ayudar á tomar la Rochela, que pretendia socorrer el inglés; la cual aunque llegó despues de haber sido rechazados los enemigos, sirvió de terror para que no volviesen con mayores fuerzas. Pero el rey de Francia olvidado de este favor, tenia el ánimo contrario á la España. Buscaba detenciones en formalizar los tratados de paz sobre la Valtelina y los grisonos; y como que protegía á estos, queria que dominasen á los otros, lo cual era del gusto de los cantones suizos, de quienes eran aliados; los valte-

(1) Ya no podrá causar estrañeza lo que admira Gil Gonzalez de Avila, que habiendo en el año de 1595 entrado por la barra de Sanlúcar treinta y cinco millones de oro y plata, bastantes para enriquecer á los principes de la Europa; en el año siguiente no habia un solo real en Castilla; pues Bernabé de Vivanco dice que desde el año de 1593 hasta el de 1597, se habian gastado setenta y tres millones trescientos setenta mil cuatrocientos y cincuenta escudos de oro.

linos clamaban por la libertad de la religion católica, y por ser dueños de sí mismos en el mando civil. Asegurábase el rey de Francia haciendo alianza con los holandeses contra España. La infanta doña Isabel Clara Eugenia, gobernadora de los países obedientes de Flandes, ganaba el ánimo tambien de estas para la defensa y ofensa respectiva de sus convecinos. El comercio debia interesar su seguridad entre amigos y enemigos, y en todos los tratados entraba este asunto como parte principal. El rey de España daba las facultades necesarias á la compañía llamada del Almirantazgo, y las reglas oportunas para los cargamentos y transportes nacionales y extranjeros, repartimiento de presas y otros puntos de este género y de jurisdiccion para poder obrar en los casos ocurrentes.

Habia asimismo dispuesto el rey desde las córtes de Aragon por proyecto del conde de Olivares, para tener á raya á los enemigos, que eran muchos y poderosísimos; que de todos los dominios españoles se formase un ejército de union defensiva en número de ciento cuarenta y cuatro mil infantes en esta forma: cuarenta mil de Castilla é Indias, doce mil de los Países-Bajos, diez y seis mil de cada uno de los reinos de Cataluña, Portugal y Nápoles, seis mil de Sicilia, Valencia y las islas de ambos mares, ocho mil de Milan, y de Aragon diez mil; en cuanto á dinero se habian dado tambien buenos arbitrios, pues además de los servicios de millones ofrecidos en España por las provincias, se habian cargado con permiso del papa Urbano VIII ciertas cotas por ciento, sobre los bienes de los eclesiásticos y sobre varios géneros comerciables; lo cual habiéndose interpretado variamente, dió motivo á varias esplicaciones de su santidad.

Interrumpiéronse estas disposiciones y las esperanzas de la paz con varios sucesos del año de 1628, que habiendo fallecido sin sucesion Vicente Gonzaga, duque de Mántua y del Monferrato pretendia sucederle Carlos, duque de Nevers con el auxilio del rey de Francia; oponíase el duque de Saboya, púsose en secuestro el Monferrato en poder de españoles por mandado del emperador Ferdinando II, hasta que se hiciese una buena concordia sobre este punto entre los potentados auxiliadores. El rey de Francia se unia con el duque de Saboya, con el papa Urbano VIII, con la república de Venecia, el príncipe del Piamonte y el duque de Nevers, contra España y el emperador.

El rey de Inglaterra Cárlos I hizo nuevo trato de comercio con España, y mediaba con el holandés para que biciese alguna tregua con el rey católico; nada se pudo conseguir y siempre habia motivos de alteraciones en Italia con las pretensiones del duque de Saboya, no solo al Monferrato sino á otros varios estados en Génova, á cuya composicion pasó á Milan en calidad de gobernador y capitán general de Italia el infante cardenal don Fernando en 1632. Origináronse otras en Alemania por favorecer el rey de Dinamarca á los rebeldes, y todo era un nuevo motivo para sacar dinero España en defensa del emperador con repeticion de pedidos á los reinos, sin exceptuar al estado eclesiástico. Pidió el rey al papa nuevas gracias para esto, pero siendo negadas, se ocurrió á su santidad por parte de España, y se hizo aquel célebre memorial del rey á representacion de las córtes del año de 1632 llevado á Roma por don Fr. Domingo Pimentel; del órden de santo Domingo, obispo de Córdoba, y don Juan de Chumacero Carrillo en 1633, representando los abusos que se habian introducido por la curia romana en el estado eclesiástico de España; y en él se pedia remedio sobre los que habia acerca de las pensiones en favor de estrangeros, esceso en su cantidad, sobre beneficios simples y curados, sus resignaciones y reservaciones sobre las coadjutorías, las dispensaciones matrimoniales, vacantes de obispados y sus espolios, los inconvenientes con que se egercia la nunciatura en cualquiera género de causas, sus voluntarios derechos de pago, calidad de la moneda exigida, procesos largos y enredosos, facilidad de buletos, admision de pleitos entre religiosos, etc. Al fin el año de 1635 declaró enteramente la guerra el rey de Francia; hiciéronse recíprocas represalias en España, Nápoles, Flandes y Francia. Unióse Luis XIII con Dinamarca, y en Italia con Saboya, Mántua, Parma y Módena; moviéronse desde luego contra Francia las armas de las provincias obedientes de Flandes de órden del infante cardenal don Fernando, que habia pasado allá á suceder á la infanta gobernadora, y por la frontera á la defensa de Fuenterrabía que habia sitiado el francés, yendo al socorro el marqués de Valparaiso, virey de Navarra, y el almirante de Castilla don Alonso Henriquez de Cabrera. Estuvo en riesgo esta plaza, pero no solamente se defendió por nuestra parte, sino que se hicieron algunos daños por la Beovia y Labort, y acometiendo el francés por el Rossellon rindió á Salsas en Cataluña, y el rey de España se vió preci-

sado á sosegar la Italia para acudir mejor contra la Francia; recobró á Salsas, pero luego toda la Cataluña se hizo partidaria del francés al fin del año de 1640.

Siguieron á los catalanes los portugueses en sustraerse de la obediencia de Castilla, y aclamado rey en primeros de diciembre de aquel año el duque de Braganza, con el nombre de Juan IV, envió un mensaje á los catalanes, exhortándoles á la empresa comenzada, y ofreciéndoles su auxilio. Los ejércitos de España que habian de servir contra los enemigos estraños, tienen que dividirse ahora contra los domésticos. El rey de Castilla pide al papa Urbano VIII el auxilio de las censuras eclesiásticas contra los rebeldes, y al rey de Polonia Ladislao gente para que resista en Flandes, y confirma de nuevo un tratado de comercio con el rey de Dinamarca.

El rey de Francia hace alianza con Portugal, y se agregan los holandeses formando con aquellas un poderoso armamento naval. Logra tambien el portugués la amistad del de Suecia, y no contento con alzarse con el reino, solicita á los castellanos y leoneses. Algunos príncipes de Italia vacilan; conspiranse otros en Francia en favor de España, y el emperador Ferdinando III intenta las paces señalando á la ciudad de Múnster para tratar de ellas.

El rey don Felipe IV se vale de los medios de la piedad, y de su cercanía á Cataluña partiendo á Zaragoza para volver á los catalanes á la antigua obediencia, pero los franceses apretaban tanto el sitio en el Rosellon y Cataluña que se iban perdiendo todas las plazas. Los portugueses hacen alianza con el rey de Inglaterra Carlos II. Apresurábase el congreso de Múnster por el emperador; y el rey de España iba cediendo muchas plazas en Italia y Flandes para que hubiese menos tardanza. Muere Luis XIII en el año de 1643 sucedele Luis XIV al cuidado de su madre doña Ana de Austria, infanta de España, por su corta edad de 5 años, renueva las alianzas de su antecesor y procura asegurarse bien para disminuir el poder de la España.

Habia muchas cosas á que atender para la paz general; habia muchos interesados, y nadie queria perder, solo España cedia. Veia protegido al portugués por las potencias comerciantes, y estaba sin esperanza del recobro de Portugal. La Cataluña aunque mal amparada por el francés se obstinaba en la separacion. Nápoles se rebeló tambien en 1647 y buscaba con eficacia proteccion en el papa y el

francés. Todo era contratar preliminares y artículos que dificultaban la conclusion de la paz. La Holanda se inclinaba á suspender las hostilidades por mediacion del archiduque Leopoldo Guillermo, el cual habia sucedido al gobierno de Flandes, que por muerte del infante cardenal en 1641 habia estado en poder de don Francisco Melo, conde de Asumar; pero el rey de Francia hacia por estorbarlo.

El comercio habia decaido en España por la necesidad de prohibirlo con sus enemigos, era menester atender á él, y el rey tomó sus medidas con las ciudades hanseáticas para asegurarlo con ellas. La marina tambien era escasa, y solo se completaba con continuas levás. Don Juan José de Austria, hijo natural del rey (1), fué nombrado general de la armada, y enviado á reducir á Nápoles que no habia podido conseguir el duque de Arcos su virey, á pesar de sus esfuerzos.

Ya llegó en fin el ajuste de la paz del rey de España y los estados generales de Holanda, celebrado en Múnster á 30 de enero de 1648. En él quedaron reconocidas por libres é independientes las provincias unidas; concertóse que España se quedase solo con lo que al presente poseia en Flandes, y recíprocamente los estados de Holanda con sus posesiones; arregláronse los territorios poseidos en ambas Indias, y cómo se habia de hacer el comercio sin perjuicio de unos y otros y de sus respectivos aliados.

Sintió mucho la Francia que llegase á efectuarse el tratado de paz entre el rey y los estados unidos, sin que ella dispusiese á su gusto de muchas cosas ya pertenecientes á la misma Francia, ya á las condiciones que presentaba la Holanda; procuró diferir las ratificaciones; pero se apresuraron cuanto se pudo para evitar unos y otro la guerra y sus furiosos efectos, y procedieron unos y otros contrayentes á disponer las paces con Francia, punto que habian acordado en el ajuste de paz.

El emperador Ferdinando III iba allanando las dificultades por su parte, firmando paces con Francia y Suecia, restituyendo el palatinado á su conde Carlos Luis, y arreglando los derechos y posesiones de otros príncipes de Alemania, no todo á gusto del rey de España, sobre lo cual hizo sus correspondientes protestas; bien que el imperio no reconoció por rey de Portugal á otro que á Felipe IV.

(1) Nació segun se cree en Madrid el año 1629; dícese tambien ser habido en una comedianta llamada María Calderon ó la Calderon.

base recobrando la Cataluña y quebrándose el poder del auxilio francés; por otra parte el rey de España asentaba paces con algunos príncipes de Italia. Don Juan de Austria, apaciguado Nápoles, vino á mandar la escuadra en los mares de Cataluña, y pretendia con su autoridad y clemencia de parte del rey reducir á Barcelona. Pide esta perdon de su desobediencia y ríndese en octubre de 1652.

El reino de Inglaterra se hallaba tiranizado por Oliverio Cromwel, el rey de España negociaba con aquella nacion, pero el rey de Francia contratava contra él, contra España y Flandes; y dificultándose así la paz con esta potencia solo se consiguió una suspension de armas á principio del año 1659 para proceder á ella.

Suspendamos aquí un poco el hilo de la narracion para hablar de algunos sucesos del palacio del rey Felipe IV. Tanta multitud de guerras y enemigos contra la España, la sublevacion de Cataluña y del reino de Portugal, tanta falta de dinero y tanto mal suceso en las batallas eran atribuidos en el reino al descuido y mala disposicion del conde duque de Olivares, en quien únicamente fiaba el rey sus aciertos. Los grandes aunque descontentos y aun mal tratados del conde duque, no se atrevian á acercarse al trono para hacer presente al rey la causa de tantos males; pero poco á poco lo fueron logrando ya con el viaje que hizo el rey á Zaragoza, ya con los avisos del embajador de Alemania el marqués de la Grana Carreto, ya con la audiencia particular que la reina doña Isabel facilitó á la princesa doña Margarita de Saboya que se habia retirado de Portugal donde habia estado de gobernadora, y ya en fin con tantos golpes como le habia dado la esperiencia de tantos trabajos como padecian sus armas y sus vasallos. Mandó pues el rey al conde duque que dejase el ministerio, y retirándose en el mes de enero de 1643 á Loeches, pareció á los que lo deseaban, que empezaba á respirar la España, pero no se conocieron tan pronto los efectos que se esperaban en el mejor suceso de las armas.

Muchas cosas juntas movieron á la Francia á inclinarse á la paz; hacianle repetidas instancias los príncipes y potentados de Alemania, por donde tenian paso las tropas beligerantes para Flandes con estrago de los pueblos. Habia muerto en 1646 el príncipe don Baltasar Carlos, y solo quedaba la infanta doña Maria Teresa del matrimonio con doña Isabel. Felipe IV se habia casado en segundas nupcias con doña Mariana de Austria, hija del emperador Ferdi-

nando III, en 1649. Tenia tres hijos el rey de esta segunda muger; la infanta doña Margarita nacida en 1651, el príncipe don Felipe Próspero nacido en 1657, y el infante don Fernando nacido en 1658, pero ambos varones con pronóstico de muy poca duracion por enfermedades.

Todo esto contribuia mucho para apetecer el francés el matrimonio con la infanta mayor de España.

Tratáronse los preliminares entre el plenipotenciario don Antonio Pimentel por parte de España, y el cardenal Mazarini por parte de Francia en el mes de junio de 1659. Pretendió el francés quedar en posesion de varias plazas y pueblos conquistados en Flandes, y todo el Rosellon y algunas otras de Francia, ofreciendo restituir á Felipe IV algunas en los países bajos, y las de Cataluña y Cerdeña; prometia desunirse de Portugal si en el espacio de tres meses de tiempo, posteriores á la ratificacion de paz, no podia conseguir de aquel reino una composicion á satisfaccion del rey de España, y últimamente dispuso pedir en casamiento á la infanta doña María Teresa.

Para lo ratificacion de esta paz se avistaron en los Pirineos en la isla de los Faysanes sobre el rio Vidasoa los plenipotenciarios de ambas potencias don Luis Mendez de Haro, conde duque de Olivares, y el cardenal Mazarini en 7 de Noviembre del mismo año, y fueron confirmadas por los respectivos reyes sucesivamente antes de acabarse el año.

Los mismos plenipotenciarios tuvieron los poderes para hacer las capitulaciones matrimoniales del referido desposorio supuesta la dispensacion del papa. En ellas se convino entre otras cosas, que no se unieran en un reino las dos coronas, á fin de conservar la igualdad; que la infanta doña María Teresa renunciase el derecho de que ella, sus hijos (fuesen varones ó hembras) y demás descendientes sucediesen en el reino de España, aunque se verificara el caso de la estincion de la sucesion de los hijos y descendientes que quedaban entonces en España; no obstante á esto ninguna ley ni costumbre de ambos reinos.

Todo lo cual fué ratificado y confirmado despues por uno y otro rey y la misma infanta doña María Teresa.

Entregada esta reina á su esposo Luis XIV en el año siguiente de 1660, el rey Felipe IV reforzó sus armas contra los portugueses,

pero en vano; pues no tardó mucho en auxiliarles el francés irritado de que España le habia negado el estado de Brabante que habia perdido como perteneciente á su esposa doña María Teresa, que no debió comprender el ducado de Borgoña en la absoluta renuncia del tratado de los Pirineos.

Entre este tiempo murieron el infante don Felipe Próspero y el principe don Baltasar Carlos, pero en 6 de noviembre de 1661 parió la reina doña Mariana de Austria al principe don Carlos, quedando esperanzas de vivir para suceder en el reino; y calmó los pesares que habia causado la pérdida de los otros.

En medio de los varios sucesos de la guerra de Portugal empezaron á molestar al rey Felipe IV algunos achaques, que agravándose de dia en dia se la quitaron en 17 de setiembre de 1665, dejando en poder de su madre á la infanta doña Margarita (que casó el año siguiente con el emperador Leopoldo) y en su tutela á su hijo Carlos de edad de cuatro años, que sucedió al trono.

Vivió el rey don Felipe IV 60 años, reinó cuarenta; fué sepultado en el real panteon con su primera esposa doña Isabel de Borbon y los hijos que habian fallecido.

El largo reinado de este rey fué larga prueba de las desdichas de España, y la constancia y valor de sus soldados. Combatia á un tiempo casi en todas partes y contra las mas de las potencias de Europa como en tiempo de sus tres antecesores, pero no es maravilla que flaquease, rodeada de tanto enemigo junto; aun esto es digno de admiracion, pues pudo en la misma decadencia tanto ó mas que todas ellas.

Conservó el rey Felipe IV cuanto le fué posible el imperio floreciente que le dejaron sus antepasados en armas y en letras y lo que valió á Luis XIV para restaurarlas, eso mismo contribuyó para que cayeran despues en España. La Francia se hizo rica y poderosa con la paz y sus ulteriores conquistas y alianzas, y la España no podia recobrar tan presto sus fuerzas debilitada por tantos años, aunque con gloria suya y admiracion de todos.

Hacen los escritores franceses comparaciones entre los ministros de uno y otro gabinete, entre Richelieu y el conde duque, entre Mazarini y don Luis de Haro: no fueron mas sábios ni mas buenos aquellos, tuvieron mas fortuna, y la desgracia de estos es acaso inculpable.

El mejor ministro es el menos ambicioso para sí, y mas amante del rey y de la nacion. El mejor rey es el mas justo, mas claramente y mas cristiano. Bien se conoce en el cotejo á cuál parte se inclina la balanza.

Dícese que el rey Felipe IV fué escesivamente aficionado á la poesia y particularmente á las cómicas representaciones, y aun se cree que hizo algunas comedias; esto último no se ha probado, lo primero se manifiesta en tantas comedias como se representaron á SS. MM. en el salon del real palacio, y en el gusto que supieron dar Lope de Vega, Calderon y otros. Mas no solamente fué amante de esta literatura; cuarenta años antes que en Francia se pensara en restaurar las letras, aun no habian decaido en España, y por sí amenazaban ruina, Felipe IV puso buenos medios para prepararlas y aun para mejorarlas, fundando en Madrid en 1625 en el colegio de jesuitas, que se llamó imperial, unos estudios escogidos y no acostumbrados á usarse en las universidades, fuera de los comunes que se enseñaban en ellas; porque además de las cátedras de gramática y retórica habia otras de buen gusto; una era la de erudicion para leer la parte que llaman crítica é instruir á los jóvenes en las antigüedades, otra de *Re militari* para interpretar á Polibio y Vegetio y conocer la disciplina militar antigua, y otra de historia cronológica para leer el cómputo de los tiempos, la historia universal y particular.

Estableciéronse tambien cátedras de lengua griega, hebrea, caldayca y siriaca, y otra mas de escritura santa; pusiéronse otras de filosofia para esplicar la de Aristóteles en todos sus ramos, lógica física, *de ortu et interitu de Cælo*, *de Meteoris*, *de Anima* y la metafísica: los libros éticos, políticos y económicos del mismo; las partes é historia natural de los animales, aves, plantas, piedras y minerales; agregándose á todo esto la cátedra de historia literaria de toda la filosofia ó historia filosófica, de sus sectas, y opiniones de los filósofos antiguos; en fin dos cátedras de matemáticas, una para la geometría, geografía, hidrografía y gnomónica, y otra para la esfera, astronomía y perspectiva; componiéndose entre 6 cátedras de estudios menores hasta retórica y 16 de estudios mayores desde lógica. Por este plan de estudios se ve el punto de instruccion que habia entonces en España, ó á que queria mejorarse. El fértil ingenio de Lope de Vega celebró este establecimiento con un elegante

poema; y el siguiente epigrama que se halla á su puerta, las abraza todas con la mayor concision.

D. O. M.

NATUREÆ COELO ELEMENTIS MORIBUS  
REIPUB. BELLO PACI TEMPORI FACUNDIÆ  
PHILIPUS MAGNUS IV. HISP. ET IND. REX  
DIVITE MANU DITIORI ANIMO.

M. DCXXV.





## DON CARLOS II

*décimo-octavo rey de Castilla y Leon, y séptimo de las Indias ;  
dió principio á su reinado en 1665; murió en 1700.*



**M**UERTO el rey don Felipe IV, entró á sucederle en el trono don Carlos II, de edad de cuatro años, hijo de la segunda muger doña Mariana de Austria, que quedó por gobernadora y tutora del rey niño, y del reino. Su difunto esposo en su testamento habia dispuesto este gobierno con mucha prudencia, nombrando una junta de estado que habia de presidir la reina. Componiase esta del presidente de Castilla, el conde de Castriello, del vice-chanciller de Aragon don Cristobal Crespi, del arzobispo de Toledo, el cardenal Sandoval, del inquisidor general, el cardenal don Pascual de Aragon, de un grande de España, el marqués de Aytona, y un consejero de estado don Gaspar de Bracamonte y Guzman, conde de Peñaranda. Al dia siguiente de la muerte del rey Felipe IV, falleció el arzobispo de Toledo, y queriendo la reina tener en su junta á su confesor el P. Juan Everardo Nitardo, jesuita

aleman, dió á este la plaza de inquisidor y consejero de estado, que dejaba don Pascual de Aragon, pasando al arzobispado de Toledo; cuya eleccion causó mucho disgusto á algunos poderosos y particularmente á don Juan José de Austria que le contemplaba enemigo.

No por eso se dejaba de atender á los negocios importantes del reino. La reina inmediatamente envió á pedir, por sí y por su hijo el rey, al papa la confirmacion de la investidura del reino de Sicilia, dando poder especial para este fin al virey de Nápoles don Pedro de Aragon. Igual investidura fué confirmada por la reina al duque de Toscana por lo tocante á Siena, puerto Ferraro. Portugal se llevaba mucha atencion. El inglés Cárlos II miraba por su comercio, y sin desagradar á la España queria no desfavorecer al portugués, para tenerlo todo mas seguro. Renovó las paces con España y muchos artículos de la que se hizo en 1630; pretendia una tregua de 30 años para el portugués; y los plenipotenciarios que se reputaron mas hábiles para esta empresa, fueron de la parte de la Gran-Bretaña el noble baron Ricardo Fanshaw y de la parte de España don Ramiro Felipe Nuñez de Guzman, duque de San Lúcar la Mayor, y de Medina de las Torres, conde de Oñate, etc. (1).

Hubo de cederse á la necesidad, hallábase España exhausta de erario y tropas, con tantas guerras pasadas contra tantas potencias juntas y distantes; veia las fuerzas y amigos que cobraban los portugueses, la voluntad declarada del rey de Francia Luis XIV, en echarse sobre los estados de Flandes, que por último recurso si el inglés se volvía contra España peligraba enteramente el reino. Esto mismo que pareció asegurar algo á España dió mas aliento á la Francia para hacer tratados de paz con Portugal, estorbando que este reino hiciese duradera la tregua que el inglés proponia. Declaró en fin abiertamente su voluntad el francés contra España de entrarse por los Países Bajos á tomar los estados de Brabante; publicóse un manifiesto en que se intentaba justificar su conducta, argüir de nulas las renunciás que habia hecho la infanta de España doña Maria Teresa á la sucesion de este reino cuando casó con Luis XIV, y que aun independientemente de este derecho, lo tenia para tomarse lo que él juzgaba que le correspondía en los estados de Flandes, sin que por esto se violase en nada el tratado de los Pirineos. Presentóse este manifiesto por el embajador de Francia á la reina madre gobernadora,

(1) Tratados de paz, reinado de Cárlos II part. I.

respondióse á él por algunos célebres escritores españoles, y se aparejaban las plumas al mismo tiempo que las armas.

Fué preciso hacer presente por parte de España á los estados generales de Holanda el peligro que les amenazaba de parte del francés si no unian sus fuerzas con las de España; formar nuevo tratado de paz y amistad con la Inglaterra, á cuya conclusion fueron comisionados el P. Everardo, el mismo duque de San Lúcar la Mayor, y el conde de Peñaranda, todos de la junta de Estado, y por el rey de Inglaterra el conde de Sandwich. Hizose por este medio una tregua de 15 años mas larga con los portugueses, condescendiendo en la mayor parte con el deseo que tenia el inglés de no desamparar á Portugal, y el comercio entre las tres potencias; aparentando el inglés el bien comun, pero movido solo del tratado oculto que tenia hecho de auxiliar aquel reino, y suceder en él si pudiese mediante el derecho que adquiriria casándose con una hija infanta de Portugal.

Don Juan José de Austria, fué mandado disponerse para pasar á Flandes de donde era gobernador propietario, y entre tanto su teniente gobernador el marqués de Castel Rodrigo tuvo orden de disponer á las armas y á la defensa á los países católicos, asentar ligas con los holandeses y príncipes vecinos, y aun con algunos particulares de Francia.

El francés así como habia ganado la union con Portugal trató paces con Inglaterra, siendo este el blanco á donde se dirigian las potencias enemigas, poniéndole en la precision de ó cumplir con todas, ó faltar á alguna, si bien nunca con perjuicio suyo: pero antes de mediado el año de 1667 en que se habian cumplido todas estas negociaciones dió principio el rey de Francia á la invasion de Flandes. Cerróse el trato y comercio; hiciéronse embargos y represalias; pocos príncipes se unieron en favor de España; la Suecia, la Holanda ó Inglaterra hicieron triple alianza, mas para procurar la paz y ofrecer la cesion de algunas ciudades flamencas, que para asistir á ninguno en guerra. Vióse España apresurada, y en la precision de cambiar la tregua de Portugal en una absoluta paz, y de reconocer á este reino por potencia coronada, y á su rey Alfonso VI á principios del año de 1668. No mucho despues se trató la paz con Francia, y se concluyó en Aquisgran, ó Aix-la Chappelle en el mes de mayo del mismo año, en que no tuvo poca parte la mediacion del papa Clemente IX; sien-

do comisionados para ella el gran Colbert de Francia y el marqués de Castel Rodrigo de España. En virtud de este tratado, y por un efecto de contemplacion á la paz quedaron adjudicadas al francés las plazas que habia tomado en el ducado de Borgoña, Charleroy, Binch, Ath, Dovay, Scarpa, Tornay, Oudenarde, Lila, Armentieres, Courtray, Bergues, y Funes con todas sus baylias, castellanías, gobernaciones, prebostados, territorios, dominios y señoríos y sus pertenencias; subsistiendo en su vigor lo establecido en el tratado de los Pirineos, escepto las cosas de Portugal que habian tomado otro semblante. Salieron por garantes de esta paz las potencias de la triple alianza que la habian negociado; valiendo su logro al rey de Suecia algunas cantidades por gratificacion, y quedando todas tres empeñadas y obligadas á concurrir al auxilio de la España en caso de infraccion por parte del rey cristianísimo.

Entre tanto que esto pasaba no dejaba la reina de tener algunos sentimientos en su palacio. Don Juan de Austria que habia sido mandado pasar á la defensa de Flandes; habia tenido su partida en la Coruña, ya ocupado en la disposicion y apresto de náves y gente, ya queriendo y pidiendo mas dinero del que se le franqueaba, reputando él por pocas fuerzas las que querian que llevara. Al fin escusó su viaje alegando indisposicion en su salud: irritada la reina por contemplar no era suficiente aquella causa, mandó que se retirase de la Coruña, y sin entrar en la corte destinase su residencia en la villa de Consuegra. Hubo siniestros informes, atribuyéndole culpas de premeditados alborotos. Intentóse su prision; huyó de Consuegra antes de llegar la orden; fuese á Aragon: escribió varias cartas á la reina y á los consejos, sincerándose; hicieronse consultas para graduar sus acciones; pidió con muchas instancias el infante que se separase al P. Everardo del lado de la reina, de la junta de estado y de los dominios de España: hubo de condescender la reina por evitar desasosiegos; salió el P. Everardo de España á Roma, para quien se pidió un capelo, y la reina nombró á don Juan José de Austria sin permitirle entrar en la corte por virey y capitan general de Aragon, y vicario general de sus dependencias en 4 de junio de 1669.

Quietas así las cosas se volvieron los cuidados á los estados de Italia, recibiendo la España del emperador las correspondientes investiduras é infendaciones de los territorios de Milan, Pavia, An-

glería, Maltrato, Final, Piombino, como tambien de los países de Flandes, y no estando nunca muy satisfechas las potencias de España y el imperio, de que el rey de Francia no intentase volver á la guerra ponian mucho esmero en râtificar y asegurar los tratados de las potencias garantes de la paz y otros príncipes para en caso de la irrupcion que contemplaban próxima, parecia en efecto que el rey cristianísimo en medio de la paz que no duró quatro años, queria lograr mas de lo que habia podido en guerra, pues se iba apoderando de muchos lugares de Flandes con título de dependencias de las plazas de cualquiera jurisdiccion que fuesen, y con ellas ocupar indirectamente todos los dominios españoles en aquella parte. A este fin se entraba por todo con violencia; seguíanse quejas: Holanda como garante protegia lo que podia, por cuyo motivo le declaró la guerra el francés en 1672. Con poderosas tropas entró en Holanda y mas con el dinero ó industria que con riesgos de la guerra hizo tales progresos hasta el Rhin, que obligó tambien á tomar las armas al emperador. El gobernador de la Flandes española se vió asimismo obligado á defenderse de algunas hostilidades, y sirvió de pretexto la defensa, para que igualmente declarase el francés la guerra á España en 19 de octubre de 1673.

La España que mas estaba para armarse de razon y de justicia que de arcabuces, se vió en la precision de tomar las armas para la posible defensa, y pedir al reino el subsidio de 19 millones y medio pagaderos en seis años, así para el estado eclesiástico, como para el secular, segun costumbre en otras ocasiones con la correspondiente dispensacion del papa, concedida por su bula de 9 de diciembre de 1673. En la declaracion de guerra que contestó España se dió un manifiesto lleno de vigorosa elocuencia con la cual y muchas poderosas razones se mostraban las tropelías del ministerio francés en los Países Bajos, y el mucho sufrimiento que tuvieron los vasallos españoles en sus escesivas estorsiones. Pero aunque la España empuñaba la espada, que apenas podía manejar, ponía todos sus esfuerzos en reducir á la Francia á la razon, empeñando vivamente para esto á los garantes de la triple alianza, al imperio y á otros príncipes, dando comision á varios enviados extraordinarios que hicieron muchos congresos y alianzas en Colonia, Cell y otras partes.

Para mayor colmo de las desgracias de España en medio de esta

guerra se levantó Mesina en Sicilia, y pidió la proteccion del francés, el cual no solo se la dió gustoso, sino aun se cree que secretamente sublevaba á Nápoles para conseguir de este modo apoderarse de unos estados á que alegaba pretensiones y derechos muy antiguos. La armada de España auxiliada de la holandesa y varias providencias gubernativas no adelantaron mucho. Estaba nombrado don Juan de Austria para pasar á su reduccion, pero no llegó el caso de su presencia, porque los favoritos que tenia en la córte, consiguieron del rey que viniese á su consejo de estado, de que resultó retirarse la reina madre á Toledo, y apartar del ministerio al que habia sido la confianza de esta, don Fernando Valenzuela, y de la córte á algunos grandes.

Ya habia el rey don Carlos II llegado á la edad de 14 años á fines del año de 1675, y habiendo empuñado el cetro, parecia que tomaba vigor la España; apresturábanse las alianzas de varios príncipes de Alemania para unir sus fuerzas y voluntades á concluir una paz general con el francés. Los progresos de este eran rápidos y ventajosos en Flandes, así contra la Holanda y Alemania como contra la España: ganaba tambien mucho terreno en el Rosellon; y la España y el imperio que al principio fueron como auxiliares de la Holanda, tomaron á su cargo todo el peso de la guerra, sin dejar de instar en congresos á la paz.

El mismo francés convenia en la negociacion de ella, pero no perdía tiempo entre tanto en tomar plazas de los holandeses, por cuyo motivo estos se adelantaron á cerrarla en particular con el rey de Francia, y juntos con el rey de Inglaterra mediaron para concluirirla por España. Aquella se hizo en 10 de agosto, y esta en 17 de setiembre de 1678 en Nimega. El rey Luis XIV en estos tratados ofreció restituir á los holandeses la plaza de Mastrick y sus dependencias, y á la España las de Charleroy, Binch, Ath, Oudenárdé y Coutray, el ducado de Limburgo, el pais de la parte de allá del Mosa, á Gante, Rodenhuis, Lerve, y san Guilain en Flandes, y algunas otras en Cataluña; reservándose el Franco Condado, Besanzon, Valencienes, Bauhain, Conde, Cambray, Ayre, Sant-Omer, Ipres, Warwik y otras ciudades y plazas. Siguióse el tratado de paz con el imperio firmado en 5 de febrero del año siguiente, incluyéndose en él otros príncipes, y la misma España, y en 30 de agosto el matrimonio de la princesa María Luisa, sobrina de Luis XIV, hi-

ja del príncipe Felipe duque de Orleans, su hermano con Carlos II rey de España, que habia llegado á la edad de 18 años.

El príncipe de Harcourt entregó la esposa en Irun al marqués de Astorga, personas comisionadas á este fin en 3 de noviembre de 1679. El rey don Carlos II que habia salido hasta Burgos se adelantó á recibirla tres leguas mas allá en Quintanilla, donde renovándose las santas ceremonias quedó efectuado el matrimonio y dirigiéndose á Madrid entraron en 2 del mismo año. Hiciéronse muchas fiestas y regocijos, así en Burgos como en Madrid, celebrándose su entrada pública en 13 de enero de 1680, desde el retiro al palacio real. Hallóse la reina madre en ellas, vuelta ya á la córte y á la gracia de su hijo, despues de haber fallecido don Juan José de Austria el año antes.

Desconfiaban las potencias de Europa de que durase mucho la paz con Francia, y así mirando á lo que podia suceder se formaban nuevas alianzas para concurrir á hacer mantener la paz, y observar los tratados anteriores siempre que fuese menester. Aseguraron estas ligas Inglaterra con España, Suecia con Holanda, y todos con el imperio y otros príncipes. No se engañaban en sus dudas, pues cada dia iban observando cómo fortificaba sus plazas la Francia en Cerdenia, en la Alsacia, en Flandes, como queria sujetar á su jurisdiccion varias ciudades libres del imperio, la ocupacion precipitada de las plazas que tardaban en entregársele en virtud del último ajuste, y la peticion de otras que decia olvidadas en los tratados, el aumento de marina y preparacion de tropas, con otras cosas que les eran de bastante indicio para temer un proximo rompimiento. No tardaron mucho en verse los efectos: á fines del año de 1683 se entró por Flandes, tomó á Luxemburgo, Courtay y Dixmuda; demolió á la plaza de Treveris, y obligó al imperio y á la España á cambiar la paz de Nimega en una tregua de 20 años firmada en Ratisbona á 15 de agosto de 1684.

Entre tanto que mantenian los españoles las esperanzas del sosiego y de la enmienda de sus calamidades, aguardaban como el remedio último de ellas para la sucesion de estos reinos algun fruto de la reina doña María Luisa de Borbon que bendigese el cielo; mas Dios no se dignó darles este consuelo habiendo muerto la reina en 12 de febrero de 1689 sin dar señas de fecunda en casi diez años de matrimonio. Apenas se le dió sepultura en el panteón de san Lorenzo, se

pensó en nuevo matrimonio y en mayores esperanzas de fruto en doña Mariana de Neoburgo hija del conde elector Palatino del Rhin Felipe Guillermo y de Isabel Amalia su esposa. Hechos los desposorios por poderes pasó á Flandes, embarcóse en Flesinga en 27 de enero de 1690, en 6 de abril desembarcó en el Ferrol; fué obsequiada por los lugares y ciudades que pasaba con grandes fiestas. El rey don Carlos II se adelantó á recibirla á Valladolid donde se renovaron las ceremonias del matrimonio en 4 de mayo del mismo año, y en 22 del mismo entraron en Madrid, habiendo sido festejada, así aquí como en Valladolid con el aparato correspondiente á su persona y dignidad.

Ya en el mes de abril del año anterior habia declarado la guerra el francés á España: originóse todo esto de las revoluciones de Inglaterra contra Jacobo II, á quien desposeido del reino en 1688 protegia Luis XIV contra el príncipe de Orange Stathouder de Holanda, que fué declarado rey de la Gran Bretaña en 1689 con nombre de Guillermo III. No podia lograr el francés su empresa sin dividir las fuerzas de los aliados del imperio, que se habian prevenido desde la liga de Augsburg firmada en 1686: contestó la guerra España, ligaróse de nuevo el imperio y la España, Inglaterra y Holanda contra la Francia; declarando también oponerse siempre á la pretension del francés de que su hijo el Delfin sucediese al trono español si el rey Carlos II muriese sin hijos; agregóse la Saboya, y poco despues el elector de Brandemburgo: peleábase á un mismo tiempo en Italia, Alemania, Flandes, Inglaterra, Cataluña y América; el comercio interrumpido atrajo mayores miserias, todo era estrago y desolacion durante seis años de guerra.

Peleando el francés solo contra tantos, intentó ganar un enemigo menos en el duque de Saboya para reforzar su ejército con el que tenia empleado en Italia: hizo en agosto de 1696 un tratado secreto de paz con Victor Amadeo II, ofreciendo darle el Pignerol y restituírle las plazas tomadas: empeñóle en solicitar con la casa de Austria la neutralidad por la parte de Italia, y á que no se consiguiera la paz; y contrató el matrimonio del duque de Borgoña con María Adelayda princesa de Saboya. Logróse en efecto poco despues la suspension de armas en Italia, firmada por el imperio, España y Saboya, ofreciendo todos retirar sus tropas de aquella parte. El francés con esta seguridad apretó la guerra por Flandes, Alemania y

Cataluña, hasta que con mas ventajas obligó á las potencias á apresurar la paz, destinándose á este fin un congreso en Riswick. Hizo-se aquí el tratado en 20 de setiembre de 1697 entre los respectivos plenipotenciarios de Francia y España: acordóse volver á esta las plazas de Barcelona, Gerona, Rosas y Belver y otras de Cataluña en el estado en que habian sido tomadas; en Flandes á Luxemburgo, Ghini, Charleroi, Courtrai, Mons y Ath; y en fin con la reserva de algunos lugares de la provincia de Henao, todas las demás plazas que hubiera ocupado en cualquiera parte de los dominios de España en la presente guerra; y sucesivamente hizo Luis XIV. iguales tratados con los Estados generales de Holanda, con Guillermo III de Inglaterra y con el imperio, incluyéndose recíprocamente unas potencias en las otras según sus anteriores ligas.

En la corte de España no menguaban las calamidades; la reina madre doña Mariana de Austria habia muerto en 16 de mayo de 1689 retirada del gobierno. La reina doña Mariana de Neoburg, segunda esposa del rey don Carlos II no daba esperanza de sucesion despues de seis años de matrimonio, y no atribuida ya la causa á ella como á la primera, sino á la debilidad de salud del rey que continuamente estaba enfermo y con poca serenidad para aplicarse al sério gobierno de la monarquía: la credulidad del vulgo imaginaba ser su enfermedad efecto de filtros supersticiosos, lo que acaso seria de la violencia ó inoportunidad de las medicinas. Era preciso que la reina esposa interviniere mas en el gobierno, y pensaban que todo lo dirigia por influjo de favoritos. En este estado las potencias estrangeras contemplaban á la España agonizando, y así pasaron al repartimiento. Créese que á este proyecto dieron principio la Inglaterra y Holanda tratándolo con Luis XIV.

La Francia que se consideraba primera acreedora al trono Español, y preveia las guerras que suscitaria el imperio en la misma pretension, para evitarlas convino en el arbitrio y tratado convenido en 11 de octubre de 1698 (1). Adjudicábase al Delfin de Francia, Nápoles, Sicilia, la costa de Toscana, el marquesado del Final, y en las fronteras de España la provincia de Guipúzcoa con las ciudades de Fuenterrabía y San Sebastian y el puerto del Pasage, aplicábase al príncipe Carlos archiduque de Austria y el ducado de Mi-

(1) Tratados de paz, tercera parte de los de Carlos II, pág. 394.

lan, y se destinaban al príncipe Electoral de Baviera para la herencia del trono Español las Indias y los Países Bajos (1).

La España extrañó mucho este modo de proceder de las potencias extranjeras, y mas en un tiempo en que estaba mas restablecido de su salud, é hizo saber su desagrado á Holanda é Inglaterra por medio de memorias presentadas por sus embajadores en las respectivas córtes, como tambien al emperador, etc., á fines del año de 1699. Nada de esto sirvió para que desistiesen estas potencias de su intento, y mas habiendo muerto el príncipe electoral de Baviera, por cuyo caso se contemplaba la casa de Austria mas acreedora á los derechos de sucesion; hicieron un segundo tratado de particion en el mes de marzo de 1700, en que se reprodujo lo mismo; pero variando de príncipe sucesor de España, y nombrando por tal al archiduque Carlos, hijo segundo del emperador Leopoldo, y cambiando el ducado de Milan con los estados de Lorena en este príncipe.

Acabó de consternar el ánimo y salud del rey don Carlos II esta particion, pues veia que las potencias se empeñaban en el desmembramiento de una corona de tanta estension, y disponian de ella como de cosa ya sin dueño; veia asimismo los preparativos de Francia, Inglaterra y Holanda para sostener su intento despues de su muerte; por otra parte el emperador Leopoldo aunque advertia por el tratado la sucesion en su hijo el archiduque Carlos, no podia sufrir que fuese con tanto menoscabo: y así representó al rey Carlos II por medio de su embajador su descontento, y le instó á que preparase su defensa.

El rey Carlos II en un negocio de tanta importancia consultó al consejo de estado, el cual se divi dió en dos partidos, uno en favor del archiduque Carlos, y otro en el de un nieto de Luis XIV, ó el duque de Anjou hijo segundo del Delfin. Consultó asimismo al papa

(1) Poco tiempo despues se esparció la voz que el mismo Carlos II de España, habia hecho una junta de Estado, y que con su parecer habia resuelto nombrar por sucesor suyo al príncipe electoral de Baviera. A consecuencia de este ó rumor ó engaño, el marqués de Harcourt embajador de Francia en España presentó al rey Carlos II una memoria protestando contra aquella disposicion. (*Tratados de paz de Carlos II, parte 3.<sup>a</sup>, pág. 615.*) El marqués de San Felipe (al principio de sus comentarios de la guerra de Felipe V) hace una relacion de esto con tales circunstancias que parece todo creible: pero la respuesta que se dió por España á la memoria del referido embajador (véase la nota en los dichos tratados de paz, pág. 610) y las sentidas quejas y manifiestos que dió á las córtes el rey Carlos II no solo dan apoyo para dudar de la verdad de este hecho, sino para negarlo absolutamente.

Inocencio XII, y este habiendo oído á varios cardenales le espuso que en conciencia debía nombrar al duque de Aujou, cuyo dictámen apoyaron varios ministros del consejo real y muchos teólogos, fundados en que la ley de exclusion de todos los descendientes de la casa de Borbon era contraria á los derechos de naturaleza y leyes fundamentales del reino, y que no habiendo sido estipulada sino para impedir que dos tan poderosas potencias como Francia y España se uniesen en un mismo reino, se evitaba el peligro con esta disposicion.

El emperador Leopoldo que supo esta consulta y la inclinacion al partido de Francia, hizo nueva demostracion de su desagrado instando al rey de España que se declarase por la casa de Austria: pero el rey Carlos II hizo su testamento en 3 de octubre de este mismo año de 1700, llamando en primer lugar al duque de Aujou, y en su defecto á su hermano menor el duque de Berri; y en segundo lugar si alguno de ellos sucediere á la corona de Francia y la prefiriese á la de España el archiduque Carlos y en su defecto por las mismas circunstancias de sucesion al imperio, al duque de Saboya (1).

El rey don Carlos II cada dia se acercaba á la muerte por la violencia de una enfermedad de cámaras, y sintiéndose tan agravado nombró por gobernador de sus reinos al cardenal Portocarrero, arzobispo de Toledo, durante su enfermedad ó hasta que en su muerte se abriese su testamento: poco tiempo disfrutó el cardenal esta satisfaccion, pues dos dias despues falleció el rey en 1.º de noviembre del año de 1700. Yace en el real panteon del Escorial.



(1) Tratados de paz, reinado de Carlos II, parte 3.ª, pág. 741.



### DON FELIPE V.

*décimonono rey de Castilla y Leon, y octavo de las Indias;*

*subió al trono en 1700. Murió en 1746.*



uerto don Carlos II, y abierto su testamento se publicó el nombramiento de sucesion al reino de España en Felipe duque de Anjou, jóven de diez y seis años, hijo segundo del Delfin de Francia. El cardenal Portocarrero arzobispo de Toledo que habia quedado nombrado gobernador de los reinos, acompañado de la reina viuda y otros ministros de una junta particular, interin viniese el real sucesor, avisó luego con sus correspondientes espresos al rey Luis XIV abuelo del nuevo rey. Y el embajador de España en la córte de Francia el marqués de Castel-

dos-Rius fué mandado prestar la obediencia al rey don Felipe V. Aclamóse poco después en 24 de noviembre de 1700 en Madrid, y sucesivamente en toda España: y fué reconocido por tal por todas las potencias de Europa excepto el emperador Leopoldo, que creyéndose acreedor de mejor derecho, desde luego procuró ganar al inglés para oponerse á la casa de Francia.

Partió el rey don Felipe para España el dia 4 de diciembre. Muchos grandes por su voluntad se adelantaron á ofrecerse á su obediencia, y cumplimentar al rey de Francia y su real familia; pero de oficio y por parte del gobierno de España fué el condestable de Castilla don José Fernandez de Velasco, quien encontrando al rey en Burdeos á últimos de diciembre, logró prestar su obediencia y recibir de S. M. muchas honras y las órdenes correspondientes para concluir su embajada extraordinaria con el rey cristianísimo.

Habiendo llegado el rey don Felipe á san Juan de Luz el dia 21 de enero de 1701 hizo su despedida de sus hermanos que le acompañaban; y obsequiado desde Irun por las gentes del respectivo ministerio enviadas por parte del gobierno á servir á S. M., prosiguió su viaje por la carrera de Castilla á Berlanga, Atienza, Guadalajara y Alcalá, llegando á Madrid el dia 18 de febrero de 1701. Hizo la entrada pública en 14 de abril, y el reino celebró su jura en 8 de mayo en la real iglesia de san Gerónimo, segun costumbre; y aunque en el viaje y en estas funciones procuraron los vasallos obsequiar al rey con mucha pompa y regocijos, siempre mandó que se escusaran los posibles gastos.

Desde los primeros dias que llegó, empezó á dedicarse á las cosas del gobierno; arregló los empleos y oficios de palacio, mudando muy pocos de los individuos anteriores. Pero no podia menos de llevarle la atención principal la guerra que amenazaba por parte del emperador, el cual hacia grandes preparativos contra el estado de Milan en Italia. Dió el rey prudentes disposiciones para que en aquel estado estuviesen bien prevenidas nuestras tropas, y para que de estos reinos pasasen las suficientes á contener el impetu del emperador cuyo hijo el archiduque Carlos se decia habia de ir á la cabeza de su ejército, por cuya razon alentado de un magnánimo valor el rey determinó tambien ir en persona á mandar sus españoles y los auxiliares franceses que le prevenia su abuelo Luis XIV. Este habia ya fortalecido los paises de Flandes con cuarenta y dos mil hombres; ha-

bia negociado alianzas con los príncipes de Italia, y particularmente con el duque de Saboya Victor Amadeo II, á quien habia pedido su hija segunda doña María Luisa Gabriela para esposa del real nieto, ya que el emperador Leopoldo, no aprobando el nombraimiento de sucesion, rehusó dar la suya segun habian sido los deseos del difunto rey Carlos que así lo habia dispuesto en su testamento.

Con el ánimo de recibir á su esposa en Barcelona el rey don Felipe, y de tener las córtes acostumbradas en Cataluña y Aragon, dispuso su viaje en 5 de setiembre, dejando por gobernador de los reinos al cardenal Portocarrero. Ejecutóse todo con felicidad en Barcelona, de donde partió hasta Figueras á recibir á su real esposa, que desde Marsella, donde habia desembarcado por el mal temporal, traia la carrera de Francia y Cataluña.

Llegó la nueva reina de edad de 13 años, acompañada de la princesa de los Ursinos y la correspondiente comitiva el dia 2 de noviembre del mismo año de 1701, á quien salió á ver antes de *incógnito* el rey y despues la recibió en palacio con aquel aparato y ostentacion real que permitian las circunstancias. El marqués de Castel Rodrigo que habia sido el apoderado del rey en Turin hizo al otro dia la correspondiente entrega, se revalidaron los desposorios y se celebraron *in facie Ecclesie* con público regocijo.

Volvieron los reyes esposos á Barcelona, y dieron fin á sus córtes en 14 de enero de 1702. Las armas del emperador hacian progresos en el estado de Milan teniendo sitiada á Mántua, y por medio de emisarios secretos habia sublevado al vulgo de Nápoles, que aunque fué sosegado por las disposiciones del virey marqués de Villena, no dejó de llamar la atencion del rey; y así para recibir juramento de fidelidad de aquel reino y asistir con su presencia en Milan, determinó pasar á Italia en compañía de su esposa, dejando para el interino gobierno una junta compuesta del cardenal Portocarrero, los presidentes de los consejos y su mayordomo mayor el marqués de Villafraña. No tuvo efecto por entonces esta disposicion, porque se halló por conveniente que la reina celebrase córtes en Aragon y pasase luego á Madrid para servir de consuelo y aliento á sus vasallos; quedando entre tanto el cardenal Portocarrero por gobernador de los reinos.

Embarcóse para Nápoles el rey don Felipe el dia 8 de abril de 1702 en una armada compuesta de ocho navios de guerra de gran

porte que le había remitido su abuelo el rey Luis XIV, y llegó á Nápoles con felicidad el dia 17. El 19 partió la reina doña María Luisa de Saboya desde Barcelona á Zaragoza, á cuya ciudad llegó el dia 25 y abrió las córtés; las cuales prorogadas pasó á Madrid, hecha gobernadora de los reinos por su esposo, con asistencia de una junta de estado nombrada por el mismo, á donde llegó en 29 de junio.

Entró el rey don Felipe en Nápoles perdonando y haciendo beneficios; fué obsequiado por sus vasallos con grande aparato y pompa, recibió el juramento de fidelidad de aquel reino; dió desde allí varias providencias para pasar luego á Milan; á cuyo estado se dirigió desde Nápoles yendo por mar hasta el Final en 2 de julio de 1702, confirmando de nuevo por virey de aquel reino al marqués de Villena, que lo era al tiempo de llegar allí S. M.

En 11 de junio desembarcó el rey en la playa del Final donde le recibieron con mucha salva de artillería, y prosiguió su viaje por tierra hasta Milan haciéndole los rendimientos correspondientes los pueblos por donde pasaba, y adelantándose á obsequiarle el duque de Mantua, el de Saboya y otros personages.

Llegó á Milan el rey en el dia 18 desde donde á los doce dias salió para Cremona á donde llegó el dia 3 de julio. Dispuso allí el orden de salir con su ejército, hizo las revistas correspondientes acompañado del duque de Vandoma, general del ejército, que habia venido á darle cuenta del estado del sitio, y el dia 21 se dirigió hácia los enemigos con sus tropas.

Estos tenian con un cuerpo de ellas ocupado el rio Tezon para impedir el paso de las del rey don Felipe, pero adelantándose el duque de Vandoma logró desbaratarlos matando á muchos y ahuyentando el resto; llegando el rey á tiempo que pudo animarlos con su presencia y apoderarse del botin que dejaron. Entregóse la ciudad de Regio, y otros lugares ofrecieron paso libre al rey. El ejército aleman mandado por el príncipe Eugenio de Saboya habia pasado el Po; y se prevenia para dar batalla al rey Felipe, el cual se iba acercando poco á poco á su línea. Acampó el rey á la vista de Lúzara: vino al encuentro el ejército aleman y ambos se dieron la batalla; en la cual fué rechazado el enemigo en sus varios y porfiados choques con pérdida de seis mil hombres, y de nuestra parte mil y quinientos; lo cual sucedió á 15 de agosto de 1702; poco despues se rindió el castillo de Lúzara, y sin desamparar el campo, se puso sitio á la pla-

za de Guastala, la cual despues de una vigorosa defensa, se entregó capitulando en 8 de setiembre. Estos fueron los preludios del valor y grande ánimo del rey don Felipe V, dando esperanzas seguras de que habia de ser un animoso guerrero; las acciones posteriores y los grandes peligros vencidos escedieron tan dichosos anuncios.

La proximidad del invierno, y la dificultad de obrar en el campo persuadian la suspension de las facciones militares, y así habiendo determinado el rey volverse á Madrid para alentar con su presencia á sus vasallos, salió del campamento el dia 2 de octubre, y pasando por Milan y otras ciudades llegó á Génova, desde donde embarcándose en 16 de noviembre, y siguiendo la costa desembarcó en Antibio; desde aquí pasando por Marsella, Nîmes, Mompeller y Perpignan llegó á descansar á Figueras en las fronteras de Cataluña. Aquí dió la órden correspondiente para que cesase el gobierno interino de los reinos, á 16 de diciembre del mismo año. Poco se detuvo en Barcelona y Zaragoza, y dirigiendo su jornada por Tarazona y Agreda llegó por esta carrera á Guadalajara donde le esperaba la reina el dia 13 de enero de 1703, y el dia 17 á Madrid, entrando el rey á caballo al lado del coche de la reina entre innumerables aplausos y aclamaciones (1).

El marqués de San Felipe que escribió los comentarios de la guerra de España y á quien desde aquí seguimos, hace una pintura bastante odiosa de la ambicion del cardenal Portocarrero, por cuyo gobierno, dice, habia muchos descontentos y afectos al partido cesáreo, así de algunos personajes principales de España como de algunos pueblos de la Cataluña; pero nada de esto era necesario, ni aun suficiente á un emperador que queria que su hijo el archiduque Carlos tuviese la misma suerte que nuestro legitimo rey don Felipe V, y que confiando en algunos aliados pensaba abatir la gloria de Luis XIV, ó quebrantar su poder para temerle menos.

Interesaba mucho á Guillermo de Inglaterra unirse con Leopoldo de Alemania, por temblar del mismo modo á la Francia y á la España; á aquella porque abrigaba en su seno la sucesion católica de Inglaterra y á esta porque unidos abuelo y nieto pudieran poner en ejecucion el restablecimiento del trono católico que repugnaban los

(1) Todo lo dicho hasta aquí está sacado de la *Relacion* del viaje desde Versalles á Madrid, y de aquí á Italia, que escribió el secretario de Estado don Antonio de Ubilla Medina, é impreso en Madrid año de 1704.

ingleses. La Holanda tenia, si iguales intereses con aquellos, no menor recelo de estos, y así era consiguiente formar liga para evitar tantos riesgos y temores. Llegó esta á su colmo cuando por muerte del rey Guillermo III en 1702 entró á sucederle en el trono Ana Stuarda, hija de Jacobo II el desposeido, no por sucesora inmediata habiendo varon, sino por protestante, que por eso estaba casada con el príncipe Jorge de Dinamarca. Confirmó esta reina el mando de las armas en el duque de Malborough; renovó la liga con el imperio reconociendo por legítimo acreedor á la corona de España al archiduque Carlos; hicieron pactos de reparticion de conquistas: para el emperador el estado de Milan, para los ingleses Menorca, Gibraltar, Ceuta y alguna parte de las Indias; otra parte de estas y España para el archiduque, y por fin para los holandeses muchas plazas de Flandes,

Mientras tanto el rey estaba en Italia, dispusieron los ingleses y holandeses una pequeña escuadra y vinieron á la bahía de Cádiz con intento de apoderarse de ella y de la ciudad. No les salió bien el intento aunque tomaron algunos buenos puestos, porque los naturales se defendieron con valor y los rechazaron. Mayor felicidad tuvieron en la retirada, pues habiendo sabido que nuestra flota habia ido á desembarcar á Vigo, puerto pequeño y con poca defensa, se dirigieron allá; y aunque no lograron aprovecharse de ella; la hicieron infructuosa para nosotros, porque á pesar de mucha resistencia y mucha sangre de una y otra parte, se vieron los nuestros precisados á entregarla al fuego y sumergirla; suceso que hizo apresurar el viaje desde Genova á nuestro rey don Felipe, á donde le cogió la funesta noticia.

La España tenia poca gente armada, y de esta mucha parte en Italia, no muchas naves de guerra; el portugués que habia ofrecido neutralidad al principio, fué ganado de los austriacos é ingleses con promesas de darle la Estremadura y Galicia si ofreciendo paso por su reino á los de la liga, y juntando el ejército que pudiese, unidos peleasen contra España; con estas esperanzas se declaró enemigo; el duque de Saboya á pesar de tener una hija casada con un príncipe de Francia y otra reina de España, se mostró quejoso de los que hasta entonces eran sus aliados y parientes, y tambien se declaró en favor del emperador, dando por causa, no haberle confiado el mando del ejército en Italia, y otras condiciones que alegaba tratadas y no

cumplidas. Así crecían los enemigos contra la España, y se aumentaba su riesgo.

El francés apresuraba la guerra en Alemania y Holanda, sin descuidar la de Milan y la que se agregó luego por causa del duque de Saboya en el Piamonte. Los navios ingleses y holandeses visitaban frecuentemente las costas de España, Francia é Italia como en señal de patrocinio, á los que quisiesen entrar en su partido y aprovechar las ocasiones; proclamóse al fin en Viena por rey de España entre sus partidarios el archiduque Carlos, y dándole el emperador córte y forma de comitiva real, partió á Holanda á tentar su obediencia y á prevenirse de armas y gente para venir desde allí á Portugal.

En efecto habiendo tocado en Inglaterra en donde le sirvieron con algunas tropas y naves, vino á Lisboa en donde desembarcó con ocho mil ingleses en el mes de marzo de 1704. En Castilla se habia hecho la prevencion posible de ejército, y con diez y ocho mil hombres de á pié y ocho mil de á caballo españoles y franceses, salió el rey don Felipe á la campaña, dirigiéndose á Salvatierra. plaza de Portugal en la frontera. Rindióse esta plaza y á su ejemplo otras muchas, ó con poco ataque se entregaron. Mas no fué tan feliz la batalla que se dió junto á Monte Santo, donde padecieron bastante rigor los españoles: así con poco fruto se retiró el ejército, y el rey se volvió á Madrid.

Al mismo tiempo hicieron otra expedicion para tentar á Cataluña. Partió pues al mando del principe de Armestad, general aleman una armada, dejando á su pretenso rey en Lisboa. Habia este prometido llevar al archiduque Carlos, y presentarse con mas poder. Creia que estaba en sazón el designio esperado. El virey don Francisco Velasco, trabajó en mantener fieles á los catalanes; y así aunque desembarcaron cuatro mil ingleses en las cercanías de Barcelona, no se atrevieron á intentar nada y se retiraron.

Volyó Armestad la proa hácia Cádiz, donde tambien esperaba su entrega por algun engaño; tampoco logró el fruto, de cuyas resultas formaron el ánimo de tomar á Gibraltar y á Ceuta; consiguieron lo primero por no haber suficiente defensa, y esta empresa fué de mucha utilidad para los enemigos, entre cuyos generales inglés y aleman se disputó la presa, quedando al fin en favor de los ingleses, cuyo almirante era Rooch.

De aquí se formó el plan de buscar la escuadra española auxiliada de la francesa que venia de Tolon, para echarse unos á otros de las mares. Encontráronse á vista de Málaga, dióse una porfiada batalla el día 24 de agosto; quedaron maltratados unos y otros, y el inglés se retiró á Lisboa, dejando alguna guarnicion en Gibraltar, cuya plaza en vano intentaron los españoles recobrar inmediatamente aunque la cercaron, pues tuvieron la suerte contraria, ya por los temporales que desbarataban las trincheras, y el soldado padecía mucho, ya por los buenos socorros que el inglés llevaba á la plaza, ya por la amistad de los moros que facilitaban víveres.

La guerra en Alemania é Italia se mantenía con varia fortuna, no logrando muchas ventajas los franceses. El inglés enviaba muchos refuerzos á Portugal, donde se mantenía el llamado rey Carlos. En la Cataluña se hacian progresos por parte de Alemania en solicitar descontentos, y ya el archiduque Carlos concebía esperanzas de ser aquí bien recibido. Partió con esta confianza de Lisboa en la escuadra inglesa, hizo algunas tentativas en Cádiz y costas de Andalucía y Valencia, solo logró la rendicion de Denia; aclamóse allí el archiduque Carlos, quedó por gobernador un emisario valenciano que solicitó la revolucion, iba esta tomando cuerpo, pero buenos españoles, el duque de Gandía y el virey, cortaron su rapidez.

A 22 de agosto de 1705 se presentó el archiduque Carlos con su armada inglesa á vista de Barcelona; ahuyentó con su fuego á la caballería que guardaba aquella parte de costa, y desembarcó la tropa en su ribera, á los siete dias él tomó tierra: aunque había partidos en Barcelona no hizo particular conmocion, pero seis mil foragidos de la provincia, fueron á perturbarla y á recibir recompensa del archiduque, que habia ya levantado algunas baterias contra las salidas de la ciudad y de Monjuí. Dentro no habia mucha tropa, y parte de esta ya sobornada: no podian defenderse los fieles al rey don Felipe. Las únicas armas que quedaban al virey eran las del ruego, exhortando á la fidelidad. Interin el archiduque Carlos batía la ciudad con poca gente, con otra poca enviada á Gerona y Figueras, plazas con poca guarnicion, las trajo á su reconocimiento. Con esto se desenfrenó mucha gente facinerosa de la provincia, y dió la rienda al pillage, al saqueo, al sacrilegio, al estupro; ensangrentan-

do contra sí mismos los aceros que estuvieran mas bien empleados contra los enemigos. Estos no hicieron menos, pero Barcelona no se rindió hasta que no pudo mas, capitulando salir los fieles con el honor posible.

Mientras esto pasaba defendía la frontera de Portugal con tropas francesas y españolas el general francés Tesé, el cual partió de orden del rey don Felipe á Aragon para reunir el ejército que enviaba Francia para el recobro de Cataluña. El mismo rey don Felipe salió á esta campaña. Llegó á las cercanías de Barcelona, púsose sitio á Monjuí y á la ciudad; atacaba por mar la escuadra francesa mandada por el conde de Tolosa; pero acercándose un cuerpo de diez mil catalanes por la espalda de los sitiadores y llegando en socorro por mar una armada inglesa; fué preciso al rey don Felipe levantar el sitio, retirarse á Perpiñan y volver desde allí á España por Navarra.

Intentábase al mismo tiempo por los aliados del imperio hacer una paz poco decorosa á la España; la resistió el rey don Felipe, no condescendiendo en la pretension de que quedase España y América por Carlos, y los estados españoles de Italia por el rey don Felipe.

Apenas se retiró el ejército de Barcelona movió el archiduque hácia Aragon: rindiéronse unas plazas de temor, otras de grado, ya tenia Carlos toda esta corona escepto algunas principales plazas fieles al rey don Felipe. El portugués unido con las tropas inglesas y holandesas entraba por Castilla; esta solamente cedía á la violencia, pero no en el corazon. El rey don Felipe falto de gente pero lleno de valor recogia el resto de las tropas para hacer frente al portugués por la espalda y al archiduque cara á cara, que se decia encaminarse á Madrid desde Zaragoza. Determinó que la reina pasase á asegurarse en Burgos, y allí se llevasen los tribunales, el rey fué á unirse con un trozo de ejército que estaba en Sopetran.

El ejército portugués acampó en el Pardo y cercanías de Madrid. El marqués de las Minas, general portugués, entró en esta Villa en el mes de junio de 1706. Prestóse forzada obediencia: él hacia de rey; creaba tribunales, daba empleos, pero nada se egecutaba sino por fuerza.

Al mismo tiempo que los austriacos hacian la guerra á España los moros (cada reino por su parte) hacian la guerra á Ceuta y á Oran; aquella resistió sus ímpetus, esta no pudo tanto por falta de

socorro, el cual aunque se aprontó, el que lo llevaba fué sobornado y lo pasó á Barcelona. Perdióse al fin Orán despues de algun tiempo, Cartagena fué entrada por ingleses: todo era calamidad, hasta que vino un socorro de quince mil hombres de la Francia que se incorporó con las tropas del rey en Sopetran. El duque de Bervick que habia gobernado las tropas españolas en las fronteras de Portugal con vario suceso, dispuso su campo entre Jadraque y Sopetran con el nuevo ejército, animados ya todos con la presencia y exhortacion del rey don Felipe. Venia ya el archiduque á Madrid, el portugués se encaminó á Guadalajara, para divertir el ejército español y abrir el paso á don Carlos; continuas escaramuzas hicieron ver al marqués de las Minas no poder ser feliz su empresa. El archiduque torció hácia Valencia; siguióle el portugués dejando las Castillas; y casi sin pelear volvió el rey don Felipe por Aranjuez á Madrid donde fué recibido con imponderable alegría. Restituyéronse los tribunales y la reina: tomaron aliento las Castillas y el rey se aseguró de su amor y fidelidad.

El general español Bervick seguía las marchas del enemigo, y acampó en San Clemente y despues en Albacete. En Valencia se redujeron algunos pueblos á la obediencia del rey; pero se perdieron las Islas Baleares por la invasion de los ingleses, los cuales no fueron tan afortunados en las Islas Canarias de donde fueron repetidos.

En Italia apretó tanto el ejército austriaco á Milan que se rindió con el marquesado del Final. El duque de Orleans, á cuyo cargo estaba el ejército francés y español de aquella parte, vino á mandar las tropas de España, que estaban á cargo del duque de Bervick en las fronteras de Valencia. Este habia hecho mucho daño á los enemigos con frecuentes correrías; pero el ejército de estos movido y gobernado por el marqués de las Minas, general del ejército portugués, y por Gallobay del inglés, y el conde Donna, holandés, buscaba al español para darle la batalla. Segun la observacion de las marchas de cada uno vinieron los contrarios ejércitos á acamparse en las llanuras de Almansa.

El duque de Bervick dispuso su ejército, ocupando él su centro y el duque de Pópuli á la derecha, y la izquierda del señor de la Barre, francés. Acometiéronse con valor unos y otros, diéronse reñidos combates, estuvo dudosa la fortuna, pero al fin venció el ejército español desbaratando al contrario, á quien le hicieron perder

diez y ocho mil hombres entre muertos, heridos y huidos, con solo la pérdida de dos mil y quinientos de nuestra parte; lo cual sucedió á fines de abril de 1707. En memoria del triunfo se erigió en aquel parage un obelisco de piedra que refiere en suma el suceso, y que hemos visto permanente. No hay menor memoria en el santuario de la imagen de Atocha en esta córte, al que se trageron cien estandartes de diferentes potentados del ejército aliado. El rey premió al duque de Bervick, con el título de duque de Liria y la grandeza de España.

Los enemigos se retiraron á Játiva, Alcoy y Tortosa, á quienes no se pudo perseguir por el pronto, á causa de la falta de víveres. Llegó el duque de Orleans á incorporarse con nuestro ejército; entró en Valencia y con poca dificultad se rindió toda la frontera, excepto Alcira, Alcoy y Játiva; púsose sitio á esta plaza por el duque de Bervick y el caballero Asfelt, francés, interin el de Orleans pasaba á mandar las tropas del rey contra Aragon resistióse obstinadamente Játiva, toda quiso mas perecer que rendirse, y así no quedó de ella ni el nombre, porque el rey le dió el suyo llamado despues *San Felipe*. Con poco menor estrago se sujetaron Alcoy y Alcira.

Felices progresos hizo el duque de Orleans en Aragon, el cual facilmente volvió al reconocimiento. No eran así en Italia. Confiado el austriaco en la conquista de Milan emprendió la de Nápoles; envió un pequeño ejército mandado por el conde Ulrico Daun. En vano defendieron el paso y la ciudad de Cápua el marqués de Feria y el conde de la Roca, no tenian favorable el pueblo; en vano se previno el marqués de Villena, virey de Nápoles, para defender esta ciudad, y despues la de Gaeta: era débil la resistencia por abundancia de desafectos y falta de armas. Con poco fruto defendió á Pescara el duque de Atri, pues ya eran superiores las fuerzas de los enemigos. En fin perdióse el reino de Nápoles á pesar de los buenos esfuerzos de los fieles defensores.

En medio de estas desdichas quiso Dios confirmar el ánimo de los buenos españoles, enviándoles en 25 de agosto de 1707 un príncipe de Asturias, generosa esperanza de la sucesion del reino, á quien se puso por nombre *don Luis Fernando*. Celebróse este nacimiento con muchos regocijos y perdon de algunos personages desterrados, y el reino tomó mas aliento y amor á los reyes.

Las armas de don Felipe, hacian progresos en Portugal y en Ca-

taluña; el duque de Osuna tomó á Moya, el duque de Bay, y despues el conde de Aguilar, recobraron á Ciudad-Rodrigo, contribuyendo mucho la ciudad de Salamanca en estas y otras anteriores ocasiones con gente y con dinero. Lérida fué sitiada por el duque de Orleans y el de Bervik, la cual se rindió despues de una porfiada resistencia. En Aragon y Valencia reducidos los ánimos, fueron tambien reducidos á menos los fueros, para que fuesen mas uniformes las leyes del reino.

La Francia, que sola sostenia tanta guerra en Europa no perdía terreno en Holanda, adelantaba en Alemania, defendia en Italia lo que habia tomado al duque de Saboya, y rechazó á este del sitio de Tolon, que habia puesto con el mayor vigor, auxiliado de la escuadra inglesa, y confiado en el partido de los hugonotes, que en su provincia misma hacian la guerra en favor del enemigo comun. A la pérdida de Nápoles ocupada por el emperador siguió la de la isla de Cerdeña: esta no pudo hacer muchos esfuerzos; testigo de esto fué el marqués de San Felipe, (á quien seguimos) que era gobernador de los cabos de Cállor y Gallura. Con este poder aumentado al rey pretensó, se animaron los ingleses á darle mayor socorro en defensa de Barcelona donde vivia con el aparato real, y acababa de celebrar las bodas con la princesa *Isabel Christina* de Brunswick en el mes de agosto de 1708, pero aquellos socorros se suspendieron un poco por atender la Inglaterra á estorbar el intento del desposeido Jacobo II, que salió con una armada francesa de Dunquerque para ocupar la Escocia; no le favorecieron ni el tiempo, ni las órdenes estrechas que llevaba de Luis XIV, y así se volvió perdiendo la mejor ocasion.

El ejército del rey don Felipe estrechaba á los catalanes habiendo ganado á Tortosa no sin sangre, y en Valencia á Denia y Alicante con bastante dificultad. Tambien eran escarmentados los portugueses en su frontera, dándose una batalla que se llamó de la *Gudiña*, pero la Francia trabajada con tantas guerras contra tantos principes y en tantas partes se hallaba embarazada para seguirlos; los enemigos aunque flaqueaban por alguna parte no habian dejado de sacar algunos frutos hácia sus intereses: el rey don Felipe, siempre constante y confiado en sus buenos vasallos ni se acobardaba, ni desconfiaba de los auxilios de la Francia; en fin deseábase á un mismo tiempo la guerra y la paz, ya el rey de Francia consentia en los prelimina-

rés de ella á principios del año de 1709, pero eran sus artículos tan irritantes y contrarios al rey Luis XIV y á la España, que de ningún modo fueron oídos.

El ejército del rey Felipe que hacia frente á Cataluña, estaba compuesto de dos cuerpos, uno de franceses mandado por el mariscal Besson, y otro de españoles al cargo del conde de Aguilar; no estaban muy bien unidos en sus operaciones, porque aquel tenia particulares órdenes de Luis XIV. Fué preciso que partiera el rey don Felipe para ponerse á su cabeza en el mes de setiembre de 1709. Examinadas las cosas dispuso con acuerdo de su abuelo, que quedando un cuerpo de doce mil franceses al sueldo de España se retirásen los demas á Francia intentó el rey don Felipe, sacar á batalla á los enemigos que estaban acampados en Balaguer, pero no moviéndose ellos se volvió á la corte, trayéndose consigo al conde de Aguilar, y dejando el mando de las tropas al conde de Esterlaes, flamenco.

Estaba tan enlazada la guerra en toda Europa, que hasta los estados del papa tuvieron que tomar las armas para defenderse de los peligros que le amenazaban de parte del emperador. Este por medio del conde Daun, virey de Nápoles, y otros enviados, pretendia anular los acostumbrados reconocimientos feudales á los estados del papa; pretendia mas, que el papa reconociese por rey de España al archiduque Carlos, con otras cosas favorables á este y contrarias al rey don Felipe, á quien el papa ya habia reconocido por tal: el mayor poder del emperador hizo que el papa hiciese contra su voluntad mucha parte de lo que pretendia, y así reconoció á Carlos por rey de lo que poseia en Cataluña. De aquí resultó el disgusto del rey don Felipe, y la necesidad de reclamar estos procedimientos. De aquí resultó, despues de una seria consulta de teólogos, algunos obispos y de sus reales consejos, mandar salir de España al nuncio monseñor Zondadari, cerrarse el tribunal de la nunciatura y encomendarse sus causas á los ordinarios.

Por el mes de mayo de 1710 volvió el rey don Felipe en persona á buscar al enemigo en Balaguer. Tambien le aguardaba el archiduque Carlos en su mismo ejército, fortificado y con puestos ventajosos, intentó el rey don Felipe aunque en vano desalojarle, pues hallaba mucha resistencia en los enemigos; faltaban víveres, y empezó el rey á retirarse con alguna pérdida; la cual dió algun nombre á los enemigos, celebrándose por esto la batalla de Almenara, por haber

sucedido todo esto cerca de aquel pueblo no lejos del Segre.

El rey don Felipe que en esta empresa habia fiado su ejército al conde de Esterlaes y al marqués de Villadarias, llamó al marqués de Bay que estaba en la frontera de Portugal; pero tampoco fué este muy feliz, pues cargaban siempre los enemigos la retaguardia de nuestro ejército, que retirándose llamaba al contrario á parages mas descampados y socorridos, con este intento se detuvo el rey don Felipe en Zaragoza, é hizo frente en el monte Torrero allí inmediato; fué mas crudo este combate y aunque hubo por una y otra parte bastante pérdida quedó mas fuerte el archiduque.

Malograda esta accion partió el rey don Felipe por Agreda á Castilla y á la córte. El archiduque ocupó á Zaragoza y trajo á su devocion la mayor parte de Aragon. Con esta ventaja pensó conquistar á Navarra, á donde dirigió su ejército, resistióse esta, y él pasó á Castilla. El rey don Felipe se retiró á Valladolid con los tribunales, á donde le siguió un grande número de habitantes madrileños con la mayor parte de la grandeza, la cual se empeñó por sí en solicitar nuevos socorros del rey de Francia; y en levantar algunas tropas para la defensa.

El Archiduque llegó á Madrid, hizo una entrada con mayor pompa que la primera vez, pero halló la córte sin gente y sin afecto. Interceptábanle los víveres por las cercanías con algunas partidas de caballería don Feliciano Bracamonte y don José Vallejo. Esperaba las tropas del portugués, pero las buenas providencias y nuevos refuerzos al cargo del marqués de Bay impedian el paso de la frontera.

El duque de Noalles enviado por el rey de Francia con quince mil hombres se apostó á la raya de Cataluña, por cuyo peligro y por no haber adelantado nada en Madrid el archiduque, dejándola desesperado, se fué á Cataluña. Pocos dias despues le siguió su ejército, pero el rey don Felipe que habia estado en la frontera de Portugal vino con prontitud á Madrid entrando en esta villa con innumerables aplausos; de aquí partió á perseguir la retaguardia de los enemigos enviando delante al duque de Vandoma á quien habia llamado de Francia: logró interceptar en Brihuega la parte de ejército que componian los ingleses mandados del general Stanhop; fortificóse este en la villa, sitiáronla los españoles, hubo mucha resistencia y sangre de una y otra parte, pero al fin se entregó con cua-

tro mil prisioneros en el día 9 de diciembre: al día siguiente llegó el general Staremberg con sus alemanes, y el resto de su ejército que había sido llamado por Stanhop al socorro: pero alentado el ejército español, le acometió con vigor; hubo muchos reencuentros, hubo esquisitas evoluciones de guerra, y se vió sobresalir la pericia militar de los dos mas valientes generales Staremberg y Vandoma, hubo mucha sangre derramada; el alemán tenia una tercera parte mas de gente que el español; perdió mucha; de nuestra parte, aunque en corto número, teníamos la ventaja en la presencia y magnanimidad del rey D. Felipe, que con su generoso aliento daba vida á los que sin él la hubieran perdido. Entre los oficiales de nuestro ejército, teniendo á la vista tan buen modelo dieron á conocer su valor el conde de Aguilar, el de san Esteban de Gormaz y su hermano el marqués de Moya y el marqués de Valdecañas, no quedando inferiores los ya referidos Bracamonte y Vallejo, don José Amézaga y el conde de Mahoni. Esta es la célebre batalla de Brihuega y el campo de Villaviciosa, con que se dió fin al año de 1710 y casi á todo el ejército del archiduque Carlos.

Con tan feliz suceso mandó el rey don Felipe que volviese la reina á Madrid juntamente con los tribunales, que desde Valladolid se habian pasado á Vitoria. El presidente de Castilla don Francisco Ronquillo, desterró á ciertos personajes que habian sido afectos al archiduque; pero el consejo real representó al rey el perdón de la plebe, que concedió generosamente.

Del campo de Villaviciosa partió el rey don Felipe con su ejército á Zaragoza para volver á restablecer los ánimos de aquella provincia y estrechar mas á Cataluña, cuya plaza de Gerona estaba sitiada con las tropas que habia traído de Francia el duque de Noalles. Este habiendo ganado aquella plaza en el mes de febrero de 1711 pasó á Zaragoza donde estaba el rey en compañía de la reina para tratar las disposiciones ulteriores de la guerra.

Estando en esto mudaron de semblante las cosas, y el estado de la Europa con motivo de la muerte del emperador José I y ser llamado al imperio su hermano el archiduque Carlos con preferencia á otros príncipes que le competian. Sentia mucho dejar á Cataluña, porque se esponia á perder lo poco que tenia de rey. Al mismo tiempo nuestro soberano dilataba mover el ejército esperando que se ausentase Carlos; pero al fin antes que partiese mandó al general duque

de Vandoma que se dirigiese con sus tropas hácia Prats en 16 de setiembre de este año. Ni aquí, ni en el sitio de Cardona se hicieron muchos progresos, oponiéndose valerosamente el general Starremberg aunque habia partido ya su rey para Alemania en 27 de setiembre.

Este habia asegurado á los Barceloneses su proteccion para que se mantuviesen firmes, dejándoles entre tanto á su esposa Isabel Cristina por gobernadora. Al llegar á Génova y pasar despues por algunos estados de Italia, quiso hacerse reconocer por rey de España de algunos príncipes, que se hallaban indiferentes ó estaban por el rey don Felipe.

Con la esperanza de ser elegido el archiduque Carlos por emperador de Alemania, habían apresurado las potencias aliadas, principalmente la Inglaterra con el rey de Francia los preliminares de una paz, y con la eleccion, sucedida en 12 de octubre se afianzaron. Estos preliminares fueron que al nuevo emperador Carlos VI se diesen Nápoles, Milan y Cerdeña; á los Holandeses la Alta-Geldria y una barrera conveniente en Flandes; á los ingleses la isla de Menorca y Gibraltar; al rey don Felipe España, Mallorca, Canarias é Indias: quedándose sin aplicar por entonces Sicilia y Flandes, aquella para que el duque de Saboya la cambiase con la parte que habia ocupado del ducado de Milan, y este porque el rey don Felipe lo habia cedido al duque de Baviera. El emperador Carlos se oponia á todo, pero la Francia y la Inglaterra apresuraban el congreso, destinando para él la ciudad de Utrech. No por eso cesaban las hostilidades en todas partes, pero se procedia con mas lentitud en ellas por parte de la Inglaterra y Francia, y ya España lograba treguas con aquella, aunque dentro de su reino siempre estaba con las armas en la mano ya en Portugal, ya en Cataluña, dando el rey acertadas providencias desde Madrid á donde se habia restituido desde fines del año de 1711.

Entre este tiempo sucedió que en Francia habian muerto varias personas de la real familia, y por su falta se temia que viniese á recaer la corona de Francia en el rey don Felipe, porque este tenia ya dos hijos varones para suceder en España: el uno era el Príncipe de Asturias don Luis y el otro el infante don Felipe, nacido en Madrid á 6 de junio de 1712, y así para proceder al ajuste de la paz, pedian los contrarios que el rey don Felipe hiciese otra vez renuncia de pretension alguna á la corona de Francia, si llegase á

faltar Luis XIV ó un viznieto niño que solo quedaba por sucesor, y despues se llamó Luis XV.

Convocó el rey don Felipe córtes de todo el reino para hacer aquella renuncia y tratar de mudar el órden de sucesion á la corona de España. Consultó al mismo tiempo al consejo de Estado y al de Castilla: aunque este anduvo detenido en este punto, al fin de comun asentimiento de todo el reino junto en córtes, se derogó el órden de sucesion en las hembras, habiendo varones en algunas de ambas líneas recta ó transversal, no interrumpida, pero con condicion de que el sucesor varon fuese nacido y criado en España, y en defecto de príncipes españoles la hembra mas próxima al último rey: todo lo cual se publicó por pragmática sancion en fuerza de ley con la mas solemne autoridad.

Para proceder á la paz por parte del emperador, le fué pedido por el rey don Felipe y las demás potencias beligerantes que evacuase la Cataluña, Mallorca é Ibiza, y así salió de Barcelona la emperatriz Isabel Cristina, á 19 de marzo de 1713 y poco despues las tropas alemanas; con lo cual se procedió con mas desembarazo al ajuste de paz. La suma de esta con Inglaterra fué reconocerse recíprocamente la reinã Ana por legítima en Inglaterra, y el rey don Felipe por legítimo en España, y la sucesion establecida de cada uno en su reino; que aquella no auxiliase á Austria contra don Felipe, ni este contra la Inglaterra en favor de la familia católica de Jacobo Estuardo. Arregláronse varios puntos de comércio, conforme á lo establecido por Carlos II de España, y el asiento de negros para Indias quedó por los ingleses, escludidos los de qualquiera otra potencia. Firmóse esta paz en Utrech á trece de julio del mismo año de 1713.

Entregó la España á Sicilia para el duque de Saboya, y el francés le restituyó á Niza, Villafranca y la Saboya. El emperador no quería hacer la paz con España sino con Francia, esta la habia hecho ya con Holanda, pero no ajustándose bien el rey cristianísimo con el emperador, todavía siguió un poco la guerra entre franceses y alemanes. Al fin pidió el emperador congreso aparte, conviniéronse en Rastad, y los primeros preliminares fueron, que el rey de Francia no ayudase á la España, mientras el emperador no auxiliase á otra potencia. Concertaron al fin sus paces ambas, naciones y luego las hizo España con Holanda. Quedaron por el emperador la Flandes;

el ducado de Milan, Nápoles y Cerdeña.

Los catalanes aunque se vieron desamparados de su rey el archiduque, y poco despues de su reina Isabel Cristina, de sus generales y tropas alemanas é inglesas, quisieron mas quedar independientes y libres que entregarse al rey don Felipe. Juntaron gentes, formaron regimientos para su defensa. Las tropas del rey mandadas por el duque de Pópuli hacian correrías por los contornos de Barcelona con poco fruto; y el duque no con mucho bombeaba la ciudad. Para apretar mas el sitio el rey quiso que tomase á su cargo esta empresa al duque de Bervik que vino de Francia con veinte mil franceses. La ciudad se defendia con continuas salidas para desbaratar las trincheras ó derrotar á los sitiadores. El duque de Bervick abiertas brechas empezó el asalto en 30 de agosto de 1714. Los catalanes estaban poseidos del furor y del despecho: las tropas del rey eran en gran número y muy animosas: aquellos se defendian ó encerrados en sus casas ó pertrechados en las boca-calles, en los muros y baluartes: todo era estrago y sangre; porfiaron mucho y no se rindieron hasta que hicieron perder muchas vidas, ó ellos se amenoraron con muchas muertes por espacio de once dias; pero cubramos con el velo del silencio estas desgracias, mas para lloradas que para referidas.

Entre tanto que el rey don Felipe aseguraba su monarquía con sus armas y las paces, le llenaba el cielo de bendiciones; en 23 de setiembre de 1713 habia nacido el infante don Fernando, pero interrumpió este regocijo la grave indisposicion de la reina, la cual durante su matrimonio habia padecido muchas intercadencias de salud; este parto la dejó tan debilitada, que le apresuró la muerte á los 26 años de edad en 14 de febrero de 1714, en la cual dió muestras de aquella bondad característica que la habia distinguido toda su vida: fué sepultada segun costumbre en el panteon de los reyes en San Lorenzo del Escorial.

El rey estaba en la florida edad de 32 años, y pensó en nueva esposa. Entre varias propuestas por su abuelo Luis XIV, eligió á la princesa Isabel Farnesio, hija del difunto duque de Parma Odoardo y próxima á la herencia de la Toscana, muger de gran talento y de mucha instruccion, en la edad de 21 años. Dicese que cooperó mucho á esta eleccion la princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina difunta, y que no solamente esperaba serlo de la siguiente

te, sino tener tanta gracia y poder con ella como con la pasada: añádesese que tuvo tambien mucha parte en esto el abate Julio Alberoni, que habia sido capellan doméstico del duque de Vandoma en Italia, despues comensal del marqués Casali enviado de Parma, y por retiro ó ausencia de este, encargado de sus negocios. En fin, el cardenal Acuaviva que estaba en Roma y que primero trataba el matrimonio de órden del rey con una hija del duque de Baviera, la tuvo de concluirlo con la princesa parmesana, lo cual se efectuó en 16 de setiembre de 1714 en que fué proclamada esposa del rey y reina de España en Parma.

Dispúsose el viaje de la nueva reina desde Parma por Génova, para ir por mar hasta Alicante, pero el temor de la navegacion la precisó á venir por tierra, pasando por la Francia hasta San Juan de Pié de Puerto, á donde salió á recibirla desde Bayona la reina viuda de Cárlos II, doña María Ana de Neoburg su tia, allí retirada, y donde á la sazón se hallaba tambien el cardenal Judice como detenido por cierta causa en que habia desagradado al rey. En esta ocasion se dice que estos dos instruyeron á la nueva reina del genio altivo de la princesa de los Ursinos, y la aconsejaron que la apartase de sí, y que luego Julio Alberoni hizo lo mismo en Pamplona, á donde habia llegado á recibirla como á su señora. El rey la esperaba en Guadalajara, y de órden suya la princesa de los Ursinos se adelantó á Jadraque, de donde apenas pisó el palacio la reina, dió órden para que la sacasen fuera del reino: dicese que porque en el mismo punto descubrió su altivez é irritó á la reina; la cual comunicó al rey por escrito esta resolución, y luego fué á darle parte de palabra Julio Alberoni. Causó esto gran novedad al rey y á toda la córte, pero se llevó á debida egecucion el mandato. Recibió á la reina el rey en Guadalajara con muchas demostraciones de regocijo, y se hizo la santa ceremonia del matrimonio en 24 de diciembre, celebrando el patriarca de las Indias; y pasados allí los tres dias de páscoa, entraron en Madrid ambos reyes en medio de innumerables aplausos y aclamaciones, con que se dió fin al año de 1714.

Aun no estaban en aquel tiempo compuestas las cosas de la dataría de Roma y nunciatura en España, y habia contribuido mucho á su dilacion don Melchor de Macanaz, hombre de genio fuerte, pero celoso de las regalías de S. M. Este de varias comisiones eger-

cidas en Valencia y Zaragoza, pasó á ser fiscal del consejo real. Por entonces sucedió la interrupcion de la nunciatura de que hemos hablado, con cuyo motivo apoyado del patrocinio del señor Orri, ministro de hacienda, reprodujo con teson y aliento las antiguas contestaciones entre la potestad temporal del papa sobre varios puntos y la jurisdiccion real; pero los espuso de un modo tan ácre y tan picante en algunas proposiciones que hubo de tomar la mano en esto el Santo Oficio. Publicó este un edicto condenando varias proposiciones que contenian los escritos de Macanaz, aunque en él no se le nombraba: firmó tambien este edicto el cardenal Judice, inquisidor general, pero ausente por entonces en Paris. Reclamó Macanaz como inválida la firma de Judice por causa de su ausencia; y el rey don Felipe ínterin se examinaba todo esto, no le habia dado permiso para venir á España. Los escritos de Macanaz habian dividido á muchos en partidos; se habia resentido el papa y retardado los convenios en que se habia de egercer la nunciatura en España. La reina vino con su gran talento á apaciguar estas discordias, y á poner el reino en tranquilidad. En efecto todo se hizo por su mediacion, y resultó que el rey mandase salir de España al señor Orri, y volver á la córte y su estado al cardenal Judice; Macanaz se salvó en Francia; se suprimieron los presidentes de las salas del consejo real, y se redujo al antiguo método de gobierno, y se dieron otras acertadas disposiciones que trageron un gran sosiego en esta parte á los ánimos de los reyes.

Adelantábase en la paz por las potencias cristianas de la Europa; y tambien se concluyó entre España y Portugal en la misma ciudad de Utrech, á 6 de febrero de 1715, restituyéndose recíprocamente algunas plazas de nuestra frontera y varios territorios en América. A 20 de enero de 1716, alegró la reina á la España con el feliz alumbramiento del infante don *Cárlos Sebastian*, que por divinas disposiciones vino á ser despues piadoso rey de nuestra España con el nombre de don *Cárlos III*.

El emperador resistia siempre hacer las paces con España, abrigando sin cesar la pretension á ella en su corazon; ni dejaba de portarse con neutralidad en Italia, ni dejaba de lograr las ocasiones en que pudiese hacer algún mal; el duque de Saboya faltaba tambien á varios pactos, por los cuales el rey don Felipe le habia cedido la Sicilia, y con consideracion á todo resolvió formar una expedicion

contra esta isla y la Cerdeña, en cuya determinacion, se dice tuvo la mayor parte el abate Alberoni, que á esta sazón ya habia logrado del pontífice el capelo, por medio del nuncio Aldrabandini y peticion del rey.

Hizo un desembarco en Cerdeña la armada prevenida para esto en 20 de agosto de 1717, no costó mucho trabajo reducir toda la isla á la obediencia del rey católico, contribuyendo mucho á esto la actividad en las disposiciones, y la ocasion de estar empleado el emperador en guerra contra el turco, siendo muy cortos los socorros que vinieron á Cerdeña de Nápoles y Milan.

Desde Cerdeña debia haber seguido la armada á sorprender la Sicilia, pero el mar contrario no lo permitió. Perdida la ocasion el cardinal Alberoni intentó agregarla á España por tratados con el duque de Saboya, ó cambiarla por la Cerdeña, mas no lo consiguió; y no desistiendo de su empeño resolvió conquistarla. Oponíase muchas dificultades. El emperador ya estaba libre de la guerra contra el turco. La Inglaterra y la Francia que habian penetrado los desig-nios de la España, y veian el armamento que esta disponia, empeña-ron al emperador en una liga para estorbarlo, y por este medio con-servar el equilibrio de la Europa; pero nada detuvo al rey don Feli-pe. En el mes de junio de 1718, salió de los puertos de España una poderosa armada compuesta de 20 navíos de guerra con gente, mu-niciones y víveres correspondientes, y pasando por la Cerdeña á tomar algunas tropas se presentó delante de Sicilia, y dando fon-do en el Golfo de Salento hizo su desembarco en el día 1.º de julio.

Iban haciendo progresos las armas españolas en esta isla; pero los alemanes desde Nápoles, y los ingleses con una escuadra de 20 navíos vinieron á impedirlos: hubo un choque naval no sin astucia de los ingleses que aparentaron no querer pelear, y aprovechándose del descuido de los españoles los derrotaron: por tierra ganaron los nuestros algunas plazas fuertes, pero á costa de mucha sangre. Estas pudieron haber sido defendidas ó conservadas, si no hubiera ocurri-do por entonces la pretension del rey Jacobo desposeido del trono de Inglaterra, al cual ayudó España llevándole á Escocia con naves car-gadas de algunas tropas, pero de mucha fusilería y municiones para armar á los que se declarasen en su favor. Esta empresa que se ma-logró con pérdida de algunas naves españolas por el mal temporal,

dió lugar á que los alemanes favoreciesen con otra escuadra á Sicilia. La España ya no podia atender tanto á esta isla como á las fronteras de Navarra y Vizcaya, por donde se entraba el francés haciendo daños. Esta guerra con la Francia, era resulta de las desavenencias que habia entre aquella córte y esta por la regencia del rey niño Luis XV, que habia tomado el duque de Orleans por disposicion de Luis XIV al tiempo de morir en el año de 1715. Atribuíanse al duque de Orleans malos influjos contra la España, y no buen tratamiento á los franceses. El rey don Felipe á vista de esto pretendió ser el regente principal, ya por ser mas inmediato en parentesco y dignidad, ya por redimir al rey niño y á sus vasallos de tantas vejaciones. En este estado apretaban los franceses á Fuenterrabía, en cuyo riesgo resolvió el rey don Felipe ir á animar sus tropas por el mes de junio de 1719: pero antes de su llegada ya se habia rendido aquella plaza, no pudiendo impedir que se entregasen otras aun á su vista por la desigualdad de fuerzas; contentáronse los franceses con haberlas sujetado y tenerlas á su disposicion, y retirándose su ejército hizo lo mismo el rey don Felipe, bien que el príncipe fué despues por Cataluña reconquistando lo perdido. Los ingleses hicieron un desembarco en Galicia por Vigo, contentándose tambien con hacer algun daño en despique del pasado auxilio del rey Jacobo, y en obsequio del duque regente de Francia con quien habian pactado esta tentativa. Ocuparon al fin los enemigos la mayor parte de la Sicilia, y el emperador que tanta parte habia tenido en la empresa, determinó no volverla al duque de Saboya, á quien el rey don Felipe la habia cedido con derecho de reversion, por negociar la paz, y de quien despues la habia represado por faltar á muchos convenios.

Como todas las empresas de guerra habian sido manejadas por el cardenal Alberoni, atribuián á este las potencias estrangeras los obstáculos de la paz deseada; y así el duque de Parma, de acuerdo con alguna de ellas insinuó al rey don Felipe, que si no apartaba al cardenal del ministerio, no se concluirían con felicidad las pretensiones de la tranquilidad. Bien conocia el rey don Felipe que esta era precisa, pues las armas españolas habian tenido varia fortuna contra las esperanzas y promesas de Alberoni: y así desviando este obstáculo se preparó el tratado de una paz general.

El emperador antes de todo ajuste pretendia que se evacuasen

de las tropas españolas para él la Sicilia, y para el duque de Saboya la Cerdeña. La Holanda y la Inglaterra querían que accediese al tratado de esta y de Francia del año de 1718, en que estaban escluidas entre otras estas pretensiones, y á que no accedió por entonces el rey don Felipe; porque aunque en él tambien se quería restablecer por heredero de la Toscana, Parma y Plasencia á don Carlos, infante de España, hijo primogénito de la nueva reina doña Isabel Farnesio, era con la condicion de que habian de quedar estos estados feudatarios del imperio, lo cual parecía al rey don Felipe muy mal, y al actual duque de Parma muy indecoroso. No obstante, por acelerar la paz adhirió á aquel tratado, y mandó evacuar y entregar la Sicilia y la Cerdeña. Pero aun despues de esto se dilataba la paz por haber empezado el rey don Felipe un poderoso armamento en Cádiz, y esta empresa puso en recelo á las potencias. Importaba el sigilo, y no era contra ellas; ni bastó que lo asegurase en estos términos el rey católico, pero vieron el desengaño cuando se dirigió esta armada á libertar á Ceuta, que habia 26 años que estaba sufriendo cerco trabajoso de los moros.

Se habia fortificado de tal modo el marroquí enfrente de Ceuta durante el tiempo referido con trincheras y otros ardidés; que ya habia hecho como un lugar poblado con casas y huertos para mejor comodidad de los gefes, á las faldas del monte Bullones; y aunque no se habia adelantado nada contra la plaza, pero interrumpian frecuentemente las provisiones, y se ayudaban mucho del pillage. Nombró el rey don Felipe para dirigir esta empresa al marqués de Ledé, capitan experimentado en la conquista y defensa de Sicilia, por cuyo mérito le habia premiado con la grandeza de España. Tenian los marroquíes cuarenta mil hombres en su campamento; diez y seis mil llevó el marqués de Ledé de desembarco. No tardó en acometer al enemigo en sus mismas trincheras, y aunque no se deramó mucha sangre se logró ahuyentar á los moros, y apoderarse de 29 cañones, cuatro morteros, muchas municiones y víveres, y destruir sus atrincheramientos. Tres estandartes presentó luego el rey don Felipe en persona en el santuario de Atocha, y uno envió al papa, quien ensalzó su celo. Este año de 1720 fué alegre para los españoles por este triunfo, y triste á los franceses por la horrenda peste de Marsella.

Aunque el rey de España habia cedido á la cuádruple alianza

formada entre Inglaterra y Francia, Holanda y el imperio para el ajuste de la paz, pero como cada una de estas potencias tenian sus pretensiones pendientes, se dilataba la forma del congreso que estaba destinado en Cambray. Entre tanto se dispusieron dos bodas entre Francia y España. Habian muerto dos infantes llamados Felipes, hijos de la primera reina doña María Luisa de Saboya, y quedaba de esta el sucesor á la corona, jurado ya príncipe de Asturias, don Luis Fernando de edad de 13 años, y el infante don Fernando de 8. De la segunda reina doña Isabel Farnesio, teniamos al infante don Carlos de edad de 4 años, para quien se pretendia la soberanía de Parma, la infanta doña María Ana Victoria que habia nacido en 31 de marzo de 1718, y al infante don Felipe nacido en 15 de marzo de 1720.

El regente de Francia, duque de Orleans, restituidas á España las plazas tomadas en la frontera, pensó en desposar al jóven Luis XV, de edad de 11 años con la infanta doña María Ana Victoria de edad de 4, pero que se llevase allá para educarla á su usanza, hasta la edad suficiente para la union del matrimonio, al modo que una segunda hija del duque de Orleans habia de venir á España para el infante don Carlos, asimismo se dispuso casar á nuestro príncipe de Asturias don Luis, con la hija mayor de aquel duque llamada doña Isabel de Orleans, aquel de edad de 14 años y esta de 12. Convenidos los tratados fueron á principios del año de 1722 el rey don Felipe y la reina doña Isabel á Lerma, á recibir á los que venian y á entregar la que hubiera sido reina de Francia, si no se hubiesen cambiado los deseos.

Con estos casamientos creyó el emperador que España y Francia habian hecho una enconosa liga contra él, y que la Holanda y la Saboya, uniéndose con estos reinos le habian vuelto las espaldas; aquella enojada por el establecimiento de la compañía de Ostende, perjudicial á su comercio, y esta por no estar contenta con sola la Cerdeña, lo cual hizo dilatar aun las deseadas paces. El rey don Felipe no cesaba de solicitarlas, y de tantos cuidados y trabajos ya le faltaba la salud. Por esta causa andaban tambien lentos los negocios de su gobierno. Habia hecho construir próximo á Balsain un sitio de recreo con un templo dedicado á San Ildefonso, de donde tomó despues su nombre, y ya lo disfrutaba como retiro para hallar en él algun descanso á sus penosas fatigas y quebrantada sa-

lud. ¿ Y cómo no había de padecer ya su espíritu fatigado? Un rey que desde mancebo por espacio de 22 años había andado en las campañas, espuesto al desvelo, á la incomodidad é inclemencia del tiempo, á los mayores peligros de la guerra en los mas fuertes trances de batallas; probada su fortaleza y constancia á la piedra de las adversidades y pesadumbres, rodeado y acosado de enemigos domésticos y estraños; él solo contra todos los reveses de la fortuna; él solo lleno de magnanimidad, celo, paciencia y religion, en continuo contraste con las desgracias y trabajos, amante de sus vasallos y de la gloria de un reino que la justicia ponía en sus manos, y la iniquidad se lo queria arrebatár.

¿Qué desvelos no le habian merecido hasta entonces la real hacienda, los tribunales, las armas, las letras, las artes, la industria, la navegacion y el comercio, dirigido todo al bien de sus amados vasallos?

Desde el punto que subió al trono, para evitar la imposicion de nuevos tributos quiso arreglar la administracion de las rentas reales; mandó venir de Francia á Juan Orri, hombre inteligente en el gobierno y economía de los caudales. Hízole intendente general del real Erario, con el fin de enmendar los abusos y usurpaciones de las rentas reales; y lo consiguió con facilidad.

Arregló la tropa de la casa real; suprimió la de la Cuchilla ó de Borgoña, que era la guardia real que habia creado Carlos V, cuyo capitan era regularmente de la nobleza de Borgoña; dejó la de alabarderos y formó cuatro compañías de á caballo de á doscientos hombres cada una, nobles y veteranos, llamados guardias de corps: estas fueron dos de españoles, una de walones (ó flamencos) y otra de italianos. Asimismo arregló dos regimientos de guardias de infantería española y walona de á tres mil hombres cada uno.

Sucesivamente se formaron varios regimientos, Cantabria, Asturias, el fijo de Ceuta, el de Navarra, el de Milan, los de Hibernia y Ultonia, el de Aragon y Bravante, y los de caballería de la Reina, del Principe, de Algarbe, Calatrava, Santiago, Montesa, los dragones de Sagunto, Numancia, Lusitania; milicias urbanas, cuerpos de artilleros, ingenieros y compañías de guardias marinas; con lo que promovió la disciplina militar, terrestre y marítima, y se dió mas fomento al comercio y navegacion.

Las letras no le habian merecido menor cuidado ; fomentó la academia médica en Sevilla , estableció otra en Madrid y el teatro anatómico , pero le llevó particular atencion la lengua castellana , para cuyo cultivo y elegancia juntó sus deseos con los del marqués de Villena que habia sido virey de Nápoles , el cual segun era instruido y propenso á las glorias de la nacion , tenia el gusto de hacer concurrir á su casa sugetos literatos que la cultivasen ; y viendo la inclinacion que á ella tenia el rey don Felipe y aun á restablecer las demás ciencias , pidió su fundacion á que condescendió con la mayor complacencia en 1714. Espidió varias órdenes de reforma á las universidades , y particularmente encargó que se esplicasen las leyes del reino en ellas ; punto frecuentemente instado por sus antecesores , pero muy frecuentemente olvidado por los que profesaban este magisterio. Debióle la humanidad uno de los mayores beneficios , prohibiendo con severísimas penas la bárbara costumbre de los duelos en 1716.

En fin , satisfecho su corazon de haber cumplido con las principales obligaciones de un rey conquistador de su propio reino , y amante de sus vasallos , á quienes habia colmado de tantos bienes , quiso dedicarse á pensar en labrarse otra corona en el de la eternidad , confiado en que les dejaba un rey en su hijo primogénito heredero de sus virtudes , renunciando con valor el cetro en Luis I á principios de enero de 1724 , se retiró á los 39 años de edad en compañía de su amada esposa la reina doña Isabel Farnesio , sin guardias ni pompa , á vivir una vida particular y consagrada á Dios en el sitio de San Ildefonso , que con este intento habia edificado.





### DON LUIS I

*vigésimo rey de Castilla y Leon, y nono de las Indias; reinó por renuncia de su padre siete meses y medio en el año de 1724 en que murió; y volvió á reinar don Felipe V.*



ació el rey don Luis en 25 de agosto del año de 1707, año de regocijo para España en medio de las tristezas de las intestinas guerras. Los vasallos se alegraban de tener ya un príncipe español, no porque el rey su padre no fuese en el corazon tan patricio como sus antecesores, sino para evitar la codicia de las pretensiones estrangeras. Fué tambien año de gracias, pues con este motivo perdonó el rey á muchos que tal vez hubieran sido castigados. Su robustez y gracia prometian con el favor del cielo una vida larga y un sucesor, digno

heredero de las virtudes de su padre. Pensóse con el mayor esmero en su crianza y educacion, bajo la direccion de su aya la princesa de los Ursinos, muy estimada de los reyes, y de los ayos sucesivos, el cardenal Judice y el duque de Pópuli. A los dos años aun no cumplidos fué jurado príncipe de Asturias en 7 de abril de 1709, convocados los procuradores del reino para este fin y segun las ceremonias acostumbradas. A los 7 años de edad en 14 de febrero de 1714 quedó sin madre, pues murió en aquel dia la reina doña María Luisa de Saboya, reina piadosa y llena de virtudes, pero halló bien presto otra no menos virtuosa en la segunda esposa de su padre doña Isabel Farnesio que vino desde Parma á ser reina de España á fines del mismo año.

A los 14 años de edad se destinó al príncipe don Luis por esposa á la princesa de Montpensier Luisa Isabela, hija del duque de Orleans, que tenia dos años menos. El duque de Osuna embajador extraordinario del rey católico en Paris, y el teniente general don Patricio Laules, comisionados particularmente para esto, firmaron en su nombre las capitulaciones, y se publicó el tratado de matrimonio en el real sitio de San Ildefonso en 9 de octubre de 1721.

Para recibir á la princesa esposa fueron los reyes y el príncipe á Burgos, llevando al mismo tiempo á la infanta doña María Ana Victoria, hermana del infante don Cárlos tratada tambien de casar con el jóven rey de Francia Luis XV cuando tuviese edad para ello, pero que pasaba á ser educada en las costumbres de aquella córte, viniendo asimismo á este para el mismo efecto la princesa de Beaujeu para esposa del infante don Cárlos. Entregada la infanta y recibidas las princesas en Lerma en 20 de enero de 1722 volvieron á Madrid, donde entraron en 26 del mismo entre aplausos y regocijos.

Arreglóse la familia que habia de servir á los príncipes. Nombróse mayordomo mayor al duque de Pópuli, que habia sido último ayo, caballero mayor, al conde de San Esteban, ambos sugetos de distinguido mérito en las guerras pasadas: camarera mayor de la princesa á la duquesa viuda de Montellano, mayordomo mayor al marqués de Valero, virey de Méjico y caballero mayor al marqués de Castel-Rodrigo de no menor merecimiento y acreditado celo; á uno y otro esposo se dió tambien el resto de la correspondiente familia de servidumbre, cuya mayor parte lo era del rey, y al mes se solemnizaron en público estas bodas, yendo á dar gracias las perso-

nas reales al santuario de la imagen de Atócha, manifestando todo el pueblo su alegría en sus aplausos y bendiciones.

No tardaron dos años estos dos esposos en ser reyes, por la renuncia del rey don Felipe hecha en el príncipe en 10 de enero de 1724. Proclamóse con fiestas y aclamaciones; y como ya había asistido antes siendo príncipe, algunas veces, al despacho de su padre aunque en corta edad de 17 años, daba esperanzas de no ser inferior á su padre, con quien consultaba muchas cosas, sin embargo de tener por nombramiento de su padre una junta peculiar con quien hacerlo. Esta se componia del marqués de Mirabal, gobernador de la presidencia de Castilla, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general, el obispo de Pamplona, el marqués de Valero, el de Ledé, el conde Santisteban del Puerto y don Miguel Francisco Guerra.

Prosiguieron las cosas del gobierno casi sin mutacion, solo hubo alguna para economizar gastos y arreglar mejor la administracion de la real hacienda. Hubo no obstante algunos sinsabores en palacio. La córte de Francia no llevaba á bien que el rey Luis XV esperase tantos años á que la infanta doña Ana Victoria se proporcionase al matrimonio, y propuso hacer un cambio con el príncipe de Portugal y una infanta, de suerte que esta fuese á Francia y aquella pasase á Lisboa. Disgustó mucho á nuestra córte, y no se dió por entonces oídos. Recíprocamente disgustó al palacio de París el ver que acá se habian procurado corregir algunas niñeces inocentes de la jóven reina, que aun no tenia 15 años, reducidas todas á no poderse sujetar la real esposa á aquella seriedad que su edad no permitia; pero el jóven rey procuró á los seis dias agradarla, y contribuyeron mucho despues á esto los sérios consejos que recibió la reina de su madre la duquesa viuda de Orleans y del mismo rey Luis XV.

No era esto solo como se temia lo que detenia el progreso al ajuste de la paz de Cambray. Aunque habia cedido ya el emperador á la pretension de España en que se diese la investidura de Toscana y Parma al infante don Cárlos Sebastian, á donde debia pasar á tomar la posesion, aun restaban algunas circunstancias sobre este punto y otros á que no querian acceder ni aquel, ni esta. Instábase al congreso de Cambray al mismo tiempo que se prevenian las potencias, por si acaso de resultas fuese menester proseguir la guerra. Ya el marqués de Montelcon, ministro de España, habia pasado á

Cambray á fines de julio con la plenipotencia correspondiente para dar la última mano al ajuste de paz; pero no la vió el rey don Luis, porque una enfermedad de viruelas malignas le quitó la vida en el día 31 de agosto de 1724, volviendo el espíritu á su Criador y el centro á las manos de su padre de quien lo habia recibido. El rey don Luis fué enterrado en el panteon de sus mayores, y la reina viuda se volvió á Francia en el año siguiente.

## SEGUNDA VEZ REINANTE



Cambray á fines de Julio con la plenitud de correspondencia para dar la última mano al ajuste de paz; pero no la dio el rey don Luis, porque una enfermedad de viruelas malignas le quitó la vida en el día 31 de agosto de 1724, volviendo el espíritu á su Criador y el cuerpo á las manos de su padre de quien lo había recibido. El rey don Luis fue enterrado en el convento de San Francisco de la ciudad de Madrid á 1 de Septiembre de 1724.

# DON FELIPE V.

## SEGUNDA VEZ REINANTE.



uerto el rey don Luis, si el rey don Felipe se hubiera mantenido en la renuncia como intentó, hubiera de haber entrado á reinar en virtud de ella, y de la pragmática de sucesion, el infante don Fernando hijo de la reina primera esposa. Pero el marqués de Mirabal presidente de Castilla, y poco

despues el consejo real le presentó razones tan poderosas para que ciñese otra vez la corona, que hubo de entrar en reflexion para resolverse. Despues de un maduro exámen y á consulta de graves teólogos á cerca del voto que sobre este punto habia hecho, y despues de muchas instancias de la reina su esposa y otros personages, movido del bien y amor á sus vasallos y de los inconvenientes que podian resultar de la menor edad del príncipe Fernando, pues tenía solos 11 años, volvió á empuñar el cetro y animar nueva vida á la España en 4 de setiembre de 1724. La Francia intentó que la jóven reina viuda casase con el príncipe que fué jurado como tal y sucesor de los reinos en 24 de noviembre del mismo año. No tuvo efecto la proposicion de la Francia, y acaso fué este un poderoso motivo para apresurar la devolucion recíproca de las dos reales esposas tra-

tadas; aquella á la infanta doña María Ana Victoria que tenian allá para el rey Luis XV, y la España á la princesa de Beaujeulois, hija menor del duque de Orleans que estaba acá para el infante don Carlos.

Entró de nuevo el rey don Felipe en el cuidado de procurar la paz que tanto se dilatava en Cambray. Ofreciósele un medio muy á propósito para lograrla negociando por sí solo con el emperador. Brindóse á esto el baron de Riperdá, que habia sido enviado de la república de Holanda y héchose católico, y establecido en España era intendente de la real fábrica de paños de Guadalajara. Guardóse tanto secreto en este punto que los ministros estrangeros que estaban en Cambray no le pudieron penetrar. El baron de Riperdá fué á Viena por rodeos, trató con el principe Eugenio su antiguo amigo, y en España solo tenia noticia de él el secretario de Estado don Juan de Orendain, con quien lo habia comunicado para dar parte al rey; costóle mucho trabajo pero al fin logró hacer una paz sin la mediacion de las potencias que aparentaban negociarla y la dilataban mas por sus intereses particulares.

Llamóse este tratado el de la paz de Viena, firmada en aquella córte en 30 de abril de 1725. La suma de los principales artículos es la siguiente: que se ratificaban los artículos de la paz de Utrecht, y del tratado de Lóndres de 1718 y accesion del rey de España á él en 1722 en cuanto á la cesion de los estados de Italia y Flandes y renuncia á la corona de Francia; que el emperador por su parte cedia á la pretension de la España y reconocia á don Felipe como legítimo rey de ella; que el rey don Felipe cedia el derecho de reversion al reino de Sicilia, pero no el de Cerdeña, que los hijos varones y demas descendientes masculinos de la reina doña Isabel Farnesio, como heredera próxima á los estados de Toscana, Parma y Plasencia sucediesen por su órden á ellos, y que el infante don Carlos pasase á tomar posesion de ellos cuando llegase el caso de la sucesion, conforme á la eventual investidura que ya habia dado el emperador, quedando puerto franco el de la ciudad de Liorna, y cediendo el rey don Felipe al sucesor de la Toscana á Puerto Longón y las posesiones de Elva.

Ademas de esto se convino en un perdon general de los súbditos de uno y otro que hubiesen seguido sus partidos, durante la disputa del reino de España, en la reintegracion de sus bienes, ó derechos á

ellos, conservacion de empleos y dignidades, y libertad para volverse cada uno á su patria sin daño alguno. Se obligaron ambas potencias á ser mútuos garantes de la sucesion á sus coronas, segun las renunciaciones establecidas y otros actos y disposiciones, y que guardarian una perpétua paz, amistad y alianza para defenderse unos á otros.

Arregláronse también varios artículos de comercio, sobre que los súbditos de una y otra potencia pudiesen ir, venir ó entrar en los puertos y sus dominios, con motivo de comercio y navegacion; qué navíos y cómo debían ser recibidos, amparados, visitados y registrados; los derechos que habiesen de pagar de entrada y venta de mercaderías; jurisdiccion de los cónsules, puntos en que debían ó no entender estos ú otros jueces del lugar, y demas privilegios y exenciones acostumbradas en este ramo: últimamente ofreció el emperador por convenio aparte, no estorbar la restitucion de Gibraltar y Mahon á España, que el rey don Felipe habia pretendido del de Inglaterra en el año de 1721, antes bien interponer su mediacion á fin de que el inglés cumpliese lo que entonces habia prometido sobre este punto.

De resultas de este tratado de paz premió el rey á don Juan de Otendain con el título de marqués de la Paz, y al baron de Riperdá con el de duque, y la secretaría del despacho de Estado que habia obtenido el marqués de Grimaldo de los negocios estrangeros, á la cual se egregaron despues las de Marina, Indias, Guerra y Hacienda. Tratábase entre las dos córtes el matrimonio del infante don Carlos con la archiduquesa hija del emperador; habiase convenido por parte de la España entregar á la otra varias sumas de dinero, por recompensa de ciertos gastos de la guerra: el embajador de Viena conde de Koniseg instaba á su paga; el erario estaba exhausto por tanto como habia sufrido en tantos años de penalidad; pensó el duque de Riperdá en la economía para poder cumplir con mas facilidad; fué autor del aumento del valor en la moneda, de la supresion de varias pensiones; reforma de oficinas, y aun con todo no se pudo remediar el deber los sueldos á la casa real, á las tropas y magistrados.

La Inglaterra y la Holanda no estaban contentas porque la compañía de Ostendé que protegia el rey don Felipe, era perjudicial á su comercio, y en algunos artículos del tratado de Viena tampoco hallaban muchas cosas á su favor. Representaban los embajadores

todos estos inconvenientes, cuyo remedio habia de ser poco favorable al tratado último de la paz, y mas habiendo estas potencias hecho liga con Francia y Prusia por un tratado firmado en Hannóver: todo esto recaia contra Riperdá, el cual no hallando salida á tanta complicacion de negocios incurrió en el desagrado de todos, y tuvo que dejar el ministerio de cuyas resultas se reintegraron en sus empleos, el marqués de Grimaldo, el de Castelar, don José Patiño, su hermano y otros.

Recelaba tambien el rey Jorge de Inglaterra que se hubiesen resuscitado por entonces las pretensiones de la casa Stuarda, y que España y Alemania unidas con Rusia harian empeño de restituirla al trono; y así armó varias escuadras, enviando alguna de ellas al golfo megicano. Por nuestra parte se hicieron las prevenciones correspondientes para estar á la mira; y hubieran los ingleses apresado los galeones del dinero que debia venir de Indias, si el gobernador de Porto-Velo no hubiese sido tan precavido en no esponerlo.

Esto mismo avivó el designio del rey don Felipe de sitiar á Gibraltar, ya que no veía ánimo de restituírsela. Confióse su bloqueo al conde de las Torres; era muy difícil la empresa, así por la naturaleza del lugar, como porque los ingleses no se habian descuidado en fortificarla y guarnecerla. Abriáanse trincheras desde principios de febrero de 1727, quince mil hombres era todo el ejército, ninguna empresa por mar, mucho fuego de los enemigos, y con mucha ventaja, mucha pérdida de nuestra parte; negociábase al mismo tiempo entre la Inglaterra y Francia con el emperador para que accediese al tratado de Hannóver; todos se empeñaban en la suspension de estas hostilidades, egecutóse así por la España, no sin provecho de la humanidad, pero con el sentimiento de no haber conseguido la empresa.

Con este motivo se disponian las potencias á hacer una paz en que se finalizasen todas las contiendas, destinando para esto un congreso en Soissons: siempre habia dificultades sobre la pretension de los estados de Toscana y Parma para el infante don Cárlos, y sobre la compañía de Ostende. El rey don Felipe, aunque con intentos siempre de volver á su retiro, no dejaba de mirar por su reino. Para facilitarle el comercio estableció en Vizcaya la compañía que llamaron de Caracas en el año de 1728; y para afianzar mejor la amistad y alianza con Portugal, se concluyeron dos bodas, una del príncipe de

Asturias don Fernando, de edad de 16 años con doña María Bárbara infanta de Portugal de 18; y otra de don José, príncipe del Brasil, con doña María Ana Victoria, infanta de España de edad de 11 años. Salieron á la raya de ambos reinos ámbos reyes para la entrega acompañados de cada real familia, y se egecutó en 19 de enero de 1726, volviéndose el portugués á su córte, y pasando á Sevilla nuestros reyes llenos de júbilo y regocijo.

El congreso de Soissons tuvo el mismo fin que antes habia tenido el de Cambray; nada se concluyó, ni habia mas contienda que lo frustrase, que pedir España se cambiasen en tropas españolas los seis mil hombres de tropa suiza, que por convenio del emperador se habian de poner por señal y prenda de la futura sucesion del infante don Carlos á los dominios de Toscana y Parma en alguna plaza de estas. Pero tambien esta vez el rey don Felipe intentó conseguirlo por negociacion. Hizo un ajuste y alianza con Francia é Inglaterra, concluido en Sevilla en 9 de noviembre de 1729. Renováronse en él los antiguos tratados de socorro y comercio, declarando el rey don Felipe, que por lo concluido en Viena en el año de 1725 con el emperador, no era su ánimo sirviese de perjuicio al comercio; tratóse de restituir mútuamente los navíos apresados y recompensar los daños, de efectuar la introduccion de los seis mil hombres de tropa española en los estados de Toscana y Parma, hicieron obligacion las potencias contratantes de colocar en llegando el caso, y asegurar al infante don Carlos en la posesion de aquellos estados, y se previnieron todas aquellas circunstancias útiles á este fin.

Disgustó este tratado de alianza al emperador; acercó tropas por el Milanesado, las previno en Sicilia y Nápoles para impedir la entrada de la guarnicion española, hizo alianza con el rey de Cerdeña para poner mayores obstáculos, y despues solicitó, ó deshacer dicho tratado y renovar el de Viena, ó conciliarse las potencias que habian consentido en el de Sevilla. Por nuestra parte se hacian preparativos para el embarco de los seis mil hombres á Italia; las potencias de la nueva alianza aparentaban con sus navíos el auxilio necesario y convenido, pero querian mas que esto se egecutara sin armas, y pensaron en que era muchísimo mejor persuadir al emperador buena-mente á su consentimiento. Entablóse por todos esta pretension. El emperador sostenia sus intereses, y con esta resistencia no hacian muchos esfuerzos las potencias aliadas, antes bien se prepa-

raban á condescender mas á su gusto , que al de la España.

Entre tantas dudas é irresolucion muere Antonio Farnesio , duque de Parma en 20 de enero de 1731 , y estiéndese la voz de que su esposa quedaba en cinta. Trastórnanse las ideas : el emperador introduce sus tropas en las plazas de Parma y Plasencia como conservador de sus feudos , y en la expectativa de que el póstumo de la duquesa viuda , si fuese varon debía ser heredero de aquellos estados , pero declarando que si así no fuese serian para el infante de España don Cárlos. Mezclóse en este negocio el papa , pretendiendo tambien la reversion de aquellos estados al de Roma , como feudos suyos : pero el rey de Inglaterra y la república de Holanda instaron al emperador para que condescendiese con las pretensiones de España , y al tenor de este intento firmaron un tratado en Viena en 16 de marzo del mismo año , el cual fué hecho saber al rey católico , pidiéndole añadiese su consentimiento , con tal que se renovasen los anteriores tratados , y en las pretensiones de cada corona no hubiese perjuicio en el comercio. Accedió el rey don Felipe , y con esto se concluyó en Viena en 22 de julio de 1731 entre estas potencias ; que no solamente se introducirian las tropas españolas en Parma , sino que el infante don Cárlos no hallaria embarazo alguno en tomar posesion de aquel estado , no verificándose la póstuma sucesion varonil de la duquesa viuda.

La España pasó mas adelante. Negoció con el gran duque de Toscana que nombrase tambien por sucesor suyo al infante don Cárlos , de lo cual se hizo una formal convencion ; pero esto disgustó mucho al emperador porque con él no se habia contado , siendo señor de aquel feudo ; fué menester que ambos contratantes le aplacasen , declarando que ni uno ni otro intentaban perjudicar sus derechos ; disimuló el emperador , nombró tutores del infante don Cárlos al mismo duque de Toscana y á la madre de la reina doña Isabel la Católica que habia quedado viuda del otro duque de Parma hermano del príncipe Antonio y abuela del infante don Cárlos.

Sosegadas así al parecer las cosas y descubierta la equivocacion del preñado de la última duquesa viuda de Parma , ya no se pensaba sino en dar la posesion de aquel ducado al infante don Cárlos. El conde de Stampa , ministro del emperador en Parma , tomó posesion de ella en nombre de este infante. La Inglaterra aprontó su escuadra para unirse con la española que habia de conducir al nuevo real du-

que, el papa suspendió sus pretensiones y le reconoció por tal; prevínose la armada y se embarcó para Italia el infante don Carlos.

Hallábase todavía la corte en Sevilla con la real familia, aumentada ya, además de los infantes de que hemos hecho mención, con la infanta doña María Teresa nacida en 11 de julio de 1726, el infante don Luis Antonio Jaime en 25 de julio de 1727 todos en Madrid, habiendo logrado también Sevilla ser patria de la infanta doña María Antonia Fernanda, nacida en 17 de noviembre de 1729.

Esperaba el rey don Felipe la vuelta feliz de la escuadra para emplearla con otra mayor que había mandado prevenir en los puertos. El marroquí había recibido en su reino al duque de Riperdá que hasta entonces había andado errante de corte en corte, y no menos de religión; temióse que este prófugo influyese á aquel rey moro alguna hostilidad contra Ceuta y no dejaba de traslucirse algun aparato; estaba bajo su protección Orán que antes se había perdido en 1708, y para cortar cualesquiera designios de Riperdá ó del marroco, aceleró el rey una expedición contra aquella plaza.

Encomendóse esta empresa al conde de Montemar hombre experimentado en las pasadas guerras: hasta veinte y seis mil hombres se reputaron suficientes para el empeño. Salió de Alicante una armada compuesta de doce navíos de guerra y el convoy necesario en 15 de junio de 1732: los malos temporales dilataron el desembarco hasta el día 29; el cual se hizo en el parage llamado de las aguadas, cercano á Mazarquivir, no sin trabajo por la oposicion que hicieron algunas partidas de moros en la playa; pero defendido el desembarco por el cañón de algunos navíos, logró hacerlo todo ahuyentando los moros. Mayor dificultad halló al tiempo de mover sus tropas hácia Orán, pues mas de veinte mil moros coronaron las montañas: hubo varios reencuentros dificultosos. El bey y los moros de Orán asombrados del poderoso armamento que veían delante de Argel y de aquella plaza huyeron, cuya ocasion fue oportuna para apoderarse con presteza de la plaza.

A 8 de julio tuvo el rey en Sevilla la gustosa noticia de la victoria, que trajo el mariscal de campo marqués de la Mina. Dió gracias al señor y mandó retirar la escuadra, dejando buena guarnicion en la plaza al cargo del marqués de Santa Cruz. El toison de oro fué el premio del conde de Montemar.

No salieron vanos los anuncios que se tuvieron de los designios

del marrueco y y consejos de Riperdá, á quien ya se le habia declarado por traidor y despojado de sus títulos; pues en el mes de octubre venia un ejército de treinta mil hombres contra Ceuta. No venia todo junto; y así el gobernador don Antonio Manso dispuso una salida con que desbarató su vanguardia, y obligó á que no pasasen adelante; á lo cual contribuyó mucho la noticia que los marruecos tuvieron de las pérdidas que padecian los moros que habian vuelto sobre Orán. Así quedaron con tranquilidad ambas plazas, y la córte se volvió á Aranjuez á principios de junio del año siguiente.

El emperador habia retardado algunas ceremonias y dispensas para asegurar al infante don Carlos en Parma: el papa volvía otra vez á la pretension de sus feudos; estas demoras disgustaban al rey don Felipe, y así mandó á su hijo que tomase posesion formal. Con esto se juzgó el emperador agraviado y empezó á dar quejas y á armarse para invadir aquellos estados. El rey don Felipe envió una escuadra en noviembre de 1733 contra Nápoles, y declarando al infante don Carlos general de sus armas, dispuso que fuese por tierra con algunas tropas españolas y parmesanas á ocupar el reino.

El emperador se hallaba embarazado para poder acudir á la defensa de Nápoles; Milan era acometido por el rey de Cerdeña quejoso de él por faltarle al cumplimiento de varios convenios; la Francia invadía á la Alemania. El real infante duque, apenas encontró resistencia, ni en el pasage por el estado eslesiástico, ni en la entrada del reino de Nápoles, ni en la ocupacion de esta capital. Todo lo habia facilitado el conde de Montemar, comandante del ejército, el cual despues de asegurado el rey en Nápoles desbarató las tropas imperiales que se habian hecho fuertes en Bitonto. El real infante duque, que iba con carácter de general, se quedó con el de rey por cesion de su padre don Felipe. Todo esto sucedió desde febrero á mayo de 1734 y el premio de Montemar en esta empresa fué el título de duque de Bitonto, y la grandeza de España.

En tanto que seguía el rey don Carlos reduciendo á Nápoles y Sicilia; el rey de Francia hacia daños al emperador por Alemania, y adelantaba las conquistas de Milan y Parma en Italia, unido con el rey de Cerdeña, auxiliando despues á estos aliados el rey de Nápoles con tropas españolas al cargo del duque de Montemar. El rey de

Inglaterra Jorge II empeñaba á las potencias beligerantes á la paz; pero tuvo despues que cortar otra guerra que amenazaba entre España y Portugal, de resultas de un suceso particular sucedido con un reo en Madrid. En el año de 1733 estando el rey don Felipe en Sevilla habia dispuesto que para quitar el abuso de los asilos en los palacios de los embajadores y evitar la impunidad de los delitos, no los admitiesen estos ministros, ó los entregasen de buena fé. Sucedió en febrero de 1735 que desde la villa de Argete traian preso á Madrid los ministros de justicia y algunos soldados un reo de muerte, y habiendo entrado por la puerta de Alcalá, al llegar al paseo del Prado unos lacayos de un enviado de Portugal embistieron con ellos, les quitaron el preso, y se le entraron en su casa, que distaba poco en la calle de Alcalá, y le dieron escape: fué muy grande el alboroto que hubo y el disgusto que causó al rey don Felipe; quien reflexionando este atentado mandó prender á todos los criados de aquel enviado, el cual se decia no estaba aun con carácter declarado. El rey de Portugal luego que supo esto, hizo con título de represalia otro tanto con los criados del embajador de España en Lisboa: diéronse mútuas quejas ambas córtes: la de Portugal pidió auxilio á Inglaterra; esta cubrió las costas de Portugal con una poderosa escuadra de veinte navfos de guerra, con el pretesto de que protegía los intereses de su comercio; la España hacia lo posible para no llegar á un rompimiento, pidió por mediadora á la Francia; la Inglaterra se ofrecia por Portugal, y hacia lo posible por desvanecer el terror con sus protestas y declaraciones de que no tenia otro fin que el que habia manifestado. España y Portugal no se convenían. Cada una se contemplaba agraviada, cada una pedia recíproca satisfaccion, y ambas disponian sus ejércitos. Así se pasó todo el año de 1735, pero el siguiente se destinó á la negociacion de la paz de Europa, que á fines del antecedente habia empezado por unos preliminares entré Francia y Alemania. De aquí resultó el matrimonio de la primogénita del emperador, la archiduquesa María Teresa, con el duque Francisco Esteban de Lorena, á quien habia de pertenecer la sucesion á la Toscana. El emperador reconoció por rey de Nápoles y Sicilia al infante don Cárlos ya coronado, y este con acuerdo de su padre el rey don Felipe cedió los estados de Parma y de Plasencia al emperador. Fue declarado rey de Polonia Federico Augusto III, elector de Sajonia, padre de María Ama-

lia que casó despues con el rey don Cárlos de Nápoles y Sicilia.

Suspendidas las hostilidades se trató sériamente de la paz, disponiéndose para ella el convenio de la evacuacion de las tropas españolas de la Toscana, y guarniciones de las plazas que debian quedar para el emperador en Parma y Plasencia: parte de estas tropas volvieron á España, y parte pasaron á Nápoles y al estado de los presidios, para el servicio del rey Cárlos. El rey de España entre tanto trató las bodas de su hijo el infante don Felipe con madama Luisa Isabel primogénita del rey de Francia Luis XV, y casi á un tiempo se celebró la paz con Viena y el matrimonio del infante don Felipe; aquella en 13 de julio y este en 26 de agosto de 1739.

Cuando el rey don Felipe pensaba tomar algun descanso en tantas fatigas, sobrevinieron otras á pesar de los esfuerzos que habia hecho para quedar tranquilo con el inglés. Desde el tratado de Sevilla de 1729 habian quedado pendientes varios ajustes entre España é Inglaterra sobre el comercio, y valuacion de los daños y presas. Se llevaron estos desde luego con alguna lentitud; ya por las disensiones ocurridas con el emperador sobre los estados de Parma, Toscana y conquista de Nápoles, ya por los abultados daños que esponian los ingleses, y regulacion de presas para su satisfaccion, y ya en fin por la novedad de la armada apostada en las costas de Portugal, con el pretexto de proteccion de su comercio, en cuyo tiempo no dejaban de fortificar á Gibraltar y Mahon y de cometer algunos insultos en la América.

Es verdad que entre los dos reyes no hubo tantas dificultades que vencer, como en el pueblo Inglés, el cual no quiso acceder del todo á la convencion firmada por ambos en 14 de enero de 1739, sin embargo de que el rey de España para no retardarla buscó los medios posibles para pagar las noventa y cinco mil libras esterlinas valuadas por los daños á la compañía de los mares del Sur, de la cual se titulaba gobernador el rey de Inglaterra.

Este instigado de los parlamentos mandó en 21 de julio publicar en Londres licencia para las represalias de navíos y efectos españoles. Correspondióle el rey de España publicando otra represalia en 20 de agosto del mismo año en Madrid. Desde los principios se dirigió esta guerra al corso por mar, sacando muchas ventajas los navíos españoles y no menores en América, rechazando las ten-

tativas de tomar á Cartagena, y otras plazas marítimas de Nueva España.

En este estado de hostilidades, muere el emperador Carlos VI en Viena en 20 de octubre de 1740, y empieza una nueva revolucion en la Europa. No dejó este emperador herederos varones, entraba hereditaria de los reinos de Hungría y Bohemia su hija mayor la archiduquesa María Teresa, casada con Francisco de Lorena poseedor de la Toscana, que desde luego aspiró al trono imperial, y para proporcionarse fué declarado por la córte de Viena corregente de los estados de su esposa. El rey de Prusia con las armas en la mano pretende algunos estados de la Silesia; el elector de Baviera como pretendiente de la reversion de la casa de Austria á la de Baviera y con auxilio del rey de Francia ocupa la Austria superior y reino de Bohemia; el rey de España se manifiesta heredero por derecho de reversion de los estados de Austria. El rey de Polonia representa tambien sus derechos por parte de su esposa, hija del emperador José I, y todos se previenen á sostener sus derechos con las armas.

Los estados de Parma y Plasencia y aun la misma Toscana, tiemblan de los preparativos de España unida con Nápoles; aquí se previenen las tropas que habian quedado de españoles para ir, ó por el estado eclesiástico, ó á las costas de Toscana, y en Cádiz y Barcelona se disponen convoyes al mando del duque de Montemar. Todavía adelanta mas pretensiones España; protesta el rey don Felipe contra el gran duque de Toscana el llamarse soberano de la orden del toison, y pide preferencia de elector sobre el mismo que habia sido nombrado por su esposa como electriz de Bohemia; todo lo fundaba el rey don Felipe en el mismo derecho de reversion de los estados de Austria á la corona de España.

Negociábase para la eleccion de emperador en el elector de Baviera, al mismo tiempo que el ejército de éste unido con el francés, hacia grandes progresos bélicos, con los cuales y los daños hechos por el prusiano, y los nuevos movimientos del polaco, se vió Alemania ya en la mayor decadencia en el año de 1741. En vano la reina de Hungría reclamaba con razones sus derechos, pues no podia sostenerlos por las armas, aunque confiadas á su esposo el gran duque de Toscana; en vano llamaba en su socorro á las potencias garantes de la famosa praemática sancion que habia hecho

Carlos VI en el año de 1713 para asegurar en su familia estos estados que se disputaban, pues la misma Francia ayudaba al de Baviera, y las demás garantes no podian hacer uso de sus armas, por estar ya ocupada de antemano la Alemania por los pretendientes.

España no habia podido aun usar de sus fuerzas, porque necesitaba el paso de la Cerdeña, cuyo rey se mostraba en su neutralidad inclinado á la reina de Hungría, el de Francia pensaba mas en auxiliar al Bávaro; y el papa Benedicto XIV se detenia en dar paso á las tropas de infantería de Nápoles por su estado para dirigirse en número de quince mil por la Marca de Ancona á Mantua y fronteras circunvecinas, bajo el mando del duque de Castropignano; la ocasion era favorable, pues habia sacado la reina de Hungría mucha parte de tropas de los estados de Italia para defenderse en el Tirol; sin embargo, el rey don Felipe ya con el amparo de una escuadra de Tolon que cruzaba el Mediterráneo, puso en ejecución el intento por el mes de noviembre de 1741, partiendo de Barcelona un convoy de doscientas naves de transporte con veinte mil hombres armados, escoltadas de algunas de guerra que salieron de Cádiz, y llegando á las costas de Toscana felizmente, sin embargo de algunos obstáculos de mar en ocasion de haberse ausentado la escuadra de Inglaterra.

Suspendieronse un tanto los designios de los españoles por las novedades que ocurrieron en Alemania y en Cerdeña; el elector de Baviera es electo emperador con el nombre de Carlos VII, pero al mismo tiempo ve rechazadas sus tropas, y las de su auxiliar el francés, perdiendo en poco tiempo lo que habia adelantado en un año: el inglés y el rey de Cerdeña se declaran en favor de la reina de Hungría, y este último pretendiendo el ducado de Milan, dispone su ejército para una y otra defensa; éntrase por Módena y la Mirándula, ocupa estas plazas, llénanse de tropas alemanas y saboyanas los estados de Parma. Las tropas de Nápoles se habian acercado á la frontera por Bolonia de un lado, y las de España por Toscana del otro; el infante don Felipe venia con un buen tercio por Francia para pasar por Niza y Génova á la Toscana; pero una escuadra inglesa que cruzaba los mares de la Provenza y Génova y el embarazo de socorros por parte de Nápoles puestos por una escuadra inglesa que recorría aquellas costas, le hacian detener en Antibio. Con estas demoras y el embargo de la artillería que iba por

el Adriático, hecho por las naves inglesas, tampoco pudo ejecutar el duque de Montemar sus designios; y retirándose ambos ejércitos, se separaron; á que se siguió un convenio de neutralidad entre el rey de Nápoles don Carlos, y la corte de Inglaterra.

Sin embargo de todo esto, el infante don Felipe pasó por el Delfinado, y llega á Saboya con su ejército, que bajo sus órdenes comandaba el conde de Gímes, el cual mandó inmediatamente por un manifiesto, que le prestasen obediencia y le acudiesen con víveres y municiones, declarando por enemigo al rey de Cerdeña. El conde de Gages fué á sustituir á Montemar en Italia, é hizo volver el ejército hácia el Boloñes. Por falta de víveres volvió á salir de Saboya el ejército del infante don Felipe, y de resultas el marqués de la Mina fué á sustituir al conde de Gímes; volvió á entrar en Saboya el infante, ocupó á Apremont y otras tierras, retiróse el rey de Cerdeña para oponerse al conde de Gages en Italia, y el infante don Felipe acuarteló en el Chamberi: todo lo cual sucedió en el año de 1742.

No son tan favorables los sucesos de Saboya en el año de 1743 aun cuando el rey de Francia escarmentado tambien en Alemania declara la guerra á la Cerdeña, y une un cuerpo de tropas con las españolas para pasar al Piamonte, pues era mucho obstáculo el paso de los Alpes y la resistencia del saboyano para llegar á los estados de Parma: pero en cambio de esto el conde de Gages dió una batalla gloriosa á principios de febrero en Campo Santo á la otra parte del río Pánaro junto al Boloñes contra el ejército de Cerdeña aliado con los austriacos; en la cual se disputaron tan valerosamente la victoria uno y otro cuerpo, que ambos se creyeron triunfantes; pero considerando la resistencia de los nuestros en un parage donde no podian volver pié atrás sin infamia, ó sin la muerte, se vió que estuvo la superioridad de valor y destreza de nuestra parte contra mayor número, y mejor situacion de la contraria. Los estandartes y otros despojos colocados en el santuario de Atochá de Madrid, hacen honorífica memoria de esta funcion.

Después del suceso de Campo Santo se retiró el conde de Gages á Rimini, donde tuvo las órdenes de estar al comando del duque de Módena, que se agregó al partido de España para recobrar su estado. Poco se adelantó en sus movimientos en lo restante del año de 1743, habiendo venido el general Lobckowitz á reforzar el ejér-

cito austriaco, y obligando á Gages á retirarse á Pésaro, y á las fronteras de Nápoles, hasta cuyas cercanías fue en su seguimiento. Viendo el rey don Carlos de Sicilia amenazados sus estados con las tropas austriacas, tomó las armas por el mes de mayo de 1744, y salió en persona á impedir sus estragos; y juntándose con las tropas españolas, obligó al austriaco á retirarse á Roma; habiéndose despues hecho fuerte el rey don Carlos en Veletri estuvo en grande peligro de ser sorprendido con el duque de Módena en el mes de agosto de aquel año; pero advertido, dejó burlados á los enemigos y dió contra ellos con el mayor valor.

El ejército del infante don Felipe, que no habia podido pasar por los Alpes á Italia, movió retrocediendo para pasar desde la Provenza á Niza, cuyas costas se habian visto bloqueadas por una escuadra inglesa, teniendo encerradas en Tolon mucho tiempo las escuadras de Francia y de España, las cuales sin embargo salieron de este puerto con el riesgo de chocar con la enemiga, lo que sucedió no con feliz suceso de nuestra parte, pero con ardiente valor. El infante don Felipe halló abandonada á Niza, y sabiendo que el rey de Cerdeña le esperaba atrincherado en el paso de Villafranca y Montalban, fué allá con sus tropas y á pesar de sus esfuerzos ahuyentó al enemigo y se apoderó de aquellas plazas: con que se hizo algun paso por el Piamonte por el mes de julio del mismo año.

Hizo algunos progresos el infante don Felipe, ganando algunas plazas á fuerza de fatigas y alguna sangre, como las de Castillo del Delfin, Demont y otras, pero el difícil cerco de Coni, y las continuadas lluvias é inundaciones de la estacion, hicieron retroceder su ejército y sus ideas, advirtiéndole que contrastaban mas con las peñas y las aguas, que con los hombres por espacio de tres años en los mayores peligros; y así retiróse el ejército francés al Delfinado, y el español á Niza, dejando destruida parte de la plaza de Demont.

Despues del suceso de Veletri el príncipe Lobekwitz se retiró con sus austriacos hácia Roma siguióle el alcance en persona el rey don Carlos con su ejército de españoles y napolitanos, pero viendo que el austriaco llevaba el designio de no parar hasta el Boloñés, el rey don Carlos despues de haber rendido sus respetos al pontífice en Roma, se retiró á Veletri, y desde allí á Nápoles: el conde de Gages se apostó no lejos de Perugia, á las fronteras de Toscana, con que se dió fin á los sucesos helicosos del año de 1744.

A mediados del año de 1743 en que aun el rey de Cerdeña estaba indeciso sobre el partido que debia tomar en tanta revolucion, se inclinó al partido austriaco, haciendo una triple alianza firmada en Wormés con la Hungría é Inglaterra, en la que le brindaron con el territorio del Final que era de Génova. Esta misma alianza hizo prevenir á esta república para no perderlo, y estando en la misma indecision se declaró al fin por España y Francia contra Cerdeña, con cuyo motivo dió paso á las tropas del infante don Felipe para la Lombardía, y el de Gages pudo venir á juntarse por la Toscana en Ripalta por el mes de julio, con que hicieron progresos por Tortona, Plasencia, Parma, Pavía, Alejandria, Valencia y Milan, todo lo cual sucedió en 1745.

El emperador Carlos VII habia muerto en 20 de enero de este año; fue elegido por setiembre con nombre de Francisco I el gran duque de Toscana, esposo de la reina de Hungría la archiduquesa Maria Teresa. Se habia convenido con este motivo una paz por el imperio que concluyeron despues en Dresde, Polonia, Prusia, Viena é Inglaterra. Esta que tenia tropas en Flandes, ya en favor de Hungría, ya contra el francés, y muchas naves en los mares para hacer daños en América y en las costas de Italia para impedir los progresos de las armas españolas y francesas combinadas con Nápoles, llamó toda su atencion á su reino que se hallaba acometido en la Escocia por el nuevo pretendiente Carlos Eduardo, primogénito del caballero de San Jorge, el cual en el año anterior, partiendo de Roma, habia intentado su entrada en aquella parte con la oferta del auxilio de Francia y España, y no pudiéndose verificar esta esperanza, lo egecutó solo á fines de este año de 1745.

Aliviada ya con la paz de Dresde la reina de Hungría, y que teniendo mas quieto su imperio podia mas bien oponerse y con mayores fuerzas al francés en Flandes, y al ejército combinado en Italia, envió buenos refuerzos á su general Lictstein para que con el de Cerdeña resistiese á los enemigos. De esto resultó avivarse los movimientos de una y otra parte en Milan, Parma, Plasencia, Guastala, Tortona y otras plazas. El infante don Felipe se preparó muy bien, y movió su ejército combinado para resistir y guardar cuanto pudiese las plazas ocupadas. Hubo al principio vario suceso, pero despues se aumentó el esfuerzo al tenor del peligro y del poder de los enemigos; fué célebre la retirada que hizo de Parma

el marqués de Castelar y la defensa del puente del Pó sobre Placencia, en donde por dos veces fueron escarmentados los austriacos y los sardos. Pero en medio de estas glorias de la España y del rey don Felipe, se sirvió Dios llamarle para sí en 9 de julio de 1746 dejando de la reina doña Isabel Farnesio tres hijos varones, y otras tantas hembras; á don Carlos, rey de Nápoles y de Sicilia; al infante don Felipe, general de la guerra de Italia; al infante don Luis Antonio Jaime, cardenal arzobispo de Toledo; á doña María Ana Victoria, reina de Portugal; á doña María Ana Teresa que murió trece dias despues en Versalles, casada con el delfin de Francia, y á doña María Antonia Fernanda, que casó poco despues con el heredero de Cerdeña. Fue sepultado en la colegiata de S. Ildefonso, fundacion suya.

La segunda parte del reinado de don Felipe V no fué menos te-gida de grandes sucesos que la primera; pero si aquella sobresale mas en valor y constancia en los trabajos, esta se halla mezclada de los mayores sucesos politicos con tantas guerras, bien que fuera de su reino con tantas y tan poderosas potencias, y en negocios los mas árdulos; dejó casi todos sus hijos coronados, ó próximos á serlo; muchas alianzas manejasdas con la mayor prudencia, y sostenidas con incansables fatigas, armas, dinero, razon y justicia; hábiles ministros para el manejo de lo uno, y valientes y espertos generales para el apoyo de lo otro. Ni por esto descuidaba lo interior de su reino procurando aminorar en tantas empresas los trabajos de los vasallos: el comercio, alma de una potencia marítima como la España, se vió sostenido á pesar de tantos obstáculos. La industria y agricultura se vieron fomentadas; las ciencias protegidas; muchas academias creadas ó reducidas á instituto bajo su real proteccion. La academia de la historia empezó así en 1738; en su tiempo se vieron dos academias médicas, una protegida por el infante don Luis, y otra por su padre, y las de buenas letrás de Sevilla y de Barcelona, y la de las tres nobles artes de pintura, escultura y arquitectura hubieran recibido este honor de su mano, si no hubiera cortado la muerte la carrera de sus dias. El real seminario de nobles, y la biblioteca real, copiosa de todo género de libros, y de ricos manuscritos, fueron hijas del amor al bien público, á la nobleza y á la instruccion.

En medio de su piedad y clemencia tuvo un declarado horror á

los delitos, especialmente á uno que los comprende casi todos, que es el del robo. En el año de 1734 promulgó una severísima pragmática contra los ladrones, particularmente los de esta corte y su rastro. Todo esto era necesario para corregir las estragadisimas costumbres; hallándose este vicio muy arraigado con la licencia que suele traer consigo una continuada guerra, en que hay que combatir con los que deben desterrarlo. Era menester hacer valer la actividad de la ley y la justicia en esta parte que por tantos tiempos estaba como ociosa y adormecida.



En la segunda parte del reinado de don Felipe V no fué menos te-  
 rida de grandes sucesos que la primera; pero en aquella sobresale  
 mas en tanto y constancia en los trabajos, esta se halla mezclada de  
 los mayores sucesos políticos con tantas guerras, bien que fuera de  
 su reino con tantas y tan poderosas potencias, y en negocios los mas  
 áridos; dejó casi todos sus hijos coronados, ó próximos á serlo;  
 muchas almas mandadas con la espada, y sostenidas con  
 incalculables gastos, armas, dinero, y otros recursos; debidas á mi-  
 ras para el manejo de lo que se necesitaba para el gobierno de su re-  
 yno, y el apoyo de lo otro. En esta parte de su reinado se vio el  
 reino prescrito, como en los trabajos de los  
 vasallos: el comercio, y las artes, y las manufacturas como la Es-  
 pañola, se vio sostenido. La industria y  
 agricultura se vieron languidecer, y las artes protegidas muchas  
 academias creadas ó reducidas á instituto bajo su real protección. La  
 academia de la historia empezó así en 1738; en su tiempo se vieron  
 dos academias nobilísimas, una protegida por el infante don Luis, y  
 otra por su padre, y las de buenas letras de Sevilla y de Barcelona,  
 y la de las tres nobles artes de pintura, escultura y arquitectura  
 habían recibido este honor de su mano, si no hubiera ocurrido la  
 muerte la carrera de sus días. El real seminario de nobles, y la bi-  
 blioteca real, copiosa de todo género de libros, y de ricos manus-  
 critos, fueron fijados del amor al bien público á la nobleza y á la  
 instrucción. En medio de su vida y claridad tuvo un declarado horror á

octubre destinó la real cédula de la creación pública con su real cédula  
 doña María Bárbara de Portugal, dando repetidos indultos de su  
 libertad en las órdenes que espido, ya porhabiendo delinquentes, con-  
 trabandistas, desertores y otros que sus crímenes no fueran en  
 daño de particulares, ya por haberse en su real cédula, para no  
 que el costo de las realidades que se le concedieron, por lo que  
 por eso dejaron de pagar los impuestos que se les habían impuesto, los cinco  
 granos marcos, los de los impuestos que se les habían impuesto, los cinco  
 abonos de arcos que se les habían impuesto, los cinco  
 etc., con que después de haberse en su real cédula, para no  
 pasar los reales expidos, para no pasar los reales expidos, para no  
 No fué menor el número de los menores con sus sucesores,  
 tumbadas inventadas en el día 1.º de la  
 cuando la villa de Madrid se ocupó con arti-  
 ficio de fuego, y una gran cantidad de toros con  
 aquella pompa, y una gran cantidad de toros con  
 opedagos debidos de los de los capidos, un-  
 verdades y otros cuerpos, partes de la real  
 familia desde el palacio del buen retiro al real sitio de San Lorenzo  
 en 20 de octubre; quedando la reina viuda doña Isabel Farnesio en el  
 palacio de Madrid en compañía de sus hijos el infante don Luis y la  
 infanta doña María Antonia Farnesio.



### DON FERNANDO VI

En este tiempo el rey de España había entrado, y retrocediendo por  
 por los mismos pasos por donde había entrado, y retrocediendo por  
**vigésimo primero rey de Castilla y Leon; y décimo de las Indias;**  
**empezó á reinar en el año de 1746. Murió en el de 1759.**



hijo don Fernando VI de la primera  
 esposa de Felipe V, doña María Luisa  
 de Saboya, ocupó el trono inmediata-  
 mente á los treinta y cuatro años de  
 su edad. Celebróse la proclamacion  
 en 10 de agosto del mismo año  
 de 1746, con mucho regocijo y fies-  
 tas, habiendo hecho en el intermedio  
 una solemne promoción á varios em-  
 pleos de muchos sugetos beneméritos, especialmente de los militares  
 que habian servido en ambos ejércitos de Italia. Para el día 10 de

octubre destinó la celebridad de la entrada pública con su real esposa doña María Bárbara de Portugal, dando repetidos indicios de su piedad en las órdenes que espidió, ya perdonando delincuentes, contrabandistas, desertores y otros presos, cuyas causas no fuesen en daño de particulares, ya mandando, por no agravar á sus vasallos, que el coste de las reales funciones fuese de su real erario; pero no por eso dejaron de manifestar su riqueza y esplendidez los cinco gremios mayores, los escribanos, plateros y otros en los magníficos adornos de arcos triunfales, obeliscos, estátuas, músicas, luminarias, etc., con que dispusieron y alegraron las calles por donde habian de pasar los reales esposos.

No fué menor el esmero de los gremios menores con sus acostumbradas inventivas de disfraces de varios trages en el dia 11, haciendo la villa en el siguiente su correspondiente obsequio con artificios de fuego, ni faltando las acostumbradas corridas de toros con aquella pompa y magnificencia que suele acompañarlas. Recibidos los obsequios debidos de varias diputaciones de ciudades, cabildos, universidades y otros cuerpos, partió con su esposa y parte de la real familia desde el palacio del buen Retiro al real sitio de San Lorenzo en 29 de octubre; quedando la reina viuda doña Isabel Farnesio en el palacio de Madrid en compañía de sus hijos el infante don Luis y la infanta doña María Antonia Fernanda.

En este tiempo el infante don Felipe se iba retirando de Italia por los mismos pasos por donde habia entrado, y retrocediendo por Génova y Niza haciendo siempre frente á los enemigos que venian en alcance, llegó hasta Antibo, donde hizo asiento esperando su ejército, y despues pasó á Arles, á San Maximino y otros lugares de la Provenza para rehacerle y disponerse á nueva campaña.

Los genoveses se hallaban oprimidos de tal manera de los austriacos, que no solo habian sido obligados á pagar varias cantidades, sacadas de su banco, al emperador, sino tambien los veian servirse de sus territorios y plazas como si fueran suyas para fortificarlas y defenderse contra el ejército combinado de España y Francia, ó para llevar sus cañones á otras plazas. Estaba alojada en Génova una parte de tropa austriaca teniendo ocupadas algunas puertas, puestos y murallas: un dia conducian un mortero algunos soldados por un arrabal de la ciudad; hundióse el suelo y quedó atascado. Los soldados echaron mano de los paisanos vecinos ó transeuntes para que les

ayudasen, y maltrataban á los que se resistian: movióse un alboroto en el paisanage contra la tropa; hubo heridos de una y otra parte; armóse toda la plebe contra los austriacos, atacáronlos en las puertas ocupadas; obligáronles á huir; encendióse el encono en toda la república, y sacudió el yugo. Pide auxilio al ejército combinado que estaba en la Provenza, dále este socorro por medio de algunos convoyes por mar, con lo cual hubo de detenerse la campaña meditada en el año de 1747; pero el ejército combinado, al paso que venian socorros de España y Nápoles, no dejaba de rechazar á los enemigos, ya espeliéndolos de la Provenza hasta donde habian seguido el alcance, ya teniéndolos á raya por Saboya y Niza, ya en fin adelantando algunos pasos en varios reencuentros que se tuvieron en el discurso de aquel año; y echándolos de la parte allá del rio Bar, recobraron á Niza, Montalban, Villafranca, Vintimilla y otros puestos.

En el año siguiente de 1748 se redujo el lugar de la guerra al territorio de Génova, oponiéndose esta república con sus tropas y algunas auxiliares de Francia y España contra las austriacas y sardas, quedando el resto de nuestro ejército combinado acuartelado en la Provenza y Saboya, en cuya capital hizo asiento el infante don Felipe.

El corso por los mares Océano y Mediterráneo entre los navíos españoles é ingleses no habia cesado desde el año de 1739 y continuamente se hacian mútuas presas, pero siempre con ventaja nuestra. El inglés no obstante asistia por mar contra Génova y el ejército combinado, al rey de Cerdeña y tropas austriacas, impidiendo muchas veces los trasportes de las tropas de España y Nápoles para reforzar nuestro ejército. El mismo inglés auxiliaba por tierra á la archiduchesa y á la república de Holanda invadida por el ejército francés en que siempre sacaba buenos partidos, venciendo muchos reencuentros, y tomando muchas plazas. Con este motivo el rey de Francia, que al mismo tiempo daba auxilio á nuestro ejército por la Provenza, se hallaba superior en las armas contra tan poderosos contrarios, y por tanto en mucha mejor situacion para obligarles á la paz. Ya en el discurso del año de 1747 habia manifestado su ánimo á varias potencias, y principalmente á las provincias unidas, que despreciaron sus avisos; pero tantos progresos hacian las armas francesas que empezaron las potencias á enviar á sus ministros á un congreso en Aquisgran. Los principales contratantes fueron los reinos de Inglaterra y

Francia, y la república de Holanda. Habia muchas detenciones, por lo cual no cesaban de hacer muchos preparativos de guerra como si faltase toda esperanza de paz. Aun cuando ya se trataban los preliminares de esta á principios del año de 1748, y los ejércitos estaban en cuarteles todavía en Italia y Flandes, se disponian con el mayor ardor á nuevas campañas. Se firmaron aquellos por las tres potencias en 30 de abril, y en los dias 25 y 28 de mayo firmaron sus accesiones la córte de Viena y la de España, egerciendo por esta sus poderes don Jaime Masones de Lima, y siguiendo el marqués Doria por la de Génova en 28 de junio.

Publicóse sucesivamente en los ejércitos la suspension de hostilidades por tierra y por los mares, tomando las precauciones correspondientes para las Américas. Esta publicacion se verificó en Niza entre las tropas de Cerdeña, Austria y las nuestras combinadas por el mes de junio; y fueron recibiendo sus respectivas órdenes para retirarse, quedando algunas de España á la disposicion del infante don Felipe para ocupar los estados de Parma, Plasencia y Guastala, de donde los austriacos debian evacuar las suyas segun se habian convenido en los preliminares, debiéndose terminar por conferencias particulares entre los ministros comisionados de Viena, Cerdeña, Paris y Madrid la forma de proceder en este punto, como tambien en Flandes por el rey de Francia, la reina de Hungría y el inglés, la entrega reciproca de las plazas conquistadas cuando se concluyese la paz.

Al fin se firmó esta en Aquisgran en 18 de octubre del mismo año de 1748, y sus ratificaciones se hicieron por las respectivas potencias interesadas, en el mes de noviembre. Tenidas varias conferencias en el diciembre siguiente en Niza entre los comisarios de las potencias interesadas en Italia segun lo convenido, se evacuaron las tropas austriacas de Parma, Plasencia y Guastala, y entraron á tomar posesion de estos estados en fines de enero y mes de febrero del año de 1749 las tropas españolas, siendo el diputado para esto el teniente general don Agustin de Ahumada, capitán esforzado en la última guerra, y que con el marqués de la Mina, diputado en las conferencias de Niza, habia tenido las principales funciones de ella.

El infante don Felipe se embarcó en Antibo, pasó á Sestri de Poniente, territorio de Génova, y dirigiéndose por Plasencia entró en Parma en 9 de marzo de 1749, siendo obsequiado por donde

pasaba, con muchos aplausos, y recibido de la nobleza y habitantes de aquella ciudad con mucho júbilo y regocijo, el cual fué grande en Madrid con este aviso, y con la publicacion de la paz celebrada en 26 del mismo mes.

Apenas se habian firmado las paces, se preparó la infanta doña Luisa Isabel, esposa del nuevo real duque el infante don Felipe, para partir con su hija doña Isabel María á unirse con su esposo, de quien habia estado ausente siete años. Salió pues de Madrid en 26 de noviembre de 1748 dirigiéndose por Bayona á Paris, en cuya corte estuvo detenida cerca de un año hasta que hechas las preparaciones y fiestas de público recibimiento entró en Plasencia, donde la esperaba su esposo, en 19 de noviembre de 1749 en medio de muchas demostraciones de aplauso y contento, transfiriéndose con el mismo á Parma á donde llegaron en el dia 23, y empezaron á gobernar sus estados con las mejores disposiciones al bien de sus súbditos.

El rey don Fernando vió los dias deseados de la tranquilidad para emplear su ánimo pacífico en bien del reino y provecho de sus vasallos. La guerra indispensable que encontró al subir al trono no habia detenido sus felices intentos, pues siguiendo la obra comenzada por su padre de mejorar en cuanto pudiese la administracion de su real hacienda y demás negocios de Indias, escogió para su ministro de Estado á don José Carvajal y Lancaster, gobernador que era del consejo de Indias; y haciéndole decano del consejo de Estado, le encargó su celo para promover la felicidad de la monarquía.

Pronto se vieron los efectos del paternal afecto del rey. Mandó que se pagasen por entero los sueldos de los individuos de planta y número de ejército, de la marina, del ministerio y de las casas y caballerizas reales; que se estinguiese la mitad de los trece reales del sobreprecio de la sal: que se suspendiese por cuatro años la renta del servicio y montazgo: que la mitad de los arbitrios de su real hacienda se aplicase á la construccion de cuarteles para la residencia y tránsito de la tropa: que se satisficiesen los débitos que se causasen en el tiempo que reinaba, y que se procurasen fondos posibles para estinguir los que fuesen justos del reinado antecedente.

Quitó el arrendamiento de sus rentas reales y las volvió á la ad-

ministracion de su cuenta con el ánimo de establecer una única contribucion, y perdonó muchos débitos de tributos anteriores; determinó que las intendencias y corregimientos fuesen trienales; creó otras de provincia con el mismo término, constituyendo el mismo orden en los gobiernos políticos y militares. Mandó publicar una ordenanza á los tribunales, magistrados y dependientes de oficio de ellos sobre el modo de invertir y beneficiar las penas de cámara; y otra á los intendentes y magistrados de provincia, sobre plantíos, conservacion y cortas de los montes, dehesas y cotos de cada jurisdiccion. Todas estas providencias se dieron en los tres años de reinado hasta fines de 1749, al cual se añadió el regocijo del ajuste de matrimonio de la infanta doña María Antonia Fernanda con el primogénito del rey de Cerdeña duque de Saboya.

Tan benignos deseos del bien público bendijo Dios, dándole despues de la paz riquezas y abundancia á manos llenas. Las flotas de Indias hacia mucho tiempo que se detenian por causa del curso continuo de los ingleses en las guerras pasadas; pero apenas se supo la paz no cesaron de venir cargadas de intereses para el rey y particulares, y restablecido el comercio, y abastecido el erario todo era felicidad. El rey don Fernando repartia mucho á los pobres, y le llevaron particular atencion los enfermos del real hospital general de esta córte.

Para ponerlo en el mejor estado posible, al mismo tiempo que estableció un colegio de cirugía en Cádiz á fin de surtir con hábiles cirujanos á la real armada, mandó que de los practicantes y profesores de los hospitales del ejército se escogiesen los mas á propósito para establecer y cuidar del de Madrid, formándose nuevas y prudentes ordenanzas para su gobierno: que se pagasen del real erario los gastos de su asistencia, aunque se estendiese á mayor número de enfermos, dándose mayor ensanche al edificio, ínterin se fabricase otro con mas anchura y comodidad: para lo cual mandó tambien levantar el plano y fábrica á costa del mismo real erario en la parte que no pudiesen suplir las propias rentas, y dió otras sábias disposiciones dirigidas al alivio y curacion de los enfermos pobres.

A todo esto se siguió la proteccion de las ciencias y artes, que solo reinan en la tranquilidad y la abundancia, la academia de buenas letras de Barcelona habia tenido principio en aquella ciudad á fines del siglo pasado con el título de los *desconfiados*, á imitacion

de algunas de Italia. Su objeto principal era la historia de Cataluña. Las guerras de sucesion la habian interrumpido hasta el año de 1729, que resucitó bajo el gobierno del marqués de Risbouck, capitan general de aquel principado, de la cual fué hecho presidente, pero en principios del año de 1751 á solicitud del marqués de Elio, su director, y por intercesion del señor Carvajal, ministro de Estado, la recibió el rey don Fernando bajo de su real proteccion.

Con este egemplo se formó otra en Sevilla, intitulada tambien de buenas letras, á que dió principio don Luis German, individuo de la de historia de Madrid. Su objeto era promover la enciclopedia ó erudicion universal de las antigüedades y letras humanas; y fué admitida bajo la misma real proteccion en 18 de junio de 1752.

Cinco dias antes se habia celebrado la solemne abertura de la real academia de las tres nobles artes, pintura, escultura y arquitectura. El rey don Felipe V habia dado principio á esta, aprobando un proyecto de estudio público de estas artes en 13 de julio de 1744; bajo de la direccion de una junta que formó con el título de *preparatoria*, presidida por el marqués de Villarias, que era del consejo de Estado. Vió el rey don Felipe algunos progresos; viólos despues mayores el rey don Fernando, y habiendo concedido en 1750 doce mil y quinientos pesos para su subsistencia, la erigió en real *academia* con el título de *San Fernando* en 12 de abril de 1752, nombrando por protector de ella á su ministro de Estado don José de Carvajal y Lancáster, y despues se estendió su cuidado hasta enviar pensionados á Paris y Roma, manteniendo en aquella varios jóvenes para el grabado y sellos, y en esta una academia ó colegio con el título de San Lúcas para pintura, escultura y arquitectura.

Tambien en Valladolid habia una junta particular de caballeros que se empleaban en cultivar la cosmografia é historia, presidida por el marqués de Vallecerrato, duque del Parque, á cuya peticion el rey don Fernando la acogió bajo su real proteccion y la erigió en academia con el título de *geográfico-histórica*, en setiembre de aquel año de 1752, y celebró su abertura solemne en 6 de octubre siguiente.

En el mismo año en cuatro de setiembre se hizo tambien la abertura solemne al nuevo establecimiento de matemáticas fundado

en el colegio imperial , dando principio á su enseñaanza los PP. Juan Wedlingen y Gaspar Alvarez , á cuyo ramo unió despues el consejo de Indias una cátedra de cosmografía para adelantar la de aquel orbe.

Todavía no se habia dado principio en España , á lo menos en Madrid , al estudio metódico de la botánica en que ya habian adelantado mucho las naciones estrangeras , pero habiéndose introducido el buen estudio de la anatomía , medicina , cirugía y farmacia desde don Felipe V , quiso el rey don Fernando que no faltase un ramo tan principal para la salud del pueblo , y así concedió al real proto-medicato el uso de su real quinta llamada de *Migas calientes* para que en ella se formase un jardin real de plantas para el adelantamiento de la botánica é historia natural , dotando este establecimiento con liberalidad , nombrando por intendente de él á su primer médico , presidente del real proto-medicato , que entonces era el doctor don José Suñol , y por subdirectores con igual dependencia á don José Martinez Toledano y don José Ortega , constituyendo por primeros profesores á don José Quer y don Juan Miñuart en el año de 1755.

Llevóle tambien la atencion la educacion de la juventud de la córte en las letras humanas , dando en este mismo año facultad á los profesores de latinidad y elocuencia para que erigiesen una academia latina , en cuyas juntas tratasen y escribiesen sobre el mejor modo de la instruccion y adelantamiento de los jóvenes en estos ramos ; no olvidando á los de primeras letras que formaron un colegio académico.

Los estudios del real seminario de nobles le merecieron mucho cuidado ; allí se cultivaban las letras con el mejor gusto , las matemáticas y la mas sólida filosofía con el mayor esmero ; honró á sus individuos con su real presencia muchísimas veces , asistiendo con gusto á los ejercicios públicos de humanidad , matemáticas y física experimental : dióles caudales para ensanchar el edificio , y los distinguió con muchas exenciones y privilegios segun las carreras que siguiesen , eclesiástica , civil ó militar.

Entre tantos cuidados hácia las letras , daba algun tiempo en compañía de su esposa al recreo del ánimo en las representaciones en música y alentaba con abundantes premios á sus profesores , admitiéndose en la córte y su palacio los mas diestros en la música y

canto de toda la Europa. Hasta de la milicia y de la marina procuraba hacer diversion, al mismo tiempo que alentaba con su presencia estos ramos. Asistia muchas veces á las evoluciones militares de varios cuerpos, y premiaba su esmero, á que se añadió que hizo mucha reforma en el arte militar, prefiriendo el egercicio mas ligero y sólido, adoptado por una junta de generales que de su real órden tuvieron presente lo mejor de Italia, Francia y Prusia en esta parte; y no descuidando la tropa de caballería, dió escelentes órdenes para la cria de caballos y las remontas del ejército.

Ya desde el año de 1751 entre las iluminaciones y diversiones de Aranjuez se habian hecho sobre el Tajo fragatas y jabeques pequeños para imitar la navegacion y maniobras de artilleria, haciendo venir marineros de Cartagena para este efecto; pero esto que parecia un entretenimiento era un indicio del importante cuidado que empleaba en la solida marina y aumento del comercio.

Don Jorge Juan con su pericia matemática habia adelantado de invencion propia muchas cosas en el arte de la navegacion y construccion de navios. Ya se habia dado á conocer el talento de este español desde que fue elegido en el año de 1734 por el rey don Felipe V para aquella famosa expedicion de la medida de los grados terrestres que con don Antonio Ulloa egecutó en Quito ó bajo del ecuador, al par de Mrs. Bouguer y la Condamine, sábios astrónomos de Francia; ínterin que otros del mismo reino lo egecutaban hácia el norte; de cuyas observaciones uniformes resultó la exacta averiguacion de dichos grados y de la figura de la tierra, con que recibió mucha luz la astronomía física.

No habia dejado de atender el rey don Felipe V á este ramo cuando halló proporecion en medio de sus continuadas guerras, dando principio á sus ideas desde la paz de Utrech. Pero en tiempo del rey don Fernando; traidos nuevos constructores hábiles estrangeros, y establecidos astilleros; se hicieron tales progresos, que, durante su reinado, se botaron al agua mas de 30 navios de guerra los mas de setenta y cuatro cañones, siguiendo el proyecto de los sesenta navios que se necesitaban por entonces para tener una marina respetable.

Allanados los medios para el comercio marítimo y la industria, volvió los ojos á proteger los que dentro de la Península se proporcionasen. Con su real permiso se estableció en Barcelona una com-

pañía de comercio para las islas de Santo Domingo, Puerto Rico, Margarita y otras en el año 1755; y dos años despues á la compañía de la navegacion del Tajo, formada á representacion de don Carlos Simon Poutero, alcalde de córte, concedió varias franquicias para promover tan importante empresa; sin que omitamos el esmero con que avivó las fábricas de paños de Guadalajara, Segovia y la nueva que hizo en la nueva ciudad de san Fernando, y la proteccion que dispensó á las de otros particulares especialmente las de Alcoy y Cataluña, las de sedas de Valencia, Estremadura y Granada, y la de lienzos de Leon.

Dió principio á los caminos públicos; en su tiempo allanó los montes de Guadarrama para dar fácil paso á las Castillas, y se hizo el magnífico camino de Santander, á cuya ciudad dió obispo. Y no es este el solo bien que procuró á la Iglesia de España, hizo otro que es imponderable, y cuyo provecho redundá á todas las de España é Indias, este fué el de un concordato con la córte de Roma. Largo tiempo habia que se pretendia en España sostener en la curia romana el derecho del patronato real universal de las fundaciones y dotaciones de las iglesias y nombramientos de las personas eclesiásticas, que estaba como oscurecido, ú no observado, por muchas causas que repetidas veces se hicieron presentes á varios papas. En el concordato que pretendió Felipe V con Clemente XII no se habia podido acabar este punto á satisfaccion, pero habiendo ocupado la silla pontificia el sábio Benedicto XIV, se fueron proporcionando mejores ocasiones.

Este doctísimo pontifice examinó bien el asunto, y hecho cargo conoció que era indisputable el derecho del patronato real (1) y que el rey de España pedia en justicia; pero cediendo cada uno por su parte algunos intereses, se convino á principios del año de 1753 en que escepto cincuenta y dos nombramientos absolutos que reservó Benedicto XIV á la silla romana de varias dignidades, prebendas y beneficios eclesiásticos, quedase en todo lo demás el rey de España en el derecho y posesion del real patronato y sin la carga de pensiones, ni cédulas bancarias y otras cosas que hasta entonces habian acostumbrado; contribuyendo el rey don Fernando con algunas sumas por una vez, como en recompensa de lo mucho de que se desprendia la silla romana.

Dejando aparte los muchos edificios públicos levantados con

(1) Véase el concordato en su exórdio.

mucha magnificencia por el rey, haremos mencion del mas magnifico así por su magéstad como por el fin destinado. Este es el de la Visitacion ó de las Salesas, fundado por la reina doña María Bárbara su esposa. En este edificio suntuoso quiso que hubiese un órden monástico de la beata, que entonces era Juana Fremiot, ó del instituto de san Francisco de Sáles, un colegio de enseñanza para niñas nobles de estos reinos, una casa de oracion y un panteon, para que en él fuesen los dos reales esposos sepultados.

La fábrica que habia empezado en 1750 se concluyó en siete años. Consagróse su iglesia en 25 de setiembre de 1757; á los cuatro dias se trasladaron las religiosas y niñas educandas desde su antiguo pobre albergue, que estaba en el Prado viejo, de allí no lejos, en solemne procesion, en que tambien se llevaban algunas reliquias de san Francisco de Sáles y de la beata fundadora, cerrando el órden de aquella los dos reyes y el infante don Luis.

Aun no se habian pasado diez meses desde este acto, cuando en 20 de julio de 1758 enfermó la reina doña María Bárbara en Aranjuez, estándose disponiendo la partida para venir á Madrid al palacio del Buen Retiro. Manifestó desde luego su peligro la enfermedad; dióselo el viático, y lo recibió con aquella devocion y conformidad digna de su virtud; vivió no obstante mas de un mes y recibiendo el último sacramento, entregó su alma á Dios en 27 de agosto de 1758. Condújose el real cadáver al real monasterio de la Visitacion, insigne monumento de su religiosa piedad, y se depositó en su bóveda hasta que se colocase en el sepulcro.

El rey don Fernando lleno de dolor por la pérdida de tan amable esposa se retiró desde el dia de su fallecimiento en compañía del infante don Luis su hermano, y con muy poca comitiva, al palacio de Villaviciosa: propio del infante don Felipe, duque de Parma no lejos de Mostoles. Empezó su corazon á entristecerse, llenarse de melancolía, con lo que vino á caer en tanta debilidad y flaqueza que á los tres meses ya dió cuidado su salud á los médicos, que hicieron junta en el mes de noviembre. A pesar de los esfuerzos de la medicina, iba poco á poco perdiendo sus fuerzas el rey, en cuya compañía estuvo el infante don Luis hasta fines de abril de 1759, retirándose al real sitio de san Ildefonso, donde residia su madre la reina viuda doña Isabel Farnesio. Vivió no obstante el rey en medio de su estenuacion hasta el 10 de agosto de 1759, en que ha-

biendo recibido los sacramentos con la mayor piedad, tuvo fin su larga enfermedad con la muerte á los cuarenta y cinco años cumplidos de su edad y trece de reinado. Fué conducido su real cadáver desde Villaviciosa al real monasterio de la Visitacion de Madrid, donde yace.

La fabrica que habia empezado en 1750 se concluyó en 1758. Consecróse su iglesia en 25 de setiembre de 1757, á los cuatro dias se trasladaron las reliquias y otras educandas desde su antiguo pabellon albergue, que estaba en el Prado viejo, de allí no lejos en solemn procesion, en que también se llevaban algunas reliquias de san Francisco de sales y de la beata Lambarda, cerrando el cortejo de aquella los dos reyes y el infante don Luis.

Aun no se habian pasado diez meses desde este acto, cuando en 30 de Julio de 1758 ordenó la reina donna Isabel de Borbon en Aranjuez, estandose disponiendo para su viaje á Madrid al pabellon del Buen Retiro, Madrid, para la enfermedad, y conformidad con el orden y conformidad de su virtud; viéndose en un mes y recibiendo el ultimo sacramento, entregó su alma á Dios en 27 de agosto de 1758. Condujose el real cadáver al real monasterio de la Visitacion, inscribiéndose en su monumento de su religiosa piedad, y se depositó en su bóveda hasta que se colocase en el sepulcro.

El rey don Fernando lleno de dolor por la pérdida de tan amable esposa se retiró desde el dia de su fallecimiento en compañía del infante don Luis su hermano, y con muy poca comitiva, al pabellon de Villaviciosa: propio del infante don Felipe, duque de Parma no lejos de Madrid. Empezó su corazón á entristecerse, lloraba de melancolía, con lo que vino á caer en tanta debilidad y flaqueza que á los tres meses ya dio cuidado su salud á los medicos, que hicieron junta en el mes de noviembre. A pesar de los esfuerzos de la medicina, iba poco á poco perdiendo sus fuerzas el rey, en cuya compañía estuvo el infante don Luis hasta fines de abril de 1759, retirándose al real sitio de san Ildelonso, donde residia su madre la reina viuda donna Isabel Fernando. Yvno no obstante el rey en un sitio de su estacion hasta el 10 de agosto de 1759, en que ha-



... como hallaba en la corte en don Felipe V...  
... Obispo y de la corte de don Felipe V...  
... cardenal de España, que estaba en Roma...  
... del rey, y celebrados los desposorios en...  
... de 1714, fue casado con María de España...  
... reñida a este reino, y en el año de 1714...  
... mismo año, ya vimos que don Felipe V...  
... poro Felipe V...  
... A 20 de enero del año de 1714...  
... infante don Carlos, segundo de su reino...  
... años de su nacimiento...  
... lo destino para soberano de Sicilia...  
... infante de Alemania, que puso...  
... todos los obstáculos...  
... de quince años...  
... cuando...  
... de Felipe V...  
... don Felipe para el...  
... de su reino...  
... Sicilia...  
... cualquier acontecimiento de guerra...  
... observar...  
... verse a España el reino de Sicilia...



**DON CARLOS III**

*vigésimo segundo rey de Castilla y Leon, y undécimo de las Indias: dió principio á su reinado en el año de 1759. Murió en el de 1788.*



penas respiraba la España de las fatigas de la guerra concluida en 1713 por el ajuste de paz en Utrech, quando tuvo el sentimiento de verse privada en el año siguiente de la amable reina doña Luisa Gabriela de Saboya, aunque le quedó el consuelo de ver establecida la sucesion al trono en dos hijos que dejó, siendo el uno el príncipe don Luis y el otro el infante don Fernando.

El viudo rey don Felipe V se hallaba en lo mejor de su florida edad, y desde luego pensó en buscar una esposa digna de su escelso

trono. Hallóla en Parma en doña Isabel Farnesio, hija del duque Odoardo y de Dorotea de Neoburgo, hija del elector Palatino. El cardenal Aquaviva, que estaba en Roma ajustó las bodas en nombre del rey, y celebrándose los desposorios en Parma en 16 de setiembre de 1714, fué aclamada con mucho regocijo reina de España; de cuya venida á este reino, y entrada en Madrid á últimos de diciembre del mismo año, ya dimos razon en el sumario de la vida de su real esposo Felipe V.

A 20 de enero del año de 1716 dió la reina doña Isabel á luz al infante *don Carlos Sebastian*, generosa esperanza de sus reales padres, y alegría de toda España. A los dos años de su tierna edad se le destinó para soberano de Parma, Plasencia y Toscana, cuyos dominios fueron muy envidiados del emperador de Alemania, que puso todos los obstáculos posibles para impedir su consecucion por espacio de quince años; cuyo suceso contaremos desde el principio, ya reasumiendo, ya ampliando lo que hemos dicho en el sumario de la vida de Felipe V. Por las paces de Utrecht de 1713, habia cedido el rey don Felipe para el emperador en Italia el ducado de Milan, la Cerdeña y el reino de Nápoles, y para el duque de Saboya el reino de Sicilia. Habíase tambien estipulado entera neutralidad en Italia en cualquier acontecimiento de guerra, y que si el duque de Saboya no observaba varias condiciones declaradas en la cesion, debia devolverse á España el reino de Sicilia. No cumpliendo bien ambas potencias lo pactado, y observándose que el de Saboya trataba con el emperador de trocar la Sicilia por la Cerdeña, reconvenidas con buenas razones por el rey don Felipe, y no dándole satisfaccion, se vió precisado á tomar las armas en el año de 1717. Ocupó primeramente la Cerdeña, y al año siguiente la Sicilia; encendiöse otra vez la guerra; el inglés envió socorros á Sicilia, el rey de Francia acometió á la España por la frontera; y aunque estas dos potencias tenian empuñada la espada, convidaban á la paz por medio de un proyecto formado en el mismo año de 1718.

Observaban estas dos coronas la poca ó ninguna esperanza de sucesion masculina en los actuales poseedores de los estados de Parma y Plasencia por ballarse sin hijos en avanzada edad el duque de Parma Francisco Farnesio, hijo de Odoardo y Maria de Este de la casa de Módena, casado en segundas nupcias con Dorotea de Neoburgo viuda de Odoardo; la misma dificultad en Antonio, su hermano, ca-

sado con Enriqueta de Este; descendientes todos de la casa de Médicis de Florencia; igual obstáculo en Juan Gaston gran duque de Toscana, casado con Ana María de Saxe-Lawembourg, hija del elector Palatino; ser próxima heredera por línea de hembra la reina doña Isabel Farnesio, y pretendiente á la sucesion, representando línea masculina en su hijo el infante don Carlos; oponerse el emperador á estas disposiciones sin su consentimiento, pretestando ser aquellos estados feudos del imperio, y por consiguiente árbitro en el nombramiento de sucesion, faltando la línea masculina no interrumpida; contradecir esta dependencia aquellos estados de los cuales el de Parma solo se reconocia feudo de la silla romana, y la toscana, haber sido república libre, sin haber perdido derecho alguno; y en fin proveer todas las potencias que si en esto no se daba un corte, habria siempre una semilla de discordias y de sangrientas guerras.

Para evitar pues estos daños formaron unos preliminares de paz, en cuyo artículo 5.º se proponia al infante don Carlos por sucesor de estos estados, y en falta de él á sus hijos ó hermanos varones de legitimo matrimonio, con las condiciones de que nunca los poseyera el que ocupára el trono de España, ni ejerciera su tutela; que el emperador diese sus letras de investidura eventual; y que para mayor seguridad entrasen á ocupar algunas plazas de Parma y Toscana guarniciones neutrales, como eran las tropas suizas, las cuales deberian ser pagadas por las potencias medianeras.

Pedíase tambien en los referidos preliminares al rey don Felipe que renunciase la isla de Cerdeña y los convenios sobre la Sicilia con el duque de Saboya, pasando á aquella el derecho de reversion, que era lo que deseaba el emperador para hacer su trueque; y que se renovasen las renunciaciones recíprocas entre el emperador y la España sobre la Francia, Flandes y estados de Italia.

Admitió con gusto el emperador el proyecto, entró en él la república de Holanda, por lo que se llamó tratado de la cuádruple alianza. Comunicóse todo esto al rey don Felipe V: vió este de cuánto tenia que desprenderse para que el infante don Carlos lograra la soberanía de los estados de Parma y Toscana: meditó el asunto; tardó en resolverse, y solo el amor á la paz le hizo acceder á la alianza cuádruple en 26 de enero de 1720.

A esta accesion debia seguir por parte del rey de Inglaterra, la entrega de Gibraltar, que aunque no sonaba en los artículos de la

cuádruple alianza, se habia prometido secretamente; y por parte del rey de España la evacuacion de la Sicilia y la Cerdeña, para que quedasen libres al emperador. El rey don Felipe cumplió prontamente sin esperar la egecucion de las promesas de los otros, dilatándose el arreglo de lo convenido con las demoras que sucedian en el congreso de Cambray, que para este fin se habia dispuesto.

Pero aunque el emperador retardaba enviar al congreso sus plenipotenciarios, las demás potencias que ya habian enviado los suyos, no dejaban de tener sus conferencias. Entre tanto el emperador para poner mas obstáculos proponia al gran duque de Toscana que despues de su fallecimiento haria que entrase á suceder su hermana Ana María de Médicis, viuda de otro elector Palatino, reduciendo á la Toscana á su antiguo estado de república.

Penetraron las demás potencias los intentos del emperador dirigidos á frustrar el artículo 5.º de la sucesion en favor del infante don Carlos: y así creyendo obligarle, se aplicaron á hacer tratados particulares de paz con España. El que hizo el inglés en 13 de junio de 1721 se reducía á devolverse las mútuas presas, y á que quedase libre y desembarazado el comercio, que con estas demoras estaba parado. Quedóse con Mahon bajo ciertas condiciones, ofreciendo los esfuerzos posibles con los parlamentos, para devolver la plaza de Gibraltar. En el ajuste con Francia y España entró tambien la Inglaterra. En este se convino llevar á debido efecto los tres tratados de Utrech, Rastad ó Baden, y el de Lóndres ó de la cuádruple alianza, y lo que se acordase en el actual de Cambray, prometiéndolo para ello concurrir cada potencia contratante con ocho mil hombres de infantería y cuatro mil de caballería. Siguióse á esto por parte del francés la evacuación de las tropas de las fronteras de España, y un tratado de un doble matrimonio de dos hijas del duque de Orleans, la una con el principe de Asturias don Luis, y la otra con el infante don Carlos, y una hermana de este, doña María Ana Victoria, con el rey Luis XV, de que ya hemos hablado en el sumario de Felipe V.

Luego que comprendió el emperador que por estos particulares ajustes se le habia de avivar, envió sus plenipotenciarios á Cambray en el año siguiente de 1722. Instábase por las potencias garantantes al despacho de las letras de investidura; el papa protestó al congreso por medio de su nuncio sobre este punto, alegando que los estados de Parma y Plasencia eran feudos de la silla romana. El

gran duque de Toscana protestaba tambien por medio de su ministro contra el artículo de la sucesion á sus estados sin su acuerdo, como acto contrario á sus derechos. Al fin el emperador, de consentimiento del imperio, despachó sus letras de investidura en 9 de diciembre de 1723.

Presentado en el congreso el diploma hallaron los plenipotenciarios de España algunas dificultades, por suponerse ó declararse aquellos estados feudos del imperio contra lo que sus ministros habian resistido, y el rey don Felipe habia tambien repugnado. Consultaron á la córte de España: el rey don Felipe V habia renunciado ya el cetro en su primogénito don Luis I, y este admitió el diploma segun el tenor y sentido de lo establecido en el artículo 5.º preliminar de la cuádruple alianza, esperando que esto se declarase mejor y concluyese en el actual congreso de Cambray. Con esta condicion firmaron tambien los plenipotenciarios de las potencias garantes á principios del año de 1724.

El congreso no adelantaba en la paz, porque cada potencia proponia condiciones á que los ministros alemanes daban poco oido, y los soberanos de Parma y Toscana rehusaban su dependencia del imperio; esto mismo instaban los plenipotenciarios españoles, y aun algunas de las potencias mediadoras, pero nunca se ponian de acuerdo. Al mismo tiempo ocurrió la novedad de devolver Francia la esposa contratada con Luis XV, á que se siguió la devolucion de la que estaba en España para el infante don Carlos: pero se temia nueva guerra; lo que considerando el rey don Felipe V, que ya habia vuelto al trono por muerte de su hijo el rey don Luis, se dirigió á tratar con el mismo emperador un ajuste de paz que se firmó en Viena en 30 de abril de 1725, á que se agregaron uno de alianza y otro de comercio, de que tambien hemos hablado en otra parte.

Por estos tratados quedó confirmado el artículo de sucesion del infante don Carlos conforme á lo propuesto en el de la cuádruple alianza de 1723. Pero las potencias mediadoras, especialmente Inglaterra y Holanda se ofendieron, alegando ser aquellos tratados en varios puntos perjudiciales á su comercio.

Siguióse una guerra entre Inglaterra y España declarada en 1727, que duró hasta el año de 1729, en que se concluyó la paz firmada en Sevilla, referida tambien en el sumario de Felipe V.

Entre varios artículos de esta paz se ofrecia á la España, por parte de la Inglaterra, Francia y Holanda, ayudar ó concurrir á la introduccion de seis mil hombres de tropa española en los estados de Parma y Toscana, en lugar de las neutrales que se habian estipulado en los anteriores tratados, para asegurar mejor la sucesion del infante don Carlos. Ya en el año anterior habia pedido el gran duque de Toscana guarnicion española en Liorna, porque desconfiaba del proceder del emperador, que habia determinado introducir tropa alemana, aunque aseguraba que era en favor del infante don Carlos, en el caso que muriese el gran duque. Sucedió como se temia, pues llevando á mal el emperador el tratado de Sevilla, introdujo inmediatamente tropas alemanas á principios del año de 1730, y guarneció algunas plazas de Nápoles. Esta novedad puso en gran cuidado á las otras potencias, y principalmente á la España: ya se pensaba en tomar otra vez las armas y ocupar á Sicilia, ó introducir derechamente las tropas españolas en los estados de la sucesion del infante don Carlos; pero como á esto debian concurrir las potencias garantes con dinero y tropa, fué difícil de ponerse en egecucion el pensamiento, en cuyo estado de cosas el rey de España las hace saber que si no cumplen con el empeño de su cargo, se exime de todo lo que antes habia contratado con ellas.

Al mismo tiempo muere el último duque de Parma Antonio Farnesio en 20 de enero de 1731; espárcese la voz de que su esposa Enriqueta de Este, hija del duque de Módena, quedaba en cinta. El emperador toma posesion inmediatamente con tropas alemanas de los ducados de Parma y Plasencia, declarando que los aseguraba para el póstumo, y que si no se verificase varon, los ocupaba en favor del infante don Carlos. Múdase un tanto el semblante de las cosas: el rey de Inglaterra y el emperador se coligan con un tratado nuevo de paz, y el rey de España con un pacto de familia con el gran duque de Toscana. Los primeros miraban á afianzar el comercio entre sí, y la sucesion á la casa de Austria en la primogénita del emperador segun la praemática sancion cesárea del año 1713; pero convinieron en que se admitirian muy pronto las tropas españolas en los estados en que debia suceder el infante don Carlos, y que convidarian al gran duque de Toscana á entrar en este ajuste: lo cual comunicado al rey don Felipe V, vino en ello en 8 de junio, y 22 de julio de 1731, no tardando cinco dias en

concluir lo entablado con el gran duque de Toscana, aunque este y el emperador ignorasen entre sí lo que cada uno contrataba.

Por este tratado el gran duque con acuerdo de su hermana viuda electriz palatina, Ana María de Médicis, nombró por sucesor suyo al infante don Carlos y sus hijos ó hermanos varones, cediendo en favor del mismo los bienes, muebles y raíces propios, y de su herencia y posesion. El rey don Felipe se obligaba por su parte á mantener los fondos públicos y el gobierno en el estado en que se hallaban; conservar el título de gran duquesa á la electriz palatina, y de regente del ducado en ausencia del infante ó en su menor edad, como tutora y gobernadora, y en su mayor edad la asistencia al consejo; de todo lo cual se convino que se diese parte al emperador, y á los reyes de Francia á Inglaterra, convidándoles á su accesion.

Por un artículo separado se convino tambien en que desde luego pudiese el infante don Carlos pasar á residir en Florencia como príncipe hereditario, y que se introdujesen las tropas españolas en Toscana y pudiesen pasar á Parma segun el reglamento que se debia disponer á su llegada: todo lo cual se hizo tambien con consentimiento del Senado Florentino. Comunicados los tratados, el de Viena al gran duque, y el de este al emperador, halló cada uno sus dificultades, pero desvanecido el preñado de la viuda del duque de Parma, y acrecentado el deseo de la paz, accedieron recíprocamente uno á otro, bien que el gran duque dejó una protesta secreta en el archivo de Pisa en favor de sus derechos, consintiendo solamente por el bien de la paz á la aceptacion pública de aquel tratado (1). Accedieron á este ajuste en setiembre de 1731 las potencias garantes, especialmente la Inglaterra, que ya habia aprontado sus navíos para completar el convoy de las tropas españolas á Italia, que estaba ya dispuesto en Barcelona en el mes de octubre del mismo año.

Estaba compuesta esta armada de veinte y cinco navíos españoles al mando del almirante don Esteban Mari, con siete galeras mandadas por el teniente general don Miguel Reggio; en ella iban seis mil hombres de tropa española al mando del conde de Charny don Manuel de Orleans. El convoy inglés se componia de diez y seis navíos de buen porte al mando del almirante Wager. El dia diez y

(1) *Becatini*: Storia del Regno di Carolo III.

siete de octubre de este mismo año, partió de Barcelona toda la armada, y en 27 del mismo echó las áncoras en Liorna; los generales Mari, Waguier y Charny entraron en congreso con Fr. Salvador Ascanio, ministro comisionado en Toscana por parte de España, con Mr. Colman de Inglaterra, y con el marqués Ranucini, secretario del gran duque, para disponer el modo como se habían de portar las tropas sin perjuicio de los particulares, ni del estado. Segun el convenio, haciendo el juramento de obediencia al gran duque, se repartieron en Liorna, Portoferrayo y Pisa, en donde debían alternar con las tropas toscanas en las guarniciones.

A los tres dias de la partida de la escuadra se dispuso la del infante don Carlos desde Sevilla, donde aun se mantenía la corte, con su correspondiente comitiva y servidumbre, á fin de ir á tomar posesion de su soberanía de Parma. Contaba entonces la edad de quince años, y eran sus tutores aprobados por el emperador el gran duque de Toscana Juan Gaston y Dorotea de Neoburgo, duquesa viuda de Parma, abuela del nuevo real duque. Salió de Sevilla á 20 de octubre acompañado de su ayo el conde de Santisteban del Puerto y demás comitiva, dirigiéndose á Valencia, y de allí á Barcelona, en cuyas ciudades le obsequiaron con varios regocijos y fiestas.

Partió de Barcelona para la raya de Francia en 23 de noviembre, acompañándole el capitán general marqués de Risbourg, y el indendente general don Antonio Sartine. Desde la frontera de Francia le obsequiaron hasta Antivo por las tierras del Rosellon y la Provenza de orden del rey Luis XV, el marqués de Granges y los gobernadores de los distritos por donde pasaba, esmerándose los pueblos en festejos. Hizo alto en Antivo el dia 17 de diciembre, y habiendo llegado de Liorna seis galeras españolas y cuatro toscanas, se embarcó el 26 del mismo para aquel puerto á donde llegó al dia siguiente no sin trabajo por una gran borrasca.

Los liorneses le recibieron con salvas de artillería, festejándole con varios regocijos, y se detuvo unos cuantos dias por la enfermedad de viruelas que allí se acometió. Entre este tiempo recibió la noticia y parabien de que su serenísima abuela, Dorotea de Neoburgo, había tomado posesion de sus estados en su real nombre en 29 del mismo mes, y que el conde de Estampa había sacado de allí las tropas alemanas que al principio del año había introducido de orden del emperador.

El 21 de febrero de 1732 entró el infante don Carlos en Pisa, en cuya ciudad no fueron menos lucidos los obsequios en los veinte dias que allí permaneció. El dia 9 de marzo llegó á Florencia, en donde hizo su entrada pública en medio de aplausos y aclamaciones, y fué recibido con abrazos paternos del gran duque de Toscana y su hermana. Disfrutó sus obsequios por espacio de seis meses; recibiendo el acostumbrado público homenaje del dia de san Juan, como príncipe hereditario. Partió en fin á Parma donde entró en 9 de octubre de 1732, aclamado por duque y soberano de aquellos felicísimos estados.

El emperador Carlos VI ya se habia arrepentido de haber dado su consentimiento á la entrada de las tropas españolas, y á la venida del infante don Carlos: temia la armada que se disponia en los puertos de España, que aunque era para Orán se tenia secreto el intento. Todo era quejarse de los homenajes y obsequios que hacian al infante don Carlos, alegando que solo eran propios para cuando se verificase la muerte del gran duque, y que en la menor edad del infante debian prestarse á la duquesa de Parma Dorotea, su abuela, como tutora. Suspendió el diploma de posesion de los estados de Parma y de la dispensa de menor edad, y dirigió decretos y rescriptos al gran duque y al senado de Florencia anulando lo hecho, y mandándoles que obrasen conforme á los tratados; pero los florentinos que no reconocian por superior al emperador, no hicieron aprecio. El papa Clemente XII renovó sus derechos al feudo de Parma, y no solamente no consiguió nada, sino tambien vió negado el censo anual acostumbrado, y sintió que el infante don Carlos hubiese tomado el título de duque de Castro y Ronciglione, manifestando corresponderle aquellos estados.

Entre tanto ya habia llegado el infante don Carlos á la edad de diez y ocho años, por cuyo motivo espidió su decreto, declarándose estar dispuesto para gobernar sus dominios solo é independiente de su abuela la duquesa Dorotea, á quien habia permitido que hasta entonces los dirigiese como gobernadora, curadora y tutora, sin embargo de que á los catorce años, segun costumbres de otros estados de Italia, pudo haber tomado las riendas del gobierno.

En este estado muere el rey Augusto II elector de Sajonia y rey de Polonia; los nacionales llamaban al trono á Estanislao Lentziski, que antes en competencia de Augusto habia sido desposeido y últi-

mamente estaba retirado en Alemania; una hija suya estaba casada con Luis XV, y se empeñaba por él para la elección al trono. El emperador Carlos VI, que el año anterior se había aliado con la Rusia y la Dinamarca, se opuso á esta elección en favor del hijo de Augusto II, toman partido algunas potencias, enciéndose una guerra.

Unese la Francia con el rey de Cerdeña á quien prometia una parte del Milanésado, y empiezan á hacer la guerra por la Italia al mismo tiempo que por el Rhin y fronteras de Alemania. El emperador procura defenderse en una y otra parte, interin el de Rusia inquietaba á la Polonia. España, advirtiendo por una parte el riesgo de los estados vecinos á Milan, y por otra parte el descontento con que sufrían en Nápoles y Sicilia el yugo alemán, toma las armas para ocupar estos reinos; envia por mar y tierra tropas á Génova y Liorna, y nombra generalísimo de sus ejércitos al infante duque don Carlos á principios de 1734.

El príncipe don Carlos pasa á Florencia para disponer la meditada empresa, dejando á Parma defendida por medio de los dos ejércitos de Francia y Saboya, los cuales con dos batallas, en que derrotaron al enemigo, dejaron bien asegurados aquellos estados. Dispuestas ya las tropas de tierra, cuyo comandante general era el conde de Montemar, soldado esperto, conquistador de Oran; facilitado el paso por el estado eclesiástico, que los influjos de la corte de Viena habían hecho dificultar con el papa Clemente XII; acercadas á la costas de Nápoles algunas naves por parte de España, mientras estas ocupaban algunas pequeñas islas, partió en 24 de febrero el infante don Carlos desde Florencia por el estado romano á Nápoles. Llegó sin oposicion hasta Monte Rotondo, donde hizo publicar en 14 de marzo un manifiesto, declarando las facultades que tenia de su padre el rey don Felipe V, ofreciendo mantener á los habitantes los privilegios, y aliviarlos de los tributos que la opresion alemana les habia impuesto, y llamándolos á su obediencia y del rey su padre. De allí se acercó á la ciudad de Napoles, donde llegó el 28 del mismo mes. El virey Cesáreo que se hallaba con pocas fuerzas para la defensa, habiéndola desamparado se fué á Bari, y los habitantes de la ciudad de Nápoles salieron hasta San German, á entregar las llaves al real infante. Con este feliz suceso, guarneciendo la ciudad con suficiente tropa, envió la restante con el conde de Montemar á

desalojar de las demás plazas á los imperiales. Esta noticia llenó de regocijo á España, y el rey don Felipe inmediatamente envió en un real decreto, con fecha de 22 de abril, la cesion del reino en la persona del infante, creándolo rey desde entonces para sí y sus sucesores.

El rey don Cárlos hizo su entrada pública en Nápoles en 10 de mayo del mismo año de 1734, entre innumerables aplausos, aclamaciones y regocijos. Montemar fue desde luego con quince mil hombres en alcance de los enemigos, que se habian fortificado en Bitonto; ellos eran siete mil y esperaban otros tantos de socorro por la parte del Adriático. Atacólos antes que llegara el refuerzo, y los derrotó, con lo que Montemar se hizo acreedor á las honras del rey don Cárlos, que le condecoró con los títulos de duque de Bitonto y grande de España. El rey don Cárlos en persona conquistaba á Gaeta y Cápua, que no tardaron en rendirse, y de este modo logró echar del territorio de Nápoles las tropas imperiales. Mientras esto pasaba por tierra, la armada española conquistaba parte de la Sicilia; rindiéronse desde luego Palermo, Mesina y poco despues su ciudadela, Trapani y Siracusa, aclamando con el mayor regocijo á don Cárlos rey de Nápoles y Sicilia; y antes que se acabara el año de 1734, ya el rey don Cárlos empezó á ser soberano de estos dos pingües reinos.

Asegurado en el trono el rey don Cárlos, pasaron las tropas á incorporarse con el ejército combinado de Francia y Saboya, que estaba haciendo frente á las tropas alemanas en Parma y Plasencia. Debilitado el emperador por esta parte, atacado del francés por el Rhin, donde habia perdido á Filisburgo, y viendo quietas las potencias marítimas garantes de los anteriores tratados, las reconvenia y buscaba su auxilio.

No dejó el rey de Inglaterra de dar oidos á sus quejas, y así determinó empeñarse en una paz. Hizo una declaracion á las potencias beligerantes, en que decia, que si no se convenian en un tratado, destinaria la armada que actualmente prevenia, para atacar en Indias los establecimientos franceses y españoles. Con esto la Francia, que con sus victorias y sus aliados se hallaba poderosa para ser árbitra de la paz, propuso al emperador ciertos preliminares; que se reducian á que Estanislao cediese sus pretensiones al reino de Polonia, dándole los ducados de Bar y de Lorena durante su vida, debiendo de-

volverse despues á la misma casa de Lorena de Francia; que cediendo Cárlos rey de Nápoles sus pretensiones á la Toscana, entrasen estos estados en la misma casa de Lorena luego que muriese Juan Gaston, y que reconociendo el emperador á don Cárlos por rey de Nápoles y Sicilia este cederia los derechos á Parma y Plasencia en favor de él. Tambien al rey de Cerdeña se le daba algun territorio á la otra parte del Tesino con la superioridad sobre los feudos de las Langas, esto es, Novara, Tortóna y el Vigevenasco.

De este modo cediendo cada uno alguna parte, y recompensándose en otras, parece que se miraba á dejar á todos contentos. Convino desde luego el emperador en los preliminares, y los firmó en 16 de noviembre de 1735, y se siguió un armisticio, así por la parte de Alemania, como por la de Italia.

Augusto III empezó á reinar sin obstáculo en Polonia: los toscanos, que estaban contentos con tener en lo sucesivo un rey coronado en Nápoles por gran duque no dejaron de sentir esta mutacion de señor en la casa de Lorena; y al contrario los napolitanos que por mucho tiempo habian obedecido á un virey, se contemplaban felices por tener por superior un rey tan amable como don Cárlos, y que tanto miraba por el bien de sus vasallos.

A este fin luego que ocupó el trono empezó á formarse un plan de gobierno lleno de prudencia, justicia y benignidad. Amplió los privilegios de la ciudad, dió libertad á muchos presos en las cárceles; no admitió un donativo de cien mil ducados que le presentó el primer magistrado; mandó satisfacer los gastos que sus tropas habian hecho á la ciudad; que todos los barones, ciudades y comunidades del reino poseyesen pacíficamente los bienes comprados durante el gobierno de los alemanes, pero que se presentasen aquellos por sí, y estas por sus diputados ó procuradores al juramento de obediencia: para lo cual comisionó al duque de Lorenzana, y estableció un tribunal para juzgar de las causas sobre este punto, si las hubiese; el cual se componia del Conde de Charny, presidente, del regente de la Vicaría, del secretario de justicia, dos consejeros, un fiscal y un abogado.

Daba audiencia á todos sus vasallos y los admitia á besar su mano. Repartió los empleos de mayor consideracion y de gobierno de provincia á la principal nobleza, y en los tribunales colocó personas distinguidas; con cuyas atenciones, no solo se ganó el amor de todos los

suyos, sino tambien de los que se hallaban afectos al imperio ó empleados por él, ya residiesen en Nápoles, ya en Roma, donde inmediatamente sustituyeron á las armas imperiales las de Borbon, Médicis y Farnesio.

Los convenios de la paz entre las potencias iban muy lentos; pero el rey don Carlos no se descuidaba en apresurar por todos caminos los actos de aprobacion que se debian al establecimiento de su nuevo reino. Dió parte al Papa Clemente XII por medio de su ministro en Roma, de la cesion que habia hecho el rey don Felipe en su real persona, y de su entrada pública en Nápoles. Nombró su embajador extraordinario, para ofrecer al papa en el dia San Pedro el reconocimiento llamado de la hacanea, que consistia en un regalo de siete mil escudos, segun costumbre de los poseedores de Nápoles. Opúsose el emperador, pretendiendo proseguir como hasta entonces con el mismo obsequio, y en esta competencia comisionó el papa ocho cardenales para su decision; de que resultó que se admitiese el reconocimiento del emperador, ínterin el rey don Carlos no fuese universalmente reconocido, y recibiese del papa la investidura de rey.

Con esto se procuraron con mas diligencia entre España, Alemania y Francia, los recíprocos actos de cesion: esta de Parma, Plasencia y Toscana, y aquella del reino de Nápoles y Sicilia, por medio de un congreso en Florencia entre los ministros destinados á este fin, el conde de Montemar por España y Nápoles; el mariscal de Noailles por Francia y el general Wactendock por Alemania; reservóse no obstante el rey don Carlos la accion á la herencia de los bienes, muebles y raices propios del gran duque de Toscana, como hijo adoptivo suyo: todo lo cual se finalizó en diciembre de 1735; á que se siguió la evacuacion de las tropas españolas, y la introduccion de las alemanas en aquellos estados, segun lo convenido.

Ya reconocido así el rey don Carlos, volvió con mayor cuidado la atencion al gobierno de justicia de su reino. Habia muchos abusos que reformar, prohibió la antigua costumbre de los asilos en palacios particulares, aunque fuesen de obispos, discernia las jurisdicciones reduciendo la eclesiástica á sus limites, y mandando contribuir á los eclesiásticos con aquellos subsidios justos y debidos al soberano. Formó una junta de ministros para que entendiese en los medios posibles de aliviar al vasallo; reedificaba los edificios pú-

blicos destinados á las escuelas; visitaba los colegios, y cuidaba de mejorar los estudios.

Ponia el mayor cuidado en el aumento del comercio, en la construcción de naves y formación de una escuadra para resistir á los berberiscos que libremente hacian daños en aquellas costas. Mandaba hacer evoluciones militares y de artillería á la tropa, y campamentos que presenciaba, alentando con premios á los soldados que se distinguían en sus obligaciones. Después de estos cuidados, y del cumplimiento de sus devociones, con que daba un ejemplo de singular cristiandad, tomaba el recreo del teatro ó de la caza para dar algun descanso á sus fatigas.

Entre las recreaciones una era irse á *Portici*, casa de campo no lejos de la ciudad. Advirtió que en las escavaciones, que algunas veces se habian hecho, se descubrian algunos restos de antigüedad, lo cual hizo sospechar que allí estaba la antigua ciudad del Herculano, sepultada de los terremotos desde el tiempo de Tito; promovió las escavaciones, se descubrieron teatro, templo, muebles, pinturas, estatuas y otras preciosidades, y en fin el Herculano y la ciudad de Pompeyo, todo lo cual hizo una señalada época del estudio de la antigüedad.

En medio de estas felicidades para acrisolar más su virtud, no dejó el brazo del Omnipotente de probarle con algunas amarguras. Esperimentó mal contentos en algunos de aquellos principales señores de feudos, acostumbrados á la libertad impune en tiempo de los vireyes; pero su prudencia y su benignidad, con pocos castigos y muchos perdones, los hizo gratos. Tuvo que avisar de su obligación y obediencia al soberano, á algunos religiosos que fomentaban partidos en los descontentos, ó se creían vulnerados en la corrección de los abusos introducidos entre ellos, y lo hizo con tanto amor que consiguió el fruto sin violencia. Suavizó varias quejas, que el estado pontificio tuvo por una revolución suscitada en Roma y Veletri en el paisanage y la tropa española y napolitana, la cual hubiera pasado á un rompimiento con esta córte y la de Viena á no haber hecho ver su prudencia la osadía del vulgo, y su benignidad en su justicia.

Aunque poco contenta la silla romana por las pretensiones del rey Carlos sobre asuntos eclesiásticos, no tardó en ver declarados sus derechos y privilegios, y que no pedía sino lo justo, ya concedido por los anteriores pontífices: con lo que consiguió el rey que

los nuncios suspendidos para asistir en las cortes de Nápoles y Madrid por estas y otras dificultades, sosegados los ánimos, pasasen á ejercer sus funciones, manifestando su regocijo el papa con despachar la birreta para el infante don Luis, y las letras de investidura de aquellos reinos en favor del rey don Carlos, cuyo contento se completó con la presentación de la hacanea por parte del rey don Carlos, con mucho aparato y lucimiento.

Tenia siempre sobre su corazon los males del vasallo. En mucha afliccion se vió su real persona cuando un dia volviendo de caza al pasar un arroyo crecido con la avenida de un turbion, estuvo en peligro de perder la vida, libertándole la Suma Providencia por medio de la destreza de su cocheró, pero mas sintió los estragos que una erupcion enorme del Vesubio causó en los pueblos circunvecinos por aquel tiempo.

Sus habitantes abandonaron sus casas dejándolas con sus alhajas por no perder la vida con la inundacion de la lava ó con los torbellinos de cenizas, que con abundancia vomitaba aquel volcan. Compadecido el rey de este desastre envió tropas á guardar las casas, socorrió de pronto las mas pobres familias, y perdonó los tributos de aquel año á los pueblos mas perjudicados.

Mientras esto pasaba, la reina de España doña Isabel Farnesio buscaba digna esposa para su hijo el jóven rey don Carlos, que llegaba ya á los 22 años de edad. Puso primero las miras en la archiduquesa Maria Ana, hija segunda del emperador Carlos VI, quien habia casado ya en el año de 1731 á su primogénita Maria Teresa con el duque de Lorena Francisco, en quien debia recaer la Toscana. No se ajustaron bien los intereses del emperador, y así volvió los ojos la reina doña Isabel á la princesa doña Maria Amalia de Sajonia, hija de Augusto III rey de Polonia, y de la archiduquesa primogénita del emperador José I. El conde de Fuenclara concluyó esta comision á fines del año de 1737, y á principios de enero del siguiente se celebró esta noticia en Nápoles y Madrid con mucho regocijo.

El rey don Carlos nombró inmediatamente toda la familia de servidumbre y comitiva, secretario, camarera mayor, damas de honor, guarda mayor, señoras de honor, azafata, camaristas, mayordomo mayor, mayordomos de semana, caballero mayor y otros. El conde de Fuenclara hizo su entrada pública en Dresde en 7 de mayo con el mayor lucimiento; á los dos dias se hizo la peticion formal

y presentacion del retrato del real esposo. El príncipe Federico Augusto, hermano de la real esposa, celebró por poderes los esponsales; hubo grandes fiestas y regocijo, y la nueva reina doña María Amalia partió de Dresde á Italia por la Alemania en compañía de su hermano el dia 12 del mismo mes.

En Viena fué obsequiada por su abuela la emperatriz viuda Amalia, por donde pasó el dia 20. Nueve dias despues llegó á *Palma Nova*, territorio de Venecia, en donde recibió la comitiva y familia destinada á su real servidumbre. En Venecia se la obsequió con muchas salvas de artillería, continuándolas en el paseo que hizo por algunos canales acompañada de la principal nobleza de la ciudad. Pasando á Padua recibió las joyas que allí la presentó el duque de Atri en nombre del rey don Felipe V, y los obsequios que la hizo el duque de Módena Francisco de Este.

Dirigiendo su viaje por varios estados de Italia salian á recibirla sus principales señores ó enviados, esmerándose en estas ceremonias el cardenal Mosca, enviado del Papa, los diputados de Ferrara, Faenza, Ravenna, Forli, Cesena, Rimini, Pésaro, Sinigaglia, Ancona y Loreto. A la raya de Nápoles salió á recibirla el real esposo, acompañándola desde allí hasta Gaeta, á donde llegaron el 19 de junio. Aquí se hizo la ceremonia de recibimiento en un magnífico pabellon construido á este propósito; ratificáronse los esponsales, y hechas las santas ceremonias, quedó concluido el matrimonio, celebrándose con fiestas y aplausos. De allí á dos dias entraron en medio de aclamaciones innumerables en la corte de Nápoles; siguiéndose muchos festejos de fuegos artificiales, iluminaciones y otras señales de alegría, finalizando con una entrada pública el dia 2 de julio. Creó el rey la orden de San Genaro, declarándose gran maestro de ella, y nombró varios oficios de su instituto, hizo caballeros á sus dos hermanos los dos infantes de España don Felipe y don Luis, y al príncipe real de Polonia Federico, hermano de la reina dió sus insignias á varios cardenales, arzobispos, príncipes, duques, títulos y hombres ilustres de Nápoles y España, y reservó seis nombramientos á eleccion de su padre el rey don Felipe V, quien en efecto condecoró á algunos en Madrid, donde en 5 de julio se celebró la noticia del feliz casamiento con besamanos, luminarias, fuegos de artificio y representacion de ópera en el palacio del Buen Retiro.

Ya puesto el rey don Carlos en este nuevo estado, se dedicó con mas esmero á los negocios del reino; empresa que como nueva le llevaba mucha atencion. Seguia dando públicas audiencias y escuchando con amor hasta el mas desvalido. Se hallaba muchas veces presente en las consultas de los consejos; continuaba en reformar abusos, y aunque ya los asilos de los delinquentes no eran mas que las iglesias y conventos, viendo que habia muchos refugiados que por la noche cometian algunos robos, mandó que se pasasen todos inmediatamente á las competentes cárceles, y que formados sin dilacion sus procesos, se finalizasen con brevedad sus causas; lo cual hizo cesar muchos desórdenes.

Hizo particular empeño en examinar cómo se arreglaria el punto de que los eclesiásticos y regulares no poseyesen mas rentas y bienes que los permitidos por los cánones y privilegios, que no se opusiesen á las regalías y al bien del Estado, y que pagasen aquellos subsidios debidos á la corona en los casos extraordinarios que los demas vasallos lo hacian. Despues de maduras reflexiones puso este asunto en manos del papa Clemente XII, el cual mandó formar una congregacion á este fin á principios del año de 1739; pero habiendo sucedido á este, en el mismo año, el sábio pontífice Benedicto XIV, concluyó este negocio á satisfaccion de ambos.

Estando en tan buena situacion sus dominios para el tráfico y comercio interior y exterior, y para la navegacion á levante y poniente, no se contentó con establecer una junta ó tribunal compuesto de ministros togados y negociantes para la mas pronta expedicion de los negocios de comercio, sino tambien un consulado de tierra y mar formado de cinco cónsules y dos asesores juriscónsultos anuales, que dirigiesen todos estos asuntos segun el nuevo arreglo de derechos y otras disposiciones encaminadas á la circulacion del dinero y alivio de los litigantes en estas causas.

Para asegurar la navegacion y poner seguridad en los mares, emprendió hacer tratados de paz y comercio no solo con las potencias comerciantes cristianas, sino con las berberiscas y el turco, concluyéndolos con este en el año de 1740, y en el siguiente con la regencia de Tripoli. Con estas miras se mejoró el puerto de Nápoles, se aumentaron naves, se fundieron cañones, se compusieron caminos, se establecieron fábricas de paño y sedas, se convidó á las gentes estrangeras á venir á establecerse en su reino sin que obstase la

variedad de sectas; y poco despues estableció postas desde Nápoles á Constantinopla para la mayor prontitud en la expedicion de los negocios entre las dos potencias.

Por este tiempo se formalizó la paz entre España y Alemania, y se trató el matrimonio del infante don Felipe con madama Luisa Isabel, primogénita de Luis XV. Fué comisionado para esto con embajada extraordinaria el marqués de la Mina, y celebró los esponsales en 16 de agosto de 1739 con entrada pública en Paris, y otras ceremonias magnificas, á que se siguieron muchas fiestas y regocijos. Partió la nueva esposa en 31 de setiembre acompañada del rey su padre hasta dos leguas de Paris, y desde allí prosiguió con numerosa comitiva hasta San Juan de Pié de Puerto, en las fronteras de España, donde en 11 de octubre el príncipe Maserano la presentó las joyas de regalo de parte del rey don Felipe V, y prestaron su obediencia el mayordomo mayor duque de Solferino, la camarera mayor marquesa de Ledé, y demas comitiva española, que desde allí empezó á servirla.

Hecha la entrega el dia 13, partió la infanta esposa dirigiéndose por Pamplona hasta Guadalajara, donde la recibió con mucho regocijo la reina viuda de Cárlos II doña María Ana de Neoburgo, y desde allí á Alcalá, en cuya ciudad estaban ya los reyes y el real infante esposo y demas familia para su recibimiento. Aquí se ratificó el matrimonio haciendo las santas ceremonias el patriarca; y á los dos dias entraron en Madrid entre mucho concurso que celebraba á los reyes y á los nuevos esposos con mucho aplauso. Por las ciudades por donde habian pasado, habian sido muy lucidos los obsequios: pero dieron á éstos el último complemento las fiestas públicas que se siguieron en Madrid con magnífico y real aparato.

Ya en este tiempo habia renovado la guerra el inglés contra España por pretensiones que habian quedado pendientes desde el tratado de Sevilla; al principio solo tenian sus límites estas inquietudes entre las dos potencias, pero luego cundieron por toda Europa con motivo de haber muerto el emperador Cárlos VI de Alemania sin sucesion masculina, y llegar el caso de ponerse en egecucion lo establecido por él en la pragmática sancion del año de 1713, en que se arreglaba la sucesion por línea de hembra.

El rey don Cárlos no tuvo poca parte al principio de esta guerra en sus trances, auxiliando á España contra la reina de Hungría;

pero corriendo con buena amistad con la Inglaterra tomó á sus instancias el partido neutral; prosiguieron las hostilidades con varia fortuna en Alemania, Francia y en varios estados de Italia, estando en Saboya á la frente del ejército español el infante don Felipe.

Entre los varios sucesos del año de 1744, tuvo que retirarse el general español Gages hácia Nápoles, en cuyo alcance iba el alemán. Viendo entonces el rey don Carlos invadidas ó amenazadas sus fronteras, no pudo menos de tomar las armas para defenderlas y defenderse; de lo cual resultó la famosa acción de Veletri, testigo del valor del rey de las dos Sicilias y sus tropas, de que ya hemos dado razon en el sumario de la vida de Felipe V.

En medio de estos cuidados nunca perdía de vista el rey don Carlos el aumento de fuerzas y comercio del reino, y el alivio de sus vasallos en las mayores necesidades. Desde principios de la guerra habian ocupado los ingleses con varias escuadras, ya el mar de Génova, ya el de Nápoles, ya el golfo Adriático para estorbar los socorros de aquellos que eran enemigos de la reina de Hungría, á quien auxiliaba; una de ellas se puso delante de Nápoles requiriendo al rey don Carlos que observase neutralidad; no podia el rey responder de manera que no temiese el peligro que le amenazaba, y aunque sus fieles napolitanos se ofrecieron á pegar fuego á la armada enemiga, convino en la neutralidad; pero desde entonces dió mayores providencias para fortalecer los puertos y reforzar su ejército para lo que se ofreciera en adelante. No es fácil de explicar el paternal amor con que acudió al alivio de todos sus vasallos en la gran peste que hubo en Mesina y Reggio, en que perecieron mas de cuarenta mil personas, y hubiera hecho mayor menoscabo en los habitantes del restante reino, si no se hubiera opuesto á sus progresos con las mas sábias y prontas providencias, y remedios de la medicina.

Por esta causa, y por el obstáculo de los ingleses que cruzaban por aquellos mares, habia descaecido un poco el comercio, y crecido el precio de los comestibles, pero bajando el rey á sus espensas el precio de la harina, los gobernadores de la ciudad hicieron lo mismo con este alimento y el de las carnes.

La muerte del emperador Carlos VII, sucedida á principios del año de 1745 á que se siguió la elección de Francisco, gran duque de Toscana, dió mayor aumento á la guerra de Italia, pues ascen-

diendo al trono imperial el mismo que lo habia sostenido tantos años como esposo de la reina de Hungría, entrando con mas enteras fuerzas llevaba mayor esperanza del vencimiento.

No era menor el empeño de la Francia en sostenerla unida á Nápoles y España, no desmayando está en la empresa aunque por muerte del rey don Felipe V subió al trono español un rey muy inclinado á la paz, cual era don Fernando VI. Animaba el valor de todos y la razón de cada uno, la reina madre doña Isabel, á quien le parecia muy justo entrase el infante don Felipe en los derechos de su hermano el rey don Carlos á los estados de Parma, Plasencia y Guastala, con cuyo fin se sostenia la guerra con el mayor tesoro. Duró esta dos años mas, hasta que se firmó en Aquisgran una paz por el mes de octubre de 1748, por la cual fué declarado el infante don Felipe soberano de Parma, Plasencia y Guastala, de cuyos estados tomó posesion en el año siguiente de 1749 como hemos dicho en el sumario de la vida del rey don Fernando VI.

Tranquilo ya el rey don Carlos se dedicó con mas esmero á los cuidados del gobiérno y felicidad de sus vasallos; no mucho tiempo antes habia tenido que componer varias cuestiones que se suscitaron sobre competencias de causas eclesiásticas, y cuidó que no se alterase el uso del tribunal arzobispal en materias de religion. Sucedieronse varias inquietudes sobre rumores esparcidos de que habia en su reino sociedades de francmasones, pero una bula de Benedicto XIV y un decreto del rey las calmaron.

Quiso hacer ver á los caballeros malteses el derecho feudal y de patronato que tenia sobre su obispado, derivado desde Carlos V, que como rey de Sicilia habia dado la isla de Malta á los caballeros de san Juan, que perdieron la isla de Rodas: resistieron estos alegando prescripcion, medió el papa, y suspendió el rey el comenzado intento, reservándose para en adelante su accion competente.

Nunca omitia tiempo alguno de hacer todo el bien posible á sus vasallos mas menesterosos, presentándosele no pocas ocasiones en las erupciones del Vesuvio, siendo muchas muy dañosas á los campos, villas y aldeas y sus habitantes, pero en especial la del 23 de octubre de 1750.

Por este ánimo tan caritativo le habia llenado el cielo repetidas veces de consuelos y de frutos de bendicion. La reina su esposa doña María Amalia habia dado á luz hasta entonces cuatro infantas y

tres infantes; á saber: doña María Isabel, que nació en 6 de setiembre de 1740, doña María Josefa Antonia, en 20 de enero de 1742; otra doña María Isabel, en 19 de abril de 1743, las cuales vivieron poco tiempo; siguiéronse doña María Josefa, nacida en Gaeta el 16 de julio de 1744, y doña María Luisa, en Nápoles en 12 de noviembre de 1745; la primera infanta de España, y la segunda emperatriz viuda de Alemania; en 1747 nació el príncipe duque de Calabria don Felipe, quien, quedando débil por enfermedades de la niñez no pudo despues reinar, y entró en todos sus derechos su hermano don Cárlos, rey de España con el nombre de Cárlos IV, nacido el 12 de noviembre de 1748, pasando la sucesion de Nápoles á don Fernando, nacido en 12 de enero de 1751.

Para dar pues el rey don Cárlos un destino á alguno de sus hijos, correspondiente á su calidad, dirigió las miras al emperador de Alemania Francisco Esteban. Era este deudor al rey don Cárlos de los bienes alodiales, que habian entrado en su poder como nuevo sucesor del último duque de Toscana Juan Gaston, muerto sin sucesion varonil en el año de 1737, y que pertenecian por testamento y derecho de sucesion al mismo rey don Cárlos. Para que sirviesen pues de dote á una de sus hijas, concertó con el emperador que se tratase un doble matrimonio entre dos hijos de cada uno, esto es de Leopoldo (que despues fué emperador) segundo hijo de Francisco, con doña María Luisa, hija segunda del rey don Cárlos, llevando el título y soberania de gran duque de Toscana; y del primogénito ó destinado para la sucesion de Nápoles, con María Carlota hija del referido emperador, quienes algun dia habian de ser reyes de las dos Sicilias. Así tratadas las cosas y convenidas, se celebró de nuevo la paz entre la España, el emperador, el rey de Nápoles y el de Cerdeña.

Mas parece que estas paces felices para Italia sirvieron de incentivo al prusiano para meter la guerra en Sajonia contra el suegro del rey don Cárlos, el rey de Polonia, en el año de 1756. Armóse en favor de Prusia la Inglaterra, y contra ellas la Francia y la Alemania.

Por otra parte habian ya comenzado varias hostilidades en América entre el francés y el inglés sobre los límites de la Acadia y el Canadá, que habian quedado pendientes en el último congreso de la paz. Fué encendiéndose la discordia de tal modo que declarándose

mútua guerra, vinieron á hacerse una comun las dos, tomando tambien parte en ella el ruso y el sueco. El rey don Cárlos era espectador neutral de esta tragedia; pero al paso de los progresos de ella fortificaba sus plazas, reforzaba su ejército, prevenia sus naves y estaba vigilante á cualquier evento. No se estaba menos alerta en España, teniendo que temer mas de cerca las resultas; pero el rey católico era muy pacífico, y se esforzaba á huir de la discordia lo mas que pudiese.

En este estado muere el rey don Fernando VI en 10 de agosto de 1759, á cuya sucesion era llamado el rey don Cárlos de Nápoles por legítimo derecho; fuéle preciso pensar en disponer de su reino; y venir á ocupar el sôlío del de España.

Inmediatamente que falleció el rey don Fernando VI se despacharon correos con esta noticia al rey don Cárlos á Nápoles, y á la reina madre doña Isabel Farnesio al real sitio de San Ildefonso, que tenia poder especial de su hijo para ser gobernadora de España interin se verificase el arribo de su sucesor, no menos digno por patricio, y acreedor legítimo al trono, que por rey conquistador de reinos, y lleno de esperiencia para tomar las riendas de los vastos dominios españoles.

La reina madre igualmente experimentada y amante de la nacion y de su hijo, en tanto que le aguardaba con ansia, empezó á manifestar aquel gran corazon y talento que habia hecho ver durante el reinado de su esposo don Felipe V. Desde luego dió las providencias oportunas, que por órden debian sucederse. Despachó las disposiciones acostumbradas para el magnifico funeral y depósito del rey don Fernando en el monasterio de la Visitacion de Madrid, donde tenia destinado su sepulcro; poniendo esta comision á cargo del duque de Alba como mayordomo mayor del recien difunto rey.

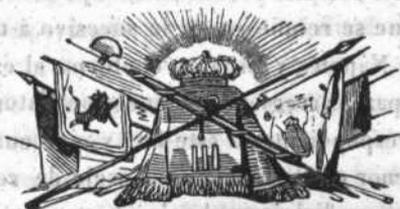
A los siete dias pasó la reina en compañía de su hijo el infante don Luis al real palacio del Buen Retiro, entrando en esta córte en medio de innumerables aplausos y siendo recibida de la grandeza, embajadores y demas personas distinguidas con el mayor regocijo y debido obsequio. Destinó la solemne proclamacion de su hijo *Cárlos III, rey de las Españas y de las Indias* para el dia 11 de setiembre, la cual se egecutó con la mayor pompa, aparato y universal aclamacion del pueblo. Levantó el pendon de esta villa de Madrid el conde de Altamira como alferez mayor y regidor perpétuo de ella, y

siguiéronse los acostumbrados festejos de gala . luminarias , besamanos , fuegos de artificio , fiestas de toros y otros .

Al mismo tiempo celebraba el rey don Cárlos III en Nápoles el pésame y luto por su amado hermano , y se disponia para venir á España con su familia en la escuadra compuesta de diez y seis navíos , que de órden de la reina madre habia partido de Cartajena al mando de don Pedro Estuardo , el marqués de la Victoria y don Andrés Reggio , que habian llegado á Nápoles con feliz navegacion en 29 de setiembre . Siguióse el acto de cesion y renuncia del reino de las dos Sicilias en su hijo tercero el infante don Fernando , declarándolo por emancipado , rey y sucesor del reino y de sus bienes , por medio de un real decreto espedido en 6 de octubre del mismo año de 1759 . A este precedió una consulta del consejo de Estado y un exámen escrupuloso de la indisposicion absoluta de reinar que por enfermedad duraba en su primogénito don Felipe . Así se reconoció la primogenitura en el segundo infante don Cárlos Antonio , destinado para príncipe de Asturias , y digno sucesor de las Españas . Procuró evitar el rey don Cárlos III con esta cesion en su hijo don Fernando , ya segundogénito , el que se reuniesen en lo sucesivo á un mismo tiempo las dos coronas de Nápoles y España , conforme al espíritu de los últimos tratados de paz , arreglando la sucesion futura con todos los llamamientos correspondientes á este fin ; y por cuánto se hallaba el rey jóven en la menor edad , formó un consejo de regencia , bajo cuya tutela y gobierno se dirigiese el reino hasta su mayor edad , que habia de ser en llegando á cumplir los diez y seis años .

En despedida dejó al nuevo rey don Fernando tales consejos en su decreto , cuales se podian esperar de un rey lleno de catolicismo , justicia , mansedumbre , vigilancia y paternal amor á sus vasallos , del cual se habian hecho dignos por la fidelidad con que le habian servido . Encargóle mucho estas virtudes y estos vasallos , y echándole la bendicion se embarcó en la escuadra el dia 9 de octubre en compañía de su amable esposa la reina doña María Amalia de Sajonia y de sus hijos el príncipe de Asturias don Cárlos , los infantes don Gabriel y don Francisco Javier , el infante don Antonio y las infantas doña María Josefa y doña Maria Luisa . Todo el pueblo los seguia con las lágrimas hasta perderlos de vista , y traian á la memoria y á la lengua las muchas virtudes de un rey , que habiendo subyugado su reino con las armas , conquistó los corazones de sus habitadores

con beneficios: de un rey que habia vencido asombrosos peligros en la guerra, y habia elevado el reino á un estado respetable: de un rey que habia restablecido la marina, ampliando el comercio, protegido las letras y las artes, hermoseado la ciudad y sitios de recreo con suntuosos edificios y fortificaciones, calles, paseos, y que les dejaba en Pórtici una riqueza suma de las preciosas antigüedades de Pompeya y del Herculano.



# DON CARLOS III

## EN ESPAÑA.



Con próspera navegacion llegó el rey don Carlos á vista de Barcelona el dia 15 del mismo mes de octubre, y desembarcó el 17 con igual felicidad con la reina y toda su familia, coronando la ribera y el puerto numeroso pueblo y nobleza, que le aclamaban con alegres vivas; cuya gustosa noticia recibida en Madrid por la reina madre y comunicada al pueblo causó imponderable regocijo, y se celebró con *Te Deum*, general repique de campanas, galas, luminarias y otras demostraciones de universal contento.

En los cinco dias que hizo el rey mansion en Barcelona, fueron magnificas las fiestas con que la ciudad le obsequió, recompensando el rey este festejo con perdonarles los débitos atrasados de las contribuciones reales, y con otros beneficios.

Partió de allí el dia 22, y llegando á Zaragoza el 28 fué mayor la detencion en esta ciudad, por algunas indisposiciones de salud que padecieron la reina y su familia; y no siendo menos obsequiados en los 32 dias que se detuvieron, continuaron su viaje desde el dia primero de noviembre, dejando allí el rey don Carlos la memoria de sus beneficios perdonándoles los atrasos, y erigiendo un sepulcro en una capilla de la catedral del Pilar al duque de Montemar, que en otro tiempo habia contribuido tanto á su exaltacion

al trono de Nápoles, como hemos insinuado en el sumario de la vida de Felipe V.

Al llegar á una jornada de distancia de Madrid se adelantó el infante don Luis á Guadalajara á dar la bien venida á los reyes y real familia, y traer noticias de su importante salud á la reina madre, recibiendo allí y en Alcalá el rey la obediencia y obsequio de muchos grandes, ministros y personas de distincion, que igualmente se habian adelantado. El dia 9 llegó á Madrid por la tarde, encontrando en el camino por la puerta de Alcalá innumerable lucido concurso que manifestaba su alegría con repetidos vivos y aclamaciones en medio de las cuales entró en el palacio del Buen Retiro, donde le recibió con tiernos abrazos su madre la reina doña Isabel, repartiéndolos con el mayor afecto en su real nuera y graciosos nietos; á que se siguieron los obsequios de la grandeza con ricas galas, vistosas luminarias y besamanos de los diputados y cuerpo diplomático, y particulares de la córte y provincias.

Empezó inmediatamente á arreglar su palacio y gabinete, haciendo muy poca mutacion en el ministerio, el cual ocupaban los mismos ministros del anterior reinado: el de Estado y Guerra don Ricardo Wal; el de Gracia y Justicia el marqués del Campo de Villar, y el de Hacienda el conde de Valparaiso: pero depositando en este último toda su confianza para la embajada de Polonia, donde habia menester de su celo, nombró para sucederle al marqués de Esquilache, hombre muy experimentado en el manejo de este ramo; por haber dado muchas pruebas de su inteligencia en Nápoles en el ministerio de Hacienda, Marina y Guerra, que mucho tiempo habia estado á su cargo.

Halló el rey don Carlos muy cargada de créditos la real Hacienda por causa de las deudas atrasadas del reinado de Felipe V su padre, y otros anteriores, y al mismo tiempo muchos atrasos en el pago de las contribuciones y algunos empréstitos hechos por la tesorería real, y deseoso su paternal amor á los vasallos de igualar los beneficios y gracias que habia hecho en Cataluña y Aragon, principió el año de 1760 perdonando á los reinos de la corona de Castilla todo lo que estuviesen debiendo á la real Hacienda por la contribucion de rentas provinciales, y su equivalente hasta fin del año de 1758, estendiendo despues este favor hasta perdonar mas de tres millones y medio de reales de vellon, de que eran deudores á la

misma real Hacienda varios pueblos y particulares de Valencia, Mallorca, Andalucía, Mancha, Toledo y Estremadura, por los préstamos de granos y dinero para poder subsistir y sembrar en los años calamitosos desde 1748 y seis siguientes.

Para pagar las deudas de su padre Felipe V, consignó diez millones de reales al año, y cincuenta millones de contado para distribuirlos entre los interesados; y no contento con querer extinguir todos los créditos de aquel reinado, mandó que todos los que estuviesen reconocidos por la junta de descargos, pertenecientes á los cinco reinados anteriores, fuesen tratados en la contaduría general de valores, y socorridos en la tesorería general con un diez por ciento por entonces, y sucesivamente con la prorata que fuesen percibiendo los acreedores respectivos.

Restableció los dos regimientos de reales guardias españolas y walonas al pie y fuerza que tenían antes de su última reducción, é hizo una gran promoción general de todo el ejército de infantería y caballería, artillería, ingenieros, marina y de las milicias, al tiempo de celebrar su entrada pública, que destinó para el domingo 13 de julio por la tarde del mismo año de 1760 en compañía de la reina, el príncipe de Asturias y demás real familia. Fueron muy lucidos los adornos de las calles con variedad de arcos triunfales, pórticos, fuentes, inscripciones, estatuas, medallas y colgaduras en las ventanas y balcones, y no menos lucido el magnífico tren y comitiva de las reales personas, yendo por la carrera llenos de regocijo, al ver manifiesto el contento y amor de los vasallos en el innumerable concurso de vecinos y forasteros, y en los frecuentes vivas y aclamaciones.

Casi toda la semana fué de fiestas y regocijos con fuegos de artificio, representación cómica, fiestas de toros, disfraces de imitación inventados por los gremios menores, galas, iluminaciones, repique de campanas; siendo igualmente brillante y magnífica la jura del príncipe de Asturias don Carlos Antonio, celebrada en el sábado 19 del mismo mes en la iglesia del monasterio de San Gerónimo, contigua al real palacio del Buen Retiro, donde entonces tenían los reyes su residencia.

Proseguía el rey don Carlos en el gobierno dirigiendo todas sus miras al comercio y bien de sus súbditos, concedió libertad de todos los derechos de entrada para el trigo que viniese de fuera de sus

dominios; y para facilitar la correspondencia en lo interior del reino, y con los países estrangeros, dobló los dias de estafeta; mandó que conforme al artículo VIII del concordato del año de 1737, contribuyese el estado eclesiástico del reino de todos los bienes adquiridos desde entonces, y procuró que se redimiesen los capitales de la real casa de aposento.

¶ Pero en medio de tanta felicidad Dios quiso con su fuerte brazo probar su real corazon y sufrimiento. Hallábase en el real sitio de San Ildefonso en compañía de su esposa y demás familia por el mes de setiembre de aquel año: empezó á indisponerse la salud de la reina, viniéronse al palacio del Buen Retiro con la esperanza de la mejoría, mas no fué así, porque agravándose de dia en dia su débil situacion, conoció la misma reina doña María Amalia estar cercana su muerte: dispúsose para ella con fervorosos actos de cristiana, y recibidos los santos sacramentos entregó su espíritu al Señor el dia 27 del mismo mes de setiembre de 1760 á los treinta y seis años de su edad; cuyo real cadáver fué conducido al panteon del Escorial. Perdió el rey una amable esposa, y sus hijos una verdadera madre de familia, en cuya educacion se habia esmerado con particular desvelo y egemplo de las madres reinas.

¶ El rey don Cárlos llevó con especial resignacion esta disposicion del Altísimo, mas no fué solo este golpe que descargó su Divina Omnipotencia; presto sucedió otro, que fué el de la guerra. Seguia esta con el mayor ardor entre las potencias del norte: el rey Jorge III de Inglaterra que habia sucedido á su abuelo Jorge II, que murió en 15 de octubre del mismo año, la alentaba aun con mas vigor: todo era fuego y sangre.

¶ Este rey inglés se vanagloriaba de las victorias que habia conseguido sobre el francés por mar, y de haber debilitado sus fuerzas navales y su comercio. Los mismos estragos amenazaban á la España en sus establecimientos de Indias, al paso que el inglés aumentaba su prepotencia; ya habia hecho algunas usurpaciones edificando en territorio español con varios pretextos y disimulos, y habia abusado de su poder con algunos navios. Fuese previniendo el rey don Cárlos, y puso todo su cuidado en la milicia; hizo promocion segun los méritos de los oficiales, y alentó á la nobleza para alistarse en la tropa, la cual lo ejecutaba con mucha emulacion. Aragon y Cataluña le presentaron tres regimientos voluntarios de infanteria; Madrid uno

de caballería con el mismo título. Cádiz, puerto de Santa María, el campo de Gibraltar, Granada, Cartagena, Ceuta, Badajoz, Alburquerque y Alcántara le sirvieron con sus milicias urbanas, para defender sus fronteras, costas y puertos. Pasaba revistas, presenciaba campamentos, tenía una marina que pasaba de cincuenta navíos de guerra, muchas fragatas y otros bajeles, y daba disposiciones convenientes en la América á fin de que se guarneciesen las plazas y se apresurasen las flotas, que desde el principio del reinado habian continuado en venir con felicidad y muy interesadas.

En este intermedio parecia que entre las potencias beligerantes queria disponerse la paz. La Prusia y la Inglaterra, que eran las dos que llevaban todo el peso de la guerra contra las demás, habian publicado en la Haya en 15 de noviembre de 1759 una declaracion en que manifestaban tan loables deseos, y convidaban á un congreso para ponerlos en egecucion. Las córtes de Versalles, Viena y Petersburgo habian respondido aceptando la paz y el congreso en Ausburgo; pero añadieron que era menester incluir tambien á los reyes de Polonia y Suecia, como sus aliados, y que reconociendo que la guerra particular en América entre el inglés y el francés no tenia conexion con la del rey de Prusia é Inglaterra, la Alemania y sus aliados, seria muy conveniente se hiciese antes la paz particular entre aquellas dos, mayormente cuando el rey de España habia ofrecido gustoso su mediacion para esta especial reconciliacion.

Con tan buenos intentos no hubiera creido el rey de Francia que á esto se negase el de Inglaterra, por lo cual á principios del año de 1761 le propuso unas condiciones que desde luego parecieron equitativas: pero en medio de muchas demandas y respuestas y varias contestaciones con poco fruto, aunque al parecer se iba á concluir, no obstante por tener mas lugar de egecutar sus meditadas empresas, Inglaterra alargaba el tiempo, y no queria condescender á la pretension de Francia, de que se subsanasen á la España algunos daños recibidos en Indias de parte del inglés. A vista de esto Luis XV y Carlos III hicieron alianza defensiva ó pacto de familia para lo sucesivo.

Este acto que en nada se oponia á los progresos de la paz, si el inglés la quisiera, fue convertida por él en nuevo pretesto de guerra; y así lleno de altivez y orgullo, cual era su genio ó el de su ministro Pitt, mandó á Milord Bristol, su embajador en la córte de

Madrid, preguntase, si esta union era para ir contra Inglaterra, añadiendo que de no responder directamente, tomaria este pacto por agresion y declaracion de guerra. El rey de España reputó este modo de proceder por la misma declaracion y acometimiento del inglés; y así su respuesta fué declararle la guerra en el mes de diciembre de 1761, la cual en 18 de enero siguiente se publicó en Madrid en vista de haberse hecho lo mismo en Lóndres en el dia dos del propio mes.

Inmediatamente formó el rey don Cárlos un ejército de prevencion con destino á obrar donde conviniese para la defensa del Estado y costas de estos reinos, nombrando por comandante general al teniente general marqués de Sarria. Faltaba un paso que dar con Portugal antes de empezar las hostilidades, y así rogó el rey don Cárlos al rey José I que manifestase qué partido tomaria en ellas; hizo estos oficios por medio de su embajador don José Torrero y el ministro plenipotenciario de la córte de Francia, pero con la precaucion de abócar sus tropas combinadas con las de esta potencia á las fronteras de Portugal, para tenerlas prontas en cualquiera evento. El rey José I hizo todos sus esfuerzos para no declararse como se esperaba á pretesto de neutralidad; pero se veia clara su inclinacion al inglés, de lo que resultó mandarse por Cárlos III que la tropa combinada acometiese las plazas portuguesas, como de enemigo declarado en el mes de mayo de 1762.

El ejército comandado del marqués de Sarria formó su primer campo en Zamora el dia primero de aquel mes, y á cuatro marchas, estableciendo su cuartel general en Carvajales, dispuso la conquista de las primeras plazas. Poco resistieron al principio los portugueses, rindiéndose sucesivamente Miranda, Berganza y Chaves: solo se contentaban con hacer ocultos daños con los pocos españoles que encontraban desviados, ó con los muchos que eran espelidos del reino con motivo de la declarada guerra; á los cuales después todavía intentó llamar, principalmente á los que habian tenido seis años de domicilio. Considerando el rey de España estos inoportunos daños y convocatorias que pasaban los límites de la humanidad y la razon, espidió dos rigurosos decretos mandando tratar á los portugueses con todo el rigor de la guerra, de que hasta entonces se habia abstenido; y declaró por traidores á los que volviesen en virtud del ofrecimiento de la convocatoria.

A estas hostilidades hechas con buen suceso en las entradas de Portugal siguieron muchas enfermedades por los excesivos calores y mala calidad de los alimentos, y así se retiró nuestro ejército á Zamora y Ciudad Rodrigo para recobrase y volver de refresco contra la fuerte plaza de Almeida. Púsose sitio á esta en principios de agosto; pero apenas vió que los nuestros habian formado trincheras se entregó capitulando. Entre tanto cobraban ánimo los portugueses porque les venian refuerzos de Inglaterra, y así un cuerpo de trescientos y cincuenta armados se acercó á la raya de Castilla al lugar de Navasfrías, y apoderándose de la corta guarnicion española que allí habia, lo saquearon, é hicieron muchos estragos: no siendo menor la accion que emprendieron unidos ya con los ingleses, entrando en Valencia de Alcántara.

Hallábase ya fatigado por su poca salud el marqués de Sarria, y pidiendo su retiro se lo concedió el rey, premiándole con el toison de oro, y entró á sucederle en el mando el conde de Aranda. Se ocuparon algunos pueblos, y se conquistaron la plaza de Salvatierra y el castillo de Vilabella, rendidos por capitulacion; se hicieron tambien algunas correrias y escaramuzas, aunque sin lograr atraer al enemigo á una batalla en campo raso, como se intentaba.

La alegría de los buenos sucesos en la campaña de Portugal fué turbada con las funestas noticias de lo que habia pasado en la isla de Cuba en América. Los ingleses que habian llenado de escuadras el mar Océano, ya por la guerra contra los franceses, ya por la declarada á España, se aceleraron á la conquista de la Habana. En el dia 7 de junio hicieron un desembarco, y dispusieron sus baterías con navíos por mar y trincheras por tierra. Fueron poco á poco avanzando hasta poder batir el castillo del Morro; era muy vivo el fuego, y no era menos el del castillo y el que se hacia de un navío desguarnecido en la rada; perdieron mucha gente los ingleses, hicieron los nuestros mucho estrago sobre sus baterias y sus navíos: no padecia menos el castillo del Morro: pero aun resistieron los españoles con el mayor vigor en el asalto dado por los enemigos el dia 30 de julio; en él admiraron el valor de don Luis Velasco, capitán de navío, comandante del castillo, que solo contra muchos regó la brecha de sangre enemiga y la suya, defendiendo con espada en mano sus banderas; y con todo aun no se rindió la ciudad hasta el dia 13 de agosto. Entrególa por capitulacion su gobernador

don Juan de Prado con muchos navíos é intereses que enriquecieron á los enemigos; los cuales no pudieron menos de confesar su vigorosa defensa. Hicieron particulares elogios de don Luis Velasco; y no pudiendo el rey de España premiarle con vida (pues murió de resultas) para que quedase su memoria perpetuada en su familia, concedió á su hermano don Inigo título de Castilla, y mil pesos de pensión para él y sus descendientes, perpetuando asimismo su nombre en el de un navío que quiso se llamase *el Velasco*.

Esta triste noticia, la astucia del ejército portugués de no venir á las manos frente á frente, y la mala estacion que se siguió en el otoño obligaron al rey don Carlos á mandar que retrocediesen sus tropas y se pusieran á cubierto parte en Castelblanco, parte en el territorio de Lentéjo, y últimamente en Alburquerque.

No había cesado de apresurar el rey de Francia la paz con el inglés, y de rogar al rey don Carlos tomase parte en ella. Nuestro monarca que siempre la habia deseado y tenido como el bien mas precioso de un imperio, ya desde 31 de agosto de este año de 1762 se habia dispuesto á ella.

Ignoraba aun entonces el rey don Carlos el suceso de la Habana, ni tenia noticia de la pérdida de Manila, ni de la conquista de la Colonia del sacramento en el Brasil hecha por don Pedro Ceballos de nuestra parte. Con esta anticipacion pues dió su pleno poder al marqués de Grimaldi, su embajador extraordinario en la córte de París. Sucesivamente nombraron sus plenipotenciarios Londres y París para el ajuste, y el de Portugal como accesor. Conferenciaron las condiciones, y se firmaron los preliminares de la paz en Fontainebleau en 3 de novjembre del mismo año.

La suma de estos era ceder el rey de Francia al de Inglaterra en la América la Acadia y el Canadá; la isla de Cabo Breton y las del golfo de San Lorenzo; conceder el inglés al francés una parte de las costas de la isla de Terranova para la pesca y sequería; pero no en el golfo de San Lorenzo, sino con la condición de pescar á tres leguas de distancia, y á quince en el Cabo Breton; ceder así mismo el inglés las islas de San Pedro y Miquelón; y para señalar los demás límites en los dominios americanos de uno y otro, tirar una línea por medio del rio Misisipi, hasta el rio Iberville, y desde allí por los lagos de Maurepas y Pontchartrain hasta el mar; y en fin restituirse recíprocamente otras islas así en las Indias occidentales, como en las orien-

tales. Por lo tocante á Europa el rey de Francia devolvía la isla de Menorca, ganada por los franceses en el año de 1756, y varias plazas conquistadas al prusiano, evacuando ambos ejércitos varias plazas de la Westphalia, la Sajonia inferior y el Rhin.

En lo que pertenece á España se habian de decidir las presas respectivas hechas por los ingleses ó los españoles en los tribunales respectivos de ambas naciones, y debian demolerse las fortificaciones levantadas por los ingleses en la bahia de Honduras y otros lugares del territorio de España en la América: pero debia el rey de España permitir á la Inglaterra la corta y carga del palo de tiute ó campeche. Igualmente restituia el rey de la Gran Bretaña lo conquistado en la isla de Cuba con el puerto de la Habana en el mismo estado que estaba antes, y el rey de España cedia toda pretension á lo que poseyese al oriente del Misisipi, y á la pesca de Terranova.

Por lo que mira á Portugal debian cesar todas las hostilidades entre portugueses, españoles y sus aliados, y restituirse las plazas conquistadas por unos y otros en el mismo estado que antes estaban. A todo lo cual debia convidarse al rey José I para que accediese.

Prontamente se siguieron las ratificaciones de estos preliminares entre las tres potencias contratantes y la accesion del rey de Portugal, firmándose el tratado definitivo de paz en 10 de febrero del año siguiente de 1763; y agregándose despues las solemnidades de ratificacion y accesion respectivas, y otros actos de costumbre, se publicó la paz en Madrid en 23 de marzo del mismo año.

Las diligencias de la paz en el Norte habian empezado casi en el mismo tiempo, ajustándose primero la Suecia y Rusia con el prusiano, y mediando para que este hiciera lo mismo con la emperatriz reina de Hungría. Esta dió su consentimiento á una suspension de armas en Silesia, que fué firmado en Nieu-Beilau en 24 de noviembre de 1762. Siguiéronse los deseos de los circulos del imperio instando á que se apresurase la paz: agregáronse las instancias hechas al mismo fin por parte de Francia é Inglaterra; en cuya consecuencia el rey de Prusia firmó un tratado definitivo de paz con la Polonia y la Alemania en 15 de febrero de 1763 en el palacio de Hubertzhourg: haciéndose las ratificaciones y el cange respectivo en 1.º de marzo del mismo año.

Hechas las paces en toda la Europa, empezó esta á respirar de

nuevo con mayor satisfaccion y regocijo. El rey de España habiendo retirado su ejército de las fronteras de Portugal y restituido las plazas conquistadas, hizo una gran promocion general en el cuerpo militar, en premio del valor y fidelidad con que le habia servido; y dió el superior grado de capitán general de su ejército al conde de Aranda, que con extraordinario esmero y seguro acierto habia dirigido y mandando el último resto de la campaña.

Ni en medio de tantos cuidados de la guerra habia el rey don Carlos descuidado un punto en el gobierno interior de sus reinos. No se suspendió el pago de los créditos contra la real hacienda aunque con la modificacion de un seis por ciento, destinando además cuatro millones para pagar por entero los de cantidad menor de dos mil reales. Ni dejó de hacer algunas obras pías, tomando bajo su real proteccion el colegio de irlandeses de Alcalá de Henares, destinados á la propagacion del evangelio en el Norte, y proveyéndoles de su real erario para su anual subsistencia. Al real seminario de nobles dispensaba algunas buenas sumas para proseguir el edificio, y asistia con su real familia algunas veces á los actos públicos de letras humanas, matemáticas y física experimental, animando estos estudios. Ni se detuvo en las ideas comenzadas de ornamento y limpieza de la villa de Madrid, afeada en las casas por su desproporcion, y en sus calles por su inmundicia: por lo cual mandó establecer cloacas, conductos y vertederos de las aguas no limpias, y encargó la direccion de estas obras á su primer arquitecto ingeniero don Francisco Sabatini. Fomentaba la construccion de caminos públicos y buenas posadas para comodidad de los pasajeros y facilidad del comercio; y para que se lograra la mas cómoda y pronta correspondencia de España á América y en lo interior de estos dilatados dominios, destinó un paquebote cada mes que saliese de la Coruña únicamente para este fin, y estableció las postas y correos por todos los dominios de las Américas.

Para poder recompensar la necesidad del uso del pescado salado, interrumpido el comercio por la guerra de los ingleses alcanzó del papa Clemente XIII indulto para que en los dominios de España se pudiese comer de carne en la cuaresma, éscpto algunos días; lo cual se continuó despues, logrando por este medio impedir que saliesen muchos millones de España. Queriendo hacer mas útiles y ménos grayosas las penas de los contrabandistas y defraudadores de las

rentas reales, que antes eran destinados á las obras públicas de los presidios; los aplicó con buen acuerdo por cinco años á las armas: resolucion que en las circunstancias de aquel tiempo sirvió para aumentar el ejército, siguiéndose despues con mucho fruto, y estendiéndola á los vagos y pordioseros de vicio. Siempre hacia nuevos esfuerzos para socorrer las necesidades del pueblo; á fines del año de 1763 estableció la real lotería á beneficio de los hospitales, hospicios y otras obras pías; y en un incendio bastante grande que hubo en el real monasterio de San Lorenzo del Escorial, mandó socorrer de su real erario á las personas que habian padecido algun detrimento, y reedificar á sus espensas lo quemado ó demolido, que importó grandes sumas.

Una parte de la industria que fomenta el comercio nacional es el arte de los tintes. Habia el rey encargado á la junta de comercio con mucho esmero el desvelo en los asuntos de su inspeccion: entre varias acertadas providencias espidió en 1763 una real cédula concediendo exención de derechos por diez años á la granza ó rubia que se embarcase para fuera del reino, y otras franquicias para su cultivo y comercio.

Con este atractivo se estableció una compañía de comercio dirigida en Madrid á preparar y beneficiar en cubas y barriles este ingrediente, y para los tintes sólidos de lanas, y la transmutacion de los mordientes aplicados á las telas de algodón, ó indianas en varios colores permanentes: abriéndose para su venta á precios cómodos un almacén en la corte.

Hizo este ramo tan buenos y breves progresos bajo la direccion de su inspector don Juan Pablo Canals, que en el año siguiente le nombró el rey director general de los tintes de España.

A vista del aprecio de las artes, empezaron muchos á aplicarse á alguna industria ó descubrimiento; desde luego apareció uno que blanquease perfectamente las lanas y afinase los colores falsos de las sedas; otro que inventase las matrices y punzones para fundir caracteres de imprenta; otro que descubriese el modo de fundir la platina y en fin se estableció en el reino de Galicia, en la Coruña, la primera academia de agricultura, y se dió principio á sus asambleas en honor del rey en 20 de enero de 1765 por su presidente el marqués de Piedrabuena, intendente general de aquel reino.

Nunca perdía de vista el objeto que se propuso al principio de

tener un ejército en todas maneras respetable. Ya los reyes sus antecesores Felipe V y Fernando VI desde los años de 1739, 1751 y 59 habian establecido ó mejorado academias militares en Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta; para que en ellas se enseñasen á los cadetes y oficiales de su ejército aquellas ciencias matemáticas y dibujo, conducentes al arte de la guerra. Proveyéronlas de maestros hábiles, y destinaron premios y ascensos para los alumnos aprovechados; pero faltaba una empleada únicamente en la artillería; y así desde el año de 1762 habia mandado formar una compañía de caballeros cadetes del real cuerpo de artillería, destinando el real alcázar de Segovia para colegio militar de este ramo. Dispensó de su real erario las sumas necesarias para reparar aquel edificio y construir en él las oficinas propias para habitacion, comodidad y enseñanza. Dió sobre todos estos puntos muy sábios reglamentos, y por lo que toca á la instruccion estableció la de las ciencias matemáticas, dibujo y otras facultades correspondientes á la artillería, sin omitir nada de lo que fuese conducente á una educacion sólida, útil, y completa á fin de que este real cuerpo lograse unos oficiales educados en la escuela del honor y de la ciencia para el real servicio y gloria de sus armas.

A princios del año de 1764 se hallaba el edificio compuesto y los correspondientes maestros prontos para la enseñanza. Nombró los caballeros cadetes que habian de ser colegiales, y en 15 de mayo del mismo año entraron á ocuparlo y dar principio á tan importante estudio con una solemne abertura y oracion inaugural que dijo el jesuita Exímemo en alabanza de este instituto.

El dia 2 de agosto siguiente pasó el rey don Carlos á visitar en persona aquel real colegio, y se agradó mucho de ver la buena disposicion del edificio, y puestas en planta sus generosas ideas. Repitió despues por agosto y octubre otras visitas en compañía de su amada real familia, ya para asistir á las evoluciones combinadas de fusil y cañon, ya para presenciar otro egercicio de ataque y defensa de una línea fortificada, que mandó construir á este fin, quedando siempre complacido de la destreza y adelantamiento de sus artilleros.

Llevóle tambien mucha atencion la brigada de carabineros reales que restableció al antiguo pié de seiscientos hombres, la cual completa, mandó en junio de aquel mismo año que se presentase en

Aranjuez. Hizo su revista á caballo en compañía del príncipe de Asturias, y vió con gusto las evoluciones de tan robusta y aguerrida tropa. Aumentó asimismo los demas cuerpos de caballería, y en el mismo año revistó en el real sitio de San Ildefonso algunos regimientos de esta milicia con igual satisfaccion, y de las personas reales que asistieron en su compañía.

En medio de estas satisfacciones tuvo el rey don Carlos el placer de ajustar el matrimonio entre la infanta doña María Luisa, su hija, y el archiduque Pedro Leopoldo, despues gran duque de Toscana y emperador de Alemania: fué nombrado para ir á felicitar esta agradable nueva á aquella córtè el duque de Osuna por el mes de enero de 1764. Celebróse la ceremonia de los desposorios en Madrid en el palacio del Buen Retiro, desde 14 de febrero del mismo año, haciendo su entrada pública el conde de Rosemberg, embajador extra ordinario del emperador, especial comisionado de pedir á la infanta, firmando el rey y su real familia y el referido embajador las capitulaciones matrimoniales; y dando la mano en nombre del archiduque el príncipe de Asturias á su hermana la infanta desposada. Aplaudióse este matrimonio por espacio de tres dias con luminarias, fuegos de artificio y galas, y por parte del embajador con espléndidos banquetes, fiestas de representacion, baile, serenata y otros regocijos.

El rey don Carlos hizo muchas mercedes de grandes empleos, y caballeros de diferentes órdenes. Celebróse en fin el hacimiento de gracias en la capilla de Atocha, yendo el rey con la infanta nueva desposada y toda su real familia en público por varias calles de Madrid, segun la carrera dispuesta y vistosamente adornada con magnífica pompa y comitiva, aclamando el pueblo á todas las personas reales, y bendiciendo la gentileza y gallardía de la amable real novia.

Detúvose no obstante la nueva real archiduquesa mas de un año en compañía de su padre y hermanos, porque tambien se habian tratado en Parma los desposorios del príncipe de Asturias don Carlos con la princesa doña María Luisa, hija del serenísimo infante don Felipe, duque de Parma, y habia de venir en la misma escuadra que condujese á la archiduquesa. Salió al fin esta del real sitio de Aranjuez en 15 de junio del año de 1765, dirigiendo su viaje por la Mancha y Murcia hasta Cartagena, á donde llegó el dia 22 muy

contenta de los obsequios que la habían hecho los pueblos por donde había pasado: fueron estos mas frecuentes y lucidos en aquel puerto en que la esperaba una escuadra de nueve navíos de guerra y otros bageles al mando del capitán general marqués de la Victoria; y se embarcó el dia 25, haciéndose las correspondientes salvas de artillería del puerto y de los navíos.

En Parma se preparaba al viaje en el mismo tiempo la serenísima princesa de Asturias doña María Luisa: y en el dia 29 del mismo mes de junio partió de aquella córte, yendo delante su padre el infante don Felipe, y dirigiéndose á Tortona, de donde salieron á recibirlos la reina de Saboya su tia, doña María Antonia Fernanda y su real esposo, que habían partido de Turin para darla los últimos abrazos. En el dia 3 de julio entró en Génova, siendo recibida de las diputaciones de ambos sexos, destinadas para hacerla obsequio con la mayor atencion y respeto en el palacio de Tursis, preparado de antemano; los cuales continuaron la ciudad y otras personas distinguidas durante el tiempo que allí se detuvo.

El dia 17 llegó á la misma ciudad la escuadra que conducia á la infanta archiduquesa con la mayor felicidad; hechas las correspondientes salvas de artillería, y recibidos los recados de atencion de la serenísima princesa de Asturias, y las visitas de personas principales, desembarcó inmediatamente, dirigiéndose al mismo palacio de Tursis, á donde la recibió la serenísima princesa con demostraciones del mayor agrado; y desde allí fué conducida al palacio del marqués Doria, destinado por aquella república para su habitacion.

Muchos festejos estaban preparados en obsequio de ambas reales primas: pero se convirtieron en luto con la noticia de la muerte del serenísimo infante duque de Parma, sucedida en el dia 18 de aquel mes en Alejandria, donde se había juntado con los duques de Saboya para esperar allí á la infanta archiduquesa. Partieron pues de Génova las dos reales novias: la archiduquesa á Inspruk en el dia 23 con la familia alemana dispuesta para servir la; y la princesa de Asturias en el dia siguiente con la suya para España, embarcándose en aquella escuadra.

Llegó esta á Cartagena el dia 11 de agosto donde desembarcó felizmente, aplaudida con las salvas de artillería correspondientes, y obsequiada con fiestas de iluminacion, arcos de perspectiva, orquestas de música, fiestas de toros (á que no asistió por causa de luto.)

carros triunfales, máscaras y fuegos de artificio. Recibió los obsequios del conde de Aranda, que habia pasado allí desde Valencia: como tambien de la diputacion de la ciudad, y otras personas distinguidas; y á los tres dias partió, dirigiéndose al real sitio de San Ildefonso.

El viaje fué feliz por los pueblos donde pasaba; y mostró mucho agrado á los regocijos con que la obsequiaban, y á los honores militares que le hacia la tropa donde la habia. En Villaverde, lugar cercano una legua de Madrid, á donde llegó el dia 23, se detuvo algo indispueta hasta su recobro. Allí admitió los rendimientos de muchas personas distinguidas de Madrid, y de la diputacion de esta villa y córte. Salió de aquel lugar el dia 2 de setiembre, y tuvo el pueblo de Madrid el gusto de ver pasar por sus muros tan amable princesa, manifestando con sus aplausos y bendiciones el contento que recibian de tener ya tan cerca á la que un dia habia de ser reina de España. Al dia siguiente se adelantó el rey don Carlos III á recibirla hasta Guadarrama, y despues de haber comido con S. A. la condujo en su propio coche por la tarde hasta el palacio del real sitio de San Ildefonso, donde siendo recibida de las personas reales con demostraciones del mayor contento, se celebraron los desposorios con el principe de Asturias aquella misma noche. Aplaudióse esta dicha con *Te Deum*, iluminarias y galas. Repitiéronse los obsequios á la vuelta á Madrid desde el real sitio de San Lorenzo en el mes de diciembre, dando principio otros en el 18 del mismo. A este fin concurrieron á palacio felicitando á SS. MM. y A. los consejos y tribunales con las formalidades acostumbradas. El rey acompañado de los nuevos reales esposos y demás real familia, salió el dia siguiente en público á dar gracias al santuario de Atocha desde el real palacio nuevo por la carrera dispuesta y adornada con primorosas perspectivas y arcos triunfales. Antes de volver asistieron á una representacion por los cómicos de Madrid en el palacio del Buen Retiro, y se retiraron entre iluminaciones vistosas por todas las calles, plaza Mayor y de Palacio.

Siguieronse fuegos de artificio, fiestas de toros y otros obsequios de la villa y gremios, como tambien de la grandeza y cuerpo diplomático; manifestaron todas las personas reales sumo agrado y complacencia; y el rey don Carlos dispensó muchas mercedes de grandeza, de honores, empleos, caballeros, grados en el ejército,

indulto general de desertores, pensiones y otras gracias particulares.

Goza el rey don Carlos tranquilos días de paz, y el placer que á esta se habia seguido de las alianzas contraidas por medio de los dos matrimonios de que acabamos de hablar, disponiase á continuar las ideas que desde el principio se habia formado de civilizar los pueblos y arreglar su policia y gobierno; pero un acaso sucedido en Madrid y algun otro pueblo de España le hizo ver la mayor necesidad y prontitud en reformar algunas costumbres bárbaras y envejecidas en el reino. El bullicio de la gente baja del pueblo de Madrid que hubo en el mes de marzo de 1766 y cuyo origen tal vez se debió á una casualidad de poca importancia, era efecto de la desordenada libertad en algunos usos, el cual duró poco, y sin mas perjuicio que una ciega vocería; suscitada por la multitud de vagos y pordioseros de vicio, que desamparando sus patrios lugares, venian á entretener la holgazanería ó su voluntaria necesidad.

Prontamente el rey don Carlos puso remedio á todo, y empezó de nuevo á arreglar la policia, y lo que restaba de su gobierno con el mayor acierto. Hizo á Madrid plaza de armas, aumentando tropa para su guarnicion. Al conde de Aranda, que estaba de capitán general de Valencia, nombró presidente del consejo de Castilla; y confió á su cargo la egecucion de algunos puntos de gobierno, que desempeñó con la mayor prontitud á satisfaccion de su soberano.

El rey abrazaba cosas mayores. Ya desde la exaltacion al solio habia hecho varios esfuerzos para el alivio del pueblo, arreglando el modo de administrar y distribuir los bienes que llaman propios y arbitrios, á fin de que redundase sin malversacion su producto en beneficio de los mismos. Encargó su conocimiento y gobierno al consejo de Castilla, y creando una contaduría general con aquel título, señaló un dos por ciento de su importe para salario de sus individuos, y estinguió el cuatro por ciento en que estaban cargados para la real Hacienda.

Con el buen manejo de sus caudales se proporcionaba la fácil paga de los tributos que formaban la mayor parte de las rentas reales. Pero habia poca exactitud en el modo de exigirlas los dependientes destinados á este fin, de que resultaban débitos en los pueblos, desfalcos en las tesorerías del rey, y aumento en los contrabandos. Hizo prudentes reglamentos para que á ellos se atuviesen los intendentes ó subdelegados, los administradores, tesoreros y

otros empleados en el cobro de las rentas, interin tomaba las providencias conducentes para estinguir las rentas provinciales y de alcabalas, cientos, millones, fiel medidor, y otras muchas reducidas á este género, y convertirlas en una única contribucion equivalente, que comprendiese tambien á los eclesiásticos y regulares acudados: intento que ya habia tenido Felipe V, y proseguido Fernando VI sus predecesores.

Pero con la nueva necesidad de atender con particular esmero al buen gobierno de los pueblos, espidió á principios del año de 1767 una instruccion circular á todos los corregidores, en que restableciendo la antigua correspondencia con los respectivos ministros del consejo de Castilla, les mandó que informasen del estado de cada uno de ellos, y velasen con el mayor cuidado sobre todos los puntos de gobierno: tales eran, procurar que no se usurpase la jurisdiccion real; que se evitasen escándalos graves, y la dilacion de las causas criminales, deteniendo sin necesidad á los reos en las cárceles; ver si se administraban bien los pósitos, los propios y arbitrios, los hospitales, casas de misericordia y de expósitos, y demás obras pias, sobre cuyo último punto tenian tambien encargo los prelados eclesiásticos, como tambien que los religiosos de las órdenes no fuesen por sí grangeros, ni estuviesen fuera de clausura, ni hubiese escesos en gastos de cofradías agenos del verdadero culto.

Asimismo se les encargaba en aquella instruccion el cuidado de los montes y plantíos, y que hubiese semilleros para repartir á los vecinos para la plantacion de árboles, observar los sitios despoblados para poblarlos; los caminos y puentes descompuestos para componerlos; cuidar del aseo, limpieza y arreglo de aranceles en las ventas y posadas de tránsito: si no se recogian los vagos y mendigos; si estaban en buen estado las pesquerías y se guardaban las correspondientes vedas sobre este punto; en fin, si habia alguna industria ó maniobra arruinada para repararla. A todo lo cual se agregaba el establecimiento de diputados y personeros del comun para el abasto del pueblo y mayor vigilancia en el gobierno.

A proposicion del conde de Aranda, presidente de Castilla, estableció la distribucion del pueblo de Madrid en ocho cuarteles y sesenta y ocho barrios, poniendo el cargo de cada cuartel á un alcalde córte, y el de cada barrio á un alcalde de barrio, que lo debia

ser todos los años un honrado vecino elegido por los mismos habitantes de él; y vista la utilidad de esta providencia mandó despues que se extendiese á todas las ciudades donde hubiera audiencias ó chancillerías, para la mayor quietud del pueblo, la mas pronta administracion de justicia, y recoleccion de vagos y mendigos á los hospicios destinados.

Inmediatamente que mandó salir de sus reinos á los jesuitas, cuyo estrañamiento sucedió en el mes de abril de 1767, puso el mayor cuidado en el cumplimiento de las fundaciones y obras pías que habia en sus casas y colegios, destinando muchas de ellas para seminarios conciliares y otros pios institutos, y sustituyendo en los estudios y cátedras que ellos obtenian sugetos de instruccion y mérito. Espidió órdenes á todas las universidades para que informasen del estado de ellas, mejorasen la enseñanza, y propusiesen nuevos planes y métodos para evitar el fárrago antiguo, á introducir la mas sólida erudicion. Nombró varios ministros del consejo para que fuesen directores cada uno de la universidad, y velase sobre el cumplimiento de sus estatutos, propusiese los que nuevamente fuesen necesarios, arreglase las dotaciones, cuidase de la reforma y buena enseñanza, é informase con el mayor escrúpulo del mérito de los opositores á las cátedras. Estableció asimismo en cada universidad un censor régio para que examinase y cuidase no se defendieran conclusiones ni doctrinas opuestas á la conservacion de las regalías y autoridad de la corona; y queriendo que en Madrid hubiese un estudio de las mas sólidas ciencias, restableció en 1770 las cátedras que habian sido fundadas por Felipe IV en el colegio que se llamaba imperial, y las arregló de manera, que aquí se estudiasen las ciencias sólidas y otras que faltaban en las universidades de España.

Desde el principio de su reinado habia puesto particular atencion en que el estado eclesiástico observase con exactitud la disciplina eclesiástica segun los cánones, concilios, sinodales y otras instituciones de la silla apostólica; y para facilitar la concordia del sacerdocio con el imperio, habia espedido una pragmática sancion arreglando la presentacion al consejo de las bulas y breves pontificios, para su pase y egecucion, siendo conformes á las regalías y concordatos: cuyo cumplimiento se renovó con motivo de un *monitorio* espedido por el papa Clemente XIII en ocasion de haber el duque de

Parma estrañado á los jesuitas de sus estados. Pero ahora de nuevo encargó y exhortó á los prelados eclesiásticos la vigilancia sobre la disciplina de la Iglesia, y que los individuos del estado eclesiástico no entendiesen en agencias, administraciones ni negocios temporales que no fuesen de sus iglesias, beneficios ó monasterios; que los regulares no estuviesen fuera de clausura, ni los eclesiásticos seculares fuera de sus curatos, beneficios y lugares donde debiesen residir; que vistiesen hábito clerical, evitando disfraces y motivos de competencias de jurisdicciones; que los mismos prelados visitasen las cofradías, hospitales, y obras pías y últimas voluntades en la parte que les tocase para su mejor arreglo y cumplimiento; que examinasen los beneficios y curatos incógruos, y le propusiesen la reduccion de ellos para mejor cógrua y decencia de los eclesiásticos, y mejor asistencia al sagrado culto y ministerio. Dió nueva forma y arreglo á la coleccion é inversion de los espolios y vacantes de las prelacías eclesiásticas, encargando se formasen bibliotecas públicas y otros destinos útiles al clero, y al socorro de los pobres; y en fin alcanzó del papa la reduccion de asilos, para evitar la fuga de los delinquentes é impunidad de los delitos.

No fué menor su celo en el gobierno de lo civil y eclesiástico de los dilatados dominios de la América, mandando á sus vireyes, presidentes y gobernadores, le comunicasen el estado y progresos de las providencias dirigidas á este fin; y á los metropolitanos que celebrasen concilios provinciales en sus respectivos distritos, por la necesidad que habia de reforma en varios puntos, conforme á los cánones y leyes de Indias; sobre exaccion de derechos en los tribunales eclesiásticos y curatos; sobre formar catecismo de doctrina cristiana, esplicarla los curas, y hacer pláticas sobre el Evangelio; sobre la asistencia del clero á la parroquia á los divinos oficios; sobre limitar las fundaciones de capellanías ó clérigos no necesarios, y que no se perpetuasen los bienes de patrimonio; sobre la cómoda distribucion de parroquias, conducta del clero y subordinacion á sus diocesanos, establecer seminarios conciliares; reglar las cuestiones de los mendicantes, y otros puntos de disciplina eclesiástica.

Era vehemente su celo por la religion, y su devocion á la santísima Virgen María en el misterio de su Concepcion inmaculada; pues además de que al subir al trono español consiguió del papa Clemente XIII que se venerase en todos sus reinos como patrona principal

de ellos, con el oficio y rezo que antes usaban los religiosos de San Francisco de Asis, estableció una nueva orden con el título de real *orden distinguida de Carlos III*, dedicada á la purísima Concepcion de la Virgen María, para tenerla propicia en su gobierno, y premiar con este distintivo á los vasallos de mérito. Fundó esta orden en el año de 1771 con motivo del feliz alumbramiento de la serenísima princesa doña María Luisa dando á luz al infante don Carlos Clemente en 19 de setiembre de aquel año.

Todo el reino estaba con la mayor ansia esperando un digno sucesor en este primer parto; y gozosos los vasallos de tan alto beneficio concedido por el cielo se preparaban á aplaudirlo con magníficas fiestas; pero el corazon piadoso del rey don Carlos, aunque apreciaba mucho este obsequio, conocia no obstante que las fiestas públicas que pueden escusarse, serian mas bien gastos supérfluos, ó empeños costosos á las ciudades; y así quiso mas que se redujesen al socorro de los verdaderos pobres, cuales son los labradores y artesanos. Mandó pues que las cantidades que los pueblos hubieran de esponder, se empleasen en dotes de doncellas pobres para casarse, y prevenirse de aperos, yuntas é instrumentos necesarios para las artes y la labranza: provecho mas ventajoso para ellos, y el bien del Estado.

Siempre habia mirado como un mal público la pobreza y falta de poblacion. Con este fin habia hecho romper y repartir las tierras baldias, poblar el vasto yermo de Sierra Morena, que antes servia de escondrijo de ladrones, y repoblar la provincia de Ciudad Rodrigo y otros pueblos. Con estas miras concedió varias exenciones á los labradores, y prohibió que los dueños despojasen de sus tierras á los renteros; promovió las fábricas de jabon, arregló la estraccion del aceite, protegió á los comerciantes de Valladolid y Burgos, que se unieron en cuerpos para adelantar el comercio, fábricas y agricultura de Castilla la Vieja; habilitó puertos en Cataluña, arregló el comercio de España é Indias, y de los reinos de América entre sí; concedió varias franquicias á los que plantificaban alguna industria, como el cultivo de algunas semillas ó ingredientes para los tintes, el beneficio de minas de carbon turba y de la catamina, las fábricas de relojes, abalorios, perlerías y esmaltes, las de pintados de seda, estampados de lienzo, tegidos de esparto, tripes, terciopelos rasos, jarcias, curtidos, máquinas para hilar seda, para trillar, y otras que pudiesen

impedir el tráfico extranjero: cuyos ramos puso al cuidado y celo de la real junta general de comercio y moneda, dándola jurisdicción competente para formar y aprobar las ordenanzas de las artes y manobras, y el conocimiento y gobierno de sus objetos ó materias, y artefactos para promoverlos en todos sus ramos.

Contribuian tambien á este fin y al de la educacion pública los buenos patricios con ánimo generoso, juntándose en sociedades patrióticas bajo la real proteccion. La sociedad vascongada de amigos del pais habia tenido principio en los nobles deseos del marqués de Peñaflores desde el reinado de Fernando VI, pero no habia arreglado aun su plan hasta el de Carlos III, que concedió á los primeros socios su permiso en el año de 1765, y la tomó bajo su real amparo. A su egemplo se formaron las sociedades de Madrid, Baeza, y casi todas las de las provincias ó ciudades de España; por cuyo medio se ha conseguido emplear la juventud pobre y ociosa, y promover la educacion é industria popular. A todas estas cosas se agregaba la formacion de otras compañías de comerciantes, para facilitar el comercio interior del reino. Empeñéronse canales en Madrid y en Murcia, se finalizó la acequia de Colmenar de Oreja, avivó la prosecucion de la imperial de Zaragoza: la diligencia de coches para la comodidad de los viajes desde Francia por las dos carreras de Bayona y Figueras hasta Madrid, y desde aqui á Cádiz le merecieron su atencion, y tuvieron principio á vista de la actividad que se ponía en el comercio.

En medio de estas cosas proseguia con el arreglo de la tropa, para tener siempre en pié un buen ejército y bien disciplinado. Dió reglas y ordenanzas para reemplazar anualmente el cuerpo militar por medio de quintas y sorteos de los jóvenes solteros de las provincias, aunque fuesen jornaleros, sirvientes, criados no hidalgos ó de colegios y comunidades, estableciendo las solas precisas exenciones de esta carga: dió nueva planta al consejo de guerra para la mejor expedicion de los negocios militares, creó la clase de brigadieres de la real armada para premio de la marina, y estableció un nuevo cuerpo de ingenieros de este ramo. Aumentó la soldada á la tropa de infantería; señaló premios y alivios á proporcion de los servicios que multiplicasen los soldados rasos y sargentos: dió tambien sueldo al inválido, y procuró que hubiese generalmente mas limpieza y decencia en los cuarteles, proveyendo de abundantes camas, para que á nin-

guno faltase la suya. En Indias formó plazas, estableció milicias y nuevos cuerpos militares. Con estas prevenciones y gobierno se hallaba en estado de no temblar incursion alguna de los enemigos, principalmente de los corsarios moros; á cuyo fin, y para evitar en lo posible la guerra habia hecho paces y amistad con el rey de Marruecos desde el año de 1766. Pero cansado este de la quietud, ó instigado de sus vecinos los de Argel, rompió la paz en 1774, pretestando que en los tratados no estaban exceptuadas las plazas de tierra Ceuta, Melilla, Alhucema y Peñon, y añadiendo que le obligaban al intento de recobrarlas motivos de religion musulmana. Antes de mover hostilidad alguna el rey don Carlos hizo ver al de Marruecos su equivocacion, mostrándole estar todo espreso en los tratados, y se previno á la defensa, remitiéndole los individuos moros que habia en España.

Nada satisfizo al marroquí y se presentó en persona delante de Melilla. Puso varias baterías, ya para hacer daño á los fuertes y castillos, ya para impedir por mar el socorro de los nuestros, que tenían contrarias las olas: atacó en fin con la mayor viveza la plaza con ánimo de demolerla, ó dar un asalto; pero era tan vigorosa la defensa por nuestra parte, que aunque los socorros no podian entrar con facilidad; dieron que hacer mucho nuestras armas á las mahometanas; en lo cual se vió sobresalir la pericia militar de don Juan Sherlock, gobernador de aquella plaza, la valentía de la tropa y el esforzado aliento de doce desterrados, que quemaron las trincheras de los enemigos. Resistieron mas de tres meses de cerco, llamando la atención el moro al sitio de Alhucema y del Peñon. Al fin conoció el marroquí el vano empeño de conquistar las plazas; y en 16 de marzo de 1775 levantó el sitio de Melilla, pidiendo paces duraderas, y mútuo comercio con España. Condescendió el rey don Carlos; y hechas las paces formó una espedicion contra Argel para escarmentar á aquellos portiados y crueles corsarios. Confió la accion al cargo de don Alejandro O-Reylli, comandante general de las tropas de tierra, y de las de mar al de don Pedro Castejon; pero esta empresa no salió tan feliz como la antecedente á causa de no permitir aquella furiosa y peligrosa costa un pronto desembarco.

Proseguia el rey don Carlos en arreglar el mas acertado gobierno en los vastos dominios de la América, dando nueva forma y ampliacion al supremo consejo de Indias, al tribunal de la contratacion en Cádiz, y á las audiencias de aquellos reinos para la mas pronta

resolucion en los negocios. Deseoso de propagar la luz del Evangelio hácia el norte de la California, mandó hacer varias expediciones por mar y tierra desde el año de 1769 para la reduccion de los indios salvages de aquellos territorios, lo cual logró por medio del cuidado del virey de nueva España el baylio Fr. don Antonio María Bucareli, y los encargados de varios buques, que hicieron los descubrimientos hasta el año de 1776. Pero al mismo tiempo en la América Meridional los portugueses habian ocupado varias plazas y territorios sin guerra y sin motivo alguno de ella. Para restaurar todo esto nombró á don Pedro Ceballos para el mando de las tropas que habia de conducir, y una escuadra de diez y seis naves, que bajo de sus órdenes, debia mandar el marqués de casa Tilly. Partió aquel general desde Cádiz en noviembre de 1776, llegó á la ensenada de Garoupas, ocupó la isla de Santa Catalina con poca resistencia de los portugueses, aunque estaban prevenidos con buenas fuerzas. Con igual felicidad se apoderó de la colonia del Sacramento, con lo cual recobró todo lo perdido. Recibió el rey don Carlos mucho placer; premió al general Ceballos, al marqués de casa Tilly, y á otros con este motivo, y coronó el regocijo la venida de su hermana la reina de Portugal doña María Ana Victoria á la córte á renovar con su real hermano los fraternales cariños y la antigua amistad con aquel reino en el mes de noviembre de 1777.

No se tardó mucho tiempo en suceder otra indispensable guerra. Las colonias americanas inglesas se habian sustraído de la obediencia á la córte de Lóndres; peleaba el inglés para reducir las; vióse obligado el rey de Francia á patrocinarlas. El rey don Carlos ofreció su mediacion: aparentaba quererla el inglés, pero dilataba responder, ó poner en egecucion los medios propuestos: y entre tanto inquietaba varios establecimientos españoles, solicitándolos á la rebelion, ó haciendo hostilidades con ellos en tierra, y con las naves en el mar. Ya habia sufrido demasiado el rey don Carlos con la esperanza de que todo tendria un pacífico acomodamiento, y no hallando verificado ni uno ni otro, se vió en la precision de declararle la guerra; juntando sus armas con las francesas en el mes de junio de 1779.

Ocasion fué esta que hizo ver cuánto se habia hecho amar de sus vasallos el rey don Carlos, y cuán amante corazon abrigaban estos en sus leales pechos. No hubo ciudad, villa, cabildo, catedral, prelado,

magistrado, cuerpo de comercio y persona particular ó comunidad religiosa de algun haber, que no lo presentase con el mayor placer á su soberano, para que dispusiese de sus caudales ó sus personas en aquella guerra. El rey mandó dar á todos públicamente las mas espresivas gracias y muestras de su satisfaccion, y solo impuso una pequeña carga en varias rentas, que no duró mas que el preciso tiempo para ayudar á satisfacer los gastos de la guerra.

El soldado de tierra y el marino se prestaron con el mayor aliento á la campaña. La ciudad de Barcelona con sus comerciantes y gremios, y otros pueblos del principado de Cataluña, como tambien algunos particulares y comerciantes de Mallorca hicieron varias compañías para armar algunos buques á sus espensas con el fin de proteger su comercio, y perseguir á los enemigos de su soberano. Lo mismo hizo el consulado de Cádiz, y hasta las damas gaditanas aprestaron un navío de buen porte para hacer el corso á sus espensas: accion heroica que alabó mucho el rey, y dió las convenientes órdenes para que se facilitasen sus generosos y varoniles deseos. El rey armó una poderosa escuadra al mando de su general comandante don Luis de Córdoba y otros subalternos para impedir los socorros que enviasen los ingleses á Gibraltar, á cuya plaza habia puesto sitio por tierra en el campo que llaman de San Roque. El de Marruecos negó desde luego al inglés todos los auxilios que le pedia para Gibraltar, y así tenia cortados todos los pasos.

Las plazas de América estaban bien prevenidas, por lo cual los ingleses se dirigieron solo á las partes que contemplaron mas flacas. Enviaron al tiempo próximo de la guerra nueva tropa á Panzacolas y manifestaron ánimo de conquistar la Luisiana, ya con estos aparatos, ya con ocultas insinuaciones en sus habitantes. Pero por nuestra parte se hicieron de orden del rey varias expediciones para estorbar sus intentos. Don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana acometió y ganó varios fuertes y establecimientos ingleses en las orillas del Misisipi. Sucesivamente sitió y ocupó el fuerte de Mobila, y con el auxilio de una escuadra mandada por don José Solano y combinada con algunos buques franceses emprendió la conquista de Panzacola, la cual se rindió despues de un largo y porfiado bloqueo, y de una grande resistencia por parte de los ingleses en 8 de mayo de 1781.

Al mismo tiempo se hicieron otras expediciones en la costa de

Campeche dirigidas por el gobernador de Yucatan, con las cuales se logró arrojarlos de todos sus establecimientos y destruir sus casas y rancherías, haciendo muchos prisioneros. Los enemigos por su parte para recompensar sus pérdidas, ó conseguir mas ventajas, se enderezaron á las costas de Goatemala; ocuparon á Omoa; pero viniendo el presidente de aquella audiencia don Matias Galvez con refuerzos, les obligó á abandonar su posesion. Prosiguió sus jornadas; arruinó los establecimientos de aquellas regiones; y recobró el castillo de San Juan de Nicaragua, que habian tomado: resultando de todas estas empresas haber despojado los españoles á los ingleses de todo el seno mejicano.

Entre tanto la escuadra del mando de don Luis de Córdoba combinada con la francesa habia hecho varias operaciones por mar, á fin de estorbar los convoyes que enviase Inglaterra á la plaza de Gibraltar; y aunque logró la escuadra de aquella potencia entrar por dos veces sus auxilios, mas favorecida del mar que la nuestra, y mas despechada que valiente, otras dos veces cayeron en manos de nuestra escuadra ricos despojos, y mucho número de buques y prisioneros. Don Luis de Córdoba mereció el honor de que el rey de Francia le enviase su retrato en muestra de su valor y acertada conducta en la armada combinada. Don Antonio Barceló apostado en la bahía de Gibraltar, y despues don Ventura Moreno hicieron mucho daño en los navíos ingleses, y en las fortificaciones de la plaza con las barcas cañoneras de la invencion de aquel: industria de que pronto se aprovecharon las naciones estrangeras conociendo su utilidad y ventajas en cualquiera combate naval.

Las maniobras militares que se hicieron en la línea del campo de San Roque contra la plaza de Gibraltar fueron muchas é ingeniosas, mostraron la valentía y ánimo de la tropa española. El fuego por una y otra parte al principio era muy lento: pero desde que recibieron en la plaza el segundo socorro, se rompió por nuestra parte de todas las baterías con la mayor viveza y actividad, haciendo muchos daños en la plaza, y poniendo en el mayor cuidado á los ingleses, ya por tierra, ya por mar, con las salidas de las lanchas cañoneras é incomodidad que estas causaban, llegándose sin peligro hasta cerca de los muelles.

En este intermedio, divertidos los ingleses con el bloqueo de Gibraltar, ocupados los pasos del estrecho, y sin el riesgo de que pudie-

sen socorrer prontamente á la isla de Menorca resolvió el rey tomarla.

Nombró para esta expedición al teniente general duque de Crillon, comandante de las tropas de tierra, y al brigadier don Buenaventura Moreno de las de mar. Salió la armada de Cádiz en 21 de julio de 1781, y después de algunos obstáculos de mar, desembarcó en Menorca en 19 de agosto. Apoderóse el general de toda la isla, y puso sitio al fuerte castillo de San Felipe, en que tenían puesta su confianza los ingleses. Todo el tiempo que medió hasta principios de noviembre fué empleado por aquel general en arreglar varios puntos pertenecientes al gobierno español en sus habitantes, disposición de los despojos tomados, desembarco de socorros, pertrechos y municiones, y en formar las baterías correspondientes para rendir el castillo. Duró el bloqueo mas de tres meses, aumentándose los daños á proporcion de la obstinada resistencia de los enemigos. Entregáronse al fin estos por capitulación á principios de febrero de 1782, si bien quedó la guarnición prisionera de guerra; con lo cual se logró limpiar la isla de griegos, corsos, judíos, moros y otros enemigos de España y de la religion católica. En premio de estos servicios el rey don Carlos nombró á Moreno gefe de escuadra, y capitán general al duque de Crillon, quien mereció tambien la honorífica espresion de que el emperador José II le escribiese una carta de elogios y parabienes.

Desde Menorca pasó el duque de Crillon en el mes de julio de órden del rey á encargarse del bloqueo de Gibraltar, yendo á suceder á don Martin Alvarez, comandante de aquel cerco, en el cual no se habia cesado de adelantar baterías, fosos, caminos cubiertos y otras obras militares para estrechar la plaza.

Cada dia se inventaban por el general duque de Crillon nuevas industrias para los ataques: entre ellas fué singular la de las baterías flotantes, empleando para este fin varios buques en el mar, con ánimo de arrimarse mas por agua á los muelles, y hacer un fuego general por mar y tierra. Hízose este á mediados de setiembre; pero la bala roja que disparaban los enemigos contra las baterías flotantes ó los navíos empalutados comenzó á incendiar á algunos, y fué necesario dejar este arbitrio, despues de haber acreditado el mayor valor en esta malograda empresa. Siguió nuestro campo con mucho ardor en su empeño. Los ingleses se reforzaban continuamente,

y tomaban mas aliento con la esperanza de nuevos socorros. Nuestra escuadra combinada, que estaba siempre dispuesta para impedirlos, no pudo en el mes de octubre de 1782 lograrlo. Supo con anticipacion la venida de la armada inglesa; no pudo salir de la bahía de Gibraltar con tanta facilidad como quisiera; pero aunque logró dispersarla por el mediterráneo, la multitud de naves enemigas, y tener que lidiar con los peligros de parte del mar y nuestras costas, hacian mas difícil cualquier combate naval. Entró en fin el socorro en Gibraltar. Tomó nuevo aliento la plaza; pero no fué menor el de nuestros sitiadores en hacer el daño posible por todas partes con los fuegos de las baterías, y de las cañoneras y bombardas, siendo muchos los prodigios de valor que hicieron los sitiadores en el resto de aquel año en un bloqueo tan difícil y de tan alta empresa, que movió la curiosidad del duque de Borbón, y del conde de Artois, príncipes de la sangre real en Francia, antes de verla: y vista, el asombro, la admiracion y la alabanza. En América no se cesaba de adelantar las conquistas, tomando establecimientos á los ingleses, no siendo inferior á las pasadas la rendicion de las islas de la Providencia y de Bahama, cuya expedicion puso don Bernardo de Galvez, gobernador de la Luisiana, al cargo de don Juan Manuel de Cagigal, gobernador de la Habana.

Con las pérdidas que experimentaba el inglés de parte de la Francia y nuestra, y la situacion dudosa de Gibraltar, consideró que no debía omitir diligencia alguna para apresurar la paz, mediando especialmente para ello la Rusia y la Alemania. El rey don Carlos, que no habia tomado las armas sino precisado, la deseaba con aquella generosidad de ánimo que siempre, y daba indicios de estar próxima, premiando aun antes de suspender las hostilidades con numerosas promociones en el ejército, y recompensando su infatigable valor. Estableciéronse al fin varios artículos preliminares en Versalles á principios del año de 1783, y se firmaron en 20 de enero por los respectivos plenipotenciarios, el conde de Aranda de nuestra parte, y el señor Fitz-Herbert de la de Inglaterra.

La suma de estos fué que el rey de España conservase la isla de Menorca, y en América con la Florida occidental ganada la oriental que cedia el inglés; que este conservase en Campeche como antes la facultad de cortar y transportar el palo de tinte con ciertos limites y condiciones que señalasen, y nunca pudiesen ser contrarias al dere-

cho del dominio español; que las islas de Providencia y Bahama se restituyesen á Inglaterra en el mismo estado en que se ballaban antes de su última conquista; que se hiciese cange de prisioneros y demás territorios que durante este tiempo se ocupasen por una y otra parte hasta la noticia de la suspension de hostilidades; y en fin que se renovasen los antiguos tratados de paz y comercio. Iguales preliminares hizo el rey de Inglaterra con el de Francia segun las conquistas é intereses de cada uno. Firmóse el tratado definitivo de paz en Versalles á 3 de setiembre de 1783, concurriendo la emperatriz de las Rusias, y el emperador de Alemania como mediadores, y se publicó en Madrid en 1.º de octubre del mismo año con general contento de todos á vista de unos partidos tan ventajosos á la gloria de las armas y del rey de España.

Restituyóse á su quietud la Europa, pero el rey don Cárlos III queria afianzar el sosiego de su reino por todas las partes del mundo, y ensanchar el camino de su comercio. Habia visto en el reino de Nápoles las ventajas conseguidas por él en las paces ajustadas con el turco; quiso estenderlas á España, practicando las diligencias á este fin en medio de la pasada guerra. Envió á Constantinopla con este encargo á don Juan de Bouligni; este lo desempeñó con acierto, y se lograron unas paces firmadas en 14 de setiembre de 1782 entre el ministro católico y el gran visir Hagit Seid Mahomet.

Seguíase conciliar los ánimos de los potentados berberiscos; por lo que toca á Argel bien conocia el rey su indisposicion á todo buen ajuste: tentó mostrar á un tiempo la guerra y la paz; envió delante de Argel á don Antonio Barceló con una escuadra de seis navíos de línea, algunas fragatas y otros buques á fines de julio: bombeó la plaza; pero escarmentados los argelinos de la espedicion pasada, la habian fortificado mucho, y se volvió sin mas fruto que algunas ruinas de edificios y muerte de hombres. Hizo otra tentativa de igual efecto el año siguiente de 1784 por el mismo tiempo: fué preciso tomar el medio de empeñarlos á la paz; para lo cual hicieron sus esfuerzos el gran turco y el rey de Marruecos, ya amigos de la España; consiguióse el éxito, y se firmó un tratado en junio de 1786; logrado ya en 1783 otro convenio con la regencia de Trípoli, antigua amiga del rey don Cárlos cuando reinaba en Nápoles.

Ya era tiempo que el rey don Cárlos descansase de tantas fatigas empleadas en hacer la guerra, ó la amistad con las naciones estra-

ñas, y dedicarse con mas ahinco al gobierno interior de su reino, al cual no habia perdido de vista en medio de tantos cuidados.

Para sostener los gastos de la guerra y el giro del comercio, autorizó un banco nacional, llamado de San Carlos, el cual se obligó á la reduccion de vales, al pago de las obligaciones de la corona en los paises estrangeros, y á las provisiones de ejército por mar y tierra. Abrió el rey un préstamo de ciento y ochenta millones de reales de capital, con la admision del tercio de este en créditos contra la testamentaria de su padre el señor Felipe V.

No cesó de promover las fábricas é industria; y para su fomento habia tomado la administracion por su cuenta, y bajo de una direccion, de las fábricas de paños de Guadalajara, Brihuega y San Fernando, poniendo la venta de sus géneros á precios mas moderados que los de los estrangeros. Habia prohibido la entrada de los tejidos de algodón ó mezcla de él, y la estraccion del esparto en rama, promoviendo al mismo tiempo la de otras materias de cosecha nacional, ademas de la de granos y de pescados de las pesquerías del reino. Toda la nacion estaba puesta en movimiento para contribuir al aumento de la agricultura, artes y comercio. Las sociedades patrióticas se estendian por todas partes. Muchas personas particulares, y principalmente varias compañías de comercio, abrian suscripciones ó formaban fondos á sus espensas, dando materias para hilados y ocupar las niñas y mugeres, como se verificó en Madrid, Granada, Segovia, San Ildelfonso, Burgos y otros lugares de Castilla, dirigiendo sus intentos á restaurar las fábricas ó abastecer las establecidas, añadiendo premios á la mayor aplicacion.

En Barcelona se pusieron escuelas de náutica y de dibujo, y de esto último siguieron el ejemplo Olot, Mallorca, Plasencia de Guipuzcoa y otros pueblos, para contribuir con su instruccion á la perfeccion de máquinas pertenecientes á las manufacturas y otras artes. Se crearon montes píos en Granada para socorrer á las viudas é hijos de los operarios y empleados en las fábricas de lonas y lienzos: en Malaga y Alcira para auxiliar á los cosecheros, y premiar á los que mas se aventajasen en algun ramo de agricultura ó industria.

El rey protegia con la mayor generosidad todos estos nobles proyectos dirigidos á desterrar la ociosidad, educar la juventud, á reformar las costumbres, y hacer feliz al vasallo: para conseguirlo mejor mandó erigir en Madrid las diputaciones de caridad, á fin de que

recogiesen limosnas en cada barrio, plantificasen escuelas de educacion y de labor para las niñas; cuya providencia estendió á todas las capitales y villas populosas del reino. Mandó examinar en todas las capitales de provincia las cargas á que estaban sujetos los pueblos, para que sin perjuicio de ellas, ó mejorándolas ó sustituyendo otras mas fáciles, se viese lo que podria economizarse ó aumentarse para fondos de socorro de los labradores desgraciados, y adelantamiento de la agricultura, artes y fábricas. Hechas estas diligencias en sus propios pueblos y en sus propias rentas, pasó á impetrar del papa Pio VI permiso para tomar de las prebendas eclesiásticas pertenecientes á la real presentacion segun el último concordato, la tercera parte de sus frutos, destinando de su importe un fondo caritativo que cooperase á la ereccion de hospicios y casas de misericordia, ó socorro de las erigidas, y remedio de los verdaderos pobres, quitando con este medio el fomento de vagos y holgazanes.

Pero habia que esterminar otro género de vicios que por otra parte sostenian la ociosidad delincuente en los contrabandistas, ladrones, gitanos y otros vagos. Para perseguir á aquellos dió nuevas disposiciones á los capitanes generales de provincia, para que comisionasen tropa á este fin, ó auxiliasen á la justicia con ella, contando este servicio en los militares, y premiándolo como si fuese de guerra viva. Para esterminar los demas vagantes prohibió los buhoneros andantes con cámaras oscuras ó animales de habilidades, los romeros ó peregrinos extraviados, los fingidos saludadores, los loberos y otros; y en fin para traer á domicilio fijo á los llamados gitanos y emplearlos en alguna ocupacion declaró que ni eran ni debian llamarse gitanos, mandando que se borrara su nombre donde estuviese escrito, y que ellos dejando su trage, gerigonza y modales se aplicasen á algun oficio honrado, á cuyo fin los llamaba con paternal cariño, perdonándoles sus excesos, pero amenazándoles con el castigo sino correspondiesen á su generosa piedad.

Derogó varias leyes en la parte que eran contrarias á que los hijos ilegítimos pudiesen aplicarse á oficios honrados: á fin de que no fuesen con su ociosidad y mal nombre carga del Estado, declaró por hábiles para cualquiera servicio en la milicia, ó en el estado á los individuos que llamaban *de la calle* en Palma de Mallorca, y generalmente que se tuviesen por limpios y honrados varios oficios que con preocupacion se reputaban por sórdidos y viles.

Ademas de las escuelas gratuitas y montes para suministrar hilazas á las fábricas, para ocupar mugeres y niños, estableció que en cada regimiento se recibiesen treinta y dos muchachos, quienes, despues de instruidos en las primeras letras y obligaciones del servicio de las armas, pudiesen tambien ocupar las plazas de cabos y sargentos. En todo contribuía el rey á desterrar la ociosidad, pero tambien alcanzaban sus miras á disminuir otros vicios, como el de la trampa, usura y juego. Sujetó á la jurisdiccion ordinaria todo fuero y privilegio (excepto el del militar en actual servicio) de los grandes, títulos y poderosos, que no pagasen con puntualidad las deudas contraídas con los artesanos y criados; prohibió los préstamos usurarios de los mercaderes, dando providencias oportunas para evitar esta casta de contratos y fraudes; mandó que por deudas civiles ó causas livianas no se arrestasen en cárceles á los artesanos, labradores y operarios de las fábricas, ni se les embargasen sus instrumentos y aperos. Declaró que perdian fuero de jurisdiccion los que hiciesen resistencia á la justicia; arregló el modo de conocer inmediatamente así los jueces ordinarios como militares en los delitos y prisiones; y prohibió con penas rigurosas los juegos de envite, suerte y azar. Puso límites á la multitud de pretendientes, que con este pretexto desamparaban sus domicilios, ó no se aplicaban á otras carreras, sirviendo de peso y gasto en la córte, y de molestia á los ministros; y en cuanto á méritos de los sugetos declaró quienes debieran ser mas acreedores y atendidos, prefiriendo á los que hubiesen hecho algun servicio al Estado.

La administracion de rentas provinciales experimentaba aun algunas dificultades, y las imposiciones de alcabalas y otros derechos no guardaban la proporcion al terreno, al cultivo, al consumo y á las provincias, y redujo estos pagos á un prudente temperamento haciendo exentos algunos géneros comestibles y comerciabiles, rebajando otros, y aumentando los que podian sufrir mas carga.

Era escasa la dotacion de los corregimientos y alcaldías mayores, ni estaban proporcionados sus ascensos con aquella igualdad uniforme que pudiese alcanzar á todos: estableció determinado número de años de servicio con escala de sexenio en sexenio á corregimientos mas pingües, y á los tres sexenios á las plazas togadas de las audiencias, y á los que no fuesen de letras á los honores correspondientes de capa y espada, segun los particulares servicios hechos en la po-

licia y gobierno de los pueblos agregándose á esto despues un monte pio para sus viudas y sus hijos.

Tambien erigió otros montes pios para la mayor parte de los cuerpos del ejército, como infantería, caballería, de artilleros, de infantería de Marina, pilotos de la real armada, inválidos de la maestranza de arsenales y otros: y advirtiéndolo cuánto era mas necesario emplear en varias fatigas mayor número de infantería que de caballería, volvió á reducir esta á tres escuadrones por regimiento, y aumentó un tercer batallon en aquella; y para que se verificase con prontitud este aumento, mandó á las justicias ordinarias que con particular cuidado prosiguiesen en la recoleccion de vagos, y les dió facultad para recibir y filiar las reclutas voluntarias.

Para promover aun mas la navegacion y el comercio á Indias y á las partes mas remotas de su imperio, dió permiso para que se erigiesen consulados en los puertos de España donde no los hubiese; con su auxilio se restableció la antigua compañía de la India Oriental, y se formaron otras de seguros marítimos y terrestres.

Dedicando tanto esmero en el gobierno civil, velaba igualmente el rey don Carlos en el eclesiástico. Ya desde el año de 1771 habia conseguido del papa Benedicto XIV que las causas eclesiásticas que determinaba el auditor del nuncio apostólico en calidad de juez ordinario, en primera instancia; ó de apelacion de los prelados, se decidiesen en un nuevo tribunal erigido en Madrid, compuesto de individuos de la nacion, al cual se impuso el nombre de *Rota*, conseruando al nuncio su autoridad, jurisdiccion y privilegios de legado á *Latere* de la silla apostólica, y á los ordinarios y demas prelados la facultad de juzgar en primera instancia en sus diócesis y metrópolis. Dieron motivo á este establecimiento muchas causas representadas varias veces al rey en instancias hechas por el reino, y varias consultas del supremo consejo de Castilla, poniendo en su real consideracion la instruccion de los eclesiásticos naturales en las particulares leyes, y costumbres recibidas, así en lo general de la disciplina de la iglesia de España, como en lo particular de algunas sinodales y otros estatutos. Ocho años despues de esta nueva planta para la mas fácil y pronta expedicion de los negocios de aquel tribunal arregló de tal manera las plazas de los auditores nacionales, que ordenó que de ciertas provincias hubiese sugetos instruidos en todo lo necesario

á este punto, según las sinodales y disciplina de ellas, y amplió el número para premiar con este honor á los capellanes de su real capilla.

Dirigió á la cámara de Castilla varias instrucciones, para que tomando exactos informes de los eclesiásticos y prelados del reino sobre su ciencia y virtud, le presentasen en sus vacantes los más dignos para la provisión de los arzobispados, obispados y demás piezas eclesiásticas; procuró que se esterminasen varios abusos cometidos con pretexto de devoción, como los disciplinantes de sangre y aspados, indecorosos adornos de cruces llamadas de mayo, y otras imágenes no veneradas en los templos, rogativas, danzas en las iglesias, sus átrios y cementerios, arreglando el uso de trenes en las procesiones de pascua, refrenando varios abusos profanos en otras, y los desórdenes en las noches de San Juan y San Pedro.

Para evitar los incendios en los templos y atender á la mayor magestad y decencia de sus retablos y altares, mandó que en adelante se construyesen de jaspe ó de estuco, promoviendo así al mismo tiempo la arquitectura y escultura, y sujetando sus planes y diseños al exámen de la real academia de las tres nobles artes; mirando á la misma decencia, como también á la salud pública, mandó construir cementerios fuera de poblado, dando el rey principio y ejemplo con el primero que se hizo á sus espensas en el real sitio de San Ildefonso.

Ademas de haber mandado á los jueces ordinarios que en las sucesiones abintestado no dispusiesen del quinto de sus bienes, como era costumbre, prohibió toda manda y herencia dejada á los confesores para sus personas, iglesias ó comunidades. Renovó con la mayor actividad la ley nacional, de que los hijos para casarse obtuviesen el consenso paterno, y encargó á los prelados eclesiásticos el mayor celo en este punto.

Su compasión con los delincuentes fué grande: mandó á los jueces que fijasen pena temporal á los condenados á los presidios de Africa, á fin de que con la desesperacion de su alivio, no desesperasen también en la religion pasándose á los moros con título de renegados; y dió las providencias oportunas para el cuidado espiritual en las cárceles durante el tiempo de la sustanciacion de las causas, á que contribuian mucho con egemplar caridad cristiana varias señoras principales de la córte, que juntándose en sociedad tomaron á su

cargo el alivio de las mugeres presas. A este fin las visitaban frecuentemente, las consolaban y socorrian, y para entretenerlas su ociosidad, y hacerlas en algun modo útiles para sí y la patria, las franqueaban hilazas y otras materias para sus labores.

Era incansable su desvelo en promover las ciencias útiles al Estado. Ya despues de las reformas de las universidades habia establecido, digámoslo así, un comercio entre ellas, mandando que los cursos años de unas fuesen recibidos en otras, y que varios seminarios así conciliares como de alumnos seglares lograsen de igual beneficio, siendo del número de estos últimos los mas insignes el real seminario de nobles de Madrid y el de Vergara en Guipúzcoa, que miraba con particular atencion por tratarse en ellos con especial gusto las matemáticas y ciencias naturales. Con igual esmero promovió estas en varias capitales y ciudades de España. Abrió en Madrid un esquisito y abundante gabinete de historia natural, enriquecido con las preciosidades que ofreció generosamente don Pedro Francisco Dávila, hábil naturalista, para provecho y comodidad del público; y que cada dia se fué aumentando con las que vinieron de América: proporcionó con mas facilidad el estudio de la botánica, trasladando desde el territorio de Migas-Calientes, en la orilla de Manzanares, el real jardin botánico á un terreno ámplio contiguo al paseo del Prado, é hizo traer de todas partes las mas raras plantas: erigió otros jardines botánicos en algunas capitales del reino, y destinó á Indias varias expediciones botánicas para traer de allí sus plantas, y formar la flora del Perú. Envió á reinos estrangeros jóvenes para instruirse en la historia natural, en la metalurgia y química, y de estas dos facultades plantificó escuelas públicas en la córte. Igual remision de sugetos hizo por las córtes estrangeras para observar lo mejor sobre la anatomía y cirugía, y establecer un real colegio de estas facultades en Madrid con el título de San Carlos, á imitacion del que habia hecho en Barcelona en el principio de su reinado: sin que por eso hubiese dejado de fomentar en el hospital general los mismos estudios y el de farmacia, á que asignó varios premios á los mas sobresalientes practicantes cada año. Protegió asimismo las reales academias literarias del reino, y dió frecuentes auxilios para su mejora á las de la lengua española, historia, buenas letras de Barcelona y Sevilla y geografia de Valladolid: á las médicas de esta

córte, de Sevilla y Barcelona , á las de las nobles artes de Madrid y Valencia y otras, no omitiendo ramo alguno de literatura que dejase de promover.

Tan vastos designios y objetos emprendidos de una vez, y llevados á la debida egecucion con celo y constancia, no podian menos de producir en el gabinete de Estado un gran cúmulo de negocios que despachar, y una grande multitud de objetos á que atender.

La plantificacion de caminos y canales, y el aumento de correos y postas necesitó aparte una superintendencia general á cargo del primer secretario de Estado y del despacho universal, que entonces era el conde de Floridablanca. Los negocios de Indias requerian la separacion de la marina, y la uniformidad de los de Gracia y Justicia de todo el imperio español pedia que se reuniese este ramo; y así se arregló todo esto en dos secretarías: la de Marina á cargo del excelentísimo señor don Antonio Valdés, y lo restante al del excelentísimo señor marqués de Bajamar, secretarios de Estado y del despacho universal de estos objetos. El ramo de Hacienda no queria menor desvelo en la espedicion de sus negocios, especialmente para la mayor actividad de los resguardos en las provincias: y así para su inmediato gobierno en ellos creó juntas provinciales bajo la instruccion y órdenes del secretario de Estado y del despacho universal de Hacienda el excelentísimo señor conde de Lerena. La marina en sus tres departamentos necesitó asimismo sus correspondientes juntas para entender con prontitud en todos los negocios de este real servicio, como arsenales, astilleros, construccion de navíos, estudios náuticos y de ingenieros, hospitales, cuerpos de cirugía y medicina y otras cosas pertenecientes á una buena economía para una respetable armada y aumento de la navegacion: siendo á proporcion tanto ó mas grande el cúmulo de los negocios del estado de la guerra, que abrazaba la milicia de España é Indias, al cargo del secretario de Estado y del despacho universal de Guerra el excelentísimo señor don Gerónimo Caballero, y despues al del marqués de Campo de Alange.

Parece que no faltaba otra cosa mas al rey don Carlos que saber el efecto que habian producido en la poblacion tantas y tan sábias providencias; mandó pues que se hiciese un censo ó empadronamiento general de sus vastos dominios. Tuvo su efecto en España,

y con él la satisfacción de ver crecido mucho número de sus vasallos; aumentados los brazos de la agricultura é industria, y bien servidos ambos ministerios eclesiástico y civil, y tocando ya á la felicidad su reino.

Ya se hallaba en muy avanzada edad, pero infatigable en ser mas que rey, padre del vasallo. Y si un rey tiene que hacer al mismo tiempo dos personas, una pública y otra particular, la de padre de familia no era menos recomendable. Su vida doméstica desempeñó igualmente el título de católico, por muy virtuosa y cristiana. Luego que vino de Nápoles al trono español manifestó su piedad y amor fraternal á su difunto predecesor Fernando VI, haciéndole magníficas exequias, y erigiéndole un magestuoso sepulcro en el real monasterio de la Visitacion de esta corte, llamado de las Salesas, y al pie de su urna puso una inscripcion en que mostró al mismo tiempo el desinterés y despego de las cosas terrenas (1).

Probó la virtud de la fortaleza y el sufrimiento con los mas terribles golpes, capaces de estremecer al corazon humano mas generoso. Muere á poco tiempo, y en lo mas florido de su edad, su amada esposa la reina doña María Amalia de Sajonia, y además de manifestar desde luego su constancia sufriendo con egemplar paciéncia tan triste suceso, halla la ocasión de dedicarse enteramente á la virtud de la castidad, que tanto habia amado desde joven (2).

Toma á su cargo con particular esmero la educacion de los hijos que le deja su real esposa ya imbuidos en la religion y la virtud: instruye al príncipe don Carlos en las letras y artes, y particularmente en las de reinar: llamale al despacho á su debido tiempo, y le enseña con paternal cariño á ser elemento y justo, rey y padre de sus vasallos. Dale él por esposa una hija de su hermano, de no menor talento y virtud, digna hija del infante don Felipe duque de Parma, y á ambos consortes da lecciones sábias con que se

(1) HIC IACET HUIUS COENOBIL CONDITOR  
FERDINANDUS VI. HISPANIARUM REX  
OPTIMUS PRINCEPS QUI SINE LIBERIS  
AT NUMEROSA VIRTUTUM SOBOLE  
OBIIT IV. ID. AUG. AN. MDCCCLIX  
CAROLUS III. FRATRI DILECTISSIMO  
CUIUS VITAM REGNO PREOTASSET  
HOC MOERORIS ET PIETATIS MONUMENTUM.

(2) Véase la oracion fúnebre que dijo en sus reales exequias el doctor Vela en el real monasterio de la Encarnacion de Madrid á 13 de marzo de 1789, pag. 48.

instruyan en los mas estrechos deberes de padres de familia.

Hábiles maestros informan en las letras humanas y otras artes dignas á los infantes don Gabriel, don Francisco Javier y don Antonio Pascual; pruebas bien públicas hay del escogido talento de todos sus hijos, y de los progresos de su feliz ingenio. Educa con cuidadoso celo á las infantas doña María Josefa, y doña María Luisa, proporcionando á esta última para heredar un dia el imperio de Alemania por medio de su feliz matrimonio con el archiduque Leopoldo.

Pero todos estos cuidados y felicidades quiere Dios que se mezclen con tristes amarguras. En medio de los regocijos de las dos esposas la princesa de Asturias y la archiduquesa de Austria, experimenta don Carlos el dolor de la noticia infausta de la muerte de su hermano el infante don Felipe, como ya hemos dicho en otra parte, y el sentimiento de ver morir despues á sus ojos su amada madre la reina viuda doña Isabel Farnesio (1) y su querido hijo, ya jóven, el infante don Francisco Javier (2).

Calman un poco los pesares con la fecunda prole de los príncipes de Asturias. Concede el cielo en 19 de setiembre de 1771 un primogénito infante, don Carlos Clemente; siguen en 22 de abril de 1775 la infanta doña Carlota Joaquina: en 11 de setiembre de 1777 doña María Luisa: en 10 de enero de 1779 doña María Amalia; otro infante don Carlos Eusebio en 5 de marzo de 1780, y otra doña María Luisa Vicenta en 6 de julio de 1782. La mano poderosa de Dios corta el hilo de la vida á los nietos varones (3), y á la segunda hembra (4), á que se agrega la sensible pérdida de la reina de Portugal doña María Ana (5), hermana del rey don Carlos. Lloran los tristes príncipes la falta de sus tiernos hijos; junta sus lágrimas el cariñoso abuelo; pero reconociendo todos con humildad la suma providencia del Altísimo, adoran sus divinos decretos, y muéstranse fuertes al sentimiento. Templan su dolor con el nacimiento de los dos infantes gemelos don Carlos y don Felipe

(1) En 11 de junio de 1766.

(2) En 10 de abril de 1771.

(3) Don Carlos Clemente murió en 6 de marzo de 1774. Don Carlos Eusebio en 11 de junio de 1783.

(4) Doña María Luisa en 2 de julio de 1782.

(5) Doña María Ana murió en 15 de enero de 1781.

en 5 de setiembre de 1783; privales otra vez el Todopoderoso de este contento (1); y siempre constante el rey don Cárlos anima y consuela á sus hijos con egemplar paciencia y religion.

Nace otro sucesor en 14 de octubre de 1784, el príncipe don Fernando. Añade el rey don Cárlos á este regocijo el de ver casada á su amable nieta la infanta doña Carlota Joaquina con el príncipe heredero de la corona de Portugal don Juan, y una hermana de este, llamada doña María Ana Victoria con el infante don Gabriel. Celebrase la paz que acababa de hacer con Inglaterra, junto con este doble matrimonio, con real aparato y magnificencia en el mes de marzo de 1785.

Colma su alegría un hermoso y tierno fruto, que es el infante don Pedro de Portugal, hijo de estos segundos consortes, nacido en 18 de junio de 1786; recibe en sus brazos á otro infante don Cárlos María Isidro, hijo de los príncipes de Asturias nacido en 29 de marzo de 1788; el cual fué presentado despues en el magnífico templo de San Isidro el Real, y ofrecido por sus devotos padres los príncipes á este milagroso patrono en 12 de junio siguiente. Repítese la alegría con otro infante don Cárlos José, nacido en 26 de octubre de 1788, hijo de los infantes don Gabriel y doña María Ana Victoria. Mas en medio de estas felicidades ve morir casi á un tiempo á este mismo infante y á sus padres (2); juntándose á estas la pérdida de su querido hermano el infante don Luis (3). ¡Cuántas y cuán amargas pruebas envia la mano fuerte de Dios al rey don Cárlos de su constancia, sufrimiento y religion!

Fué toda su vida frugal y moderadamente parco en el vestir. En medio de las regias y espléndidas mesas, no comia mas que lo que contemplaba necesario para vivir; vestia sin brillantéz, y de las ropas fabricadas en España, en los dias que podia escusarle la ceremonia, dando egemplo en su palacio y á la grandeza del desprecio del lujo y de la ostentacion: era enemigo de aquellas diversiones que podian traer riesgo á la honestidad, ó descomponer su seriedad agradable; y solo amaba moderadamente la caza, como diversion mas ino-

(1) El infante don Felipe en 18 de octubre, y el infante don Cárlos en 11 de noviembre de 1784.

(2) Doña María Ana Victoria murió en 2 de noviembre; el infante don Cárlos José en el dia 9, y el infante don Gabriel en el 23 del mismo mes y año de 1788.

(3) Murió este en 7 de agosto de 1785.

cente, y que le proporcionaba un sencillo recreo y afabilidad con las gentes del campo. Todo su bolsillo secreto se empleaba en socorrer á los pobres y verdaderamente necesitados, y en fin traia una vida arreglada y ajustada al Evangelio y ley de Dios, manifestando que los reyes en medio de sus pompas y sus cuidados pueden egercer con facilidad la virtud, y mucho mas las que pueden egercitarse en tan alto puesto; cuales son la justicia, la clemencia, la magnanimidad, la prudencia y la templanza. En medio de sus virtudes y de sus trabajos domésticos sufridos con egemplar fortaleza, en medio de aquel ardiente celo por el bien de sus vasallos, el Todopoderoso se sirvió cortar la carrera de una vida tan laboriosa y bien empleada en el acertado gobierno de su estendida dominacion.

De vuelta del real sitio de San Lorenzo á Madrid á principios de diciembre de 1788, donde habia padecido un ligero constipado, se sintió nuevamente indispuerto desde el dia 6 del mismo mes, fué prosiguiendo el curso de su enfermedad con alguna esperanza de alivio; pero en el dia 13, ya mas agravado, recibió con fervorosa devocion el sagrado Viático, administrado por el patriarca de las Indias. Al anochecer pidió él mismo en su pleno conocimiento la Estrema-uncion, formalizó su testamento cerrado, recibió la bendicion papal del nuncio apostólico, llamó á sus hijos, echóles su paternal bendicion, dejó encargado á los príncipes el cuidado de los hermanos y del infante don Pedro; y al sucesor real, el celo por la religion y el amor á sus vasallos. Cada instante se acercaba su muerte; pero hasta el último conservó la mayor tranquilidad, entereza y resignacion á los supremos decretos del Altísimo; y á media noche acompañado de las tiernas lágrimas de sus tristes hijos, entregó su espíritu al Señor á los setenta y dos años no cumplidos de edad y veinte y nueve de su reinado en España. Fué llevado á sepultar con solemne pompa al real panteon de San Lorenzo del Escorial.

Dejó su muerte llenos del mayor sentimiento á sus vasallos; los cuales manifestaron desde luego con tiernas lágrimas y corazon sencillo el dolor que les causaba la pérdida de un rey tan benéfico, justo y amante de sus súbditos. No cesaban de alabar sus virtudes y el celo por el cumplimiento de los deberes de monarca, y el amor por la prosperidad de su reino; prendas que tuvo en tanto grado que apenas hallarán egemplar en la historia.

Recordaban en su memoria las fatigas y trabajos con que desde jóven se fabricó en Nápoles un reino, y del anhelo con que mantuvo su esplendor adornado de la piedad y la justicia; ponderaban el desvelo con que lleno ya de la sólida esperiencia y de superior talento, se dedicó incesantemente en España á refundir del todo su vasto imperio hasta colocarlo en la mayor felicidad y altura de gloria; méritos que acreditaron muy bien que era un monarca perfecto.





### DON CARLOS IV

*vigésimo tercero rey de Castilla y Leon, y duodécimo de las Indias; subió al trono en 1789, abdicó la corona en 1808.*



n este flujo y reflujó de prosperidad y decadencia que experimentan los pueblos, obra poderosamente la diversa conducta de sus soberanos. Rara vez se han sucedido sin interrupcion dos monarcas, con las mismas inclinaciones, las mismas dotes personales, iguales prendas de gobierno. El s6lio y el nombre les han identificado, las demas circunstancias apartado á gran distancia. La mira primordial y favorita de uno ha sido destruir la obra de su prédecesor, como la de un artífice inesperto y jóven arrastrado por una pueril

ostentacion consiste en ridiculizar y borrar el diseño trazado por la mano provecta y práctica de otro artífice.

Hase juzgado que las instituciones sobre las que habia impuesto el tiempo su sempiterna llave quedaban sin virtud para lo sucesivo, y se ha creído hacer un mérito en aventurar reformas que exigen tanta ilustracion como tino para ensayarse felizmente y producir el apetecido resultado.

Aun lloraba la España al benéfico Carlos III cuando subió al trono su primogénito Carlos, cuarto monarca de este nombre. Verdadero contraste de su padre, oponia el nuevo rey á la laboriosidad, actividad, energía é inteligencia de aquel, una indolencia habitual, un carácter pusilánime y pobre, un desafecto estremado á los negocios públicos y un entendimiento de reducidos límites. Educado en el centro de una córte sábia y brillante, iniciado en casi todos los grandes asuntos que se habian debatido durante su juventud, adolescía sin embargo de la mas crasa ignorancia ó la afectaba con estudio como es muy verosímil para mejor desembarazarse de las graves ocupaciones del gobierno. No se ocultaba á Carlos III la ineptitud de su descendiente y así al morir le designó como ministro á Floridablanca, consejero antiguo, probo, ilustrado y de una fidelidad inalterable, y el único capaz sin duda de apartar á la nacion del inmenso caos de desdichas en que iba á precipitarse. No debia el conde sin embargo desempeñar largo tiempo cargo tan espinoso, erigirse entonces un poder rival, temible y muy ominoso para el país en época posterior; alzábase Godoy y Floridablanca hubo de sucumbir. — La manja de los príncipes débiles es tener favoritos, sea con el objeto de ofrecer en ellos un blanco seguro á la animadversion pública escitada por los desaciertos administrativos, sea con el de depositar en sus manos aunque estrañas, fieles por necesidad, el timon del Estado, ó bien porque dotados de un corazón mezquino aceptan con docilidad y sumision las primeras impresiones sin encontrar despues fuerzas ni recursos para rechazarlas, siendo, bajo este último concepto víctimas de su propio carácter. Carlos IV pues monarca irresoluto y negligente debia tener un favorito y don Manuel Godoy se vió adornado con tal investidura. No podia haber sido mas desatinada y fatal la eleccion del priyado; Godoy reunia á una estraccion baja y humilde, una incapacidad reconocida para las altas funciones gubernativas y el orgullo que tan violentamente se despierta en las

personas de oscura condicion cuando suben á la cumbre del poder no por el escalon de sus méritos sino por lo prohibida via de la merced y el favor. Guardia de Corps habia merecido el cariño de la reina segun confesaba la opinion pública, y á esta señora debió en gran parte su ensalzamiento y brillante posicion. El rey le colmó de gracias, le dispensó títulos honoríficos y ya desde esta época escuchó con preferencia á todos los demás, sus consejos y los de sus parciales. Iba en efecto á presentarse de nuevo el espectáculo tan repetido como denigrante, de un monarca que ceñia la diadema como una insignia sin virtud, y de un vasallo que reconcentraba en sí toda la accion material y moral de la soberanía.

Era el año de 1789 en el que Cárlos IV ciñó la corona y en igual periodo estallaba en la vecina Francia la colision por tanto tiempo reprimida entre el pueblo, es decir las grandes masas vejadas y enardecidas con el deseo de venganza y el trono y las altas clases opresoras, altivas y despóticas. La insolencia de una nobleza presuntuosa y llena de ambicion, y la penuria, siempre en incremento, del erario, habian obligado á Luis XVI á convocar los estados generales. El estado popular por su esencia y por el imperio mismo de los sucesos logró con su firmeza erigirse en centro de unidad, y venciendo la pertinaz resistencia de los otros dos atraerles á su seno, dando alientos y formas á la revolucion y agitando la existencia del desgraciado Luis perseguido á la vez por las exigencias de la asamblea y por los alaridos de un populacho hambriento, frenético y desnaturalizado.

Las célebres jornadas de Versalles y del 10 de junio hicieron una impresion notable en toda la Europa, y Floridablanca sincero en demasía no disimuló el ódio que le merecian los desacatos cometidos por las turbas revolucionarias en aquellos terribles dias y aun dejó entrever los deseos de una hostilidad en su concepto necesaria. A la verdad la revolucion se habia anunciado con condiciones tan democráticas que hizo temblar á los tronos, y el pensamiento del conde, desconocido ó rechazado por las potencias observadoras, era mas admisible y hacedero entonces que en la sazon y época en que se adoptó. De cualquier modo la opinion de Floridablanca no encontró acogida en el valido; combatióla ademas con tison el conde de Aranda y esta resistencia le valió el ministerio de Estado.

Aunque corta, bajo el nuevo monarca, la administracion de Floridablanca, no fué estéril en glorias para la nacion, y la firmeza de este ministro supo contener oportunamente la demasia de los ingleses. Habian estos establecido colonias en las islas de Cuadra y Vancouver comprendidas en el territorio mejicano dependencia á la sazón de España, y la córte de Madrid reclamó enérgicamente contra esta violacion del derecho internacional. Las negociaciones entabladas al efecto con el gabinete de San James no debieron arrojar un resultado muy satisfactorio, pues algun tiempo despues una escuadra española á las órdenes del esforzado marino don Juan de Langara combinada con otra francesa hizo rumbo á la América.

El gobierno inglés bien por no hallarse prevenido, bien por que quisiera apartar de su comercio, ya entonces primer elemento de vida y poderio de su nacion azote tan terrible, bien porque comprendiese lo ilegal de su obstinacion no la mantuvo por mas tiempo, y el español obtuvo lisonjeras esplicaciones y un desagravio cumplido.

No fué duradera la armonía entre el privado y el nuevo ministro. El conde de Aranda hombre enérgico, hábil diplomático y entendido político no queria recibir inspiraciones estrañas ni someter sus opiniones al fallo de una autoridad incompetente, pero ese mismo carácter independiente y altivo vino á labrar su desgracia, pues Godoy celoso por otra parte del crédito del conde le desterró despues de destituirle, á Epila en Aragon.

En el entretanto la revolucion francesa adquiria nuevos medros y poder. A la asamblea constituyente habia sucedido la legislativa compuesta de hombres violentos, jacobinos ó franciscanos, directores ó miembros de esos célebres clubs donde se forjaban y santificaban los mayores crímenes, al propio tiempo que como por instinto se decretaba la existencia y se preparaba el organismo de una democracia turbulenta; de otros mas templados y en mayor número que se apellidaron girondinos, dotados igualmente de ideas republicanas, y de algunos individuos de la falange monárquico-constitucional, que faltos de valor y de energía se plegaban alternativamente á las exigencias de las dos primeras fracciones. La lucha sostenida tiempo habia entre el pueblo, los representantes y el monarca y siempre desigual para este, adquiria entonces una gravedad y crudeza indefinibles;

ya no se trataba de nivelar ó deslindar las facultades respectivas de la nacion y la corona ni de fijar límites de compatible existencia á cada uno de estos poderes rivales; pretendíase mas; se queria ensalzar al uno sobre la ruina, el abatimiento, la nulidad completa del otro. Las funestamente célebres jornadas del 20 de junio y 10 de agosto de 1792 dieron por resultado la abolicion de la dignidad real y el desventurado Luis XVI despues de retirarse huyendo de los furores de una plebe frenética y feroz al seno de la asamblea fué depuesto y encerrado con su familia en la torre del Temple.

Mientras que los parisienses se entregaban á todos los furores de esta orgía política, mientras que cimentaban el nuevo orden político sobre millares de víctimas inmoladas desapiadadamente en el infausto 2 de setiembre, los ejércitos de la Austria y la Prusia penetraron en el territorio francés y amagaron á la capital con una invasion terrible; pero la energía republicana acudió al sitio del peligro, y algunos soldados bisoños acaudillados por Daumourier supieron humillar en la Argone la arrogancia de las huestes extranjeras, y cortar por entonces sus proyectos.

Nuestro gobierno que fiel observante del pacto de familia habia conservado hasta aquí sus amistosas relaciones con la Francia, quebrantó esta larga alianza con motivo de la muerte de Luis XVI. La desgracia presidió constantemente las operaciones militares de esta campaña inaugurada bajo felices auspicios; una respetable guarnicion española encerrada dentro de Tolon despues de un obstinado asedio en el que se distinguió por primera vez el jóven Napoleon Bonaparte, cayó en poder del ejército republicano, y á este desastre lamentable sucedieron las derrotas del Boló, Rosas y Bouquets, la pérdida de Colibre, y la rendicion de Figueras, plaza importante que á una topografía imponente reunia una guarnicion fuerte de diez mil hombres y doscientas piezas de batir.

No eran menos rápidos los progresos de las armas francesas en el norte de la Península. Algunos cuerpos mandados por los generales Moncey y Deseins, soldados de reputacion, se apoderaron de San Marcial y del Haya, avanzaron hasta el corazon de Guipúzcoa, se enseñorearon de esta provincia y solo las poblaciones de Azpeitia y Azcoitia pudieron librarse de la saña del altivo vencedor. Igual suerte esperimentó la Navarra de modo que el gobierno español flo-

jo por su misma constitucion y acobardado por tantos y tan repetidos reveses se apresuró á concluir en 22 de julio de 1795 un tratado de paz por el que se cedia á la Francia la parte española de la isla de Santo Domingo en compensacion de las provincias conquistadas.

Seguia durante este tiempo la revolucion oscilante y buscando un aplomo que no podia encontrar. El poder supremo habia pasado de la convencion al directorio, es decir de un cuerpo esencialmente popular en su naturaleza y origen á otro vestido de inciertas formas aristocráticas y precursor del despotismo, pero esta diferencia entre las generaciones de ideas, obra de la mano diestra y reparadora del tiempo no influyó desfavorablemente en la marcha de los negocios militares. El general Bonaparte cuyo genio y actividad eran ya bien conocidos contaba el número de sus victorias por el de las acciones empeñadas; Montenote, Ceva, Carligione y Rivolo fueron sucesivamente teatro de sus triunfos, y Bolonia, Milan y Ferrara, cayeron en su poder.

El tratado de alianza ofensiva y defensiva verificado entre nuestro gobierno y el directorio completó nuestras desavenencias con los ingleses. Estos formidables señores del mar obtuvieron una ventaja de consideracion en el cabo de San Vicente, y aunque despues atacaron sin fruto las Canarias, Guatemala y Puerto Rico lograron por fin hacerse dueños de Menorca y la Trinidad, y apostaron una recia escuadra en el puerto de Cádiz con el objeto de paralizar nuestro comercio.

Cuanto menos esperados son los sucesos prósperos, tanto mas se aumenta la ambicion. La Francia que seis años antes sirviera de ludibrio y escarnio á la Europa, no contenta ahora con abatir los fieros de esa Europa confederada, llevaba sus planes y sus ejércitos hasta el riñon de las zonas abrasadas. El emprendedor Bonaparte, queriendo immortalizar su nombre con otra hazaña gloriosa, partió para el Egipto, burló la vigilancia de las escuadras inglesas, arrolló, deshizo las fuerzas que le opusieron los mamelucos, se hizo dueño de aquel pais y al trazar sus proyectos en una esfera mas vasta, se vió detenido por un fuerte descalabro que padeció la escuadra francesa anclada en el puerto de Abukir combatiendo contra la inglesa mandada por el almirante Nelsson.

Aunque este revés atajó los planes gigantescos de Napoleon, la victoria en el continente seguia las banderas de la república, y la antigua

dominadora del mundo, Roma, cayó en poder de las tropas que aquella mandaba á sojuzgar la Italia. Amedrentada la Europa por el portentoso incremento que adquiria la Francia, trató de oponerla un fuerte obstáculo y se confederó por la segunda vez. El Austria, la Rusia, la Inglaterra, la Cerdeña y Nápoles, reunieron sus elementos y ejércitos, habiendo sido invitada también la Turquía que se azoraba ya por la pérdida de Egipto. Tan inmensa aglomeracion de fuerzas parece debia humillar la arrogancia de los franceses, pero estos no desmayaron; atacaron á los napolitanos, les hicieron pedazos, se apoderaron de su capital y la convirtieron en una república que denominaron Partenopea. Verdad es que los campos de Plullendorff, Stochach, Verona Magna, Casanovo y Trevia y Novi presenciaron la derrota de los generales republicanos Jourdan, Scherer, Moreau y Fouvert, mas en Zurincho, Basilea y Helder adquirieron Masena y Brune un renombre inmortal.

No se habia sin embargo desnudado la Europa de todas sus esperanzas, y aun creia atraer á su lado con un último y formidable esfuerzo la benevolencia de la fortuna. Poco tiempo mantuvo esta ilusión.

Bonaparte habia regresado de Egipto é investido con el carácter de primer cónsul corrió, con la celeridad del rayo al encuentro de las huestes coligadas, avistó en Marengo las que conducia el general Melas, las acometió con pericia é intrepidez, y dejó fuera de combate mas de catorce mil hombres. A este triunfo sucedieron los reportados por Moreau en Biberai, Memingen, Hochet y Hohelinden; Murat marchó victorioso contra Nápoles y Dupont se apoderó de Toscana.

Durante este periodo nuestra administracion pública experimentaba la inestabilidad y fluctuaciones que tantos males producía. Los ministros se sucedian con una rapidez peligrosa; á Urquijo habia reemplazado Jovellanos, hombre que á una erudicion profunda reunia el valor del funcionario público, y que calculaba los riesgos que iba á correr la nacion siguiendo el estraviado dérrótero trazado por el privado.

Como el mérito no se hermana nunca ni puede marchar en armonía con la ignorancia presuntuosa y favorecida, Jovellanos se propuso abatir la altivez del príncipe de la Paz, nuevo título de Godoy, pero avisado este oportunamente pudo evitar el golpe que le amagaba y

empleó su creciente influjo en hacer proscribir al digno consejero. Mientras nuestro gobierno con una conducta arbitraria perdía muchas líneas de su quicio y natural aplomo, la Austria el primer campeón de la guerra europea, maltratada y falta de recursos implora una paz necesaria, que obtuvo por el tratado de Luneville con condiciones humillantes, y por el de Florencia aseguraba su existencia Nápoles aunque renunciando parte de su territorio. La corte española convertida en satélite de la política francesa y queriendo captarse la benevolencia del primer cónsul á quien contemplaba con la admiración de un niño que mira la obra de un gigante, no solo cedió á la república la Luisiana sino que á instancias de Bonaparte declaró la guerra á Portugal, y muy luego un ejército respetable á cuya cabeza se puso el príncipe de la Paz penetró en el territorio lusitano, se apoderó de Campo Mayor y Olivenza, y amenazando á Vicencio obligó al gobierno portugués á firmar el tratado de Badajoz, por el quedó incorporada á los dominios españoles la plaza de Olivenza.

La tranquilidad que sucedió á la paz de Luneville dió tiempo á Bonaparte para poner en práctica sus pensamientos políticos. Su genio, sus victorias le habian presentado como un ser extraordinario á los ojos del pueblo francés; el espíritu republicano estaba agonizando y próximo á sucumbir bajo el golpe tremendo de la reaccion; el ejército poderoso, ardiente y entusiasta, profesaba á su gefe un culto de veneración, de idolatría, y todas estas causas desplegando su acción y manejadas diestramente allanaban el camino á la soberanía. Pero Neppleon llevó mas adelante sus proyectos; sancionó la publicidad del culto católico, le declaró el mas importante del Estado, dotó competentemente á sus ministros, y promoviendo al propio tiempo la aristocracia civil, hizo de unas clases vejadas y vilipendiadas durante el furor revolucionario, y que ya empezaban á resucitar, dos elementos fuertes, íntimamente adheridos á él por necesidad, por gratitud y por el influjo mismo de las circunstancias. Como la multitud por instinto anhela su bienestar, y por delirio, por fascinación le huella y maltrata algunas veces, Bonaparte prodigó los beneficios materiales y de este modo consiguió captarse la benevolencia de las masas para quienes la dulzura de la voz libertad estaba acibarada por el sinsabor y amarguras de una década entera. De este modo el moderno dictador llegó á ejercer un poder omnímodo no

atreviéndose todavía á pulverizar el esqueleto de aquel cuerpo democrático cuyo vigor y lozanía habia usurpado en gran parte su ambición.

Este respeto sin embargo duró bien poco; el senado ofreció al moderno César la diadema del imperio, y más feliz que el antiguo no encontró en el capitolio el puñal de Casio, siendo coronado solemnemente por el pontífice Pio VII.

Infatigable el emperador, voraz de gloria y de dominio imaginó un plan vasto y pretendió ponerle en ejecución. Atacar á la Inglaterra, á esa enconada rival de la Francia en su corazón mismo; aniquilarla y borrar su nombre de la lista de las naciones, era una empresa gigante, pero inferior al genio y audacia de Napoleon. Una poderosa escuadra con ciento ochenta mil hombres de desembarco y formidable tren de artillería se dió entonces á la vela.

La potencia insular tan inmediatamente amenazada, invocó el cielo de las demas europeas, y el Austria y la Rusia respondieron unánimes al grito de alarma. Napoleon sin desconcertarse partió rápidamente al encuentro de los coligados, les derrotó en Wertingen, Gunzbourg, Elchingen; y en Sanjenin y en Ulina y en Austerlitz adquirió laureles inmarcesibles. Treinta mil hombres perdieron los aliados en esta memorable campaña; la Rusia solicitó un armisticio y el Austria sacrificó en aras de la paz sus mas bellas provincias.

La España que á pesar del último tratado podia considerarse como neutral habia experimentado todos los azares de la guerra sin alcanzar alguna de sus ventajas. Los ingleses malamente autorizados por un pretexto especioso, escarnecian y hollaban nuestro pabellon llevando su desacato hasta el extremo de atacar á Cádiz que se defendió bizarramente; una conducta tan irregular escitó la justa indignacion del gobierno de Carlos IV y arrancó una formal declaración de guerra. Por desgracia el primer paso en este fatal sendero fué de muerte. Nuestra marina padeció un descalabro terrible, combatiendo en Trafalgar en union con la francesa y contra la inglesa á las órdenes del célebre Nelsson; el choque fué sangriento y destructor, los vencedores compraron caro el triunfo y el mismo Nelsson falleció en el seno de la gloria.

Aunque este suceso era en sí de la mayor importancia influyó poco en la marcha general de la guerra; el héroe francés estableció

de nuevo sus hazañas y conquistas; en vano la Rusia se negó al tratado de Presburgo; en vano se confederó con la Prusia y la Suecia; Napoleon deshizo en Jena á los prusianos, dictó la paz de Charlotemburgo, acosó á los rusos en todas partes, les desbarató en Eylau y Trieland, tomó á Dantik y les obligó á reconocer en Tilsitt su superioridad y fortuna.

Arbitro Napoleon de la suerte de la Europa, respetado del mundo entero, conoció era llegado el momento de poner en planta su idea dominante, la de apoderarse de España. La conducta servil de nuestro gobierno, cuya alma era siempre el príncipe de la Paz, lejos de entibiar sus deseos, les acrecentó mas y mas; comprendió que un poder falto de veracidad y energia, era un obstáculo tenue, incapaz de resistir á la sagacidad y recursos de un conquistador consumado.

La discordia intestina que empezaba á echar hondas raíces en nuestro país prestaba nuevo alimento á sus esperanzas; supo explotarla con maña y empleó para conseguir su objeto una política injusta y maquiavélica, pero sutil y fascinadora. El príncipe de Asturias, blanco de los tiros de Godoy y de la reina madre, concibió una aversión profunda al privado, y maconunando sus sentimientos con los de la nacion se propuso derribarle. La alianza con el emperador seria en todo evento de gran peso; Fernando se apresuró á solicitarla y el embajador francés Behaurnais, con quien se entablaron las negociaciones, supo conducirse tan bien que sin aventurar promesa alguna de importancia mantuvo las ilusiones del príncipe con vagas y falaces palabras.

Ya no restaba á Napoleon sino el ensayar la segunda parte de su plan. — El mejor medio de atraerse los hombres es lisonjear su passion dominante. Bonaparte halagó el orgullo del valido y le hizo consentir fácilmente en el tratado de Fontainebleau. Acordábase por este la conquista del reino de Portugal que debia verificarse por las tropas españolas y francesas y la adjudicacion al de la Paz, de las provincias de Algarve y Alentejo en plena soberanía. Apenas se ratificó el tratado mandó un cuerpo de veinte mil hombres que á las órdenes del general Junot, atravesó rápidamente nuestro territorio, penetró en Portugal y apoyado en las divisiones españolas logró apoderarse casi sin disparar un tiro de Lisboa, la capital.

Aunque organizada y completa la conquista del reino lusitano

afluían á nuestras provincias numerosas legiones francesas mandadas por los generales Moncey, Dupont, Bessieres y Dusheme y se apoderaban, desplegando alternativamente la astucia y la violencia, de los importantes castillos de Pamplona, Figueras y Barcelona, puntos todos fuertes, los primeros baluartes de la Península, sin que el gobierno se dignase elevar una voz reclamadora ni exigir una esplicacion. Sin embargo el velo que cubría sus ojos y que le impedía descubrir la realidad de los sucesos cayó ante otros trascendentales y palpables. Junot, señor de Portugal, declaró que pertenecía este en su totalidad al emperador, y no bien el favorito sentia huirse su último sueño de ambicion cuando el grueso de las tropas francesas con Murat á su cabeza, siguió la línea de Castilla la Vieja y se dirigió á Madrid, mientras Dupont al frente de fuerzas respetables se encaminaba á Segovia. La corte aturdida por este golpe imprevisto estaba llena de azoramiento, y perseguido Godoy opinó porque se trasladase el monarca á Méjico, pero Carlos IV desechando quizás por la única vez de su vida el consejo del valido se adhirió al de los que creían mas oportuna su marcha á Sevilla. Tan luego como se esparcieron estos rumores se desencadenó el odio contra Godoy y una multitud considerable corrió á Aranjuez, donde á la sazón se hallaban el privado y las reales personas, decidida á perpetrar un desacato en la persona de aquel. Llegó la noche del 16 de marzo de 1808 y el pueblo influido por noticias cada vez mas alarmantes, escitado por el acaso se precipitó en la habitacion del príncipe de la Paz, buscó frenético al objeto de su encono, y aquel despavorido y justamente sobresaltado encontró en una buhardilla un asilo contra el furor de sus enemigos. Los dias 17 y 18 se sintió aun la conmocion si bien menos violenta y en el último espidió el rey un decreto exonerando á Godoy de sus funciones de generalísimo y gran almirante, y concediéndole libertad para elegir el punto de su futura residencia. Carlos IV habia destrozado con su propia mano su obra predilecta, la brillante posicion de Godoy, y demasiado sensible á este golpe no tuvo valor para soportarle. El dia 19 abdicó en favor de su primogénito Fernando una corona cuyo peso le atormentaba ya y le era en extremo fatigosa. Así terminó Carlos IV su reinado de diez y nueve años. Príncipe débil y apático podia lo mismo haber sido bueno que malo; su corazon recibia con facilidad las primeras impresiones bien fuesen de cualquier linage; su desgracia consistió en haber te-

nido por guia un favorito y haber vivido en una era sembrada de espinas y peligros. Si Carlos IV se hubiera convencido de lo que constituye un buen rey acaso lo hubiera él sido, porque tenia una índole sana y una intencion recta, pero creyó que cualquiera podia dirigir el timón del Estado y le abandonó en manos de su muger y de su privado.

Numerosa fué la descendencia de Carlos IV; contábanse en ella tres varones y seis hembras; Fernando VII su sucesor, los infantes don Carlos María Isidro y don Francisco de Paula; las infantas doña María Amalia; doña Carlota Joaquina casada con el rey de Portugal Juan VI; doña María Luisa, que se enlazó con Luis rey de Etruria, doña María Isabel, muger del rey de Nápoles Francisco I y otras dos infantas que fallecieron en la mas tierna edad.

Aunque desprovisto de la régia púrpura todavía no renunció el anciano monarca á la esperanza y deseos de recuperarla, pero de sus esfuerzos en este sentido no menos que de su muerte nos ocuparemos con estension al trazar la historia de Fernando VII, por exigirlo así la marcha paralela de los acontecimientos.





arbitrariedades de Godoy y á los artificios de la reina madre; otros le señalaban como el hombre destinado á encaminar la nacion entorpecida y aniquilada por un nuevo derrotero de prosperidad y ventura; los mas políticos en fin creian descubrir en él, la mas sólida prenda de seguridad y concordia desechando cualquier recelo de usurpacion estrangera, porque se figuraban que su ensalzamiento era obra en gran parte de Napoleon. Pronto se desvaneciò este último cálculo, y lágrimas de honda amargura testificaron el mas cruel desengaño, lágrimas tardías é inútiles porque el arrepentimiento no es antidoto del mal pasado sino caucion del proceder futuro:

Los primeros actos del nuevo rey fueron de generosidad y política; los segundos hicieron subir las esperanzas que ya se alimentaban de un buen gobierno. Algunos sugetos distinguidos sufrían la opresion y el destierro por órden del anterior gobierno. Fernando les restituyó su libertad y les reintegró en todos sus títulos y honores. Volvieron á la córte con este motivo el caónigo Escoizquiz, el conde de Cabarrus, don Mariano Luis Urquijo, el ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, y los duques del Infantado y Santa Coloma. Pensó confiar ademas las riendas del Estado á manos hábiles y espertas, ventajosamente conocidas ademas, arrancándoselas á los que las tenian y que pecaban de indolentes ó siniestras, y así es que destituyó á los consejeros de su padre, Soler y marqués de Caballero, reemplazándoles con los señores Azanza, Feliu y Pezuela. El ministro de Estado Ceballos, pariente del príncipe de la Paz, juzgó deber presentar su dimision, pero el rey complacido de este rasgo de delicadeza y creyendo ademas, que un hombre probo é ilustrado es útil en todas épocas y á todos los soberanos, le aseguró en su destino dándole despues señaladas muestras de benevolencia y fina amistad.

Seguro por otra parte de que un rey debe conquistar ó afianzar el amor de sus vasallos con beneficios positivos y mejoras palpables, suprimió algunos impuestos y abolió la superintendencia general de policia, tribunal odioso que con sus numerosas dependencias y ramificaciones tenia esclavizadas las mas nobles y elevadas facultades del hombre.

Con tales precedentes y providencias, Fernando se ofrecia ya á los ojos de sus vasallos no solo como un monarca benéfico y justo, sino como un ser digno de una especie de culto y adoracion. Su

nombre corria de boca en boca y escitaba los más vivos transportes de júbilo y alborozo. Luis XV, el *muy amado*, obtuvo este sobrenombre en los primeros años de su dominacion. Entonces, dice un juicioso historiador, debería haberse muerto. Si Fernando VII hubiere fallecido en la época que describimos, habria llevado hasta el sepulcro el grato titulo del *deseado*. La parca arrebatándole hubiérale dotado de una gloriosa inmortalidad.

Ansian vivamente los habitantes de Madrid la llegada del nuevo monarca y este la habia fijado para el dia 24 de marzo, pero debian precederle los franceses. Con efecto el gran duque de Berg, Joaquin Murat, cuñado del emperador, penetró en aquella el 23, seguido de los brillantes cuerpos de la Guardia Imperial, y fué á alojarse al palacio del Buen Retiro, mientras que el general Dupont se internaba en el corazon de Castilla, descansando sus avanzadas en la falda de Guadarrama, y un poderoso ejército, denominado de los Pirineos occidentales, á las órdenes del mariscal Bessieres, traspasaba el término natural que separa á los dos países limítrofes, la España y la Francia, apoderándose tranquilamente del norte de la Península y amenazando caer también sobre las feraces llanuras de Castilla. Esta inmensa aglomeracion de fuerzas sin objeto ni fin aparente empezaba á azorar los ánimos, poniéndolos en confuso desasosiego acerca del porvenir. Habíanse creído al principio á los franceses devotos de Fernando y favorecedores de la causa de este príncipe, pero una vez colocado su trono sobre el más seguro de los cimientos cual es el amor de los pueblos, qué objeto plausible podian tener aquellos estrangeros, azote de la Europa entera, sino el de forjar á la sombra de la alianza las cadenas de nuestra esclavitud? Esta opinion iba cobrando cada dia mayor auge y prosélitos no haciéndose ya misterio y recato de ella; pero no decidiéndose á manifestarla violentamente, se fiaba á los semblantes lo que no podian significar aun las manos. Al entrar Murat en la corte fué recibido con el silencio más profundo; el continente grave y sombrío de los circunstantes, su mudez melancolica y constante, debieron hacer presagiar al gran duque que era muy inminente un conflicto terrible porque la tristeza indica el último grado en la paciencia de los pueblos.

Sin embargo todos estos sentimientos más ó menos dolorosos que afligian á los fieles madrileños cesaron un instante como supeditados

por otro capital. Era llagado el dia 24 y Fernando debia entrar en la capital de la monarquía. Ya desde el dia anterior muchas gentes se habian trasladado á Aranjuez, ó fijádose en alguno de los pueblos del camino, para gozar antes de la vista del soberano: ya desde la madrugada del 24 se agrupaban en los alrededores de la puerta de Atocha por donde debia verificar su entrada, numerosos grupos, cuyas fisonomías revelaban la mas pura satisfaccion. Cada minuto que transcurria sin llegar el objeto deseado aumentaba en muchos grados la ansiedad pública. Por último apareció Fernando y un grito universal y entusiasta resonó bajo la inmensa bóveda de aquel horizonte. Venia el rey á caballo y sin escolta, acompañado de su tío y hermano los infantes don Antonio y don Carlos, personas entonces muy queridas del pueblo, y se veia detenido á cada paso por sus entusiasmados súbditos; unos le abrazaban las rodillas, otros, se asian de las bridas del caballo queriendo hacer mas lenta su ya perezosa marcha, muchos en fin cubrian con capas el suelo por donde debia pasar.

Estos arranques de transporte y vivo enagenamiento, eran como las mas inviolables cláusulas de la concordia otorgada entre los españoles y Fernando, concordia que iba á obtener el sangriento sello de una guerra de seis años la mas inaudita y desoladora que se encuentra en las épocas modernas.

Crecia la animadversion de los madrileños hácia los franceses á medida que Murat eslabonaba sus arbitrariedades. No llevaron á bien los primeros el que este general ordenase que sus tropas cubrieran la carrera el dia 24, y mucho menos el que todos los domingos despues de salir aquellos de oír misa pasase gran revista en el paseo del Prado; porque creian percibir envuelta en todos estos actos una idea desagradable, la de hacer ostencion de sus fuerzas; esta especie por futil é insignificante que aparezca debia herir poderosamente la susceptibilidad de una poblacion celosa hasta el extremo de su independencia, y que creia descubrir mas y mas al través del ramo de oliva, que ostentaban sus huéspedes y mentidos amigos, pérfidos manejos y maquinaciones tenebrosas.

Sobraba fundamento y apoyo á estas sospechas. Napoleon sin calcular bien la diferencia que hay entre una nacion heroica invadida, y la misma nacion sojuzgada, escribió con fecha 27 de marzo á su hermano Luis rey de Holanda ofreciéndole la corona de España, y

aunque este la desechó llevado de un sentimiento pundonoroso, no por eso desistió de sus planes el emperador. Constante siempre en su sistema, empleó ardidés torpes y maquinaciones inícuas, indignas de un hombre que habia llenado con la fama de sus hazañas, la Europa y el mundo entero. Conocia la popularidad de Fernando, y á fin de debilitarla ó aniquilar sus afectos se le ocurrieron dos expedientes; primero arrancar al monarca español del suelo que le habia visto nacer; segundo encender en nuestra patria la guerra civil sembrando la discordia entre los miembros de la familia real. Hubiérale sido difícil sin embargo llevar á cabo su proyecto á haber contado Fernando con consejeros diestros y avisados, asistidos de este valor cívico, el mejor don de los funcionarios públicos que se acrecienta al aspecto del peligro y que solo mide su magnitud y dimensiones para calcular los medios de contrarestarle; mas por desgracia algunos de los allegados al rey y los de mas influjo sin duda carecian de tan bellas prendas. El canónigo Escoizquiz su confidente en la actualidad y que habia sido su ayo, era uno de esos espíritus pobres, que incapaces de concebir grandes acciones las contemplan en otros con admiracion infantil; tributaba una especie de culto religioso á los talentos de Napoleon y todo cuanto hacia relacion al grande hombre, era para él sublime y respetable.

No se ocultó al emperador este elemento poderoso y supo manejarle con habilidad y cautela; el 2 de abril salió de París dirigiéndose á Burdeos, con ánimo segun propalaba de encaminarse á la Península. Conociáse apenas este viaje en Madrid cuando Murat aconsejó al rey que debia enviar alguna persona de rango y suposicion para recibir al emperador en la frontera, puesto que así lo exigian los buenos tratos, y relaciones existentes entre las dos testas coronadas. Vino Fernando en su deseo, y el 25 partió de la capital el infante don Carlos acompañado del duque de Híjar y de los gentilhombres Correa, Macanaz y Vallejo, haciendo ruta á Bayona. A medida que avanzaba el príncipe mas oscuras é inciertas eran las noticias respecto á la aproximacion de Bonaparte. Murat no obstante defendia con teson que la llegada de aquel á la frontera debia verificarse de un día á otro, y aun tuvo la audacia de proponer, que el monarca español emprendiese una expedicion errante y aventurera en busca de un soberano cuya residencia y movimientos no se sabian con plena luz, dejando á su reino en poder de numerosas cohortes á

quienes desembozadamente calificaba ya la opinion pública de agresoras y enemigas.

Esta proposicion produjo sumo desasosiego y divergencia en el consejo: el ministro de Estado Ceballos la combatió con calor y gran copia de razones; otros sugetos muy dignos siguieron su ejemplo, pero Escoizquiz siempre bajo el magnetismo moral del emperador, sostuvo sin rodeos, que la expedicion debía realizarse y que una negativa, en su concepto intempestiva, podria ser un anuncio de guerra ó cuando menos de mala inteligencia. Mas hay causas de índole tan maligna que de los esfuerzos de la imaginacion sale victorioso el buen juicio; Escoizquiz aunque defendió ardientemente su dictámen hubiera quedado derrotado sin la cooperacion de una circunstancia poco imprevista; el general Savary legado de Napoleon, llegó entonces á Madrid y tuvo inmediatamente una conferencia con Fernando; fluctuaba este al impulso de los contrarios pareceres aunque se inclinaba mas á diferir su viaje; entonces el sagaz francés le hizo presente que el emperador se ballaba pronto á reconocerle como rey de España, siempre que prometiese á su vez aceptar y renovar la buena armonía existente entre las dos naciones limítrofes en los mismos términos que la observó Carlos IV; protestándole ademas, saliendo garante con su cabeza, que sus derechos y posicion serian religiosamente respetados.

Por último, concluyó Savary asegurando al monarca español que la mejor sancion otorgada á esta alianza y la prueba mas grata á la consideracion de su amo, seria salir á recibirle hasta Bayona, donde se robustecerian con sentimientos mas tiernos las simpatías que eran solo de política, dándolas así una solidez y fijeza inalterables. A una indicacion tan fuerte se desvanecieron las dudas y se arrollaron los obstáculos; verdad es que algunos españoles honrados, pretendieron arrancar de los ojos del jóven monarca la venda que les cubria y que sostenia con tanto empeño su alucinado preceptor Escoizquiz; verdad es que nuestro compatriota Hervés intérprete de Savary manifestó que aquel viaje seria muy funesto; verdad es tambien que con esto las sospechas reinantes debian haberse elevado á un grado de certidumbre inderrocable, mas no sucedió así; fiados en la palabra de Napoleon y en la de su emisario Savary, salieron de Madrid el 10 de abril, el rey, acompañado de los consejeros Ceballos, Muzquiz, Gomez Labrador y Escoizquiz, los duques del Infantado

y San Carlos, y los marqueses de Ayerbe, Guadalazar y Feria. Puesta en marcha la regia comitiva, se internó en las vastas llanuras de Castilla, y llegó á Burgos el 12. Aquí tomaron ya los mas siniestros vaticinios voz y cuerpo de verdad; lejos de hallarse el emperador en Burgos, segun le habia anunciado Savary como muy verosímil, se ignoraba á punto fijo su paradero. Descubriase ya muy de cerca la perfidia mal velada por las sombras del disimulo, y sin embargo la córte yacia sumida en las tinieblas cuando torrentes de luz se derramaban por todas partes.

Prosiguióse pues el viaje y el 14 llegó el rey á Vitoria. Acogióle esta poblacion con singulares muestras de entusiasmo, pero al primer arrebató de gozo escitado por la presencia del soberano sucedió bien pronto una tristeza profunda y una desazon intensa; miraba aquel pueblo leal con recelo y repugnancia al embajador francés; calificábale de instrumento de una intriga infame y bastarda; deploraba la suerte de su inesperto monarca y se proponia evitarla. Empezaba tambien Fernando á salir de su letargo y divisar el lazo que le habian tendido. Savary comprendió entonces que un sacudimiento violento podia fracturar aquel, y queriendo evitarle y calmar la agitacion de Fernando, le aconsejó escribiese una carta al emperador ofreciéndose él mismo á ser el portador. Partió pues Savary con direccion á Bayona, donde ya se sabia estaba Napoleon, y algunos distinguidos patriotas deseando esplotar su ausencia beneficiosamente se acercaron al rey, le hablaron con todo el calor que puede escitar en corazones generosos la presencia de un riesgo enorme, trazáronle con vivos colores un mapa bastante exacto de los males que iba á correr si escuchaba aun las páfidas sugerencias del emperador francés, y le propusieron algunos medios de evasion. El ilustre patricio don Mariano Luis Urquijo opinó por que el rey se huyese disfrazado, dirigiéndose al corazon de la Península; el duque de Mahon, creyó mas acertado que la régia comitiva abandonase la carretera de Francia, y se refugiase en Bilbao. Todos estos pareceres eran dictados por el mas sano celo y mejor discernimiento, pero sufrían la oposicion mas viva de parte de Escoizquiz. Este que era constantemente el alma de las resoluciones adoptadas por el monarca, manteníase en su devocion á los franceses y sin acertar á comprender que las palabras de paz en boca de un conquistador son siempre espresiones de engaño, pugnaba porque se satis-

faciesen los deseos de Bonaparte continuando el rey su comenzada ruta. Llegó por este tiempo á Vitoria Savary con la contestacion del emperador llena de hiel y punzante acibar, en la que se prodigaba el vilipendio al monarca de las Españas, se trataban sus derechos en la region de la duda, y se hacia depender con estudio su validez de la paralización de la causa mandada formar al príncipe de la Paz.

«Esta causa, decia Napoleon á Fernando, refiriéndose á la mandada formar al caido favorito, fomentaria el odio y las pasiones sediciosas; el resultado seria funesto para vuestra corona. V. A. R. no tiene á ella otros derechos que los que le ha trasmitido su madre; si la causa mancha su honor, V. A. destruye sus derechos.»

Este language humillante no indignó como debiera á Fernando, venia rebozado con una esperanza quimérica pero aceptada entonces como realizable, la de conceder por esposa al monarca español una de las princesas de la sangre imperial, objeto constante de los afanes y desvelos de Escoizquiz. Arrastrado el rey por los consejos del canónigo se ofrecia á llegar hasta Bayona, pero en el momento de partir de Victoria se amotinó el pueblo, cortó los tirantes del coche en que debia ir aquel, y se opuso con tal fuerza de irritacion á la marcha que fué necesario para calmar los ánimos espedir una proclama, en la que el rey aseguraba hallarse convencido de la franca y cordial amistad del emperador y que lejos de ser aquella expedicion funesta, vendria á redundar en mayor provecho del monarca y bienestar de la nacion. Sosegáronse pues los vitorianos y el rey se dirigió á Bayona, no sin experimentar grave turbacion en su ánimo y sentirse devorado por el pesar de una próxima desgracia, que él hubiera querido prevenir, mas escaseábale la fortaleza y nervio que requieren las empresas arrojadas, perdiendo algunas coyunturas de evasion con que la fortuna le brindaba, yendo él á pisar el suelo de su esclavitud como la víctima humana que marcha al holocausto, con repugnancia pero sin atreverse á huir.

Apenas atravesó Fernando la frontera cuando sintió desvanecerse toda reliquia de esperanza porque los tres grandes á quienes habia mandado á cumplimentar á Napoleon volvieron asaz tristes y pensativos significando en su semblante lo que iban á declarar poco despues sus palabras. Espresaron en efecto haber oido decir á Bo-

naparte que la rama de los Borbones debia considerarse para siempre escluida del trono de las Españas, cuya desconsoladora nueva, abatió hasta lo infinito el ya azorado ánimo del rey, sin dejarle mas ilusion que la que el corazon humano fia á la casualidad aun en las mayores desgracias. Avanzaba el monarca lentamente sin que encontrase en parte alguna muestra de deferencia ni otro indicio de haberse apercibido de su llegada al territorio francés, hasta que á muy corta distancia de Bayona salieron á recibirle el príncipe de Neuchateau y Daroc, gran mariscal de palacio, con la guardia imperial de Napoleon, quien se hallaba á la sazón en el palacio de Marrac.

Iba este á recoger el fruto de sus largas é insidiosas combinaciones. Fernando se halla en Bayona bajo su férula, y el débil Carlos IV, cayó, sin advertirlo, en el lazo que con tanta sagacidad se le habia tendido. El general Monthion, enviado de Bonaparte, hombre diestro y de muchos recursos, pasó por orden de este á Aranjuez en tiempo en que el rey padre abdicó la corona. Conocia perfectamente Monthion el carácter de todos los personajes que iban á jugar en el drama que él mismo habia forjado; sabia que Maria Luisa era implacable y vengativa y que á la cualidad de amante herida en lo mas vivo de su pecho, unia la de reina cargada de vilipendio y oprimida por el esceso de su amor propio; no se le ocultaba tampoco que Carlos, apático y condescendiente de suyo, con la imagen del valido siempre delante de su imaginacion y latente el recuerdo de su pasada desgracia, escucharia con docilidad cualquiera sugestion que le indugese á recobrar y componer su cetro hecho pedazos, y con el pleno goce de semejante conciencia empezó á desarrollar hoja por hoja el catálogo de grandes escenas. Aduló á la reina, compadeció al rey, lamentó la suerte del favorito, recordó la favorable disposicion de su príncipe, encareció sus buenos oficios y se condujo con tanta sagacidad, que el anciano monarca protestó al fin enérgicamente contra la abdicacion del 19 de marzo, suponiéndola hija de la violencia, y arrancada por el grito de una sedicion popular. Firmó la protesta con la misma fecha del 19 en lo cual se notó posteriormente manifiesta contradiccion con lo espresado por aquel príncipe en cartas particulares y con la fecha del 21, que la atribuyó despues como tendremos ocasion de manifestar; todo lo cual probaba la mala naturaleza de su causa, porque el desconcierto es aliado natural de la sin razon, y se necesita sumo estudio y trabajo para separarle de esta.

Caminaban en el entretanto Murat y la junta suprema de gobierno establecida por Fernando y presidida por el infante don Antonio en mala cadencia y armonía. El primero soldado altivo y orgulloso, rodeado de numerosas huestes y pretendia que todas las voluntades se plegasen á sus caprichos, y aunque habia la junta enfermado casi desde su instalacion, combatiéndola el vicio de la debilidad que vino á ser mortal al cabo, sin embargo contaba en su seno, algunos hombres respetables, acendrados patriotas, y que sentian bullir por sus venas una sangre enteramente española. Pero estos por desgracia eran pocos y se veian á cada paso oprimidos en sus reclamaciones mas briosas por la pesantéz de una mayoría que destituida casi de vitalidad propia se movia mas bien á impulsos del general francés. Bien claro lo acreditó en la ocasion siguiente.

Habia pensado Napoleon reunir en Bayona córtes españolas á fin de dar un viso de nacionalidad á sus arbitrariedades y tropelías queriendo al propio tiempo que en aquellas se aprobase la exclusion de los Borbones y reconociese como monarca de la Península á un miembro de la familia imperial. Concedió en su consecuencia á la junta la facultad de designar á los sugetos que reputase mas á propósito para desempeñar el cargo de diputados, pero Murat deseando dar en cara á aquella corporacion con su envilecimiento y falta de dignidad se anticipó á elegir los individuos que debian partir á Bayona, dando en ello una prueba mas de arrogancia y soberanía.

Españoles y religiosos en el reconocimiento de sus deberes no quisieron partir los electos sin obtener previamente pasaportes de la junta, y esta aunque desairada y llena de ultrajes no tuvo dificultad en concedérselos. Acataba la junta ciegamente las órdenes de Napoleon y de su agente Murat; habian ambos concertado la salida para Francia de don Manuel Godoy, porque entraba en la política del emperador el que el favorito asistiese en Bayona á las conferencias que debian verificarse entre los principales miembros de la dinastía borbónica y las personas mas influyentes en los dos últimos reinados, y el gran duque de Berg exigió de la junta la libertad del valido. Solo una voz de oposicion se levantó entonces en aquella suprema aunque reducida asamblea; era la del ministro de Marina, señor Gil y Le-mus, quien bajo de sus venerables canas encerraba el fuego y ardor patrio de sus mas verdes años. No obstante su resistencia fué de todo

punto infructuosa; en vano esforzó las razones de justicia y conveniencia que condenaban semejante paso, en vano adujo consideraciones de alta cuenta y la muy principal de que el espíritu público ensañado contra Godoy se exacerbaria mas y mas, siendo dificiles de calcular sus excesos; la mayoría de la junta intimada ó poco precavida dió oídos á la indicacion del generalismo francés, y decretó la libertad del principe de la Paz. Hallábase este confiado á la custodia y vigilancia del marqués de Castelar, capitán de guardias de Corps, quien se negó á desprenderse del preso y no pudiendo dar crédito á la órden que le presentaban pasó á avistarse con el infante don Antonio presidente de la junta. El pundonoroso Castelar gozando el doble privilegio de la inteligencia y la honradez, ni acertaba á concebir una bajeza, ni se avenia á consentirla. Fué necesario que el infante le digese terminantemente que de la libertad de Godoy pendia el que el emperador reconociese á su sobrino como rey de España y entonces Castelar se decidió aunque con sentimiento á entregar el valido al coronel francés Martell. La sancion de todos estos actos, constituia una grave responsabilidad para la junta: conoció ella misma, y queriendo dividirla no menos que robustecerse llamó á su seno á todos los decanos y presidentes de los consejos confiriendo el cargo de secretario al conde de Casa-Valencia. Preveia ademas que iba á quedar entorpecida en sus funciones por la violencia y despótica conducta del general extranjero y como los momentos en tiempo de crisis tienen el valor de siglos, no se atrevia á esperar la respuesta de Fernando, consultado anteriormente segun hemos indicado ya, y á propuesta de Gil y Lemus nombró para que la sucediese en el caso de tener cumplido y material efecto sus recelos, otra compuesta del conde de Ezpeleta capitán general de Cataluña, en concepto de presidente y en el de vocales de los generales Cuesta y Escaño, de don Melchor Gaspar de Jovellanos, y por su ausencia de los señores Perez Villamil y Gil de Taboada, la cual debia reunirse en Zaragoza.

Fermentaba en el pais entre tanto un sordo descontento parecido al rumor monótono y frecuente que precede á una gran tempestad. Las inconsideraciones de los franceses, la altivez de su gefe, la capiciosa conducta observada con el monarca, y el hábito de conquistadores que iban tomando los extranjeros, trocaron las primeras prevenciones en refinada antipatía, mejor dicho, en cubierta aunque

intensa enemistad. Anhelábanse ya ocasiones de venir á las manos con los imperiales pero nadie se resolvía á tomar la iniciativa. Dominando generalmente esta fluctuacion, postrimer término de la mesura, se sintió en Toledo una oscilacion que pudo haber cundido mucho, si no se la hubiera paralizado con tiempo.

Indignado el pueblo contra el ayudante general francés Marcial Thomás; por las espresiones que vertia en mengua y desdoro del monarca, corrió á apoderarse del retrato de este, le llevó en procesion por las principales calles, obligando á saludarle á españoles y franceses, se arrojó despues á la casa del corregidor Santa María y de otros dos ó tres sugetos suponiéndoles afectos ó parciales de Carlos IV y su privado, destrozó y quemó los muebles mas preciosos, imprimiendo en todos los objetos el sello de su encono. Apenas tuvo noticia de estos sucesos el general Dupont se dirigió aceleradamente desde Aranjuez á Toledo, y entró en esta poblacion el 26 de abril al frente de una poderosa falange. El imponente aspecto de esta fuerza y las persuasiones del cabildo lograron entibiar la efervescencia, sin destruir los gérmenes de aversion. Tambien Burgos se conmovió en igual época con motivo de la llegada de un correo, hallándose espuesto á ser víctima de la ira popular el intendente marqués de la Granja.

Pero donde la agitacion se ensoberbecia y amenazaba con una explosion temible era en la capital. Habian los madrileños cobrado á Murat un odio implacable, y él como sus tropas les correspondian con el insulto y la insolencia.

Se hallaban tan escandecidos los ánimos y tan enardecidos los sentimientos, que á veces hechos inocentes se interpretaban de una manera siniestra, sirviendo de ocasion y campo á murmuraciones y quejas. Esa susceptibilidad rara es el anuncio de grandes acontecimientos porque indica el último término de resignacion. Unos se figuraban tratar á un pueblo vencido aunque no lo espresasen, y este arrastrado por la noble afecion de su independecia, ansiaba romper los vínculos de falaz amistad que le unian á sus enmascarados opresores, aunque preferia ser provocado abiertamente por estos. Hasta entonces las medidas mas arbitrarias se habian autorizado con el pretesto de la mejor conveniencia de Fernando; ahora iba á desaparecer este pretesto y á romperse la última valla de consideracion. El dia 29 de abril pasó Murat á avistarse con el ministro de la

guerra Ofarril y despues de mil ambajes y rodeos le manifestó, que Carlos IV habia protestado contra su abdicacion, y que él como órgano mas competente debia participárselo á la junta á fin de que dictase las disposiciones mas oportunas acatando por de pronto la reconquistada potestad del monarca padre. Estupefacto quedó el español al escuchar este language, y vuelto apenas de su asombro corrió á noticiárselo á la junta; quien deseosa de ganar certeza en asunto de tanta importancia, comisionó de nuevo á los ministros Ofarril y Azanza, para que tuviesen otra entrevista con el gran duque. Arrojó esta el mismo resultado que la primera. Sirvió esta segunda conferencia para dar mas plenitud á la acongojadora verdad, y convencida de ella la junta acordó decir al gran duque que la protesta debia comunicársela no por él, sino por el mismo Carlos IV; que su mision en todo caso se reducía á hacérsela saber al jóven monarca, y que si el rey padre, habia en efecto revalidado sus derechos, debia abstenerse de ejercer atribucion alguna soberana durante su espedicion á Bayona, consultando para ello la conveniencia y tranquilidad del pais, fuero supremo al que deben arreglar sus actos todos los soberanos. Vióse bien pronto satisfecha la junta en cuanto á la primera de sus pretensiones; Carlos IV, anunció directamente al infante don Antonio, haber protestado contra su abdicacion del 19 con fecha del 21, fecha que como ya advertimos aparece contradictoria é inexacta. Confirmó al propio tiempo al infante el poder discrecional y absoluto que le habia delegado Fernando, y él partió de Aranjuez en compañía de su esposa y servidumbre el 25 de abril dirigiéndose al confin de las antiguas Galias.

Agravóse en gran manera la opinion del público madrileño con este paso del anciano monarca; creyóle dado á impulsos del general francés, y la ira que desde largo tiempo se abrigaba en los pechos castellanos desconoció al fin la voz de la prudencia, ahogándola con los acentos de noble indignacion.

A pesar de la inminencia de un conflicto no economizaba Murat sus insolencias, ni ponía riendas á su orgullo. Fundábale entonces en las numerosas huestes que le sostenian, parte de las cuales ceñian á la capital en casi no interrumpido cordon y parte se albergaban en el corazon de la misma. Con efecto un formidable cuerpo de tropas bajo las inmediatas órdenes del mariscal Moncey, soldado de gran re-

putacion, se hallaba acantonado en Fuencarral, Pozuelo, Chamar-tin, convento de San Bernardino y Casa de Campo; Dupont tenia sus divisiones en Aranjuez y Toledo; de modo que doblando una mar-cha podia encontrarse á las puertas de la capital, y por último en el recinto interior de esta habia la guardia imperial de caballería, algunos batallones de conscriptos y una division de infanteria bajo la conducta del general Musnier. Formaban entre todas un grueso de veinte y cinco mil hombres, los mejores soldados de la Europa y del mundo entero, cubiertos unos de laureles conquistados en los mas famosos campos de batalla; y alentados otros por la esperan-za de la gloria que ya se habia hecho como su natural patrimo-nio. Capitaneábanles gefes hábiles, llenos de prestigio y talen-tos; con el orgullo de conquistadores que equivale á la convic-cion de una justa defensa y que acrecentando el corage no deja pen-sar en la derrota. Hasta el dia ningun conquistador ha pensado en los grandes reveses de la fortuna; si él los hubiera previsto no habria sido conquistador.

Tan poderosos elementos tenia en su auxilio el gran duque de Berg, y tan escasos al parecer eran los en que descansaba la indepen-dencia de los madrileños; tres mil hombres de guarnicion, y una autoridad suprema, tibia, recelosa y amedrentada por la perspectiva del peligro, indecisa en sus resoluciones sea por debilidad, sea por las contradictorias órdenes que recibia del nuevo monarca, pues en efecto el consejero del rey, Ceballos, despues de haberla como hemos visto, concedido omnimodas facultades y escitado á las hostilidades, envió al oidor Ibarnavarro con el encargo especial de anunciarla, que era la voluntad del soberano no se hiciese innovacion alguna en la con-ducta observada con los franceses. Afirmaba al propio tiempo Ibar-navarro haber oido decir al rey que estaba decidido á defender sus derechos con la vida y que preferiria morir á acceder á una renun-cia indecorosa é inútil. Tan desorientados andaban unos y otros del verdadero rumbo que debian seguir en aquellas difíciles circuns-tancias.

No se mostraba abatido ni temeroso el pueblo como la junta; cuando las masas tienen el ódio en el corazon y la irritacion en la cabeza, si alguna vez cuentan sus enemigos es para saber el núme-ro de los que han de esterminar. Los madrileños exasperados se reu-nian en grandes corrillos, en los sitios mas concurridos y principal-

mente en la puerta del Sol, donde se murmuraba abiertamente de los franceses, y se atacaba sin piedad su conducta aunque siempre en los límites de la justicia, permitiendo este desahogo á sus tristes y dolorosas impresiones. Habia llegado la efervescencia á tal grado de elevacion que bien pronto pasó de la queja á la ofensa. El dia 1.º de mayo de 1808 era á la sazón domingo, y habia Murat como de costumbre despues de oír misa en el Cármen, pasado revista en el Prado, y al regresar á su palacio se dirigió por la calle de Alcalá y puerta del Sol en cuyo último punto fué acogido por una silba estrepitosa y confusa gritería. Irritóse el gran duque pero no se atrevió á entablar en aquel instante la demanda de su resentimiento, y fué á ocultar su despecho en el fondo de su palacio, y á combinar sus medios de venganza.

Vinole á las manos uno y le empleó con premura. Como Napoleón estaba fuertemente empeñado en que ningun miembro de la dinastía Borbónica ciñese en lo sucesivo la diadema española, quiso arrancar á todas las personas reales del suelo penínsular y trasladarles á Bayona, llevándose en ello, el doble objeto de quitar á los efectos presentes toda personificación, á los futuros recuerdos toda divisa viva ó caudillo, y de hacer que aquellas conviniesen en la renuncia de sus mas preciosos derechos. Habia conseguido atraer á sus dominios, del modo tan siniestro y reprobado que sabemos ya, al jóven monarca Fernando, á su hermano el infante don Carlos, y á los reyes padres; restábale pues verificarlo con el infante don Francisco, niño de muy pocos años, la reina de Etruria, hija tambien de Carlos IV, y el hermano de este principe don Antonio Pascual, presidente á la sazón de la junta suprema. Siguiendo sus sugeriones y escuchando el propio resentimiento, anunció Murat á la junta que en un término muy perentorio deben salir para Francia la de Etruria y el don Francisco. Este anuncio terrible hecho en momentos tan críticos petrificó por decirlo así á la junta y embargó sus facultades, conocia que era llegado el caso de una hostilidad abierta, pero no atreviéndose á salir de los límites de la prudencia, virtud, que la opinion agena confunde muchas veces con el temor, encargó al ministro de la Guerra, Ofarril, contase los elementos de resistencia que habia en la capital y los espusiese ante la junta. Cumplió Ofarril su mision con una fidelidad sobrado rigurosa, y la pintura que hizo del estado de Madrid fué tan lamentable, que la junta ya anteriormente

perpleja y atemorizada, acordó: 1.<sup>o</sup> acceder á los deseos del generalismo francés: 2.<sup>o</sup> que en caso que se alterase con semejante motivo la tranquilidad pública, la junta uniría sus esfuerzos á los del gran duque para restablecerle inmediatamente. Participóse á Murat el anterior dictámen y aquel fijó la partida de los infantes para el día 2 de mayo.

Apenas se esparcieron estos rumores por la multitud cuando se encendieron los ánimos, precipitóse el desasosiego convirtiéndose en un movimiento conyulso y desesperado. Llegó la mañana del 2, y una porcion considerable del pueblo inundó las avenidas del palacio, donde se hallaban los carruages; su sola vista conmovió á las masas, pero á este primer síntoma de dolor sucedió la calma y la espectacion mas profunda. A las once poco mas ó menos partió la reina de Etruria. Esta señora habíase mostrado siempre tenaz opositora á los intereses de Fernando; á su influjo, á sus oficios, á sus secretas inteligencias con el gran duque se debió en gran parte la protesta de Carlos. Era de un espíritu mezquino aunque ambicioso, y mas fascinada que ninguna otra persona por la doble política del emperador se habia figurado obtener de este un trono para cada uno de sus hijos. El pueblo la vió partir con indiferencia, sentimiento que es muchas veces peor que el del odio y que es generalmente su sucesor. Quedaban aun otros dos coches y empezó á susurrarse que estaban destinados á los infantes don Francisco y don Antonio. En celada ya los asistentes, vacilaban en acometer como temerosos de la eleccion del momento. Salió entonces un criado á decir que don Francisco no queria marcharse y que lloraba mucho. Estas palabras enternecieron á la multitud, y los semblantes compungidos se veian inundados en lágrimas ó contraidos por la rabia y el despecho. Aparece á la sazón en aquel sitio el ayudante de Murat, Mr. Lagrange, y al verle se estiende y circula rápidamente la voz de que viene á apresurar el viaje: agítanse las olas de aquella espesa muchedumbre, y una muger de las clases mas bajas del pueblo esclama: «¡nos quedamos sin personas reales!» Estas pocas palabras producen un efecto mágico; rómpense las apiñadas turbas y vienen á caer con ímpetu sobre el ayudante francés. Hubiera este fenecido muy luego sin la bizzarria y denuedo del oficial de Walonas, Desmanieres y Florez, quien le cubrió con su cuerpo, pero al cabo ambos habrian sido víctimas de la ira popular sin

la oportuna intervencion de una patrulla francesa. Recibió Murat la noticia de estos acontecimientos poco tiempo despues de haberse inaugurado y decidido á ahogar la lucha en su cuna desplegando una energía feroz, mandó al sitio del peligro un batallon con dos piezas de artillería. Acometen con furor los estrangeros á la multitud en su mayor parte inerme, disparan las bocas de fuego, y se proponen bañarse en la limpia sangre española. Huye á las primeras descargas el irritado pueblo, pero no renuncia á la justa satisfacción de su venganza. Cada uno encuentra en su cabeza consejos y en su casa un arsenal; estiéndese con la fama del suceso la mancomunidad del peligro y de las intenciones belicosas; los leales madrileños oyen la voz de independencía, y se conjuran instantáneamente contra un invasor detestado. Corren todos á las armas; allí no se conocen clases, distinciones ni gerarquías; uno es el sentimiento, uno el enemigo á quien debe rechazarse y una la inspiración del valor y la suma de los esfuerzos. Lénanse de gente armada en pocos minutos las calles, Mayor, de Atocha y la Montera, los franceses son en ellas perseguidos; püestos en fuga ó inmolados los que resisten, pero en medio de aquella expansion tremenda de odio y de frenesí popular, se vierón rasgos muy dignos y que hacen singular honor á nuestros compatriotas. En el encarnizamiento con qué peleaban se acuerdan de que mantienen una causa justa y de que la justicia es inseparable aliada de la beneficencia, y si alguno de los odiados franceses se rinde é implora piedad, encuentra en los españoles un perdón noble y generoso.

Sosiegase la refriega durante un corto intérvalo; creen los madrileños apuradas las fuerzas de los estrangeros y conturbado su ánimo y se dan el parabien de la victoria; pero el desengaño mas cruel viene á desvanecer esta temprana ilusion; nuevas y robustas legiones francesas avanzan simultáneamente por las calles de Alcalá y carrera de San Gerónimo y vienen precedidos del terror y el desenfreno. Las casas del tránsito son entregadas al pillage, y el portero de la del duque de Híjar, es asesinado con la mas fria perversidad. No hubieran corrido mejor suerte el marqués de Villamejor y el conde de Talara, sin la favorable intervencion de algunos gefes franceses sus alojados. Todavía sigue el pueblo defendiéndose con teson; los grupos de paisanos diseminados con estudio mortifican mucho á las huestes francesas, pero su resistencia iba siendo

ya ineficaz porque no podían impedir el sucesivo progreso de aquellas. Durante estas tumultuosas y cruentas escenas un cuerpo de tropas españolas consistentes en tres mil hombres permanecía encerrado en sus cuarteles. Bramaban de cólera y de impaciencia al ver correr la sangre de sus compatriotas, mientras ellas permanecían en la inamovilidad, mas no se atrevían á quebrantar las órdenes terminantes y represivas del capitán general don Francisco Javier Negrete.

La lucha entre un pueblo inesperto, novicio en el manejo de las armas, sin gefes ni guías, y unos soldados aguerridos y observadores de la mas fiel disciplina, era digna, heróica sin duda, pero insostenible durante largo tiempo. Los denodados madrileños, cansados de defenderse con éxito en las calles principales corrieron al parque de artillería con ánimo de apoderarse de los cañones; los artilleros dudan, titubean algunos momentos sobre el partido que deben adoptar, pero los mas resueltos unen su causa á la del pueblo, y dos dignos oficiales, cuyo nombre immortalizaron sus hazañas en aquel infausto dia, don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, se ponen al frente de las desordenadas turbas, sacan dos piezas de batir y se resignan á esperar la muerte cumpliendo con el mas sagrado de sus deberes.

Ayanzan entre tanto las legiones francesas que se hallaban acantonadas en San Bernardino á las órdenes del general Lefranc; rómpese el fuego por una y otra parte; el de los españoles es vivo y certero; el de los franceses poderoso y nutrido; cae bien pronto gravemente herido el oficial de artillería Ruiz, y Daoiz lo es tambien en un muslo, pero mas que al riesgo propio atento al común peligro, olvida su sangre que corre en abundancia y solo piensa en vengar la de sus paisanos. El fuego seguía devorador y constante; las columnas francesas padecen una quiebra considerable, pero en este momento crítico escasean las municiones; en vano el denodado Velarde recoge algunas piedras de chispa suficientes para dos disparos, pues que agotadas del mismo modo estas, Velarde va á buscar nuevos proyectiles instrumentos de muerte. Los maltratados franceses enarbolan entonces bandera de paz y capitulacion; seducen estas engañosas demostraciones al incauto Daoiz; suspéndese pues el fuego y los agresores rodean al bravo oficial que apoyado en el cañon vende cara su vida defendiéndose con heróico valor hasta

exhalar el último aliento. Volvia ya Velarde con algunas aunque escasas municiones y un oficial polaco le dispara un pistoletazo á boca de jarro que le derriba cadáver en tierra. Así murieron estos dos ilustres patricios, modelos de arrojo y de civismo, y á quienes, la posteridad les otorgará el lugar y sobrenombre que la opinion adjudica á los héroes.

Otros les reemplazaban en la reñida contienda, y habiase encrespado tanto y presentaba tantas apariencias de prolongacion y resistencia, que la junta poderosamente conmovida al notar tantas calamidades, hubo de pensar en ponerlas un término, y enviar á dos de sus individuos, los ministros Ofarril y Azanza, á avistarse con Murat, y convenir en los medios de apagar tan sangrienta hostilidad. Hallábase el generalismo francés en la cuesta de San Vicente, rodeado de sus principales subalternos, y contemplando con fria calma los progresos y horrores de la lucha: sin embargo, accedió muy luego á los deseos emitidos por Ofarril y su cólega, ofreciéndose á mandar retirar sus tropas siempre que estos calmasen ó entibiasen la saña y crudeza populares. Partieron de allí los españoles acompañados del general francés Harispe, y reunidos á algunos consejeros recorrieron las calles amonestando y persuadiendo al pueblo, que sumiso y dócil á sus palabras de reconciliacion y concordia deponia sin la menor dificultad las armas, dando uno de esos raros egemplos de subordinacion, que por lo mismo que son raros, y apenas relatados en las crónicas seculares, aparecen mas sublimes y grandiosos. Los madrileños se mostraron aquel dia acreedores por un doble título á la consideracion y aprecio de las generaciones futuras; principiáronle como patriotas puros y ardientes y acabaron como dignos y honrados ciudadanos. La ingratitud mas negra y la mas baja perfidia fueron la sola recompensa de tan brillantes esfuerzos.

Murat sugerido por el odio y animado por la confianza y tranquilidad, espidió un bando sangriento por el que se imponia la pena capital, á todos los españoles que se encontrasen con armas en las calles. Procedieron en armonia con tan inhumana órden las tropas francesas á la inquisicion mas odiosa, y muchos desgraciados á quienes habian encontrado tigas, agujas, cortaplumas y otros instrumentos de esta especie, eran conducidos á la casa de Correos y procesados allí sumariamente por una comision á cuya cabeza se hallaba el capitan general Negrete les arrastraban sin distincion de personas,

sexos, ni categorías al Prado ó al Retiro, donde les ametrallaban en grandes grupos con la mas indefinible fiereza. El lóbrego manto de la noche cubrió en parte tan inauditos horrores, pero la despejada claridad del dia siguiente vino á iluminar escenas de igual naturaleza repetidas con un cúmulo de barbárie en la montaña del Príncipe Pio.

En estos deplorables momentos de hidrofobia política se violó tambien el sagrado asilo de las iglesias, y la de la Soledad vió manchado su pavimento con la sangre de víctimas inocentes.

La pluma se cae de las manos al referir estas crueldades; un pueblo que defendia su independenciam debía aparecer respetable aun ante los ojos de sus mismos enemigos. Pero los criminales políticos tienen aun menos razon y conciencia que los civiles, aunque espian tambien sus delitos de un modo mas estrepitoso; la sangre vertida en Madrid tiñó la punta de una larga cadena de sucesos que acabó con la caida de Napoleon y la violenta muerte de Murat.

Mientras acontecimientos tan dignos y dolorosos tenian lugar en la capital, otros vergonzosos y degradantes acaecian en Bayona. Habia llegado á esta poblacion Cárlos IV el dia 30 de abril, y al inmediato dia 1.º de mayo fué convidado á comer por Napoleon. Terminada la comida, el anciano monarca hizo llamar á su hijo, y apenas se hubo presentado le afeó su pasada conducta, midiéndola con las espresiones mas duras y ultrajantes, y acabó asegurándole que la abdicación del 19 habia sido un acto de inaudita violencia y que su investidura de rey debía desaparecer en el momento como procedente de un origen impuro. Quiso Fernando aventurar algunas reflexiones y defender sus ultrajados derechos, pero una esplosion de amenazas de parte de sus irritados padres, y la imponente voz del emperador, que tomando un tono resuelto y concluyente dejó oír estas notables palabras: «Príncipe no hay medio entre abdicar y morir» le hicieron enmudecer.

El carácter de Fernando pecaba de pusilánime y asustadizo, y así es que se retiró de aquel sitio con propósito de acceder á las imperiosas exigencias de su padre y del emperador. Pero como el abandono de una corona hace una ruidosa impresion en el alma menos capacitada, trató de disputar todavia el triunfo á sus antagonistas aunque en términos flojos y desmadejados. Envió muy luego á Cár-

los IV el documento de abdicacion, si bien con algunas cláusulas ó cortapisas tales, como la de que regresase el anciano monarca á Madrid yendo él en su compañía; que se reuniesen en esta metrópoli de la monarquía diputados de todas las provincias ó cuando no, una junta de tribunales para que fuesen testigos de su renuncia: que el soberano padre no permitiese volver á España alguna de las personas que se habian captado la animaversion del pais y que si aquel no queria empuñar de nuevo el cetro, su hijo Fernando tomara las riendas de la gobernacion con cualidad y carácter de delegado suyo.

Parte de estas condiciones eran algo duras, pero parte y la mayor sin duda resultaban bastante admisibles; mas engreido Carlos con una victoria obtenida á tan poca costa y que habia engañado hasta sus cálculos mas lisonjeros, y dominado ademas por el emperador en cuyo plan no entraban seguramente semejantes restricciones, repelió las condiciones propuestas por su hijo, y le escribió con fecha 2 de mayo en un lenguaje duro y cáustico, que no dejó de exasperar algo á Fernando y de despertar sus amortiguados brios, y así le respondió con fecha del 4 manifestándole que no podia arrancarse el derecho á la sucesion del trono á toda una rama de descendientes, de un modo que tenia visos de violento y poco legal; que para ello se necesita el conocimiento y asenso de las córtes, y de todas las personas á quienes se queria defraudar tan justa prerogativa.

Mientras que dos soberanos, celebraban con escándalo en un suelo extranjero estas escenas indecorosas y mezquinas, los invasores á quienes la imprudente conducta de uno habia traído á la Península, y la apatía y torpe aquiescencia de otro á los consejos de áulicos ignorantes é imbéciles, habian hecho poderosos; los invasores, pues, empezaban á cebarse en la sangre de los desvalidos pueblos, é inauguraban por su parte un drama tan magnífico como terrible. Sabedor apenas el emperador de los sucesos del 2 de mayo, se los anunció á los reyes padres, y de acuerdo y comun concordia mandaron llamar á Fernando. Ofrecióse en su presencia el soberano de dos mundos con continente mustio y contristado, y con tan enorme zozobra en el corazon que se revelaba bien á las claras en su fisonomía. Un aventurero ensalzado por la revolucion, un padre ofuscado y una madre vengativa, iban á descargar sobre él la lluvia entera de sus diversos sentimientos; colmáronle en efecto de injurias, afeáron-

le su conducta, y fueron tan pródigos en calificaciones y denuestos que Fernando perdida ya la poca energía que le restaba firmó la abdicacion el dia 6 en los términos y modo que le habian preceptuado. Ya preventivamente habia verificado Cárlos IV un tratado con el emperador por el que le cedia sus derechos á la corona de España; tratado que firmaron con el carácter y atribuciones, de plenipotenciarios don Manuel Godoy príncipe de la Paz y el gran mariscal de palacio Duroc. Así acabó la flaqueza de ánimo lo que habia empezado la ambicion mas bastarda; así la obra de la insensatez recibió el sello de la ignominia. El favorito con sus sueños de engrandecimiento habia traído los egércitos del usurpador del lado acá del Pirineo y concluia poco menos que mendigo y errante, deshonorándose á sí propio, deshonorando á su soberano y escupiendo en su mismo abatimiento á la nacion que le habia dado el ser. Tal es el regular fruto de empresas aventuradas y locas: cuando los altos funcionarios públicos empiezan por mirar á sí propios sin cuidarse del pais que rigen, el peligro y menoscabo de este pais es inminente, y la ruina de aquellos cuando no cercana, segura; porque los juicios de una nacion son tan inexorables como los juicios del destino.

No se habian plenamente satisfecho los deseos del emperador con la humillante renuncia de Fernando; necesitaba que este príncipe así como sus hermanos desconociesen sus derechos adquiridos al nacer. Es mas fácil retroceder en la senda de la energía que hacer alto en la de la debilidad, Fernando y sus hermanos se plegaron humildemente á esta nueva exigencia del déspota; uno renunció su título y carácter de príncipe de Asturias; los otros abjuraron su propio rango en una proclama espedida en Burdeos con fecha del 12 de mayo; unos y otros trocaron sus eminentes prerogativas por una pension anual de cuatrocientos mil francos. Igual suerte, la cupo á la reina de Etruria, sin que le valiera alegar sus buenos oficios y proceder con Bonaparte y Murat. Cálculo es del ambicioso el esplotar todos los servicios posibles, pero es mas contante el olvidar, cuando ya son inútiles á las personas que se les han prestado. Al descollar la ambicion subordina á sí todas las demas afecciones, y ahoga principalmente el menor respiro de la gratitud; porque esta la es muy nociva.

Los sucesos que acaecian en la Península y en el norte de la Francia tenian cco y correspondencia mútua. La junta suprema de

gobierno degenerando cada vez de su primera naturaleza, acababa de contraer una inhabilidad completa para regir el ege de la nacion en tan aguerridas circunstancias. Pretendió erigirse en su presidente el gran duque de Berg y aunque Gil y Lemus se opuso con valentía quedó derrotado como siempre, y Murat logró su intento, robando á aquella corporacion el viso de nacionalidad que en su pasada abyeccion habia conservado. Desde este momento, de autoridad española apenas conservó mas que el nombre, pero en intereses y en ideas estaba asociada íntimamente al general francés. Claro lo demostró uno de sus miembros, Azanza, en el período que vamos desenvolviendo. Habia llegado segun espusimos, á Bayona el comisionado Perez de Castro y en las primeras conferencias que tuvo con el rey y con el ministro Ceballos, les manifestó cuán graves se iban volviendo las dificultades por la entrada de los franceses y su permanencia en la Península, cuál era la conducta de estos, cuál la estrecha posicion de la junta, y cuantos los choques y embarazos que á cada paso le entorpecian al proceder en el desempeño de su arriesgada mision. Solicitó por consiguiente su soberano dictámen en el creciente compromiso, y el monarca, aunque repiso y acobardado, espidió dos decretos, otorgando por el primero á la junta la facultad de sustituirse, autorizándola para que cerrase la frontera á las tropas invasoras, y rompiese las hostilidades; y previniendo por el segundo al consejo que convocase inmediatamente las córtes del reino. Recibió el secretario de Gracia y Justicia Azanza los dos decretos, y lejos de darlos el giro y publicidad debida incurrió en tan vergonzosa debilidad, que temiendo atraerse la ojeriza del generalísimo Murat si llenaba uno de sus mas sagrados deberes, guardó el mas absoluto silencio respecto á los decretos referidos, suprimiendo en caso tan grave la accion de unas medidas que podian haber producido resultados inmensamente beneficiosos. Cuando una persona por debilidad se asocia á todos los planes de un enemigo de su pais no le falta mas que el nombre para ocupar el lugar que la opinion pública señala á los traidores.

Tanto era el desaliento y tan intensa la postracion de las dos primeras corporaciones, el consejo de Castilla y la junta, que habiendo significado Napoleon su deseo, de que solicitasen estas por rey de la Península á su hermano José se vió muy luego religiosamente obedecido, no vacilando tan desatentadas autoridades en romper todos

los vínculos de consideracion y respeto que las unian al destronado monarca, á quien debian su vida y cuyos intereses estaban llamadas á representar. Pero ni esta aquiescencia culpable, ni los artificios del generalísimo Murat lograron calmar la explosión de los justos sentimientos que abrigaban los españoles.

El principado de Asturias, tan ilustre en todas las épocas de nuestra historia, fué quien lanzó primero el grito de independenciam y de esterminio á los usurpadores. Los acontecimientos del 2 de mayo en Madrid llenaron de noble indignacion á los asturianos, y las sangrientas disposiciones adoptadas por Murat en la metrópoli, avivó su odio hácia el generalismo, y su intencion de resistir dominacion tan inicua. Cuando estas primeras ideas iban ya madurando y apoderándose de los ánimos, se esparció la voz de que el gran duque habia espedido un bando con fecha del 3 por el que se estendian las medidas de terror á todas las poblaciones que siguiesen el egemplo de la capital.

No fué menester ya mas para quebrantar todo linage de consideraciones; al publicar el bando algunos miembros de la audiencia en union del comandante de armas Llano-Ponte, se vieron detenidos por una multitud de personas de todas las categorías y condiciones que gritaban con un fervor creciente. «Viva Fernando VII: muera Murat y sus franceses.

El aspecto de la muchedumbre que iba en aumento, sus gritos y la exaltacion de que se hallaba poseida, arredraron al comandante y los oidores, que conociendo los graves peligros que iban á correr si insistian en su primer intento, le abandonaron por fin y se retiraron sin promulgar el bando. Entonces aquel numeroso gentío se dividió en grandes grupos, y se dirigió á la sala donde la junta provincial celebraba sus sesiones. La mayor parte de los diputados aplaudia la generosa resolucion que pretendia quebrantar á viva fuerza el acerrado yugo de los estrangeros, pero habia entre aquellos, espíritus muy limitados ó muy prudentes, que aconsejaban la templanza, creyendo que solo el delirio ó la efervescencia podian aconsejar una lucha tan desproporcionada y desigual. Estos hombres que tomaban erradamente por norte de sus cálculos el estudio de los tiempos ordinarios eran muy pocos, y sus avisos fueron al pronto sofocados por los gritos de entusiasmo. Por el contrario el juez don Jose Bus-to, y los condes de Peñalva y Toreno, alentaron á los patriotas, au-

guraron bien de su decision, y proclamaron como primer principio de su conducta el desacatamiento á las autoridades francesas. Pero como la zozobra se habia arrojado en tan mala hora entre aquellos ánimos y como se habian enumerado sobrado minuciosamente los peligros cuando solo su abstraccion ó su olvido podia mantener el valor de parte del pueblo, de aquí el que muchos empezaron á titubear; varios diputados reputaban ya como arrebató febril aquellos arranques de entusiasmo, y los primeros bríos estaban á punto de extinguirse sustituyéndoles una reaccion penosa. Presidia á la sazón la junta el marqués de Santa Cruz de Marcenado, hombre probo, excelente patricio que tenia en mucho una vida trabajada por los años para no decidirse á inmolarla en las aras del bienestar comun. Notando el marqués que la discusion tomaba un giro peligroso, y que los diputados Velasco y Florez abogaban con demasiado calor por las ideas de paz, se levantó de su asiento y exclamó con voz solemne.

«No pretendo, señores, cambiar la resolucion de los demas, pero en cuanto á mí sé decir, que en cualquier punto en donde se levante un hombre contra Napoleon, tomaré un fusil é iré á colocarme á su lado.» Estas valientes palabras acabaron con la irresolucion y todos se decidieron á esperar tranquilos el momento de verse provocados.

La noticia de estos acontecimientos produjo en el gobierno de Madrid irritacion y asombro profundísimos. Creia Murat haber embargado con el terror los ánimos y acallado la efervescencia y apenas acertaba á comprender que un oscuro rincon de la Península, lejano del foco de sus intrigas y por lo tanto menos irritado, hubiese resonado con gritos de desafio á sus legiones, á las huestes del emperador cuyo solo nombre infundia pavor y espanto á las mas fuertes potencias europeas. Pero precisado á creer en la verdad de los hechos se apresuró á extinguir esta primera llamarada de la discordia, temiendo y con fundamento que aquel alarde de inaudito patriotismo encontrase correspondencia é imitacion en otras muchas provincias. Envió á Oviedo con el carácter de comisionados del gobierno central, al conde del Pinar, y al oidor Melendez Valdés, y encargó la comandancia general de la costa cantábrica al gefe militar La Llave. Estas medidas sobre ser ineficaces solo sirvieron para añadir algunos grados mas al inaugurado conflicto. El pueblo recibió á los comisio-

nados con ojeriza y encono, y los valientes asturianos que iban con peligro inminente de sus vidas á conquistar su independencia se reunian sin recato en casa del canónigo don Ramon de Llano-Ponte, alma del movimiento, donde se combinaban los planes que debian asegurar el alzamiento, y se ofrecian largos dispendios de gentes, provisiones y dinero. En aquellos momentos todo era sublimidad y desprendimiento; los mas avaros presentaban espontáneamente sus fondos y los mas tímidos hacian caso de honor el solicitar armas con que combatir por su patria. Cuando se lastiman los mas sagrados derechos de un pueblo es capaz este de casi fabulosas acciones.

Habiase fijado el trance violento y decisivo para el 24 á las once de la noche, hora en que un repique general de campanas anunciaria á los patriotas era llegado el caso de terminar la comenzada obra. En el entretanto los mas ardientes defensores del pueblo trabajaban con extraordinario celo y perseverancia.

El canónigo Llano-Ponte y don Manuel Miranda habian consentido en constituirse gefes de la multitud, y el juez Busto, hacia fuertes escitaciones á los alcaldes subalternos, para que comprometiesen á sus subordinados á concurrir á la defensa de la causa nacional. Este espediente produjo los mas halagüeños resultados; el 24 al toque de oraciones entraron por las puertas de Oviedo numerosos grupos de paisanos, y fueron á recibir las órdenes de Llano-Ponte. Venian todos inflamados de odio contra la dominacion francesa, y esperaban ansiosos el instante de obrar. General y casi unánime era la expectativa, cuando dieron las once, hora concertada, y el silencio mas profundo sucedió á las duras vibraciones del reloj. Helados de terror quedaron unos, y avasallados por la cólera y la mas viva impaciencia los ánimos de los otros; todos se deshacian en cálculos y congeturas, y nadie atinaba con la esplicacion de tan extraño accidente. Condicion es del entendimiento humano cuando cree próxima una desgracia desatinar en las verdaderas causas que la promueven. Por último dieron las doce, y las campanas tocaron á rebato; su sonido electriza á los leales asturianos, discurren rápidamente por las calles, se dividen en grandes grupos, el mas numeroso se dirige á la casa de armas donde se apodera de cien mil fusiles, otro va á la del comandante La Llave, mientras algunos sugetos avisan á los miembros de la junta que se reunen con la mayor precipitacion. Instalada la junta eligió por su presidente al marqués de Santa Cruz, y empezó á fun-

cionar dictando las medidas que mas perentoriamente exigian las circunstancias; organizó un cuerpo de ejército de diez y ocho mil hombres y como casi todos eran reclutas, gente sin táctica ni conocimiento alguno militar, eligió cabos y sargentos del batallon de Hibernia y del de carabineros, idos ambos en ayuda del comandante La Llave, y adheridos despues al movimiento popular, y confiriendo el grado de oficiales á algunos estudiantes. Ocurriósele tambien la idea de solicitar el apoyo de Inglaterra, y envió á Londres con este intento á don Andres Angel de la Vega y al vizconde de Matarosa, mas adelante conde de Toreno. Otorgóles grata acogida el gobierno británico; admirábase en la populosa Albion este rasgo de la hidalguía y bravura española, y se tributaban mil elogios á aquel puñado de héroes que por defender su rey y su independencia no vacilaba en trabar pelea con las gigantescas fuerzas de Napoleon. Donde quiera que se presentaban, los comisionados eran acogidos con estrepitosos vítores. El gabinete y los parlamentos decidieron de comun acuerdo, enviar armas, municiones, vestuarios y demas pertrechos de guerra á la noble provincia española. Vino tambien á nuestro suelo el mayor general sir Tomas Oyer y se asentó la alianza sobre bases sólidas y duraderas.

Tan glorioso como era el levantamiento de Oviedo estuvo á punto de mancharse con un atropellamiento. Habian sido presos y conducidos á la ciudadela, los comisionados conde de Pinar y Melendez Valdés; el comandante general La Llave, el coronel del regimiento de Hibernia y el de carabineros don Manuel Ladron de Guevara. Estos dos últimos no tenian contra sí otro delito que no haberse aliado con los defensores del pueblo, por no autorizar con su egemplo el quebrantamiento de la disciplina militar. Pero como en semejantes casos las personas de cuenta no pueden permanecer neutrales, y su despego del partido vencedor importa tanto como una oposicion abierta, la multitud les miraba con sobrada prevencion y aun les calificaba con el denigrante epíteto de traidores, género de anatema que como el rayo hiere antes que se percibe.

Abrigaba la junta sérios temores por la existencia de aquellos, y queriendo ponerles á cubierto de cualquier ataque irreflexivo, pensó trasladarles de la ciudadela á otro local. Verificóse esta operacion bien por casualidad, bien con dañado intento, en las horas mas avanzadas de la mañana, por manera que los presos tuvieron que arros-

trar las miradas curiosas ó enemigas de muchos centenares de personas. Unas mugeres de ínfima clase clamaron al verles pasar: «por aquí van los traidores, mueran los traidores;» cuyas voces atrajeron numerosa concurrencia especialmente de reclutas, quienes llevados de la comun preocupacion arrebataron al piquete aquellos desgraciados y les condujeron á un sitio retirado para darles en él breve muerte. Maniatados ya y á punto de oír la fatal descarga, solo podian esperar auxilio de la Providencia, y como si esta hubiera escuchado sus súplicas les deparó en el terrible momento, uno inopinado. Un honrado canónigo, el señor Ahumada, afectado dolorosamente por tan cercana desdicha tomó en sus manos al santísimo sacramento y fué á colocarse con noble decision entre los verdugos y las víctimas. El imponente aspecto de aquel sacerdote, el sublime objeto que le llevaba á arrostrar tan grave peligro y la contemplacion de la divinidad hicieron honda impresion en los pechos de aquellos españoles, que acabaron por enternecerse y trocar sus crueles sentimientos en las afecciones mas tiernas. Pinar, Valdes y sus compañeros, recobraron merced á esta fausta intervencion, su libertad. Cuando la religion en su pureza tiene usos tan escelentes y dignos, incomensurable será la responsabilidad de los que la adulteran abusando de ella. Gijon habia precedido á Oviedo, y las poblaciones subalternas siguieron el egemplo de la capital.

Pronto, como era de inferir, cundió y adquirió vuelos la alta y arriesgada resolucion adoptada por el principado asturiano.

El 30 de mayo alzó el grito de independenciam la Coruña. Las causas generales, es decir la altivez y perfidia de los franceses, el temor de vivir bajo su coyunda, el amor al monarca jóven y el sangriento espectáculo de Madrid, el magestuoso que pocos dias antes habian ofrecido los asturianos y la imprudencia de algunas de sus autoridades habian desazonado en tales términos los ánimos de los gallegos, que pocas escitaciones eran menester para que estallase en fuertes ímpetus la mal simulada irritacion. En estos dias, el 29 de mayo, cuando la ansiedad pública se fijaba en un emisario asturiano que se habia presentado al regente de la audiencia induciéndole á que siguiera el egemplo de las autoridades de Oviedo, y de quien fué muy mal recibido, se presentó en las calles un estudiante de Leon que aguijoneaba un brioso caballo, haciendo tan estrémas contorsiones y dando tales muestras de entusiasmo, que atrajo sobre si bien

pronto la atención general y grandes bandas de gente le siguieron hasta el punto donde se dirigía que era á la casa del mismo regente. Reiteróle el estudiante la anterior demanda; lo hizo con compuestos aunque enérgicos modales, y no obtuvo otra contestación que la órden de quedar en el acto preso é incomunicado. Retiróse de allí el pueblo mustio y enojado y con señales tan claras de descontento, que ya rebosaba por demas en la medida de la prudencia. Era el siguiente 30 día de San Fernando, y no se puso como de costumbre la bandera en la almena del castillo. Creyó el pueblo que esto era un insulto hecho á la memoria del destronado monarca, y se agolpó á la casa del capitán general. Eralo á la sazón don Ramon Filangieri, hombre honrado, sin hiel y querido de cuantos le trataban, pero que reunia á tan apreciables dotes la cualidad de extranjero que debía hacerle perder buena parte de su concepto en un litigio de pura nacionalidad. Atemorizado con los clamores de la muchedumbre y creyendo en peligro su existencia huyó por una puerta falsa. Menos cautos el mariscal Biedma y el coronel Fabrós, tachados de parciales del príncipe de la Paz, tuvieron la arrogante osadía de salir por la puerta principal, pero no desafiaron sin desventura la ira de aquellas masas aunadas y compactas, pues el Biedma fué hondamente herido en un brazo, y Fabrós apaleado con encarnizamiento. Desatados de esta manera los vínculos de obediencia que unian al pueblo con las depuestas autoridades, procedió aquel á sacar otras de su seno; y nombró una junta compuesta de los diputados pertenecientes á las siete provincias, esparcidos en el territorio gallego, y que fuertemente sacudidas habian acabado por seguir el movimiento de la capital. Uno de los primeros cuidados de la junta y ciertamente muy importante fué crear y regimentar un ejército de 40,000 plazas, compuesto en su mayor parte de reclutas y en parte de soldados veteranos pertenecientes á los provinciales de Betanzos, Segovia y Compostela, de un regimiento de Navarra, y del segundo batallón de voluntarios de Cataluña, cuyos cuerpos desde el principio tomaron un giro y determinación favorables atraídos por las mágicas voces de rey, religion y patria. Cometióse el mando y gobernación de este ejército al fugado general Filangieri, pero habiendo sido este muerto alevosamente por algunos soldados de Navarra en Villafranca del Bierzo, le sucedió en tan espinoso cargo el coronel Blake, á quien la junta dió el carácter é investidura de teniente general. Par-

tió tambien á Lóndres con plena aceptacion y mandato de la junta el diputado Sangr6 quien encontró allí á los comisionados asturianos, obtuvo como estos la aceptacion mas placentera, víveres, armas, municiones y la libertad de muchos prisioneros españoles encerrados en los pontones británicos.

Secundados vigorosamente los primeros esfuerzos, ya solo podía esperarse rasgos diarios de decision y bravura. Se habia pronunciado Santander el 26 de mayo y elegido por presidente de la junta á su obispo Menendez de Luarda, Segovia y Logroño oscilaron durante algun tiempo, pero la firmeza y activo comportamiento de los generales franceses Verdier y Frere, aseguraron la vacilante tranquilidad. En el primer punto se vió precisado á huir con muchos de los cadetes el director del colegio de artillería Velasco, quien fué mas adelante víctima del primer arrebato de las pasiones. Leon alzó la bandera de su independenciam el primero de junio; optó tambien por el nombramiento de una junta y puso á su cabeza á don Antonio Valdés. Pero Leon se hallaba comprendido en el radio de la capitania general de Castilla la Vieja, cuya capital era Valladolid que no habia seguido todavia el rumbo que iba haciéndose general. Egercía la suprema autoridad en este último punto el general don Ramon Cuesta, sugeto leal y probo, excelente patriota pero de modales ásperos y duros y de unos principios tan severos, que no queria sancionar con su presencia ni mucho menos con sus palabras una conmocion popular bien que tuviese por objeto derrocar á los mismos que él detestaba. Dos veces le anunció el pueblo su voluntad de tener una junta pero en ambas quedó desairado, hasta que indignada la muchedumbre se arremolinó enfrente de la casa del general, preparó un cadalso, é intimó á aquel la órden de formar la junta. Vinó al cabo Cuesta en sus deseos, y el levantamiento quedó organizado con las mismas formas é iguales tendencias que los que le habian precedido. Por estos dias ocurri6 en Valladolid el trágico fin del desgraciado director Velasco. Preso, calificado de traidor sin racional fundamento, fué conducido á esta capital; mas en el momento de atravesar el campo grande, los reclutas que estaban haciendo el egercicio en aquel punto, se abalanzaron á él y le dieron cruel muerte, á pesar de los lamentos de su esposa y los loables esfuerzos de un eclesiástico de apellido Prieto. Logroño, Ciudad-Rodrigo, todas las poblaciones situadas al Este de la Peninsula con-

testaron con ecos de independencía, pero en Vera hubo que lamentar algun estravío de las pasiones. En Logroño acaeció la muerte violenta de un honrado fabricante llamado Ordoñez, y en Ciudad-Rodrigo la de su gobernador Martínez de Ariza.

No anduvieron mas lerdos los habitantes del Mediodía en presentarse á la defensa de sus mas caros objetos. Residia en Móstoles don Juan Perez Villamil, sugeto muy distinguido y á la sazón secretario del almirantazgo. Indignado como todo buen español de los sucesos del 2 de mayo, comprometió al alcalde de Móstoles á que firmase la siguiente lacónica proclama. «La patria está en peligro; Madrid perezce víctima de la perfidia francesa; españoles, acudid á salvarle.— El alcalde de Móstoles.»

Circuló rápidamente esta enérgica escitacion y apenas se recibió en Sevilla, cuando el paisanaje entró en furor contra los franceses; coligóse con los soldados del regimiento de Olivenza, y procedió á la instalacion de una junta presidida por don Francisco Saavedra antiguo ministro de Hacienda, cuya corporacion tomó desde su origen voz y título de suprema. No alcanzó todo el celo y vigilancia de esta á evitar un desman sumamente sensible; el conde del Aguila ilustre patricio, pereció víctima del inconsiderado populacho. Mucha tristura infundió á la junta este infortunado accidente, pero no bastó á distraerla de las graves atenciones que arrojaba de sí la situacion recientemente creada. Mandó poner sobre las armas á todos los varones desde la edad de 16 años hasta la de 45 años, y queriendo sondear el espíritu de las divisiones españolas acantonadas en Cádiz y en el campo de San Roque, envió comisionados á ambos puntos. Constituian aquellas la flor del ejército, ya por el valor y disciplina que adornaba á los soldados, ya por la pericia y concierto de los oficiales. Acaudillábanlas respectivamente el marqués del Socorro y el general don Francisco Javier Castaños; era el primero, hombre de buenos sentimientos aunque muy devoto á los franceses; habia llenado con honra el deber de funcionario público, promoviendo mejoras materiales en todo el diámetro de su administracion, y su amabilidad y su dulzura le ganaron el corazón de sus suborbinados, pero al lado de prendas tan recomendables tenia la irresolucion de las almas pobres, y empleaba en los trances fuertes, paliativos que prolongando el mal no daban esperanzas de curarle; hombre que contaba demasiado con el tiempo sin advertir que la virtud analítica de

este se ve muchas veces entorpecida, destruida por la precipitacion misma de las pasiones: el segundo, patriota ardoroso, soldado valiente y experimentado general; tenia profunda aversion á los opresores de su pais, y habia entablado inteligencias con el gobernador de Gibraltar, á fin de alzarse con sus tercios en contra de las huestes invasoras. Acogió con benevolencia al comisionado de Sevilla, y desde luego se interesó en sus planes ofreciéndole la mas activa cooperacion. Mas avieso y menos dócil se manifestó el del Socorro. Exigianle los gaditanos juntamente con el enviado de Sevilla, que secundase el alzamiento de esta ciudad, y se apoderase de la escuadra francesa surta en las aguas de Cádiz á las órdenes del almirante Rosilly. Pretendia el marqués templar con evasiones la irritacion de los ánimos, otorgando de palabra algunas condiciones y retirándose despues de su cumplimiento, pero el pueblo ya enfurecido y trocado en ódio el amor que le profesó, atacó su habitacion con singular encorno, y nótabo que las puertas gruesas y cerradas resistian al fuego de fusil, allegó cinco cañones, y se propuso en último extremo aniquilar la morada del marqués. Huyó este por el terrado del edificio y se refugió en una casa inmediata de su mayor confianza. Supo su fuga y nueva residencia uno de los grupos que vagaban por aquellos alrededores, y acudiendo velozmente encontró al general oculto en un pabellon turco. Vanas fueron las generosas y valientes tentativas que hizo para salvarle la señora de la casa hasta el punto de arriesgar su propia existencia y resultar herida en una mano, porque sus perseguidores implacables le estragaron de su asilo con violencia y sacándole á la calle le inmolaron bárbaramente.

Sucedió en la capitania general don Tomas Morla, quien no desplegó toda la energía que reclamaban lo crítico de las circunstancias, y so'o despues de quince dias de vacilacion y duda intimó al almirante francés la entrega de su escuadra. Encontróse Rosilly en una posicion dificilísima; érale doloroso entregarse sin tentar la suerte de las armas, pero colocado bajo el cañon de la plaza, y rodeado por las escuadras inglesa y española, hubo de acatar la dura ley de la necesidad y se rindió.

Ufana y esperanzada por demas andaba la gran Bretaña al contemplar nuestro magestuoso y espontáneo levantamiento; habíamos visto en casi todas las páginas de nuestra historia tan denodados en acometer como porfiados y tenaces en la defensa, y si bien la pare-

ciera hiperbólica nuestra última resolución, á no palpar los hechos y conocer su evidencia esto redundaba en mayor alimento de sus deseos; conocía que un instinto generoso nos habia lanzado á la pelea, que nuestra característica resignacion nos sostendria en las horas mas atribuladas, que quizá el orgullo del ídolo europeo se estrella-ria contra la que él reputaba frágil y ya minada muralla, y no po-dian adolecer de grave error sus cálculos, porque cuatro ó seis mi-llones de hombres profundamente entusiastas, inflamados de ese odio que jamas se estingue, porque descansa sobre cimientos indestructi-bles, con tan estraña organizacion y naturaleza, eran mas temibles que todos los ejércitos del continente, puesto que á estos podia der-rotarles y aniquilarles una privilegiada combinacion del genio ó un sobresaliente esfuerzo del corazon, y los españoles se hallaban ga-rantidos contra semejante peligro; sus derrotas parciales por necesi-dad, no tenían apenas eco ni influjo alguno moral; ellos corrían á los combates poseidos de una resignacion santa y sublime; si sucumbían alcanzábales la reputacion de mártires, cuya creencia es susceptible de prodigiosos resultados; si por el contrario quedaban airosos co-braban estímulos y alientos, participaban de ellos los demás y cor-rían amurallados al sangriento anfiteatro: tal fué la índole de la guer-ra que entonces se inauguraba. Atenta la Inglaterra al fomentarla y generalizarla, ayudando á los patriotas contra los primeros arranques del ejército francés, ofreció á la junta de Sevilla cinco mil hombres de línea bajo la conducta del general Spencer, y aunque aquella cor-poracion no admitió semejante oferta por reputarla entonces inneces-aria; creyó no sin satisfaccion que la alianza eficaz y poderosa del gabinete de Saint James podia sacarnos de cualquier apuro ó estre-chez. Como la inaccion de las huestes estrangeras no podia prolon-garse largo tiempo, la junta juzgó oportuno formar un buen cuerpo de ejército con las tropas de Cádiz y San Roque, cuyo mando confió al general Castaños.

Granada, Málaga, Jaen, siguieron bien pronto el impulso y co-mun corriente, y en el primero de estos puntos se encomendó la di-reccion y régimen de las tropas granadinas á don Teodoro Reding, enviando comisionado á Gibraltar para solicitar víveres y armas al jó-ven don Francisco Martinez de la Rosa.

El carácter andaluz acreditó bien funestamente en esta ocasion su irritabilidad en periodos de crisis y de convulsiones sociales ó po-

líticas... El gobernador de Málaga don Pedro Trujillo; el correjidor de Velez Málaga, don Pedro Portillo, el cónsul frances D' Agaud y don Juan Cosharé pagaron con su vida, los unos el no haber sabido acallar con su conducta los rumores y sospechas populares, y los otros el no haber nacido bajo el horizonte peninsular.

Activa la ley descargó su brazo sobre los perpetradores de tamaños atentados, y aparecieron suspensos de nueve horcas, nueve cadáveres cuyas cabezas estaban cubiertas con velos funerales. Un fraile, principal instigador de estos desacatos, fue condenado á encierro perpétuo. Esta severidad egemplar aterrorizó á los espíritus discolos y turbulentos. Nunca es tan necesario el rigor de la justicia como cuando el criminal se cree á cubierto de su tremenda accion.

No permanecieron tampoco sordos los estremeños á las voces de libertad é independencia. Suspiraba Badajoz por seguir el ejemplo de tantas otras ciudades, pero teniale comprimido su gobernador conde del Fresno, hombre escaso de fé política, que pretendia jugar con los acontecimientos, que seguia ademas las inspiraciones del marqués del Socorro, cuya conducta en Cádiz ya hemos tenido ocasion de apreciar. Fomentaban entre tanto el descontento de las masas don José María de Calatrava, el teniente de rey Mancio y el tesorero Ovalle, y prontos ya á desembozarse y proclamar sin misterio sus intentos vino á prevenirles una circunstancia poco prevista. El 30 de mayo, dia del espatriado monarca, no se dispararon en su obsequio los cañonazos de costumbre, y convirtiéndose con esto las primeras impresiones en hondo despecho y desbordada cólera, corrieron algunos grupos hácia el sitio donde se hallaba colocada la artillería; la temblorosa mano de una muger aplicó la mecha á uno de los cañones, y el estampido de este tuvo un eco tan fuerte en todos los corazones, que olvidando los peligros ó subordinándolos á la irritacion del momento corrió el pueblo á casa de el del Fresno, persiguióle y alcanzándole le quitó la vida. Muerto el conde, único poderoso obstáculo, se regularizó la conmocion; creóse una junta y se confirieron los mandos civil y militar á los señores Mancio y Galluzo. Era tanto mas noble este comportamiento de Badajoz quanto que una division francesa en número de diez mil hombres y acaudillada por Kellerman, reposaba en Yelves, y podia valiéndose de su proximidad y de su pujanza caer súbito sobre Badajoz, hacer pedazos los quinientos hombres de linea que le guarnecian, enseñorearse de la plaza y vejar

de mil maneras á sus beneméritos habitantes. Peligrosa era este cierto y formidable, pero le olvidó Badajoz y le olvidó la provincia entera pronta á seguir las huellas de su capital.

A punto de espirar mayo, acaeció el levantamiento de Badajoz; el de Cartagena y Murcia se verificó en los dias 22 y 24 del mismo mes. Era Cartagena ciudad considerable, y á una topografía severa é imponente reunia esmeradas obras de fortificacion y el ser departamento de marina. Súpose con alborozo por los leales, su abierta inclinacion á la buena causa, aunque los corazones sensibles tuvieron que lamentar la muerte violenta del capitán general don Francisco de Borja á quien substituyó Hidalgo Cisneros, eligiéndose para desempeñar el cargo de gobernador al marqués de Camarena la Real. Cuerda anduvo Murcia en el nombramiento de sus autoridades, pues confió el supremo gobierno de la provincia á una junta compuesta de diez y seis individuos muchos de ellos de precedentes distinguidos, entre los que se contaba el conde de Floridablanca, y puso la rienda militar en manos del coronel don Pedro Gonzalez de Llamas.

Pero donde la insurreccion se ostentó con un cortejo espantoso de horrores, que llegó á ocultar casi por entero el lado grandioso y digno de la de aquella, fué en la capital del reino valenciano. Iba la animosidad de sus habitantes subiendo continuos grados en la escala de la fermentacion general, cuando se recibió el 23 de mayo la gaceta de Madrid del 20 que contenia las renuncias del rey y de los infantes. Formábanse grandes corrillos en la plazuela de las Pasas para escuchar la lectura del órgano oficial que se hacia por cualquier sugeto que tuviese una voz sonora y espedita pronunciacion. Señaló este dia la suerte á un hombre de natural colérico y tan adverso á las pérfidas tramas y bajas intrigas del emperador, que al llegar al pasage de las renunciaciones hizo pedazos el periódico y prorumpió con atornador acento: «Viva Fernando VII y mueran los franceses.» Cundió rápidamente esta voz hasta los mas apartados ángulos de la ciudad; grandes bandadas de gentes inundaron las calles y se dirigieron á la plazuela, donde la muchedumbre arremolinada se agitaba durante algunos minutos sin dar franco giro á sus operaciones: salvada por último su perplegidad se dirigió á la plaza de Santo Domingo, pero ocurrióle al encuentro el padre Juan Rico, la habla con eficacia, la recuerda la necesidad de un caudillo, y ella aclama por tal al religioso; entonces algunos hombres entusiastas le ponen sobre sus

hombros y le llevan en triunfo hasta la plazuela de Santo Domingo. Tenía el nuevo tribuno prendas y dotes esquisitas; muy propias para llenar la mision que le habian cometido; esa elocuencia fluida, insinuante que habla derechamente al corazon sin interesar el entendimiento; una energía noble que superaba los obstáculos, sin tocar en el odioso extremo de la inhumanidad, una conducta inmaculada, circunstancia en que siempre se fija el afecto de la multitud, y un exterior austero y modesto que se acomodaba bien con el sagrado carácter de que se hallaba revestido. Llegado que hubo á la plazuela subió á la sala donde el real acuerdo celebraba sus sesiones, y espuso con precision y claridad los deseos del pueblo. Encontrábase allí á la sazón el marqués de la Conquista capitán general de Valencia quien se opuso á las pretensiones de Rico; sostuyéronle varios otros miembros de aquella corporacion, pero el religioso abogó con tanto calor por la causa nacional, y adujo consideraciones de tanto peso, que ellas unidas al temor que naturalmente debian producir en las autoridades los alaridos de la multitud agrupada en los alrededores del edificio, bastaron al cabo para torcer el primer ánimo de aquellas y hacerlas consentir en la creacion de una junta. Sin embargo el de la Conquista y sus cólegas tratando como un acto de violencia el que acababa de verificarse, pretendieron ponerle en conocimiento de Murat y solicitar tropas con que sugetar á la poblacion desmandada. Bien fuese por indiscrecion de alguno de los que tuvieran intervencion en este último paso dado por el marqués y los del acuerdo, bien porque su resistencia les hiciese sobradamente sospechosos, lo cierto es que los patriotas se obstinaron en que se registrase la correspondencia de Madrid en casa del conde de Cerbellón, nuevo capitán general. Efectuáronlo con el correo del 24, y en medio del desórden que presidia á semejante operacion, la hija del conde se apoderó de un pliego voluminoso y le hizo menudos pedazos. Contenia el pliego una copia de la solicitud del acuerdo y la contestacion de la corte de Madrid, documentos en aquellas circunstancias peligrosísimos y cuya lectura habria acarreado la muerte á algunos infelices. Tomó vuelos la irritacion del populacho testigo de semejante escena, pero se desvaneció en sordos y prolongados murmullos sin que se atreviese á castigar con mengua propia acto de tan rara magnanimidad. Sensible es que la historia no nos haya transmitido el nombre de esta señora, porque el homenaje mas grato á un alma tan elevada,

son el recuerdo y las bendiciones de las generaciones futuras.

Mas como todos los acontecimientos aun los mas lisonjeros tienen un reverso terrible, enlazábase con el que acabamos de presentar otro inaudito, sangriento y aterrador. El baron de Albalat hombre de un rango esclarecido, vocal de la junta, se habia captado en otro tiempo la animadversion del pueblo con su altivez y descompuestos modales. Y como todo desbandamiento político lo es mas ó menos social, de aquí el que retoñen al lado de una afeccion fija muy loable quizá, los resentimientos mas bajos próximos á agostarse. Tan luego como la multitud se vió señora de la accion del momento se alzó contra el baron y le persiguió en todos sus pasos. Viéndose hecho el blanco de malignas observaciones, creyó Albalat que debia marcharse de la capital y con efecto se retiró á Buñol, pero esta ausencia que se calificó de mal encubierta fuga, robusteció las sospechas y encolerizó mas á las masas. La junta ya fuese escuchando á estas, ya acariciando odios nacidos en su propio seno, ordenó al baron que se presentase preso en la ciudadela; obedeció sin demora y emprendió el camino de Valencia, pero como si la suerte se hubiera conjurado con los perversos designios de sus enemigos, dispuso que el baron se reuniese al correo de Madrid y llegase con él á la distancia de tres leguas de Valencia donde el pueblo ansioso de adquirir nuevas de la capital habia salido á recibir al conductor. No fué menester mas para que al momento circulase entre aquella multitud con fama la voz de que el baron venia de Madrid donde habria ido á participar á Murat los acontecimientos de Valencia. Esta especie que los enemigos personales del baron se afanaban en propagar adquirió grado de certidumbre para las masas, las cuales como no discurren en períodos de convulsion, dan el mismo valor á la verdad que á la verosimilitud. Rodeado Albalat de numeroso y enemigo cortejo fué conducido á la ciudad y al entrar en ella suplicó á sus perseguidores le llevasen á la presencia del conde de Cerbellon. Esperaba el infeliz hallar amparo en el conde á quien le unian antiguos vínculos de amistad y parentesco, mas fuese cálculo, temor ó insensibilidad, el conde escuchó sus ruegos con frialdad é indiferencia, agüero cierto del funesto porvenir que le aguardaba. Acongojábase el desgraciado baron y esperaba entre mil angustias el momento fatal de su muerte, cuando apareció ante sus ojos el padre Rico, solícito como siempre y temeroso de que se amancillase tan noble pronunciamiento con la sangre de un ino-

cente. No bien le divisó el baron se dirigió á él y le dijo con voz doliente y quebrada por el padecimiento: «Padre, salve usted á un caballero que no ha cometido otro delito que el haber venido á Valencia acatando una órden superior.» Enterneciése el franciscano y le prometió hacer cuantos esfuerzos estuvieran á su alcance, y queriendo sustraerle de pronto á la saña popular que se ensoberbecia con la tardanza, dispuso le trasladasen á la ciudadela. Colocado el baron en el centro de un cuadro formado por una compañía de Saboya, á las órdenes del capitán Moreno, oficial muy querido de la multitud, emprendió con pausa su marcha, pero al llegar á la plaza una violenta irrupcion de las turbas, desbarató el cuadro, penetraron en él algunos hombres perversos ó frenéticos y cosieron á puñaladas al sin ventura Albalat en los brazos mismos del padre Rico. Cortáronle la cabeza y la llevaron en triunfo por las calles mas públicas y sitios mas concurridos. Sangriento trofeo que vino á constituir la enseña de una série entera de inauditas atrocidades. Raras veces hace el pueblo el mal por propia inspiracion; pero cuando se lanza á él aunque sea sugerido es muy difícil atajarle en su carrera, porque hasta en los crímenes encuentra continúa emulacion y estímulo.

Habia llegado por aquellos dias á Valencia un canónigo de San Isidro de Madrid, don Baltasar Calvo, hombre de estragadas costumbres, de entendimiento claro, pero tan avasallado por sus pasiones y tan dado á la ambicion, que en su obsequio sacrificaba la parte mas noble del corazon humano, la sensibilidad. Frio, duro, egoista, no dudaba en hollar las consideraciones mas sagradas con tal que se opusiesen al logro del menor de sus intentos; altivo, imperioso, sanguinario respiraba esterminio y destruccion, aunque cubria tan odiosas cualidades con el tupido velo de la mas refinada hipocresía. Atrájole á Valencia el deseo de hacer prosélitos y de propagar las ideas jesuíticas á que era muy aficionado. Creyó que la alianza del padre Rico hombre de valía y de prestigio podia serle muy provechosa, y así la buscó con abinco, pero el franciscano rechazó de su lado al jesuita cuyo fondo de malignidad habia descubierto al primer golpe de vista. Desairado Calvo pretendió trabajar por sí propio y declararse en antagonista del nombrado corifeo del pueblo, y como no poseia las distinguidas prendas que relevaban á este, érale preciso fingirle ese artificio y resolucion que fascina y destimbra por el pronto aunque es siempre muy temporal y fingible.

Afectó desde luego suma y austera piedad con que alucinó á las gentes ignorantes y sencillas, y como por otra parte tenia ese tacto fino y esquisito que tanto realza á los malvados para elegir sus cómplices, se rodeó de algunos seres sin porvenir y sin conciencia que no vacilaban en cometer un verdadero sacrilegio ultrajando y adulterando la revolucion que se habia anunciado tan santa, respetable y pura.

Con tan odiosos secuaces creyó Calvo que podia acometer ya alguna empresa de importancia. Juzgó buena y no difícil la de apoderarse de la ciudadela. Custodiada por unos cuantos inválidos no pudo resistir en efecto al violento empuje de los satélites del canónigo, quien apenas penetró en aquel recinto se acercó á los franceses que en él se albergaban, y les dijo con voz anhelosa y persuasiva, que si no querian ser víctimas de la irritada servidumbre, saliesen por una de las puertas mas ocultas y se dirigiesen aceleradamente al Grao donde les esperaban barcos de su nación. Hay en el crimen un grado que casi nunca se precave porque casi nunca se percibe; el noble orgullo de nuestra especie nos impide con frecuencia formar un íntimo aunque justo concepto de alguno de sus individuos.

Lejos estaban aquellos infelices de penetrar los negros proyectos del canónigo. Creyéronle un hombre honrado, arrastrado por un sentimiento de pura humanidad y se abandonaron á sus consejos.

Gozábase Calvo anticipadamente con el infalible éxito de su inicua trama, y los desdichados extranjeros, aprovechaban momentos tan preciosos para preparar su fuga. Iban á verificarla cuando se esparció la voz de que los franceses pretendian escaparse, cuya voz fué como el aviso dado á los crueles satélites del jesuita. Arrojánse al interior de las habitaciones y se traba una lucha desigual y terrible, mejor diré, se inaugura una matanza inaudita y horrorosa. Corria la sangre abundante por el ya enrojecido pavimento, ni los ayes de las víctimas, lograron ablandar el empedernido corazón de Calvo, que como autor de escenas tan desoladoras las presenciaba con fria impassibilidad.

No faltaron almas generosas, que presenciando tal lujo de sangre y de insensibilidad tratasen de invocar el pretesto de la confesion para libertar de suerte tan horrenda á los desventurados prisioneros; otros acudiendo con imágenes y sagradas reliquias, se interponian entre las víctimas y los verdugos, estos mismos avergonzándose de sus propios excesos querian ponerlos término y se negaban á esgri-

mir de nuevo el levantado puñal. Solo el canónigo permanecía insensible en medio de aquel cuadro de espantosa desolacion. No obstante, conociendo que los suyos decaian de voluntad y alientos y temiendo que quedasen con vida setenta franceses, empleó para esterminarles otro ardid ni menos péfido, ni menos detestable que el anterior. Fingió que accedia á los ruegos y generales súplicas y dispuso que saliesen de la ciudadela los setenta por la puerta del Cuarte. En el momento de llevarlo á cabo, cayeron en otra region de asesinos que les sacrificaron con inesplicable saña. Habia hecho entre tanto laudables esfuerzos el padre Rico para calmar la ira de la muchedumbre, pero sus advertencias fueron desoidas, rechazadas sus razones y desconocida su popularidad. Engreido y presuntuoso andaba Calvo al verse puesto tan alto en el afecto del populacho; creyóse superior á todas las autoridades y á la misma junta y exigió de ella una forzada sumision. Otorgóselo la corporacion suprema pecando en débil y pusilánime. Afortunadamente Rico ni desmayó, ni perdió la energía que le caracterizaba; pasados aquellos primeros instantes de fiebre sanguinaria, montó á caballo habló á la multitud; su afluencia y su nombre le fueron ganando los corazones y ya reputaba como cosa cierta el arrestar al extraviado canónigo, cuando una circunstancia fortuita ó quizás el resultado de una combinacion de algun tiempo antes aparejada, vino á salvarle por entonces. El coronel Usél miembro de la junta propuso á esta que admitiese en su seno al feroz y atrabiliario Calvo; apoyáronle dos de sus cólegas y los demas mostraron esa aquiescencia que nace del estupor y el espanto. Quedó pues admitido y se presentó á ocupar su asiento en en la mañana del 6 de junio. A vista de ser tan abominable enmudecieron los asistentes; solo el franciscano Rico, vivamente indignado de tan baja supeditacion, levantó la voz, increpó con vehemencia al canónigo, fué enumerando uno por uno sus crímenes y atrocidades y concluyó asegurando que si este hombre no desaparecia pronto de sobre la faz de la tierra, Valencia caminaba con rapidez hacia su ruina. Temblaba de ira Calvo al escuchar tan enérgicas palabras, desasosegabáanse los demas individuos de la junta, y ya arrastrados por la elocuencia y el ejemplo de Rico iban á fulminar contra aquel un terrible anatema; cuando entra en el salon de las sesiones presidida de espantosos gritos, una banda de las gentes del canónigo que despues de haber inmolado á muchos franceses en sus casas, traia

ocho de estos infelices para asesinarlos en presencia de la primera autoridad. Huyen todos sus miembros poseidos del azoramiento y del terror; Rico mismo teme las asechanzas de su cruel enemigo y se oculta; solo el jesuita permanece impávido y presidiendo el sangriento espectáculo. Estaba Calvo en su elemento y tenia al parecer asegurado su triunfo. Pero el comun peligro unió con fuertes lazos á todas las personas honradas; conjuráronse contra el canónigo y sus secuaces; lograron reunir en la mañana del 7 á todos los individuos de la junta y Rico repuesto ya del primer sobresalto recobró todo su valor y prestigio. A instancia suya, Calvo fué preso, procesado, y enviado á Mallorca. Algunos dias despues y en los últimos del mes de junio, regresó á Valencia de órden de la junta, y abierta su causa y terminada con la mayor celeridad fué condenado á la última pena que sufrió en la cárcel en la tarde del 3 de julio siendo espuesto al público en cadáver el dia 4. Calvo pereció víctima de un cálculo falso como horrible. Creyó dominar la revolucion provocando la anarquía, sin advertir que jamas un tributo ocasional y sangriento ha sido hábil para llevar á cabo este sistema; puede sí relajar por un momento los vínculos de órden, pero su impulso es efimero porque es muy violento; y decaido ya de fuerzas no puede resistir al centripetalismo de las potencias normales que tiende continuamente á recobrar su natural posicion, y la sociedad hondamente herida trata de defenderse con todo el vigor posible. Por lo demas Calvo fué uno de los peores hombres de su tiempo y su nombre obtendrá una triste inmortalidad que empañará en parte el lustre de la patria que le vió nacer. El castigo impuesto á Calvo alcanzó tambien á sus cómplices; creóse un tribunal activo y severo á la par, que hizo perecer á manos del verdugo en el corto término de un mes á mas de doscientos individuos.

El mal era violento é iba cundiendo con una rapidéz espantosa, porque en Castellon de la Plana y en Algora habian asesinado á su respectivo gobernador; fué preciso que el remedio le escediese en magnitud y eficacia.

Aplacada la saña interior era preciso mancomunarse para resistir al enemigo estrangero; Valencia carecia de municiones y pertrechos, pero se les suministró abundantes Cartagena; y las tropas procedentes de la primera ciudad se dividieron en dos columnas; una en número de ocho mil hombres que bajo la conducta de don Pedro Ador-

no se apostó en las Cabrillas y otra que á las órdenes del conde de Cerbellon tomó la ruta de Almansa.

La chispa eléctrica de la insurreccion que habia prendido en casi todas las provincias inflamó tambien el ánimo de los zaragozanos. Nobles, altivos é independientes, irritábales la idea de depender del gobierno de Madrid, instrumento servil y bajo del generalismo francés, y queriendo sacudir yugo tan vergonzoso, depusieron al capitan general Gulltelmi, y encomendaron interinamente el mando superior militar al general Mori. Era este flojo y tímido, cualidades por demas nocivas en el encargado de afianzar una revolucion. Vióle el pueblo perplejo é indeciso; juzgóle poco capaz de llenar debidamente su elevada mision; renovó entonces la memoria de don José Palafox y Mela y al punto partieron cincuenta hombres en derecha al castillo de Alfranca donde se encontraba y para acompañarle en su regreso á Zaragoza. Era Palafox apuesto y gallardo mancebo, contaba á la sazón 28 años de edad, y ya se habia distinguido como patriota honrado y valiente y captándose la voluntad de sus conciudadanos. Acogióle el pueblo con entusiasmo y fervor y le levantó al puesto de capitan general. No desvaneci6 su brillante destino al jóven Palafox; desconfió de sus propias fuerzas y se asoció con el escolapio Bojiero y don Lorenzo Calvo de Rozas, uno de los hombres mas dignos de su época, nombrado entonces corregidor é intendente de la ciudad. No se limitaron á esto los cuidados y desvelos de Palafox; convocó las córtes del antiguo reino de Aragon para que aceptasen y sancionasen las medidas extraordinarias que las circunstancias aconsejaban tomar. La poblacion estaba en muy mal estado de defensa; no habia tropa regimentada, y escaseaban las armas y municiones. el jóven general organizó cuerpos de paisanos que corrian presurosos al llamamiento de la patria; puso á su frente gefes resueltos y entusiastas, y les proporcionó armas en abundancia.

Dos campeones se echaban de menos en el grandioso duelo que iba á inaugurarse y su falta era tanto mas notable cuanto que sobradamente conocida era de antemano su decision y bravura.

La Cataluña y el norte de la Península permanecian silenciosos y pasivos. Habíanse distinguido en todas las épocas los catalanes, por su denuedo que rayaba á veces en temeridad y por su ardiente amor á las libertades patrias, pero estorbábales el tomar un giro conforme y decisivo el hallarse la capital del Principado, Barcelona, en poder

de los invasores. Grande era el obstáculo pero no se entibió el valor, alzóse Lérida contra el usurpador, y á sus ecos de independencia contestaron Tortosa, Villafranca del Panadés, y todas las poblaciones subalternas no ocupadas por los franceses, y horas mas adelante Gerona, cuya futura conducta debia inmortalizarla.

Mas opresas, y sin poder apenas dar respiros á su dolor estaban las provincias Vascas, tan señaladas en la crónica de sus diferentes edades no menos por su inestinguible odio á la tiranía que por su heroico comportamiento en los instantes de tribulacion y azar.

Fronterizas de las Galias é invadidas por ejércitos franceses, hubieron de limitarse por entonces á enviar socorros clandestinos á alguna de las provincias mas limitrofes, á escitar á la desercion á los soldados y espiar una ocasion oportuna para levantar de entre el polvo el estandarte de su independencia.

Tal fué esa famosa conmocion que trajo inmensa copia de gloria y tantos dias de desventura y duelo á nuestro pais.—El hecho es por demas sublime, superior á cuanto se refiere en la tradicion de los siglos, de proporciones tan vastas que apenas sin conocerlas las hubiera podido abrazar la imaginacion. Una nacion, pobre, estenuada victima durante largos años de la rapacidad y dilapidaciones de una corte infecta y corrompida; caída en un abismo de ignorancia, de flojedad, de abandono, por efecto de una administracion viciosa y errónea, anagada en sus mismas entrañas por legiones estrangeras que la habian hollado, poniendo en juego los medios mas pèrfidos y mas arteros, sin capital, sin centro de sus operaciones, sin gefes naturales, sin conocer el espíritu de ejército, con autoridades tímidas las unas y traidoras las otras, levantarse contra un coloso cuyo nombre resonaba con aplauso en todo el ámbito del universo, á quien las naciones mas poderosas habian rendido parias y homenages, á quien jamás habia desairado la fortuna, y á quien protegia un millon de soldados los mejores de su siglo, y grandes generales dotados de un prestigio infinito, de unos talentos estrordinarios y de un valor y de una adhesion sin limites; que poseia ademas la mitad de la Europa como patrimonio de su familia; levantarse contra ese coloso, repetimos, es rasgo que la imaginacion no se atreve á concebir sin estar certificada de su existencia. Mostróse en ocasion tan árdua, limpio y claro el carácter español, sufrido en las vejaciones interiores, paciente y resignado en las revueltas domésticas, pero implacable y

violento cuando se pretendia imponerle un yugo extranjero. Quienes habian conservado vivo durante siete siglos el sentimiento de la propia ofensa para luchar con los hijos de Ismael, no podian desmayar aunque se ofreciese oscuro y lejano el porvenir de este nuevo y sangriento torneo. Por lo demas esta revolucion de sentimientos que debia traer como por la mano la revolucion de ideas, no se inauguró del modo atroz que pudiera esperarse. Vertióse sin duda sangre inocente, pero fué muy poca y en puntos muy contados, y no se olvide nunca al juzgar estos hechos que un pueblo al romper el freno legal, la primera pasion que escucha es la de la venganza.

Mientras la España se mostraba tan grande y magestuosa á los ojos de la Europa y del mundo, allende del Pirineo se verifican diversas escenas, arbitrarias é inícuas unas, feas y degradantes otras y todas dignas de reprobacion y acre censura.

Porfiado Napoleon en llevar á cabo sus intentos ordenó que se reuniesen el dia 15 de junio en Bayona las ya anunciadas córtes. Debian estas, segun la convocatoria espedita sin fecha por el lugarteniente Murat, formarse de los tres grandes brazos del Estado, el clero, la nobleza, ciudades y villas con voto y de algunas corporaciones y constar de 150 miembros. Fácil fué nombrar los diputados, pero no tanto el hacerles marchar á territorio extranjero. De ellos unos como el marqués de Astorga y don Antonio Valdés se escusaron alegando frívolos pretextos, otros aunque pocos como el digno obispo de Orense don Pedro Quevedo y Quintanon, se negaron abiertamente, y con el mayor decoro y valentia.

No podia augurar bien el emperador de resistencia tan paladina y descubierta, pero con la casi prodigiosa fuerza de obstinacion que da al hombre una dilatada série de prosperidades no era fácil que cesase en la prosecucion de sus planes. Con fecha 6 del mismo mes espidió un decreto adjudicando á su hermano mayor José, entonces rey de Nápoles, la corona de las Españas, y ya con anticipacion le habia prevenido que se presentase en el período mas corto posible en el palacio de Marrac. Acató José sin réplica la orden de su imperioso hermano, atravesó rápidamente la Italia y la Francia y tocó en Pau el dia 7 de junio. Recibióle en este punto Napoleon, y subieron á los pocos minutos en un coche que les condujo á la mansion imperial. Durante el camino conferenciaron largamente sobre los asuntos de la Península, y aunque José se negaba á empuñar el cetro de este

país, litigioso é inseguro como se presentaba, hubo de cesar en sus reparos, vista la contraria é inexorable voluntad del emperador. Llegaron pues á Marrac y al punto se avisó á los españoles residentes en Bayona para que pasasen á felicitar á su nuevo soberano. Eran aquellos en número bastante considerable y acordaron nombrar cuatro comisiones, una de la nobleza presidida por el duque del Infantado, otra del consejo de Castilla, la tercera de la inquisicion y la cuarta del ejército. Forjáronse presurosamente las felicitaciones, y aquellos españoles tan degradados y abatidos, como arrogantes y dignos sus hermanos, las sometieron á la censura del emperador. Sin embargo una cláusula restrictiva que el del Infantado había aventurado en la esposicion de la grandeza irritó en tales términos al emperador, que sin ser dueño de sí mismo, asió al duque con violencia, le denostó, y cargó de amenazas é improperios. Este inaudito arranque de cólera produjo el efecto deseado; corrigióse la esposicion y una despues de otra las cuatro comisiones procedieron á la lectura de la suya respectiva en presencia del nuevo rey, cuyas medidas frases, y demostrados pensamientos daban bien á entender su deseo de captarse la voluntad de los que mas en el nombre que en la realidad iban á ser sus súbditos.

Por este tiempo los príncipes españoles encerrados en Valencey, Fernando, su tío y sus hermanos, por quienes se aparejaban tan costosos sacrificios, dirigian al nuevo rey felicitaciones por su próspera fortuna, pero en language tan humilde y con tenor tan rebajado que en boca de un particular, hubieran pasado por la mas insigne muestra de rastrera adulacion. Fernando VII, el ídolo de los españoles, mendigaba la adopcion del emperador y decia que se consideraba como de su augusta familia porque esperaba alcanzar la mano de una de sus sobrinas. Cuando la desgracia hace á los príncipes tan menguados, no hay términos para dolerse del advenimiento del día en que renazca su prosperidad.

Era en el entre tanto llegado el 15 de junio y se procedió á la apertura de las córtes. Presidíalas el ministro Azanza, quien no anduvo avaro de lisonjas tributadas á Bonaparte en un discurso que pronunció. Dos fueron los principales trabajos de estas córtes; el solemne reconocimiento de la dinastía napoleónica en la persona del rey José y la aprobacion de un código constitucional. Verificóse el primero el día 17 de junio, dos despues de la apertura, difiriéndose

el segundo hasta el 30, siendo en el 7 de julio en el que José otorgó su sancion y solemne juramento. Constaba la nueva constitucion de 146 artículos, y era mas bien que el sólido armazon de un gobierno representativo, la mal encubierta cadena que á la larga nos uniría á la Francia, pues creando comunidad de intereses habian de producir fusion entre ambas familias políticas. Rama exótica, ingerida en el vigoroso árbol de nuestras costumbres habria perecido sin duda antes de brotar frutos por primera vez. En nuestro pais como en cualquier otro aquella constitucion solo hubiera servido para guarecer al despotismo.

Ceñida ya su frente con la diadema española creyó José que debia pensar ante todo en la organizacion del gobierno. Decidido á rodearse de los hombres mas distinguidos del pais, cometió el ministerio de Estado á don Mariano Luis Urquijo, el de negocios estrangeros á don Pedro Ceballos, el de Gracia y Justicia á Peñuela y el de la Guerra á Ofarril, dando el de Indias á Azanza, el de Marina á Mazarredo y el de Hacienda al conde de Cabarrús; francés, ventajosamente conocido en nuestra patria por sus conocimientos financieros. No todos los ministros eran apasionados ni afectos á la dinastía del usurpador, pero lo eran los mas y en los repisos hizo el temor las veces de la espontaneidad. Pero ni recelos, ni alhagos ni promesas bastaron á vencer la constancia del ilustre don Melchor Gaspar de Jovellanos. Este esclarecido patricio á quien se queria encomendar el ministerio del interior rechazó con generosa indignacion este cargo, y viéndose por todos lados abrumado de instancias, respondió á los ministros, al emperador y al nuevo rey, que cuando la causa de la patria fuese tan desesperada como ellos se pensaban seria siempre la causa del honor y de la lealtad y la que á todo trance debia preciarse de seguir todo buen español. Entera respuesta que dejó por entonces bien asentado su carácter y le aseguró para el porvenir contra los tiros de la envidia y de la maledicencia.

Por lo demas no habian permanecido inactivas las legiones del usurpador al contemplar nuestro heroico alzamiento. Mandaba á lo largo de las vertientes del Duero y del Pisuerga y hasta en el riñon de Vizcaya el mariscal Bessieres, cuando llegó á sus oidos el relato de lo acaecido en Santander el 22 de mayo; inmediatamente dispuso que partiesen á este punto con propósito de reducirle, algunas tropas acaudilladas por el general Merle. Púsose aceleradamente Merle

en camino, pero recibió contraórden para retroceder sobre Valladolid, cuyo reciente pronunciamiento trastornaba las primeras miras del mariscal. Revolvieron pues contra la capital de Castilla los franceses, demostrando ya un lujo de devastacion, que por lo menos era tan impolítico como inhumano y feroz. Abrasaron al paso á Torquemada, y llegaron el 11 á Cabezon donde les esperaba el general Cuesta al frente de escasísimas tropas, indisciplinadas y sin táctica ni conocimientos militares. Al primer choque se desbandaron los reclutas, y solo el batallon de estudiantes se defendió con empeño, pero acosado por cuerpos cuya superioridad en todos sentidos era tan palpable, hubo de ceder, replegarse y pronunciarse al cabo en retirada. Dueños los enemigos del campo de batalla, lo fueron tambien de la ciudad; el dia 16 de junio penetraron en ella precedidos de las autoridades que habian salido á recibirles. Apagado el incendio en un punto, natural parecia que se corriese á extinguirlo en otro. Merle combinó sus operaciones con las del general Dulos, se arrojó con osadía sobre Santander; derrotó á sus bisonos defensores, y se apoderó de la ciudad el 12. Huyeron el obispo y la junta, y el general francés exigió á los habitantes una contribucion cuantiosa.

Tomaban tambien vigor con éxito desdichado las operaciones militares en Aragon. Atacaban los invasores á Tudela comandados por el general Lefebre Desnouett, y con intento de observarles salió de Zaragoza el marqués de Lazan, á quien hemos visto renunciar los favores y proteccion del generalismo en las aras de su patria. Rápido y poco pensado fué el desastre de Lazan; el 11 entraron los franceses en Tudela, el 12 avistaron á las tropas españolas en los alrededores de Mallen, las acometieron con brio y las pusieron en desorden. El marqués recogió como mejor pudo las reliquias de sus tercios y se retiró á Gallar donde tuvo que sostener el 13 otro choque, no menos funesto. Llegó á Zaragoza el anuncio de tan infaustas nuevas y á fin de prevenir sus efectos juntó Palafox una division de cinco mil hombres, casi todos paisanos y voló al encuentro del enemigo. Dióle frente en los campos de Alagon y en ellos se trabó el combate. Mayor fué en este trance el ardor que la ventura del general español.

Las maniobras del enemigo, auxiliadas poderosamente por la incapacidad de nuestros reclutas, gente inesperta y sin foguear, produjeron un resultado veloz. Amilanado el paisanage por los frecuen-

tes disparos de la artillería francesa, empezó á desbandarse, y de pronto se encontró Palafox con solos doscientos de los suyos. Juzgando entonces imposible prolongar la lucha con fuerzas tan menguadas, el gefe aragonés se retiró inmediatamente en muy buen orden.

Gananciosos y arrogantes andaban hasta ahora los franceses, pero les volvió la suerte el rostro en Cataluña. Temia Napoleon el carácter obstinado y decidido de los hijos de Aragon, y como esta provincia se hallaba desguarnecida de huestes invasoras mandó que fluyesen á ella algunas tropas procedentes de Cataluña.

Dos divisiones acaudilladas por los generales Schuwart y Chabran salieron de Barcelona el 4 de junio para dirigirse al litoral del Ebro. Avanzó Schuwart sin recelo y con ánimo de penetrar en Manresa, pero los somatenes de esta ciudad confederados con los de Igualada y San Pedor se apostaron en las alturas del Bruch resueltos á disputar al francés este paso. Atacaron los enemigos con su impetuosidad acostumbrada, pero fueron rechazados y la agresion se convirtió pronto en defensiva, que al cabo se hizo insostenible, viéndose precisado á emprender su retirada que fué harto molestá y trabajosa, pues los victoriosos somatenes siguieron picando su retaguardia hasta que penetró en Martorell.

No tuvo éxito mas lisonjero la tentativa de Chabran, pues si bien cebó su saña en las desgraciadas poblaciones de Arbós y Villafranca del Panadés vióse obligado á regresar á Barcelona en virtud de orden del general en gefe Duchesme. Avergonzaronse los soberbios conquistadores de verse vencidos por una turba de paisanos, y queriendo lavar su afrenta y castigar á los manresanos por su bravura, partieron de nuevo de Barcelona los generales Schuwart y Chabran con las huestes de su mando. Esperábanles prevenidos los somatenes habiendo colocado algunas piezas de artillería en las eminencias del Bruch. Acaudillábales don Juan Baguet, sugeto que en esta ocasion desplegó tanto valor como ingenio. El amor propio ofendido suele hacer algunas veces prodigios; aquellos altivos militares que habian doblado por primera vez su cerviz en el largo espacio de mas de diez años, acometieron con singular denuedo y esfuerzo, mas todos sus conatos se estrellaron contra el valor y la constancia catalana; tenazmente repelidos en todos los puntos de ataque volvieron de nuevo el rostro hácia la capital del Principado y entraron en ella con quinientos hombres y algunos cañones de pérdida.

La doble rota experimentada por los franceses en el Bruch, confirmó á Duchesme en su primitivo plan: el de dejar espeditas las comunicaciones con el territorio imperial. Llevado de semejante intento salió de Barcelona en la mañana del 17 de junio, acaudillando tres ó cuatro mil infantes y dos mil quinientos caballos con algunas piezas de artillería. Tomó la ruta de Hostalrich y avanzó sin obstáculo hasta las faldas del Mongat. Coronaban las cimas de este nueve mil paisanos procedentes del Vallés, que atacados vigorosamente de flanco se dispersaron con grande facilidad.

Ensañóse en los vencidos el ejército usurpador, y llegó siempre avanzando á las puertas de Mataró. No flaquearon sus habitantes al aspecto del terrible enemigo; defendiéronse con bizzarria pero fueron bien pronto arrollados, y los franceses penetraron en la ciudad el mismo 17, donde repitieron sus ultrajes á la propiedad, al pudor y á la humanidad entera.

Talando y asolando cuanto se ofrecia á su posibilidad, se presentaron los franceses á la vista de Gerona el dia 20. Defendia la ciudad un destacamento de Vitoria consistente en 300 hombres, acaudillados por el coronel Udally. Suplia el denodado civismo de los geroñeses, su falta de fuerzas regulares; todos los brazos útiles se alargaban en busca de armas y belicosos pertrechos. El destacamento de Vitoria rechazó intrépido y sereno al pujante enemigo que se acercó á la puerta del Cármen y fuerte de Capuchinos, y de una y otra parte se habian dado ya muestras de arrojo y bravura cuando la noche pareció venir á aquietar las hostilidades.

No fué así sin embargo; los franceses fiando mas á la sorpresa que al denuedo y prevaliéndose de la oscuridad atacaron sucesivamente los baluartes de Santa Clara y San Pedro, pero el fuego infernal y mortífero que vomitaba el de San Narciso y la brava conducta de los soldados de Vitoria, les hicieron desistir de una empresa cuyas dificultades no habian pesado bien en su arrogancia. Emprendieron pues su retirada en la mañana del 21 y hostigados por los somatenes llegaron á Barcelona con una baja de mas de setecientos hombres.

La guerra de los somatenes era porfiada, cruda y sin tregua. El general Chabran queriendo penetrar en el Vallés, fué acometido por el paisanage acaudillado por don Francisco Millans, y puesto en vergonzosa fuga. Al propio tiempo la gente de don Juan Baguet llena de

alientos y resolución recorría las inmediaciones de Lérida, Hostal y Esparraguerra, llegando algunas veces hasta el radio de la misma capital.

Ya antes temeroso el gobierno de Madrid de que se alterase la tranquilidad pública en Sevilla había ordenado á Dupont que partiese para Andalucía. Abandonó Dupont á Toledo el 24 de mayo llevando bajo su mano cerca de 12,000 hombres. Penetró pues en el meridion de la Península sin que obstáculos poderosos entorpeciesen su marcha. Rebosaba su campo en víveres y el pais fértil por naturaleza le brindaba con una subsistencia segura. Dominado por semejante cálculo y á fin de acelerar su marcha dejó almacenadas en Santa Cruz de Mudela cuantiosas provisiones, confiando su custodia á un destacamento de cuatrocientos hombres. Adelantábase pues con singular confianza y el 7 de junio pernoctó en Andujar. Supo aquí no sin sorpresa que los españoles se aprestaban á disputarle el paso del Guadalquivir. Avanzó entonces con cautela pero sin ningun género de temor, y se encontró en las cercanías de Alcolea con un puente guarnecido con algunos cañones, con un cuerpo de caballería desparmada á lo largo del rio y varios pelotones de infantes, en su mayor parte formados por paisanos provenientes de Sevilla. Era cabeza de los nuestros don Pedro Echevarri, nombrado general por la junta de Córdoba. Atacar los franceses el puente, aniquilar sus fuegos, y poner en fuga á los que le defendian fué obra de pocos minutos. La caballería jugó durante mas tiempo con acierto pero sin ventura hasta que reconociendo la superioridad de la contraria hubo de retirarse. Echevarri con pocos de los suyos se guareció en lugar lejano y dejó á Córdoba á merced del vencedor.

Presentóse este delante de sus puertas, y los cordobeses, bien por creerse débiles, bien por temor de correr los azares de un sitio, bien quizá por sentirse inhostiles, apagada ya la exaltacion del momento, pretendieron capitular. A punto de acabarse estaban los tratos entre una y otra parte, cuando se percibieron uno ó dos tiros disparados fortuitamente.

Aprovechóse de esta ocasion y pretesto el general frances; hizo derribar una de las puertas y penetrando en la ciudad, anduvieron los franceses tan sin freno y comedimiento, que saquearon las casas, profanaron los templos, mancillaron el pudor de las vírgenes, espoliaron las casas públicas y se ennegrecieron con todo género de atro-

ciudades. Violencia inaudita capaz de escitar por sí sola una guerra sangrienta cuanto mas de encrudecer una tan robusta y basamentada, y que debia tener su espiacion porque al fin y al cabo todos los crímenes la tienen.

Cúpoles temprana parte de esta á los cuatrocientos franceses quedados en Santa Cruz de Mudela.

Levantóse contra ellos la poblacion é inmoló á muchos, huyendo los demas hácia Valdepeñas. Mas esta villa fuéles tambien hostil, por manera que se vieron precisados á esquivar su entrada y presencia, y á retirarse á parage bastante lejano. Viéndose aquí participaron á la division francesa mas inmediata su apurada situacion.

Al punto marchó en su ayuda el general Lijer-Belair con seiscientos caballos y ginetes, é incorporados esta tropa de refresco con la fugitiva revolvieron una y otra contra Valdepeñas con propósito de hacer terrible escarmiento. Angustiado estaba el pueblo sin saber qué partido adoptar, hasta que al fin se les ocurrió uno muy ingenioso y le pusieron en planta sin vacilar.

Consistia este en sembrar de clavos la calle principal obstruyendo las inmediatas y en cortarlas con maromas que abrazaban toda su latitud, ocultas como tambien los clavos bajo una doble capa de arena.

Avanzan los caballos de Belair, pero quedan al poco rato inmóviles, y entonces el francés lleno de ira mandó prender fuego á los edificios. Las llamas consumieron ochenta edificios, y solo una capitulacion pudo cortar aquellas escenas de asolacion y dolor.

Conociendo Dupont que su posicion era cada vez mas crítica, abandonó á Córdoba y se retiró á Andujar, pero noticioso al propio tiempo que los habitantes de Jaen habian dado muerte á un comisionado francés quiso saborearse con el bárbaro placer de la venganza, y envió á aquel desventurado pueblo á un oficial con unos cuantos soldados, quienes se ensayaron en todo linage de tropelias y abominaciones.

Menos venturosa suerte le habia cabido á Moncey en su expedicion á Valencia; vencedor en Pajazo y en las Cabrillas se presentó á la vista de Valencia el dia 17 de junio y la acometió con singular esfuerzo y pericia, pero los nobles hijos de aquella poblacion prevenidos del peligro por el padre Rico, fugitivo de las Cabrillas, improvisaron algunas malas obras de fortificacion y se defendieron con tanto arrojo y heroismo que obligaron al experimentado mariscal á le-

vantar el sitio retirándose á Albacete con pérdida de dos mil hombres. Entre los muchos que se distinguieron en tan gloriosa defensa debe hacerse honorífica mencion del religioso Rico y de un mesonero llamado Miguel García, quien solo y á caballo hizo siete salidas por una de las puertas mas combatidas, consumiendo en ellas cuarenta cartuchos.

o Pero en guerra de semejante índole las victorias debían darse la mano con las derrotas. Una y muy notable padeció el cuerpo de ejército acaudillado por los generales Cuesta y Blake, fuerte de veinte y dos mil infantes y quinientos ginetes. Colocado imprudentemente en una posicion deventajosísima y embestido con impetu por las agueridas tropas del mariscal Bessieres se desordenó bien pronto y los dos referidos gefes se precipitaron en la fuga con las reliquias de sus rotas columnas. De este desastre apodado de Palacios por el sitio en donde se verificó, nacieron las mas funestas consecuencias; el orgulloso Bessieres penetró en Rioseco en cuyo punto el desenfreno corrió parejas con la mas refinada crueldad.

o Víctima fué tambien de la saña francesa la desgraciada ciudad de Cuenca. El general Colincourt, enviado por Savary que habia reemplazado á Murat, ido por aquellos dias enfermo á tomar las aguas termales de Bareje en Francia, siguiendo las instrucciones mas inhumanas, y abandonándose á las intenciones mas desoladoras puso al mismo nivel el honor de las mugeres y la vida de los hombres. Ni la tímida inocencia, ni la decrepitud fueron títulos suficientes á calmar el furor de los imperiales. Los instrumentos de una mala causa, no saben poner límites á su ferocidad; por eso los conquistadores y sus tropas han cometido en todos tiempos excesos tan punibles.

o Corriendo estos tiempos y acaciendo los sucesos que acabamos de relatar vino á la Península el nuevo rey José Bonaparte. Acogieronle los pueblos del tránsito con notoria frialdad, que en Madrid rayó ya en mal reprimidos conatos de hostilidad nacidos de una aversion profunda. Escepto su carácter de intruso ninguna otra cualidad hacian á este principe indigno del aprecio de los españoles; la historia de aquellas épocas nos le representa como adorno de muy buenas prendas, de regular talento, vasta instruccion, de exterior ayentajado, afable y atento. El 20 de julio entró en la metrópoli de la monarquía, instalándose en el palacio de nuestros antiguos soberanos, y el 25 fué el dia designado á su solemne jura y promulgacion. To-

autoridades, corporaciones y categorías sociales y políticas acataron su potestad excepto el Consejo de Castilla, que se resistió con noble entereza. Habíase mostrado antes flojo, desmadejado y apático, y quiso borrar ahora con un comportamiento enérgico y patriótico la mancilla que había recaído sobre su conducta.

A la desazon y profundo desasosiego que debían producir en el ánimo del nuevo monarca esta repulsa de tan encumbrada corporación agregóse muy luego el de un desastre considerable ocurrido á las legiones francesas. Decíamos mas arriba que Dupont retirándose de Córdoba se había acantonado en Andujar; pues bien; conocedoras de este movimiento las divisiones andaluzas que guiaban los generales Castaños, Reding, la Peña y Compigni, sumando un total de veinte y siete mil infantes y dos mil caballos, avanzaron para dar frente á Dupont que auxiliado por los generales Vedel, Gobert y Liger-Belair y sostenido por numerosos cuerpos de tropas veteranas se proponía á su vez desafiar á su enemigo. Ya desde los primeros días de este movimiento general en aquella línea se habían empeñado algunos choques parciales sí, pero muy desventajosos para los franceses; Liger-Belair huía derrotado, Gobert estaba muerto, y su colega Dafour, se retiraba velozmente despues de sufrir un fuerte descalabro. La vanguardia de nuestro ejército mandada por el general Reding, se adelantaba siempre con direccion á Andujar; en las inmediaciones de Bailen encontró al enemigo y aquí se trabó la accion. Peleóse de una y otra parte con igual valor y encarnizamiento, nuestros soldados, bisonos todavía, rechazaban denodadamente los impetuosos ataques de las legiones imperiales, y estas despues de doce horas de mortífera lucha se vieron imposibilitadas de manejar las armas. Ajustóse entonces un armisticio y poco despues se concluyó un tratado en virtud del cual depusieron las armas diez y siete mil franceses.

Tuvieron ademas tres mil muertos y el vencedor recogió las águilas y artillería, preciosos trofeos de accion tan señalada. Este renombrado hecho de armas ocurrido en las cercanías de Bailen el día 17 de julio de 1808 fué el mejor cimiento de nuestra gloria y la fianza mas sólida de nuestro porvenir. Su influjo moral entonces fué inmenso, y obró muy sensiblemente sobre la suerte de la Península entera.

Apenas se esparció por Madrid la nueva de acontecimiento tan

fausto, creyó José peligroso permanecer mas tiempo en este punto y se apresuró á trasladarse al litoral del Ebro, á Burgos, antigua capital de Castilla.

Enlazábase con este triunfo otro de mayores proporciones. Derrotados Lazan y Palafox, el francés Desnuest se encaminó prestamente á Zaragoza. Esta plaza sin soldados, sin cercas, sin mas defensa que los pechos de los habitantes, cerró no obstante sus puertas al arrogante invasor: no entibió el ánimo y esperanzas de los imperiales semejante resolución, creyeron por el contrario que un populacho, sin organizacion, sin caudillos y arrastrado á su entender por una especie de vértigo cederia bien pronto á las prácticas legiones de Bonaparte, pero olvidaban que si alguna afeccion eleva á los hombres casi sobre el nivel de la naturaleza, es el amor patrio escitado en buenhora; pasion la mas grande y sublime aunque poco frecuente, cuando aparece subyuga á todas las demas. Formalizóse el sitio, y adquirió un carácter tal de gravedad é importancia, que atrajo sobre sí los ojos de toda la España; hubo asaltos, bombardeos, salidas y reñidos encuentros, y despues de haber hecho prodigios de valor los zaragozanos, de haber ostentado la mayor tenacidad los franceses, de haber vomitado un fuego destructor las baterias de estos sobre la noble ciudad por espacio de mucho tiempo, y de haberse prolongado el cerco por espacio de dos meses, desde el 13 de junio hasta el 15 de agosto quedaron humillados los fieros de aquellos altivos conquistadores, viéndose precisados á retirarse aceleradamente llevando consigo el baldon del vencimiento, la pérdida de tres mil de sus mejores soldados y su principal general herido. Dificil es tocar, en el corto cuadro que nos hemos propuesto bosquejar, todos los grandes hechos que en aquellos dias distinguieron á los zaragozanos conquistándoles un inmarcesible laurel; sin embargo sopena de dejar descolorida esta reseña no podemos omitir la narracion de algunos por demas altos y grandiosos. Cuando los sitiados se hallaban en la situacion mas crítica, cuando los franceses despues de cien encarnizados combates habian logrado apoderarse del hospital y del convento de santa Engracia, edificios fuertes, y de gran consideracion, Lefebvre Desnuest intimó á los zaragozanos la rendicion, mandando á su general este lacónico mensaje: — Cuartel general de santa Engracia. — Paz y capitulacion. — El jóven Palafox respondió sin vacilar. — Cuartel general de Zaragoza. — Guerra á cuchillo.

Quando en los primeros dias, lejos Palafox de los muros, destituidos de recursos y sin esperanza de obtenerlos, parecia deber extinguirse el fuego de los habitantes de Zaragoza consiguiendo la reflexion lo que no habia logrado el aspecto del peligro, aquel pueblo de héroes, resonó con un juramento terrible, con el de perecer todos sus individuos antes que sugetarse á la dura coyunda de sus adversarios. Y al lado de estos rasgos de generosidad y de patriotismo que podian imputarse á la generalidad de la poblacion hay tambien otros muy dignos de determinados individuos. En obsequio de la brevedad citaremos solo el de una jóven llamada Agustina Zaragoza. En la puerta denominada del Portillo habia una bateria española, rodeada de cadáveres. Nadie se atrevia á acercarse á aquel recinto de la muerte, pero Agustina que lo observaba y que conocia ser aquel punto de la mayor importancia, se acercó silenciosa, toma una mecha, la aplicó al un cañon y permaneció allí impávida y serena. El ejemplo de esta muger admirable estimula á los circunstantes; muchos corren á su lado y disputan al francés aquel sitio con gloria y con ventaja.

Duro y casi simultáneo escarmiento recibian los extranjeros en Cataluña. Deseando Duchesne lavar con una venganza inaudita el descalabro sufrido delante de Gerona, partió de Barcelona al frente de una respetable cohorte y llegó el trece de agosto á la vista de Gerona, pero solo logró en esta jornada aumentar la afrenta recibida en la anterior pues una impetuosa salida de los sitiados puso en desorden sus tropas obligándole á emprender su regreso á Barcelona, perdiendo parte de la artilleria en las escabrosidades del camino.

Alternativa y vacilante se mostraba la fortuna á los defensores de la causa legítima en Portugal. Un movimiento diestro y bien combinado del general francés Loisson desconcertó al español Moreti y al portugués Deite, pero el arribo á aquellas costas de una escuadra británica que conducia á bordo dos ó tres divisiones inglesas, regidas por el teniente general Sir Arturo Wellesley, volvió de malo en bueno el rostro de los acontecimientos. Apenas pisó el breton el territorio lusitano, empezó á cubrirse de honrosos laureles; Columbeira fué el primer teatro de sus hazañas y en él quedó derrotado el imperial Delaborde.

Noticioso Junot de este suceso, fluctuó algun tanto entre la indignacion y el asombro, pero conociendo al fin que su situacion era

sobrado crítica y embarazosa llamó á sí todas las fuerzas francesas derramadas por todo el diámetro del territorio portugués y quiso ahorrar parte del camino al victorioso Wellesley. Avistáronse por fin el dos de agosto en las inmediaciones de Torres-Vedras y se empeñó la acción. Valor, disciplina y serenidad manifestaron los ejércitos de ambas coronas pero el de los aliados, con los alientos y ufanía del triunfo anterior hizo un esfuerzo extraordinario y arrolló á sus enconados rivales. Junot desairado por la victoria apeló á las capitulaciones y convino en el tratado denominado de Cintra, aunque ajustado en Lisboa en 20 de agosto. Según el espíritu y letra de este tratado las legiones francesas debían evacuar el Portugal y dirigirse á su país, y quedaba reconocida por las dos grandes potencias beligerantes la neutralidad de los puertos de aquella nación. Pero como la ansia de ventajas y especialmente si se reportan sobre enemigo tan odiado es inestinguible, calificóse de floja y mal fabricada la convencion de Cintra y se elevaron tantas quejas y reclamaciones que dificultaron en parte su ejecución.

Mientras tan venturosa era se abría en los principales costados de la Península, el norte de ella era testigo de bien crueles reveses. Bessiéres aunque escaso de fuerzas recorría victoriosamente aquellos contornos y habiéndose aventurado con poca prudencia los habitantes de Bilbao, fueron hechos pedazos por el general Merlin. Los infelices bilbainos que cayeron en poder de Merlin experimentaron sangrienta y desdichada suerte.

Así las cosas, y habiendo arraigado y ramificándose prodigiosamente la guerra se pensó en la necesidad de concentrar el poder gubernativo, tan derrochado y fraccionado á la sazón, que no podía esperarse la apetecida uniformidad en todos los movimientos de la rueda política. Habíanle ejercido las juntas de provincia cuyas atribuciones soberanas chocaban ya entre sí, y podían producir colisiones muy funestas al país. Por otra parte como los que constituían las juntas eran hombres ocasionales, buenos patricios sí, mas por lo general carecían de aptitud, de pericia, de nombre, conocimientos y tino para manejar sin equivocarse los numerosos hilos del gobierno en época tan turbulenta, y que amenazaba ser muy duradera. Faltaba además un comun pensamiento en las operaciones militares y por último el abuso habia corroido aquellas corporaciones, escenciales mientras fueron oportunas.

Mas aunque la opinion pública apreciaba en todo su valor estas consideraciones, vacilábase sobre la eleccion de cuerpos ó personas á los que debía someterse tan alto cometido; quiénes opinaban por el consejo de Castilla y aun este mismo hizo asíduas y constantes gestiones; quiénes finalmente proclamaban una junta central compuesta de diputados provinciales. Este último dictámen fué el que prevaleció. La central compuesta de veinte y cuatro individuos nombrados por las juntas de provincia se instaló en Aranjuez el dia 27 de octubre y tomó el pomposo título de junta suprema, central, gubernativa del reino. Tuvo por presidente al renombrado don José Moñino, conde de Floridablanca y se contaban entre sus miembros al ilustre don Gaspar Melchor de Jovellanos, á don Antonio Valdés, hombre probo é instruido, que habia desempeñado lealmente el ministerio de Marina, y á don Lorenzo Calvo de Rozas cuyo patriotismo y valentía influyeron muy principalmente en la salvacion de Zaragoza.

A pesar de contar en su seno con tan distinguidos patricios, á pesar de haber sido saludada por la nacion con inesplicables muestras de júbilo y entusiasmo, la central empezó su administracion con providencias muy poco cuerdas.

Cuando todos trabajan espontánea y asiduamente por el bien común, debe haber muy pocas distinciones sociales y políticas, y si solo las que marque la organizacion y disciplina. Lejos de conocer este principio apenas se instaló la central confirió respectivamente los títulos de Magestad, Alteza y Escelencia, á la corporacion entera, á su presidente, y á cada uno de sus vocales. Ni se limitaron á esto sus providencias nacidas de un deseo poco honroso sin duda; adjudicóse á cada uno de sus miembros la cantidad anual de 120,000 reales y esto cuando la penuria de la nacion era ya crecida, y la guerra absorbiera tantos tesoros. Censuróse tambien el que hubiese restablecido los jesuitas, ahogado la poca libertad de imprenta que entonces se obtenia y rehabilitado el cargo de inquisidor general. Sin embargo muchos no se apercibieron de la índole de estas determinaciones, atentos como estaban á observar la rapidez y progresos de la lucha cada vez mas gigantesca.

El ejército de Galicia, siempre conducido por Blake, reparado del reves experimentado en Palacios, y fuerte de 22,728 infantes con 400 ginetes se corrió mas hácia el norte y cayó sobre Bilbao. Fuese falta de actividad, fuese defecto de combinacion, lo cierto es

que esta jornada no arrojó todos los favorables resultados que habia derecho á esperar; el general Merlin que guarnecía la plaza se salvó con sus tropas cuando, muy inferiores en número, debieron quedar hechas piezas por los esforzados gallegos. Eslabonábase á este un hecho noble y digno ocurrido en las tierras de Cataluña.

Amparaba á Lerin don Juan de la Cruz con mil hombres, pero acometido de pronto é impetuosamente por seis mil contrarios hubo de acogerse á un edificio inmediato donde se defendió desesperadamente, sin víveres ni provisiones por mas de veinte y cuatro horas. Acaso hubiese llevado adelante tan gallarda defensa si no se desvanecieran las esperanzas de un socorro que le habian prometido, pues entonces acosados él y sus soldados, de la hambre, la sed y la fatiga hubieron de entablar capitulaciones. El general francés, prendado de tan noble comportamiento les otorgó honrosas condiciones. El hombre que llena con dignidad sus deberes es respetable aun á los ojos de sus mas encarnizados enemigos. En estos dias el general Pignately que protegía á Leon con recias columnas, atacado por el mariscal Ney huyó hasta Cintruénigo como poseido de un terror pánico, dejando en el camino su artillería.

Decidido el emperador á sojuzgar á la nacion española, que con tanta gloria y denuedo empezaba á sacudir las redes que le habia puesto una política artera, sacó nuevos refuezos de tropas, escogió sus mas afamados capitanes para que pasaran á combatir la Península y él mismo se puso aceleradamente en marcha para Bayona á cuyo punto llegó el 29 de octubre. Ascendia por entonces el ejército del usurpador al imponente número de ciento cincuenta mil hombres y cincuenta mil caballos, tropa florida y brillante que bajo la conducta de los mariscales, Bessieres, Moncey, Ney, Lefebre, Mortier, Victor y de los generales Junot y Saint-Cir, iba á arrojarse al seno de nuestra atribulada patria.

Activo el emperador permaneció bien poco en Bayona; el 8 de noviembre atravesó el Vidasoa y en el mismo dia llegó á Vitoria donde se encontraba á la sazón su hermano José. Acompañábanle los generales Soult, duque de Dalmacia, y Lannes, duque de Montebello, soldados ambos de gran reputacion. No tardó en conocerse el influjo y presencia del temido conquistador en el éxito de la campaña. Siguiendo sus instrucciones el mariscal Lefebre avanzó al frente de veinte mil hombres, al encuentro de Blake que tenia diez y seis

mil en las cercanías de Zornoza. La prudencia desaconsejaba un combate en que las fuerzas eran tan desiguales, pero el general español escuchó solo los avisos del valor. Arremetió el francés con bríos, y aunque de parte de los nuestros hubo denuedo en la defensa viéronse por último precisados á retirarse, acampando cerca de Balmaseda. Infatigable el francés siguióles al alcance, renovóse el choque y la matanza pero tambien el desdoro de las legiones españolas, que por segunda se retiraron si bien se logró lavar en parte pocos dias despues la afrenta de esta jornada, pues nuestra caballería mandada por Porlier cayó impetuosamente sobre la division Villatte, precipitándose hácia la gente de Acebedo que acabó de derrotarla. Pero este ligero triunfo obtuvo una compensacion muy dolorosa. Los mariscales Lefebre y Victor, á la cabeza de cincuenta mil hombres, se propusieron aniquilar á Blake y despues de arrojarle con notable pérdida de sus posesiones de San Pedro de Grediés, presentaron batalla formal y reñida en los campos de Espinosa de los Monteros. Brava fué la conducta de unos y otros en esta memorable accion; la victoria quedó indecisa el primer dia pero al segundo nuestras tropas estenuadas por el cansancio, y considerablemente desmembradas aguantan poco tiempo las cargas de los contrarios y se pronuncian en la mas desordenada fuga. Algunos millares de fugitivos lograron reunirse en Reinosa. Esta infausta accion costónos cara y abundante sangre; en ella perecieron los generales Riquelme y conde de San Roman, y quedaron heridos los de igual clase Quiros, Valdés y Acebedo.

En el entretanto Napoleon seguido del cuerpo de ejército que dirigia Bessieres se dirigia al corazon de las Castillas. Opúsole un puñado de gente el conde de Belveder gobernador de Burgos, pero pronto quedó deshecho y el altivo conquistador siguió imperturbable su camino. Sin embargo todavia no estaban completos los planes del emperador; el ejército de la izquierda se hallaba, es verdad, vencido y destrozado, pero quedaba en pié el del Centro, si no muy numeroso, al menos bastante robusto y sin haber probado todavia las amargas consecuencias de la última campaña. Mandábale á la sazón el general Castaños aunque por entonces se pensó en substituirle el marqués de La Romana. El duque de Montebello y el mariscal Ney recibieron de su señor órden de desbaratar este ejército. Traia el primero bajo su fuero, treinta mil infantes, cinco mil caballos, y

era caudillo el segundo de veinte mil combatientes. El general español con treinta y siete mil de los suyos, tenia que cubrir una línea de cuatro leguas, cuyas estremidades se apoyaban respectivamente en Tarazona y Tudela. No era esta buena circunstancia para resistir con ventura el violento empuje de las legiones imperiales. Con efecto nuestros soldados atacados cejaron pronto y los del emperador levantaron al aire la palma de la victoria. Entonces el emperador aceleró su viaje; llegó á la falda del Somosierra y arrollando á algunos miles de españoles que bajo la conducta del general San Juan, coronaban las alturas y defendian este paso importante, siguió rápidamente hácia la capital. La central viéndose amagada de cerca se trasladó á Badajoz y poco despues á Sevilla. Madrid opuso al enemigo corta resistencia y habiendo este abierto profunda brecha en la muralla del Retiro, se precipitó dentro de la cerca, internóse en las calles, forzó el paso de la de Alcalá y obligó á los madrileños en pedir capitulaciones. Otorgóselas Napoleon aunque contando con el auxilio del tiempo para violarlas sin peligro. Fijó el emperador su residencia en Chamartin, y solo un dia y clandestinamente vino á Madrid á visitar el régio Alcázar.

Aunque las reformas de un pais sean en su fondo útiles y justas, vienen á convertirse en malas si resultan inoportunas, por que la de las circunstancias es la mas fuerte de las leyes. Napoleon llevado de su genio reorganizador hizo en España algunas innovaciones no vituperables en su esencia, pero que entonces condujeron al mayor desabrimiento de los ánimos. Abolió la inquisicion, suprimió el consejo de Castilla y la tercera parte de los conventos, y restableció la libertad de imprenta. Esta conducta laudable quizá, volvió contra él el encono aun de los mas indiferentes y apáticos.

Cada dia nuevas desgracias; por momentos la causa de nuestra independenciam iba perdiendo medios de sustentacion materiales aunque ganaba en magestad y grandeza moral. Las derrotas se habian repetido y el infortunio traído á nuestros ejércitos la indisciplina, su frecuente compañera. Los fugitivos de Somosierra se habian reunido con su gefe el general San Juan en Segovia, mas apenas tuvieron noticia los soldados de que este denodado y entendido militar pensaba dirigirse al socorro de Madrid desertaron casi todos. San Juan seguido de unos pocos llegó hasta Talavera. Aquí se le incorporaron muchos de los dispersos y queriendo el general poner con el escar-

miento un coto á tan temibles demasias, usó de rigor con los soldados, mas estos exasperados le acometieron en su habitacion y aunque se defendió con valentía, sucumbió al cabo bajo los innumerables golpes de aquellos furiosos. Al propio tiempo en el ejército del Centro que se encaminaba velozmente á Cuenca por entre mil peligros, se notaron tan fuertes conatos de insubordinacion que su general en gefe, La Peña, sucesor de Castaños, enojado de mandar una tropa que no conociendo los inminentes riesgos á que se hallaba espuesto el pais les aumentaba con sus imprudentes desmanes, hizo dimision de su cargo que fué al momento conferido al duque del Infantado.

El ejército que habia llegado á Cuenca se hallaba en el estado mas lastimoso, y la gente de Grimarest que se le agregó en aquel punto, fugitiva, amilanada daba patentes pruebas de sus recientes derrotas. Los soldados llegaban á la ciudad sin orden ni regimiento alguno; á bandadas, á grandes pelotones. No sucedió así con una pequeña fuerza á las órdenes del conde de Alacha. Interceptada en el Nalde, estrechada de todos lados por numerosos enemigos y despues de experimentar los horrores de la hambre, de la desnudez y el frio, durante veinte dias, se presentó en Cuenca, íntegra, sin haber sufrido pérdida ni descalabro; por el contrario conduciendo unos cuantos prisioneros.

Ensoberbecidas las tropas del emperador lo arrollaban todo á manera de un torrente. Lefebre con 22,000 hombres partió á la Estremadura, ahuyentó al ejército gallego que bajo el mando de Galluzo no se atrevió á disputarle puntos importantes y de difícil acceso, y obligó á este mismo ejército á refugiarse en Badajoz. Al propio tiempo anhelando Napoleon esterminar á los ingleses que habian desembarcado en la Península y que á las órdenes de los generales Sir Juan Moore y Bair formaban un cuerpo de veinte y tantos mil hombres, salió de Madrid el 22 de noviembre á la cabeza de sesenta mil. Iba por aquellos dias Moore á arrojarle sobre Soult que le acosaba de cerca, pero noticioso de la espedicion de Bonaparte retrocedió por Toro y Benavente á buscar el apoyo del marqués de la Romana. Juntas ya las fuerzas españolas y británicas parecia poder hacerse con mas orden la retirada, pero no existia la mejor concordia entre los gefes y por otra parte las tropas de la Romana, hambrientas, desnudas y empobrecidas, no eran muy aptas para sobrellevar el peso y

fatiga de tan desgraciada campaña. Desuniéronse pues de nuevo y cada uno tomó distinto rumbo, aunque con poca ventura, pues el marqués sufrió todavía vicisitudes muy dolorosas, y Moore viendo el estado de desorganizacion de sus tropas, pensó embarcar para Inglaterra.

No tenían un éxito mas afortunado las empresas de los nuestros en Cataluña y Aragon. Verdad es que en el primer punto el general Vives habia pasado de la defensa á la agresion, apretando á Duchesme dentro del recinto de Barcelona y bloqueando rigurosamente esta plaza, pero cuando ya habia esperanzas de tomarla, fundadas mas que en la fuerza en las inteligencias entabladas con los barceloneses, y en las simpatías de estos hácia los sitiadores, afluyeron al auxilio de Duchesme tropas francesas y el general Saint-Cir rompió por las tierras catalanas con poderosa y bien regimantada hueste. Vives salió á recibirle con una parte de sus tropas, dejando á las demás empleadas en el cerco y se apostó en el sitio denominado de Ulinas. Llegó el francés y atacó uno despues de otro los cuerpos que defendian esta posicion con tal arrojo y ventura, que les desunió en breve tiempo poniéndoles en la dispersion mas completa. El mismo Vives desamparado de los suyos se vió en la precision de huir á pié por sendas descarriadas. Arrogante con la victoria quiso Saint-Cir esterminar á algunas tropas catalanas que se rehacian en las márgenes del Llobregat bajo la direccion de Reding, y doblando sus marchas, llegó á la orilla izquierda del rio, arremetió bruscamente á los españoles y les obligó á desbandarse. Las tropas que se hallaban delante de Barcelona levantaron el cerco. Estos deplorables sucesos llamaron la atencion pública sobre Vives, quien se libró de una muerte casi segura, abdicando sus supremas atribuciones. Sucedióle en ellas el general Reding.

Por este tiempo nuevas y casi fabulosas hazañas vinieron á añadir mayor lustre al ya glorioso nombre zaragozano. Profundamente irritado Bonaparte por la noble defensa de la capital de Aragon determinó escarmentar á sus habitantes como si el escarmiento fuera posible en hombres que cumplen con sus mas sagrados deberes. Al efecto envió á apoderarse de la heróica ciudad á los mariscales Ney y Mortier seguidos de treinta y seis mil soldados veteranos, y de un formidable tren de batir.

El 21 de diciembre plantaron los franceses sus reales frente de

Zaragoza y desde este dia hasta el 22 de febrero del siguiente año continuó el asedio con encarnizamiento y saña indescriptible de una y otra parte. Todas las escenas de luto, de desolacion, y de heroismo que habian tenido lugar en el primer sitio se repitieron en este aunque en círculo mas vasto. Hubo asaltos, bombardeos, salidas y combates parciales; los generales franceses se sucedieron unos á otros; á Ney reemplazó Junot, y Junot cedió el mando al célebre Lannes, duque de Montebello. El genio y la nombradía de este experimentado militar estuvieron á punto de estrellarse contra las frá-giles tapias de Zaragoza. En vano redoblaba sus ataques, en vano forjaba las mas diestras combinaciones, en vano tambien se emplearon las minas que derrocaban por sus cimientos los mejores edificios; habian contraido los zaragozanos casi el hábito del peligro y corrian á desafiárle con un arrojo é impavidez tal, que deja corta toda ponderacion. Cada casa, el punto mas insignificante costaba arroyos de sangre; cada palmo de terreno se defendia con inaudita tenacidad. Las baterías enemigas vomitaban incesantemente un fuego infernal sobre los reductos y sitios fortificados y les destruian, pero se improvisaban otros ó se pasaba adelante y se encarnizaba mas y mas la lucha, batiéndose en terreno despejado con los invasores. Sin embargo los zaragozanos que despreciaban la ira de los hombres temieron la de la Providencia; la peste invadió la ciudad é hizo estragos rápidos y terribles; aprovecharonse de esta ocasion los sitiadores, esforzaron sus combates y aquellos hombres formidables, agoviados bajo tal diluvio de desgracias, convinieron en una capitulacion. Otorgóse esta á los sesenta y dos dias de haberse abierto el sitio. Perecieron durante este tiempo víctimas del hierro, del fuego y de la peste, cincuenta y tres mil ochocientos setenta y tres zaragozanos, y ocho mil franceses, muertos todos en el campo de las lides. Memorable hecho de armas que honró mas á los zaragozanos, que cien victorias reunidas, porque la opinion y la posteridad aprecian mejor los grandes sentimientos y las acciones sublimes que los favores de la fortuna.

Con el sitio de Zaragoza feneció la primera campaña, la de 1808, infausta materialmente sin duda para los españoles, pero de recordacion sempiterna y gloriosa, pues solo pechos de bronce podian haber soportado sin relajarse, golpes tan violentos, tan duras tribulaciones.

No volvió el rostro la fortuna á los franceses en los principios del año.

Los ingleses despues de sostener en la Coruña un choque sangriento en el que pereció su general Moore, se vieron en la precision de acojerse á sus navíos haciendo rumbo á las costas de su patria. La Coruña y el Ferrol abrieron sus puertas á los invasores, y Ucles presenció la derrota de nuestro ejército del centro.

Satisfecho Napoleon con sus triunfos y queriendo conjurar la tormenta que se levantaba contra él en el septentrion de la Europa se apresuró á regresar á Francia; pero antes de partir quiso afianzar la corona de España en las sienes de su hermano, á cuyo fin recibió en Valladolid las sumisiones y protestas de una diputacion madrileña. Casi al mismo tiempo que el emperador á Paris, emprendió José su viaje á la capital de las Españas donde penetró el 22 de enero; siendo acogido si no con benevolencia al menos con esa tolerancia, con esa especie de dejadez que es la sucesora de una aversion profunda é impotente. No faltó sin embargo la adulacion á rendir incienso al poder, y de muchas corporaciones é individuos llegaban hasta su sólio congratulatorias esposiciones. Tambien en igual periodo se introdujo la ponzoña de la division en nuestros ejércitos: hubo algunos militares que cansados de sufrir descalabros y quebrantos, rendian párias al usurpador, y no escasearon gefes que sin ser devotos de los estrangeros coadyuvaban indirectamente á su triunfo promoviendo discordias en el campo español, llevados como es fácil inferir de las mas mezquinas rivalidades. Todo al parecer anunciaba que la causa de la independenciam iba á hundirse; pero hay en los pueblos pundonorosos un remedio contra las defecciones, mas eficaz y mas activo que todos los preceptos imaginables: un epíteto denigrante que se adopte por la generalidad, retrae de sus siniestras intenciones á los individuos aviesos, tanto ó mas que la muerte. A los que se acogian al estandarte imperial se les llamaba *jurados*, y era tan odioso este nombre que todos huian de llevarle y aun de rozarse con los que le llevaban; era un verdadero anatema político.

En el entretanto la junta central instalada en Sevilla y que era el verdadero gobierno de la nacion, y el único á quien esta acataba, no dejaba de dictar algunas disposiciones muy oportunas. Fué una de ellas la celebracion y otorgamiento de un tratado de amistad y alianza con la Gran Bretaña por el que esta reconocia los derechos al tro-

no de Fernando VII y de su dinastía, prometia ayudarnos á todo trance en la lucha con la Francia y no hacer paz ni tregua con esta última potencia sin nuestro beneplácito y consentimiento. El gobierno español ofrecia á su vez ser fiel á la Gran Bretaña, mancomunar sus odios y sus fuerzas contra el nuevo imperio, y no ceder territorio alguno á los franceses. Este tratado arrojó mas adelante grandes y faustas consecuencias. Tambien creó la junta á egemplo del gobierno de Madrid una comision criminal, género de imitacion reprensible sin duda, porque si se contrabalaceaba la influencia de los enemigos, tambien se sancionaban todos sus malos resultados y su carácter arbitrario.

En medio de tantos trabajos y conflictos, fué de grande ayuda la adhesion de nuestras colonias á la causa de la independencia. Los considerables fondos que remitieron estos opulentos paises, sirvieron para cubrir los gastos de una guerra que asoladora y desgraciada como era, les originaba cada vez mayores.

No abandonaba la victoria á los generales franceses; antes bien pareceria seguir todos sus pasos. Mientras que en Ciudad-Real quedaban derrotados los nuestros al mando del conde de Cartojal, el mariscal Victor deshacia en Medellin las huestes del general Cuesta, causándole la enorme pérdida de diez mil hombres; Saint-Cir hacia notables progresos en Cataluña, donde triunfaba en la sangrienta batalla de Valls, y su adversario Reding, despues de pelear con el valor que le distinguia, cayó mortalmente herido, y falleció á los pocos dias. Ney arrollaba al marqués de La Romana y se apoderaba de Oviedo; y en todas partes alzábanse orgullosas las águilas imperiales.

Pero si en la prosperidad el orgullo y la arrogancia hacen acometer empresas gigantescas, en la adversidad solo el verdadero valor puede enseñorearse de los trances mas angustiosos, de las situaciones mas violentas. Los españoles testigos de todos sus desastres no cejaron ni un momento, por el contrario el entusiasmo cundia prodigiosamente y en todas partes levantaba nuevos y robustos adalides; en las márgenes del Miño los abades de Couto y Valladares acaudillaban algunos centenares de paisanos, faltos como es de inferir de instruccion y disciplina, pero dotados de una intrepidez que rayaba en temeridad. La gente de Valladares sitió á Vigo y se apoderó de él, haciendo prisionero al destacamento francés que guarnecia la plaza;

y aunque los de Couto intentaron tambien el asedio de Tuy con harta desventura, esto no entibió el ardor de aquellos naturales que se alzaron entonces en mas grande número, y que en el de diez y seis mil formaron una division cuyo regimiento se encomendó á don Martin de la Carrera, gefe valiente y pundonoroso. En Castilla, Aragon, Cataluña, en el norte mismo de la Península se presentaron los nombrados guerrilleros Polier, el Empecinado, y los clérigos Merino y Echevarría. Todos estos hombres empleaban rara vez la táctica general de los combates; empeñaban sí escaramuzas, hacian sorpresas, huian para reaparecer de improviso, é incomodaban tanto á los franceses con sus rápidas maniobras y su impetuosidad en las refriegas, que hasta llegaron á esquivar su encuentro. Asombrado el francés de esta reaccion repentina de fuerzas cuando las españolas debian hallarse estenuadas y casi perdidas, llegó á comprender que á un pueblo que defiende sus bogares y su independencia no le aniquilan sino que le exasperan las victorias de sus enemigos, y así idearon los medios mas idóneos de templar la fiera española. El gobierno de Madrid, valiéndose de don José María Sotelo, propuso á la central las bases de una paz decorosa; pero aquella corporacion suprema respondió con notable firmeza y digna resolucion, negándose á entrar en tratos, que no tuvieran por objeto la restitution de Fernando VII en el trono de sus mayores y la inmediata salida de las tropas francesas de la Península. Cerróse pues la puerta á toda avenencia y fué necesario continuar en el rudo ejercicio de las armas. Empezaba la vicisitud á mostrarse aun con los imperiales. Soult penetra en Portugal, invade la provincia de Tras-os-Montes, y se apodera de Chaves y de Oporto; mas al intentar retirarse de este punto á la vista de sir Arturo Wellesley, que con diez y nueve mil bretones habia arribado pocos dias antes al puerto de Lisboa, le faltó la fortuna; su marcha aunque trabajosa fué singularmente precipitada, y con sus tropas considerablemente desmembradas y sin artillería, llegó al territorio español.

Ni fué mas dichoso Ney en su ataque contra el ejército del Miño, mandado por el conde de Noroña. Empeñóse la liza en el puente de San Payo, y aunque el mariscal y los suyos dieron claras muestras de valor, hubo de retirarse al fin despues de dos dias de obstinado combate.

Horas fueron estas de ventura bien cortas, y á ellas siguieron

otras muy largas de tribulacion y calamidades. El general Ballesteros huyó vergonzosamente al amago de muy pocos enemigos, y fué tanto mas notable esta defeccion, quanto que el español debia estar aun engreido con el recuerdo de un triunfo, aunque ligero, reciente.

Sin embargo, este hecho parcial hizo muy poco peso en la gran balanza de los sucesos militares y políticos; otros mas considerables iban á inclinarla del lado de los usurpadores.

Napoleon provocado por el Austria voló al campo de las lides, deshizo las huestes de su tenaz antagonista y le obligó á firmar en Zuaim un armisticio que podia considerarse como preliminar de la paz. Al propio tiempo sus soldados perseguian con ansia una gloria que parecia huírseles en España; y parte con la fuerza, parte con la intriga, mas temible siempre que la primera, lograron apoderarse de Jaca y Mezquinez, pero no les cupo tan próspera suerte ante las débiles tapias de Molina, cuya poblacion rechazó con inimitable denuedo tres ataques consecutivos del mariscal Mortier. Tambien sobresaltó á los estrangeros el desastre causado por el general Blake á las legiones de Suchet en los campos de Guadalupe; sin embargo, el general Bonapartista intentó volver por su honor mancillado, y en Molina y Belchite obtuvo larga y usuraria indemnizacion.

Estos choques y vicisitudes agotaban lentamente las fuerzas de ambas partes beligerantes sin arrojar resultados grandes y positivos; á proporcionárselos partieron los grandes cuerpos de ejércitos enemigos al corazon de Estremadura. Constaba el ejército aliado compuesto de españoles é ingleses, de cuarenta y cuatro mil peones y nueve mil ginetes, acaudillados por los generales Cuesta y Welesley. Ocupaba una estensa línea en el diámetro de Talavera de la Reina, y aguardaba colocado ya en sus posiciones la llegada del francés. Este, conducido por el rey José en persona, auxiliado por los mariscales Jourdan y Victor soldados de gran reputacion, dió frente á los confederados el dia 27 de julio. Eran los combatientes de uno y otro lado casi iguales en número, y en todos sobraba resolucion y corage; pero los invasores llevaban la casi inmensa ventaja de su escelente disciplina. Cuando el sol habia declinado considerablemente y la noche se preparaba á cubrir con su velo aquel teatro de sangre, vinieron á las manos los encarnizados adversarios. Recio fué el choque y brusca la embestida de las legiones imperiales, pero se estrellaron en

la constancia de los aliados y el dia siguiente las sobrecogió sin haber avanzado un paso, aunque sí cansadas, abatidas y bastante desmembradas: hubo entonces dictámenes opuestos, de retirarse ó de tentar de nuevo la suerte de las armas. Prevaleció este último como el mas brioso y acomodado al orgullo de los franceses y se renovó con creciente furia, la pelea. Pero un ejército vencido solo en circunstancias extraordinarias puede recuperar la victoria, y no asistieron estas al rey José. Los aliados serenos é impasibles trocaron ya la defensiva en fuerte ofensa, y las cohortes francesas, próximas á ser envueltas, aceptaron la retirada que antes habian mirado con menosprecio. Los vencedores amagados por un robusto ejército que avanzaba por Galicia bajo la conducta de Soult, no persiguieron á los derrotados franceses con la actividad que lo favorable de la ocasión aconsejaba al parecer. Grande fué la mortandad y destrozo en esta célebre batalla; perdieron los franceses siete mil trescientos ochenta y nueve hombres, entre ellos dos generales, y diez y siete cañones, seis mil doscientos sesenta y ocho los ingleses, incluyéndose en ellos algunos gefes de alta graduacion, y mil doscientos los españoles. Triunfo fué este que acarreó á los generales Cuesta y Wellesley, distinciones y mercedes.

El inglés obtuvo el título de lord vizconde Wellington de Talavera, y la dignidad de par.

Parecia que victoria tan señalada abriria una era de prosperidades, mas se complicaron de nuevo los acontecimientos. Cuesta fatigado del mando hizo dimision y le reemplazó el general Eguía; Wellesley, despues de ágrías contestaciones con el gobierno español, traspuso la frontera de Portugal y dejó en gran parte desguarnecida la España, cuando mas necesaria era en ella su presencia; José siguió con su ejército las vertientes del Tajo buscando punto favorable para pasarle é impedir á Venegas cayese sobre Madrid, y este encontrado empeño produjo al fin una batalla. El príncipe francés atravesó el rio por Toledo, avistó á la gente de Venegas posesionada de Almonaci, y la atacó con tales brios é intrepidez que la desordenó, y sin permitirle rebacerse, la precipitó en la fuga. Combate harto lamentable fué este, pues fenecieron en él cuatro mil de nuestros compatriotas. Enseñoreóse entonces tranquilamente José de todo aquel territorio, é irritado de la pertinaz resistencia de los españoles, quiso tratarles no como á nuevos súbditos, á quienes debia atraer

é interesar con benévolas y cuerdas medidas, sino como á estrange-ros, imbuidos de una animosidad secular y que cambiaban por la muerte el oprobio y la ignominia.

Como nuestros ejércitos batidos ó debilitados en el Mediodia y Este de la Península no podian inspirar sérios recelos al enemigo, pensó este en añadir nuevos triunfos á los que en la anterior campaña conquistó en Cataluña. El asedio de Gerona fué lo que por entonces cautivó su atencion. No era al parecer Gerona plaza de grande importancia, sin grandes ventajas topográficas, tenia una fortificacion endeble y descuidada, y la rodeaban algunos castillos que aunque podian servir de amparo y patrocinio hallándose en dependencia de los defensores, se convertirian en manos de los enemigos en crudos y temibles padrastros. La principal de estas pequeñas fortalezas era la de Monjuich.

Los españoles que guarnecian la ciudad y los castillos subian al número de cinco mil quinientos setenta y tres hombres, y los franceses plantaron los reales ante las murallas de Gerona el dia 6 de mayo, sumando un total de diez y ocho mil entre infantes y caballos. Tenia el supremo régimen militar en la plaza su gobernador don Mariano Alvarez, y en el castillo de Monjuich movia con su voz novecientos soldados el bizarro coronel Nash.

Ajuntaróse pues de pronto diez y ocho mil franceses ante los muros de Gerona. Comandábales el general Leyte, quien fué muy luego reemplazado por el general Verdier. Hizo este gefe alarde de sus imponentes fuerzas; y creyendo que su perspectiva haria impresion en el ánimo de los denodados gerundeses, les propuso paz y capitulacion; pero el gobernador Alvarez rechazó con noble fiereza todo trato y concordia con los invasores de su pais, añadiendo que en adelante recibiria los parlamentarios á cañonazos. Alejadas así las vias de avenencia, ya solo se pensó en el rigor y debe decirse que los sitiadores le desplegaron muy grande. Sus principales conatos les dirigieron contra el fuerte de Monjuich. Dificil seria hacer menuda y detallada narracion de los altos hechos que allí tuvieron lugar, de los sublimes rasgos de heroismo que inmortalizaron á los sitiados. Baste decir que despues de agregarse á las primeras legiones sitiadas doce mil hombres allegados por Saint-Cir, con formidable tren de artillería, que despues de un bombardeo continuado sin tregua por espacio de dos meses, que despues de haber intentado los impe-

riales con desventura varios y encarnizados asaltos, Nash y sus soldados próximos á ser envueltos entre un monton de ruinas, abandonaron aquellos desmoñados torreones testigos de tantas proezas y se refugiaron á la plaza no sin haber inutilizado previamente las municiones y artillería del castillo. Eran los defensores de este, según hemos indicado ya, poco mas de nuevecientos hombres, y de ellos quedaron quinientos veinte y nueve cadáveres y cuatrocientos treinta y dos heridos. Cuando á tal grado se sublima el valor, faltan las expresiones para apreciarle. Tres mil de los suyos perdieron los franceses en tan obstinado asedio.

Aunque comprada á costa de tanta sangre, creyeron estos que la posesion de Monjuich facilitaria la de la ciudad, y á este fin redoblaron sus esfuerzos; pero todos vinieron á resultar fallidos. En vano el fuego destructor de las baterías imperiales abria profundas brechas en la combatida muralla; en vano corrian los franceses á millaradas al asalto; pocos pero robustos brazos les rechazaban donde quiera, obligándoles á acogerse á su campo con mengua de su decoro. En suma; tan terribles se mostraron los gerundeses, que Saint-Cir juzgó imprudente continuar el sitio y le convirtió en bloqueo.

El entusiasmo y la generosa resignacion de aquellos hombres pasaban los límites de lo probable. En una ocasion mandó el gobernador á uno de sus subalternos que se preparase á practicar una salida y preguntándole este que á dónde se retiraria en caso de un reves, el noble Alvarez respondió con una serenidad digna de admiracion «al cementerio.» Este héroe no conocia alternativa entre la derrota y la muerte.

Sin embargo, tan portentosos actos de intrepidez, tan inauditos arranques de patriotismo iban á obtener un fin calamitoso. El hambre que ya otra vez habia aquejado á la plaza y en la que fué oportunamente socorrida por el general García Conde, uno de los segundos de Blake, volvíase á anunciar con mayor furor, y la peste su casi inseparable cólega aumentaba el número de las víctimas. Tanto creció y fué tan intensa la escasez y penuria general, que los sitiados se vieron en la precision de comer hasta animales inmundos, valiendo un gato treinta reales y un raton cinco. Pero estos manjares groseros faltaron tambien y entonces cada uno tomó consejo de la desesperacion y halló en la muerte un consuelo. Todos anhelaban venir á las manos con el enemigo, pero este se hallaba distante. Tal era la

situacion de los defensores de Gerona cuando el mariscal Angereau tomó el mando del ejército sitiador. Temiendo el nuevo gefe que los sitiados recibieran socorros y se redoblase su constancia, abrió de nuevo las trincheras, preparó numerosas baterías y esparció durante ocho dias un fuego voraz sobre la desgraciada poblacion.

Entonces se arremolinaron todas las desventuras; las municiones escasearon, Alvarez cayó peligrosamente enfermo, faltaron los brazos necesarios para la defensa, la ciudad habia sufrido muchísimo con los numerosos proyectiles lanzados á su recinto durante tanto tiempo, y el nuevo gobernador Bolivar, pesando todas estas consideraciones, reunió una junta de autoridades, y en ella se acordó una capitulacion en lo posible honrosa, que fué admitida sin réplica por el mariscal francés. El 24 de diciembre de 1809, Angereau y sus tropas penetraron en Gerona. Siete meses habia durado el sitio; de la guarnicion apenas quedaban mil y quinientos hombres estenuados y casi exánimes. Catorce mil habitantes contaba Gerona cuando los franceses la pusieron cerco, y en las murallas y á impulsos del hambre y de la epidemia perecieron cerca de diez mil. Alvarez fué conducido prisionero á Francia, y habiendo regresado á la Península falleció en el castillo de Figueras al dia siguiente de su llegada. Supónese que fué muerto violentamente. Si el recuerdo de las generaciones es el premio de los grandes hombres y de los grandes hechos, el de los defensores de Gerona subsistirá mientras España lleve este nombre.

Los triunfos de los invasores solo servian para enardecer mas y mas en ira á los españoles, por manera que al propio tiempo que nuestras plazas fuertes caian en poder del enemigo, que nuestros ejércitos se aniquilaban con las frecuentes derrotas, muchos hombres oscuros pero en quienes rivalizaba el patriotismo con la audacia, buscaban partidarios entre los mismos paisanos y alzaban pendones contra los extranjeros, emblemas de tanta y tan cruda saña que no les abatian mientras conservaban alientos. Entre estos guerrilleros á quienes sus hazañas alcanzaron una justa celebridad, se contaban ademas de los que en otras ocasiones hemos mencionado ya, Cuevillas, el clérigo Tapia, don Juan Gomez y un jóven de apellido Mina, de estirpe ilustre, fogoso, valiente y entusiasta. Todos estos adalides de la causa de la independendencia, rara vez acometian una empresa de grandes proporciones, ni daban combates en regla; pero

hostigaban á los franceses con sorpresas, movimientos estratégicos y algaradas repentinas. Interceptaban las comunicaciones del enemigo, arrebatában sus convoyes, y deshacían sus tropas menudas, huyendo y dispersándose con frecuencia despues de obtener una de estas victorias, porque así conyenia á su organizacion. Los franceses llevados de su aversion les apellidaron *brigantes*; pero les temian mucho mas que á los cuerpos regimentados. Muchos de estos llegaron mas adelante á reunir bajo su mano algunos miles de soldados de una intrepidez y audacia inimitables, y obtuvieron el honroso título de generales. Además de las Castillas, que podian considerarse como la cuna de estas pequeñas cohortes, otras muchas provincias las abrigaron dentro de su territorio.

A las desdichas militares se agregaban las políticas, nacidas de la rivalidad y la envidia, fuentes perennes de infortunios. Habíase conducido la central en su corta administracion con bastante prudencia, tino y mesura, y el haber acertado á consolidar el gobierno en un periodo tal de crisis y desconyuntura, hace su mejor elogio. Pues bien, unos pocos hombres, fascinados por su ardiente patriotismo y otros y en mayor número imbuidos por una ambicion sórdida y torpe, empezaron á asestarla tremendos tiros, acusándola de floja, de indolente y de inhábil, y llegando las cosas hasta el punto de intentar disolverla violentamente y deportar á algunos de sus individuos. Entre los mas tenaces opositores de la central, figuraban el marqués de La Romana, don Francisco Palafox y el conde de Montijo, quienes abogaban ó por la creacion de una regencia, ó al menos por la de una comision egecutiva, y no faltaban quienes con celo mas puro requerian la próxima celebracion de las córtes. Atacada con tanta fuerza, y por tantos lados en medio de circunstancias azarosísimas la junta central, convino en la formacion de la egecutiva, compuesta de cinco individuos reelegibles en parte de dos en dos meses; cabiéndoles los nuevos cargos al marqués de La Romana, á los generales Riquelme y Caro, á don Sebastián de Lozano, á don José García de la Torre y al marqués de Villel. La nueva junta principió á funcionar en 1.º de noviembre. Por otra parte como era necesario aplacar la opinion que reclamaba altiva la convocacion de córtes, la central la fijó para el 1.º de enero del año inmediato (1810).

De uno al otro límite de nuestro territorio se oia el marcial estruendo y se verificaban grandes operaciones militares. El duque del

Parque, caudillo de nuestro ejército del centro, atacó el 8 de octubre en los alrededores de Tamames, al general Marchand, con tanta fortuna y esfuerzo que le desbarató, acosándole hasta cerca de los muros de Salamanca. Y no obstante el referido suceso aunque glorioso sirvió de poco alivio á nuestras graves dolencias, pues no bastó ni aun á neutralizar la funesta impresion que produjo en los ánimos un revés muy considerable, acaso el mas temible y doloroso de los ocurridos en esta época de turbaciones y disturbios. Habia reemplazado á Eguía en el mando del ejército de la izquierda el general Areizaga, sugeto en quien se cifraban las mas lisonjeras esperanzas, suponiéndole adornado de rara y esquisita prudencia y con no cortos alcances militares. Sin embargo, su conducta en la primera ocasion importante vino á rechazar todos estos favores del sentir general. Creian los españoles que apoderándose de Madrid daría su causa un paso de gigante, solicitándolo tambien los habitantes de aquella poblacion, y Areizaga hizo caso de honor el llevar á cabo esta empresa que él reputaba no muy difícil. Con un ejército de diez y seis mil infantes, cinco mil caballos y ciento cinco piezas de batir se remontó desde el fondo de la Andalucía hasta los campos de Ocaña. Imposibilitado aquí de esquivar por mas tiempo el rostro y frente del enemigo vino con él á las manos. El mariscal Mortier y el general Sebastiani, trayendo bajo su autoridad treinta y dos mil hombres de á pié y seis mil ginetes, y apoyados en un cuerpo respetable que conducia Victor, sin esperar á ser acometidos, arremetieron ellos mismos; pero tan brusca é impetuosamente que las columnas españolas empezaron á titubear, desordenáronse al fin y se arrojaron á la fuga mas ignominiosa. Resultados harto deplorables produjo para la buena causa esta malhadada batalla; ademas de un considerable número de muertos, trece mil españoles quedaron prisioneros del venturoso francés.

Este gran desastre parece abrió la puerta á los numerosos que por este tiempo cayeron sobre nuestros compatriotas. Parque, el vencedor de Tamames, quedó derrotado en Alba de Tormes, y cincuenta y cinco mil imperiales á cuya cabeza iba el mismo José, se dirigieron á las fértiles regiones de Andalucía, atravesaron sin grande dificultad las asperezas de Despeñaperros, arrollaron las tropas españolas que las defendian, y penetraron en Córdoba y Jaen siendo acogidas plácidamente en estas poblaciones. Pensaba José poner á

la junta en tal aprieto y angostura que la obligase á huir ó apoderarse de ella, destruirla, aniquilar su accion, y dar así un golpe mortal á la causa de la independenciam. No obstante quedó frustrado el plan; los centrales noticiosos del inminente riesgo que les amenazaba abandonaron la populosa Sevilla y se dirigieron á la isla de Leon. Aprovechóse de esta coyuntura la discordia intestina para anunciarse de un modo muy perjudicial la causa pública; Sevilla desacató la autoridad de la junta suprema y creó otra compuesta del marqués de la Romana, del conde de Montijo y de don Francisco Palafox, quienes no tuvieron valor para hacer el sacrificio de sus resentimientos particulares en aras de la utilidad comun. Entretanto los franceses avanzaban siempre y siempre precedidos de la victoria, Granada abrió sus puertas al general Sebastiani; Sevilla capituló con el mariscal Victor y los defensores de Málaga huyeron de su recinto, dejando la ciudad á merced de los vencedores. El mediodia entero de la Península cayó bajo la dominacion de los imperiales.

Los reveses de la fortuna hieren mas hondamente á un poder que sus propios desaciertos; la central combatida de todos lados, estaba agonizando; las últimas desdichas acabaron con su existencia. Sucedióla en el supremo régimen una regencia que constaba de cinco individuos, siendo llamados á desempeñar este cargo eminente, los obispos de Santander y Orense, los generales Escaño y Castaños y don Miguel Lardizabal Uribe. El nuevo gobierno empezó á funcionar el 31 de enero de 1810, y creyó erradamente que bastaria á justificar su sistema la condenacion del anterior. Por eso se mostró muy intolerante con los centrales y dos de ellos harto distinguidos, el conde de Tilly y Calvo de Rozas, sufrieron duras persecuciones. Tilly murió en la prision, y Calvo no obtuvo libertad hasta que estuvieron reunidas las córtes. No encontró muchos apologistas esta conducta del nuevo gobierno, pero como era necesario prestarle apoyo en las azarosas circunstancias que corrian, el patriotismo selló los lábios y no se pensó mas que en resistir á los franceses.

Los progresos de estos eran rápidos, casi cotidianos; Alburquerque sufrió un fuerte descalabro y se replegó á Almaden, el imperial Bonet se enseñoreó de las Asturias y de Oviedo su capital. Junot se apoderó de Astorga y Suchet desairado ante los muros de Valencia cayó despues como un rayo sobre el español Odonnell, le hizo pedazos en Vich y Margalef y facilitó la rendicion del castillo de

Hostalrich, en cuyo cerco se habian sacrificado mucha sangre y muchas víctimas; Lérida despues de una defensa desesperada se rinde tambien al francés; Suchet penetra en Murcia y el castillo de Matagorda y el formidable de Morella ven ondear sobre sus mohosas almenas el victorioso pendon de los invasores. Todos estos acontecimientos ocurrieron en el corto término de dos meses y desde los últimos dias de diciembre hasta los primeros de marzo. El año décimo del siglo se inauguraba de una manera bien funesta para los españoles. Envanecido Napoleon con las victorias alcanzadas por sus tropas en la Península, y creyendo haber domado por fin la fiereza castellana pretendió cercenar nuestro territorio agregando á la Francia casi todo lo que constituia el antiguo reino de Navarra. Cálculo de orgullo fué este, porque los pueblos Vasco y Navarro opusieron la resistencia mas pertinaz á los intentos del emperador. Ni tampoco andaba cuerdo en juzgar á los españoles supeditados: un pueblo grande como el nuestro no se humilla hasta que no es impotente y no lo es mientras conserve grandes sentimientos, el instinto de la generosidad, porque si es verdad que una guerra desastrosa absorbia muchos miles de hombres, una generacion de millones venia á reemplazarles y el enemigo no alcanzaba sus laureles sino á costa de mucha sangre propia. Aunque ganasen las batallas, la pérdida de los franceses era siempre doble que la de los españoles.

— Cuando cundia por todas partes la tribulacion y el desconsuelo y los nobles hijos de la Iberia necesitaban toda la magia de los nombres patria y rey para volar á los campos de combate, este mismo rey representaba en un suelo estrangero un papel menguado y degradante. Prodigaba lisonjas á su opresor y hasta le dirigia frecuentes felicitaciones por las ventajas que las tropas imperiales obtenian sobre los españoles. Todo el afan del pusilánime consistia lo mismo entonces que antes en que el emperador le considerase como miembro adoptivo de su familia. Algunos creen descubrir en esta conducta servil del destronado monarca, una huella política, suponiendo que si Fernando adulaba, era con el intento de mitigar la saña del conquistador y empeñarle en que le devolviera sus derechos; pero sobre ser esta esperanza, en caso de existir, demente, nada basta á justificar en un soberano acciones de tan indigna bajeza, porque si los reyes con sus procederes se colocan al nivel del último hombre, cómo han de dominar á los demas? Les dominarán con el nom-

bre, con la fuerza material, pero no con la moral que es el prestigio, sin el cual toda dominacion es efímera.

Despues de la retirada de Junot, Portugal, ese ángulo de la Península, parecia haber sacudido definitivamente el yugo de los invasores; mas importabale mucho á Napoleon tenerle bajo su fuero; porque siendo una de las principales llaves de la Península podia corriéndola dar un golpe contundente al comercio inglés. Llevado de semejante pensamiento, ordenó á Masena que se trasladase al territorio lusitano con la mayor posible serenidad. Era el nuevo general famoso por haber salvado á la Francia en las gargantas del Zurich. Cuando la ocasion lo requeria, juntaba al valor impetuoso del soldado el tinó y conocimiento de un consumado general.

Entró Masena en Portugal al frente de numerosa hueste, y al cabo de pocos dias se avistó con el ejército anglo-lusitano fuerte ochenta mil hombres, que dominando la dilatada cordillera del Busaco esperaba con fiereza el combate. No fué este sin embargo muy sangriento y decisivo; á las pocas horas de liza, el inglés se retiró y el francés aunque con mayor pérdida quedó dueño del campo de batalla.

Cuanto mas trabajada estaba nuestra nacion por la desgracia, mas gigantescos eran sus esfuerzos, que tal es la condicion de los pueblos amantes de la libertad, cuanto mas hostigados se ven por la fortuna mas poderosa es su contumacia; la desesperacion hace en ellos prodigios, y el cálculo humano se engaña siempre al apreciar sus elementos de defensa. Alzaronse al notar el peligro que corria la patria nuevos y celosos partidarios; juntáronse las reliquias de nuestras destrozadas tropas, y se organizaron de nuevo ejércitos, escasos en número, pero poseídos de un entusiasmo ardiente y progresivo.

Mas el pueblo que detesta tan implacablemente la dominacion estrangera, viene á suspirar al cabo por su libertad intestina: los españoles al instalarse la regencia la exigieron la formal promesa de reunir córtes, y aunque aquella se mostraba rebácia y sobrado amante de su autoridad sin querer menguarla ni compartirla, hubo al cabo de temer el encono del país, y convocó las córtes para el 24 de setiembre de 1810. No obstante aunque se habia logrado lo principal, faltaban que vencer algunas dificultades secundarias; dudábase cómo se elegirian los diputados, y quiénes podrian estar adornados de tan superior carácter. Por último se adoptó el sufragio casi universal, porque como se tratataba de una situacion escepcional, no se

vaciló en echar mano de un medio que de consuno reprobaban el buen criterio y una sana política. Electores y diputados podían serlo sin distincion todos los que habiendo cumplido 25 años tuviesen casa abierta. Cada diputado debía representar á cincuenta mil de sus conciudadanos. Habíase tambien cuestionado sobre si seria mas conveniente una sola cámara ó dos, popular y de dignidades; pero se optó por el primer extremo, acordando una cámara en la que tendrían entrada todos los brazos del Estado. Reunidas pues las córtes, eligieron por presidente á don Ramon Lázaro de Doy, y designaron como secretarios á don Evaristo Perez de Castro y á don Manuel Lujan: presidió la cordura á sus primeras deliberaciones, lo cual hizo nacer grandes esperanzas en los ánimos de los españoles. Solo la regencia tenía la mala voluntad, influida sin duda por sentimientos poco nobles; y á fin de desacreditarlas dispuso que sus sesiones fueran públicas; pero esta arma con que creía herir á las cámaras, se volvió contra el mismo poder ejecutivo, pues que así los actos de aquellas adquirieron mayor fama y prestigio. En el mismo dia de apertura, 24 de setiembre, los diputados se constituyeron en córtes generales, reconocieron la legitimidad de Fernando VII y declararon nula y de ningun efecto la renuncia que habia hecho de sus derechos en Bayona, acataron la religion católica, confirmaron á la regencia en el desempeño del poder ejecutivo y espresaron la responsabilidad de esta. Proclamaron solemnemente el dogma de la soberanía popular, y delegada en las córtes por la eleccion de sus miembros. Otra disposicion muy cuerda que hace mucho honor á aquella asamblea y prueba su tacto é inteligencia política fué el prohibir que ningun diputado recibiese gracia ó empleo, cerrando así la puerta á la seduccion de parte del poder ejecutivo. Merecieron en seguida la atencion de las cámaras los asuntos que arrojaban las circunstancias de entonces, y se espidieron varias disposiciones para el buen régimen y mantenimiento de la guerra, para la subsistencia y mejoras de los ejércitos y buena direccion en las operaciones bélicas. Como la heroica constancia de los españoles habia escitado la admiracion de la Europa y del mundo entero, el duque de Orleans acudió á las córtes solicitando el mando de nuestro ejército en Cataluña, pero los diputados desestimaron esta pretension porque conocian á fondo hasta donde llegaba el espíritu de nacionalidad de nuestros soldados, quienes no consentirian en marchar á los campos de batalla bajo la conducta de

un general extranjero; la rivalidad y las rencillas habidas con nuestro aliado el británico les suministraban una prueba demasiado luminosa en este asunto.

La representacion nacional mostraba un carácter y firmeza dignos de loa y encomios. El obispo de Orense, miembro de la regencia, negóse al principio á prestar el debido juramento á las córtes, y cuando se decidió á verificarlo fué con tales modificaciones que hacian aquel ilusorio; pero celosos de su decoro los diputados no permitieron que se hollase en lo mas mínimo y obligaron al prelado á no esquivar por mas tiempo el cumplimiento de un deber que le imponian su cualidad de español y su encumbrada posicion social.

Por este tiempo la causa de la independenciam estuvo á punto de vacilar porque la faltó uno de sus mas robustos pilares. Nuestras colonias que habian secundado al parecer con tanta espontaneidad y generoso ardimiento los grandes esfuerzos de la invadida Península, dando ahora por causa un pretesto poco honroso y aprovechándose del decaimiento material en que nos habia sumergido la desgracia, quebrantaron los lazos que las unian con la metrópoli y se erigieron en libres y soberanas. Ese grito de insurreccion alzándose en el recinto de Caracas vino á perderse en las márgenes del rio de la Plata. El gran tesoro de prevenciones y querellas que generalmente existe entre las colonias y la madre patria, explotado hábilmente por algunos genios discolos; demasías quizás del lado de nuestros gobernadores y vireyes, y algunos abusos de parte del poder central, arrojaron tan infausto resultado; la pérdida de una joya cuya adquisicion habia valido á nuestros progenitores tantos y tan merecidos lauros y en cuyo recobro se invirtieron mas adelante inútilmente tantos tesoros, hombres y conatos.

Habíanse hasta aquí conducido las córtes con tanta circunspeccion, criterio y mesura, que podian prometerse un porvenir lisonjero. No obstante, muchos diputados admirados de la terrible pero magnífica sacudida que habian tenido las ideas en Francia, no acertaron á concebir que nuestra revolucion era puramente transitoria, sin pasado ni futuro, que era de sentimientos, que el país al alzarles á tan encumbrado puesto habia querido constituir un cuerpo popular cuyos miembros hubiesen estudiado de cerca las necesidades de las provincias y que la ambicion de estas, cuando mas, se habia alargado á una intervencion mas directa é inmediata en el gobierno,

puesto que tan directa era su participacion en las fatigas y peligros; no debieron nunca olvidar aquellos, por otra parte esclarecidos varones, que los principios liberales habian sido importados de un territorio implacablemente enemigo; ni que el lema de los españoles era al lado de independencia nacional, la monarquía de Fernando VII. La lucha que la mayoría de nuestros compatriotas sostenian con tanto heroísmo era una lucha dinástica y nada mas. Mas una ley sobre libertad de imprenta y otras disposiciones de parecida naturaleza é iguales tendencias probaban que aquellos representantes pugnaban por acaudillar la revolucion de ideas, corriendo el riesgo de quedar desairados en tal demanda. Los que aspiraban á la calificacion y nombre de reformadores obtuvieron el título de *liberales*, apellidándose á sus antagonistas *serviles*, por creerlos mas afectos á la monarquía pura que algunos de nuestros príncipes habian convertido en despótica. Contábanse en uno y otro lado hombres emiuentes que entonces conquistaron un nombre y porvenir duraderos, tales como don Agustín Argüelles, don Diego Muñoz Torrero, don José María Calatrava, don Antonio Porcel y don Juan Nicasio Gallego. Todos estos eran mas ó menos ardientes abogados de la reforma, al revés de don Francisco Gutierrez de la Huerta, don José Pablo Valiente, don Francisco Burrull, y los clérigos Crey, Inguanzo y Canedo, apóstoles muy decididos del absolutismo. Como en las corporaciones numerosas é investidas de sublimes atribuciones hay siempre un partido medio ó neutral, constituian el de nuestras córtes los diputados americanos Mejía, Leyva, Feliu, Gutierrez de Teran, Alcocer, Lardizabal, Jerdo y Castillo.

Conocian las córtes que para fortificarse en la opinion pública, necesitaban desplegar mucho celo en la conservacion de su decoro; sabian ademas que la debilidad es un síntoma de muerte en un poder que nace en tiempos de agitacion, y aunque se habian conducido con dignidad en el asunto del obispo de Orense, creyeron que debian castigar con mas severidad á la regencia por su mal encubierta hostilidad, y así es que aceptando sin demora la renunciá que hicieron sus miembros, redujo el número de estos á tres y confirió tan encumbrado cargo al general don Joaquin Blake, á don Gabriel Ciscar, gefe de escuadra, y al capitán de fragata don Pedro Agar.

Tal fué el término de la primera regencia cuya administracion, si bien no fué no tan esmerada como fuera de desear, no revelará sin

embargo falta de celo en aquellos dignatarios, sino falta de ductilidad por decirlo así en las circunstancias. Sin la favorable concurrencia de estas el genio mas distinguido, y los corazones mas resueltos se ven bien pronto entorpecidos y sucumben. Seguia la cámara en sus trabajos y como la mayoría de los diputados era liberal, forzosamente habia de saltar este colorido de todas sus discusiones y providencias. Por una de las primeras se dispuso la suspension de provisiones de prebendas eclesiásticas, exceptuándose las de cura de almas y las de oficio. Por otra parte teniendo en cuenta el lastimoso estado de la nacion, la penuria del erario, y la exorbitancia de algunos sueldos, redujeron los mas altos á la cantidad de cuarenta mil reales, escluyendo de esta disposicion los de los regentes, ministros, embajadores ó plenipotenciarios y generales del ejército. Algunas otras determinaciones adoptaron, humanitarias y económicas, mostrando un empeño laudable en abrir los abundantes surtidores de riqueza pública que existian en el disco peninsular y que habian obstruido los obstáculos que arrojaron de sí la guerra y los acontecimientos adversos.

Tambien cautivó por estos dias la atencion del parlamento la conducta servil é indecorosa que observaba el cautivo Fernando. La ridícula manía de este príncipe de implorar la alianza de Napoleon solicitando el enlace con una muger de su familia hirió la patriótica susceptibilidad de los diputados quienes declararon en 1.º de enero de 1811, nulos é ineficaces los actos y convenciones de aquel monarca mientras estuviese bajo la férula de los invasores.

El gérmen de la insurreccion seguia desarrollándose con asombrosa fuerza y rapidez en nuestras colonias. El Paraguay y Tucuman siguieron el ejemplo de Caracas, y en Chile se restableció la conmovida tranquilidad merced al tino y firmeza del conde de la Conquista. El antiguo imperio de Méjico tambien estaba desasosegado y revuelto, y un clérigo llamado don Miguel Hidalgo de la Costilla allegó numerosa cohorte de mulatos é indios, se apoderó de Guanajuato y llevó su osadía hasta amenazar á Méjico, y aunque derrotado en Aculco y en el puente de Calderon, en la provincia de Guadalajara, corrió al cabo una suerte trágica y terrible, no se logró calmar el espíritu de insurreccion y cuando este existe, no faltan jamás corifeos y caudillos. Otro cura, de apellido Morelos, espíó con la muerte su deslealtad y desmanes.

Conocian las córtes la inmensa gravedad de estos acontecimientos y se afanaban en discurrir medios para ponerles término. Creyeron que desapareciendo las causas que en su entender fomentaban el descontento no podría este subsistir, y así es que no vacilaron en conceder á aquellos países la representación en las cámaras, igual en un todo á la que obtenian las provincias peninsulares. Quitaron además las trabas impuestas á la agricultura y la industria con relacion á los naturales, abolieron algunas obligaciones personales y humillantes, tales como la *mita*, y dieron tan señaladas pruebas de largueza, que nivelaron á los indios y mulatos con los españoles para la obtencion de empleos y cargos públicos. Esta condescendencia que rayaba en debilidad, no produjo resultado alguno favorable; al aplicar el remedio se habia desconocido la naturaleza del mal; los americanos suspiraban por su independencia, por su emancipacion, y todo lo que no se dirigiera á este fin no tenia para ellos valor ni consideracion. Cabalmente el deseo de la independencia en un pueblo es tan fuerte que le fascina y le impide reparar en peligros y sacrificios, qué extraño es que aquellos naturales no apreciaran como un beneficio positivo tales concesiones que al fin y al cabo chocaban con el logro de su principal intento? Solo con la fuerza podian ya domarse aquellos ánimos inquietos y turbulentos, y la metrópoli hubo de adoptar este recurso extremo, reputadas inútiles las vias de templanza.

Durante este tiempo la lucha en la Península seguia sin intermitencia y aun se embravecía mas y mas. Manteníase adversa la fortuna del lado de los peninsulares pero no por eso desmayaban, hacíanse por el contrario grandes aprestos de armas y de gentes, y el entusiasmo público parecia acrecentarse con las dificultades y reveses. Se dió nueva organizacion á los ejércitos, dividiendo las mas de las provincias en seis distritos militares, comprendiendo en ellos aun las que estaban ocupadas por los enemigos. Este rasgo de audacia prueba siempre algo de invencible y de sublime, prueba el noble orgullo de un pueblo que cuando se encuentra pobre de recursos materiales, cuenta con un tesoro infinito de teson y de constancia, cuenta con una energía incontrastable y profunda, pues como ha previsto los mayores peligros les arrostra sin temor cuando sobrevienen. Esta especie de resignacion heroica ha salvado á muchos países en las crisis mas tremendas. En la época á que nos

referimos ocupaban los franceses á Estremadura, Andalucía, Cataluña, los costados de Aragon y Valencia y el reino de Portugal. Lentas eran las operaciones en este último punto á pesar de hallarse al frente de numerosos ejércitos dos grandes capitanes. El imperial regido por Massena hizo un movimiento retrógrado, pero reforzado despues por el general Dronet cortó al británico sus comunicaciones con el interior de la Península.

El año décimo del siglo y segundo de la guerra, terminó con un lance desastroso, pues la perfidia quizás á vueltas con el temor, facilitó á los invasores una presa importante. Mucho tiempo habia que el general Suchet codiciaba la conquista de Tortosa en el principado catalan, y deseoso de obtenerla llevó ahora numerosas bues-tes, y el 15 de diciembre estableció el cerco y emprendió formal ataque contra algunos puntos respetables que poseian los nuestros y que amparaban la plaza. Contaba esta dentro de su recinto hasta mil ciento setenta y nueve hombres de armas, y tenia por gobernador al conde de Alacha, sugeto que habia cobrado fama de audaz caudillo y de experimentado militar. El ejército español, formado al rededor de Lent, tendia en ala derecha hasta la falda de Mont-Blanc. Imperábele don Miguel Fronoso, sucesor de D. Enrique Odonnell que se habia retirado del mando atormentado por una he-rida. Rápidos fueron los progresos de Suchet; en los dias que tras-currieron del 15 al 28 logró establecer diez baterías que vomitaron un fuego destructor sobre la plaza. Los sitiados en el entretanto habian verificado una salida con loable arrojo y buena estrella, consiguiendo humillar en choques parciales la arrogancia del ene-migo, mas el conde gobernador, lejos de explotar estos primeros arranques de valor, permaneció inactivo é irresoluto y concluyó por encomendar su cargo al coronel de Soria D. Isidoro Uriarte, reteniendo sin embargo la facultad de dictar las determinaciones que juzgase mas acertadas. El cañon francés tronaba incesantemente y derruido un lienzo de la muralla por la parte del Temple se propu-sieron los imperiales dar sin demora el asalto.

El momento era crítico, la guarnicion conservaba todavia el afan de pelear; mas Alacha, Uriarte y las demás autoridades acordaron pedir una tregua de veinte dias. Resistióla Suchet y enton-ces el conde no solo ofreció capitular sino que imploró la inter-vencion del francés contra sus mismos soldados que nutridos de

un sentimiento digno y pundonoroso se obstinaban en defender los sitios cuya custodia habia confiado la patria á su celo. El 2 de enero entró el imperial en Tortosa, vanagloriándose de una conquista que le aseguraba casi la completa dominacion del principado.

La guarnicion salió libre y con todos los honores de la guerra. Perdieron los españoles en el sitio de Tortosa, tres mil doscientos hombres y quinientos los franceses. Una voz general de anatema se alzó entonces contra el de Alacha y los tarraconenses altamente ofendidos de la conducta que habia observado le juzgaron, le condenaron á perecer degollado y ejecutaron esta pena en su efígie.

A este señalado triunfo sucedió la toma de Coll de Balaguer, alcanzada por el general francés Hubert, el día 8 de aquel mismo mes.

Infatigable Suchet se dirigió acatando las órdenes del emperador contra Tarragona. Veinte mil combatientes presentó Suchet el 2 de mayo ante sus muros, y aunque la guarnicion no constaba mas que de siete mil doscientos hombres se defendió con notable bizarría. Gobernaba la plaza D. Juan Senen de Contreras y se hallaba aquella protegida por una escuadra inglesa surta en aguas de aquel puerto, compuesta de tres navios y dos fragatas á las órdenes del comodoro Codrington. Un brazo de ejército conducido por el marqués de Campoverde, sucesor de Iranzo, debia amagar al enemigo é interceptar sus comunicaciones. Cerca de dos meses duró el asedio y en todo este tiempo se dieron por ambas partes beligerantes pruebas de insólita bravura é intrepidez.

En la espugnacion y defensa del fuerte del Olivo, en la de la luneta del Principe y en la del arrabal rompió el furor los limites de lo probable y corrió la sangre en abundancia. Dueños por último los imperiales de estos puntos aunque á costa de inauditos esfuerzos, dieron el 28 de junio recio y bien sostenido asalto á la plaza, y aunque los sitiados mostraron al rechazarle claramente un valor distinguido, fueron al fin arrollados ó sacrificados sobre los mismos bastiones. Inundaron los enemigos la ciudad á manera de un torrente atropellando cuanto encontraban al paso, sin que la decrepitud, la inocencia, ni las mas sagradas investiduras bastasen á aplacar su sed de sangre y de venganzas. Cuatro mil cadáveres empedraban las calles, ofreciendo al observador lastimoso y desolador

espectáculo. No obtuvieron la victoria los franceses sin gran dispendio de sangre; siete mil legionarios, segun un cálculo muy verosímil, mordieron en aquellos dias el polvo ó quedaron heridos.

A la pérdida de Tarragona habian precedido algunos sucesos dignos de consignarse y referirse. Hemos dicho que Suchet fué el conquistador de aquella plaza; pues bien, antes de acometer semejante empresa, y cuando ya bullia en su imaginacion la idea de efectuarla, recibió del emperador la investidura de comandante general de todas las fuerzas francesas que operaban en Cataluña. Háblele precedido en aquel cargo Madonale, quien despechado de que se le arrebatasen quiso desfogar sus iras con una accion ruin y sobremanera inícuo, de esas que amancillan para siempre el nombre de quien las comete y hacen bambolear la causa mejor establecida. Al regresar á Barcelona acompañado de nueve mil peones y setecientos ginetes, tocó en Manresa y sin causa ni pretexto aparente hizo á esta ciudad pasto de las llamas. Estremeciéronse todos los corazones al esparcirse la noticia de atentado tan abominable, y la desesperacion hizo brotar lágrimas convirtiendo en implacable, aunque por entonces impotente, frenesi, la profunda animadversion de los catalanes. Algunos de nuestros valientes guerrilleros, volaron al encuentro del orgulloso mariscal, logrando saciar en varios de sus soldados la justa venganza que les animaba. Al adoptar Napoleon y sus generales este sistema atroz perdieron su carácter de conquistadores, porque á un pueblo activo, numeroso y entusiasta no se le doma por mucho tiempo con medidas de sangre y de terror.

No andaban ociosos los españoles no obstante la cortedad de sus fuerzas; por el contrario espian la menor coyuntura favorable y corrian á arrancar á los usurpadores el fruto de sus victorias. Rovira, patriota celoso y ardiente, resuelto y activo militar, logró ponerse en relaciones con un tal Marqués, persona muy subalterna, al servicio del francés y que entonces se hallaba en el castillo de San Fernando de Figueras, combinando de consuno los medios necesarios para apoderarse de esta fortaleza importante. Noticioso apenas de este proyecto, el marqués de Campoverde vino en él de muy buen grado, y contando además Rovira con la eficaz cooperacion del capitán don Juan de Casas, no pensó en diferir por mucho tiempo su egecucion. En la noche del nueve de abril los dos intré-

pidos españoles, seguidos de gente de toda su confianza se acercaron á los nutridos torreones del castillo. Salvaron con alguna dificultad, aunque con el mayor sigilo el foso, abrieron algunas puertas con llaves que llevaban á prevención, lograron internarse en los almacenes, subir al piso principal, sorprender á la guardia y desarmar á esta y las centinelas que formaban el cordon de la muralla casi sin resistencia alguna. De este modo penetraron en el castillo dos ó tres miles de españoles, sin que la guarnicion de la plaza se apercibiera de ello hasta que los primeros albores del inmediato dia 10 vinieron á demostrarla la certeza de un suceso para ella harto doloroso y sensible. Los fuertes de Olot y de Castell-follit cayeron tambien por este tiempo en poder del baron de Eroles.

Esta corta série de acontecimientos prósperos se vió turbada por otro adverso, desgraciado. Los franceses que guarnecian á Figueras, apenas sumaban el número de setecientos, al paso que los españoles que se abrigaban en el castillo subian próximamente al de cuatro mil. Esta oportunidad debia alentar al marqués de Campoverde para proveer de víveres á los del castillo y acaso hacerse señor de la plaza, mas si bien habia concebido este doble intento demoró mucho su realizacion, y cuando asedió á la villa la encontró amparada por respetables fuerzas enemigas. Empeñóse entonces la lid con furor y brios; las huestes de Campoverde se baten bizarramente; pero los imperiales, empleando á la vez la astucia y el valor, lo gran rechazarlas causándolas una baja de mil y cien hombres. Los franceses perdieron setecientos. En las guerras el transcurso de algunas horas suele decidir la suerte aun de los mayores imperios y el principal talento de un caudillo consiste en saber apreciar bien todo el valor de las ocasiones.

Pero si graves y dolorosos eran algunos de los sucesos que habian precedido á la conquista de Tarragona, no lo eran menos los que despues acontecieron. El marqués de Campoverde destituido de esa poderosa energía que triunfa de las situaciones mas árduas, y que suele convertir en amigo el rostro adverso de la fortuna, creyendo sin duda que el principado no podria revolverse en mucho tiempo contra la airada mano de los imperiales, pensó evacuar aquel pais con su gente, procurando especialmente embarcar la division valenciana. Firme en este propósito y desconcertado intento, hizo rumbo á las fronteras catalanas, pero el unánime clamoreo de los

pueblos le retrajo de continuar su marcha limitándose á embarcar á los valencianos en Arenys del Mar. No arrojó por mucho tiempo las dificultades y crecidos escollos de su cargo el atribulado marqués, pues en Vich se encontró con el general don Luis de Lacy, á quien habia nombrado su sucesor la regencia.

Osado y presto el nuevo general y queriendo dotar de gran movilidad á sus tropas segregó de ellas algunos infantes y ginetes que reputaba menos hábiles, los cuales bajo la conducta del brigadier Gasca emprendieron un derrotero largo y peligroso, y dando un laudable ejemplo de disciplina, de valor y de frugalidad, llegaron á reunirse con el ejército de Valencia.

Afanoso y solícito Suchet por afianzar su dominacion en Cataluña no perdonaba medios ni esfuerzos para conseguirlo. Acariciaba de algun tiempo á esta parte la idea de apoderarse de Monserrat, magestuosa montaña coronada por un santuario célebre, poco distante de Barcelona y ocupada á la sazón por el baron de Eroles con reducida bueste. Allegó el imperial sus legiones á la falda de la eminencia y mandó trepar por ellas algunas tropas escogidas acaudilladas por el general Abbé, mientras batian sus costados varios centenares de espertos tiradores. No anduvieron los nuestros flojos y desalentados en la defensa, pero fueron arrollados por el enemigo, muy superior en número, y despues de algunas horas de porfiado combate la gigantesca cúspide y el monasterio cayeron en poder de los franceses. Cebaron estos su saña en tres inermes y desgraciados religiosos, queriendo sin duda solemnizar sus victorias con tan horrendo como sacrílego desacato. Puesto estrecho cerco y combatido con fiereza el castillo de San Fernando de Figueras, estaba á punto de sucumbir; su guarnicion, combatida ademas por el hambre, pero alentada por su denodado gefe don Antonio Martinez, pensó antes que en entregarse en alcanzar honrosa muerte en el corazon de las masas enemigas, mas se desgració este plan y entonces se rindió en número de dos mil hombres. No anduvo tampoco aquí avaro de venganzas el francés, pues condenó á pena de horca á todos los que intervinieron en la sorpresa del castillo. En las guerras no se aprecian los sentimientos móvil y único resorte de las acciones, sino que se consideran estas y sus resultados; por eso pierden tantas veces de vista los hombres hasta la idea de la humanidad.

Tal número de desdichas y de desventuras iba desprendiéndose sobre nuestra patria que podían abrigarse serios temores por la causa de su independencia; sin embargo no corría riesgo seguro mientras permaneciese íntegro, virginal y sin mancilla el entusiasmo de los españoles, y este se hallaba muy lejos de extinguirse ni decrecer. Así y al propio tiempo que las águilas imperiales se alzaban orgullosas en el principado catalán, que nuestros ejércitos permanecían en la inacción, que nuestro gobierno veía próximos á agotarse muchos manantiales de riqueza, las guerrillas hormigueaban en todos los poros de la Península y hacían á los franceses cruda é incesante guerra. Eran en mas crecido número en Castilla y la Mancha, regidas por hombres de baja estracción, pero que ambiciosos de nombre y de gloria é influidos por una afección eminentemente pundonorosa y patriótica, daban de sí lucida cuenta escapando con igual ventura á las seducciones y á las fuerzas de los imperiales. Contábanse entre estas gentes, además de los que ya hemos indicado, don Eugenio Velasco y don Manuel Hernández, alias el abuelo, el clérigo Villacampa, el médico Palarea, don Juan Abril Martínez de San Martín, y don Juan Abad, de apodo Chaleco. Pero se distinguían entre todos ellos dos que habiendo trocado en buena hora, la esteva, y la azada por la espada de los combates, vinieron á ser dos robustos paladines de la causa de la independencia, Mina y el Empecinado, activos, infatigables, dotados ambos de un carácter enérgico, llegaron á reunir bajo su mano gruesas partidas de voluntarios, y aunque operaban en distinto y aun lejano radio, se afanaban con noble emulación en hostilizar al comun enemigo.

Habia un fondo inapreciable de sublimidad en esta conducta, porque en todas partes eslabonaban los imperiales á sus anteriores triunfos otros nuevos y de larga cuantía. La reducida esfera de Portugal y la de las provincias españolas que lindan con él, fueron teatro de algunos acontecimientos adversos. Los dos grandes ejércitos de Welington y Massena permanecían observándose recíprocamente y aunque ligeramente reforzado el primero con tres mil hombres á las órdenes del general Joy, mantúvose en estudiada inacción y apatía. El breton sobremanera cauto quiso atraer á sí las dos divisiones españolas, que se hallaban en Estremadura gobernadas respectivamente por el marqués de la Romana y don Carlos España.

No llegó á incorporarse el marqués con Wellington porque le sorprendió la muerte, y le sucedió en el mando don José Virues.

En el entretanto el mariscal Soult, abandonó con diez y nueve mil infantes, cuatro mil caballos y cincuenta y cuatro piezas de batar, las feraces provincias de Andalucía y se internó en la Estremadura. Codiciaba la conquista de Olivenza y Badajoz y si bien ganó sin gran esfuerzo la primera, era mas difícil apoderarse de la segunda; nueve mil hombres, gente florida y entusiasta, y acaudillada por el general don Rafael Menacho, sugeto adornado de un valor frio é inalterable, de una voluntad enérgica, de una imaginacion pródiga en recursos y muy principalmente de una conciencia esquisita, que le hacia olvidar la muerte cuando se trataba de cumplir con sus deberes, guarnecian la plaza. El francés abrió sus trincheras y estableció sus baterías en los dias 28 y 29 de enero. Rompióse entonces nutrido y devastador fuego y menudearon las salidas, y aunque pocas veces favorecia la suerte á los sitiados, daban un testimonio claro del desesperado valor con que se defendian. Un golpe terrible debió afectarles hondamente. Un cuerpo de ejército español, dirigido por el general Mendizabal, que servia de resguardo y sosten á la plaza, se espuso imprudentemente en las orillas del Jevora, donde atacado con inusitada impetuosidad y brio por los franceses, espermentó una derrota completa, perdiendo en la accion cerca de cuatro mil hombres; tres mil prisioneros con el general Virues y ochocientos tendidos sobre el campo. Los que consiguieron salvarse de esta funesta refriega, huyeron por estraviados senderos y rutas ignoradas.

Creyendo Soult que desastre tan ruidoso habria abatido el corage de los sitiados les ofreció de nuevo capitulacion, pero Menacho, incapaz de vacilar entre la muerte y la ignominia, respondió con noble audacia al mariscal francés. Siguió obstinada la defensa y en ella se notaron algunos rasgos de heroismo que no deben quedar sepultados en la oscuridad. Un teniente de artillería de Canarias, de apellido Fonturvel, privado de ambas piernas y de un brazo, y manando de sus heridas largos raudales de sangre, prorumpia en vítores y aclamaciones á la patria, y alentaba con un fervor creciente á sus compañeros á la pelea. Este hombre digno de loa espiró á las pocas horas. Pero tanto valor y decision vinieron á resultar infructuosos, porque murió Menacho, el dia 4 de marzo, derribándole del muro una bala de cañon, y su sucesor don José Imaz entregó la plaza por

capitulacion el 10. Ocho mil ciento treinta y cinco hombres que constituian entonces el total de la guarnicion quedaron prisioneros de guerra, haciéndose ademas dueños los venturosos imperiales de ciento setenta piezas de artillería y gran cantidad de proyectiles y provisiones. La misma suerte que Badajoz corrieron en los dias siguientes, Alburquerque, Campomayor y Valencia de Alcántara.

No era tan infeliz la suerte de las armas combinadas en las tierras andaluzas. Bloqueaba Victor con robusta cohorte á Cadiz y la isla de San Fernandó, y como nuestro gobierno residia en este último punto se pensó en alejar á los contrarios de sus alrededores. Organizóse con tal intento una division, la que apenas erigida y á las órdenes de don Antonio Begines, reportó un ligero triunfo, apoderándose de Medinasidonia. Otra division capitaneada por La Peña desembarcó en las playas de Tarifa y combinando sus operaciones con las de Begines vino á caer despues de algunos dias de marcha sobre el camino de Conil, apoyando su cabeza sobre una eminencia respetable titulada el cerro del Puercó. Victor tambien alineó su gente, y despues de un choque parcial entre los generales Villatte y Lardizabal, terminado con ventaja del español, afluyeron las fuerzas y atenciones del francés sobre el cerro de la Cabeza del Puercó coronado por las tropas de Begines. Briosamente acatado vaciló el español y abandonó el cerro, y sin duda hubiera experimentado afrentosa derrota á no acudir á sostenerle el inglés Graham con toda su division. Restablecióse pues el combate y se mantuvo obstinado y formal entre los británicos y los imperiales, hasta que desalentados los segundos con la pérdida de sus generales, Rouseau y Buffin, y con la de dos mil cuatrocientos prisioneros, cejaron en su empresa y dejaron la altura de la Cabeza en poder de nuestros aliados. Tuvieron estos una baja de mil y cien hombres.

Merced á este importante hecho de armas penetraron en la Rota algunas fuerzas españolas, mas aunque Victor severamente aleccionado emprendió un movimiento retrógrado, revolvió bien pronto sobre sus huellas, y acampando el 8 sus tropas en las inmediaciones de Chiclana, empezó á bombardear á Cádiz, empleando al efecto proyectiles que llevaban la muerte y destruccion en la longitud de mas de tres mil toesas.

Habia aniquilado en gran parte los beneficiosos efectos de la jornada del 5 la divergencia existente entre los generales Graham y La

Peña, discordia que acarrió á ambos la pérdida de su mando respectivo, habiéndoles sustituido el inglés Cook y el marqués de Compiñy.

Quando las personas investigadas de altas atribuciones no saben hacer abnegacion de sus resentimientos particulares, atraen sobre sí la propia ruina, ó causan la de su pais, y aun muchas veces estos y aquellos reciben una lesion dolorosa y profunda.

La suerte de las armas es inconstante y varia, y los dias de ventura iban declinando para los estrangeiros y alternando con otros sombríos y de funesto agüero. El cuerpo de ejército francés acampado delante de Santarem, sin poder sostenerse en un terreno exhausto y devastado, hizo casi á la vista del británico una retirada admirable que probaba bien el genio y los recursos de su afamado caudillo. Situóse entonces á la espalda del Alba. Siguióle Wellington y le forzó á abandonar sus nuevas posiciones empujándole hácia Celorico. Los grandes talentos de Massena no bastaban para arrollar las dificultades de su posicion, nacidas unas del poder y brios de los ingleses y portugueses, procedentes otras de la discordia que medraba en su propio campo. Desavenido con él, Ney partió para las provincias españolas, y el vencedor de Zurich contemplando sus fuerzas desmembradas é impotentes para resistir al ímpetu de sus contrarios, traspuso tambien el linde que separa las dos monarquías peninsulares, el dia 5 de abril.

El inglés Beresford en el entretanto recobraba á Campomayor y Olivenza, y Massena situado en Salamanca y mal avenido con la ociosidad salió de aquel punto con lucida cohorte al socorro de Almeida, estrechamente bloqueada por las tropas de Welington. Este gefe de los aliados quiso ahorrarle parte del camino y sin atender á la desproporcion de sus fuerzas, pues no pasaban de treinta y cuatro mil hombres, y entre ellos mil quinientos ginetes, dió frente al imperial que conducia cuarenta mil infantes y cinco mil caballos, en las cercanías de Fuentes de Uñoro. Mantúvose tres dias el choque aunque poco rudo y encarnizado, y el 5 de mayo aflojaron en la pelea los dos ejércitos, suspendiéndola al cabo y conservando cada uno sus primitivas posiciones. Frustrósele al francés su intento de abastecer al Almeida, que falta de subsistencias cayó en poder del británico despues de salvarse su denodada guarnicion, que con el general Breunier á la cabeza rompió con hidalgo esfuerzo por las nutridas

columnas enemigas. Poco despues Massena que habia dado tan relevantes pruebas de consumada pericia durante esta dificil aunque poco brillante campaña se vió separado de su cargo reemplazándole el mariscal Marmont.

A vueltas de estos sucesos seguia vivo é inestinguible el deseo de batallar, creciendo en los invasores la codicia de los triunfos y rebosando los pechos españoles en constancia y magnanimidad. El mariscal Soult desde el fondo de Andalucía enderezó sus pasos hácia Badajoz asediada por el británico Beresford. Levantó este el cerco á la aproximacion de los franceses, aunque dándose la mano con los gefes españoles que operaban en aquel radio, marchó al encuentro del arrogante enemigo, logrando avistarle en los campos de Albuera el dia 16 de marzo. Mandaba en gefe el ejército combinado el mariscal Beresford en virtud de cesion recíproca y convenida de los generales Welington y Castaños.

Mantenia bajo sus órdenes veinte y ocho mil cuatrocientos infantes y tres mil seiscientos caballos, y funcionaban en su dependencia los generales españoles, Castaños, Blake, Zayas, Lardizabal, Ballesteros y don Carlos de España, y los ingleses Stewart, Hamilton, Altas y Cole. Mandaba nuestra caballería el conde de Penne Villemur y la británica el general Lumley. Numerábanse en el lado contrario mas de veinte mil buenos combatientes, cinco mil caballos y cuarenta piezas de artillería. Dióse principio á la funcion con inaudito arroj de una y otra parte. Los imperiales fieros é impetuosos, acometian con rostro igual y ánimo esforzado las posiciones mas dificiles; los aliados no cejaban ni retrocedian un ápice; encrudeciase por momentos la lucha y ya multitud de cadáveres cubria la superficie del terreno. El dia estaba encapotado y sombrío, y la atmosfera densa y nebulosa despedia una lluvia fina y espesa, que agitada por el viento, daba en el rostro á los combatientes y entorpecia algo sus operaciones. Aprovechóse de esta circunstancia la caballería francesa y precipitándose sobre la division de Sewart la pone en confuso desorden, pero la gente de Villemur corre á su socorro, y apoyada por la artillería española, arrolla á los imperiales y sostiene á los maltratados bretones. Efectúase entonces un movimiento igual y simultáneo en toda la línea. Halten, Cole y Zayas combaten briosamente, y los franceses, acosados, estrechados en todos los puntos pronuncian al fin su retirada. Aciaga y funesta les fué esta jornada; pues perdieron en

ella ocho mil de sus campeones, y sus generales Pepin, Merlé, Marasin, Gazan y Bruyer. Las filas de los aliados se disminuyeron en cinco mil cuatrocientos veinte y dos hombres, contándose entre ellos dos generales muertos y tres heridos.

Decididos á no turbar el órden cronológico vamos á trasladarnos desde la faja mas occidental de la Península al riñon de la misma, á Madrid, antes respetada metrópoli de la monarquía y ahora córte de un rey á quien se calificaba de intruso y que era sin duda mas digno que al vituperio, á la indulgencia de la historia. Este vástago transversal de la dinastía borbónica, habia de quebrarse ante la deshecha borrasca que sin cesar la amagaba; acongojábanle de un lado la altivez y el despótico carácter de su hermano el emperador, y de otro la aversion profunda é implacable que le tenian los españoles, no tanto por sus cualidades personales cuanto por ser el símbolo de una usurpacion violenta, pues es hábito añejo de los pueblos y muy encarnado en su naturaleza, el imputar á un individuo toda la odiosidad de su posicion y ser por demas pródigos de iras ó de afectos.

Convencido sin duda José de que un trono usurpado solo puede sostenerse ó apuntalado constantemente por las bayonetas estrangeras ó apoyado en el amor del pueblo que es el mejor y el mas sólido de sus cimientos, trató de captarse la benevolencia de su hermano, quien como todo hombre avasallado por una ambicion sin límites, supeditaba al éxito de sus planes las consideraciones mas respetables é inmediatas. Aprovechando pues la ocasion del nacimiento del rey de Roma primer hijo de Napoleon, pasó á París con el pretexto de felicitarle pero decidido en el fondo á recibir de él una suma mayor de potestad y autoridad régia, pues la que entonces tenia podia reputarse cuasi nominal. Esquivóle el rostro la fortuna en tal pretension y demanda, porque Napoleon no le concedió mas que un millon mensual de francos, aunque sin ampliar en lo mas minimo sus atribuciones y poderío, ni de un modo absoluto la sucesiva conservacion de esa corona misma desabrilantada. Regresó pues á Madrid atormentado por el cáncer del sentimiento y decidido á apelar á la hidalguía y magnanimidad española para asegurar en su mano el cetro de los Alfonsos y Fernandos. Al efecto entabló relaciones con la regencia valiéndose de don Tomás Lapeña, canónigo de Burgos, y adaptándose á cuantas condiciones le impusiese nuestro gobierno siempre que los españoles le reconocieran por rey. Pródiga de resentimientos y

de noble indignacion se mostró la regencia pues sin dar cuenta á las córtés de este asunto, rechazó la propuesta con entereza y energía. Tan tardío en estallar como difícil de calmar es el encono de una nacion; muere solo con el objeto que le provoca.

Casi coetáneamente desplegaban las cámaras españolas laboriosidad y buen celo. Habianse trasladado á Cádiz en 24 de febrero é instaladas en el local de la iglesia de San Felipe Neri, continuaron ocupándose de aquellos asuntos mas perentorios é importantes. Cautivó por este tiempo su atencion el deplorable estado de la hacienda pública gravada con una deuda enorme cuyos réditos casi absorbían el total de las cantidades que entraban en el erario, quedando por consiguiente sin cubrir las numerosas atenciones que brotaban de una situacion crítica y anormal. Las dilapidaciones de la córte de Carlos IV, la desorganizacion que habia reinado en hacienda, grandes errores administrativos y el diluvio de exigencias materiales que habia traído sobre sí nuestra gloriosa campaña; crearon y fomentaron esta deuda á la sazón monstruosa, preciso era pues que los legisladores del año 11 tratasen de disminuirla, de reducirla á menores proporciones, aunque debian emplear en esta dificultosa tarea mucho tino y pulso, porque si desgraciadamente herian los capitales, estos languidecerian y sus productos vendrian á anularse agotándose así una por una las fuentes de la riqueza pública. No puede negarse que el congreso abrigó la mejor intencion al establecer un impuesto sobre los productos de la agricultura, del comercio y de la industria, mas tambien es indubitable que al establecer en las utilidades una proporcion no aritmética, sino geométrica, es decir, al gravar las utilidades de estos tres ramos de riqueza no de un modo proporcional sino progresivo, interesó la masa de los capitales y holló los sanos principios de la ciencia económica. En política para hacer el bien basta muchas veces una voluntad decidida; en administracion mas que la voluntad debe obrar el entendimiento, el exámen y el estudio. Con el propio objeto espidieron en aquellos dias las córtés varios decretos; uno adjudicando al fisco la plata de los templos y parte de la de los particulares, otro estableciendo un impuesto sobre los coches, y el tercero autorizando las represalias y la confiscacion de bienes de los invasores y sus adictos.

Llevaron las córtés sus cuidados hasta la parte militar, judicial y gubernativa, pero nosotros suspendemos aquí la esposicion de sus

tareas para volver la vista á los sucesos bélicos que acaecieron en este tiempo.

Despues de la célebre batalla de la Albuera, el ejército anglo-lusitano emprendió de nuevo el sitio de Badajoz, pero el ardor de los sitiadores y su precipitacion en dar el asalto sin contar con los elementos bastantes al buen éxito, depararon funestas consecuencias y convirtieron el cerco en bloqueo. Por otra parte, como Soult allegando gente á sus desmembradas columnas y combinando sus operaciones con las del mariscal Marmont revolió contra Badajoz, el inglés atravesó el Coa, y levantando el bloqueo de aquella plaza reconcentró sus fuerzas en Yelves; mas vino pronto y oportuno auxilio con el general Spencer y entonces presentó batalla á los mariscales en Campomayor que estos no aceptaron, dirigiéndose Soult á la Andalucía y recorriendo Marmont las cercanías empeñando choques parciales con las guerrillas, y esquivando el trabar un duelo grande y formal. Blake con los suyos se precipitó sobre el condado de Niebla, aunque sin recoger fruto alguno bueno de esta expedicion, y tanto los ejércitos aliados como el imperial que se hallaban en aquellas inmediaciones, continuaron haciendo varios movimientos destituidos de un resultado notable é inmediato.

En el mediodia de la Península el odio á los franceses cobraba mayores medros, disminuyendo incesantemente sus legiones las guerrillas y el paisanage.

En Asturias y Galicia peleaban nuestras tropas con varia fortuna, pues aunque sufrieron un fuerte revés en las eminencias del Puelo, en Cogorderos el 23 de junio quedó bien sentado el honor español, pereciendo en el choque el general francés Valleteaux. El ejército de estas provincias que caudillaba don Nicolás Maby se confió al general Castaños, y este último jefe supo introducir en él una disciplina que le faltaba y que es prenda mas segura de la victoria que el valor impetuoso y ardiente.

Una de las ciudades que con mas brio y ventura habian resistido los ataques de los invasores era la de Valencia. Ya hemos visto á Monecy retirarse despavorido y confuso delante de sus muros, y al mismo Suchet alcanzar un éxito infeliz en la tentativa que hizo para apoderarse de la denodada poblacion, pero engreido ahora este último mariscal con los triunfos reportados en las tierras catalanas; alentado por las singulares pruebas de aprecio que le dispensaba el

emperador arrastrado por el deseo de lavar la mancha que habia caido sobre su honor, voló contra Valencia decidido á no omitir medio ni sacrificio para penetrar en ella. Al de veinte y dos mil ascendia el número de los campeones que Suchet reunió para esta empresa, y tomando con ellos el rumbo de Oropesa dió frente á Murviedro á últimos de setiembre. Débilmente fortificado Murviedro no podia oponer tenaz defensa al conquistador de Tarragona, y la tropa que la guarnecía se acogió al castillo dejando la plaza á merced del imperial. Entró este en Murviedro el 26, y desde luego dirigió sus conatos á la espugnacion de la fortaleza. Defendíala tres mil buenos soldados regidos por don Mariano Luis Andriani, quienes se propusieron hacer larga y bizarra resistencia. Vomitaron los cañones franceses nutrido é interesante fuego sobre las almenas del castillo y el 28 percibiendo abierta una brecha ancha y profunda, marcharon los imperiales al asalto, y costoso fuéles tamaño arroyo, porque la guarnicion se defendió con denuedo y precipitó del muro á los cofiados franceses, causándoles una pérdida de cuatrocientos muertos. Con tan severo escarmiento desistió entonces Suchet de su idea, espiondo para llevarla á cabo, otra ocasion y mejor coyuntura.

Al ruido que causó la noticia de que el mariscal pretendia hacerse señor de Valencia acudieron de varios puntos tropas españolas para estorbarle el que consumase su plan. Las divisiones de Zayas y Lardizabal con la caballeria de Loy y algunos otros cuerpos, marcharon bajo la conducta de Blake encargado por la regencia de defender la amenazada ciudad. Mandó salir este general algunas tropas acaudilladas por Odonell y Obispo, á fin de mantener al francés en sus posiciones y escaramucear con sus avanzadas, pero fué aciaga esta medida, porque Suchet dividió sus huestes en dos trozos y encomendando uno al general italiano Palonibeni y avanzando él con el otro logró despues de un choque ligero alejar á los dos españoles. No pararon en esto sus ventajas, pues haciendo un movimiento retrógrado cayó de improviso sobre Oropesa, atacó y ganó el castillo corriendo igual suerte una pequeña fortaleza denominada del Rey, que con ciento cincuenta hombres defendió noblemente el teniente don Juan José Campillo, quien logró con los suyos salvarse en un buque inglés surto en aquellas aguas.

Los hombres familiarizados con la victoria, rara vez cejan ante los primeros obstáculos por grandes que aparezcan, y Suchet ador-

nado de un carácter de tenaz y sostenido por el orgullo, que es la pasión mas fecunda en grandes resultados, marchó de nuevo contra el castillo de Murviedro. Parecido éxito al de la primera tuvo esta segunda tentativa; los franceses dieron dos asaltos y en ambos fueron rechazados desmembrándose sus filas en quinientos hombres. El doble descalabro experimentado por el francés en la espugnacion de la fortaleza de Murviedro, el valor que allí desplegó un puñado de gente, y sobre todo la disminucion de las fuerzas imperiales alentaron á muchos pechos españoles, restituyeron muchas esperanzas perdidas y ocasionaron un suceso bastante memorable. Blake, gobernador de Valencia, era uno de esos hombres asistidos de una voluntad resuelta, de una imaginacion viva que al aspecto del peligro se inflamaba por decirlo así, y que solo se afanaba en atajarle sin curarse generalmente de explorar la coyuntura mas propicia; creia que el que demora pudiendo sofocar un mal, se hace cómplice en su fomento y extension; cuando por el contrario si no se acude á extinguirle en hora oportuna lejos de lograrlo se crea en vez de uno una larga série de otros mas considerables; mejor soldado que general, pero honrado patricio, ardia en deseos de librar á su patria de la ominosa dominacion napoleónica, y no podia tolerar el que las tropas de esta corona marchasen con su acostumbrada ufanía y altivez á la conquista de una poblacion. Así, que para hacer ilusorio el intento de Suchet, mostró la mayor actividad, celo y esmero en la fortificacion de Valencia, y noticioso ahora del desaire sufrido por aquel ante los muros de la fortaleza de Murviedro, ayuntó veinte y cinco mil combatientes, y salió al encuentro del francés, que con veinte mil de los suyos le esperaba en las inmediaciones de Sagunto. Este sitio cuyo solo nombre traia á la memoria tan remotos como gloriosos acontecimientos, iba ahora á verse tambien salpicado con sangre española: trabóse pues en la mañana del 25 de octubre fiero y encarnizado combate; pelcábase al principio con mucho ardor de uno y otro lado, los franceses titubearon; Suchet herido en un hombro quedó largo rato inmóvil; este espectáculo conmovió poderosamente á sus tropas; hicieron estas inauditos esfuerzos y lograron por fin arrollar á los nuestros desalojándolos de sus posiciones. Perdieron los españoles cerca de cuatro mil hombres en aquella desastrosa jornada entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, y los franceses alcanzaron la victoria con el escaso sacrificio de ochocientos.

Sabedor apenas Andriani del desgraciado éxito de la batalla; abandonó en la noche del 26 con su gente el castillo, que fué ocupado al dia siguiente por las legiones del vencedor Suchet. Blake con sus mal paradas huestes atravesó el Guadalaviar aproximándose á Valencia, y el francés se situó en el litoral del mismo rio decidido tambien á pasarle. A fin de distraer la atencion del mariscal y apartarle del propósito de marchar á Valencia, operaban varios gefes españoles con regular ventura en distintos radios de la Península. Lacy y el baron de Eroles, gefes ambos activos y valerosos, hacian á los franceses cruda é incesante guerra apoderándose del convento de Igualada, de Casamala y Monserrat, derrotándoles en diversos choques parciales, quebrantando la linea de Mérida, penetrando en las islas Medas, ó interceptando sus comunicaciones. Lidiábase en el Aragón con igual bravura y empeño: Duran, el Empeciado, Tabuena y Amor, trabajaban como denodados campeones en la destruccion de los invasores de su pais, logrando los dos primeros penetrar en Calatayud el 4 de octubre, haciendo prisionera la guarnicion de esta plaza que constaba de quinientos sesenta hombres. Rompió al propio tiempo el linde de los antiguos reinos navarros y aragoneses, el famoso Mina, cayó sobre Egea y Ayerve, derrotó á los franceses que acudian al socorro de este último punto, y precipitándoles hasta las márgenes del Gallego les obligó á deponer las armas. Ballesteros en esta época militaba en la Serranía de Ronda, donde era muy crecida la rabia hácia los franceses y muy extraño el modo de guerrear de los naturales, quienes manejaban alternativamente la azada y el fusil, y concurrían á los campos del honor con igual ánimo y presteza que á abrir las entrañas de la tierra para desarrollar su fecundidad.

Pero en el entretanto se iba formalizando el sitio de Valencia, y las tropas de una y otra bandera habian travado diversos choques generalmente adversos á los españoles. Temeroso Suchet de que los valencianos le opusiesen una resistencia larga y obstinada, llamó hácia sí numerosas fuerzas formando el total de ellas treinta y dos mil infantes y dos mil seiscientos caballos, con un formidable tren de batir. Atravesó entonces el Guadalaviar, empujó audazmente al español, y le precisó á encerrarse en la plaza. Ardua y sobremanera dificultosa iba haciéndose la posicion de Blake. Permanecer con su ejército en el recinto de la ciudad asediada, era esponerle á caer en

manos del venturoso mariscal, porque de la mala inteligencia que reinaba entre los habitantes y el general, no podía vaticinarse sino resultados muy funestos; salir á su frente rozándose casi con los enemigos, exigia resolucion y extraordinaria presteza. Vaciló Blake, y en momentos críticos es la vacilacion solo la ruina de un proyecto. El del general español vino pues á tierra, y hubo de permanecer con sus tropas en Valencia. Suchet estableció sus baterías, y el día 5 de enero de 1812 arrojaron devastadores proyectiles sobre la denodada poblacion; el 6 mandó un parlamentario á Blake ofreciéndole capitulacion; el general no se mostraba dispuesto á escuchar proposiciones de esta clase, pero movido por las quejas del pueblo cuyos comisionados le hicieron presente los males que iba á correr la ciudad si se reproducia el horroroso bombardeo del 5 firmó la capitulacion el 9. La guarnicion quedó prisionera, y Blake fué conducido á Francia y allí encerrado en estrecha fortaleza. De este modo abrió Valencia sus puertas al detestado francés: habíaula salvado dos veces de un inminente y tremendo riesgo, el patriotismo de sus hijos y su denuedo casi admirable; pero estas grandes prendas se relajaron, porque el tiempo y la discordia son capaces por sí solos de relajar los sentimientos mas dignos y sublimes.

Violó Suchet las cláusulas del convenio haciendo de su mala fé un alarde temible por el porvenir que pudiera tener, y aunque habia prometido respetar las personas y propiedades de los valencianos, muchos de estos infelices sufrieron vejaciones, atropellamientos y hasta la muerte. Los generales y tropas de una nacion como la Francia que entonces se llamaba civilizada por escelencia, quebrantaban un deber respetable aun para los pueblos mas salvajes. Verdad es que cuando una nacion se adjudica á sí propia un timbre glorioso, rara vez le merece. El orgullo de una sociedad como el de sus individuos, es siempre ciego, insensato.

De vez en cuando interrumpian los invasores sus himnos de victoria con una espresion de despecho arraigado y profundo. Tarifa, tan célebre en los anales españoles, abatió ahora tambien los fieros de las legiones imperiales, y en Arrayamolinos sufrieron estas un descalabro terrible.

El estruendo de las armas que se correspondia de uno y otro polo de la Península, no impedia el que las córtes siguieran ocupándose de una espinosa cuanto elevada mision. Deciamos mas arriba, que

habia llevado sus cuidados y atenciones á todos los ramos de la administracion pública, procurando reparar y fortificar todas las partes débiles ó doloridas del cuerpo social; ahora añadiremos que no satisfechas de esto, pretendieron dotar á nuestro pais de una constitucion política que aunque basamentada en nuestros antiguos fueros y costumbres, llevaba fuertemente adheridos muchos de los principios preconizados en Francia con tanto fervor, y bautizados por decirlo así con arroyos de sangre durante los últimos años del anterior siglo. Una comision creada presentó el 18 de agosto el proyecto del código constitucional, y el 25 empezó la cámara á discutirle. Brillantes fueron algunos de los debates á que este dió lugar; las imaginaciones ricas y fecundas en ideas y en recursos, y escitadas por la accion misma de las circunstancias cuyo poder es hasta cierto punto inapreciable, lucharon gallardamente con talentos claros y despejados pero no tan impetuosos, porque estaban dominados por el cálculo ó por la reflexion, y últimamente con opiniones exaltadas tambien, pero que representaban las creencias de muchos siglos, y para las cuales era una herida dolorosa cada innovacion, cada reforma.

En fin; despues de cinco meses de discusion y de exámen, previas algunas modificaciones, resultó aprobado el proyecto presentado por la comision.

La nueva constitucion en vez de ser rémora de las ideas, fué por el contrario la que las precipitó en su marcha; en ella se establecia el principio de la soberania nacional con toda su vaguedad y consecuencias; se revestia á la cámara del poder legislativo reservando á la corona la potestad ejecutiva, el derecho de firmar la paz y declarar la guerra, y se la otorgaba en la formacion de las leyes una participacion importante al parecer pero ilusoria en su fondo, pues solo se le otorgó el voto suspensivo, y sabido es que este es siempre un arma vuelta contra aquel que pretende valerse de ella: el voto suspensivo contribuyó sobremanera á derribar del trono á Luis XVI, y le empujó hácia el patibulo: este hecho estaba reciente, palpitante aun, todos nuestros legisladores debian conocerle, y al formarse una constitucion nunca deben desechar los avisos de la esperiencia. Tratóbase tambien de la elegibilidad y de las cualidades de electores y diputados, y en este punto se cometió un error grave y deplorable, admitiendo al voto universal casi en toda su posible latitud. Las cór-

tes acordaron tambien acerca de la sucesion en la corona, y el reconocimiento esclusivo de la dinastía borbónica, negando sin embargo la opcion para suceder en el reino á tres miembros de aquella; la reina de Etruria, el infante don Francisco de Paula, y la archiduquesa de Austria. El nombramiento de los consejeros del monarca, sus atribuciones y responsabilidad, fueron motivo de largas deliberaciones de la cámara. Reserváronse estas el nombramiento de regencia. Uno de los artículos que abrazaba el código fundamental y que hacen mas honor á sus autores, era el relativo á la religion del Estado. Muchos de aquellos diputados que se enaltecian al considerarse apóstoles de las ideas reformistas, comprendieron en buena hora, que si se estudia bien la oportunidad, no es mas que la obra de una década el levantar y afianzar un edificio político, pero que si se arranca una sola piedra del religioso, el político y el social bambolean y corren riesgo de venir por tierra. Así es, que en esta parte estuvieron tan esplicitos, que no dieron motivo á la menor queja, de la opinion racional, ni al mas leve acento de la maledicencia. El artículo 71 decia: «La religion de la nacion española, es y será perpetuamente la católica apostólica romana, única verdadera. La nacion la protege por leyes sábias y justas, y prohibe el egercicio de cualquier otra.»

La constitucion arreglaba tambien los tribunales de justicia, y borrando muchos abusos que se habian introducido en ellos, y suprimiendo aquellos cuya organizacion era marcadamente viciosa y anómala, erigió en su lugar otros, dotándoles de las formas que se hallaban mas en consonancia con la sana moral, y con las exigencias de civilizacion.

Erigióse pues un tribunal que con el título de supremo de justicia, llamaba á sí las causas mas notables ya por su naturaleza, ya tambien por el rango de las personas que en ellas figuraban. Las audiencias colocadas, en una escala inferior á la de este alto cuerpo judicial, entendian en las segundas instancias y se hallaban revestidas de la mas amplia jurisdiccion civil y criminal, y por último, ante los juzgados de partidos se trataban los asuntos puramente contentiosos. Al código de Cádiz se debe tambien una institucion en igual grado prudente y benéfica; los juicios de conciliacion encomendados á los alcaldes.

Contenia ademas aquel otras disposiciones muy cuerdas, como

la prohibición de confiscar los bienes, de allanar las casas, lo cual estaba permitido y aun preceptuado por una legislación viciosa y errónea, que sobre castigar á la inocencia fomentaba la desmoralización, y minaba el mas sólido cimiento de toda ley, de todo derecho. Tampoco consentia que alguno fuese conducido á la cárcel sin haber precedido informacion sumaria del hecho que exigiese tal medida.

La constitucion dió nueva forma y origen á las municipalidades, marcó las atribuciones de los gefes políticos, y señaló al propio tiempo las de las diputaciones provinciales.

Organizaba ademas los impuestos declarando que pertenecia á las córtés decretarles y aprobarles, siendo nula en esta parte sin la cooperacion de la asamblea, la potestad legislativa.

Avida de poder la cámara, se habia reservado el de arreglar los ejércitos y la marina. Al tratar en la nueva constitucion de la instruccion pública se estampaba el principio de la libertad de imprenta.

Tales eran las principales disposiciones de este código cuyos autores habian querido levantar una obra mas ó menos republicana sobre una base esencialmente monárquica. Jurado y promulgado en 18 de marzo de 1812 fué acogido con júbilo, porque este siempre le producen las novedades políticas, y porque rara vez ensalza á estas la parte mayor de un pueblo, sino la mas fuerte, la mas activa ó la mas violenta, pero destituido como estaba de un verdadero apoyo cayó poco despues ante la presencia de Fernando.

Empero dejando aparte los sucesos políticos consideremos ahora los que arrojaba de sí la guerra. El año duodécimo del siglo fué muy fecundo en vicisitudes. El general Moutbrun ido en auxilio de Suchet á quien suponía todavia ocupado en el asedio de Valencia, sabedor despues que esta plaza habia caído en poder del mariscal se precipitó sobre Alicante, proyectando ganarla por sorpresa, mas saliéronle fallidos sus cálculos porque los generales españoles Mahy y Freire volaron al socorro de la ciudad amenazada, y obligaron al francés á desistir de su intento. Por este tiempo las tropas de Suchet se apoderaron de Duna y el general Soult, hermano del mariscal, entró sin dificultad en Murcia. Brindó este último acontecimiento con favorable ocasion á nuestro compatriota don Martin de La Carrera para egecutar una proeza digna de los mayores encomios, porque siempre

los merece un valor distinguido y un patriotismo acrisolado, si bien fué seguido de una catástrofe sangrienta. Intentó La Carrera sorprender á los franceses de Murcia, y disponiendo sus tropas de modo que penetrasen en la poblacion simultáneamente y por diferentes puntos, se lanzó él á las calles seguido de cien ginetes, arrollando á cuantos franceses trataban de cortarle el paso, y esgrimiendo con vigorosa mano su espada, tinta ya en la sangre de sus adversarios. Avisado Soult de tan inopinado suceso se levantó de la mesa, donde á la sazón se hallaba, y corrió al encuentro del audaz español, siendo tanta la precipitacion del imperial, que al bajar la escalera tropezó y midió con su cuerpo un trecho considerable de esta. Sin la oportuna concurrencia de la gente que tenia prevenida se vió La Carrera aislado y acometido por numerosos enemigos. Perecieron peleando con indecible denuedo los ginetes que le acompañaban, y quedó el bizarro caudillo solo y combatiendo contra seis franceses que le dirigian sendos y certeros golpes. Ya habia inmolado á dos de sus contrarios, cuando le alcanzó una bala y le derribó convertido en cadáver en la calle de San Nicolás. Así murió este jóven general acreedor á suerte mas venturosa. Si el sentimiento de sus contemporáneos es el mayor bien que sobrevive á los héroes, obtúvole y muy grande aquel infortunado patricio, pues todos los españoles deploraron amargamente la pérdida de tan esforzado guerrero.

La historia abunda en contrastes, y enfrente del ilustre La Carrera presenta al español don Pedro García Navarro, quien entregó al imperial Severoli la plaza de Peñíscola, ávido de un oro que trocaba por la deshonra y la ignominia. En el suelo lusitano medraba la causa de la independendia, merced á los esfuerzos de nuestro aliado el británico. Sitió este á Ciudad-Rodrigo el 8 de enero, y como los franceses encerrados en la plaza rechazaron constantemente la idea de capitulacion, la tomó por asalto el 19, encomendando su custodia al general Castaños. Dueño de Ciudad-Rodrigo, fijó el inglés su consideracion en Badajoz poseida por los franceses, esmeradamente fortificada, dotada de una guarnicion aguerrida y valiente, y regida por Filipon, diestro militar y hombre de conocimientos é intrepidez. El 16 de marzo plantó Wellington seguido de lucida cohorte sus reales ante la capital de Estremadura. Veinte dias duró el asedio, y en todo este tiempo se condujo Filipon briosamente practicando varias salidas, y causando considerable pérdida á los sitiadores. El 6 de

abril, abierta ya una profunda brecha se lanzaron los ingleses al muro, mas no lograron dominarle sin derramar mucha sangre, porque la guarnicion se defendió con un valor desesperado, y centuplicó el número de las víctimas en el lado de los sitiadores. Cuatro mil novecientos de estos sucumbieron en tan árdua demanda. Novecientos franceses quedaron fuera de combate, y la guarnicion que contaba de mas de cuatro mil hombres quedó prisionera. Valieron estos dos triunfos á lord Wellington grandeza de España, el título de duque de Ciudad-Rodrigo, y la gran cruz de San Fernando. Sin embargo sus tropas al penetrar en Badajoz, cometieron mil punibles desacatos.

No solo en el oriente de la Península sino en casi todos sus ángulos, se batallaba con creciente porfia y con inestinguible encono. El capitán general de Cataluña Lacy, perseguia con rara actividad á los franceses, causándoles molestias y quebrantos, y no contento con recobrar á Reus, cayó en union con Sarsfield sobre las huestes de Decaen, y las desbarató en las inmediaciones de San Felin de Codinas. Por otra parte, el baron de Eroles repuesto apenas de un duro descalabro sufrido en Ufajulla, marchó contra la brigada Baurke que se hallaba en Rada y la destrozó, ocasionándola la pérdida de mil hombres. Poco tiempo antes, Sarsfield atravesó el límite que separa la Península de la antigua Galia, recorrió algunos pueblos del último pais y regresó al principado trayendo un botin rico y abundante. Tan audaces y aun mas activas que las tropas regulares, las guerrillas hacian cruda guerra á los franceses, y girando á todos lados y moviéndose con facilidad extraordinaria, disminuian insensiblemente sus legiones. El altivo carácter catalán, no podia doblagarse bajo la coyunda de la usurpacion.

En esta época don Francisco Ballesteros, derrotó cerca de Ronda al imperial Marrasin hiriéndole gravemente, y en las provincias del norte el celo de Mendizabal, aumentaba la zozobra é inquietud de los invasores, quienes sedientos de sangre española, vertieron inhumanamente la de don Pedro Gordo, don José Ortiz Cobarrubias, don Eulogio José Miero y don José Navia, vocales de la junta de Burgos; mas noticioso de este atentado el cura Merino, mandó pasar por las armas á ciento diez prisioneros franceses.

Sabedores del asedio puesto por el británico á Badajoz, movieron sus huestes con direccion á este punto los mariscales Sault y Marmont, pero fué tardío el auxilio, porque cuando ellos pisaron el

territorio estremeño, ya la plaza habia caído en poder de los aliados. Con la esperanza trocada en desengaño regresó Soult á las márgenes del Guadalquivir, y este movimiento puso en tal estrechez al general Ballesteros que se vió precisado á retirarse variando de rumbo, si bien lo hizo con tanto concierto y prudencia, que habiendo empeñado con los franceses choques parciales en Osuna y Alorna, salió de ambos airoso cobrando con estas ventajas tal aliento que se precipitó sobre la línea que los imperiales tenian en el Guadalete pretendiendo cortarla, pero sufrió un fuerte descalabro y se retiró todavía en buen orden y compostura.

Mientras la Peninsula española era teatro de tan vários acontecimientos, aprestábase la Europa entera á contemplar otros mas decisivos y considerables.

Rara vez es sincera la buena correspondencia que entre dos príncipes ó estados establece la victoria, y de parte del vencido desaparece generalmente con su impotencia, así es, que el czar Alejandro, vuelta ya en ostentible odio su aparente amistad á Napoleon, allegaba tropas, aumentaba recursos, conquistaba alianzas para lidiar de nuevo contra el emperador francés. No temia este la guerra, antes bien la codiciaba, pero denotaba querer la paz á fin de que no volbiesen simultáneamente contra él las armas todas las potencias europeas. Por esto se decidió á presentar á la Inglaterra su enemigo mas encarnizado un ramo de oliva en una mano, mientras empuñaba ya con la otra la espada de los combates. Como bases preliminares de la paz proponia Napoleon el reconocimiento por su parte de las córtes de España y de su actual dinastía y de la casa de Braganza para la corona de Portugal. No se dejó alucinar el gabinete inglés con tan capciosas promesas; exigió esplicaciones francas y terminantes; mas como Bonaparte solo habia dado este paso para disfrazar sus ambiciosos proyectos, rompió las negociaciones y marchó al frente de cuatrocientos mil legionarios á las fronteras de Rusia. Asistian al czar en esta memorable campaña, el sultan y el rey de Suecia; el Austria y la Prusia permanecieron neutrales.

No habia querido la Providencia economizar tribulaciones y calamidades á nuestra patria, pues al tormento bélico que de tiempo atrás la afligia, se agregaba ahora la miseria mas espantosa. Las exorbitantes contribuciones impuestas por el gobierno de José, las dilapidaciones de los imperiales y los gastos que ocasionaban el sosten y

manutención de los ejércitos beligerantes, vinieron á aniquilar casi todos los recursos en los pueblos de las feraces Castillas, é introdujeron el hambre la cual se hizo sentir con tanta intensidad en Madrid, que en el corto periodo de seis meses sucumbieron cerca de veinte mil personas. Este horroroso cortejo de desastres circundaba el vacilante trono de José, quien obtuvo además este año la amarga certidumbre de que sus sucesivas gestiones cerca de las córtes y de la regencia, eran de todo punto infructuosas, y que jamás los españoles consentirían en doblar la rodilla ante un poder bastardo en su origen y ominoso en su ejercicio. Los pueblos olvidan con frecuencia los errores ó desafueros políticos de sus príncipes, pero jamás les perdonan los daños y quebrantos materiales.

En el entretanto lord Wellington á quien dejamos en Portugal abandonó en los primeros dias de mayo sus cuarteles de Fuenteguinaldo, y poniéndose á la cabeza de un ejército fuerte de cuarenta y siete mil hombres cayó sobre las márgenes del Tormes, cruzó este rio y se posesionó de Salamanca. Los imperiales que guarnecían esta plaza se refugiaron en el castillo, y en él se defendieron bizarramente. Mas embestidos por un enemigo tan superior en número y derruidos ya los principales lienzos de la fortaleza por el fuego voraz y nutrido de las baterías inglesas, se vieron al fin en la precisión de rendirse.

Observaba de cerca este triunfo del británico el mariscal Marmont, quien evolucionando diestramente, vino á las manos con los anglo-portugueses en el sitio denominado los Arapiles. Recio y crudo fué el choque, y por ambas partes se lidió con noble bravura y desusado teson, mas los aliados repelieron vigorosa y afortunadamente los impetuosos ataques de los franceses, los cuales viéndose envueltos y horriblemente maltratados pronunciaron su retirada. Siguióles el vencedor con presto paso, y alcanzando su retaguardia les destruyó tres batallones.

Por este glorioso hecho de armas concedieron las córtes al general inglés el toison de oro.

Noticioso José del resultado de la batalla de Salamanca y sabiendo que el ejército combinado se dirigía á Madrid, consideró arriesgada su permanencia en este punto y se apresuró á evacuarle. Verificólo el 27 de junio. El 30 penetró en aquella poblacion el candillo británico siendo recibido por sus habitantes con frenéticas muestras

de júbilo y alborozo. Mandó Wellington promulgar la constitucion y se dispuso á atacar á dos mil quinientos franceses que bajo la conducta del coronel Lefont habia dejado José en el Retiro. Embistióles con numerosa y aguerrida cohorte el general Pakain, y les obligó á deponer las armas apoderándose al propio tiempo de ciento ochenta y nueve piezas de batir y gran copia de provisiones. Confirióse el cargo de gobernador á don Carlos España cuyo carácter áspero y atrabiliario desagradó bien pronto á los madrileños, lo cual era muy natural que aconteciese, porque aun en la córte de un soberano intruso y odiado, hay muchas susceptibilidades que herir y grandes intereses que lastimar formados á la sombra de aquel.

Sobremanera desastrosa fué á los imperiales esta jornada, pues perdieron en ella ocho mil hombres y muchos cañones y banderas. El mariscal Marmont y el general Bonuet quedaron gravemente heridos, y muertos los de esta última clase Perais, Homiers, y Desgraviens. No obtuvo tampoco Welington tan señalada victoria sin gran dispendio de sangre, porque cinco mil de los suyos quedaron fuera de combate.

Soult, considerando peligrosa su estancia en Granada, la abandonó con sus tropas y tomó la ruta de Murcia, y Ballesteros que no se habia resuelto á medir sus fuerzas con las del mariscal, cayó despues sobre las vertientes del Darro y fué recibido en Granada con singular regocijo.

De este modo la hermosa Andalucía sacudió el acerado yugo de los imperiales, y aunque quedó pobre y casi desnuda, merced á la rapacidad del estrangero, de las riquezas de que el arte y la naturaleza le habian pródigamente dotado, sin embargo entonó himnos de alegría al contemplar libre su territorio de la odiosa huella del invasor. Muchos cuadros donde brillaba la esperta mano de los mas distinguidos artistas europeos, fueron conducidos al museo de Paris ó se los apropió el mariscal Soult. Pérdida sumamente sensible que no pudo indemnizar completamente España ni aun cuando brillaron para ella dias mas prósperos y bonancibles.

Cauto aunque pujante Suchet reconcentraba sus fuerzas en las cercanías de Valencia, y viéndose amagado por el general don José Odonell trató de desvaratarle. Harispe, subalterno de Suchet y gefe de la vanguardia francesa, marchó contra el audaz español y le avisó en los campos de Castalla. Regia el imperial menos combatientes

que Odonell, mas acometieron los de aquel con tal brio y resolucion que quedaron rotas al cabo las filas españolas y con pérdida considerable. Amargas censuras y la separacion del mando proporcionó á Odonell esta derrota, porque cuando se cantan triunfos despues de grandes desastres no se piensa en que pueda volver el rostro la fortuna y se cree obra de la perfidia ó de la impericia, lo que es quizá puro efecto del destino.

Por este tiempo una escuadra anglo-lusitana con diez mil combatientes á bordo debia tocar en uno de nuestros puertos, y con efecto desembarcaron en las playas de Alicante; mas noticiosos de que Suchet se hallaba situado en San Felipe de Jativa y al frente de fuerzas respetables, se acogieron de nuevo á los buques y vinieron á las costas de Cataluña.

En este último pais y en el de Aragon se hacia tambien la guerra con mucha actividad y en gran manera destemplada y sangrienta, y las gentes de ambas banderas daban muestras de su mucho furor y encono, llegando el caso de atentar con frecuencia á la vida de los prisioneros. Aunque de resultados poco decisivos los choques que se empeñaban en estas dos provincias, eran generalmente favorables á los españoles. La campaña del año 12 estaba próxima á espirar. Salió Wellington de Madrid el primero de setiembre, y dejando en la poblacion el mejor orden y concierto posible se internó en las Castillas y tocando en Valladolid vino á caer sobre Burgos.

Guarnecian esta ciudad dos ó tres miles de franceses, los cuales no atreviéndose á defender una cerca poco robusta contra enemigo tan poderoso, se acogieron al castillo á la aproximacion de los aliados. Penetró Wellington en Burgos sin temor ni obstáculo, y recibido aquí el auxilio de diez y seis mil hombres que le presentó el general Castaños, no pensó demorar ni un momento el asedio de la fortaleza. Despues de algunas horas de fuego, se lanzaron al asalto varias compañías inglesas desplegando en este arriesgado trance un valor ardiente é impetuoso, mas los sitiadores se defendieron con tanto teson que lograron precipitar repetidas veces del muro á los aliados ocasionándoles una pérdida de bastante cuenta y obligándoles á desistir aun para lo sucesivo de esta peligrosa empresa. El general británico partió á los pocos dias de Burgos, y trasladándose á los confines portugueses fijó en ellos sus cuarteles de invierno.

El estruendo de las armas se escuchaba en todos los ángulos de la

Península, y en casi todos llevaban la mejor parte los defensores de la independencia. El Empecinado reportó un triunfo aunque ligero en Guadalajara, Porlier y Mendizabal se enseñorearon de Bilbao, y Soult se vió en la necesidad de levantar el asedio de Cádiz y replegarse á Sevilla. La guarnición de Málaga abandonó este punto y fué á incorporarse con las tropas de aquel mariscal, el cual sin embargo no pudo sostenerse en Sevilla y se retiró á Granada. El coronel británico Sterret se hizo dueño de Sevilla, y el alemán Schepeller de Córdoba.

Los gloriosos timbres que había adquirido el lord vizconde de Wellington, la pericia y conocimientos que había desplegado durante la guerra, y el deseo de centralizar las operaciones para que hubiese en ellas mas actividad y armonía, motivaron el que las córtes confiriesen al británico el cargo de general en jefe de las tropas españolas, y aunque don Francisco Ballesteros elevó al gobierno una amarga esposición, censurando aquel nombramiento, su voz solo sirvió para acarrearle la propia ruina, pues la regencia le destituyó del mando que desempeñaba.

No habían permanecido ociosas las córtes durante este tiempo, antes bien siguieron tratando con su acostumbrada laboriosidad algunas cuestiones de importancia. Figuraban entre ellas la abolición de la Inquisición, tribunal que había sufrido el influjo desorganizador de los tiempos, y que creado en el siglo XVI con un objeto tal vez laudable, se vió pronto adulterado en su naturaleza y convertido-se en instrumento de ruines pasiones y de una política artera y falaz. Las cámaras le suprimieron, prohibiendo su restablecimiento en lo sucesivo, y abriendo así otra herida profunda á la potestad absoluta de nuestros príncipes. También se sometió á la deliberación del congreso una propuesta de la Gran Bretaña respecto á las provincias americanas disidentes. El gabinete de Saint-James prometía interponer sus oficios é influjo para conciliar aquellas colonias con la metrópoli, mas exigía del gobierno español una remuneración tan larga y gravosa, que este acordó por fin romper las negociaciones. Mejor éxito tuvieron las entabladas en igual época con el emperador Alejandro, por medio de nuestro embajador Cea Bermudez, pues el czar por un tratado ajustado en Weliky-Louky, reconoció las córtes y la constitución española.

Procedióse en igual periodo al nombramiento de nueva regencia,

recayendo la eleccion y voto de la cámara en don Joaquin Mosquera y Figueroa, consejero de Indias, en los tenientes generales duque del Infantado, don Juan María Villavicencio y conde del Abisbal, y don Ignacio Rodriguez de Rivas, miembro tambien del consejo. El del Abisbal renunció al poco tiempo, y le substituyó don Juan Perez de Villamil, hombre que reunia á una gran suma de conocimientos un patriotismo acrisolado, aunque se le tenia como antagonista de las ideas liberales.

La guerra de la independencía estaba próxima á terminar de un modo muy glorioso para los españoles, porque su mas gigantesco apoyo iba á desaparecer de la esfera política. Napoleón que habia sido durante tanto tiempo el azote de la Europa entera y el asombro del universo, veia ahora marchitos los laureles que habia recogido en tantas y tan sangrientas lides por el influjo de una suerte enemiga, y el génio y los recursos del grande hombre se estrellaban contra la implacable severidad del destino. Luchando con un valor igual en las gargantas contra los hombres y la naturaleza su auxiliar poderoso vió sus antes temidas legiones rotas y deshechas, y en vano quiso en el siguiente año 13 del actual siglo combinar tonos los elementos que aun poseía para humillar de nuevo á sus adversarios, porque probó del mismo modo el acibarado sabor de las derrotas y contempló ya su trono inseguro y vacilante.

Tambien el de su hermano le habian derribado por el polvo el vigoroso esfuerzo de nuestros compatriotas y la pujanza de nuestros aliados. El duque de Ciudad-Rodrigo abandonó en los dias de mayo de 1813 sus cuarteles de Portugal, atravesó el Tormés y apoderándose de Salamanca, Toro y Zamora, declinó hácia las provincias vascongadas yendo á acampar en las inmediaciones de Vitoria donde le aguardaba el grueso de los ejércitos enemigos regidos por José que habia salido de Madrid el 17 de marzo. Dióse allí sangrienta y prolongada batalla el 21 de junio, y aunque de una y otra parte se peleó con singular ardor y pericia, las columnas francesas se vieron al fin arrolladas por el ejército confederado y puestas en completa dispersion y fuga. Perdieron los imperiales en esta célebre accion apellidada de Vitoria nueve mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y los aliados cinco mil. Infatigable Wellington siguió al alcance de los fugitivos y consiguió despues de algunas marchas gloriosas lanzarles del lado allá de la frontera con el intruso á su ca-

beza. Algunas divisiones francesas que operaban en la misma circunferencia aunque en diferentes radios á las órdenes de los generales Foy y Claussel corrieron la misma suerte. Adquirieron en estas jornadas lustre y nombre inmortal los generales españoles, Giron, Longa y Morillo.

Continuábase lidiando con igual empeño y no con menor gloria en los restantes dominios de la guerra.

El mariscal Suchet temido y respetado hasta ahora en los confines de Valencia y Cataluña sufrió una cruel derrota en Castalla, y poco despues Durand y Mina desbandaron las tropas del general Paris, y se apoderaron de Zaragoza.

Aunque tan lisonjeros acontecimientos cautiváran la atencion universal, no pasaba tampoco desapercibida la marcha reformadora que sin declinar seguian las córtes. Habia clases sin embargo dolorosamente lastimadas por esta cuerda de principios, clases que se rebelarian contra ellos tan luego como se les presentára ocasion, y que añadian á su gran prestigio y vasto influjo sobre las masas populares una gran copia de elementos materiales, una de estas clases era la eclesiástica, y especialmente la monástica, adversa de las ideas liberales, y que aunque habia sufrido vicisitudes y reveses, todavía era bastante poderosa en nuestro pais. Las Córtes cercenaron mas sus facultades, suprimieron varios conventos, y acaso no hubieran limitado á esto sus providencias si un espíritu reaccionario latente, pero ya sensible y que tenia grandes personificaciones en los encargados del poder ejecutivo, no la hubiera entorpecido. No obstante, por los mismos dias acordó el congreso la abolicion del tribunal inquisitorial. Mostrábanse reacios los regentes, y descontentos del violento empuje que daban los diputados á los sentimientos liberales, y de aquí nacia una mal simulada pugna entre la regencia y la cámara que acabó con la destitucion de aquella. Constituyóse en su lugar otra compuesta de tres miembros que fueron don Pedro Agar, don Gabriel Ciscar, y el arzobispo de Toledo don Luis de Borbon. Evacuada ya por las tropas imperiales la antigua capital de la monarquía, y habiendo invadido á Cádiz la fiebre amarilla se acordó la traslacion del gobierno á Madrid, la que se verificó en enero de 1814.

Despues de la accion de Victoria la guerra habia adquirido un aspecto decididamente favorable á nuestra causa. En vano Sault, investido del cargo de gefe principal de las tropas imperiales que tra-

bajaban en la Península, con el título de lugar-teniente, trató de amagar la línea de los ingleses que bloqueaban á San Sebastian y Pamplona, porque fué desgraciada esta tentativa y la primera de las enunciadas plazas, despues de haberse defendido heroicamente se vió invadida por las legiones anglo-portuguesas. Fué víctima la ciudad de la devastacion y del pillage, ejercitándose los aliados en todo género de tropelías y desacatos. Pamplona estrechamente asediada abrió tambien sus puertas á las tropas españolas, y de este modo el norte de la Península sacudió el ominoso yugo del estrangero. Plantó el británico sus reales en el diámetro de San Juan de Luz, y Soult reconcentró sus fuerzas en el lado de Bayona.

Desasosegado estaba el mariscal al contemplarse encerrado dentro del territorio francés, y temeroso de que Wellington, prevaliéndose de su posición pretendiese arrojarle de las márgenes del Adour, empeñó algunos choques parciales y quedó por último derrotado en la batalla de Ortez. Doce mil hombres perdieron los franceses en esta breve campaña y no obtuvieron los confederados tantos laureos y ventajas sin mucho gasto de sangre.

En el entretanto los acontecimientos europeos habian cambiado completamente de faz. Napoleon, ese genio de la guerra, que habia abatido con su mano victoriosa el poder y la altivez de muchas antiguas dinastías, penetró siempre halagado por la victoria hasta el corazon de la Rusia, y se enseñoreó de Moscow, mas condújole hasta el abismo de su ruina arrojó tan inaudito, porque muchos miles de sus mejores soldados quedaron entre los hielos del Septentrion.

Pesaroso de su mal andanza pero explotando aquella energía y actividad que le habian proporcionado tan extraordinarios triunfos, el emperador aprestó de nuevo ejércitos y los volvió contra la Europa coligada, mas vino el desengaño á devorar la última ilusion que conservaba, porque sus tropas fueron derrotadas y disueltas, y al mismo tiempo se vió en la precision de abdicar la corona y aceptar la sentencia de sus enemigos que le condenaba á permanecer confinado en la isla de Elva. Las huestes confederadas entraron en la capital de Francia el 31 de marzo de 1814. El conde de Provenza Luis Estanislao ciñó sus sienes con la diadema de sus mayores, teñida ya en la sangre de un descendiente de los capetos. Las revoluciones son un drama horroroso cuya última peripecia es generalmente favorable á los actores que han tenido una parte menos activa en él. Crean

poderes gigantescos para hundirles despues en el polvo, y despues de mil oscilaciones vuelven las cosas á su anterior estado salvas las modificaciones que imponga la esperiencia, las cuales son por regla general bien pocas ó ninguna.

El influjo de acontecimientos tan capitales, debia ser grande en la suerte de nuestro pais. El gran cuerpo de nuestro ejército que á las órdenes de lord Welington habia hecho una rápida y feliz campaña penetrando en Burdeos y Tolosa, recibió en esta ciudad la nueva de los últimos sucesos ocurridos en París, y el duque de Ciudad-Rodrigo dando entonces treguas á las armas se apresuró á concluir con negociaciones una guerra devastadora y tenaz. Las huestes imperiales que operaban en Cataluña estenuadas y débiles, y á las que no podia ya vigorizar el infatigable celo del mariscal Suchet, aceptaron tambien la oliva de la paz con que se les brindaba, y la aurora del 18 de abril alumbró el último dia de la guerra de la independencia, lucha magnífica donde se mostró claro y limpio el carácter español, fiero é indomable ante la adversidad y enemigo de extranjero yugo. Aunque no tuviera otros timbres la nacion española, solo este duelo grande y magestuoso bastaría para hacerla famosa y dotarla de un nombre inmortal.

Por desgracia el gozo puro é inefable que predijo en los ánimos la noticia de haber humillado para siempre las legiones invasoras, iba á ser pronto acibarado por las discordias intestinas que debian estallar con ímpetu tremendo. Como Napoleon especialmente desde principios del año catorce habia visto declinar y próxima á sepultarse en el ocaso su venturosa estrella, quiso calmar el encono de algunos de sus enemigos, y al mismo tiempo deslumbrar á la Europa presentándola como ilegítima una guerra que él aparentaba afanarse en apagar. Llevado de este pensamiento puso en libertad al pontífice y á Fernando, y el monarca español exento de su odiosa esclavitud, dejó bien pronto á sus espaldas el Pirineo y pisó de nuevo el territorio peninsular.

El advenimiento de Fernando iba á producir un cambio total en nuestro régimen interior. Uno y otro partido esperaban con ansiedad los primeros actos del monarca, y uno y otro encontraban en sus precedentes apoyo al parecer sólido á su conducta y garantía á su porvenir. Suponian los liberales que las córtes habian salvado á la nacion en la tremenda crisis por la que acababa de atravesar; que

ellas habian devuelto al cautivo príncipe la corona que la espada de un usurpador habia derribado de su cabeza, y por último, que su legitimidad estribaba en la convocacion hecha por el mismo Fernando antes de partir á Bayona, si ya las circunstancias graves y peligrosas que habian militado no autorizaban por demás su reunion y establecimiento. De contrario dictámen los amigos del absolutismo sostenian que todos los actos de la cámara eran nulos y viciosos porque descansaban en una usurpacion violenta; que las córtés habian vulnerado una potestad que debian conservar como un depósito sagrado ultrajando así los sentimientos de generosidad y magnanimidad españolas, y finalmente, que si Fernando habia heredado de sus predecesores amplias y sin restriccion sus atribuciones soberanas, íntegras debian devolversele, y sin desgajar algunos de los florones que ornaban su diadema en 1808. Concluian pues estos apelando á la opinion de las masas que entonces se manifestaba clara y espontánea muy favorable sin duda á Fernando y á los principios monárquicos puros que simbolizaba. Escuchaba el jóven rey con preferencia á los enemigos del sistema constitucional, lo cual unido á los reiterados testimonios de amor que recibia de parte de los pueblos, hizo muy honda impresion en los abogados de las reformas, desalentádoles é induciéndoles á transigir con tan formidable antagonista. Hallábase el monarca en Valencia, cuando recibió una esposicion suscrita por sesenta y dos diputados, en la que despues de hacer la apología del gobierno absoluto se le consideraba el mas en consonancia con las circunstancias de entonces, y se pedia al rey le estableciese en sus dominios. Los miembros de la cámara que firmaron tan notable documento alcanzaron el nombre de *Persas*, porque aquel empezaba en estos términos: «Era costumbre entre los antiguos Persas, etc.»

Despues de esta defeccion inopinada, ya no podia preverse resistencia alguna formal á las ideas realistas fracturadas las principales articulaciones y dilacerados casi todos sus vínculos; ya nada podia impedir la pronta disolucion del cuerpo liberal, solo la contraria voluntad de Fernando hubiera quizás podido evitarla, pero esta no era verosímil ni existia.

La reaccion estaba pues inaugurada; la habian provocado, como hemos visto, los mismos que mas interés tenian en evitarla pulverizando antes su propia obra, y así no es de estrañar el giro rápido que tomaron los acontecimientos. El dia 4 de mayo espidió el rey

un decreto por el que condenaba la existencia de las cámaras y la formación del código de Cádiz; durante la noche del 10 al 11 fueron presos los regentes Agar y Ciscar, algunos ministros y varios diputados de los mas notables, y en los siguientes días del mencionado mes se completó la ruina del edificio constitucional. El 13 entró Fernando en Madrid en medio de las mas fervientes aclamaciones. Esta ovacion magnífica aniquilaba todas las esperanzas del partido liberal. Organizóse un gabinete cuyos miembros eran de antemano señalados por sus principios monárquicos puros; se restableció el abolido consejo de Castilla, se dió vida al suprimido tribunal de la Inquisición, restituyéronse á los regulares los bienes de que se les habia privado, y en suma, todo el cuerpo político quedó completamente desfigurado deshaciendo el monarca en pocos meses la obra que las córtes habian procurado con tanta laboriosidad y esmero, aunque en vano, afianzar sobre bases falsas y precarias.

Pero en las revueltas y trastornos políticos se crean tantos crímenes como venganzas hay que satisfacer, como grandes intereses privados que abatir ó fomentar, los ídolos de una era son los primeros que figuran en el martirologio de la ulterior. Muchos de los liberales que habian desempeñado en la pasada época un papel distinguido se vieron hechos el blanco de la ojeriza del gobierno, mas aunque recio y violento el encono de un partido con otro no llegó por entonces la sangre á teñir las manos del verdugo. Escarnecidos y ultrajados los apologistas de las reformas llevaban con dolorosa impaciencia el anatema sobre su frente y esperaban para sacudirle una ocasión propicia, mas turbóles el acierto su mucho deseo, pues si bien intentaron alterar la tranquilidad en Valencia, Sevilla, y en las provincias del norte, fuéles ilusoria la tentativa, y no sirvió sino para hacer mas pesadas sus cadenas.

Mientras la autoridad absoluta del rey se ponía en tela de juicio por algunos españoles mal contentos, nuestras colonias americanas la desconocian abiertamente así como toda dependencia y subordinación de la metrópoli. Desde la insurrección de Caracas verificada el año 9 hasta fines del 14, cuyos sucesos vamos narrando, habian levantado un estandarte sedicioso y preparábase á sostenerle con las armas Buenos-Aires, el Perú, Cochabamba, Cuzco, Chiles, Quito, Nueva Granada, Venezuela y otras muchas provincias. El eco de la revolución corría y se propagaba con la rapidez del rayo desde las

principales ciudades á las mas pequeñas aldeas, siendo muy pocas las que permanecian fieles y obedientes á las autoridades.

En Buenos-Aires los triunfos de los insurgentes fueron completos. Don Santiago Liniers, en quien se había depositado el vireinato por la esperanza que inspiraba su influjo en el país, abandonado de las tropas, cayó en poder de los contrarios sufriendo con cuatro mas una muerte desastrosa. No tuvo mejor suerte la direccion de los negocios en manos de sus sucesores Elio y don Gaspar de Vigodet, pues aquel se vió precisado á pedir un armisticio que los contrarios no negaron, y este, despues de sostenerse algun tiempo por los auxilios que le llegaron y la superioridad de la marina española sobre la argentina, quedó reducido al estado de entregar la única y poderosa fortaleza que á su disposicion se hallaba, Montevideo. Los vencedores como fruto de sus conquistas crearon un congreso soberano constituyente y un director supremo.

No solo hubo que lamentar en el Perú las víctimas sacrificadas á Marte, la discordia tuvo tambien las suyas. D. José Córdoba, mayor general del ejército, despues de la derrota que sufrió en Suipacha, con el intendente de Potosí, Paulo Sanz, y el presidente de Charcas, Nieto, fueron inmolados ante las aras de esta. El valor del general en jefe Goyeneche pudo recuperar á Cochabamba, Potosí y Chuguisaca, á consecuencia de la batalla de Huaquí (por la que recibió el título de conde) y sostener el grito de independencia que se dejaba oír por todo el alto Perú. Pero las derrotas del Tucuman y Salta en los dos años siguientes, 12 y 13, junto con los anteriores sucesos inclinaron su ánimo á admitir el mando.

En Chile no presentó al principio la insurreccion el carácter sanguinario que en los demás puntos, pues no pasó mas que á poner la presidencia interina del brigadier Carrasco en manos del conde de la Conquista, con una junta provisional de gobierno. Pero la ambición de los tres hermanos, de apellido Carrera, y del doctor Rosas, vino despues á darle el aspecto feroz de las otras. Vencedores aquellos, crearon un triunvirato, izaron la bandera tricolor y borraron todos los vestigios de la anterior monarquía. Mas despues de algunas vicisitudes, ya prósperas, ya edversas, un tratado de paz celebrado en Lucai restituyó la autoridad monárquica.

Quito vió varias veces encendido y sofocado el fuego de la insurreccion, pero en el año 11 se robusteció, uniéndose á su causa el

obispo don José Cuero con casi todo el clero, siendo víctima del puñal asesino el presidente, conde Ruiz de Castilla. Su sucesor don Toribio Montes con el coronel Sámamo, jefe de las tropas, lograron superando muchos obstáculos restablecer el orden. De peor carácter y mas rápido fué el levantamiento de Nueva Granada, pues se efectuó casi instantáneamente en las provincias de Cartagena, Pamplona, Tunja, Socorro, Casanare, Antioquia, Chocó, Mariquita y Neiva, arrojándose á todas las autoridades é instalándose una junta suprema. Los insurgentes de Tunja hicieron alianza con los de Venezuela, mas como toda union que no está basada en la buena fé es poco duradera, esta que no reconocia otro fundamento que la ambicion, bien pronto se derrocó, y aunque volvió á reproducirse, tuvo poco mejor éxito que la anterior, viniendo á apoderarse don Simon Bolivar, jefe de los tujanos, que derrotó á los contrarios y se apoderó de Santa Fé.

El peor de los males para un pais, es el tener á su frente autoridades indolentes y sin la energía necesaria para sofocar el espíritu de rebelion que en él se deja sentir. De esta calaña era D. Vicente Emparan, capitán general de Caracas; y á lo cual se debió el que la sedicion erguiese su cerviz en este punto antes que en los demas, el que no solo se dejó atropellar y dimitir el mando, si que tambien hizo la bajeza de admitir la presidencia de la junta que se creó; pero un ser tan degradado era inútil para hacer el mal como lo fué para el bien, y así al poco tiempo fue arrojado del nuevo cargo. Trastornos, convulsiones, prision de las autoridades, sangre y desolacion, fueron las consecuencias de tan innoble conducta. Bolivar y Miranda fueron las columnas de aquel edificio de insurreccion, quienes crearon para su perpétuo sosten un congreso revolucionario; pero las provincias de Coro, Valencia y de Guayana, que se mantuvieron firmes á la causa de la metrópoli, prestaron un poderoso auxilio á nuestras tropas para poderse sostener al través de innumerables dificultades y vicisitudes como la guerra presentaba, y lograr casi el total esterminio de los insurgentes.

Sabedor Fernando á su llegada á España las ocurrencias de estos paises, se dirigió á ellos por medio de una circular que el ministro de la gobernacion de Ultramar remitió á aquellas autoridades, habiéndoles como un padre que reconviene á un hijo discolo; lo que junto con el decaimiento de fuerzas que se iba sintiendo en la sedi-

cion á causa de la desunion que reinaba entre los revoltosos, hizo renacer el afecto á la metr6poli en unos, la calma y postracion en otros; pero como los gérmenes de la insurrección no se habian destruido, quedaban ocultos, tarde ó temprano habian de reproducirse, y adquiriendo una fuerte consistencia hacerse aquella capaz de resistir los mas poderosos choques de los contrarios.

El apuro en que se hallaba el erario público, la inmensa deuda que la nacion habia contraido durante la guerra, el miserable estado á que los pueblos quedaron reducidos y lo insuficiente de las contribuciones para satisfacer tan pesada carga, exigian imperiosamente se acudiese con mano pronta á introducir algunas reformas en el sistema de hacienda para que, terminadas las vejaciones, principiásen aquellos á coger los frutos de una paz que á costa de tantos sacrificios habian conquistado. Pero Fernando tendió la vista sobre este cuadro, si es que llegó á llamar su atencion, y solo vió en él el cumplimiento de la obligacion que el derecho divino impone á los súbditos de defender á sus reyes, sin que su gratitud quedase comprometida en lo mas mínimo á tan noble proceder. Así es que volviendo á lo antiguo segun el principio que habia adoptado, puso en accion el sistema que régia en tiempo de su padre conforme se hallaba hasta el decreto de 1799; el cual no era otra cosa que una amalgama de confusion y errores, valiéndose de los impuestos hasta en los artículos de primera necesidad, y concediendo el derecho exclusivo de su venta á un individuo ó compañía, para haber de salir de los conflictos en que á menudo le ponía dicho sistema.

Pero no solo hay que lamentar en los actos de este monarca en el tiempo que vamos relatando los desaciertos ó falta de celo para aliviar el gravámen á sus súbditos. Otro defecto cometió mas digno todavía de la censura pública. Tal fué la creación de un ministerio de seguridad pública, ó policia! Institucion odiosa y de fatales consecuencias, cuando, en vez de ser dictada por una razon ilustrada y circunscrita al estrecho círculo que esta le marca, es sugerida por ruines y viles pasiones, y sin que la contengan respetos ni consideraciones, se lanza y atropella hasta los lugares mas sagrados! De esta catadura era á la que nos referimos. Así que sus resultados no fueron otros que ostentar las fuerzas y poder de la delacion y la calumnia á costa de muchos inocentes que fueron vejados y perseguidos. Bien fuéese porque se convenciese de lo perjudicial que po-

dria serle esta institucion, ó por el carácter vacilante de Fernando, quedó suprimida algunos meses despues de su instalacion. Tambien por un decreto de 25 de abril de 815 se prohibió la publicacion de todo periódico fuera de la *Gaceta* y el *Diario*, faltando á la promesa que poco tiempo antes hiciera de proteger la libertad de imprenta bajo de razonables bases.

Las potencias aliadas convinieron en el tratado de París en celebrar un congreso general en Viena para tratar de los grandes intereses que la caida del gran soldado ponía á su consideracion. Este célebre congreso compuesto de nueve soberanos y los plenipotenciarios de todas las naciones, se reunió el 25 de setiembre de 1814. Ninguna reunion se habia presentado á los ojos de la Europa tan brillante y numerosa como esta: sus individuos parecia que solo habian sido convocados para ostentar el júbilo y alegría que reinaba en sus corazones, y para manifestarse mutuamente el acendrado afecto de que se hallaban poseidos con respecto á los demas, segun era el grandioso aparato, los convites y regocijos que allí tenian lugar. Mas esta escena varió en el momento que se comenzó la discusion de los intereses; convirtiendo cada cual su afecto y alegría en la mas refinada diplomacia.

El mismo acierto que en los demás negocios manifestó Fernando en este para elegir una persona capaz de defender los derechos de la España y sacar el partido á que, por la gran parte que tuvo en la pacificacion de la Europa, se habia hecho acreedora. Nuestro representante en aquel congreso fué don Pedro Gomez Labrador; hombre orgulloso, de una altivez indiscreta, y sin aquellas cualidades que forman un buen diplomático, su mision no podia menos de ser fatal para nuestra nacion. Así es que la España quedó escluida del nuevo tratado de alianza celebrado por los plenipotenciarios congregados con motivo del arribo de Napoleon á Francia de la isla de Elba, lo quedó igualmente del de abolicion de tráfico de negros, y hasta de todas las demas negociaciones que en el congreso se ventilaron, pues llegó su desacierto hasta no querer firmar el acta general que terminó las tareas del congreso. Pérdida incalculable, puesto que las negociaciones de este congreso establecieron el nuevo derecho público de Europa!

Todavía seguía en sus discusiones el congreso, cuando Napoleon evadiéndose de la isla de Elba habia hecho su desembarque cerca de

Antivo, el 1.º de marzo del año 15. Sabedor aquel de esta ocurrencia, y del levantamiento de la Francia á favor de su emperador, se apresuró á dictar medidas que, á la par que pudiesen inutilizar los intentos del temible campeón que de nuevo retaba á la Europa, calmasen á esta del sobresalto que semejante noticia le habia causado. Todas las naciones agolpaban ejércitos á la frontera de Francia. Luis XVIII, viendo su causa perdida huyó precipitadamente á Gante, dejando á merced del contrario el trono de sus mayores. Napoleon por su parte no perdía momento en reunir todos los recursos de que creía sacar algun partido, para ir en busca del enemigo.

Ciento seis mil era el total de fuerzas del ejército francés, el de los aliados ascendía á doscientos catorce mil seiscientos. El 16 de junio fué el primer encuentro de ambos combatientes, en el cual quedó derrotada y puesta en fuga la izquierda de los aliados mandada por el general Blucher, dejándose en poder del enemigo cuarenta cañones, seis banderas y muchísimos prisioneros con veinte y dos mil muertos. Se decidió Napoleon á atacar el 17 á Wellington que mandaba la derecha, mas considerando que las fuerzas de este eran muy superiores á las suyas, se detuvo hasta el 18 que llegase Grouchi que iba en persecucion de Blucher. La fortuna, que cansada ya de mirarle se rebeló contra él, hizo sin duda que el parte que mandaba á Grouchi para comunicarle aquella orden cayese en manos de unas partidas sueltas de aliados que vagaban por aquellas inmediaciones. Llegó el 18, y Napoleon con sesenta mil franceses y doscientos cuarenta cañones atacó con el mayor ímpetu á los ingleses en los campos de Waterloo; pero al ver que, en vez de Grouchi, era Blucher que con treinta mil hombres venia á reforzar los noventa mil de que se componia el ejército de Wellington, entró la confusion á los franceses y la fuga siguió inmediatamente. Mas ocho batallones de la guardia imperial con un arrojo inaudito se lanzaron en medio del combate, y á la intimacion de rendicion del enemigo contestó Cambrone aquellas célebres palabras: *la guardia muere y no se rinde!* En tan deplorable situacion no habian muerto aun las esperanzas de Napoleon, todavía puso á prueba su génio singular, su valor inefable, dirigiéndose á un regimiento de la guardia que estaba de reserva allí próximo, para continuar la lucha; y sin embargo de verse aquí rodeado de numerosos enemigos, aun tuvo la serenidad suficiente para formar el cuadro con aquel puñado de soldados, mas

esta temeridad le hubiera sido fatal, si Soult, viendo el inminente peligro en que se hallaba, no le hubiese separado, diciéndole «huid, señor, que harto felices son ya nuestros contrarios.»

Marchó á París, y despues de ponerse bajo la proteccion de la Inglaterra, fué conducido á la isla de Santa Elena, en cuya prisi6n 6 confinamiento murió. Legó á la Francia sus mas gratos recuerdos: esta todavía corresponde á su memoria con singulares muestras de gratitud, con entusiasmo merecido galardón á los que todo lo aventuran por la patria.

Libre ya el congreso de Viena de los cuidados en que le habia puesto la inesperada tentativa de Napoleon, volvió á abrir sus sesiones. Nuestro plenipotenciario hizo en esta época nueva reclamacion de los derechos del infante don Carlos Luis á la Toscana, en cuyas pretensiones quedó tan airoso como en las demás negociaciones; pues, habiéndole contestado Meternich á su tono altanero con otro no menos brusco, que en tal asunto no habia otra avenencia que las armas, la córte de Madrid se humilló, conviniendo en aceptar el principado de Luca, y dos millones de reales anuales hasta la entrada de posesion por indemnización del ducado de Parma, y á mas los de Plasencia y Guastalla, que para la muerte de la archiduquesa María Luisa se le concedió su reversion.

Este proceder de las naciones en el congreso que (junto con el poco tino de Labrador como se ha visto) dejó tan mal librada á España en el presente y porvenir, debió servir de aviso á Fernando para conocer lo funesto que podia serle una estrecha intimidad con ellas. Por desgracia no fué así: los representantes en Madrid de casi todas ellas ejercian una grande influencia en los negocios de la Península, ofreciendo muy raro contraste que mientras era despreciada y hasta insultada en Viena, tuviesen las sugerencias de aquellos tanto peso en la marcha de los negocios en la córte de España. Lo cual prueba la ineptitud de Fernando.

Eran todos aquellos acérrimos defensores del despotismo, de entre los cuales el enviado de Francia y el de Rusia, Tatischeff, tenía una influencia directa y absoluta. Habia este sabido atraerse con su astucia la amistad de todas las personas que tenían ascendiente con el monarca, y convertido en instrumentos sumisos de su voluntad á ciertos para que Fernando siguiese el camino que él trazaba y con-

venia á las miras de Alejandro, su señor. Así es que reconociendo en Antonio Ugarte, agente de negocios y que habia sido mozo de compra, el cual se hallaba con frecuencia en la embajada, unas disposiciones las mas á propósito para sus fines, le sacó de la oscuridad, y logró que de ascenso en ascenso se viese pronto al lado del monarca siendo su principal consultor y gefe de la camarilla, en la que se ventilaban los medios mas conducentes de gobernar la nacion y arrancar de raiz el árbol de la libertad. Y de este modo Tatischeff (que era Ugarte) ponía en accion sus infames planes que dieron el fatal resultado para España que conducía á los fines de este y su señor, recibiendo el Ugarte del emperador Alejandro la cruz de la orden de Santa Ana, en recompensa de tan grandes servicios.

La conducta del czar apareció de distintas fases; fué inconstante y variable y aun á veces contraria con la de su representante en Madrid, aunque en sus misteriosos designios condugesen á un punto. Así es que se le vió prestar su reconocimiento al rey intruso en España, reconocer despues la legitimidad de las córtes de Cádiz, asistir á la jura de la constitucion española que hicieron los prisioneros españoles que Napoleon llevó á Rusia, luego que este fué derrotado y aquellos pasaron á sus banderas; censurar ó manifestar al embajador de España que su rey habia obrado mal con haber destruido la constitucion de un modo tan violento y que cuya ingratitud podria serle muy funesta; del mismo modo que se le vió tambien mas adelante constituirse un acérrimo defensor del absolutismo. Esto prueba que quien así obra no tiene otros principios, otro sistema, que su deseo ó interés.

El clero, cuya influencia en Fernando era de gran valía, no era ya aquel que con su ciencia y su virtud habia contribuido tanto á la civilizacion del género humano; la corrupcion de los siglos posteriores habia obrado en él poderosamente y dejado demasiado apego á las cosas terrenales, su regla de conducta no estaba ya ajustada á la sana moral del Evangelio, esta habia sido sustituida por una refinada hipocresía para encubrir sus vicios. Pero estos por mas que se oculten, el tiempo rasga el velo que los cubre y se hacen patentes á todos; nadie ignoraba sus arterías para obtener concesiones y gracias del rey y prodigarlas á sus parientes, sus incessantes incitaciones para afianzar bien el despotismo persiguiendo á los

reformadores, y sin que á veces los contuviesen los sentimientos de humanidad.

No será pues de estrañar que Fernando, en quien tanta acogida tenia la adulacion y cuyos principios despóticos constituian su carácter, rodeado de estos dos elementos (los embajadores y el clero con algunos reaccionarios), marchase con rapidez á entronizar el despotismo, sin que en él hiciesen eco alguno los padecimientos del pueblo, porque si alguna mejora se proponia que no solia llevarse á efecto, ó algunas gracias se hacian á las clases beneméritas, no era esto ni sugerido por la gratitud, ni inspirado por el reconocimiento del deber; tal suposicion estaria en contraposicion con la conducta y proceder de Fernando, que, junto con las circunstancias en que se acudia á aquellos rasgos de benevolencia, es lo que debe formar el punto de comparacion, servir de norte, para juzgar de tales actos. El verdadero móvil que ponía al monarca en el caso de echar mano de estos recursos era el deseo de tener sujeto al pueblo, de que permaneciese sumiso espectador de sus caprichos; halagarle y colocarle en un estado de apatía, de indiferencia, mientras él corría tranquilo y sin obstáculo alguno por el fatal camino que una vez se trazára.

De todas las disposiciones que por esta época se dieron para llevar á lo sumo la reaccion, merece particularmente nuestra consideracion el decreto de 29 de mayo de 1815 restableciendo la compañía de Jesus. Habíase ya declarado la opinion pública de varios paises, y aun en algunos habian sido espulsados sus individuos, contra esta compañía por su relajacion y por sus miras muy contrarias á su instituto, cuando Cárlos III decretó la espulsion de los jesuitas de sus dominios, siguiendo no mucho desques la bula de estincion de la orden dada por Benedicto XIV. Aun cuando el tiempo no ha podido descubrir la causa que aquel monarca tuvo para proceder así, bastaba el que era un rey verdaderamente religioso, altamente justiciero y muy amante de su pueblo, para creer que motivos poderosos le habian puesto en la necesidad de tomar una medida que, sirviendo el rigor de garantia á la brevedad y sigilo en su egecucion, previniese las fatales consecuencias á que aquellos pudieran dar lugar. Esta reflexion, el haber decaído mucho el buen concepto de dichos religiosos entre las personas sensatas, y el ver justificada con la disposicion de aquel pontífice la poca utilidad que esta

órden podria prestar á la verdadera religion y á sus fieles; debieron haber obrado fuertemente en el ánimo de Fernando para no resucitar una causa que habia de producir disgustos á unos, y embravecer á otros cuyo descao al retroceso era ciego, poniendo en manos de otras corporaciones ó individuos la educacion de la juventud, que hubiera estado tan bien desempeñada como en las de aquellos. El consejo de Castilla no aprobó esta medida, sin embargo de su rendimiento á la voluntad régia en todos los demas asuntos, sin duda por lo poco acertada que la consideraba.

A la susceptibilidad de Fernando en dar cabida á sugerencias sin examinar el fin á que iban dirigidas con tal que halagasen su capricho, se agregaba otra cualidad no menos lamentable para el pais, que era su inconstancia, su prurito por variar de ministros al mas mínimo antojo. De nada era para él la instruccion y el honor, ni aun á veces las personas mas queridas estaban libres de un arrebatado suyo. De donde provino que los hombres probos se alejasen, y solo se encargasen de las carteras los ambiciosos con el único objeto de lucrarse, ellos y sus allegados, en el corto tiempo que permanecian en la gracia del soberano, cuidándose poco de que la nacion estuviese bien ó mal administrada, siempre que ellos llenasen su objeto y procurasen que en el tesoro no faltase para que el monarca alimentára su excesivo lujo y ostentacion. Así caminaba la nave del Estado por ese agitado mar de las pasiones, sin guia, sin una mano diestra que la condujese á puerto de salvacion.

Pero no por esto la córte dejaba de dirigir su atencion á objetos de su interés, de distraccion en que invertir sus inmensos caudales. El casamiento de Fernando con doña María Isabel de Braganza y el de su hermano don Carlos con doña Maria Francisca de Asis, hijas ambas de don Juan, príncipe del Brasil y regente de Portugal, le proporcionaba buena ocasion para que sus deseos tuviesen cumplido efecto. El negociador de estas bodas fué un fraile franciscano refugiado en el Brasil á causa de los trastornos de América, llamado fray Cirilo Alameda, el cual con este motivo salió de la oscuridad llegando á hacerse muy notable en épocas posteriores. Fernando en pago de sus servicios le asignó una pension de quince mil reales anuales, y despues fué elevado á general de la órden y á grandé de España.

Verificados los contratos matrimoniales se embarcaron las prin-

cesas para España efectuándose los enlaces en esta corte el 28 de setiembre de 1816.

El pueblo que veía la deplorable situación á que se hallaba reducida la nacion, que los impuestos iban en aumento y que no por esto se adelantaba un paso, pues las clases incluso el ejército con todos los demás ramos que se sostienen del erario público seguian en el mayor estado de postracion y de miseria; y que veía esto en tiempo que humillada y desterrada la usurpacion y vuelto *su libertador*, *su deseado Fernando*, por cuyo logro tan singular sacrificio hiciera, algun dia concibió fuese para él época de ventura y prosperidad: el pueblo pues, no podia dejar de sentir esto: esa desazon, ese desagrado ó incomodidad, que producen la ingratitud y la falta de un tan sagrado deber, se hacian de dia en dia mas patentes en él. Los reformadores que solo deseaban una ocasion para derrocar el añejo sistema que tan mal parado tenia al pais y sustituirle con otro, que haciendo desaparecer la hipocresía y poniendo freno al capricho del monarca, fuese capaz de satisfacer las necesidades de la nacion, creyeron hallarle en el disgusto de los pueblos.

Pero sus intentos fueron frustrados, viniendo á aumentar con algunos nombres mas el catálogo de los mártires de la libertad. El general don Juan Porlier, que se hallaba preso en el castillo de San Anton de la Coruña por su amor y decision poco disimulado á la libertad, viendo la predisposicion que en aquel pais habia á un alzamiento desde que estuvo en él de capitán general Laci, y aprovechando la oportunidad que le presentaba la licencia concedida para pasar á los baños de Arteyo á restablecer su salud, se puso á la cabeza de la tropa que le escoltaba y se declaró independiente del gobierno volviéndose á la Coruña donde le esperaban los constitucionales que estaban en combinacion con la tropa. Despues de su llegada dirigió una proclama al ejército y un manifiesto á la Europa, y proclamó solemnemente la constitucion del año 12, aseguradas que fueron las autoridades. De aquí marchó á Santiago, pero habiendo sus contrarios logrado seducir á los sargentos y soldados que le acompañaban, le obligaron á entregarse no sin una fuerte resistencia, conduciéndole preso desde este pueblo, Ordenes, á la Coruña, en donde saciados sus enemigos de hacer con él las mayores inhumanidades, fué llevado á la horca en que recibió la muerte con grande serenidad y entereza.

Igual suerte, y por la misma causa, tuvo la tentativa de don Luis Laci dos años despues; el cual estando tambien de baños en Caldeses, Cataluña, resolvió combinado con otros dar el grito de insurreccion, pero dos oficiales de los conjurados descubrieron el secreto, vinieron fuerzas contra él, y seducidas las dos compañías con que contaba, no le quedó otro remedio que fugarse, mas fué cogido en una alquería y conducido preso á Barcelona. En esta capital se le siguió consejo de guerra y fué condenado á muerte; mas temiendo él que el pueblo, con quien tenia muchas simpatías, se opusiese á su ejecución, se le trasladó á Mallorca, siendo fusilado en el foso del castillo de Bellver, su prision, á los cuatro dias de su arribo á aquella.

Su amor por la libertad y el ódio que les inspiraba el mal gobierno de Fernando, enardecia el espíritu de los reformistas, y tentaban toda clase de medios que pudiesen conducir á su intento: el fin para ellos justificaba á aquellos. En cuya máxima inmoral y de fatales consecuencias nada tenían que echarse en cara ambos partidos; porque si á los reformadores servia de regla en sus actos para destruir una obra que abria un profundo precipicio en cuyo borde se hallaba la nacion, los reaccionarios en las persecuciones de aquellos, y en todas sus demás acciones por conservar aquella íntegra, no seguian otra. Ambos no obraban bien, pero los reformadores iban á cortar un mal patente, y si algo de justo hubiese en uno ú otro proceder estaria á favor de estos.

Don Vicente Richard, comisario de guerra, concibió otros planes más arriesgados que los referidos. El primero fué el de apoderarse del rey en una de las tardes que salia de paseo, aprovechándose de la ocasion que le proporcionaba la costumbre de este de que luego que cruzaba la puerta de Alcalá solia bajarse del coche, y mandando hacer alto á la escolta y acompañamiento, continuaba él á pié con su esposa é infantes hasta la venta del Espíritu Santo, punto en donde debia tener el Richard caballos preparados para obligar al monarca á montar en uno, y conduciéndole á Alcalá precisarle allí á jurar la constitucion. Pero no habiendo llegado á ponerse en ejecución este, discurrió otro mas temerario todavía. Habia de acudir como pretendiente á la audiencia pública que S. M. daba despues de venir del paseo, sacar un puñal y dar la muerte al rey. Descubierta el secreto se tomaron medidas preventivas para apoderarse de

Richard, el cual luego que entró en las galerías de palacio fue rodeado de guardias, y encontrándole el arma con que intentaba consumir su delito, le condujeron á la prision de donde salió sentenciado para el patíbulo con otros mas.

Estos acontecimientos no indicaban á Fernando el profundo dolor que su desastrosa administracion causaba al pueblo, y que para aplicarla debia acudir á su origen, y cortando el mal de raiz, volverle su reposo y tranquilidad: primer deber de todo encargado de regir un Estado. Pero el desprecio de este deber era para él mucho menor sacrificio que ceder un ápice en punto á reformas y que el dejar de oir unos consejos que tanto le halagaban. Su único antidoto para tranquilizar á los mal contentos era el suplicio á unos y á otros promesas de mejoras que no habia de cumplir, y cruces al ejército que ya la tenia bien grande sobre sí con estar siempre en la mayor miseria. Esta conducta era errónea, conducia al extremo opuesto que se proponia su autor. Los pueblos pueden ser deslumbrados una ó dos veces por el eco pomposo de los que pretenden engañarles, pero luego que se penetran de la realidad de la farsa, cierran sus oidos al que consideran ya como el canto de la sirena.

Las potencias extranjeras que veian que el régimen absurdo de Fernando contribuia á exacerbar mas los ánimos, temiendo que el contagio de las ideas penetrase en ellas, hubieron de resentirse. Así es que los periódicos ingleses y franceses censuraban agriamente la marcha del gobierno español.

El infante don Antonio, que vivia en la córte ajeno de las intrigas palaciegas, falleció de una pulmonía el 20 de abril de 1817 á los sesenta y un años de su edad. Su pérdida fué sensible por el favor que prodigaba á las artes y á las ciencias.

Seguia Fernando su sistema de variar de ministros por la mas leve cosa que no estuviese en armonía con su capricho, resultando que no teniendo siempre de quien echar mano para el desempeño de aquellos cargos, ó los cometia á los que estaban desempeñando otros, ó volvia otra vez á su gracia á los que poco hacia habian sido víctimas de su inconsecuencia, ó finalmente los depositaba en personas absolutamente nulas para tales funciones. Era uno de estos don Juan Esteban Lozano de Torres, cuya elevacion á las altas regiones del poder fué un capricho de la fortuna digno de nuestra consideracion. Era hijo de un carpintero de Cádiz, y despues de haber pasado

su juventud vendiendo chocolate en este puerto, se le proporcionó viajar por varios puntos de Europa, en donde si no aumentó sus conocimientos, pues no fué este el fin de dejar su patria, recibió cierto despejo audaz que parecía hacerle apto para todo. En la guerra de la independencia fué comisario de ejército, y habiendo logrado interesar el ánimo del rey por una felicitacion que le dirigió sumamente laudatoria, fué ascendido á consejero de Estado, á ministro de Estado, y últimamente de Gracia y Justicia. De ninguno de estos ramos entendia, pero sí tenia el suficiente talento para captarse la voluntad del monarca y hacer que este diese crédito á sus solemnes disparates como verdades infalibles. Le hablaba de planes de los liberales para asesinarle, de que era necesario perseguir á estos constantemente; y por fin, para manifestar la credulidad del uno y la osadía del otro, hasta le hacia creer que era tal la simpatía que habia entre los dos, que eran unas mismas sus ideas, sus afectos y temperamento, fingiendo enfermedades iguales y con los mismos síntomas que las que padecia Fernando. Debilidad humana, á qué estado de degradacion y desprecio conduces al hombre cuando la inspiracion de bajas y viles pasiones es el único criterio, la única razon que dirige y regula sus acciones! Otro á quien encargó la cartera del de Guerra en el mismo año (1817) fué don Francisco Javier Eguía, hombre sin otros conocimientos que la rutina militar, sumamente vengativo, supersticioso y acérrimo defensor de todo lo antiguo. Habia ya ensayado su odio contra los liberales en sus primeras persecuciones despues de la venida de Fernando, y ahora se le proporcionaba nueva ocasion de continuarlas. Estas eran las garantías de orden y prosperidad que el monarca ofrecia á unos súbditos en quienes la irritacion que la desastrosa administracion de su gobierno causara, habia llegado hasta atentar contra su vida. El descubrimiento de los francmasones les puso á su disposicion materia en que egercitasen su saña.

La secta de los francmasones, cuya introduccion en España databa, segun se cree, desde el reinado de Carlos III, no llegó á tomar incremento hasta la guerra de la independencia en que la salvacion de la patria vino á ser único y esclusivo objeto de interés y cuidado para el gobierno y demas autoridades; y despues de la abolicion de la inquisicion contaba ya tantos afiliados, que la reaccion de 814 con todas sus persecuciones de los liberales no fué suficiente para humi-

llarla; sino que por el contrario aquellos se animaron mas, aumentaron sus filas y convirtieron sus fútiles y vagas cuestiones en asuntos de política y en planes para derrocar al gobierno, cuya morosidad en echar de ver el rápido progreso del número de sus prosélitos, vino á probarle su falta de vigilancia y su impotencia para contener ya un contagio que afectaba á muchos y principales miembros del Estado. Pero los individuos de esta secta, que formaban un cuerpo cuya cabeza, llamada el Grande Oriente, tenia su asiento en Granada, confiaron mucho de su poder, la seguridad del triunfo les dió la bastante audacia para salir de las tinieblas que hasta entonces los preservara, y sufrieron un golpe terrible; pues la mayor parte de ellos fueron encerrados en prisiones y considerados como hereges y conspiradores. De todas, ninguna constancia y decision en no descubrir los secretos de la sociedad se puso tan á prueba como la de don Juan Van-Halen, que fué preso en Murcia y conducido á Madrid. Se le sumió en un horrible, hediondo y húmedo calabozo de la inquisicion, en donde puesto en la tortura ó instrumento del brazalete recibia los golpes que la infernal máquina descargaba sobre sus miembros, descoyuntándolos antes que romper el silencio que una vez se resolviera guardar, viniendo una afeccion cerebral á poner término á la intensidad de su dolor. Visto el mortal peligro en que se hallaba, se le aplicaron los remedios del arte que lo devolvieron á la vida. Continuó en la prision, de la que debió su salida á los sentimientos de humanidad de una criada del carcelero que, compadecida de sus padecimientos en el tormento, le proporcionó la fuga.

No solo con tan atroces persecuciones y bárbaros castigos aumentaba el gobiéno el número de sus enemigos: otras disposiciones imprudentes á la par que injustas venian á producir igual efecto. Tal era la cédula del 15 de febrero de 818, la cual determinaba quienes de los españoles espatriados podian volver al suelo patrio. Las excepciones que en ella se establecian entre personas cómplices de un mismo delito y cuya mayor ó menor culpabilidad era difícil pesarse, la marcaban con el sello de la injusticia; porque cuando la culpa es igual, el castigo ó la gracia debe ser el mismo.

Con el mismo acierto se dirigieron las negociaciones del tratado celebrado entre España y las dos Sicilias, por el que perdieron los españoles los privilegios y esenciones que gozaban en aquel reino, quedando iguales con los súbditos de otras naciones con quienes no

mediaban las mismas razones que con aquellos para que el rey Fernando no hubiera dejado de conservar algunas de las prerogativas de que quedaban privados.

Don Martin de Garay, ministro de Hacienda en esta época, era una escepcion de la regla respecto á los demas ministros de Fernando, hombre de providad reconocida, de celo y conocimientos bastantes para llevar á cabo una reforma completa en la hacienda segun el estremado apuro de esta lo exigia. Presentó al rey una memoria en la que fijaba las causas de donde provenia el mal que á aquella aquejaba, é indicaba los remedios oportunos que podrian sacarla de semejante estado de postracion y hacerla adquirir nuevo vigor. S. M. conformándose con el plan de Garay dió un decreto el 30 de mayo de 817 estableciendo una nueva y general contribucion, en el cual se insertaban cuatro bulas pontificias que autorizaban la imposicion de subsidios eclesiásticos. Principió aquel á trabajar con incesante asiduidad para que, venciendo todos los obstáculos que se le presentaban, alcanzasen los pueblos coger el fruto de que tanto necesitaban. Mas los buenos deseos y laboriosidad de este honrado ministro, que con otro rey hubieran tenido feliz éxito, vinieron á estrellarse contra la envidia y ambicion de los que medraban con los abusos que dicho plan cortaba, no contentándose sus enemigos con una simple caída, sino que quisieron que esta fuese estrepitosa, valiéndose de la calumnia para que apareciese criminal ante los ojos de la nacion. La noche del 13 de setiembre del siguiente año 818, despues de haberse separado del rey él y don José Garcia de Leon y Pizarro, ministro tambien y muy aborrecido de los intrigantes cortesanos, recibieron una orden de aquel para partir inmediatamente á Aragon el uno y el otro á Valencia, siéndoles tanto mas estraña esta novedad cuanto la despedida de Fernando pocas horas antes nada les habia dejado que desear en agrado y familiaridad.

Los muros de Valencia presenciaron este año el sacrificio de catorce victimas que fueron conducidas al patibulo por haber sido sorprendidas en una reunion en que se fraguaba la muerte de Elío, capitan general de aquella capital.

Sensible fué tambien la pérdida de la reina Isabel acaecida el 26 de diciembre del mismo año, 818, cuyas relevantes prendas la hacian ser amada de todos. Murió de parto y hecha la operacion cesárea para salvar el feto, no se consiguió el fin, pues espiró á los po-

cos minutos. La otra infanta que dió á luz en el último año, falleció también á principios de este, quedando el trono sin sucesion directa. En el siguiente 1819 fallecieron Carlos IV y María Luisa; esta en Roma el 2 de enero, y aquel el 19 del mismo en Nápoles. Embalsamados sus cuerpos fueron trasladados á España y colocados en el panteon régio del Escorial. La indiferencia con que recibieron los españoles esto noticia, indicaba que la memoria de estos reyes les era poco grata. Merecido premio de quienes con su degradacion y vicios tantos males habian acarreado á la España!

Concluido el luto de la Côte, tuvieron lugar el 11 de junio de este mismo año las bodas del infante don Francisco, hermano del rey, con doña Luisa Carlota, hija del duque de Calabria heredero del reino de las dos Sicilias, y de doña María Isabel, hermana de Fernando, cuyos contratos matrimoniales se otorgaron en Madrid el 12 de octubre del año anterior 1818. Fernando, que deseaba con impaciencia dejar sucesor, eligió para esposa á doña María Josefa Amalia de Sajonia, hija del príncipe Maximiliano. Verificóse el otorgamiento de la escritura de los contratos matrimoniales el 14 de setiembre del presente año, 1819, y el 21, dia siguiente al de la venida de la reina y de efectuarse los esponsales, se celebraron las velaciones con grande aplauso de los moradores de Madrid.

Algunas disposiciones dió Fernando en este año que parece indicaban reconocerse de la torcida marcha que en los anteriores siguiera. Tales fueron un decreto en que concedia gracias y exenciones á los que se dedicasen á la construccion de canales de riego y al rompimiento de terrenos incultos: el encargo que con fecha 2 de diciembre hizo al real consejo para la formacion de un nuevo código criminal que pusiese término á los defectos de nuestra confusa legislacion. Hizo completa innovacion en el personal del ministerio, separando también á los que con tanta facilidad manejaban su corazon. Lozano y Eguía. Hombres funestos, que tan poderosamente habian contribuido á aglomerar combustibles, que, repletas las entrañas del volcan, en breve habia de romper este, sin que la mano débil y vacilante del gobierno fuese bastante á contener los torrentes de lava que por todos los ángulos de la Península lanzase!

Pero dejemos los acontecimientos de la metrópoli que dieron por resultado el triunfo del partido reformador y el restablecimiento de la constitucion del año 12, mientras damos una rápida ojeada por

las colonias americanas. Habia Fernando á su vuelta á España logrado, como hemos dicho, con promesas y caricias calmar la sedicion en la mayor parte de aquellos vastos dominios; pero como la conducta de este respecto á aquel pais guardaba las mismas reglas que la que observaba en la Península, esto es, halagarlos con ofertas y concesiones cuando se irritaban, y tratarlos con dureza cuando estaban sosegados, el resultado no debia ser otro que desengañados de las poquisimas ó ningunas ventajas que á su no muy grata condicion podia ofrecer semejante proceder, exasperarse los ánimos y llevar el odio que ya abrigaban sus pechos á la madre patria hasta el estremo de arrojarse decididamente á la pelea, prefiriendo la muerte á sobrevivir con un yugo que tan pesado les era.

Así es que todos los medios de que se echó mano para apagar la llama desoladora de la insurreccion cuando esta con energía volvió á levantar su cabeza, fueron inútiles: ni los halagos, ni la severidad, podian ya infundir respeto alguno á unos hijos que miraban como una calamidad la obediencia á la madre patria, no quedaba otro camino que el de la fuerza. Triste á la verdad y de fatales consecuencias, porque cuando un pueblo siente hervir en su pecho el fuego de la independenciam, no hay fuerzas humanas que le contengan; todo esfuerzo para lograrlo es una temeridad que, á costa de sangre y esterminio, ha de venir á producir luego un caro arrepentimiento. Desconocida esta verdad en un principio, cuando tratados honrosos y ventajosos al comercio y á la familia real de España pudieron tener cabida, y viéndose comprometido el honor de la metrópoli por la imprevision de nuestro gobierno, que con el rigor creyó conseguir lo que tan imposible le era, deber era ya arrostrar todas las consecuencias, poner en manos del destino el todo por el todo. Con este propósito se equipó una expedicion con todo lo necesario y bien disciplinada, que constaba de diez mil hombres al mando de don Pablo Morillo, la cual salió del puerto de Cádiz con destino á la defensa y pacificacion del istmo de Panamá y Venezuela, desistiendo del primer intento de pasar á Montevideo y provincias de la Plata por exigirlo así la necesidad en que se hallaban de socorro aquellos puntos cuya conservacion era muy interesante, y por otras varias circunstancias. Tambien dieron rumbo desde el mismo puerto hácia el istmo de Panamá en combinacion con las anteriores operaciones dos mil quinientos hombres, bajo la direccion del mariscal de cam-

po don Alejandro de Herce y del brigadier don Fernando Miyares, portando consigo armamento para dos mil infantes y ochocientos caballos. Decretóse á mas el 9 de mayo de 815 la reunion de un ejército de veinte mil infantes y mil quinientos caballos con suficiente tren para operar en las restantes provincias.

No solo habia que lamentar la sangre que se derramaba allende de los mares, sino tambien los sacrificios de aqueude para sostener aquella lucha. Tales fueron los varios impuestos que se decretaron sobre artículos de primera necesidad y otros diferentes, para habilitacion de buques, correos y todo lo demas necesario al equipo de aquellas expediciones.

Ya dijimos que en Buenos Aires los insurgentes habian triunfado de las tropas reales y establecido como fruto de sus victorias una asamblea nacional y un directorio. Mas como el entusiasmo por la independenciam no era el único móvil de aquel levantamiento, sino que la ambicion, la envidia y ese espíritu revoltoso que tantas utilidades proporciona á muchos, tuvieron gran parte en él, su triunfo no dió por resultado una nueva era de ventura, de gozo y satisfaccion al verse libres de unos lazos que miraban como el despotismo mas insoportable; la anarquía y la tiranía vinieron alternativamente á presentarles unas cadenas mucho mas pesadas aun que las que acababan de romper.

Así sucedió en todos aquellos paises. En este de que vamos tratando la lucha trabajó tanto á los partidos entre sí, la division y el desconcierto llegaron á tal extremo que hubiera sido muy fácil á nuestro gobierno apoderarse de Buenos Aires y demas provincias de la Plata. Habíase nombrado director supremo al general Alvear; su despotismo llegó á tal extremo que produciendo el disgusto general fué removido, y abandonado de sus partidarios tuvo que refugiarse á un barco inglés para salvar la vida. Se eligió por sucesor al general Rondeau que tenia á su mando el ejército del Perú: se disolvió el congreso, y en su lugar se nombró una junta para que cuidase de la observancia de las leyes y vigilase la conducta del director. El nuevo gobierno inauguró sus primeros actos formando una constitucion que, si bien estaba basada en el derecho natural y político, quedaba con un descubierto por donde dar paso á su ambicion: tal era la facultad que se reservaba de prescindir de la seguridad individual siempre que le pareciese conveniente. Inconsecuencia ordinaria

ria y comun en todas las revoluciones. Estas giran por un círculo, y si se observa todas las peripecias que en su curso han tenido lugar, se advertirá que solo los actores han variado, viniendo por lo regular á parar en el punto de donde partieron. El gobierno de Buenos Aires quiso aparecer desinteresado á los beneficios que podian resultarle de residir en el centro de la asamblea nacional, y al efecto ordenó se reuniese esta en Tucuman, bastante distante de su residencia; pero esto no era mas que un velo con que pretendia cubrir su ambicion. Las disensiones interiores y los acontecimientos adversos de fuera pusieron á este territorio en el mayor apuro. El gobierno, para evitar las malas consecuencias que podria acarrear la derrota del director en Viluma, la toma de Chile por las tropas realistas, y si se llegaban á efectuar las probabilidades de que el ejército enemigo del Perú recibiese refuerzo, se vió en la necesidad de formar un ejército al pié de los Andes, poniéndolo á las órdenes de San Martín. Al cuidado que esta parte ofrecia, se agregaban las amenazas del lado del Brasil. El directorio sin director, pues Rondeau con el desastre sufrido en Viluma no quiso hacerse cargo de él, y don Ignacio Alvarez y Balcarce que lo desempeñaban, aquel interinamente y este en propiedad, habian renunciado sucesivamente. No les quedaba á los insurgentes otros puntos en que cifrar sus esperanzas que Tucuman y Salta, el congreso y el ejército.

Preciso era, pues, para salir de tan lamentable estado dirigir sus miras á la eleccion de un director con las dotes necesarias para poder fundir los partidos en lo posible y contener con el corto ejército las invasiones que amagaban aquellos diferentes puntos. El magistrado Puirredon dió muestras del acierto en su eleccion. Principió su obra por la conciliacion de los ánimos, dirigiéndose personalmente á los parages que creia indispensable su presencia para obtenerla: organizó las tropas y las distribuyó en lugares oportunos: reparó las fortificaciones é hizo otras de nuevo. Atendidas estas necesidades pasó á Tucuman para verificar la publicacion del acta de independencia por la que se adoptaba en aquellas provincias el gobierno republicano emancipándose de derecho de la metrópoli. Y convenido en Córdoba con San Martín sobre el plan de operaciones que habian de entablar, regresó á Buenos-Aires.

Sin embargo del incesante trabajo y desvelos por sosegar las pasiones que ponian al pais en el mayor conflicto, Puirredon no podia

en esta parte conseguir su fin, era en aquel estado de la revolucion un imposible, una obra sobrenatural para que un hombre por adornado que estuviese de las mas preciosas cualidades llegase á ceñir la corona de la reconciliacion. Levantáronse dos fuertes partidos, los cívicos y los veteranos, y llegaron á encarnizarse de tal manera, que una noche hubieron de alistarse aquellos con armas para sorprender á estos, que hubieran sido víctimas á no estar preparados para rechazarlos.

Grandes eran los inconvenientes que embarazaban los proyectos del director, pero su intrepidez, ó mas bien su temeridad, saltó por todo para poner en ejecucion algunos. Tal fué la resolucion de mandar contra Chile un ejército bajo las órdenes de San Martin, siendo así que allí se respetaba al gobierno español y habia un número mucho mayor de valientes y disciplinadas tropas al mando de Marcó del Pont; disponiendo igualmente se reforzase el ejército de Salta para resistir cualquiera irrupcion del ejército del alto Perú, cuyo gefe era D. José de la Serna. Este, por falta de útiles necesarios para abrir la campaña, no pudo efectuarlo con la perentoriedad que el caso lo exigia, y San Martin pudo sin óbice alguno salvar la cordillera de los Andes. Por la banda oriental era por donde los insurgentes únicamente tenían que temer al Doctor Francia, Astigas y los revoltosos de Santa Fé, los cuales seguian alimentando la insurreccion y despreciando toda clase de avenencia. Pero el valor y constancia de Puirredon inspiraban las mayores esperanzas de sosten y tranquilidad, á cuya sombra esperaban sus adictos se consolidaria y prosperaria el gobierno democrático.

Sin embargo, las amenazas del Brasil pasaron á hechos apoderándose de Montevideo.

El proceder arbitrario de los portugueses en la toma de esta plaza dimanaba de una cuestion entre España y Portugal sobre Olivenza y su distrito, que por el tratado de Badajoz habia sido cedida á aquella. En el congreso de Viena reclamó Portugal su devolucion, pero habiéndose negado España, las potencias comprometieron su influjo con esta para cortar ulteriores desavenencias de ambas. Los portugueses, cuya paciencia no era tanta como la morosidad en el cumplimiento de esta promesa, sin recuerdo ó protesta alguna á las potencias y aprovechándose de las circunstancias en que se hallaba aquella colonia y su metrópoli, la invadieron quedándose como en

rebenes de Montevideo. La córte de Madrid acudió á las demas de Europa en queja de tan atrevida medida; mas estas, atendiendo al tono suplicante y poco decisivo de aquella, y no desagradándoles todo lo que se dirigia á su aniquilamiento, la determinacion que tomaron fué dar un manifiesto que no era otra cosa que una evasiva con que pretendian cohonestar el interes protector con sus miras particulares. Asi se infiere del resultado de la transacion verificada en Paris, que dejó provisionalmente á Montevideo en poder de Portugal. El rey de España con su consentimiento añadió á aquella humillacion esta afrenta. Por trances tan indecorosos pasan los pueblos cuando son dirigidos por malos reyes. El que cuatro años antes asombró á la Europa con su valor gigantesco, se veia ahora ultrajado por un pigmeo.

Distinto aspecto presentaba en Méjico por esta época la causa de los insurgentes. El celo y sábias disposiciones de las autoridades, junto con el valor y disciplina de la tropa consiguieron que todas las tentativas de aquellos quedasen frustradas, de las que solo fijamos la atencion en la de D. Francisco Javier Mina. Era este sobriuo del célebre Espoz, que no satisfecha su ambicion con los ascensos que su recién principiada carrera en defensa de una independendia justa le proporcionára, se lanzó al Nuevo Mundo en donde encontraba ocasion de satisfacerla declarándose defensor de una que lo era injusta, aunque en ello faltase á uno de los mas sagrados deberes que la patria impone á todo ciudadano. Partió de Nueva Orleans con la gente aventurera y ociosa que pudo reunir, y entrado en el territorio megicano se le fué reforzando su corta division con algunos de los insurgentes que hallaba al paso. Los primeros encuentros que tuvo le fueron favorables, por lo que aumentó de prestigio y fuerzas con las que logró salir victorioso de dos acciones mas y apoderarse de los fuertes de Comanja y San Gregorio. Hasta aquí la fortuna halagó su pasion, pero no queriendo por mas tiempo ser compañera de la traicion, le abandonó, y despues de varias batidas que sufrió, vino á caer en manos de D. Francisco Orrantia, siendo fusilado á los pocos dias en el Creston del Vellaco, que era el cuartel general de las tropas reales. No terminaron con este aventurero los desastres que su insensatez promoviera, dejó á los suyos en brazos de la ilusion para que la muerte les advirtiera de su engaño.

Apoderado Mina de los referidos fuertes de Comanja y San Gre-

gorio, pensó guarecerse en ellos para ponerse á salvo de la respetable division que el virey Padoca encargó al general Liñan para que fuese en persecucion suya. Puesto el sitio á Comanja, hubieron de resistirse estraordinariamente los insurgentes, pero el denodado arrojo de nuestras tropas les hizo ceder á los 20 dias, con bastante pérdida de una y otra parte, logrando Mina y algunos mas evadirse. No se creyó seguro Mina en San Gregorio á pesar de su ventajosa posicion y dejó su defensa á los suyos, los cuales sostuvieron por espacio de cuatro meses las valerosas embestidas y el mas horroroso fuego de los sitiadores, que se habian decidido á perecer antes que abandonar el asedio. Mas viendo los sitiados era inútil llevar adelante su temeridad, salieron de la fortaleza, auxiliados de la oscuridad, gran número de ellos, mugeres y niños, entrando en ella por la brecha á otro dia al enemigo. Mucho mayor fué la pérdida que experimentaron ambas partes en este cerco que en el anterior; pero con esta victoria y con las derrotas de las pequeñas partidas en que se habian dividido los revoltosos, quedó el pais tranquilo.

Luego que el general Morillo, gefe de la expedicion que con diez mil hombres, como queda dicho, salió de Cádiz, llegó á Costalirme, emprendió su grande y difícil obra de pacificacion con el tino y prudencia que el caso requeria, aunque hubo que lamentar alguna vez su demasiada rigidez para con la tropa. La Margarita, Cumaná, Barcelona y Caracas fueron los primeros puntos que recorrió sin óbice alguno, tratando á sus habitantes con agrado y afabilidad. No sucedió así con Cartagena, que se mantuvo sorda á sus reiteradas amonestaciones de paz, obligándole á valerse de la fuerza, aunque empleada con tanta moderacion (sin embargo que pudo hacer alarde de ella), que quiso mas bien fiar al tiempo lo que el valor y arrojo sin grande dificultad hubieran conseguido; dando muestras de sentimiento sus habitantes, al ver la generosidad con que fué pagada su obstinacion entradas las tropas en la plaza, de no haber seguido una conducta contraria. Apoderado Morillo de Cartagena, se decidió á penetrar en Santa Fé á destruir la insurreccion que se habia enseñoreado del pais, dividiendo el ejército en cuatro columnas para que operasen de consuno por diferentes puntos. El fin correspondió cumplidamente á las esperanzas que este entendido gefe concibiera, pues los contrarios se vieron arrollados en todas partes, y singularmente en Cachisi y Tambo: en aquel, despues de una carnicería horrorosa en que

fueron mil las víctimas con infinidad de heridos y prisioneros, cayeron en poder de nuestras tropas, dirigidas por don Sebastián de la Calzada, las inmensas municiones de boca y guerra con que iba provisto el enemigo. En Tambo no fué menor la pérdida de los bulliciosos, ni menos importante para nuestra causa, creándose un batallón de este nombre, *Tambo*, para perpetuar la memoria de tan ilustre acción, y elevándose despues á Sámano, su director, al virreinato de Quito.

Con estos triunfos y con las sábias disposiciones de Morillo para poner en el mejor estado todos los ramos de la administracion, con el objeto de que los pueblos fuesen borrando de su memoria el odio contra la dominacion española, y que renaciese el afecto hácia esta que varios ambiciosos habían logrado alejar de ellos, se obtuvo la pacificacion de estas provincias. Pero esta paz fué poco duradera; fué la calma que precede á las tempestades, en que desencadenados los elementos se estienden por la tierra llevando en pos de sí la devastacion, el conflicto, la muerte. Innumerables corifeos á la cabeza de mas ó menos número de insurgentes aparecieron por distintos parajes, y henchidos sus pechos de sed de venganza, corrían en busca de víctimas que sacrificar para saciarla. El valor y disciplina de nuestras tropas se veían frustrados en muchas luchas por la sorpresa y temerario arrojío de aquellos cabecillas. Por todas partes blandían con furor la tea de la insurreccion, sin que ni las caricias, ni la fuerza mejor combinada y dispuesta pudiesen ya bastar á cortarla.

Con todo, el espíritu fuerte de Morillo no desmayó en tanto apuro, alistó sus huestes y distribuyéndolas por los puntos que el peligro hacia mas necesarios, se arrojaban, unos y otros, á la pelea con particular bravura, llegando casos de lidiar cuerpo á cuerpo. Los choques eran tan continuos que apenas daban lugar para prepararse de unos á otros. Varia en ellos la fortuna, ni halagaba á estos ni aquellos, mas mantenía en todos alentados el furor, la desesperacion y la ira. Algún intermedio de sosiego sucedía á tan incesante agitacion, pero era para volver esta á atacar al enfermo con mas intensidad. En efecto el plan de Bolívar de invadir á Santa Fé, que permanecía en calma, vino á agravar tanto nuestra enfermedad política en aquel pais, que la muerte se esperaba de un momento á otro; pues, salido vencedor en una acción que sostuvo con Barreiro, en que este con treinta y nueve oficiales mas fueron cogidos y sacrifica-

dos á su venganza , se hizo dueño de casi todo el territorio del mando de Morillo.

El poco acierto del gobierno español , para mandar á aquellos países gefes que al valor é inteligencia uniesen la prudencia , tan necesaria para su cometido , contribuyó á la pérdida de tan ricas posesiones. Y es tanto mayor esta falta , cuánto que , despues de no consultarse aquellas cualidades y el conocimiento del pais ni ser motivos de preferencia para su eleccion , acontecia que los que habian ya acreditado en el desempeño de tales funciones poseer dichas dotes , eran destituidos sin causa justa , sustituyéndoles otros incapaces de semejantes cargos. Esto acaeció en Chile en la época que vamos narrando. Desempeñaba interinamente la presidencia de este punto el brigadier Osorio , el cual habia conseguido desterrar á los Carreras que tenian los ánimos en continua agitacion , y puesto en él el mejor orden , de el que los medios de blandura que habia adoptado , como sus conocimientos del pais y los habitantes , daban grandes esperanzas de permanencia ; pero estas esperanzas se convirtieron en desconfianzas , en temores de las catástrofes que sobrevinieron luego que se reveló á Osorio de la presidencia y se dió en propiedad al brigadier don Francisco Marcó del Pont , hombre severo y sin nocion alguna del pais y sus naturales. Quiso cortar toda comunicacion y compromiso con los insurgentes de las personas que se mantenian pacíficas , y para el efecto no acudió á medidas prudentes que en las circunstancias de aquella guerra dictaba la razon ; sino que estableció una junta de purificacion en la que habia de ser acrisolada la conducta de todos los que tuviesen la mas mínima relacion con ellos ó con sus parientes.

No anduvo mas atinado en la direccion del plan de campaña para rechazar la invasion de los republicanos de Buenos-Aires que al mando de San Martin , segun queda dicho , habian salvado las cordilleras de los Andes. Así es que aprovechándose San Martin del error de aquel , al cual habia él contribuido con el engaño de contraria direccion , cayó repentinamente sobre Chile con grande sorpresa de su presidente , quien , sabida la retirada y derrota de las tropas en Santiago en el primer encuentro con el enemigo , se salió ocultamente de aquella capital , dejándola á disposicion de los contrarios que á los dos dias verificaron su entrada , sin que el grave daño que tal proceder iba á causar á su patria y á borrar su honor , fuesen bastantes á

hacerle mudar de resolucion, y mayormente cuando todavia contaba con elementos, con que quizá hubiera podido corregir su yerro, y si no, su honor, su moral pública, exigian de él el deber de preferir la muerte á una fuga vergonzosa. Dueño San Martín de Chile, pasó á conquistar la provincia de la Concepcion que le quedaba; pero en esta se estrellaron por entonces sus esperanzas de fácil conquista contra el valor y resolucion del coronel Ordoñez y su corto número de soldados, que, habiéndose hecho fuertes en Talcahuano, resistieron un horroroso sitio por mas de nueve meses, llamando tan noble conducta la atencion del general Pezuela, virey de Lima, el cual mandó tropas en su socorro, lo que obligó á los republicanos á retirarse. Mas en Maiper consiguieron estos un completo triunfo de aquellas, pudiendo escapar el brigadier Osorio, á cuyas órdenes iban, y Ordoñez con algunos mas, pues los restantes de mas de cuatro mil que constaba la division, fueron muertos, heridos y prisioneros.

Otro suceso ocurrido en este tiempo en aquellos mares, debido por una parte á la traicion de los sargentos Martínez y Pelegrin, y por otra al descuido ó falta de prevision de don Dionisio Capaz, tuvo tambien su parte en los desastrosos acontecimientos de esta provincia, y á preparar las cosas para acelerar la incomparable pérdida de todas las demas. Habia salido de Cádiz una expedicion de dos mil hombres para aquel punto escoltada por la fragata de guerra María Isabel, cuando separado uno de los nueve trasportes en que iban aquellos sargentos, dieron estos muerte á los gefes y se pasaron á los insurgentes con el transporte y su tropa, informándoles de todo minuciosamente. Con estos antecedentes marchó con la escuadra republicana don Manuel Blanco Ciceron, su vice-almirante, en busca de la contraria, quien hallándola sin prevencion alguna de defensa en el puerto de Talcahuano, se apoderó de la referida fragata en que iban documentos y correspondencias, cuyo secreto era sumamente interesante, para nuestra causa, estuviere reservado al enemigo.

Los sucesos de la guerra se presentaban en el Perú aterradores y tristes. El estruendo de las armas resonaba por todas partes; por todas partes se veia el suelo cubierto de cadáveres y la tierra teñida con sangre humana. Dimitido el mando por el general en jefe que no pudo resistir á tan sangrienta é incesante lucha, fué sustituido por el general Pezuela, militar de energía y conocimientos, capaz

para apagar la llama que con tanto furor ardia. Sus disposiciones fueron tan acertadas que, perseguida y atacada la insurreccion en diferentes puntos, vino á ser mortalmente herida en la accion de Humachurri, y en la de Viluma dada por Pezuela que fué agraciado con el título de Castilla del mismo nombre; en la cual perdieron los insurgentes, que eran dirigidos por el general Rondeau (como digimos), mil doscientos muertos, seiscientos heridos y ochocientos prisioneros, con todo el gran convoy, y nuestras tropas sobre doscientos entre muertos y heridos. Mas como ni la devastacion ni la matanza por horrorosa que fuese hacia desistir á estas gentes de su propósito, despues de la catástrofe de Viluma volvieron á recorrer el pais mil partidas de bulliciosos; pero esto no ofrecia tanto cuidado que absorbiese toda la atencion de Pezuela. Se decidió á conquistar el Tucuman que estaba ocupado por los republicanos de Buenos-Aires, y en el cual tenian el congreso nacional, pero ciertas desgracias ocurridas en su distrito por el pronto, y despues su traslacion á Lima, impidieron llevase á efecto su plan, que lo verificó su sucesor don José de la Serna, y su resultado no fué conforme estos gefes se propusieran, pues al cabo de muchos encuentros y dificultades, los triunfos de San Martin en Chile le obligaron á retirarse para evitar una acometida en su territorio, que lograron mantener firme la Serna y don Juan Ramirez, que le sucedió por dimision de aquel á causa de desavenencias entre Pezuela y él, contra las tentativas de los revoltosos.

Por la costa la aparicion de la espedicion marítima de lord Cochrane contristó los ánimos, el cual no perdonó medio ni ardid para tomar el puerto del Callao é inutilizar la marina española; mas, sin embargo de algunas ventajas que en ciertos puntos obtuvo, estos dos principales fines le quedaron frustrados.

En esta constante y abierta lid se hallaban las tropas del Nuevo Mundo; en donde no solo el furor de los contrarios y el rigor de las estaciones eran los únicos enemigos con quienes tenian que luchar, la discordia introducida entre ellos por los mismos suyos venia á dar la última mano á este horroroso cuadro de sangre, trabajos y miseria. Necesario era pues premiar á los que inflamados sus corazones por el amor patrio y por obtener una honrosa victoria se precipitaban á los combates, y halagar á quienes la ambicion y la envidia eran el poderoso móvil de su decision por una causa que en tanto la

miraban como propia en cuanto y mientras satisfacía tan ruines pasiones, no deteniéndose de lo contrario en combatirla. Miserable defeccion! por desgracia algo frecuente en esta guerra. No desconoció Fernando las ventajas de esta medida, por lo que prodigaba los ascensos y elogios de los que se distinguían, creando la célebre orden americana de Isabel la Católica, para despertar todavía mas el celo é interés de los que seguían las armas en aquel pais, de los gefes de las juntas y secretaría del despacho universal de Indias, y para tener firmes y afectos á sus derechos ó sistema á los naturales de estas. A dichas personas se concedía solamente al principio, la orden que despues ha venido á hacerse tan comun.

Mas suspendamos la narracion de los sucesos de las colonias y volvamos la vista á los grandes y trascendentales de la madre patria que en la época del 20 al 23 tuvieron lugar. Habian logrado las sociedades secretas penetrar en el ejército, á quien el desengaño del ningun bien que ni él ni la nacion podían esperar del malhadado sistema que regia, hacia dar cabida á sugerencias que antes despreciara, y decidirse á llevar á su término una empresa tentada con tan mal éxito en años anteriores por Porlier, Laci y otros. Desde mediados del año 19 dió muestras el ejército de que ya no era aquel sumiso y ciego obediente de las órdenes de Fernando. Hallábase por este tiempo acuartelada en los alrededores de Cádiz la tropa que componía la expedicion de América al mando del conde del Abisbal, cuando se descubrió una conspiracion en ella, que este gefe sofocó inmediatamente (en la que la fama por entonces y despues su conducta le hacian cómplice, obrando de un modo contrario por temor ó por aduacion) mandando prender á algunos de los cabezas del meditado alzamiento. Por cuyo servicio fué premiado Abisbal con la cruz de Carlos III; pero separándole del mando de dicha expedicion, el cual se confirió al conde de Calderon. No pudo salir la expedicion tan pronto como lo exigia la necesidad á causa de la peste que azotaba toda aquella parte de la costa desde Cádiz á Sevilla, de cuyo contagio huían y se desertaban las tropas. Cuya demora dió ocasion á que la sofocada sedicion renaciese y se propagase de tal modo, que devoró con sus llamas al antiguo régimen y á sus sostenedores, mientras el gobierno con su indiferencia y apatía á la agitacion y efervescencia de los ánimos que por muchas provincias se dejaba sentir, fabricaba la tumba á donde habia de descender.

En las cabezas de San Juan, uno de los pueblos donde estaban acantonadas las tropas expedicionarias, se oyó el primer grito de sedición dado por don Rafael Riego comandante del batallón de Asturias, á las 8 de la mañana del día 1 de enero de 1820, proclamando ante las banderas la constitucion del 12. Partió por la noche con los sublevados á Arcos, que existia el cuartel general del ejército, en cuyo punto, despues de haberse declarado á su favor la tropa que habia de oponérsele que era el batallón dicho del general, arrestó al general en jefe conde de Calderon, y á los generales Fournas, Blanco y Salvador. Estaban tambien complicados en el mismo plan Quiroga, Arco-Agüero, O'Daly y otros, de todos los cuales fué elegido jefe del levantamiento Quiroga por ser el de mayor graduacion. La isla de Leon fué punto de reunion de los pronunciados, cuyo número constaba de siete batallones y cinco mil hombres. Su primer intento fué tomar á Cádiz que creian no les opondria mucha resistencia por la inteligencia que en ella tenian; pero la decidida defensa de la guarnicion y la armada dejó frustradas sus esperanzas, lo mismo que despues quedaron las que concibieran en el buen éxito de la expedicion de Riego por varios pueblos de la antigua Bética, para que alentados con su presencia secundasen el alzamiento; pues solo sirvió para descubrir la fria indiferencia con que Málaga, Córdoba y demás lugares de su tránsito, miraban el restablecimiento del código constitucional, sin duda porque la poca actividad de los insurreccionados y lo no muy bien combinado (al parecer) de sus proyectos, hacia temer hasta los mismos suyos un fatal resultado.

Viéndose Riego solo, pues las tropas se habian ido desertando hasta el último soldado, no le quedó otro recurso que retirarse con los suyos, los que hubieran pagado con él su temeridad y poco concierto, si la pusilanimidad y falta de energía del gobierno por un lado, y la actividad y diligencia de los adictos y agentes de la revolucion por otro, no hubiesen venido en auxilio del movimiento, excitando y alentando los ánimos por todos los ángulos de la Península para que le secundasen. Bien pronto se hizo patente el fruto de sus trabajos: La Coruña, Zaragoza, Barcelona y Pamplona, repitieron sucesivamente y en el corto espacio de quince dias, el grito de las Cabezas. Las autoridades, en la que más, opusieron una débil resistencia, habiendo alguna de ellas, como Zaragoza, en que estas se pronunciaron tambien sin que mediase el más leve ultraje ni amenaza.

Si en todos estos puntos no hubo que lamentar desgracia alguna, no sucedió lo mismo con Cádiz, cuna del código cuyo restablecimiento ponía en agitación á la nación. Aquí sangre vertida por las calles y plazas, ayes y lamentos de los desgraciados y sus allegados que se confundían con el estrépito y estruendo de las armas, y robo y muerte, fueron las escenas que ofreció el pronunciamiento del 10 de marzo. Habíase reunido el pueblo el 9 por la noche en la plaza de San Antonio; reiterando la solicitud al general Freire que en el mismo día había hecho de que le concediese orden para publicar la constitucion, á la que este y el gefe de marina insistieron en su indecision, á causa del compromiso en que se les ponía, no teniendo noticias de la determinacion de la córte y otros puntos; agregándose á mas, que la tropa que estaba á sus órdenes aplaudía una parte lo que la otra repugnaba; pero al cabo prometieron á la multitud que insistía en sus exigencias, que al día siguiente se daría cumplimiento á sus pretensiones. Quedaron todos tranquilos, volviendo á reunirse al otro día en dicha plaza para ver logrados y satisfechos sus deseos: mas el gozo y la alegría se convirtieron en dolor y amargura; cuando, en vez de las autoridades que aguardaban para presidir el acto del juramento, presentóse repentinamente el batallón de guías, y dirigiendo la puntería á la multitud, causó en ella un horrible estrago con los proyectiles despedidos de aquellos instrumentos infernales, marchando en seguida por las calles y penetrando en el hogar doméstico, sin quedar esceso que su furor y su vandalismo no pusiesen en ejecucion. Retiráronse por fin á los cuarteles, dejando la ciudad en un sepulcral silencio y sembrada de víctimas, cuyos autores no se pudieron descubrir. El 15 del mismo mes se efectuó el juramento de la constitucion en virtud de orden de la córte.

Todos estos acontecimientos habían tenido lugar en los dos meses transcurridos desde el alzamiento de las Cabezas, y el gobierno todavía permanecía en la postracion y anonadamiento que este le causara; sucediéndose aquellos sin que su vista escitase en él su valor y energía para contenerlos, ni su generosidad, su politica si se quiere, para ponerse al frente de la revolucion y aparentando beneplácito haberla dominado y conducido, segun permitieran las circunstancias, al estado mas conforme con sus intereses y los de la generalidad de los españoles: esta falta en que su debilidad y apatía le hacían caer era punible, digna de la mas ácre censura, puesto que su

deber era cuidar y velar la nacion á cuya cabeza se hallaba, y no dejarla á merced de encontradas y agitadas pasiones.

Al cabo se decidió Fernando despues de aquel tiempo á dictar algunas disposiciones, con las cuales indicaba que su error y su demasiado afecto á las prerogativas y privilegios de que iba á ser despojado con el nuevo sistema, no le permitian ver la nulidad de ellas, pues que en vez de aquietar los ánimos los irritaba mas, y tenia que acudir á otras que le sacasen de la situacion que cada vez se hacia mas crítica, hasta por fin concederlo todo hoy, el que ayer no queria conceder nada.

Lo anterior ocurrido al 3 de marzo arrancó de Fernando el decreto de este dia para hacer algunas innovaciones en el consejo de Estado: el pronunciamiento del regimiento de infantería, nombrado Imperial Alejandro, que se hallaba en Ocaña, le apresuró á espedir el del 6 del mismo mes por el que se ordenaba la celebracion de córtes, facultando al consejo de Castilla para que diese las providencias que juzgase oportunas en este negocio; promesa hecha y no cumplida en el año 14, y que por lo mismo se exasperaron mas los ánimos bulliciosos, poniéndole en la necesidad de decretar el 7 del antedicho mes que se decidia á jurar la constitucion. No se contentó el pueblo todavía con esto, quiso ostentar su poder, agolpándose un inmenso gentío á las puertas de palacio pidiendo que el rey jurase la constitucion; y no encontrando resistencia alguna en la guardia, subió por la escalera principal con la resolucion de penetrar al cuarto de Fernando, en el que se afirma estaba solo; pero por fortuna habia mandado convocar el ayuntamiento del año 14, con cuya noticia fué suficiente para que marchase á las casas consistoriales. Reunido el ayuntamiento en estas, accedió á las peticiones del pueblo de que pasase á palacio á exigir de S. M. el juramento de la constitucion, á lo que convino jurando en manos de aquellos, sin dar muestras del menor desagrado. Enorgullecido el pueblo con su victoria se encaminó á la cárcel de la inquisicion, en donde, despues de dar suelta á los presos, se apoderó de los papeles de su archivo retirándose á descansar celebrado que hubo con demostraciones de sumo gozo el feliz éxito de sus empresas del dia 9. Tambien se complació en este mismo dia al pueblo en su solicitud de nombrar una junta provisional consultiva, cuya presidencia se depositó en don Luis Borbon, cardenal arzobispo de Toledo.

Para poner fin á los desmanes á que el sacudimiento político que acababa de experimentar la nacion pudiera dar lugar, dió el monarca un manifiesto á los españoles, en que sincerando su conducta respecto á la falta del cumplimiento de sus promesas hechas á su vuelta á empuñar el cetro, amonestaba á la paz y concordia, y á rechazar las sugerencias de los enemigos del órden, terminando con las tan notables palabras: *marchemos francamente, y yo el primero por la senda constitucional.*

El proceder de la junta provisional nada dejó que desear en sus primeras disposiciones, el sello de la cordura, tino é imparcialidad con que iban marcadas, las hacia dignas de que todos los buenos ciudadanos las mirasen como un anuncio de ventura y felicidad; pero por desgracia en algunas faltaron tan preciosos dotes, y abrieron un camino para lo sucesivo, que con otras concausas habian de conducir la patria á un abismo.

Como tal puede contarse el nombramiento del ministerio, cuyos individuos eran los mas célebres de las córtés de la pasada época, que, habiendo sido por esta razon los mas perseguidos, necesariamente habia de quedar entre ellos y el monarca alguna prevencion, por mas sacrificios que hiciesen unos y otros de su desconfianza y resentimientos; mayormente cuando, respecto á aquellos, no veian que su elevacion á tan alto puesto era producida por una eleccion voluntaria de la corona, sino por un acto forzado. No pudiendo dejar de serle perjudicial á la misma junta la popularidad de estos hombres, por el grande influjo que en sus determinaciones habia de tener en algun tiempo. El restablecimiento de casi todos los decretos de las córtés extraordinarias, de la libertad de imprenta y ereccion de la milicia nacional fueron tambien disposiciones de esta junta.

Estaba señalado el 9 de julio para la apertura de las córtés, y los partidos no habian dejado resorte ni intriga que poner en juego para mandar diputados de sus afiliados. Verificóse esta solemne ceremonia á las diez de la mañana de dicho dia 9, oyéndose repetidos vivas al rey y á la constitucion del numeroso concurso de gente que obstruia el tránsito por donde aquel y la familia real pasaban. Juró el monarca ante tan respetable asamblea, asistida del cuerpo diplomático y de otras muchísimas personas de distincion, la observancia de la constitucion, con tanta dignidad y desenvoltura, que la admi-

racion de los concurrentes no pudo menos de hacerles prorumpir en estrepitosos aplausos.

El defecto de que adolecia la eleccion de muchos de los individuos de este cuerpo, en la que no tuvieron presente los electores otras cualidades que su exaltacion, la cual los habia de conducir á una estremada oposicion de todo lo que no fuese conforme con su fanatismo político; como el espíritu disolvente de que se hallaban animadas las sociedades patrióticas, que con las nuevas instituciones habian salido de las tinieblas á los parages mas públicos de la corte á celebrar sus discusiones, y cuyo influjo en la muchedumbre era tan poderoso que por medio de ella ponian en ejecucion los planes que su envidia, ambicion y venganza les sugeria; eran otros tantos obstáculos que habian de impedir marchase aquella asamblea, en la importante y delicada materia de las reformas, con la mesura y acierto que las circunstancias presentes de tantos intereses encontrados como habia que conciliar, exigia. Las consecuencias de aquel bien pronto se dejaron ver cuando el congreso abrió sus discusiones. La circunspeccion y decoro que debia reinar en este lugar, santuario de las leyes, fué convertida en audacia y desenfreno, con que cada partido pretendia sostener sus opiniones, sin cuidarse del concepto que formaria el público que les observaba. Ansioso de destruir todo lo que pertenecia al antiguo sistema, no le detuvieron las consideraciones de los disgustos que en algunas clases iba á causar su rápido progreso para el que no se hallaban aun predisuestos los ánimos. Las leyes sobre supresion de regulares, de diezmos y mayorazgos, cuyas reformas eran necesarias y oportunas dentro de ciertos limites, se resentian de este defecto, del cual se aprovechaban los contrarios para desconceptuar unas instituciones, cuyos defensores, so pretexto de reformas, derribaban lo que en la mayoría del pueblo, su preocupacion ó demasiado afecto á antiguas tradiciones, constituian el idolo de su adoracion. También dirigió sus cuidados el congreso á la administracion de justicia, á la civil, á la Hacienda y á todos los demas ramos del gobierno; pero la Hacienda, sin embargo de tantos desvelos y esfuerzos como desde fines de la anterior época se llevaban hechos para la mejora de su sistema, vino á tal extremo de postracion que hubo que acudir á la fatalidad de los empréstitos.

Otras varias providencias fueron tratadas en esta legislatura con

tino y comedimiento, cuyos resultados favorables al país indicaban que para ciertas reformas se encontraba en esta oportunidad.

Algunas discusiones ocuparon además á las córtes acerca de las sociedades patrióticas, las cuales eran un embarazo poderoso, como se ha dicho, para la marcha legislativa y para la accion del gobierno, quedando despojadas por decreto de 21 de octubre del carácter de corporaciones lícitas con que se las consideraba, de la facultad de representar y de estar en comunicaciones con otras; y necesitando para su existencia licencia de la autoridad. Disposicion acertada, pues que era su fin cortar un abuso que tantos males causaba, pero por desgracia no produjo buen resultado, porque irritando á sus individuos contribuyeron con su furor á derribar el régimen constitucional. Estas llegaron á ser varias é independientes, aunque todas dimanaron de la antigua llamada *masonería regular española*.

Acostumbrado Fernando á los albagos del libre mando que el anterior sistema ponía en sus manos, y hallándose muy arraigadas en su alma las ideas de lo antiguo, no podía avenirse á las trabas del actual, ni al estremado espíritu reformativo que animaba al congreso. Así es que cada ley que le presentaban á la sancion con alguna innovacion, era para él una copa de amargura que al fin se resignaba tomar. Pero si con las demás ahogó su sentimiento no atreviéndose oponer, con la de reforma de regulares no sucedió así, usó del *reto* que la constitucion le concedia; mas las consecuencias fueron tristes, por que habiendo observado los ministros una conducta contemplativa con el rey y con el partido contrario para quedar bien con ambos, una alarma del pueblo vino á poner término á la contienda, obligando á aquel á prestar el consentimiento que pretendian. Suma sensacion causó en Fernando esta ocurrencia, y creyó que la ausencia de Madrid disminuiría el continuo desasosiego en que le tenían las córtes, las sociedades patrióticas y el pueblo, marchando el 26 de octubre, dia siguiente al de la sancion de la ley de reforma de regulares, al sitio del Escorial.

No fué meramente el alejar de sus oídos la agitacion, bullicio y asonadas de aquellos lo que decidió á Fernando á eneaminarsé al retiro; los dulces recuerdos de la época pasada y los tristes de la presente le habian sugerido la idea de hacer por volver á ellos, proyectando al efecto conspiraciones, para lo que tuvo por mas á propósito aquel lugar que la córte. Parecióle pues necesario ante todo

contar con el capitán general de Madrid, y siendo sugeto de su confianza D. José Carvajal, pensó sustituirle al actual que era el general Vigodet, mandando á este fin dos cartas autógrafas á ambos: á Vigodet para que entregase el mando á Garvajal y recibiese la investidura de consejero de Estado, y á este para que se encargase de la capitania general. Este paso, dado sin las formalidades que establecía la constitucion de que todo decreto ó disposicion del rey fuese firmada por el ministro, fué causa de que las sospechas que los contrarios de Fernando abrigaban de su odio al régimen representativo, las convirtiesen en seguridades de que urdia tramas para derrocarlo, coincidiendo con esto para su crédito, la desercion en Talavera de algunos soldados del regimiento de Borbon que se marcharon á Avila á donde habia parecido Morales capitaneando una partida de realistas, y se acababa de prender á un canónigo por haber publicado un escrito contra la constitucion. Pasó inmediatamente la noticia de aquel suceso del secretario de la capitania general, que era sabedor, al ministerio, y por el poco disimulo de este al público. Las sociedades patrióticas se reunieron, y exagerando sus oradores el peligro que amenazaba á la patria, persuadian al concurso á que era necesario saltar por todo y pedir córtes extraordinarias. Desde este momento principiaron á resonar por distintos puntos de la capital aquellas voces, viniendo los grupos que las esparcian á reunirse en el congreso, cuyo salon de sesiones les fué franqueado por la diputacion permanente, para celebrar una pública. El ministerio para manifestar su inocencia y salir de tal conflicto, formó un cuerpo con la diputacion permanente, el cual acordó permanecer en aquel estado hasta tener contestacion del monarca. El pueblo, impaciente y no satisfecho con las primeras comunicaciones de este, continuaba amotinado acudiendo ya á la diputacion permanente, ya al ayuntamiento, hasta que S. M. hubo de acceder en regresar á Madrid, convocar córtes extraordinarias, y separar de sí á su confesor D. Victor Saez y á su mayordomo conde Miranda, verificando su entrada el 21 de noviembre, despues de vuelta la tranquilidad, alterada en el 16.

Las provincias luego que recibieron el extraordinario que el gobierno, temeroso de la existencia de alguna estensa conspiracion les habia remitido noticiando lo ocurrido, se pusieron en movimiento.

En Barcelona alzaron el grito de *constitucion, ó muerte* puesto en

una cinta verde: en Cádiz se pidió la destitucion de algunos empleados y el regreso de Riego: en Valencia la sublevacion se dirigió contra Elio y el arzobispo, sacando á este de una casa de campo para conducirlo fuera del reino, y en otras muchas las sociedades patrióticas, desobedeciendo el decreto de su supresion, volvieron á sus reuniones.

Los exaltados cogieron el fruto de estos trastornos, logrando elevar á Riego, Velasco, Lopez Baños y Arco-Aguero, sus ídolos, á las capitánias generales de Aragon, Estremadura y Navarra, y al último á la comandancia general de Málaga.

Los amantes del absolutismo por otra parte, y en particular el clero, fraguaban maquinaciones, y usaban de todos los medios que su odio al actual sistema les sugeria, inculcando á sus fieles, ya en sus escritos, ya de palabra, máximas y principios contrarios á los que se trataba de estender. Varias partidas de realistas vagaban por las provincias de Asturias, Búrgos y Vitoria. Continuamente se hacian prisiones de personas complicadas en planes de conspiraciones que se descubrían. Tal era el estado en que se hallaba la Península á fines del año 20. Una lucha de españoles con españoles en que las armas viniesen á terminar lo que ya no podia la razon ni el buen sentido, parecia ser el último y no lejano resultado de síntomas tan alarmantes.

El gobierno, sin embargo de verse desairado por el rey, combatido por los partidos, y sin mas apoyo que los tranquilos liberales de buena fé, no creyó de su deber abandonar las riendas del Estado: quiso arrostrar todos los peligros de la actual situacion, antes que dejar la nacion entregada al furor de las pasiones con desdoro de su honor. Era de sumo interés para los ministros aumentar el número de sus amigos políticos, y para conseguirlo no tuvieron reparo en afiliarse en la sociedad masónica; pero esta no era ya la que solamente agitaba los ánimos y ponía en combustion las pasiones, otro vástago suyo la disputaba los altos destinos y conmovia la sociedad con mas ardoroso empuje, esta era la de los comuneros, cuyos gefes ó cabezas se decia ser el general Ballesteros, el diputado Romero Alpuente y un tal Renato. El gefe político, marqués de Cerralbo, conociendo que mas bien que útiles eran perjudiciales, procuró disolverlas por un bando en que recordaba la ley de córtes dada á este fin; mas aquellas no hicieron caso hasta que la fuerza

armada ocupó la Fontana de Oro y el café de Malta en que se hallaban reunidas.

Mientras el espíritu revolucionario trabajaba de este modo á la España, los vecinos reinos de Portugal y Nápoles experimentaban los efectos del contagio: en ambos se admitió por ley fundamental la constitucion de Cádiz; pero las potencias del norte, si la demasiada distancia de la Peninsula no les hacia temer penetrarse en sus dominios la revolucion, por lo que no tuvieron inconveniente en reconocerla, no miraron bajo el mismo aspecto los sucesos de Nápoles, cuya proximidad á los estados dependientes del Austria las alarmó, y en particular á esta. Congregáronse, inmediatamente de sabida la insurreccion napolitana, los soberanos de Rusia, Prusia y Austria en Tropan primero, y despues en Laybach (á este congreso fue invitado el rey de Nápoles al que concurrió y protestó contra la revolucion), acordando pasase un ejército de sesenta mil austriacos á las órdenes del general Frimont, el cual se puso en marcha, y despues de derrotados los napolitanos en Civita Ducale y Aquila, entraron el 23 de marzo del año 21 en la capital de aquel reino y derribaron lo hecho por los restauradores, devolviendo al monarca sus antiguas prerogativas.

No solo en estos dos puntos se repitieron las voces de libertad que la España alzara: Turin y la Grecia oyeron tambien dentro de sus recintos el eco entusiasta de esta palabra. El 10 del citado mes y año, una sublevacion en aquella capital proclamaba la constitucion española para el Piamonte; pero las circunstancias hacian imposible buen éxito en tal empresa: las tropas sardas que habian contrariado el movimiento, juntas con las austriacas destrozaron el ejército constitucional en Novara el 2 de abril, quedando las cosas en su anterior estado. Mejor resultado tuvo la causa de la libertad en Grecia que en las referidas monarquías. Cansada esta de sufrir el férreo yugo con que el despotismo del gran Sultán de Constantinopla la oprimia, se decidió á conquistar su independendencia, arrojándose al combate con tanto valor y constancia que sus proezas fueron la admiracion del mundo entero: eligiendo para su gobierno el sistema constitucional que despues de la victoria ha sabido conservar. Los pueblos consiguen arribar al punto de felicidad que pretenden cuando son animados por un puro y noble entusiasmo, el cual les da poder y fortaleza para superar los mas grandes obstáculos.

los; pero cuando sus corazones son corrompidos por la ponzoña de miserables y asquerosas pasiones, la anarquía viene á debilitarlos, y la humillacion, las cadenas, es el fruto de sus esfuerzos. Este egemplo presentó la España en su revolucion de la época que vamos refiriendo.

Ya no temian los enemigos de las instituciones desde principios de este año trazar planes de conspiracion sin rebozo alguno: la junta apostólica en Galicia, el Abuelo en las inmediaciones de Madrid, varios emisarios franceses, introducidos en la Península, don Matias Vinuesa, y Lucas Francisco Mendialdua Barco en Málaga, eran otros tantos conspiradores que, los unos con las armas en la mano, y los otros escitando los ánimos, se proponian desolar el edificio constitucional, y levantar sobre sus ruinas, aquellos el absolutismo, y el Mendialdua Barco la república.

Estos acontecimientos irritaban á los revoltosos, pero el que mas llegó á poner á prueba fué el plan y escritos de Vinuesa. Era este un capellan de honor de S. M., que habia sido cura párroco en el pueblo de Tamajon, por cuya razon se entendia con el nombre de *Cura de Tamajon*. Fué puesto en prision por unos folletines y proclamas subversivas que dió al público, y por un descabellado plan que fraguó, en que se establecia las disposiciones que debian tomarse para una completa reaccion, y volver al absolutismo y á la religion su anterior brillo y esplendor. Esparcidas por la córte varias copias del mencionado plan y escritos, se alarmaron los amotinadores pidiendo la muerte de Vinuesa, y el ayuntamiento á quien acudieron los sosegó prometiéndoles de representar, como así lo efectuó. Mas luego que vieron (pasados algunos meses) que la sentencia del tribunal no marcaba la pena de muerte que ellos esperaban, tornaron á reunirse dirigiéndose en tropel á la cárcel de la Corona, en donde, encontrando una débil resistencia de la guardia, penetraron en el calabozo en que se hallaba Vinuesa, y descargando un fuerte martillo y otros instrumentos cortantes y punzantes sobre su cabeza y cuerpo, le dejaron destrozado y frio cadáver ante el cuadro de la Virgen, á cuyos piés se habia aquel postrado al verlos entrar. Marcháronse en seguida á repetir la misma escena con el juez de la causa, Arcas, pero este ya se habia puesto en salvo.

De este modo fué usurpado el imperio de la ley por la cólera de un populacho bárbaro y soez.

No paraban aquí las tropelías de este; la inviolabilidad de la persona real se vió despreciada y ultrajada su dignidad por él. Acudió S. M., sin tener presente que él era la primera autoridad de la nacion, al ayuntamiento para que pusiese remedio á los insultos que recibia á su vuelta del paseo; el cual dispuso pasasen nueve concejales á palacio para impedir cualquier ofensa que intentasen hacerle. Así lo efectuaron; pero, prorumpiendo la gente en vivas al rey constitucional á la salida de este, algunos guardias de Corps, que se hallaban preparados pascándose por la plazuela de Palacio, desenvainaron las espadas que llevaban bajo de la capa, y arremetieron atroz y vilmente á la muchedumbre inerme. Este desacertado paso, hijo de una ruin venganza y contrario á la justicia y la caballerosidad de los que lo daban, puso á la córte en un conflicto; porque, corrida la noticia, el pueblo, la milicia nacional y la tropa se alarmaron, oyéndose por todas partes el vivo clamoreo de numerosos grupos contra los guardias de Corps. Fué sitiado en breve el cuartel de estos, en que estaban decididos á resistir cualquier ataque exterior, por la milicia y parte de la tropa con dos piezas de artillería; pero apurado Fernando con lo crítico de la situacion y con las reflexiones que los ministros y el ayuntamiento le hacian, recobró la tranquilidad con el decreto de disolucion del cuerpo de guardias de su persona.

Algunos dias despues de estos trastornos, cuyo eco llegó á algunos puntos de las provincias, se efectuó la apértura de córtes, acto en que creyó Fernando oportuno manifestar la poca confianza que le merecia el ministerio, leyendo á continuacion del discurso de la corona una adición suya y de que no eran sabedores los ministros en la que se quejaba de la falta de observancia de los demás á la constitucion que él tanto acataba, y de los ultrages que habia recibido debidos á la falta de energía y vigor del poder ejecutivo.

Se apartaba el monarca con este proceder de las prácticas parlamentarias, tenia derecho para separar al ministerio luego que le faltase su confianza sin dar satisfaccion alguna á las córtes; mas tuvo presente que aquel no habia sido elegido libremente por él, sino por la junta provisional, y á los muchos partidarios con que contaba en el congreso, y para prevenir y no exasperar los ánimos usó de esta franca manifestacion. A otro dia, 2 de marzo, fué exonerado el ministerio, que le constituian don Agustin Argüelles, Canga-Argüelles,

Cuadra, Valdes, Perez de Castro y Garcia Herrera. Si en la separacion de estos apareció Fernando condescendiente, en la eleccion de los que habian de ocupar sus puestos, su timidez dió lugar á una necia humillacion de su parte. Acudió á la representacion nacional por medio de un mensaje rogándole le indicase personas para la formacion del nuevo ministerio, no conociendo que era negocio esclusivamente suyo, y que en él no podia aquella intervenir públicamente sin abierta infraccion legal. El consejo de Estado le sacó del cuidado en que este asunto le tenia, designándole los sugetos que habian de regir la nacion.

Bellas cualidades adornaban al ministerio entrante, cuyo digno presidente era don Ramon Feliu; pero los anarquistas, enemigos de todo lo que propendia al órden, habian tomado demasiado vuelo para que le dejasen obrar con espedicion, y cumplir su cometido segun su buen deseo y las necesidades de la nacion lo reclamaban. Poníanle mil obstáculos que embarazasen su marcha, procuraban por todos los medios posibles aumentar el número de sus contrarios tanto dentro como fuera de las cortes. A esto se agregaba el lamentable estado de todos los ramos de la administracion, y sin recursos materiales con que atender á las exigencias y apremiantes obligaciones del Estado, las cuales superaban en mucho á los productos, habiendo venido á recargar aquellas la creacion de la clase de cesantes, motivada por el abuso que se habia hecho de agraciarse con empleos á todos los que verdadera ó falsamente se manifestaban acérrimos adictos del nuevo sistema, no siendo justo abandonar á la miseria á los que eran destituidos. Conoció el ministro de Hacienda, D. Antonio Barata, que no quedaba otro recurso que los empréstitos, si se queria contener la nacion de la marcha rápida que llevaba hácia su precipicio, y al efecto acudió á los capitalistas nacionales para un anticipo de cuatrocientos millones, pero habiendo la desconfianza de estos despreciado las ventajas que se les ofrecia é impedido por consiguiente el que el resultado de este proyecto fuese completo, hizo aquel dimision de la cartera, antes que recurrir á los estraños y sufrir por mas tiempo tan dura y pesada carga.

Todo esto redundaba en descrédito de las instituciones, y los defensores del absolutismo aprovechaban los momentos para reforzar sus filas y poner en ejecucion sus subversivos planes. En la antigua

Castilla Arija y Merino alzaban el pendon de rebelion: en Sevilla el brigadier Mir trazaba planes reaccionarios, mientras Zaldivar recorria la provincia con una partida de realistas; en las provincias vascas, Santander y Navarra, vagaban varias de estas, y en los partidos de Alagon, Alcañiz, Calatayud y Caspe, al no ser por la actividad y celo del capitan general de Aragon, Alava, la insurreccion hubiérase hecho inestinguible: en la capital del principado de Cataluña se habian descubierto varias tramas de conspiracion, al mismo tiempo que algunos partidarios principiaban ya por la parte de Gerona á dar voces contra la constitucion y á favor del rey absoluto. Finalmente, en Orense y otros puntos se observaba iguales muestras de desafecto al gobierno constitucional.

Mientras los realistas llevaban la alarma por estos puntos, en las principales capitales se oian ecos de sublevacion, cuyos agentes eran los anarquistas. Un francés, llamado Jorge Bessieres, fué sorprendido fraguando un plan de conspiracion en sentido republicano, el cual consiguió por favor de sus parciales salir de la capilla en que se hallaba para marchar al patíbulo dentro de pocas horas, fugándose despues del castillo de Figueras, en cuya reclusion fué conmutada la pena que tan de cerca le amenazaba. En Madrid intentóse repetir la misma escena del cura de Tamajon con los guardias de Corps, presos en el convento de San Martin por las ocurrencias de la plazuela de Palacio en que acuchillaron al pueblo, pero el valor de Starico, oficial de la guardia, y del capitan general Morillo, anuló las esperanzas de los amotinados haciéndoles retirar. Algo irritados quedaron los anarquistas contra esta autoridad, pero lo que mas exaltó su bilis fué la órden del gobierno para que dejase Riego el mando militar de la provincia de Zaragoza, y pasase de cuartel á Lérida por tramas de conspiracion, segun se decia. Creyeron satisfacer su venganza ensalzando al héroe que el gobierno castigaba, y á este fin trataron de celebrar funciones públicas. Remitiéronse circulares á las provincias por el grande Oriente y la asamblea de los comuneros para que en todas ellas se verificasen. En la córte se reducian á pasear por las calles el retrato de aquel, lo que el gefe político, Martinez de San Martin, impidió obligando á los farsantes que conducian el cuadro á que escapasen precipitadamente, dejando la imágen de su ídolo abandonada en la calle de las Platerias, punto en el que aquella autoridad ordenó á los nacionales arremetiesen con las bayo-

netas. En Cádiz se llevó á efecto la farsa del paseo en que tambien tomaron parte las autoridades, por lo que se originaron algunos desórdenes y la deposicion de estas. En las demas provincias que las autoridades se manifestaron enérgicas, dirigieron los alborotadores esposiciones contra el ministerio.

No sólo tenia el gobierno que habérselas con todos estos enemigos; en el congreso se levantaba contra él una fuerte oposicion que examinaba con minuciosidad sus actos y aun acudia á ardides para atacarle con furor. Dióse fin á esta legislatura, el 30 de junio, en la que se llevó á cabo la reduccion del diezmo; se prefijaron los derechos de preces á Roma, y se discutieron otros puntos de no poco interés.

El rey, que amedrentado por las continuas asonadas del pueblo, y particularmente por la en que acaeció la desastrosa muerte de Vinuesa, se habia retirado á San Ildefonso, volvió á la corte, en donde parecia haber calmado ya el desasosiego en que la tenian los agitadores, para efectuar el 28 de setiembre del presente año, 821, la apertura de las cortes extraordinarias, que á petición de la diputacion permanente de cortes, del ayuntamiento y otras corporaciones, habia concedido.

El gobierno atacaba con energia á los enemigos del orden de cualquier modo que se presentasen; pero tan continuo choque, sin otro resultado que salir del paso á duras penas, tomando la anarquía mas poder de dia en dia y preparándole nuevas ocasiones en que volviese á poner á prueba sus gastadas fuerzas, era ya demasiado para no desistir de tanta empresa. Hizo pues dimision el ministerio, la que le fué admitida por el monarca el 9 de enero de 822, sin embargo de estar este muy satisfecho del buen desempeño en todos sus deberes. Sensible fué esta pérdida para los amigos del sosiego y consolidacion de las instituciones. Propusieron desde entonces algunos de los diputados combatir el jacobinismo, y ofreciéndoles coyuntura los proyectos de ley relativos á la libertad de imprenta, al derecho de petición y á discusiones públicas en asuntos políticos presentados últimamente por el ministerio á las cortes, lo pusieron en práctica no sin oposicion de sus personas; pues los anarquistas habian adquirido mucho vuelo, y todo lo que no fuese una fuerza capaz de contenerlo, no produciria en ellos otro efecto que irritarlos mas contra los que se oponian á su torcida marcha.

Creyó Fernando que la moderación y rectitud de principios que adornaban á don Francisco Martínez de la Rosa, eran cualidades que debían adoptarse en las actuales circunstancias para la elección del nuevo gabinete, y hubo de invitarle con la cartera de Estado y la presidencia. Negóse este al principio; pero las reiteradas instancias de aquel le obligaron á ceder, siéndole admitida la condición que puso de que le acompañasen don Nicolás Garelli para la de Gracia y Justicia, y don José María Moscoso para la de la Gobernación.

Concluyeron las córtes extraordinarias sus sesiones el 14 de febrero sin resultado alguno favorable al bien del país, y el primero de marzo se verificó la apertura de las ordinarias, en la que pronunció S. M. el discurso de costumbre, que fué contestado por el presidente de dicho cuerpo, que era Riego, con otro propio del carácter y opiniones de este. El espíritu de exaltación que dominaría á los nuevos representantes de la nación puede inferirse por el presidente; así es que no dejaron esperar por mucho tiempo su decidida y tenaz oposición al ministerio: desde las primeras sesiones dieron muestras del odio que su administración les causaba; valiéndose de débiles é insignificantes razones para condenar sus actos; sin tener en cuenta lo errado de este proceder en una situación en que los enemigos de la constitución engrosaban de tal modo sus filas que en varias provincias las partidas realistas tenían infestado todo su territorio, y algunas de ellas tan imponentes, que ya no temían presentarse al combate con las tropas. Además daban mal ejemplo á los bullangueros, los cuales con el más leve pretexto alteraban la tranquilidad y la sangre era vertida cada día, sacando de todo motivo las naciones extranjeras para arrebatar injustamente la libertad á la España, por el temor de que el contagio revolucionario penetrase en sus hogares.

Ageno de una biografía sería referir las muchas asonadas que en el discurso de este año tuvieron lugar en varios puntos de la Península promovidas por los anarquistas, y el diluvio de nuevos campeones del absolutismo que se lanzaron á la pelea con la infinidad de tramas de conspiración que en él se descubrieron; pero no privaremos á nuestros lectores de todo lo más notable. El barón de Eroles, desterrado por el gobierno del Principado, había vuelto á él para ponerse á la cabeza de la insurrección y ordenar los movimientos del

Trapense, Bessieres, Mosén Coll, Miralles, Misas, Ramagoza y otros partidarios, que eran el azote de aquel pais. Mientras los unos por las inmediaciones de Berga alistaban y disciplinaban la gente que se les presentaba, los otros, formando una fuerte division, marchaban á la Seo de Urgel, y puéstole sitio, á que la corta guarnicion y escasez de víveres no pudo resistir, dieron el asalto. Poco despues los que se proclamaban á su entrada defensores del Dios que el Trapense ostentaba en un crucifijo que llevaba en las manos, sacrificaron la guarnicion con la mayor fiereza. Grande acopio de artilleria y fusiles encontraron en este fuerte los sitiadores. En Navarra no eran ya pequeñas partidas las que solamente vagaban por su ámbito, divisiones algo respetables con generales de nombradía, como Eguia, Nuñez Abreu y Quesada, disputaban á las tropas constitucionales el honor de la victoria. El constante celo y vigilancia del general Zarco del Valle pudo contener el progreso de los absolutistas en Aragón, en donde Trugillo, Chafandin, Hierro y otros hacian sus correrías, sorprendian pueblos y tomaban fortalezas. Las demas provincias del norte de España, si bien la sedicion realista no habia llegado á la altura que en las anteriores, no dejaban de sentir su fatal influjo.

No paraba aquí la osadía de los amigos del sistema absoluto, el fanatismo de algunos de ellos los conducia al estremo de esponer su vida sin el placer de la defensa. Ténia Fernando de costumbre pasar algun tiempo de la primavera en el sitio de Aranjuez, en donde la naturaleza y el arte ostentaban porfia sus hechizos y encantos. Cogióle en él este año su día (30 de mayo), y despues de la ceremonia del besamanos y de haber dado un paseo con su numeroso séquito por los jardines, volvía por la calle de la Reina, cuando salió una voz de los grupos inmediatos á él diciendo: *viva el rey absoluto y muera la constitucion!* Acudieron los nacionales de Aranjuez, y poniéndose en actitud de hacer fuego al sitio de donde habia salido la voz, huyeron cobardemente llevando por todas partes el terror y el espanto. El rey se retiró á palacio, y mandó inmediatamente á sus dos hermanos para que aquietasen los ánimos, los cuales lo consiguieron; pero al retirarse de la casa ayuntamiento, ante la cual estaba formada la Milicia Nacional, dirigiéronse á escape hácia ellos dos nacionales de caballeria, uno de los cuales tiró del sable al aproximarse á D. Carlos, á quien hubiera hecho víctima de su ciega temeridad si no lo hubiese estorbado el acompañamiento. Usó S. A.

de una noble generosidad no permitiendo que se le maltratase, ni aun que se pusiese en prision. Con esto y con la actividad que desplegó el gefe político de Toledo que se hallaba allí, quedó el orden perfectamente restablecido.

Peores fueron las consecuencias de los sucesos de este mismo día en Valencia. Subleváronse los artilleros que habían pasado á la ciudad á hacer la salva de ordenanza por la solemnidad del día, proclamañdo al entrar en ella en vivas al rey absoluto y al general Elio, y muera á la constitución y al general Riego. Alarmóse al punto la ciudad, y la Milicia Nacional armada y el regimiento de Zamora en breve cercaron la fortaleza, publicándose la ley marcial é intimándoles en su virtud la rëndición en el término de media hora. Desoida la voz de la persuasión, rompióse el fuego por una y otra parte, y hasta el día siguiente que cedieron á la necesidad. Por su desgracia hallábase Elio preso en este fuerte, quien, no admitiendo la invitación de los sublevados de que se pusiese á su cabeza, hubo de retirarse á lo mas recondito de ella, para manifestar su inocencia en tan insensato plan. Pero fué en balde, porque la demasiada rigidez de su administración le creó muchos enemigos, y la venganza solo esperaba un pretexto que creyó encontrarle en lo ocurrido. El 11 de setiembre del presente año fué conducido al cadalso, en donde por última vez dió muestras de su acreditado valor.

Mientras esto acaecia en las provincias, la corte presenciaba escenas todavía mas tristes. Tocábase el término de la presente legislatura, y los diputados, llevados de su éscesivo celo por las reformas y de su aversion contra la templada marcha del ministerio, el único presente que podían hacer á los pueblos era cuestiones acaloradas y nada oportunas, y una ciega obstinación en no conceder al gobierno hasta los recursos mas indispensables y necesarios para regir la nación. También llegó al monarca el calor de este cuerpo, cuyo empeño por la sancion de la ley de señorías, negada dos veces por este, fué estremado.

Amaneció el día 30 de junio en el que se habían de cerrar las cortes á cuyo acto asistió el rey y á su vuelta de esta ceremonia, la imprudencia de los contrarios al orden hubo de poner á Madrid en un conflicto, y á la causa de la libertad en inminente riesgo. Estaban los granaderos de la Guardia en sus filas, cuando les plació á los bullangueros dirigirles unas pédradas á que ellos, idóscos de

chocar, contestaron separándose de aquellas y acometiéndoles á bayoneta calada; pero los oficiales lograron contener el furor de la tropa y restablecer la calma por el momento. Mucho irritó este proceder de los guardias á don Mamerto Landaburu, y perteneciente á la oficialidad, y cuya exaltacion de ideas le hacia ser mirado con prevencion por aquellos, el cual sacó la espada y descargó á un soldado por proferir palabras sediciosas. Aconsejaronle sus compañeros se ausentase para quitarle del peligro en que le ponía su arrebató. Hizolo así dirigiéndose á palacio, dentro del cual vino á ser víctima á manos de tres granaderos, que desampararon las filas é iban en su jacécho á este intento. Estendióse la alarma con la noticia de este suceso por todos los ángulos de la capital, hasta que las disposiciones de las autoridades la sofocaron para última hora de la noche. Mas los guardias en número de cuatro batallones, á otro día por la noche, dejaron el cuartel y se salieron á las afueras de Madrid, al campo llamado de Guardias, desde donde, desoyendo las amonestaciones del capitán general Morillo, partieron al Pardo.

El ministerio desprecio toda medida de rigor y acudió á medios conciliatorios, que los sublevados aparentaron aceptar con gusto, pero que la esperiencia demostró lo contrario.

Lograron de este modo hablar con el rey por medio de una comision, y despues se negaron á dar cumplimiento á la orden de aquel, en que igualmente habian convenido, de separar los batallones partiendo dos á Toledo, uno á Vicálvaro y el otro á Leganés. Convencióse al cabo el gobierno de la nulidad de sus tentativas conciliatorias, y temiendo malas consecuencias de la tenacidad y arrogancia de aquellos, se apresuró á mandar márchase precipitadamente para la córte el general Espinosa con todas las tropas que pudiese reunir de Castilla la Vieja.

La conducta de Fernando aparecia fundadamente sospechosa de connivencia con los rebeldes del Pardo. La íntespestiva convocacion de una junta, compuesta del ministerio, consejo de estado y otras autoridades para el exámen de un papel que al efecto mandaba, así como la contra orden prohibiendo á Espinosa continuarse su marcha á la capital, indicaban bastante el no poco interés del monarca en el triunfo de la Guardia.

Desde el toque de generala del dia 2 la milicia nacional se habia

puesto sobre las armas y colocado en la plaza Mayor con algunas piezas de artillería. En el mismo día el ayuntamiento se constituyó en sesión permanente en la casa Panadería, el cual y la diputación permanente de córtes dirigían comunicaciones al gobierno y hacían lo que creían oportuno para salir de tan azorada crisis. También se hallaban sobre las armas desde aquel día los cuerpos de la guarnición, que la componían únicamente el regimiento de infantería del Infante D. Carlos y los de caballería Príncipe y Almansa. Dos batallones de la guardia había además en Palacio, pero estos estaban á favor de los insurreccionados. Dirigiéronse estos en la noche del 6 á Madrid, y aquellos cerraron las puertas de la real morada sin permitir salir á nadie, dejando dentro á los ministros y algunas mas autoridades.

Llegó pues el 7 de julio, y antes de romper el alba penetraron los batallones del Pardo por la puerta del Conde-duque. Dividieron sus fuerzas para atacar á la vez la plaza Mayor y el parque de artillería. Los milicianos, en quienes el entusiasmo suplía las demás cualidades que á sus guerreros enemigos asistía, rechazaron con valor la acometida de éstos (la verificaron por la calle de la Amargura, desde entonces del triunfo de 7 de julio) los cuales, encontrando la muerte donde creyeron hallar la victoria, y viendo estrellado su desesperado esfuerzo contra el heróico denuedo de aquellos, fueron á refugiarse á palacio, á donde igualmente frustradas sus esperanzas, acudieron también los del parque con el mismo intento. Rodeados y estrechados en este recinto por los nacionales, fueron desarmados y lanzados de la córte, dejando en solemne triunfo á los que antes de travada la lid su demasiada arrogancia y vana presunción conceptuaban vencidos.

No solo en Madrid; en Castilla, Navarra y Cataluña, obtuvieron también poco después las armas constitucionales la palma de la victoria sobre las huestes realistas. Estas en la última componían ya el número de 20,000 combatientes, habíanse apoderado de varias fortalezas, y tenían establecida una junta en la Seo de Urgel, denominada *Regencia suprema de España durante el cautiverio de Fernando VII*, cuando el general Mina, encargado del ejército del Principado marchó contra ellas, y en breve redujo á la nada aquel improvisado edificio.

Grande era el júbilo y alegría que producía la noticia de estos

triumfos en todos los amantes de la libertad; pero los exaltados, en cuyas manos habian puesto el poder las ocurrencias de julio, dejándose llevar de la exageracion de sus principios revolucionarios, dieron ocasion, con sus desconcertados pasos, á que este júbilo y alegría se convirtiese en breve en amargura y desengaño. Convocáronse córtes extraordinarias el 7 de octubre, en cuyas sesiones dejóse ver el frenesí por las reformas que dominaba á la mayoría de los diputados, aprobándose muchas de las medidas que eran objeto de aquellas. Persiguióse al ministerio y autoridades del 7 de julio; reproduciendo escandalosamente la causa que con motivo de los acontecimientos de este dia se habia formado, y que con no menos escándalo é injusticia habia conducido ya al patíbulo al inocente Goiffieu. Coartóse la libertad del monarca y se le privó de parte de la servidumbre. Y por fin creóse la sociedad patriótica Landaburiana, en la que eran admitidas toda clase de personas, con el objeto de mantener en continua conflagracion las pasiones. Así era llevada la nacion en acelerada marcha á la anarquía por el ardoroso celo de unos y por la malicia y siniestras miras de otros.

La santa alianza, que miraba con ódio todo sistema de libertad, y sabedora por sus agentes y espías de lo mas mínimo que en la Península ocurría, creyó llegada la hora de repetir en esta la misma escena que en Nápoles el año anterior. Reuniéronse al efecto en Verona los representantes de las cinco altas potencias, y su último acuerdo fué pasar notas al gobierno de Madrid; y de no acceder éste á lo que en ellas se acordaba, dejar autorizada á la Francia para elegir los medios que creyese conducentes al restablecimiento del órden en España, quedando obligadas las demás á prestar el auxilio que fuese necesario.

Presentaron los embajadores las notas de sus gobiernos, y el español al ver el tono hiperbólico, agrio y reprobatorio con que se expresaban, particularmente Prusia y Rusia, no pudo contener el orgullo nacional, y su contestacion fué concisa, severa y arrogante; pero intempestiva y poco prudente, atendidas las circunstancias en que se encontraba la España de suma debilidad y postracion, para poder sostener con las armas, á que era preciso venir, lo que expresaba el corazon. Retiráronse inmediatamente los plenipotenciarios; y anunciado que hubo Luis XVIII en la apertura de la cámara del 28 de enero tener prontos cien mil franceses para salvar el Pi-

ríneo; deshiciéronse todas las dudas que acerca de invasión todavía se abrigaban, y el gobierno español, confiado en vanas probabilidades de defensa, se apresuró á dictar entre otras medidas la de formar cinco ejércitos á las órdenes de otros tantos generales, á cuyo cuidado quedase la Península.

La Inglaterra, que no habia podido hacer desistir en el congreso (del cual se separó) á las demás potencias congregadas de su propósito de intervenir en los negocios de España, y cuidándose de que la libertad se conservase en el mediodia de Europa, se valió de todos los medios posibles para traer á nuestros gobernantes á una avenencia, conceptuando un desacierto la defensa. Pero todo era en balde para hombres que meras ilusiones les hacian concebir esperanzas de éxito favorable á las instituciones, y para quienes era un sacrilegio alterar lo mas mínimo del código sagrado. Este proceder parecerá aun mas extraño si se advierte que la constitucion, á quien tanto aparentaban respetar, era infringida con frecuencia por ellos, y si se echa de ver que el grande é inminente peligro no despertaba en las fracciones del partido el sentimiento de la union (como el 7 de julio!), único capaz de vencer en gigantescas empresas. Por el contrario, nunca la discordia habia dado tanta rienda á su furor como ahora entre masones y comuñeros.

Entre tanto la posicion de Fernando era bastante triste. Hallábase en poder de la revolucion á quien merecia el concepto (no sin fundamento) de ser su mayor enemigo. Tenia, pues, el monarca que enmudecer, convertirse en un autómatas cuyo movimiento lo recibiese únicamente de aquella, si no queria esponerse á las fatales consecuencias de enconadas pasiones. La exoneracion del ministerio San Miguel ofreció un triste ejemplo de esta verdad. Los masones, á cuya sociedad pertenecia este, exasperáronse, y no teniendo en cuenta que el rey al obrar así usaba de un derecho que la constitucion le concedia, alarmaron al populacho, el cual, gritando *mueras el rey! muera el tirano!* penetró en palacio despreciando la resistencia de la guardia y continuando en sus ultrajes, no solo al rey si que tambien á la virtuosa é inocente reina. No se contaba con medios para reprimir y castigar este y otros desatatos que se cometian fuera de aquel recinto contra Fernando, y este prudentemente cedió á la revocacion del decreto de exoneracion, con lo que se sofocaron los alborotadores.

Cesaron las córtes extraordinarios del 22 de sus tareas el 19 de febrero de este año, y el 1.º de marzo se abrieron las ordinarias.

No se creia seguro al gobierno y á las córtes en Madrid, por lo que el primer cuidado de estas fué ocuparse de la traslacion de ambos. Fijóse por punto Sevilla, y solo se esperaba la determinacion de S. M.; cuya oposicion á salir de la capital iba á ser rechazada y vencida por la resuelta decision de la representacion nacional. En vano fué á Fernando alegar la imposibilidad de viajar en que le ponía la afeccion de gota que padecia, acreditándolo por una certificacion de los médicos. Juzgóse esto en el congreso por un pretesto que no encerraba en sí las mas sanas intenciones, y despues de un corto debate, por dictámen de una comision, se hizo presente al rey el deseo que tenian las córtes de que en el término de muy pocos dias se decidiese á marchar á Sevilla, quedando mientras, y hasta que señalase dia y hora, en sesion permanente. Así se efectuó, y el 20 de marzo á las 8 de la mañana tomó toda la familia real el camino para Sevilla, á donde llegó el 11 de abril sin acontecimiento alguno particular.

Ya habia á esta fecha cruzado el Vidasoa el ejército invasor, cuyas fuerzas, juntamente con las de los generales realistas Eroles, Odonnell y España que iban á la cabeza de las divisiones de aquel, ascendian á 91,000 guerreros. Su generalísimo, el duque de Angulema, al ver la buena acogida de sus tropas en todos los pueblos de su tránsito hasta Pamplona, ordenó se separasen los cinco cuerpos en que aquel estaba dividido, y fuesen estendiéndose por todo el disco peninsular, dirigiéndose él á la córte. Entró en esta el 24, y ante todas cosas se ocupó del nombramiento de una regencia que gobernase la nacion durante la permanencia del rey en poder de los liberales. Sumamente difícil era en las circunstancias en que se hallaba la Península atenerse al órden seguido en estado normal para la eleccion de aquella, y Angulema, salvó por todo, convocando al antiguo consejo de Castilla é Indias, el cual nombró á sus dos presidentes, duques del Infantado y de Montemar, al bñron de Eroles, al obispo de Osma y á don Antonio Gomez Calderon; cuyos principios, como los del ministerio nombrado por esta, eran estre-  
madamente reaccionarios.

Mientras esto pasaba en Madrid, las córtes en Sevilla daban dis-  
TOMO II.

posiciones declarando indigno del nombre español al que aceptase algun destino ú honor ó tomase partido con los franceses, imponiendo la pena capital á los que faltasen á sus deberes como españoles y patriotas, y otras para llevar á efecto la recaudacion de las rentas y para la defensa, no menos duras y desatinadas.

Las insignificantes fuerzas españolas de que disponian los gefes de los distritos, no podian contrarestar, ni aun detener su marcha, á las grandes masas francesas, las cuales en breve atravesaron el norte y centro de la Península, y se derramaban ya por su mediodia. Noticioso el gobierno que Bourmont con 17,000 hombres se dirigia á Sevilla, determinó pasar á Cádiz como punto mas seguro; pero Fernando, que cuando vió á sus auxiliares distantes habia humillado la cerviz á otra igual determinacion, ahora que los contemplaba á su lado la irguió y con carácter firme y resuelto contestó al mensaje de las córtes, que venia mas apremiante que el de Madrid: que su conciencia y el amor á sus súbditos no le permitian como rey salir de Sevilla, reponiendo á las reflexiones que el presidente le hacia: *he dicho*, alzándose del asiento y volviendo la espalda. Esto exasperó los ánimos de los diputados, y dejados llevar de su frenesí, aprobaron la disparatada cuanto ridícula proposicion de don Antonio Alcalá Galiano de suponer al rey demente por unos dias, y en virtud del artículo 187 de la Constitucion, nombrar una regencia que, para solo el caso de la traslacion, reuniese las facultades del poder egecutivo. Recayó la eleccion de esta en don Cayetano Valdes, Giscar y Vigodet, los que pasaron á palacio á disponer el viaje que emprendió el rey con su familia á las 6 de la tarde del 6 de junio.

Los realistas, cuyos pechos rebosaban de venganza y solo aguardaban la ocasion para saciarla, con esta insensata medida de los liberales creyeron ya llegada su tan deseada hora. La regencia de Madrid, en su consecuencia, dió primero un manifiesto á la nacion que abrió las puertas á la persecucion é intolerancia; y con fecha 23 un decreto por el que ordenaba la formacion de listas exactas de todas las personas que hubiesen intervenido de cualquier modo en la traslacion del rey, imponiéndoles la secuestracion de sus bienes, y los diputados que tuvieron parte en la deliberacion de destituir al rey, quedaban declarados reos de lesa magestad.

Este furor que desplegaba dicha regencia contra los liberales corria por todos los absolutistas, y por todas partes eran aquellos

ultrajados, encarcelados y hasta privados de la existencia. Zaragoza, Roa, la Mancha y Córdoba, entre otros varios puntos, presenciaron en esta época estas tristes escenas. El príncipe francés, cuyas ideas eran moderadas, observaba todo esto con desagrado, y si ciertas consideraciones le detuvieron por algun tiempo, decidióse al fin á poner remedio á tanto desenfreno; pero su justa y benéfica disposicion quedó reducida á la nulidad por los esfuerzos del partido furibundo, al cual unieron sus quejas los ministros estrangeros residentes en Madrid.

Llegó el rey á la isla de Leon el 15 del mismo mes, en donde, reunido el suficiente número de diputados para ser legales sus deliberaciones, se instalaron las córtes en el mismo dia, las cuales, devuelto el poder egecutivo por la regencia de Sevilla por medio de un oficio que al efecto les envió, pusieron á aquel en el egercicio de sus funciones. Cerráronse el 5 de agosto, y el 16 se formalizó al asedio de Cádiz con las tropas que Angulema trajo en el mismo dia para su acompañamiento.

Entabló este príncipe al momento de su llegada correspondencia con Fernando, pero su proposicion de tratar solo con el rey, puesto á este intento en libertad, no fué admitida por el gobierno, cerrando Fernando la puerta á la paz propuesta con su última contestacion á aquel. Esta desagradó en gran manera á Angulema, quien, teniéndola como hechura de los que cercaban al monarca, respondió en tono apremiante y amenazador; y para deliberar sobre el estado de los negocios, convocáronse córtes estraordinarias.

Mas todo era ya inútil; la necesidad descargaba su furor sobre los sitiados, y ante hado tan fatal la humillacion era precisa. Asi sucedió, y en su virtud pasó una diputacion de las córtes al rey para manifestarle quedaba en libertad. Acudieron despues á él los hombres mas comprometidos y reflexivos para merecer de su piedad mandase al olvido todo lo pasado; y Fernando prometió absoluta y generalmente, sin escepcion alguna, cumplirlo así en un decreto que le presentaron los ministros el dia 30 de setiembre, ofreciendo además en él su reconocimiento y seguridad en todo lo hecho y establecido bajo el régimen constitucional. Este decreto lo puso en sus manos el ministro de Gracia y Justicia, Calatrava, su autor, firmándolo el rey con toda libertad y mandándolo publicar en el mismo dia.

Libre de hecho el monarca, marchó al Puerto de Santa María donde se hallaba el duque de Angulema, dejando á sus súbditos entregados al gozo y alegría que en ellos producía la confianza de un tranquilo porvenir. Pero la mas injusta de las inconsecuencias, la mas vil contradiccion, no tardó muchas horas en venir á derramar sobre aquellos alborozados corazones el temor, la desesperacion, el dolor. Al dia siguiente de tan formal promesa, luego de su arribo al referido puerto, dió Fernando otro decreto en el que declaraba nulos y de ningun valor todos los actos del gobierno constitucional desde el 7 de marzo del año 20 hasta el primero de octubre del 23, época en que decía, habia carecido de libertad, y sido obligado á sancionar las leyes y á espedir las órdenes, decretos y reglamentos; y aprobaba todo lo ordenado y dispuesto por la regencia de Madrid y por la junta provisional de gobierno, creada en Oyarzun el 9 de mayo.

El príncipe generalísimo, disuadió con abinco al monarca de la marcha que emprendia, encareciéndole la necesidad de que adoptase un régimen de conciliacion; pero sus reflexiones fueron desoídas, por cuya razon partió al punto para la capital y de aquí para su patria sin esperarle, llevándose el sentimiento de haber quedado frustrado su propósito de dejar establecido en España un sistema moderado, conforme con el que regia en Francia. Poco despues salió Fernando del Puerto de Santa María para Madrid, á donde llegó el 13 de noviembre.

Mucha mas acogida encontraban en este los pérfidos consejos del partido que volvia de nuevo á ponerse á su lado, cuyos deseos de venganza y retroceso identificaban con los de Fernando. Uno y otros no perdian momento trabajando de consuno para dar cima al sistema de terror ó intolerancia que pretendian entronizar. A los tres dias del decreto arriba mencionado, expidióse otro en Jerez de la Frontera para que en el tránsito de S. M. á la capital no se encontrase á la distancia de cinco leguas ninguno de los que en la anterior época hubiese desempeñado algun oficio ó cargo notable, prohibiéndoles para siempre la entrada en el radio de quince leguas de la córte y sus sitios. Siguiéron á este otras disposiciones no menos injustas y despóticas; entre ellas el establecimiento de una superintendencia de vigilancia pública para que observase la conducta de cada uno. Invencion la mas á propósito, en los gobiernos en que

(como este) la razon se halla supeditada al ominoso influjo de las pasiones, para descargar la cuchilla de la venganza sobre aquellos que son objeto de rencor! Infinito número de inocentes condujo al suplicio el abuso que en este tiempo se hizo de esta fatal policia.

Pero la disposicion que mas prueba la altura del sangriento furor á que rayaba el partido reaccionario, y la perfidia ó indolencia de Fernando, es la institucion de comisiones militares que se establecieron en todas las capitánias generales para conocer de los delitos de conspiracion. ¡Creacion bárbara, propia de los tiempos en que los instintos de ferocidad tienen todavía oscurecida la razon! Fácil es concebir qué equidad, qué justicia, presidiria en unos tribunales en que los jueces eran personas ignorantes del derecho, y elegidas de las mas furibundas, y cuya ley á que arreglaban sus fallos declaraba reos de aquel delito á los que proferian la mera palabra de mueran los serviles ó viva Riego, marcando la pena de muerte para su castigo.

Preparábanse los ánimos para que estas violentas resoluciones fuesen bien acogidas del pueblo, por medio de los periódicos que circulaban entonces, el *Restaurador* y la *Gaceta* de Madrid, los cuales, dictados por el mas audaz desenfreno, solo se diferenciaban de los de la anterior época en la defensa de la causa que tomaban á su cargo. Pintábase en ellos el partido proscripto con los mas negros borrones, usando de infamantes epitetos para nombrarle; y acudiendo á calificaciones algo impropias. Conspirábase al mismo fin, á mantener en accion el frenesí reaccionario, en los conciliábulos ó reuniones que se tenian en varias partes y hasta en los mismos conventos: asilos de mansedumbre y piedad.

Guiada de este modo la opinion pública, y entregadas las armas á un populacho bajo y soez, no es estraño que los abusos llegasen á lo estremo.

Tal es el cuadro que ofrecia la metrópoli, cuando las provincias del Nuevo Mundo hacian el último esfuerzo por adquirir su completa independenciam. El cambio político de 1820 tuvo grande influencia en el curso de los negocios en estos paises. Alentáronse los corifeos para llevar á cabo sus proyectos de romper los lazos que les unia á aquella, y el espíritu de insurreccion, alimentado por los clubs masónicos que tambien en estos retirados climas predominaban funestamente, llegó á convertirse en la mas espantosa anarquía.

221 Instalado que fué el nuevo régimen en la Península, ordenóse á los vireyes de aquellos dominios jurasen la constitucion en las provincias de su mando, encargándoles entrasen en transacciones con los insurgentes. Cumpliéronlo así aquellos, pero como estos despreciaban toda avenencia que no reconociese su independenciam, de la que los españoles no querian desprenderse, estas negociaciones, como las que despues volvieron á entablarse por medio de comisionados que al efecto se enviaron; no tuvieron otro resultado que unos cortos armisticios, tornando con mas ardor á la guerra. Hacíase esta mas difícil cada dia para los peninsulares, entre quienes la defeccion y rivalidad cundia estraordinariamente. Las conspiraciones eran continuas, á cuya vista el valor de los que se mantenian fieles defensores de la causa española, decaia, mientras los amantes de la independenciam recobraban mas ánimo, y, aunque, sin embargo de esto, nuestras tropas consiguieron muchos triunfos dignos de todo encomio, los de los contrarios fueron mas decisivos.

222 Valióse á estos la emancipacion de casi todo el vireinato de Caracas la victoria de Carabobo en que fué derrotado el virey Latorre, que substituyó á Morillo; y aunque Morales quiso tentar una restauracion á favor de la madre patria, sus nobles y denodados esfuerzos, premiados al principio, tuvieron por fin el mismo fatal éxito que los de Arizabalo algun tiempo despues. Igual suerte cupo á Quito en el siguiente año, 1822, á consecuencia de la batalla de Pichincha; y Méjico alcanzó tambien su completa independenciam en este año, debida á la ambicion del coronel don Agustin Iturbide, el cual, para llevar á cabo su designio de proclamarse emperador (que lo verificó el 18 de mayo) puso en juego las mayores intrigas; pero este nuevo César no fué mas feliz en su elevado puesto que lo fué el antiguo: levantáronse contra él los centralistas á poco de su proclamacion, y caido en su poder, le condenaron á muerte, quedando erigido Méjico en república central.

223 Continuaba la guerra en Chile y el Perú en donde la insubordinacion de varios gefes y oficiales precisó á su virey Pezuela dimitir el mando, que volvió á desempeñar La Serna. Algunas ventajas obtuvieron en este territorio las armas españolas sobre las americanas en los dos últimos años; pero las desavenencias del virey y el general Olañeta pusieron en manos de estos con la victoria de Ayacucho sus anheladas pretensiones. Tiempo hacia que estos gefes se mira-

ban con aversion, y la diferencia de sus opiniones dió ocasion á que se la hiciesen presente abiertamente. Arrojó la máscara Olañeta alzándose á favor del absolutismo, y al punto ordenó La Serna marcharse contra él don Gerónimo Valdes. Encontráronse, y despues de trabada la contienda que parecia decidirse en pro de este, la inesperada y pronta llegada del insurgente Bolívar, le obligó dejar á Olañeta y obedecer la órden del virey de que fuese en su ayuda. Sufrió primero un descalabro Valdes en la accion de Fuenin, á seguida de la cual tornóse á avistar con el ejército republicano (cuyo mando puso Bolívar en el general Sucre) en la llanura de Ayacucho. En nada escedian las tropas contrarias á las nuestras, pero la falta de simultaneidad en el ataque y el imprudente arrojó de estas sepultaron para siempre en aquel campo con la pérdida de la mas sangrienta de las batallas de aquellos paises, dada el 9 de diciembre de 1824, la dominacion española en el Nuevo Mundo.

En la metrópoli el furor reaccionario, adoptado por la regencia de Madrid y seguido por el monarca, exacerbó extraordinariamente los ánimos, y este, echando de ver en medio de su ciego fanatismo y sed de venganza el precipicio á que caminaba irremisiblemente, se apresuró á evitarlo templando el excesivo rigor de su gobierno. El partido terrorista que creia únicamente la salvacion y estabilidad del despotismo en la destruccion de todos los elementos que pudiesen hacer renacer la libertad en España, llevó muy á mal este cambio, y desconfiando de Fernando, concibió el proyecto de destronarle y elevar al sòlio régio al infante don Carlos; á quien juzgaba mas á propósito para el logro de sus pèrfidos deseos.

Muy lejos estaba Fernando de pensar que unos hombres á quienes dispensaba sus gracias y favores encerrasen en sus pechos tan infames designios; así es que no llamaron su atencion sobre este particular las primeras llamaradas del volcan que bajo de sí se ocultaba. Pero la grande erupcion del 27 por el Principado hubo de desengañarle de su necia credulidad, y juzgando necesaria su presencia para apagar este imponente y temible fuego, partió inmediatamente á aquel punto. El éxito correspondió completamente á sus intentos, y despues de recibir en su regreso á la capital las mas insignes muestras de afecto de los pueblos de su tránsito, su entrada en aquella fué una magnífica ovacion. Tambien los liberales por las costas de Granada y Alicante habian dado el grito de sublevacion en

sentido contrario y en distintas épocas; pero como estos sucesos no fueron efecto de calculados planes sino de la ambicion de celebridad de ciertas acaloradas imaginaciones, pasaron de la cuna al sepulcro sin el mayor estremecimiento.

Pero uno y otro servian de advertencia para meditar bien en la marcha política que en tales circunstancias de opuestos enemigos habia que seguir. Los hombres moderados del partido carlista, á quienes los acontecimientos iban abriendo el camino para afianzarse mas en el poder, trazaron al monarca, como la única, la de constituirse extraño á todo bando é ir entrando en una prudente reforma. Duro le era á este adoptar estas medidas, pero la necesidad lo exigia así y le fué preciso ceder, y en su virtud comenzó á seguir un sistema próspero y conciliador. Con este nuevo rumbo la hacienda puesta en manos del entendido y tan justamente célebre Ballesteros salió del estremado apuro en que se hallaba, y venciendo los grandes inconvenientes que se le presentaban, elevóse á tal estado de mejora, que fué el asombro de los que la contemplaban.

La muerte de la reina doña María Josefa Amalia, acaecida el 17 de mayo de 1829, vino á sacar los ánimos de la calma en que habian quedado con la estincion de la rebelion de Cataluña. Cobró nuevas esperanzas con este suceso el bando apostólico, fundadas en que los achaques y edad del rey le retraerian de volverse á enlazar, al paso que los contrarios cifraban su porvenir en lo contrario. Acudieron estos, pues, á todos los medios conducentes á sus fines, y conceptuando á doña María Cristina de Borbon, hija de los reyes de Nápoles, la princesa mas conveniente al efecto, hubieron de proponérsela á Fernando, quien no se manifestó insensible á la belleza de esta señora. Otorgáronse los contratos matrimoniales en Madrid el 5 de noviembre, y el 11 del mismo, despues de la entrada de aquella en esta, verificóse el casamiento. Conseguido ya esto, solo restaba asegurar la corona en los descendientes del monarca, caso que estos fuesen hembras, con el restablecimiento de la pragmática sancion de 1789; derogatoria del auto acordado de 1713 que introdujo en España la sucesion agnaticia. Aconsejáronselo á Fernando, y este, dando buena acogida á tan útiles advertencias, ordenó su observancia el 29 de marzo de 1830.

Tambien el 24 de julio de este año firmó y mandó S. M. la observancia del nuevo código de comercio en todos sus dominios, de-

rogando las disposiciones anteriores que regia en materias mercantiles. Igualmente se celebró en el mismo un convenio entre nuestro gobierno y el gran Señor, por el que permitía este mediante el pago de cierto derecho por el tránsito del canal de Constantinopla, comerciar á los buques mercantes españoles.

Una lucha sangrienta entre el pueblo francés y su monarca vino al presente año á sembrar el espanto por toda la Europa, y á ser origen de notables acaecimientos en España. Provino aquella de las encontradas pretensiones de uno y otro; ambos ambicionaban ampliar mas la esfera de su poder y facultades, y del terreno de la discusion pasó á terminarse la cuestion en el de las armas. Solo tres dias fueron suficientes para decidirse la contienda, quedando en su consecuencia triunfante la bandera tricolor y la dinastía borbónica confundida entre sus ruínas; sobre las que se levantó la nueva rama de Orleans. Los emigrados españoles existentes en este reino recibieron suelta y socorros de los revolucionarios franceses; en cuya virtud cruzaron la frontera Mina, Lopez Baños, San Miguel y otros muchos, los cuales se estendieron por las provincias del norte peninsular proclamando libertad; pero el resultado fué ageno á sus esperanzas. Iguales ventajas, con pérdida de sus vidas, obtuvieron Torrijos y Manzanares que desembarcaron algo despues en las costas de Andalucía con idénticos fines. Nada adelantó la causa de la libertad española con estos desconcertados proyectos; y á los contrarios se les presentó nueva ocasion para reproducir las antiguas escenas de persecucion y sangre; poniendo en juego las suprimidas comisiones militares, el anterior espionaje y demas medios que su cruel tiranía y refinada saña les sugerian.

Con no menos ansiedad que el 10 de octubre de 1830, en que la reina dió á luz á doña María Isabel Luisa (que á la sazón ocupa el trono de San Fernando) se aguardaba el 30 de enero de este año 832, su segundo alumbramiento (doña María Luisa Fernanda). Mas en uno y otro no vieron logrados sus deseos los amantes de la tranquilidad futura de España, la cual se cifraba en el nacimiento de varon, pues quitaba todo pretesto á los que pretendian, en caso contrario, hacer valer quiméricos derechos. No así estos, los cuales redoblaron sus esperanzas, y ni aun el lecho del dolor pudo salvarse de las mas perversas tramas.

Habiase agravado por el mes de agosto del corriente año la en-

fermedad de que Fernando adolecia, hasta el extremo de reputarle por muerto; y en tal estado encontró coyuntura la perfidia y atrevimiento de ciertos hombres para arrancar del agonizante monarca concesiones contrarias á los derechos de sus hijas y al interés de la nacion. Tal fué la derogacion de la pragmática sancion de 1789. Pero por fortuna logró este maravillosamente librarse de la inexorable parca, y penetrado entonces de lo que no le habia permitido antes su turbacion, procuró desmentir pública y solemnemente un acto en que su reflexion no tuvo parte alguna. Así lo verificó el 31 de diciembre con todas las formalidades y ostentacion que la importancia del asunto exigia; con lo que quedaron frustradas las esperanzas de los que habian acudido á tan infame medio de satisfacerlas.

No fué este el primer cuidado de Fernando; la vasta conjuracion que rápidamente se habia extendido por todas partes, reclamó ante todas cosas la remocion del ministerio y principales autoridades de provincia, los cuales con su indolencia ó malicia habian contribuido á aquella. Nombróse otras personas conformes á las exigencias de tan delicada crisis, y el rey puso en manos de su esposa, durante su convalecencia, las riendas del Estado. Un dia de felicidad pareció amanecer para la España con esta nueva época: concedióse un indulto á los que yacian en las prisiones; ordenóse para el 18 de octubre la apertura de las universidades que todavía estaban cerradas desde que á la timidez ó malicia del funesto Calomarde la plugo privar á la juventud de los medios de ilustrarse, y abrióse las puertas de la patria para los que gemian en la emigracion.

Los defensores de don Carlos, viéndose burlados del triunfo obtenido por las armas de la seducción y la intriga, apelaron para recobrarlo á las de la guerra. Alzóse por varios puntos la sublevacion bajo la enseña de aquel príncipe, é infinidad de ilusos corrian á alistarse en sus banderas. El peligro era grande, y Fernando, que ya habia vueltoná encargarse del régimen de la nacion, conociendo las fatales consecuencias de la permanencia de su mal aconsejado hermano en la córte, mandó pasase á Portugal con simulado pretesto. Creyó tambien oportuno jurar á la tierna Isabel, como princesa de Asturias, para dar mas robustez al nuevo trono, estrechando los lazos de este y sus vasallos con la idea de escelsitud y grandeza que en ellos imprimiria aquella augusta ceremonia. Celebróse esta el 20 de junio

de 833 en el monasterio de San Gerónimo del Prado, con todos los requisitos debidos á tan grandioso acto. El infante don Cárlos negóse abiertamente á este juramento en las intimaciones que se le hicieron por medio de nuestro representante en Portugal y en las que directamente le dirigió Fernando; á quien ademas no oyó como hermano y desobedeció como á rey, en las propuestas y órdenes que este le remitió para que se trasladase á Italia. Pero todo era en vano para el que se habia decidido á ceñir la corona de España, á costa de cualquier sacrificio; á cuyo intento ningun punto ofrecia tantas ventajas como el que ocupaba.

La voz de guerra, que el iluso príncipe hasta aquí no habia osado pronunciar, estaba dada, solo la existencia de Fernando podia librar á la nacion española del profundo abismo de males en que iba á precipitarse; mas en los arcanos de la Providencia se la habia destinado á pasar tan duro trance.

Un fuerte ataque de apoplejía, en la tarde del 29 de setiembre, puso fin á la vida del monarca en breves momentos, á los 49 años de su edad, y 24 de su reinado. En su última disposicion testamentaria nombró tutora y curadora de sus hijas, y gobernadora del reino durante la menor edad de la reina, á su esposa doña María Cristina de Borbon.



FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

# INDICE ALFABETICO

## DE LOS REYES

### GUYAS VIDAS CONTIENE ESTE TOMO.

	<u>Páginas.</u>
Alfonso XI.	3
Cárlos I.	94
Cárlos II.	157
Cárlos III.	227
Cárlos III en España.	251
Cárlos IV.	291
Enrique II.	30
Enrique III.	40
Enrique IV.	59
Felipe I de Austria.	88
Felipe II.	114
Felipe III.	130
Felipe IV.	142
Felipe V.	168
Felipe V. (Segunda vez).	198
Fernando VI.	215
Fernando VII.	303
Isabel (La Católica).	69
Juan I.	33
Juan II.	46
Juana.	86
Luis I.	195
Pedro de Castilla.	17



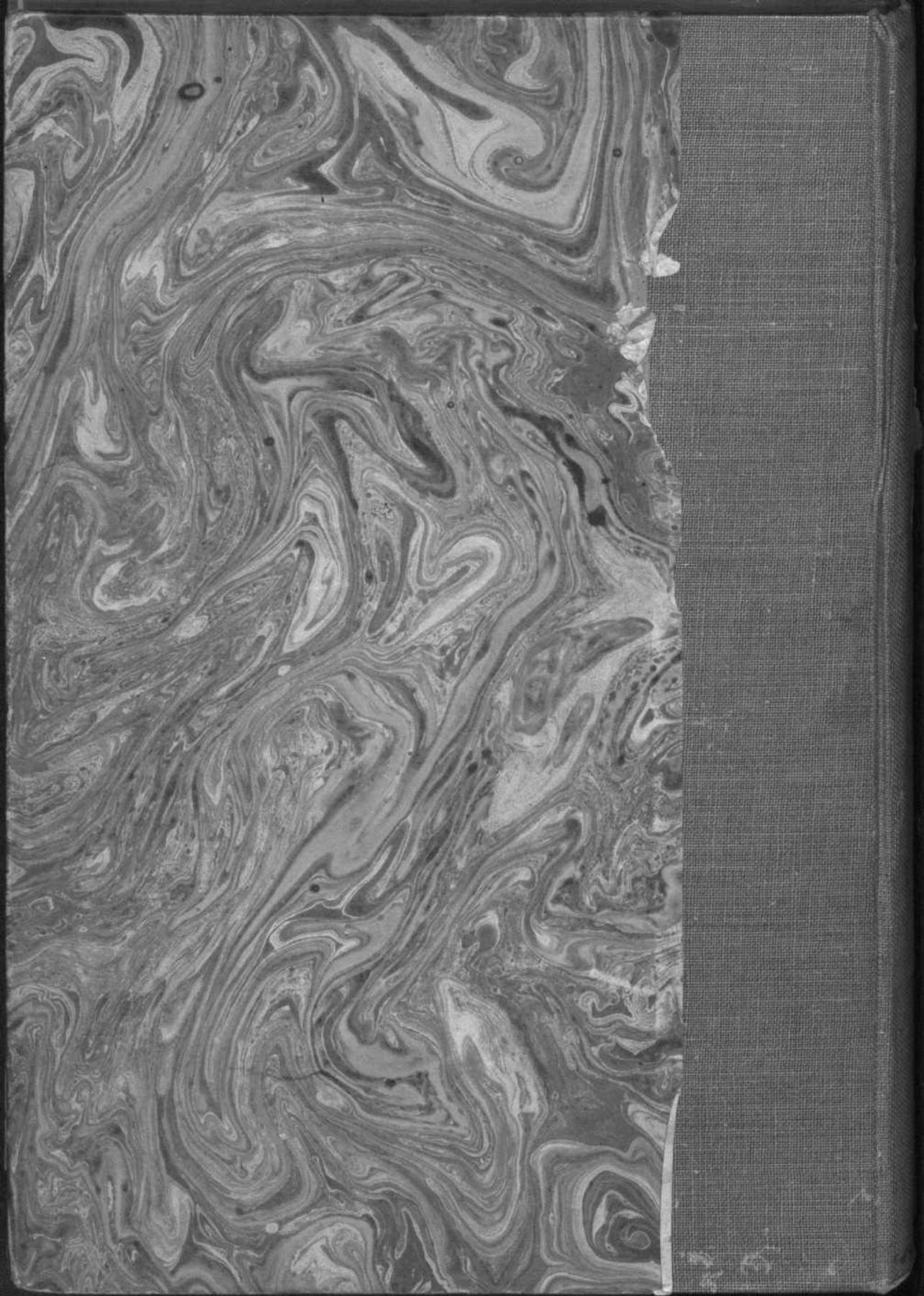
## ANUNCIO.

TAMBIEN LAS FLORES HABLAN. Es un tomito lujosamente impreso, de papel glaseado con profusion de hermosos grabados. Comprende *el calendario de Flora*, en que se da noticia de todas las flores que nacen en cada mes del año; *el idioma de las flores*, en que se explica el significado de cada flor y el modo de comunicarse dos personas sus sentimientos por medio de ramilletes; *el reloj de Flora* compuesto de flores que cada una se abre á distinta hora; y *la botánica en miniatura*; tambien comprende *el emblema de todos los colores*. Es obra á propósito para el bello sexo. Solo cuesta 4 reales en Madrid y 3 rs. fuera.



(24) (Bas. pil. 6)





GUALS DE IZCO

GALERIA

REGIA

G 57342